

Reitano, Emir; Possamai, César, coordinadores

Hombres, poder y conflicto: Estudios sobre la frontera colonial sudamerica y su crisis

Cita sugerida:

Reitano, E.; Possamai, C, coordinadores (2015). *Hombres, poder y conflicto : Estudios sobre la frontera colonial sudamerica y su crisis*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios-Investigaciones ; 55). En Memoria Académica. Disponible en:
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.382/pm.382.pdf>

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación** (FaHCE) de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Compartir igual 2.5



HOMBRES, PODER Y CONFLICTO. Estudios sobre la frontera colonial sudamericana y su crisis

*Emir Reitano
Paulo Possamai
(coordinadores)*

HOMBRES, PODER Y CONFLICTO.
Estudios sobre la frontera colonial sudamericana
y su crisis

*Emir Reitano
Paulo Possamai
(coordinadores)*

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2015

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Comunicación Visual

Corrección: Lic. Alicia Lorenzo

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2015 Universidad Nacional de La Plata

Hombres, poder y conflicto. Estudios sobre la frontera colonial sudamericana y su crisis,

ISBN 978-950-34-1235-0

Colección Estudios / Investigaciones 55



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sargentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaría de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

Directora

Dra. Gloria Chicote

Vicedirector

Dr. Antonio Camou

Director del Centro de Historia Argentina y Americana

Dr. Fernando Barba

Índice

Nota introductoria

<u>Emir Reitano, Paulo Possamai</u>	08
---	----

Del Tajo al Amazonas y al Plata. Las repercusiones atlánticas de las guerras entre las coronas española y portuguesa en la Edad Moderna

<u>Juan Marchena Fernández</u>	12
--------------------------------------	----

La guerra en la frontera sur rioplatense

El presidio de Buenos Aires entre los Habsburgo y los Borbones: el ejército regular en la frontera sur del imperio español

<u>Carlos María Birocco</u>	117
-----------------------------------	-----

Los soldados indígenas del Rey Católico: los misioneros en las guerras por la Colonia del Sacramento

<u>Paulo César Possamai</u>	151
-----------------------------------	-----

Ataque de la flota combinada anglo portuguesa a la Colonia del Sacramento. El hundimiento del navío Lord Clive (1763).

<u>Marcelo Díaz Buschiazza</u>	176
--------------------------------------	-----

Travessias dificeis: Portugal, Colónia do Sacramento e o projeto Montevidéu (1715-1755)

<u>Victor Hugo Abril</u>	185
--------------------------------	-----

Beresford e D. João VI – Uma inesperada confluencia

<u>Fernando Dores Costa</u>	208
-----------------------------------	-----

<u>La guerra: una situación límite. Una aproximación al tema: Batalla de India Muerta, noviembre 1816</u>	234
<u>Juan Carlos Luzuriaga</u>	
La guerra en la frontera norte rioplatense	
<u>Fortalezas imperiais: Arquitetura e cotidiano (Fronteira Oeste da América Portuguesa, século XVIII)</u>	
<u>Otávio Ribeiro Chaves</u>	256
<u>Resistência e cotidiano da tropa militar do presídio de Miranda: Aspectos da defesa da fronteira sul da capitania de Mato Grosso (1797-1822)</u>	
<u>Bruno Mendez Tulus</u>	282
<u>Os índios Payaguá: guerra e comércio na fronteira oeste da América portuguesa</u>	
<u>Maria De Jesus Nauk</u>	305
<u>De Yatay a Cerro- Corá. Consenso e Disenso na resistência militar paraguaia</u>	
<u>Mario Maestri</u>	321
Frontera en movimiento	
<u>Extraños en los confines del imperio: los portugueses ante la corona española en el Río de la Plata</u>	
<u>Emir Reitano</u>	351

<u>Incidências da guerra en uma fronteira imperial: Rio Grande de São Pedro (1750-1825)</u>	
<u>Helen Osorio</u>	369
<u>Armas y control. El “negro delito de la deserción” en la Banda Oriental (1811-1816)</u>	
<u>Daniel Fessler</u>	388
<u>Cruzar fronteiras, conectar mundos. As missões austrais na pampa bonaerense (Século XVIII)</u>	
<u>María Cristina Martins</u>	416
 Historiografía, memoria e identidad	
<u>Las guerras coloniales en la historiografía uruguaya de orientación nacionalista</u>	
<u>Tomás Sansón</u>	438
<u>Las estatuas al Almirante Brown y la “construcción de la Nación Argentina”</u>	
<u>Diego Téllez Alarcia</u>	455
<u>Los autores</u>	473

Introducción

Emir Reitano – Paulo Possamai

¿Qué papel ha jugado la frontera en la historia colonial americana? Desde un primer momento, la frontera fue parte de la conquista y colonización de América y se consolidó de las formas más diversas según las regiones del continente. Es así que a lo largo de la historia coexistieron varios tipos: una frontera permeable, pensada como un área regional, y otra más rígida delineada en torno a una línea divisoria de dos mundos diversos. Esto nos lleva a una interpretación mucho más amplia y compleja del concepto “frontera” por la cantidad y diversidad de factores que engloba. Dicha noción tiene su origen en los enfoques de Turner (1986), para quien el término era elástico y definía una frontera permeable como un espacio abierto a la expansión.

La concepción turneriana de la frontera fue retomada en nuestra historia regional por diversos autores en función de la historia americana. Al respecto Diana Duart señaló:

Las fronteras internas fueron esos espacios marginales, en donde gente de distintas culturas interactuaba en el marco de condiciones particulares y se desarrollaban instituciones específicas [...] en América Latina se desarrollaron, desde los inicios, distintos tipos de fronteras dadas por el factor humano, la tipología espacial y la actividad económica [...] En tal sentido también debe admitirse que la frontera modeló el funcionamiento de la política, la sociedad y la economía (2000: 16-17).

De este modo, la frontera era un lugar donde existía el contacto y se cruzaban las más variadas influencias culturales, económicas, sociales y políticas.

Debemos considerar también que la conformación de la misma estaba directamente relacionada con el proceso histórico que le daba origen. Así,

podemos afirmar que no existía un tipo único de frontera, sino que adquiría sus propios ribetes de acuerdo a dónde se originaba (Tejerina, 2004: 27-34).

En la actualidad muchos investigadores se encuentran debatiendo sobre la problemática de las fronteras desde varias perspectivas y todos ellos nuevamente diversifican el paradigma tradicional. Estas investigaciones tienen en cuenta las peculiaridades organizativas desde distintos puntos de vista, no solo el político y económico sino también cultural, religioso, étnico y lingüístico. Con este enfoque, el concepto adquiere una forma mucho más amplia y se nos revela como una frontera de límite, de confín, de algo sumamente difuso y cambiante. La frontera genera un espacio en ocasiones poco definido, extenso, claramente permeable y poroso, que permite no solo fenómenos de exclusión y segregación sino también de inclusión e integración a ambos lados de sus propios linderos. Dentro de ese espacio se pudieron generar nuevos y fluctuantes consensos surgidos, en algunas ocasiones, a partir de tensiones y conflictos.

Muchos autores nos preguntamos acerca de las múltiples formas que asumieron las disputas, las rivalidades, las negociaciones y las solidaridades a través de las cuales se manifestaron todas estas transformaciones. Nos preocupan cuáles fueron los intereses en pugna y los medios utilizados para zanjar las diferencias en cada uno de los conflictos, como también qué estrategias predominaron para su resolución y qué papel jugó la violencia, entre otros factores. El libro que el lector tiene en sus manos intenta desentrañar algunos aspectos todavía oscuros sobre la frontera y se estructura en función de estas ideas.

La obra se caracteriza por aglutinar a un grupo de autores heterogéneos desde el punto de vista de su nacionalidad y su formación; sin embargo, todos ellos examinan a partir de sus diferentes miradas las diversas problemáticas generadas en la frontera luso-española. De este modo, el texto intenta romper barreras entre las diversas producciones historiográficas del Brasil e Hispanoamérica.

La introducción temática corresponde a un extenso trabajo de Juan Marchena, quien indaga en profundidad las repercusiones que tuvieron los conflictos hispano-lusitanos de la península en el espacio americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este estudio nos permite adentrarnos en otro plano del libro, que analiza la guerra en la frontera: primeramente, en el sur rioplatense; luego, en un segundo bloque, en la frontera norte de la región platina.

Cabe destacar que para llevar a cabo nuestro trabajo ubicamos al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa zona de frontera hispano-lusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispano-lusitanas en dicha zona, podemos observar que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar con exactitud el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida a la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta zona las relaciones entre súbditos de ambos reinos se dio de forma muy particular: estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, extremadamente alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas casas reinantes. De este modo, entendiendo al Río de la Plata como espacio de frontera en el mundo tardocolonial, podemos comprender mejor el arribo de los españoles y portugueses que llegaban a la región con la idea de asentarse y ejercer su ocupación en tanto integrantes de la comunidad del ámbito rioplatense.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento. Se entiende a la frontera como ese lugar permeable, abierto, en el que interactuaron todas las sociedades —la hispano-criolla (con sus propios conflictos internos), la portuguesa y la indígena—, donde se generó un complejo mosaico étnico en el cual las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, cierran el libro la historiografía, la memoria y la identidad con sus estructuras temáticas singulares. Los estudios hechos bajo esas perspectivas nos permiten percibir cómo la construcción de las fronteras sigue siendo vista y sentida por los historiadores y sus lectores. Esto es muy importante, pues si la demarcación de las fronteras supuso problemas diplomáticos y prácticos en el período colonial, el esfuerzo por determinarlas fue mucho más intenso después de la creación de los estados nacionales que sucedieron a los dominios ultramarinos de España y Portugal en América, y que buscaron, en los tratados entre las dos coronas, establecer las fronteras de los nuevos estados. Todavía hoy ciertas fronteras continúan en litigio en nuestro continente, y por esta razón algunos de los trabajos aquí presentados siguen generando controversias.

Somos conscientes de que este es un aporte que no da por terminada la cuestión de la frontera sino que plantea nuevos interrogantes. Pretendemos de este modo abrir un espacio para el debate y lograr que nuevas investigaciones salgan a la luz, tal vez con diferentes abordajes teóricos y metodológicos dentro de una temática tan compleja en la que aún quedan muchos aspectos por desentrañar.

Bibliografía

- Duart, D. (2000). Cien años de vaivenes. La frontera bonaerense (1776-1870). En C. A. Mayo (Ed.). *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela* (pp. 16-17). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Tejerina, M. (2004). *Luso brasileños en el Buenos Aires virreinal. Trabajo, negocios e intereses en la plaza naviera y comercial*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- Turner, F. J. (1986). *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América.

Del Tajo al Amazonas y al Plata: las repercusiones atlánticas de las guerras entre las Coronas española y portuguesa en la Edad Moderna (1640-1777)

Juan Marchena Fernández

Señalando propósitos

Este trabajo pretende revisitar la política internacional desarrollada por la monarquía española en lo referente a Portugal durante la mayor parte de los siglos XVII y XVIII: en concreto, desde la Restauración portuguesa hasta el traslado de la Corte lusitana al Brasil. Tomando como eje vertebrador del análisis el hecho de que esta política y sus acciones derivadas poseyeron un marcado carácter belicista y agresivo contra Portugal a todo lo largo del período, casi sin pausas o con muy contadas ocasiones de paz.

Ello fue así porque, en primer lugar, la restauración de la Corona portuguesa se produjo solo después de una larga, pesada, costosa y cruenta guerra de más de treinta años. Segundo, porque los sucesivos reyes españoles y sus gobiernos, desde Carlos II a Carlos III, consideraron que la Corona lusitana, aliada tradicional de las monarquías europeas enemigas de la española, representaba un serio peligro y un grave inconveniente para la consecución de sus objetivos estratégicos, políticos y económicos, y que, por tanto, este peligro debía ser neutralizado. Obviamente, el escenario -gigantesco- donde esta política belicosa se desarrolló fue el de las fronteras entre ambas monarquías, tanto en la península ibérica como en el continente americano.

Considero que un análisis de este tipo constituye un sugestivo ejercicio de historia político-social e institucional, en cuanto permite retornar al período y a sus circunstancias con otra mirada. Una nueva mirada, además,

necesaria. Las guerras entre España y Portugal, a pesar de su magnitud e intensidad a todo lo largo de la Edad Moderna, han sido escasamente tratadas por las respectivas historiografías -salvo excepciones que señalaremos-; a no ser que consideremos las muchas obras de marcado corte patriótico, escritas como historias de “tambores y trompetas” y destinadas a insuflar los “espíritus nacionales”, editadas la mayoría de ellas durante las dictaduras de Franco y Salazar y sin mayor interés académico, todo lo contrario: desde ambos lados de la frontera algunos autores han calificado a estos conflictos como “historias medulares de la nación”, o germinales “de las conciencias nacionales”. Esta exuberancia desgastó el tema hasta el extremo de impedir que resultara atractivo para las siguientes generaciones de historiadores, tanto españoles como portugueses; con lo que en pocas ocasiones estas guerras se han analizado como lo que fueron, argumentos recurrentes en las lógicas políticas características de la Europa del Antiguo Régimen, y empleados con asiduidad por las respectivas monarquías. No debe olvidarse que se trataba de dos enormes imperios coloniales en continua expansión, con una dilatada frontera común en las dos orillas del océano, y cuyos intereses tenían forzosamente que entrar en colisión en casi todos los ámbitos, desde el político-comercial al dinástico, en lo institucional y lo estratégico, o en lo tocante a la preservación de los respectivos patrimonios reales.¹

Nuestro objetivo ahora, como se indicó, es correlacionar las dos fronteras -la peninsular europea con las americanas- e intentar dialogar con ambas historiografías, la luso-española y las latinoamericanas, hasta ahora poco o nada relacionadas entre sí en este tema, sobre la necesidad de analizar estos asuntos comparativa y simultáneamente, considerando la enorme ligazón y trabazón internas que tuvieron;² y ofrecer un panorama de fuentes y bibliografía lo más amplio posible para animar a la continuación de estudios de este tipo y a la profundización en aquellos puntos que se consideren más interesantes.

Nos hallamos, pues, ante un encadenamiento de conflictos -guerras abier-

¹ Como afirman Hermann & Marcadé (1989: 278 y ss.) resulta difícil separar en este período y en este tema de las relaciones hispano-portuguesas las políticas exteriores e interiores mantenidas por ambas monarquías.

² Tres trabajos preliminares sobre este tema: Marchena Fernandez, 2009, 2014 y la compilación de Possamai, 2012.

tas y estridentes unas; otras, en cambio, opacadas por la distancia y por el medio donde se desarrollaron- entre dos imperios monárquicos que, además, atravesaron durante todo este largo período, agudas y prolongadas “crisis de Estado” (Hespanha, 1984).

En la parte portuguesa, un sector de la historiografía más nacionalista ha resaltado la idea de que estos conflictos fueron provocados por la “permanente y ruda intromisión” de Castilla y España en su propia “entidad identitaria”, en su independencia y su vocación universalista, debiendo realizar “la nación portuguesa” a fin de detenerlos, “enormes sacrificios”, desde el rey hasta el último de sus súbditos, empleando en ello ingentes recursos que no pudieron ser utilizados en el progreso del reino, impidiéndole cumplir cabalmente su “destino histórico” de “Justo Imperio”;³ y usando en ocasiones la expresión -para el período de la unión dinástica con Castilla- de “época de la cautividad babilónica”, con lo que se fortalecía la idea de una Jerusalén portuguesa que debía ser liberada permanentemente de los españoles.⁴ Todo ello unido a que, como cita Stradling, durante la época que se estudia existió sin duda una cultura oral de leyendas heroicas y profecías redentoras de lo extranjero, en las que se mezclaron, fomentados muchas veces desde el púlpito, el espíritu de Aljubarrota, el deseo de cumplir la orden de Cristo, el espíritu imperial y de cruzada, con un catolicismo providencialista donde el sebastianismo tuvo un peso considerable (Stradling, 1989; 266).⁵

Desde una mirada española, un amplio grupo de historiadores ha insistido en situar estas guerras hispano-portuguesas entre las llamadas “rebeliones provinciales”, en el contexto de la profunda crisis que atravesó la monarquía

³ Como ha sido señalado por Mariz, 1990; Borges de Macedo, 1981: 48 (citado por Themudo Barata, M. A., 1997)); Silvério Lima, 2008; Hespanha, 2001 y Novais, 2005. Como señala Nuno Monteiro (2009), la crítica activa al nacionalismo tradicional portugués –con mención expresa al tema imperial- fue parte integrante de la formación de gran parte de los historiadores que iniciaron su aprendizaje en los años sesenta.

⁴ A partir de las obras de la época, como la de Calado, 1648. Un asunto comentado en varios e importantes trabajos: Queiroz Velloso, 1946; Magalhães Godinho, 1978. Ver también Oliveira, 1991; Bouza Alvarez, 1990; Mattoso, 1993; Serrão, 1979; Hespanha, 1993; Cunha, 2000; Serrão, 1980; Oliveira, 1993; França, 1979. Un excelente trabajo de reflexión y compilación sobre el tema, Cardim, 2004.

⁵ Para conocer el impacto social y político de la Iglesia sobre la sociedad portuguesa del período, ver Cardim, 2001.

hispana a mediados del siglo XVII⁶ -cuando no las ha identificado directamente como una de sus principales causas (Elliot, 1977)⁷- . Otros las han estudiado como consecuencia del posicionamiento probritánico de la monarquía lusitana en la crisis por la sucesión al trono español de principios del s. XVIII y aun otros autores, más críticos con el tratamiento que el tema ha recibido hasta ahora en España, han escrito sobre “las guerras olvidadas” (Valladares, 1998; Solano & Pérez Lila, 1986).⁸ Pero una comparación entre la producción historiográfica española (en número y profundidad) acerca de las difíciles relaciones entre la monarquía hispánica y la portuguesa y las siguientes guerras mantenidas entre ambas en la península y en América, frente a la producción dirigida a estudiar los conflictos de la monarquía española con las demás potencias y en otros escenarios europeos, muestra a la primera en clarísima desventaja tanto en calidad como en cantidad (García Hernán, 2002; Martínez Ruiz & Pi Corrales, 2002). Un detalle que no deja de tener su trascendencia, porque este tratamiento historiográfico no se corresponde con la realidad histórica de unas relaciones que fueron tan intensas y profundas como difíciles y turbulentas, y en las que resultaron implicadas tan directamente ambas sociedades,⁹ quizás más que en cualquier otra oportunidad y circunstancias.

⁶ La consideración de la guerra por la restauración de la monarquía portuguesa como una “rebelión provincial” en el contexto de la crisis del XVII origina una nota, por ejemplo, de Stradling (1989: 255): “El título de este capítulo –la rebelión provincial- que hace referencia al tema desde el punto de vista de Madrid, no implica que no reconozca a Cataluña y Portugal como *naciones*. Los conflictos de 1640-1652-1668 pueden ser considerados por cualquier historiador como *guerras civiles* o como *guerras de independencia* si así se prefiere, en vez de ver en ellos meras rebeliones. La mayoría de los estudios regionales actuales –que ahora son abundantes- reconocen y tratan ese problema, evitando así aplicar un enfoque excesivamente restringido o *nacionalista*”. Sobre el tema, ver los trabajos de Valladares (1998) y Dores Costa (2004), probablemente los mejores análisis del conflicto. Ver también Thomas & de Groof, 1992; Schaub, 2001; Borges, 2000; Cortés Cortés, 1990 y Bouza Alvarez, 2000.

⁷ Ver también Fernández Albaladejo, 2007; Dardé Morales, 1999.

⁸ Ver también Corvisier, 1995. Sobre el tratamiento reciente de estos conflictos en el caso español, Espino López (2003) y para el caso luso-brasileño, Scaldaferrri Moreira & Gomes Loureiro, 2012.

⁹ Cientos de fortificaciones, castillos, murallas, baluartes, baterías, levantadas en estos años, algunas de ellas monumentales, rodean, defienden y protegen las ciudades y pueblos portugueses y españoles a todo lo largo de la frontera. Y las determinaron de cara al futuro (Morgado, 1989). Como se señala en De la Croix, 1972. Sobre el tema de la determinación del espacio urbano y la

Por otra parte, en otra dirección pero relacionada con lo anterior, debe señalarse que en las últimas décadas estamos asistiendo al rápido desarrollo de lo que ha venido a denominarse “The Military Revolution”. Línea o perspectiva desde la que se trata de analizar y explicar el papel de las guerras en la construcción y desarrollo de la Europa Moderna, y el conjunto de transformaciones que estos conflictos ocasionaron en la región durante los siglos XVI al XVIII. El estudio de la guerra y de los aparatos militares que las soportaron, en una Europa donde los conflictos bélicos fueron parte medular de sus definiciones, ha cobrado un nuevo auge y ha venido a constituir un flamante tópico historiográfico, cada vez más inserto en los análisis sociales, económicos y políticos. Un tema y un término que han suscitado interesantes debates.¹⁰ El estudio de los ejércitos de la Modernidad, su composición, estructura, financiación, tecnologías; el análisis de los militares, profesionales o no, en el marco de las mutantes y heterogéneas sociedades, explicando sus roles económicos, sociales o familiares, y desde luego sus actuaciones en el terreno de lo político-administrativo; las repercusiones de las maniobras y evoluciones de estos ejércitos por los distintos escenarios de las guerras -todo el mapa de Europa en realidad, dada la internacionalización permanente de las mismas-, los saqueos, destrucciones, pérdidas materiales y humanas; las movilizaciones, las levas, sus consecuencias demográficas, sus costos y repercusiones económicas, incluso sus impactos ambientales; todo ello ha sido objeto de numerosos trabajos que sin duda han servido para obtener un mejor conocimiento de la época.¹¹

Sin embargo, todavía esta mirada, o esta perspectiva de análisis, no ha

cotidianidad de las ciudades por las fortificaciones, ver Duffy, 1975; Marchena, 2001; Marchena & Gómez Pérez, 1992.

¹⁰ Comenzando por el clásico: Roberts, 1956; y, entre otros, Duffy, 1980; Hale, 1983; Parker, 1990; Cornette, 1990; Black, 1991; Downing, 1992; Rogers, 1995; Eltis, 1995; Bérenguer, 1998. Para el caso portugués, Newitt, 1980; Corvisier, 1973. Para España, véanse los trabajos de Andújar Castillo, 1999 y Martínez Ruiz, 2003.

¹¹ Sobre este tema véase: Cipolla, 1965; Leónard, 1958; Corvisier, 1979 y 1985; Childs, 1982; Levi, 1983; Duffy, 1987; Anderson, 1988; Tilly, 1990; Bély, 1991; Black, 1994; Stone, 1994; Wilson, 1998; Chagniot, 2001; Parker, 2001; Archer, Ferris, Herwig & Travers, 2002; Black, 2002; Bois, 2003; Hochedlinger, 2003; Kennedy, 2004; Drévillon, 2005. Una excelente revisión historiográfica en Maffi, 2007.

alcanzado significativamente al estudio de las guerras sostenidas entre las dos Coronas ibéricas durante el período que aquí tratamos. Y ello a pesar de que resulta incuestionable el hecho de que la restauración de la monarquía portuguesa y su independencia de la española solo fue alcanzada tras un largo conflicto bélico mantenido entre España y Portugal durante casi treinta años: una guerra que comenzó en 1640 y no finalizó hasta 1668. Empeñado como estuvo el rey español Felipe IV, “el Rey Planeta”, en no reconocer ni a Don João IV ni a la monarquía lusitana, el conflicto siguió manifestándose hacia adelante durante muchas décadas (casi ciento cincuenta años más) con sucesivas y sangrientas batallas, un sinnúmero de asaltos a ciudades y villas, movilizaciones constantes de grandes masas de población, más un crecido -y siempre exorbitante- gasto militar, oyéndose con mucha frecuencia el estrépito de los ejércitos en campaña a lo largo y ancho de la frontera común, no solo en la península sino también en América. Porque no puede dudarse de que estos más de treinta años de guerra constituyen un largo conflicto enquistado desde antiguo (como mínimo desde que los tercios del duque de Alba invadieron Portugal y ocuparon militarmente Lisboa en 1580) que adquirió distinta naturaleza en función de cómo se desarrollaron los acontecimientos en Europa, al menos hasta la crisis final del Antiguo Régimen.

Por lo tanto, la guerra -las guerras- entre 1640 y fines del siglo XVIII fueron una importante manifestación política, social y económica -con su reflejo en la esfera de las mentalidades colectivas- del estado real de las cosas en el interior de ambas monarquías, cuyos avatares y consecuencias motivaron recíprocos y cambiantes posicionamientos en las relaciones que mantuvieron entre sí. Y no solo de los monarcas y las casas reales, o de sus entornos más directos de secretarios, ministros o consejeros, sino que estos enfrentamientos bélicos modificaron también las posiciones y actitudes de los respectivos estamentos nobiliarios, cuyo papel bifronte en este tema aún merecería estudios más profundos; u originaron un impreciso patrón de comportamiento seguido por ambas burguesías comerciales urbanas, temerosas de que las exigencias defensivas de las monarquías no solo fueran excesivas sino infinitas; o modificaron el siempre vacilante papel de los grupos de financistas, ante los riesgos de impagos o embargos de bienes que a algunos condujeron a la ruina; o influyeron decisivamente sobre ambos cleros, situados siempre a caballo entre el pragmatismo de los unos y el fanatismo de los más, y uti-

lizando las guerras para preservar, desde sus llamadas al sagrado combate, sus encastilladas esferas de poder, defendiendo idearios y concepciones del mundo tanto espiritual como material de notable impacto en el cuerpo social. Guerras que también provocaron el rechazo o el apoyo de amplios sectores de la población en las dos monarquías, agotados por las gabelas y las levas para las campañas, protestando violentamente contra ellas, pero a la vez también sintiéndose impulsados a mantenerlas al oír la voz de trueno de los púlpitos o las sagradas invocaciones realizadas por una u otra Corona a defender el honor del rey y la gloria del reino.

Súmese a lo anterior el hecho de que las distintas ubicaciones de ambas monarquías en el juego de alianzas y/o divorcios políticos (dinásticos muchos de ellos) sucedidos entre todas las potencias europeas a lo largo del período, en una diplomacia basada en la guerra mucho más que en la paz, fueron tan mutantes y tan cambiantes rápida e intempestivamente que las motivaciones que las sustentaban nunca llegaron a explicarse en el interior de los reinos respectivos a no ser por evanescentes invocaciones a lo divino o a lo patriótico. Por lo que, más allá de la Corte y los círculos de poder, entre la población común y corriente de los campos y las ciudades que soportó estas guerras, solo se manifestaron las consecuencias siempre dramáticas de estas decisiones, dadas las muchas vidas y los dineros que entregaron. Es decir, la justificación de la “necesaria guerra” contra el enemigo se basó en ambas monarquías en argumentos a la vez inasibles (como la valentía y grandeza del rey)¹² y a la vez coercitivos, dando pie a la construcción de imaginarios populares de mutuo recelo en los cuales, por ejemplo, cundió fervorosamente entre los españoles la certeza de la “traición” portuguesa por sus continuas alianzas con Inglaterra y Holanda, “enemigas acérrimas de España”, traicionando también a una fe y a una religión católica a las que los lusitanos habían jurado defender; o, entre los portugueses, de que estas alianzas, aun contra natura, eran su única posibilidad de sobrevivir frente a la permanente agresión española en su inicuo

¹² Ver, por ejemplo, la construcción de la imagen del nuevo rey de Portugal, Alfonso VI, que pasó a ser denominado “o filho da guerra” y “o Vitorioso” (Barreto Xavier & Cardim, 2008: 51 y 59). O Felipe IV, retratado por Velázquez como “El Rey Planeta”, manteniendo su propuesta de “guerra con toda la tierra”: un gran general caracoleando con su caballo en el combate, la vera imagen de la fuerza y la autoridad.

propósito de dominarlos primero y absorberlos después (Amalric, 1992).¹³

Más que en Portugal, y como ya comentamos, este asunto de las guerras europeas aparece señalado por la historiografía sobre España como un tema trascendental a la hora de analizar la monarquía hispánica del período. La presencia masiva y ubicua de las tropas del rey en el bien surtido inventario de conflictos repartidos por toda Europa en los que el monarca quiso involucrarse, vino a constituir la columna vertebral de sus actuaciones políticas e ideológicas por el continente; pero -anota la mayoría de los autores- el enorme peso que alcanzó a tener la máquina militar imperial en el contexto del Estado monárquico español conllevó que a mediano y a largo plazo este no pudiera desarrollarse como un Estado moderno, resultando más enérgico que eficaz, vigoroso más que efectivo, crecido más que poderoso; y eso que contaba con los fabulosos recursos aportados por la fiscalidad del mundo americano y del comercio trasatlántico. La presencia permanente de las tropas del rey en este enorme espacio y su participación en la casi totalidad de las guerras de la Edad Moderna, como han señalado los especialistas, por su altísimo coste económico y demográfico y por el desgaste político tanto interno como externo que ocasionaron, constituyeron la raíz y el detonante (aunque de efectos muy prolongados en el tiempo) de la crisis de la monarquía española.¹⁴ Pero estos estudios rara vez, o muy de pasada, incluyen el análisis de las guerras con Portugal.¹⁵

En este otro país, en cambio, las guerras del período se han estudiado -casi siempre- a partir de la idea de la defensa de lo propio frente a España, primando, antes que lo externo, las miradas interiores, el papel en las mis-

¹³ Esta semiperpetua presión de la monarquía española sobre Portugal a lo largo de la frontera con “Castilla” -hasta quedar firmemente asentada en la conciencia colectiva portuguesa- fue puesta de manifiesto en el hecho de que los portugueses, tanto en la península, en América o en Asia, siempre que contactaban con los españoles les llamaban “castellanos”, aun cuando se tratara de personas o colectivos de procedencia vizcaína, catalana o incluso americana.

¹⁴ Entre otros muchos trabajos, véase Thompson, 1981; Stradling, 1992; Straub, 1980; Koenigsberger, 1969; Parker, 1988; Elliot, 1990; Israel, 1997; Storrs, 2006; y Kamen, 2003. Para el impacto de Portugal en la crisis, Valladares, 1994, 1996 y 1998; Alcalá-Zamora & Queipo de Llano, 1977; Gil Pujol, 2004. Sobre las repercusiones en América, Garavaglia, 2005 y Serrano Mangas, 1994.

¹⁵ Resulta muy interesante el análisis que realiza al respecto Maffi, 2006.

mas de los monarcas y de los diversos miembros de la familia Bragança, de sus ministros y secretarios, de la alta y baja nobleza, del clero, del aparato administrativo o de las burguesías urbanas, explicando en cada caso su papel protagónico en la conformación y desarrollo -y también en las crisis- de la monarquía y del reino. No obstante, y con el aumento logrado en los últimos años de los estudios sobre el Portugal de Alem-Mar,¹⁶ se ha ido incorporando a este tema de las guerras el análisis del conflicto con Holanda en el Brasil colonial,¹⁷ el de sus “perigos interiores”, del impacto de la restauración monárquica en las colonias de África y Oriente, o el examen de los conflictos surgidos con España por la expansión llevada a cabo desde el Brasil durante el s. XVIII. A pesar de todo ello y poco a poco, el estudio de las guerras hispano-portuguesas del período desde esta nueva óptica referida más arriba, va siendo objeto de atención de los investigadores a ambos lados de la frontera.¹⁸ En este sentido, observarlas desde la perspectiva de la historia de los conflictos bélicos y de la participación en los mismos de ambas sociedades y de ambos aparatos políticos y administrativos, cobra una novedosa trascendencia. Sobre todo porque salen a la luz la naturaleza e intensidad de todas estas guerras, que no por “olvidadas” u “ocultas” dejan de ser importantes y reveladoras (Black, 2004).

La larga guerra de la Restauración: 1640-1700

Que el tema de estas guerras no sea objeto preferente de estudio no quiere decir que no fueran tan trascendentales como dramáticas para el desarrollo político de ambas monarquías (Hespanha, 1989). Desde los inicios de la llamada en Portugal “Restauración de la Monarquía” (Dores Costa, 2004) y en

¹⁶ En este sentido son de un gran interés las reflexiones que realiza Nuno Gonçalo Monteiro (2009) acerca de las influencias recíprocas y recientes de las historiografías portuguesa y brasileña.

¹⁷ Una visión de conjunto en Herrero Sánchez, 2006.

¹⁸ Vease entre otros Themudo Barata & Teixeira, 2004; Dores Costa, 2004; VV.AA., 2005; Callixto, 1989; Cortés Cortés, 1990, 1985 y 1996; White, 1987, 1998, 2003a y especialmente 2003b; Thompson, 1999; Stradling, 1984; Contreras Gay, 2003. El número monográfico de la *Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, n. 22, 2004, “Ejércitos en la Edad Moderna” y García Hernán & Maffi, 2006, especialmente el Volumen II, “Ejército, economía, sociedad y cultura”. Para las repercusiones de la guerra en el Brasil portugués, ver Silva, 2008; Cunha & Monteiro, 2005; Souza Barros, 2008.

España “Sublevación” o “Rebelión” de Portugal (Dores Costa, 2004; Valladares, 1998a), los enfrentamientos bélicos fueron continuos y muy violentos (Beirão, 1940; Selvagem, 1931; Ayres de Magalhães Sepulveda, 1902-1912). La cuestión de Portugal fue un asunto clavado en el alma de Felipe IV desde 1640, y alentada por confesores y asesores espirituales;¹⁹ tan importante que en la Corte española tardaron tiempo en reaccionar cuando llegaron noticias de lo que estaba sucediendo en Lisboa y otras ciudades portuguesas,²⁰ aunque para todos quedaba claro que la reacción española para someterlas a su autoridad se produciría más temprano que tarde, y que la guerra era inevitable. El embajador inglés en Madrid, sir Arthur Hopton, informaba a Londres ese mismo año: “Todo Portugal se ha sublevado y no se puede recuperar salvo conquistándolo. Lo que en este momento no parece que estén dispuestos a hacer aquí, pues no se advierten preparativos generales para llevarlo a cabo” (citado por Stradling, 1989: 269). Efectivamente, por más prioritaria que le pareciera al rey español la campaña para sofocar “la sublevación”, esta no pudo iniciarse porque Felipe IV no contaba con las tropas suficientes, y porque Olivares todavía pensaba en la posibilidad de llegar a un arreglo político. Pero cuando el monarca despidió al conde duque en 1643 (Elliot, 1972)²¹ y pudo reunir algunas unidades, la invasión de Portugal se puso en

¹⁹ La continua presencia de sor María de Ágreda y sus consejos morales en el ánimo de Felipe IV, muy especialmente en todo lo relacionado por Portugal y tras la salida de Olivares, tuvo, según algunos autores, una gran repercusión en los acontecimientos (Stradling, 1989: 381 y ss.) Para Felipe IV, la guerra con Portugal era un ejemplo de cómo se ligaba la integridad de la monarquía con la voluntad divina: “Estamos haciendo todo lo humanamente posible para defendernos, pero al mismo tiempo tenemos que convencer a Dios de que somos dignos de su favor...”. Para ello, Felipe IV obligó a que en todas las iglesias del reino se exhortara a rezar, “ya que es por medios espirituales más que materiales como se devolverá la integridad a esta monarquía y se la guardará de los enemigos y los rebeldes” (Stradling, 1989: 384).

²⁰ Sobre enfrentamientos entre la población portuguesa -especialmente en Setúbal y Évora- y las escasas tropas españolas que permanecían en Portugal, ver Oliveira, 2002; Serrão, 1979; Stradling, 1989: 265 y 282.

²¹ Mientras tanto en América, las noticias de la guerra encontraron a la mayoría de las autoridades desprevenidas. En Cartagena, por ejemplo, se hallaba recalada una armada portuguesa al mando del conde de Castel Melhor procedente de las costas de Brasil, corriéndose la voz por la ciudad de que los lusitanos intentarían tomar la plaza, en cuanto por sus calles se oyeron gritos de “Viva el rey don Juan”. El conde fue retenido por el gobernador de Cartagena y finalmente rescatado por unos corsarios enviados en su busca, dando origen a un episodio que más parece

marcha: según su propio designio, era una cuestión de prestigio y de credibilidad personal como rey y como creyente (Jover Zamora, 1950). Tal cual sucedería en adelante -hasta trasformarse en todo un tópico militar, repetido por más de ciento cincuenta años- la guerra comenzó con un ataque contra la plaza fuerte de Olivença. No se inició bien la campaña para los españoles, ya que la ciudad resistió este primer embate, clavando ante sus muros a los mal organizados sitiadores; además, las tropas portuguesas se adentraron en el sur de Galicia y provocaron graves daños. Aprovechando las indecisiones de Madrid en esta primera ofensiva, el maestre de campo portugués Matías de Albuquerque cruzó la frontera en 1644 alcanzando la ciudad de Montijo, donde el marqués de Torrecusa se le enfrentó con resultado indeciso ya que ambos ejércitos acabaron destrozándose entre sí, sin mayores resultados para la parte española salvo lograr que Albuquerque retrocediera al otro lado de la línea fronteriza, pero mostrando todas las debilidades y el mal estado de las tropas castellanas. Tropas a las que en 1648 se les ordenó insistir otra vez en el ataque a Olivença, siendo de nuevo incapaces de tomarla.

Como pudo comprobarse, y en contra de lo que se supuso inicialmente -que esta guerra sería rápida, y un calco de la campaña del duque de Alba en 1580- los tercios de Felipe IV no consiguieron doblegar al ejército portugués de João IV.²² Los estrategas del monarca español le comunicaron que eran necesarios muchos más esfuerzos en hombres y material si quería proseguir con éxito la campaña de invasión. Sin embargo, las guerras de la monarquía española en otros espacios europeos (Francia, Italia y Flandes especialmente)

propio de una novela de aventuras (Garavaglia & Marchena, 2005: 377 y ss). Así, las respuestas en las ciudades americanas a la sublevación de Portugal fueron contradictorias, entre otras cosas porque buena parte de su élite comercial era portuguesa y temía –como sucedió- a las represalias que Felipe IV tomaría contra ellos. Una situación compleja que también se vivió en algunas ciudades de Brasil, donde se produjeron intentos de mantener la unión con la Corona española, como en São Paulo (1641) y Río de Janeiro (1647) dirigido éste último por Salvador Correia de Sá (Valladares, 1993).

²² Ejército que, aunque organizado de manera bastante apresurada, haciendo volver a Portugal a algunos de los más importantes oficiales que hasta entonces habían combatido a las órdenes de Felipe IV, especialmente en Flandes, pudo defender el territorio a cabalidad. Durante estos años, además, la producción de trabajos técnicos y teóricos sobre el arte de la guerra en Portugal fue más que importante. Ver al respecto Bebiano, 1993. En estos años fue creado en Lisboa el Conselho de Guerra, cuyas series de consultas son magníficamente analizadas en Dores Costa, 2009.

más la sublevación de Cataluña, la conjura del duque de Medina Sidonia (hermano de la reina portuguesa) en Andalucía, el rosario de motines antifiscales que se esparcieron por toda la geografía del reino tras varios años de pésimas cosechas, la extensión de la peste bubónica por la mayor parte del territorio levantino y andaluz, causando una enorme mortandad en algunas ciudades,²³ a lo que se sumaron las reticencias de la nobleza española a costear e incluso a participar en una nueva guerra (García Hernán, 2006: 97 y ss) -y menos en la del país vecino, a la que llamaban irónicamente “la guerrilla de Portugal” (Barreto & Cardim, 2008: 182)-, todo ello obligó al monarca español a no conceder lo que pedían sus maestres de campo, que mientras tanto aguardaban en la frontera; a dispersar sus no muy crecidas tropas por múltiples escenarios europeos y españoles, intentando además no incrementar los ya disparatados gastos militares; y a mantener por tanto con Portugal un *statu quo* (una “tregua tácita”) que estabilizó la situación si acaso por algunos pocos años. No consiguió más: la guerra con Portugal era una guerra impopular a la que nadie, salvo el rey, quería mirar de frente.²⁴

Pero en esos pocos años cambió la situación en el reino portugués: a la muerte de João IV en 1656 le sucedió su hijo Alfonso VI (Barreto Xavier & Cardim, 2008) -bajo la tutela de su madre-, inaugurando un período de inestabilidad caracterizado por los conflictos en el seno de la aristocracia lusitana.²⁵ Conflictos tanto entre sí como contra la política de la reina madre primero, y contra la del propio rey después, que crecieron y se enmarañaron sobremanera incluyendo la huida a España de varios de los principales miembros de la nobleza (Cardim,

²³ Causando una aguda crisis demográfica en algunas zonas, que obligó a modificar los métodos de reclutamiento: del sistema tradicional de “comisión” (enganchadores) se pasó a la creación de una milicia territorial, los llamados Tercios Provinciales, obligando además a la nobleza a participar en el ejército o en su financiación mediante el impuesto de “lanzas” (Quatrefages, 1989: 375 y ss).

²⁴ Por la mucha documentación e información que contiene sobre estos primeros años de la guerra, véase un clásico, Estébanez Calderón, 1885.

²⁵ Una inestabilidad que, como ha señalado Bernardo Ares, venía de años anteriores, puesto que entre 1640 y 1668, los años de la guerra, se sucedieron cuatro revueltas palaciegas: en 1641 y 1647 contra Juan IV, y en 1662 y 1667 contra Alfonso VI (Bernardo Ares, 2007: 21-22; Cardim, 2001b: 117 y ss.).

2001b: 107-108 y 172 y ss.).²⁶ Fue entonces, en 1656, cuando Felipe IV, aprovechando esta coyuntura y sintiéndose más fortalecido con nuevas tropas, decidió proseguir la guerra reanudando las hostilidades en la frontera.

Desde 1656 y por décadas, la frontera luso-castellana fue el escenario de cruentas batallas, ataques y sitios de ciudades y plazas fuertes. Las tropas españolas atacaron y sitiaron repetidamente Olivença o Elvas (Cruz, 1938; Valladares, 1998a: 162 y ss), y otras acometieron contra Badajoz o Valencia de Alcántara, dirigidas por el valido español duque de Haro o por Antonio Luis de Meneses.²⁷

Respectivas paces y tratados no detuvieron la guerra, acopiándose en Portugal refuerzos extranjeros, franceses (Ayres de Magalhães Sepulveda, 1897) o británicos (Childs, 1975), según los casos y las ocasiones, realizándose matrimonios dinásticos estratégicos (Prestage, 1928; Belcher, 1975; Ames, G., 2000a y 2000b) —como el de Catalina de Bragança (Almeida Troni, 2008)— hermana de Alfonso VI— con el rey Carlos II de Inglaterra- o nuevas alianzas y treguas, como la firmada con Holanda en 1641, que permitieron a Lisboa recibir pertrechos de guerra y otros materiales necesarios para la defensa.²⁸ Alguna más insólita, como cuando corrió el rumor de que el rey de Marruecos también había ofrecido a Portugal una importante ayuda militar a cambio de que se le dejase atacar Andalucía desde el Algarve para “recuperar sus antiguas posesiones en España” (Valladares, 1998a: 186). Estas ayudas exteriores fueron muy importantes para el sostenimiento de la guerra, cuyos elevadísimos costos para la población portuguesa —en tributos y en hombres para el combate— había originado violentas protestas en Lisboa y Porto.²⁹

²⁶ A lo que se unía la existencia de un partido hispanista entre la nobleza portuguesa (Sousa, Távora, Valdereis) (Ver Bernardo Ares, 2007: 14). Por otra parte, y como afirma Pedro Cardim, la Corona portuguesa era en estos años —y en buena medida la española también- un entramado de intereses que se manifestaban a través de diferentes órganos y corporaciones poco homogéneas y enfrentadas entre sí (Cardim, 2002).

²⁷ Esta campaña y las del resto de la guerra pueden seguirse a través del testimonio del propio Meneses, 1945. Otro documento de la época, Bacelar, 1659.

²⁸ Considerando, además, que esta nueva aproximación portuguesa a Holanda e Inglaterra significaba la recuperación de sus tradicionales ligaciones políticas y diplomáticas, interrumpidas durante el período de la unión ibérica (Antunes, 2004).

²⁹ Para acallar las revueltas de Porto tuvieron que ser movilizadas numerosas tropas desde

En 1660 Felipe IV ordenó empecinadamente un nuevo ataque contra Portugal, a pesar de que no tenía caudales suficientes para pagar y abastecer convenientemente a las tropas, que estos eran prestados por los asentistas a un elevado interés,³⁰ y que la guerra era más impopular que nunca en toda Castilla, porque, firmada la paz con Francia, la continuación de las operaciones contra Portugal obligaba a conservar en campaña a un alto numero de soldados, lo que exigía mantener una tributación disparatada contra la que muchas villas y ciudades acabaron también rebelándose violentamente (White, 1987).³¹

A pesar de todo, en 1661 el rey español preparó un numeroso ejército que debía invadir Portugal por Extremadura, Castilla y Galicia al mando de Juan José de Austria, hijo bastardo del monarca y hasta entonces gobernador de Flandes, ahora nombrado “Capitán General para la Conquista de Portugal” (Castilla Soto, 1992; Ruiz Rodriguez, 2005). Con reclutas de Castilla reunidos por sucesivas levas que generaron nuevas protestas, tropas que ingresaron a Portugal por Juromenha³² y por Galicia, aunque se retiraron cuando llegó el invierno (Valladares, 1998a: 201).

En 1663 Felipe IV sumó más esfuerzos a la guerra, avanzando Juan José de Austria sobre Évora, que fue tomada al asalto, y Alcaçer do Sal, a las puertas de Setúbal y por tanto de Lisboa, y el temor se extendió por la capital portuguesa. Parte del pueblo lisboeta se arrojó entonces a la calle, en lo que algunos autores han llamado “el santo montín”, dando vivas al rey Alfonso y mueras contra la “nobleza traidora que entregaba el reino a España”, y apresándose a defender la capital (Brazão, 1940: 130 y ss.). Algunos eclesiásti-

Minho, y en Lisboa se acuarteló a la guarnición (Alves, 1985; Dores Costa, 2010). Estas revueltas antifiscales, debidas a las presiones de la guerra, y antilevas forzosas, se corresponden con las que estallaron en España en varias localidades castellanas, en el País Vasco y especialmente en Andalucía (Córdoba y Sevilla en 1647 y de nuevo Sevilla 1652). Años, además, que por las malas cosechas, la carestía de los productos y la extensión de la peste bubónica, fueron de “verdadera hambre” en la mayor parte de la península ibérica (Gelabert, 2001).

³⁰ Ver Sánchez Belén, 1986; Ruíz Martín, 1990. Sobre los financieros portugueses, ver Boyajian, 1983.

³¹ Los disturbios se sucedieron ahora por toda la frontera con Portugal, desde Galicia a Andalucía.

³² Un valioso testimonio de la época: Jerónimo de Mascarenhas, 1663.

cos sacaron a la calle diversas reliquias, y se hicieron rogativas para que la providencia salvara a Portugal; incluso fue descubierto el cuerpo incorrupto del arzobispo Don Lorenço, que había estado presente en la emblemática batalla de Aljubarrota (Brazão, 1940: 133). Entonces se produjo la reacción: las tropas anglo-portuguesas al mando del conde de Vila Flor y las francesas de Schomberg, atacaron a Juan José de Austria y lo vencieron completamente en Ameixial (Estremoz) causándole terribles bajas, retomando el marqués de Marialva la ciudad de Évora y obligando a los españoles a retirarse a Badajoz mientras por el norte arremetían contra la frontera gallega,³³ una nueva afrenta para el orgullo militar de Felipe IV (White, 2003b: 59-91).

Para contrarrestar esta ofensiva, el duque de Osuna llevó a cabo una nueva invasión desde Castilla con un importante cuerpo de ejército, pero resultó completamente vencido en Castelo Rodrigo y Almeida, de donde debió huir -según la leyenda extendida por todo el reino portugués- vestido de fraile, perdiendo sus bienes personales e incluso parte de su archivo familiar (Carvalho, 1988). En 1665 Felipe IV ordenó un nuevo ataque, al mando del marqués de Caracena, Luis de Benavides Carrillo, a quien hizo venir desde Italia con todo su prestigio a cuestas, pero el marqués de Marialva, auxiliado por Schomberg, en Montes Claros, cerca de Elvas, aplastó a las tropas de Caracena en la batalla más sangrienta de todo el conflicto, con más de 4.000 muertos y 6.000 prisioneros entre los españoles. Los restos del ejército de Felipe IV se encerraron en Badajoz, donde aún estuvieron en riesgo de ser atacados. Era el fin de la guerra por parte de España.

Además, las circunstancias políticas cambiaron de nuevo bruscamente, y las dos monarquías entraron casi en parálisis. Felipe IV murió en 1665, removiéndose y reemplazándose buena parte de la Corte con nuevos ministros y nuevos validos durante el reinado de Carlos II, un período bien turbulento con continuos enfrentamientos entre clanes nobiliarios.³⁴ En Portugal, Alfonso VI tuvo que hacer frente a una gran sublevación en el reino (1667) que lo llevó al retiro en las islas Azores (Dória, 1947; Barreto Xavier & Cardim,

³³ Ver al respecto: *Segunda entrada que fez o Conde de Castel Melhor na villa de Salvaterra, en Gallizia, chamada hoje Salvaterra de Portugal*, Lisboa, 1643; y Matos, 1940.

³⁴ Especialmente durante la regencia de María Luisa de Borbón, nieta de Luis XIV. Ver Bassenne, 1939.

2008: 233 y ss.). Su hasta entonces esposa, María Isabel de Saboya, consiguió la anulación de su matrimonio y se casó con su cuñado Pedro II, quien sucedió a su hermano Alfonso en el trono. Ese mismo año se reanudaron las hostilidades entre Francia y España, y los ministros españoles buscaron -con la intermediación de Inglaterra- acabar cuanto antes con la impopular e inútil guerra de Portugal, firmándose un tratado, ratificado en Madrid en 1668, por el que se reconocía la independencia de Portugal y se restablecían todas las plazas de la frontera a su antiguo estado; una paz que en Castilla fue celebrada con el mayor júbilo. Júbilo que no impidió que se mantuviera con más fuerza que nunca la idea de que portugueses y judíos (un binomio que en la España de la época parecía difícil de separar) eran los culpables del estado de postración de la monarquía,³⁵ ni que en las colonias americanas se desatara una feroz persecución de portugueses.³⁶

Como repercusión tardía de este conflicto, en 1678 Pedro II de Portugal ordenó al gobernador de Río de Janeiro, Manuel Lobo, que ocupase una posición lo más adentro posible del estuario del Río de la Plata a fin de establecer una colonia portuguesa,³⁷ siguiendo la idea general de expansión de fronteras que habían iniciado los bandeirantes paulistas.³⁸ Una política ahora apoyada por la Corona portuguesa y también por Inglaterra, que veía en este nuevo establecimiento a fundar un excelente punto de entrada de sus productos al interior americano y, especialmente, un bastión cercano a las fuentes de los metales del Alto Perú (Canessa de Sanguinetti, 1989). Además, muchos de los comerciantes portugueses expulsados de las colonias españolas presionaron para que se

³⁵ En los *Avisos históricos* de Pellicer, una especie de diario de lo que acontecía en Madrid a mediados del s. XVII, son continuas las referencias a la “maldad y felonía” portuguesas, acusándolos de todo lo malo que sucediera en el reino, desde un robo, un asesinato, una traición o un acto contra la fe. Pellicer y Salas, 1965.

³⁶ Ver Garavaglia & Marchena, 2005: 347-382; Studnicki-Gizbert, 2007; Valladares, 1992; Reparaz, 1976 y Mateus Ventura, 2005.

³⁷ Siguiendo el proyecto que unos años antes habían realizado dos ingenieros franceses al servicio del rey de Portugal, Bartolomé y Pedro Massiac, sobre ocupación del Río de la Plata (Gutiérrez & Esteras, 1991: 39 y ss).

³⁸ Ver Monteiro, 1994; y el clásico trabajo sobre Raposo Tavares de Jaime Cortesão, donde se explicita la importancia de estas entradas hacia el occidente brasileño, realizadas a partir de 1647, a la hora de establecer las fronteras portuguesas en el futuro. Esta entrada fue conocida también como “bandeira dos límites” (Cortesão, 1958).

abriera esta nueva ruta hacia el núcleo central de las riquezas americanas, presión a la que se unió buena parte del comercio carioca.³⁹ Se fundó así Colonia del Sacramento en 1680 con 800 soldados y colonos de Río de Janeiro (Aza-rola Gil, 1931), quienes al mando del capitán Galvão fortificaron la posición y comenzaron enseguida sus actividades mercantiles y productivas, basadas fundamentalmente en un activo contrabando realizado con las colonias españolas más cercanas, en especial Buenos Aires y las minas de plata del Alto Perú.

El gobernador de Buenos Aires, José de Garro, siguiendo órdenes de Madrid, organizó inmediatamente una expedición para expulsar a los portugueses e impedir la consolidación de la colonia, al mando del maestre de campo Antonio de Vera Mújica, con tropas de Buenos Aires y más de 3.000 guaraníes de las misiones jesuíticas y de la reducción de los Quilmes, que se había establecido cerca de Buenos Aires con indígenas procedentes de los valles calchaquíes.⁴⁰ Vera atacó Sacramento destruyéndola por entero, aunque en 1681, por un acuerdo provisional firmado entre las dos Coronas, el gobernador se vio obligado a devolverla a Portugal. Por este convenio de alto el fuego, Portugal exigió la destitución de Garro, acusándolo de haber atacado Sacramento sin declaración de guerra, lo que fue cumplido por Madrid, aunque luego secretamente se lo recompensó nombrándolo capitán general de Chile (Belza y Ruiz de la Fuente, 1988:20).

Los portugueses volvieron a ocupar y fortificar Colonia en 1683, siguiendo instrucciones del gobernador de Río, el maestre de campo Duarte Teixeira de Chaves (Kühn, 2007:105). Un nuevo gobernador portugués enviado a Colonia, Francisco Naper de Lancastre, reforzó aún más la posición a partir de 1690, fortificándola y expandiendo sus actuaciones por las bocas del río Negro y por el Uruguay, y pactando alianzas con los indígenas charrúas y guenoas que los defendían de los guaraníes españoles (Esponera Cerdán, 1988: 51). Desde entonces, Colonia del Sacramento figuró persistentemente en la agenda de discusiones entre las dos Coronas, y allí permanecería por prácticamente todo un siglo.⁴¹

³⁹ Para conocer los antecedentes de este tráfico comercial en la región, ver Canabrava, 1944. Sobre las actuaciones de los grupos de comerciantes porteños durante la guerra, Trujillo, 2007.

⁴⁰ Exaltación de la Santa Cruz de los Quilmes. Lorandi, 1997.

⁴¹ Sobre la cuestión de Sacramento la bibliografía es abundante. La más clásica: Bermejo

Tiempo de invasiones: Portugal y la Sucesión española

Este problema de Sacramento volvió a plantearse veinte años después, tras la muerte de Carlos II de España. Por el tratado de Lisboa de 1701 se establecía una mutua alianza entre el nuevo monarca Borbón, Felipe V y Pedro II de Portugal. Portugal aceptaba el testamento de Carlos II, fijándose un período de veinte años durante los cuales procurarían mantener una intensa colaboración entre las dos monarquías; a cambio España renunciaría a Colonia del Sacramento. Pero el tratado fue efímero porque de nuevo la política internacional europea, en este caso la guerra de Inglaterra y Holanda contra Francia, trastocó la posición portuguesa en este complicado tablero de coaliciones (Monteiro, 1998; García Cárcel, 2005). Dos años después de firmarse el tratado de Lisboa, el rey portugués se unió a la Gran Alianza, tras meses de vacilaciones, mediante el acuerdo —que pretendió ser secreto— establecido en 1703 con el embajador británico en Lisboa sir John Methuen (Brazão, 1932): Pedro II apoyaría tanto política como militarmente al archiduque Carlos, el pretendiente Habsburgo al trono español, enfrentado a Felipe V, el candidato de Luis XIV, y recibiría a cambio —aunque sujeto a posteriores discusiones— importantes donaciones territoriales en Extremadura y Galicia (Badajoz, Alcántara, Alburquerque, Valencia de Alcántara, Bayona, Vigo, Tuy y La Guardia) y en América la región amazónica española y toda la costa norte del Río de la Plata (Lynch, 1989: 26). El acuerdo conllevaba la guerra entre Felipe V y el rey portugués, a quien el primero acusó de traidor y de ser de poco fiar por incumplir el tratado de 1701, además de anticristiano por unirse a los herejes. Por su parte, Pedro II, que se consideraba medio español, preparó un texto justificativo de su postura -que intentó distribuir por toda España “y a los ojos del mundo”- titulado *Justificación de Portugal en la resolución de ayudar a la ínclita nación española a sacudir el yugo francés y poner en el trono real de su monarquía al Rey Católico Carlos III* (impreso en

de la Rica, 1920; Torterolo, 1920; Costa Rego Monteiro, 1937; Azarola Gil, 1940; Riveros Tula, 1959. Otras más modernas: Holanda, 1972; Almeida, 1973; Assunção, 1985; Artigas Mariño, 1986; Belza y Ruiz de la Fuente, 1988; Esponera Cerdán, 1988. Estudios más próximos y contextualizados en la política de ambas monarquías: Valladares, 2000; Souza & Bicalho, 2000; Prado, 2002; Rela, 2005; Kühn, 2007; Possamai, 2006; Téllez García, 2006. En relación con Montevideo: Azarola Gil, 1933; Luque Azcona, 2007.

Lisboa en 1704).⁴² Ni los insultos de Felipe V ni la propaganda de Pedro II consiguieron evitar que las hostilidades volvieran a la frontera.

En 1704 el archiduque Carlos desembarcó en Lisboa -donde fue recibido con todo el boato de su Corte- con una importante armada aliada anglo-holandesa al mando del almirante George Rooke, a fin no solo de comenzar la guerra por la frontera portuguesa sino de tomar la ciudad de Cádiz⁴³ y hacerse con el nudo del comercio americano, para luego, costeando el Mediterráneo, desembarcar en el levante peninsular e iniciar un segundo frente antiborbónico. Una de las primeras acciones aliadas fue la toma de Gibraltar ese mismo año, que no pudo ser reconquistada por los españoles en adelante, y desde la que los británicos pensaban lanzarse a la conquista de Andalucía.⁴⁴ A la vez, el archiduque Carlos y el rey portugués se pusieron en marcha con sus ejércitos en dirección a Madrid, y así Portugal fue desde 1704 el flanco más vulnerable para los Borbones durante toda la guerra de Sucesión.⁴⁵ El propio Felipe V tuvo que salir a su encuentro iniciando la campaña contra Portugal, aunque las tropas que consiguió reunir eran exigüas, mal equipadas y peor mandadas -menos de 30.000 soldados de infantería y 10.000 de caballería para cubrir todo el frente-, debiendo solicitar un fuerte apoyo de Francia. Un apoyo que recibió de los generales enviados por Luis XIV, el marqués de Puységur y luego el duque de Berwick, a los que se unieron los técnicos franceses en finanzas y ejército Michel-Jean Amelot y Jean Orry. Ellos fueron quienes durante varios años prácticamente dirigieron la guerra, a costa de controlar y desviar hacia las arcas francesas los metales americanos, el recurso vital para el sostenimiento de las operaciones (Thomson,

⁴² Citado y analizado por Cardim, 2010: 222 y ss.

⁴³ En un intento de repetir con más éxito el sitio al que sometió a la ciudad en 1702, o resarcirse de su fracaso contra Vigo, acometido también ese mismo año.

⁴⁴ La guerra de sucesión desde la perspectiva británica puede seguirse, igualmente con mucha información documental, a través de dos clásicos: Mahon, 1836 y Parnell, 1905.

⁴⁵ Los dos trabajos básicos sobre el tema, con especial referencia a la guerra con Portugal, son los de Francis, 1975 y Kamen, 1969. Para Portugal, Dores Costa, 2003; Monteiro, 2003; Cardim, 2010; Bebiano, 2001; Peres, 1931; Mateu y Llopis, 1944; Petrie, 1955; González Díaz, 2001; Martín Rodrigo, 2001; Francis, 1965 y el clásico trabajo de Prestage, 1938. Igualmente, por su enorme interés, las memorias reeditadas por Vasconcelos de Saldaña y Radulet (Cunha de Ataíde, 1990).

1954).⁴⁶ Además recibió la ayuda de varios ingenieros franceses llegados de Flandes, al mando de Jorge Próspero de Verboom, trasladados de inmediato a la frontera para organizar los trenes de sitio a las plazas fuertes portuguesas (Gutiérrez & Esteras, 1991: 75).

La guerra fue constante en toda la frontera desde entonces hasta la firma de Utrecht. El mismo Felipe V y el conde de Aguilar, uno de sus principales valedores entre una nobleza española escasamente convencida de apoyarlo, avanzó hacia Portugal tomando Salvaterra do Extremo, penetrando hasta la fortaleza de Monsanto, que fue destruida y saqueada después de un duro asedio, continuando hasta Castelo Branco y cruzando el Tajo por Villa-Velha.⁴⁷ Más al norte, otro de sus generales, el milanés Francisco Ronquillo, cruzó la frontera desde Ciudad Rodrigo y atacó Almeida, mientras el príncipe de Tilly la rebasaba por Alburquerque y Valencia de Alcántara, cayendo en su poder Marvão, Castelo da Vide, Montalvão y Portalegre hasta alcanzar Arronches. Aún más al norte, el duque de Híjar invadió la región de Minho. Por último, el marqués de Villadarias, Francisco Castillo Fajardo, cruzó el Guadiana por Ayamonte y atacó Villa Real de Santo Antonio y Castro Marim.⁴⁸

Los aliados contraatacaron y obligaron al ejército franco-español a abandonar parte de sus conquistas en el Alentejo y retroceder hasta Alcántara, y

⁴⁶ Mucha documentación al respecto en varios clásicos, ofrecida desde la perspectiva francesa: Duvivier, 1830; Mignet, 1893 y Baudrillart, 1890-1900.

⁴⁷ Este cruce del Tajo por Villa Velha mediante un puente de barcas realizado por los ingenieros militares aparece representado en un pormenorizado grabado de la época firmado por Felipe Pallota. Pueden apreciarse en él todos los detalles de lo que era un ejército en campaña, desde las unidades formadas, el transporte de la artillería, la forma de vivaquear, o la estructura de los campamentos con las tiendas de lona. Publicado en *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército iniciado al celebrar en 1903 el primer centenario de la creación de su academia y de su tropas. Por una comisión redactora.* Vol. I. Madrid, 1911. Pedro Cardim señala que existen otros grabados similares de Pallota en el Archivo Histórico Militar de Lisboa, 10/C2/GR1, 2, 3 y 4 (Cardim, 2010: 231). De la misma fecha, aunque de autor desconocido, es el otro grabado incorporado al Vol.I del ya citado *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros...* sobre la toma de Portalegre en la misma campaña.

⁴⁸ Como fuente imprescindible para las acciones españolas en Portugal ver Bacallar y Sanna, 1957; en el mismo volumen, Campo-Raso, 1957; Molas Ribalta, 2007; Belando, 1740-1744. Otro trabajo con una gran cantidad de documentación de la época, Coxe, 1815.

Berwick quedó defendiendo la frontera.⁴⁹ Se repetía la misma situación que en 1662-65, con el ejército español atascado en la frontera. A lo anterior se le unió la pésima situación de sus intereses en Flandes e Italia (Kamen, 2001).⁵⁰

En 1704 llegó también la guerra a América: temiendo incursiones portuguesas y británicas hacia el interior americano, desde Madrid se ordenó al gobernador de Buenos Aires, Ildefonso de Valdés e Inclán, que atacara una vez más Colonia de Sacramento y expulsara de allí a los portugueses (Ferrand de Almeida, 1973). El sargento mayor Baltasar García Ros sitió la plaza durante varios meses con la ayuda de 4.000 indígenas guaraníes apor-tados por los jesuitas, y con otras tropas llegadas de Corrientes y Tucumán, rindió a su gobernador Veiga Cabral después de un sitio de más de cinco meses, apresó varios navíos, incendió la ciudad y demolió sus fortificacio-nes (Lynch, 1989: 53).

En la primavera de 1705 fueron los aliados al mando del marqués das Minas,⁵¹ del general inglés Gallway y del holandés Faggel, quienes lanzaron su tropas hacia los españoles, recuperando Salvaterra y Marvão, penetrando en Extremadura, conquistando Valencia de Alcántara y Alburquerque, y sitiando Badajoz y Ciudad Rodrigo. Ahora eran los borbónicos los que tenían que defender la frontera con Portugal. Y en 1706 la situación se le agravó aún más a Felipe V: de nuevo en primavera, las tropas del marqués das Minas avanzaron desde el Alentejo sobre Alcántara, y en un avance impetuoso en el que arrollaron al marqués de Villadarias y

⁴⁹ Frente a Ciudad Rodrigo, en el río Águeda, llegaron a acampar las tropas portuguesas, con el rey Pedro II y el archiduque Carlos al frente. No se decidieron a atacar y regresaron a Lisboa, con gran enfado del rey portugués. Un documento inédito, estudiado por Pedro Cardim da cuenta de esta campaña (2010: 230 y ss): “Jornada d’ El Rey Don Pedro Segundo à Beira, na companhia do Archiduque Carlos d’Austria e hum discurso a favor de daquelle guerra”, Academia de Ciencias de Lisboa.

⁵⁰ La pérdida de Milán tuvo un fuerte impacto sobre los borbónicos, porque con ella devino la de casi toda Italia.

⁵¹ Antonio Luís de Sousa, maestre de campo, ya participó en la guerra contra Felipe IV en 1658. Fue gobernador y capitán general de Brasil entre 1684 y 1687. Luego fue nombrado consejero de guerra y encargado, durante la primera fase del conflicto, de la provincia de Beira. En 1704 atacó a Ronquillo en Monsanto, recuperando Salvaterra do Extremo. Nombrado gobernador de armas de Alentejo, intentó el sitio de Badajoz en 1705. Véase el interesante texto, da Costa Deslandes, 1704.

a otros maestres de campo, tomaron Brozas, Coria, Plasencia, Almaraz, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Toledo (Melo de Matos, 1930). Felipe V se vio obligado a evacuar Madrid, replegándose con el duque de Berwick a Somosierra. Incontenible, el marqués das Minas entró en Madrid en junio⁵² sin apenas encontrar resistencia, instalándose durante cuarenta días en el palacio real. Dictó diversas resoluciones gubernativas y, contando con el apoyo de algunos miembros de la nobleza española,⁵³ proclamó al archiduque Carlos rey de España en la plaza mayor, intitulándolo Carlos III,⁵⁴ a lo que siguieron festejos, banquetes y comedias en honor a las tropas portuguesas. En Lisboa las celebraciones duraron semanas. Das Minas manifestó que esta era la revancha lusitana a las tantas invasiones españolas que habían sufrido en su suelo desde la época del duque de Alba, y se jactó de que, si los borbónicos no habían podido ni siquiera acercarse a Lisboa, ellos en cambio habían conquistado Madrid (Coxe, 1815: 117).⁵⁵ Partiendo de la capital, el marqués das Minas avanzó hacia

⁵² Con el “grande exercito da Beira”, apoyado por el conde de Atalaia y el conde de Albor, y los contingentes de Minho y Tras os Montes. Algunas fuentes refieren que estaba compuesto por más de 30.000 soldados, una cifra probablemente exagerada (dato aportado por Soares da Silva y recogido por Cardim, 2010: 249). El conde de Atalaia (Pedro Manuel de Ataíde) se detuvo en Toledo a saludar a la reina Mariana de Neoburgo, ofreciéndole los respetos del ejército portugués.

⁵³ John Lynch (1989: 38 y ss.) dedica varias páginas a este tema del ambiguo papel de la nobleza española en la guerra. Cita, por ejemplo, que el almirante de Castilla, Juan Luis Enríquez de Cabrera, se exilió en Lisboa con su familia y un numeroso séquito en 1702, denunciando a Felipe V como extranjero vendido a Francia y que no era sino “un virrey de su abuelo”. Ver también González, 2007; y Yun Casalilla, 2002.

⁵⁴ Sobre la proclamación y la estancia del marqués das Minas en Madrid, ver Vieira Borges, 2003; y Voltes Bou, 1962.

⁵⁵ Bacallar y Sanna (1957: 207 y ss.) se detiene en narrar los desmanes de los aliados en Madrid, salvando al marqués de Minas, de quien dice fue un gran caballero. Pedro Cardim estudia un interesante diario escrito por uno de los capellanes portugueses que acompañaron en la campaña al marqués das Minas, Fray Domingos da Conceição, titulado “Diario Bellico”, conservado en la Academia de Ciencias de Lisboa (Cardim, P, 2010: 242). En general, la estancia de los portugueses en Madrid no generó una especial animadversión a su presencia. Las fuentes señalan que los madrileños no gustaban ni de ellos ni de los franceses, a pesar de que los generales aliados llegaron a arrojar monedas portuguesas de oro a la población. Ver las fuentes ya citadas de António de Couto Castelo Branco y Tristão da Cunha

Guadalajara a fin de unirse a las tropas del archiduque Carlos, que habían tomado Zaragoza. Aunque Carlos llegó a entrar en Madrid, el marqués das Minas tuvo que abandonar la capital poco tiempo después, ante la llegada de nuevas tropas borbónicas y del mismo Felipe V.⁵⁶ Rotas sus comunicaciones con Portugal debido a la recuperación de Salamanca por los borbónicos, das Minas se dirigió hacia Valencia. En el levante español los portugueses manifestaron sentirse muy satisfechos, lo que produjo un número importante de deserciones entre sus filas.⁵⁷ El marqués das Minas siguió incursionando por la zona hacia Murcia, tomando Villena y Yecla, que fueron saqueadas.

El enorme revés militar que significó la conquista de Madrid y buena parte de Castilla y el levante peninsular, produjo, al revés de lo que hasta entonces había ocurrido, que en el interior del reino castellano, ocupado por los aliados -a quienes la población vio como extranjeros ocupantes (y a muchos de ellos como “herejes protestantes”) por primera vez en varios siglos⁵⁸- Felipe V pudiera obtener grandes apoyos, especialmente en las ciudades. Los portugueses eran ahora tachados por los castellanos como “renegados de su fe”.⁵⁹

En abril de 1707 las tropas borbónicas al mando de Berwick pudieron enfrentar a las del general Galway -quien comandaba las portuguesas, inglesas, holandesas y alemanas, con la oposición del marqués das Minas-, y de-

de Ataide. El diario de fray Domingos da Conceição hace hincapié en la relajación de la vida de las tropas portuguesas en Madrid, cuando indica que “a lascivia nesta corte reyna mais que em outra qualquier da Europa” (Cardim, 2010:243).

⁵⁶ Algunas tropas portuguesas, repartidas por diversos pueblos de Castilla, tuvieron que regresar a Portugal por sus propios medios, siendo entonces agredidos por la población.

⁵⁷ Deserciones que, en el diario ya citado del capellán Domingos da Conceição, se atribuyen al carácter y disposición de las mujeres valencianas (Cardim, 2010: 245). Y Couto Castelo Branco, A. de, en Melo de Matos, 1930: 108. En Lisboa estas tropas eran ya nombradas “el ejército de Valencia”.

⁵⁸ La tarea desde los púlpitos contra los invasores herejes y en innumerables escritos públicos contra los extranjeros fue muy importante para ir decantando la opinión pública más que hacia la causa borbónica, en contra de los ocupantes. Pérez Picazo, 1966.

⁵⁹ A pesar de que el Papa Clemente XI reconoció en 1709 y por un tiempo al archiduque Carlos como rey de España. Roi, 1931.

rrotarlas en Almansa,⁶⁰ con lo que Felipe V pudo recuperar Ciudad Rodrigo.⁶¹

En Portugal, a la muerte del rey Pedro II le sucedió en el trono João V, quien todavía puso más empeño en mantener la guerra, a pesar de la reticencia de buena parte de la población, agotada⁶² por las levas, las hambrunas y los impuestos: la guerra estaba dejando de ser popular en Portugal (Cunha de Ataide, 1990: 216 y ss.).⁶³ En 1709 Gallway intentó otro avance sobre Madrid por Badajoz, pero fue detenido en Extremadura.

En 1710 los aliados volvieron a la ofensiva en Cataluña, donde las tropas portuguesas que combatían allí a las órdenes del conde de Atalaia vencieron a los borbónicos en Zaragoza y obligaron a Felipe V a abandonar de nuevo Madrid, donde entraron por segunda vez las tropas portuguesas al mando de Atalaia. Este ocupó nuevamente Toledo⁶⁴ e incluso, haciendo un esfuerzo extraordinario llegó hasta Trujillo, aguardando desesperadamente refuerzos desde Portugal. Un reducido cuerpo de ejército, al mando del conde de Vila Verde, salió del Alentejo en su procura, entrando en España por Barcarrota, pero -mal informado- en vez de dirigirse hacia el norte donde estaba Atalaia, lo hizo hacia el sur, llegando hasta Jerez de los Caballeros. Desde allí se retiró

⁶⁰ Donde fueron hechos prisioneros un gran número de portugueses, encerrados en diversos castillos por el levante español o llevados a Francia. Pudieron regresar a Lisboa en 1708 y 1709. Almansa fue una batalla muy sangrienta, según narran las fuentes ya citadas. Ver también, Vieira Borges, 2005. Sobre fuentes españolas que tratan el tema de la participación portuguesa en la batalla, ver Sánchez Martín, 2004. Parece que el comportamiento de la caballería portuguesa no fue el que se esperaba, alegándose para ello mil y una razones con posterioridad, entre ellas la poca disposición de la nobleza portuguesa que la mandaba y la relajación general de la disciplina existente en el ejército. Las tropas lusas que sobrevivieron fueron trasladadas al frente de Cataluña, y el marqués das Minas, aunque herido, regresado a Lisboa en 1708 y sustituido por Pedro Mascareñas de Carvalho. Sobre el recibimiento al marqués das Minas en Lisboa y sus posteriores destinos, ver Monteiro, 2003. Se publicó un panegírico a su muerte: *Panegyrico fúnebre do excellentíssimo Señor D. Antonio Luiz de Souza, II Marquez das Minas, IV Conde do Prado*, Lisboa 1722, citado por Cardim, 2010: 250.

⁶¹ Que fue de nuevo saqueada, ahora por las tropas francesas (Martín Rodrigo, 2001: 123).

⁶² Sentimiento existente en las poblaciones de ambos lados de la frontera.

⁶³ Es interesante señalar que eran los británicos y los holandeses los que surtían de trigo a Portugal, consiguiendo a cambio introducir muchas mercaderías en las flotas del Brasil (Cunha de Ataide, 1990: 227).

⁶⁴ Que estuvo a punto de ser incendiada por unas tropas famélicas y sin paga desde hacía meses (Francis, 1975: 315).

a Olivença sin haber logrado nada, perdiendo una gran oportunidad de haber enlazado con Atalaia, pero demostrando la pésima situación de las tropas españolas, también muy desgastadas. Atalaia regresó a Portugal cruzando la frontera, pero el peligro de volver a atacar lo dejó bien patente.

Ante lo que parecía ser la irremediable capitulación de su nieto, Luis XIV volvió a implicarse en la guerra y le envió nuevos recursos en tropas y material. El mismo Felipe V acudió de nuevo con el conde de Aguilar a la frontera portuguesa para fortalecerla. Mientras, la guerra se extendió al otro lado del mundo y volvió a cruzar el mar.

Ese año de 1710 Río de Janeiro fue atacada en septiembre por corsarios franceses enviados por Luis XIV. Aunque inicialmente pudieron ser derrotados por los defensores,⁶⁵ la armada de René Duguay-Trouin consiguió tomar la ciudad y saquearla en 1711, obteniendo un sustancioso rescate -más de seiscientos mil cruzados de oro-⁶⁶ después de haber atacado las islas Acores y Cabo Verde.⁶⁷

Además, la guerra peninsular tuvo importantes repercusiones en Brasil: fueron años turbulentos y difíciles, caracterizados por la existencia de manifestaciones de insurgencia violenta por parte de algunos colectivos en diversas regiones, como por ejemplo “a Guerra dos Emboadas” en Minas (1707-1709), “a Guerra dos Mascates” en Pernambuco (1709 y 1711) y “o Motin do Maneta” en Bahía (1711) (Souza, 2006: 80 y ss., y Cabral de Melo, 1995). Aunque acabaron por ser sofocadas, después de tales revueltas y como indican algunos autores (Bicalho, 2007: 46 y ss; Bicalho & Ferlini, 2005: 179 y ss), la política portuguesa se caracterizó por la adopción de mayores medidas de control en ultramar. Política que cobró más cuerpo y presencia conforme las riquezas auríferas de Minas Gerais hicieron más jugosas las incursiones de navíos enemigos en las costas brasileñas y portuguesas. Tras estas revueltas y motines, al “peligro exterior” se sumó ahora al “peligro interior” (Cortesão, 2001: 270 y ss.).

⁶⁵ *Relaçam da vitoria que os portugueses alcançarão no Rio de Janeiro contra os franceses em 19 de setembro de 1710*, Antonio Pedroso Galvão, Imp., Lisboa, 1711.

⁶⁶ Ver Duguay-Trouin, 1779 y Bicalho, 2003, cap. 9.

⁶⁷ Para los ataques a Acores, a la isla de São Jorge y a las ciudades de Velas e Calheta, ver Rodrigues, 2007: 59 y ss.

Así permaneció la situación durante 1711, cada ejército guardando sus posiciones. En Utrecht se selló la paz en 1713 y las tropas fueron poco a poco regresando a sus localidades de origen.⁶⁸ Pero en lo referente a Portugal los acuerdos se establecieron en un tratado especial firmado también en Utrecht en febrero de 1715; un acuerdo rubricado por el Duque de Osuna y los plenipotenciarios João V de Portugal, el conde de Tarouca y el comendador de Santa María de Almendra (Ferreira Borges de Castro, 1856; Monteiro, 2001). La inicial posición portuguesa establecía la necesidad de compensar los sacrificios del reino en tan prolongada guerra con la cesión de varios territorios extremeños (entre ellos Badajoz) o con la entrega de una ría gallega; los españoles en cambio ofrecieron una compensación económica (Courcy, 1891). Al final se resolvió que la frontera hispano-portuguesa volvería a la situación anterior al conflicto y que los españoles devolverían Colonia de Sacramento. Esto último se hizo efectivo en 1716, cuando el gobernador de Buenos Aires Baltasar García Ríos la entregó al maestre de campo portugués Manuel Gomes Barbosa, aunque aclarándole que, según el tratado, su jurisdicción territorial no podría alcanzar más allá de la distancia de un tiro de cañón (Costa Rego Monteiro da, 1937).

La guerra de la frontera

Los roces en la región del Plata no terminaron con el tratado porque este no se cumplió en su último extremo, dado que Colonia se trasformó en un centro comercial, agrícola y ganadero de importancia, con más de 1.000 habitantes que no respetaron los límites convenidos (Souza & Bicalho, 2000; Possamai, 2006; Kühn, 2007: 106 y ss). Según una Relación anónima escrita en Montevideo en 1794, en la que se hace una especie de *racconto* de los “múltiples insultos y agresiones padecidos de la mano de los portugueses desde hace años” (Martínez Díaz, 1988; Azara, 1953), en 1723 los colonos portugueses bajo el gobierno de Antônio Pedro Vasconcelos avanzaron aún

⁶⁸ Los franceses salieron por los Pirineos y algunos embarcaron en el Mediterráneo hacia Provenza. Los británicos salieron por Gibraltar, y los portugueses que estaban en Cataluña y Aragón por fin pudieron volver a su tierra cruzando España, siendo bastante mal mirados en el trayecto (Cunha de Ataide, 1990: 243 y ss). El conde de Atalaia continuó al servicio del archiduque Carlos, terminando sus días en Viena después de haber sido virrey de Cerdeña (Cardim, 2010: 253).

más y ocuparon la península y cerro de Montevideo, 170 km. al este de Colonia, por lo que el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zavala recibió órdenes de impedir un nuevo asentamiento de Portugal en la región (González Ariosto, 1950). Al año siguiente, el comandante de Dragones de Buenos Aires, Alonso de la Vega, sitió el cerro montevideano y expulsó a los colonos portugueses, decidiéndose entonces la fundación española de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo (Luque Azcona, 2007; Azarola Gil, 1933).

En 1735, una vez más Colonia fue motivo de nuevos enfrentamientos, con los intereses de Inglaterra de por medio. Siguiendo la Relación anónima arriba citada, “era mucho el despotismo de los portugueses a la sombra de la cesión de soberanía, los que, no satisfechos de disfrutar bajo este velo, pretendieron tomar la entrada del río”. Al parecer, los vecinos bonaerenses no podían soportar más “la repetición de sus insultos, la frecuencia de los robos y las manifiestas hostilidades que sufrió la nación por parte de aquellos extranjeros en su misma casa” (Martínez Díaz, 1988: 56-57). Colonia era ahora una plaza fuerte de importancia, muy bien fortificada, artillada y guarneida, al mando del maestre de campo Vasconcelos, quien había tejido una tupida red de intereses económicos y mercantiles desde Río a Buenos Aires.⁶⁹ El ministro español José Patiño, utilizando un incidente diplomático sucedido en Madrid en 1735, ordenó al gobernador de Buenos Aires Miguel de Salcedo que atacara y sitiara la plaza, lo que efectuó con una poderosa fuerza de 4.000 combatientes entre indígenas y soldados porteños más varios buques artillados. Los portugueses también reforzaron la defensa con otros navíos. Tras varios meses de combates, se suspendieron las hostilidades por el convenio de París de 1737 (Bethencourt Massieu, 1965), que obligaba a las dos partes a conservar las posiciones “en el actual estado”. Anota la relación anónima: Salcedo hubo de contentarse “con haber restaurado los terrenos usurpados en aquellas comarcas y con estorbar las correrías con que habían ahuyentado el ganado y destruido las haciendas de los españoles”. La situación entre las dos Coronas siguió manteniéndose en una tensa espera.

Las décadas siguientes se caracterizaron por el enfriamiento de la actividad bélica entre ambas monarquías, debido a los efectos de la política

⁶⁹ Otro testimonio de la época, esta vez del lado portugués, en Pereira de Sá, 1993.

de enlaces matrimoniales que realizaron las dos dinastías, y a la influencia que ambas esposas (primero princesas, luego reinas) ejercieron en sus cortes respectivas. El príncipe español Fernando (el futuro Fernando VI) se casó en 1729 con la princesa de Portugal Bárbara de Braganza, hija de Juan V, que llegaría a ser reina de España en 1746; y el príncipe José (el futuro José I), con la princesa española María Ana Victoria de Borbón, hija de Felipe V, que sería reina de Portugal en 1750.⁷⁰ Ambas princesas fueron intercambiadas en el río Caya en 1729, junto a Badajoz. Eso significó que entre 1750 y 1758 rigieron a la vez dos reinas -una portuguesa en Madrid y otra española en Lisboa- que desplegaron favores y asistencias para aquietar viejos fuegos no extinguidos entre ambas Coronas.

Durante el reinado de Felipe V (Bergamini, 1974), y aparentemente olvidada la guerra mantenida contra Portugal durante la primera década del siglo, el matrimonio del príncipe Fernando con Bárbara de Braganza avecinó en la Corte madrileña a un buen número de consejeros y hombres de confianza de la princesa, el conocido como “partido portugués” (Lynch, 1989: 92); grupo que entró en conflicto rápidamente con el otro círculo de influencias -el italiano, mucho más poderoso- que se desenvolvía en torno a la reina Isabel de Farnesio y que logró involucrar a la monarquía española, defendiendo sus intereses corporativos, en todas las guerras de Italia hasta la muerte de Felipe V (Anderson, 1961: 20 y ss).⁷¹ Eso liberó presión sobre la Corte de Lisboa, aunque durante la guerra de Sucesión austriaca (que en América tuvo una gran importancia a partir de 1739, cuando se sucedieron múltiples ataques británicos contra los puertos españoles)⁷² el gobierno de Madrid, dominado por Farnesio, consideró a Portugal (por su alianza con Inglaterra desde el tratado de Methuen) un sólida base del enemigo (Marchena Fernández, 2012); a lo que se unió la presión que desde el Brasil se ejercía hacia el sur,

⁷⁰ De la que existe un interesante retrato de Nicolás de Largillière en el Museo del Prado, cuando fue enviada con ocho años a Francia tras una tentativa de matrimonio con el delfín francés.

⁷¹ Sobre la influencia de Isabel de Farnesio y su equipo italiano en la política española, ver Pérez Samper, 2003; Melandreras Gimeno, 1987. Para la influencia italiana en relación con América y Portugal, Kuethe, 2005a, 2005b.

⁷² Pares, R. 1963; Walker, 1979. Sobre los ataques británicos a Portobelo, Cartagena, Puerto Cabello y la isla de Cuba, Marchena Fernández, 1982.

especialmente con las actividades inglesas en el Río de la Plata a través de Colonia de Sacramento.⁷³

Pero, como era de prever, a la llegada al trono de Fernando VI (1746) las cosas cambiaron respecto a Portugal. El nuevo monarca intentó por todos los medios mantener una neutralidad activa en los conflictos europeos (Ozanam, 1985), y basó esta posición en asegurarse que el reino lusitano se comportaría del mismo modo. Escribió a su embajador Macanaz refiriéndose a los errores de su padre en política exterior: “Todos los ajustes hechos, todas las expediciones, tuvieron por objeto un fin contrario al bien de mis dominios, de suerte que para manejarlos hoy, según las obligaciones de rey y padre de mis vasallos, es preciso mudar directamente la política” (citado en Domínguez Ortiz, 1976: 281). La influencia en la política del reino ejercida por su esposa Bárbara de Braganza fue más que significativa, dirigida especialmente a evitar que los conflictos internacionales afectaran a las relaciones con Portugal (Lynch, 1989: 158; Gómez Molleda, 1957). El rey Fernando envió sustanciosas ayudas (aunque mal encaminadas) a Lisboa tras el terremoto que asoló la ciudad. Pero, lo más importante, encargó a José de Carvajal y Lancaster -su ministro más convencido de esta política de neutralidad-, que llevara adelante la firma de un tratado con Portugal para normalizar las relaciones (Gómez Molleda, 1955; Delgado Barrado & Gómez Urdañez, 2002). Este fue el Tratado de Madrid de 1750, firmado por Carvajal y el vizconde de Silva y Téllez por la parte portuguesa, bajo la dirección de Alexandre de Guzmão (Cortesão, 1956; Ferrand de Almeida, 1990): un convenio de límites por el cual Portugal renunciaba a la Colonia de Sacramento y a la libre navegación por el Río de la Plata a cambio de dos zonas, una en el interior amazónico⁷⁴ y otra en el sur brasileño, en la orilla oriental del río Uruguay y en el interior paraguayo.⁷⁵ Debido a ello este convenio fue conocido también como Tratado de Permuta.

En realidad, con tal de recuperar Sacramento y evitar el contrabando ma-

⁷³ Sobre los problemas internacionales de Felipe V y sus relaciones con Inglaterra, Portugal y Sacramento, Bethencourt Massieu, 1954.

⁷⁴ “Todo o que ocupava na margem e sertão setentrional no río Negro”.

⁷⁵ “Desde sua foz na margem e sertão oriental do rio Uruguai, como também na margem e sertão oriental do rio Pepiri, que desagua no dito rio”. Dos estudios clásicos sobre este tratado, por parte española y portuguesa: Cantillo, 1843; y Ferreira Borges de Castro, 1856.

sivo que por allí se realizaba, la Corona española acabó cediendo a Portugal por el tratado más dos tercios sobre el territorio brasileño que hasta entonces poseía jurídicamente;⁷⁶ pero con él se intentaba también que las colonias americanas, vitales para ambos reinos, quedaran salvaguardadas de un conflicto secular que, como se observa, no se daba definitivamente por zanjado a pesar de las influencias regias. Así, en los puntos 21 y 25 se insistía en que, “si se llegara a romper la guerra entre las dos Coronas, se mantengan en paz los vasallos de ambas establecidos en toda América Meridional, viviendo unos y otros como si no hubiere guerra”.

Alexandre de Gusmão, el gran operador del tratado, aclaraba que este había sido posible gracias a que, en Madrid, la reina era portuguesa:

Não faltará quem diga que toda esta mudança se deve a estar a senhora rainha católica em tanto e tão bem merecida aceitação de El-Rei seu marido. Certo é que se não fosse a presença e autoridade daquela grande princesa, não teríamos as portas abertas para expor e fazer ponderar, com a devida reflexão, as razões que nos assistem (Guedes, 1997: 29).

Para establecer y delimitar las fronteras se creó una Comisión de Límites, formada por militares y geógrafos de ambas Coronas, que debía demarcar y amojar las nuevas fronteras. Una comisión que emprendió la difícil tarea de recorrer las regiones en litigio (divididas en las llamadas “partidas”⁷⁷ o zonas de estudio), trazar mapas y dar a conocer en las cortes respectivas la geografía de aquellos perdidos territorios “tan alejados de las reales manos”⁷⁸.

⁷⁶ Un tratado que conformó buena parte de la realidad geográfica brasileña. Por su importancia, ver el trabajo ya citado de Ferreira, 2001.

⁷⁷ Las “partidas do sul” son estudiadas en profundidad por Ferreira, 2001: 177 y ss.

⁷⁸ La cartografía de la región se hizo muy abundante a partir de estas fechas, toda vez que ambos gobiernos tomaron conciencia de su importancia geopolítica. Existe una magnífica edición, resultado de una exposición realizada en Lisboa en 1997 en el ámbito del XVII Congreso Internacional de Historia de la Cartografía, cuyo catálogo, prologado por António Manuel Hespanha y Joaquim Romero Magalhães, es bastante completo, útil y significativo (Exposição Cartografia e Diplomacia no Brasil do Século XVIII, 1997). Ver también por su exhaustividad Ferreira (2001), especialmente el último capítulo y los apéndices. Junto con esta cartografía se realizaron numerosas descripciones de la región. Una compilación de las mismas, Real Academia de Ciencias de Portugal, 1826.

“Comissários inteligentes, os quais, visitando toda a raia que fica apontada, concordemente ajustem, com a maior distinção e clareza, por onde há de correr a demarcação em vigor do que se expressa neste tratado” (Cortesão, 1956: 240).

Como se preveía, el tratado de 1750 fue de difícil aplicación, demostrándose enseguida la escasa sensibilidad que ambas Coronas tenían sobre “sus dominios” y menos aún sobre sus “súbditos” (“o gentío”) del otro lado del océano. Por una de sus cláusulas, siete misiones jesuíticas asentadas en la zona ahora portuguesa (más de 30.000 personas) debían ser removidas y obligadas a trasladarse a la nueva demarcación española (Mörner, 1968: 60 y ss.; Guedes, 1997: 33 y ss.), aunque algunos de los pueblos guaraníes se negaron a abandonar sus territorios ancestrales, y decidieron quedarse y rechazar a los bandeirantes paulistas que tradicionalmente actuaban contra ellos como cazadores de esclavos.⁷⁹ En ambas Cortes se decidió entonces la expulsión por la fuerza de las misiones que se resistieran (tan grande era el deseo de Madrid de aplicar el tratado y recuperar Sacramento). Para ello se organizó una doble expedición militar de tropas españolas y portuguesas a la que los guaraníes, armados y mandados por algunos jesuitas, rechazaron dos veces en 1754 con el cacique José (Sepé) Tiarajú al frente. Fue la llamada guerra Guaranítica (1752-56).⁸⁰ Quince meses después, nuevas tropas veteranas enviadas desde Buenos Aires y Río de Janeiro, con órdenes más expeditivas y operando de forma conjunta (por primera vez en más de un siglo) ocuparon definitivamente la región, produciendo una gran matanza entre los indígenas en la batalla de Caibaté y matando al cacique Sepé (Kratz, 1954). La expedición española la mandaba el Marqués de Valdelirios, y Gomes Freire de Andrade la portuguesa, aunque a las tropas españolas las capitaneó el gobernador de Buenos Aires José de Andonaegui y enseguida su sucesor, el coronel Pedro de Cevallos.⁸¹

⁷⁹ A pesar de que el ministro Pombal quiso asegurarles por varias vías que serían tratados como “vassalos” del rey portugués, ofreciéndoles todo tipo de garantías, evitando así que las nuevas tierras que ahora serían de Portugal quedasen vacías. Ver al respecto Domingues, 2000; y García, 2007.

⁸⁰ Una excelente compilación de trabajos y testimonios en Golin, 1999.

⁸¹ Estas expediciones dejaron una importante huella documental. Por la parte española, el expediente se halla en el Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Buenos Aires, 535:

Como se dijo, a poco de firmarse el tratado vino a comprobarse que el convenio no gustaba a ninguna de las dos partes: ni a la española, porque consideraban que se cedía mucho territorio al Brasil portugués y porque los jesuitas españoles (entre ellos el padre Rávago, confesor real) clamaban contra la carnicería que habían realizado las tropas con los guaraníes; ni a la parte portuguesa, porque Pombal —azuzado por los ingleses— no se conformaba con la pérdida del comercio por Colonia de Sacramento (Mendoça, 1960; Carvalho Santos, 1984; Monteiro, 2006). Tanto es así que, alegando cuestiones técnicas, Colonia no fue devuelta a la jurisdicción española, demorándose año tras año su entrega definitiva. Además, teniendo en cuenta el aumento de las exploraciones en busca de oro en la región amazónica, tanto de españoles como de colonos paulistas, y a fin de cerrar las vías de penetración hispano-andina desde el territorio de Charcas (la actual Bolivia) así como para evitar la cada vez mayor presencia de los jesuitas españoles y sus misiones en el interior brasileño por los afluentes del río Guaporé (también llamado Iténes), Pombal creó la capitánía de Mato Grosso. Nombró como su primer gobernador y capitán general a Antônio Rolim de Moura Tavares, que fundó Vila Bela da Santíssima Trindade a orillas del Guaporé, la cual pasó a ser sede de la capitánía (Alden, 1973). La frontera interior entre las dos Coronas se hallaba, en esta zona y por estas fechas, bastante poblada por colonos y misioneros.⁸²

También fue fundada en la costa atlántica la ciudad de Porto Alegre en 1752, mientras los colonos portugueses que huyeron de Colonia de Sacramento tras el último ataque y sitio español se instalaban en São Pedro de Rio Grande desde 1737, bajo la dirección del ingeniero Silva Pais y aun otros en el área de Laguna (Queiroz, 1987; Kühn, 2007: 108 y ss.). La zona costera fue también repoblada con campesinos traídos de Azores para habitar aquella desamparada región (Rodrigues, 2007). En 1754 fue levantada, por el inge-

“Diario de las operaciones realizadas por el gobernador de Buenos Aires, el coronel José de Andonaegui, 1756”. Por la parte portuguesa, véase el diario de Freire de Andrade en Cunha, 1894. Por la parte jesuítica también existe un diario (Henis, 2002) y un excelente mapa español con la ruta de la expedición del coronel Andonaegui hasta los Siete Pueblos, (1756, Museo Naval de Madrid, Map. 41).

⁸² Agradezco a João Antonio Botelho Lucidio, de la Universidad Federal de Mato Grosso, las referencias aportadas sobre este tema.

niero José Fernández Pinto Alpoim, la fortaleza de Jesús, María y José en el río Pardo para defenderse de los ataques indígenas, es decir, de las entradas españolas (Ferreira, 2001: 302 y Fig. XX; Exposição Cartografia, 1997: 57; Barreto, 1958: 143). Por tanto, pese a existir un período de paz entre los dos reinos, una guerra larvada y silenciosa entre españoles y portugueses continuaba activa en todas las zonas del sur y del oeste brasileño.

La nueva guerra

A la muerte del ministro y secretario de Estado José de Carvajal en 1754, el rey Fernando VI nombró para el cargo a Ricardo Wall, probritánico convencido y hasta entonces embajador de España en Londres (Gómez Molleda, 1955). Este nombramiento facilitó continuar las buenas relaciones oficiales entre España y Portugal y por tanto de acercamiento con Inglaterra (Ozanam, 1975; Gómez Molleda, 1957). Bajo la protección de la reina Bárbara de Braganza, cada vez más influyente sobre las decisiones de su marido Fernando -quien comenzó a dar muestras, como su padre Felipe V, de enajenación mental- y bajo los auspicios también de la reina de Portugal María Ana Victoria de Borbón, los últimos ministros de Fernando VI provocaron una equidistancia en las relaciones con Francia e Inglaterra procurando zafarse de participar en la nueva guerra europea que ya empezaba. Dedicando los recursos fiscales de la monarquía a medidas de desarrollo agrícola e industrial y a mejorar las comunicaciones del reino, evitando que otros políticos más profranceses o antibritánicos⁸³ -como el marqués de la Ensenada- hicieran bascular la política general del reino hacia posiciones más belicistas. En concreto, se trataba de conservar una posición neutral basada en la fuerza disuasoria de la poderosa Armada que se estaba construyendo en esos años, asunto que preocupaba profundamente a Londres.⁸⁴

⁸³ Sobre los enfrentamientos hispano-británicos de los últimos años de Felipe V (Portobelo, Cartagena, Puerto Cabello y la isla de Cuba) y cuyos resultados dieron lugar a una profunda reforma y al establecimiento de una política de neutralidad armada impulsada por Fernando VI, ver Marchena Fernández, 2012 y 1982. Sobre el peso de esta política bélica de Felipe V y sus relaciones con Italia, Inglaterra, Portugal y Sacramento, ver Bethencourt Massieu, 1954; Kuethe, 1999. Sobre el ambiente bélico durante todo el período, en torno a lo que algunos autores han denominado la batalla del Atlántico, militar y comercial, ver Pares, 1963; Walker, 1979.

⁸⁴ Sobre la nueva Armada construida a partir de los años 50, ver Marchena Fernández

Tras la ruptura de hostilidades en 1756 entre Inglaterra y Francia, Wall consiguió -de nuevo con el apoyo de la reina doña Bárbara- mantener la neutralidad española de cara a Portugal y a Inglaterra (Ozanam, 1985). Tan solo se decidió reforzar la presencia española en los alrededores de Colonia de Sacramento, tanto para forzar su entrega definitiva y cumplir el tratado de límites de 1750 entre los territorios españoles y portugueses en América, como también para evitar la expansión de esta colonia en la boca del Río de la Plata. El vecino puerto de San Fernando de Maldonado fue fortificado por los españoles en 1757 (Luque Azcona, 2007: 48).⁸⁵ Todo este proyecto político, elaborado a lo largo de varios años a fin de reducir el riesgo de nuevos enfrentamientos entre las dos Coronas pero sin ceder posiciones,⁸⁶ se desmoronó cuando en 1758 murió Bárbara de Braganza (en su testamento legó su enorme fortuna acumulada en España a su hermano Pedro, luego Pedro III de Portugal en 1777, casado con María I) (Lynch, 1989). Y, sobre todo, cuando muy poco después (1759) murió el propio rey Fernando VI, muy afectado por su viudez, dando fin a un reinado en el cual la influencia portuguesa y de los asuntos de Portugal en la monarquía española fue muy importante.⁸⁷ Enseguida todo iba a cambiar.

Con la llegada al trono de quien hasta entonces era rey de Nápoles, Carlos III, y en buena medida por el influjo de la reina madre en España, Isabel de Farnesio -la cual veía al fin cumplido su sueño de tener a uno de sus hijos sentado en el trono español- y por la acción de sus ministros italianos inter-

(2008-2012). Ver, por su interés para conocer el estado de la Armada de mediados de siglo, en el período de tregua en la guerra con Inglaterra, *Ordenanzas de S.M. para el Gobierno militar, político y económico de su Armada naval*. Imprentas de Juan de Zúñiga, Madrid, 1748. Y para entender mejor el tránsito de la política de astilleros a la de Arsenales, tan fundamental en todo lo que tiene que ver con la Armada en la segunda mitad del s. XVIII: Castanedo Galán, 1993; Quintero González, 2005.

⁸⁵ Expediente sobre la fortificación de Maldonado en AGI, Buenos Aires, 523. A partir de este momento se comenzaron también a construir una serie de trincheras y puestos de observación cerca de Colonia, entre ellos el que luego sería el Real de San Carlos.

⁸⁶ Para el periodo y sus protagonistas, Baudot Monroy, 2013.

⁸⁷ Al respecto, los clásicos: Gómez Urdañez, 2001; Voltes Bou, 1996; o Delgado Barrado & Gómez Urdáñez, 2002.

vencionistas, profranceses y antibritánicos (Grimaldi entre ellos),⁸⁸ el Tratado de Madrid de 1750 que establecía una paz cuasi estable con Portugal y, sobre todo, fijaba las fronteras americanas, fue anulado y sustituido por el de El Pardo de 1761 (Cortesão, 1956 y 2001; Ferrand de Almeida, 1990; Ferreira, 2001).⁸⁹ Colonia de Sacramento -no recuperada por los españoles todavía- volvía de nuevo a Portugal, mientras los territorios jesuíticos intercambiados y que habían dado lugar a una intensa y cruel guerra guaranítica en los años anteriores, regresarían al dominio de España.⁹⁰ Además, también en 1761, se firmaba entre Carlos III y su pariente el rey francés, el Tercer Pacto de Familia, en el contexto de la nueva guerra -luego llamada de los Siete Años- en la que se hallaban comprometidas desde 1756 casi todas las potencias europeas, especialmente Francia e Inglaterra. Un pacto que era, en palabras del propio Carlos III, “la única fórmula lógica, dadas las circunstancias del mundo” (Palacio Atard, 1945: 289), pero que le daba la vuelta al mapa de las alianzas, metiendo de nuevo a España en la vorágine de los conflictos europeos.⁹¹

Como consecuencia de este pacto, y una vez declarada por España la

⁸⁸ Para entender los cambios mediterráneo-atlánticos en el contexto de la monarquía borbónica en el s. XVIII, ver Kuethe, 1999 y 2005a.

⁸⁹ Los roces y diferencias entre ambas Coronas en estos territorios no habían cesado en ningún momento, por lo que el tratado de 1750 era en buena medida papel mojado; no solo porque los portugueses no entregaron Sacramento ni las posiciones en el Río Grande, sino porque la expulsión y recolocación de los pueblos indígenas de la frontera de Paraguay y su represión en la batalla de Caybaté (1752) habían sido un escándalo en ambas cortes, especialmente para la reina María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III, quien expresó estar horrorizada con lo sucedido. Además, los dos representantes de las dos Coronas en el territorio, Pedro de Cevallos como gobernador de Buenos Aires, y Gomes Freire de Andrade como virrey de Río de Janeiro, artífices del tratado, se conocían lo suficientemente bien como para saber que ninguno de los dos lo cumpliría, porque a ninguno satisfacía lo más mínimo. Con motivo de estas expediciones se realizó una abundante cartografía sobre la zona, siendo el más importante -por su tamaño y detalle- el “Mapa geográfico levantado sobre el terreno en que están comprendidas todas las labores geográficas que practicaron por orden del rey las partidas españolas destinadas a la América Meridional por el Río de la Plata, año de 1751”, conservado en el Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, ARG-9-7, y otro similar fechado en 1759, dedicado a Fernando VI, en el Museo Naval, Madrid 43-A-2. Ver al respecto, Martínez Martín, 2007.

⁹⁰ Uno de los testimonios más importantes, completos e interesantes sobre estas guerras es el texto del ingeniero portugués José Custódio de Sá e Faria (1999).

⁹¹ Para conocer y entender mejor esta posición belicista de Carlos III, ver Terrón Ponce, 1997; Andújar Castillo, 1996; y en lo referente a América: Kuethe, 2005c, 2005d.

apertura de hostilidades contra Inglaterra, el más que previsto posicionamiento de José I de Portugal y de su ministro Pombal hacia el lado de los británicos fue el motivo esgrimido por Carlos III, como ya se indicó, para llevar la guerra a la frontera peninsular, a pesar de las invocaciones a la paz realizadas por su hermana, la reina portuguesa María Ana Victoria de Borbón, y sus intentos por lograr nuevos enlaces dinásticos (Monteiro, 2006). Carlos III requirió a su cuñado José I que se aliara con Francia, pero ni siquiera consiguió su neutralidad, puesto que bajo la presión de Inglaterra, que amenazaba atacar los puertos brasileños, Portugal se negó a aceptar estas condiciones, viéndose convertido en objetivo de las operaciones militares y navales españolas (Marchena Fernández, 2009). Carlos III ordenó organizar un cuerpo de operaciones para actuar sobre la frontera portuguesa, desde Ayamonte a Miño, compuesto por dos docenas de los mejores regimientos peninsulares, más la infantería irlandesa, walona e italiana; cuerpo que puso al mando del marqués de Sarriá, a quien le ordenó atacar Lisboa desde Extremadura.⁹² La guerra volvía a la frontera, como había sucedido en la guerra de Sucesión.

En esta ofensiva participaría lo más granado del ejército borbónico, recién reformado; y, como oficiales del mismo, los más brillantes alumnos egresados de las modernas academias militares.⁹³ Pero no todo resultó tan sencillo como Carlos III había previsto. Cuando el marqués de Sarriá iba a comenzar las operaciones por Badajoz, recibió órdenes del también recién creado Estado Mayor General, con el propio monarca al frente, de no intentar la invasión siguiendo el esquema clásico de penetrar por Elvas y seguir por la ruta de Évora, sino que debía invadir Portugal por Castilla, ocupar Porto y luego descender hacia el sur para batir Lisboa.⁹⁴ Así, todo el ejército fue

⁹² Mucha documentación y detalles en el clásico, Danvila y Collado, 1856; y en Rodríguez Casado, 1992. Más datos en Fernández Díaz, 2001.

⁹³ Sobre la participación de estos oficiales en la campaña de Portugal, ver Marchena Fernández, 2005: 49 y ss.

⁹⁴ Parece que la idea de Carlos III era tomar todo el norte portugués y anexarlo a Galicia, y evitar un ataque directo contra Lisboa para dar satisfacción a su hermana, la reina de Portugal María Victoria de Borbón. Además, el monarca estaba convencido de que la campaña sería un paseo militar porque, según todos los informes, la frontera portuguesa estaba deshecha, las plazas y el ejército sin munición y sin moral de combate, debido a la catástrofe del terremoto de 1756 y a la crítica situación política que atravesaba el reino. Pronto se convenció de que el tal

desplazado más al norte. Partiendo desde Zamora y Galicia, los españoles tomaron las plazas de Bragança, Chaves, Miranda y el fuerte de Moncorvo en 1761, aunque los contragolpes portugueses les hicieron retroceder. Luego se le ordenó al marques de Sarriá mudar el teatro de operaciones y volver a intentar el ataque sobre Lisboa por la línea de Badajoz. Estos cambios, que dislocaron a las unidades por un escenario mayor, más las protestas de los oficiales por tanta improvisación, junto a lo impopular que se hizo la guerra en la región fronteriza -que se veía de nuevo envuelta en llamas sin una razón de peso que lo justificara-, llevaron a la sustitución de Sarriá por el general Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda,⁹⁵ quien recibió el apoyo de tropas francesas al mando del príncipe de Beauvan.

En 1762 fue sitiada la plaza fuerte portuguesa de Almeida, defendida por más de 4.000 soldados, la que después de un durísimo bombardeo fue finalmente conquistada por los franco-españoles. Aranda tomó también la plaza de Salvaterra do Extremo, que permitía a sus fuerzas cruzar el Tajo, en una operación que fue sumamente publicitada en España y Francia como si de una enorme victoria se tratase, aunque la población ocupada apenas fuese un pueblecito.⁹⁶ No duró mucho la euforia: el grueso de las tropas atacantes, con la llegada del invierno, debió retroceder a la frontera española y vivaquear en Valencia de Alcántara y Alburquerque (Solano & Pérez Lila, 1986), como si no se hubiera logrado nada. Además, con tanta demora, dio tiempo para que al puerto de Lisboa llegaran refuerzos desde Londres: diez navíos de línea, tres fragatas y 10.000 soldados de infantería al mando del almirante Edward Hawke. La ofensiva española se detuvo, pero con la paz de París de 1763

paseo se le había vuelto una carrera de obstáculos, hasta hacerle desistir de continuarla.

⁹⁵ Había sido embajador en Lisboa.

⁹⁶ Sobre la batalla y toma de Salvaterra, existen dos grabados en la Biblioteca Nacional de Madrid: “Bataille gagnée par l’Armée Espagnol, aux ordres de Mr. le Comte d’Aranda sur les portugais, et de la prise de la ville de Salvaterra le 16 septembre 1762”. A Paris, chez Mondhare, Biblioteca Nacional, Madrid, Est. 34947-58; y “Vue perspective de la Bataille remportée par les troupes espagnoles et françaises aux ordres de Mr. Le Comte d’Aranda sur les Portugais après laquelle le Comte d’Aranda s’est emparé de la place de Salvaterra ainsi que du Château de Seguera sur le Tage... Cette ville a capitulé le seize septembre 1762”, A Paris, chez Jacques Chereau, Biblioteca Nacional, Madrid, Inv. 34958. Salvaterra ni siquiera era una plaza fuerte de segunda categoría en el esquema defensivo portugués de la región. Ver Marchena Fernández, 2009.

finalizaron las operaciones militares y todos los territorios conquistados en esta frontera fueron devueltos a Portugal.

A pesar del estruendo de modernidad técnica e ilustrada con que se planificó esta invasión, ni la marcha de las operaciones ni sus logros demostraron al Estado Mayor de Carlos III que las mejoras introducidas en el ejército hubiesen producido grandes resultados.⁹⁷ Un vez más, como había sucedido desde 1640, Portugal parecía inconquistable para los españoles.

Pero como se indicó, Carlos III ordenó encender también la guerra en la otra orilla del océano. En 1762, al mismo tiempo que se realizaban las operaciones militares en la península, desde Madrid ordenaron al gobernador de Buenos Aires, Pedro Antonio de Cevallos, que atacara Colonia de Sacramento (Vargas Alonso, 1988; Barba, 1988; Lesser, 2005). Desde años atrás, las tensiones en torno a este enclave habían sido continuas. Según un texto anónimo de la época que ya citamos (Martínez Díaz, 1988),⁹⁸ los enfrentamientos eran cotidianos en esa zona, y Sacramento era definida en él como

una colonia que hace más de un siglo que se está entrando en nuestro terreno sin que la inmensidad de lo usurpado haya satisfecho sus deseos; una colonia con cuyo soberano mantiene el nuestro una amistad, vinculada con el parentesco, y con quien siempre trae pleitos sobre límites (...); una colonia de amigos y parientes a quienes, sin embargo de esta alianza, necesitamos tratar como enemigos y como a extraños (Martínez Díaz, 1988: 44).

Una especie de hartazgo por la situación era lo que manifestaban los vecinos de Montevideo:

Desde esa fecha podemos asegurar que se halla pensionada la nación es-

⁹⁷ A lo anterior hay que sumarle el descalabro que las tropas y la Armada de Carlos III sufrieron en La Habana y Manila ese mismo año de 1762, lo que llevó a una nueva reestructuración de todo el aparato militar borbónico tanto en la península (Rodríguez Casado, 1956; Manera Re-gueyra, 1986) como en las colonias (Marchena Fernández, 1992: 143 y ss). Ver también Kuethe, 1986; y Marchena Fernández, 1990-92.

⁹⁸ Otras fuentes muy interesantes para este tema son: Simão Pereira de Sá, 1993; González Ariosto, 1950; y Azara, 1953.

pañola a estar con las armas en la mano contra sus amigos y vecinos los portugueses, sin que los enlaces por sangre de estas dos coronas hayan logrado poner paz entre ellas, tras ciento y catorce años de guerra (más o menos declarada) pero siempre perjudicial a la España (Martínez Díaz, 1988: 54).

El documento indica que

sería interminable este papel si hubiésemos de dar aquí la historia de todas las hostilidades, insultos, depredaciones y guerras vivas que hemos sostenido a los portugueses por desposeernos de aquel territorio; y cuando nos fuese posible numerar los rompimientos a que nos han obligado... nunca podríamos calcular las invasiones hechas a nuestro campo, ni los robos ejecutados en nuestro ganado (Martínez Díaz, 1988).

Las cifras, además, hablaban por sí solas: en 1761 la flota portuguesa entró en Lisboa con más de cuatro millones de cruzados de plata procedentes de Colonia (Malamud Rikles, 1988: 197), y el contrabando de productos ingleses por la región se mostraba muy activo. Por otra parte, la plaza se hallaba más fortificada que nunca.⁹⁹

Pedro de Cevallos, tras conocer que el tratado de Límites de 1750 había sido suspendido y se aplicaba el acuerdo de El Pardo, que volvía las fronteras entre ambas Coronas a su antigua posición (Martínez Martín, 2001) exigió con ingenuidad calculada al capitán general de Río de Janeiro, el mariscal Gomes Freire, que retrajera las fronteras del Brasil a la línea de Tordesillas y entregase Colonia y las posiciones en el Río Grande de San Pedro. Una pretensión que, desde luego, Gomes Freire no estaba en condiciones de atender (Possamai, 2010; Cruz, 2013). Poco después, a Cevallos le ordenaron desde Madrid que se preparara para atacar Sacramento, y que para ello recibiría ayuda marítima. Mandó entonces la movilización de las milicias, e incluso trajo del interior varios cuerpos de indígenas guaraníes al mando de sus padres jesuitas; envió a los Dragones de Buenos Aires a la frontera sur brasi-

⁹⁹ Ver los planos y mapas de estos fuertes de Colonia, realizados por José Custodio de Sá, en Ferreira, 2001: 302-303 y fig. XIX; y en Exposição..., 1997: 55-56.

leña, y desplazó al batallón Fijo de Buenos Aires hacia el frente exterior de Colonia, donde había levantado y atrincherado el campamento Real de San Carlos (Assunção, 1985).

La ayuda recibida desde España fue la fragata *Victoria*, de pequeño porte (26 cañones, es decir, la más pequeña de su clase)¹⁰⁰ que había salido de Cádiz al mando del teniente de navío Carlos José de Sarriá, un oficial de poca experiencia en combate, como enseguida se demostró. Este es un extremo que resulta cuando menos interesante de analizar, pues entendiéndose que la toma de Sacramento era muy importante para el proyecto político de Carlos III, sabiendo que una escuadra inglesa estaba apostada en la costa de Brasil, y considerando que la Real Armada, a principios de los 60 contaba con más de 40 navíos de línea y 12 fragatas teóricamente en estado de hacerse a la mar, enviar solo una fragata y precisamente la más pequeña de todas a semejante campaña, que se sabía difícil, para atacar una plaza fuerte como era Colonia, sumamente artillada, y más que seguramente para enfrentarse a una docena al menos de navíos anglo-portugueses, demuestra que esta Armada Real aún tenía dificultades para plantear acciones a larga distancia y para concentrar navíos en poco tiempo en el Atlántico, lejos de las costas españolas.¹⁰¹ Una cuestión que se demostraría dramática en el caso de la fragata *Hermiona*.¹⁰²

¹⁰⁰ Construida en La Carraca en 1755, es decir, bastante nueva.

¹⁰¹ Lo que contrasta con la escuadra que solo dos años antes, en agosto de 1759, había sido dirigida a Nápoles para recoger al rey Carlos III y llevarlo a Barcelona. Dicha escuadra, que navegaba en tiempo de paz, estaba compuesta por 11 navíos de línea y 2 fragatas, a los que se le unieron poco después otros 6 navíos de línea y tres fragatas más. Una descripción del viaje en el navío *Fénix* está inserta en el tratado escrito posteriormente por uno de los oficiales a bordo: Zuloaga, 1766. La relación de los buques enviados a Nápoles se halla en Fernández Duro, 1973, Tomo 7, cap. 1.

¹⁰² Durante esta guerra, y a pesar del respetable número de navíos que teóricamente la Corona española podía poner a navegar, no solo era británico el Atlántico lejano sino también el próximo, como se demostró con el apresamiento en el cabo San Vicente de la pequeña fragata *Hermiona*, de 28 cañones, despachada en plena guerra desde Lima para Cádiz sin apoyo ninguno. El 31 de mayo de 1762 fue capturada en San Vicente por la también pequeña fragata inglesa *Active* (de 28 cañones) y el bergantín *Favorite*, de 18. Fue grande el júbilo en estos buques al descubrir que habían hecho una de las presas más ricas del siglo, pues la fragata española conducía 2.600.000 pesos en metal, más otros 5.000.000 en mercancías. En Londres se organizó, como era costumbre en tales casos, un gran desfile de carros cubiertos de banderas para conducir el metálico al banco real, con acompañamiento de música y gentío, tomándose la presa como buen

Así, Cevallos, tras recibir a la *Victoria*, y visiblemente contrariado por la precariedad de la ayuda, tuvo que armar un buque de registro (un mercante, el *Santa Cruz*, propiedad de la compañía comercial Mendieta, al mando de un capitán civil) artillarlo y dotarlo con infantería, así como aprestar otras pequeñas embarcaciones de transporte (el aviso *San Zenón* entre otros) para llevar sus tropas hasta Colonia y la costa oriental del Río de la Plata. El teniente Sarriá, como oficial naval de mayor rango en la zona, exigió inmediatamente el mando de toda la flotilla.

En octubre Cevallos estaba sitiando la plaza (defendida por el brigadier portugués Vicente Silva de Fonseca y el ingeniero francés al servicio del rey lusitano Jean Barthelemy Havelle)¹⁰³ y bombardeando sus baluartes desde tierra con artillería que hizo traer en carros desde Montevideo, porque Sarriá, tras desembarcar la tropa, se marchó con todos los buques a recalar en una ensenada en el río, y no solo no batió la ciudad con sus cañones, sino que ni siquiera impidió que varias balandras portuguesas salieran de la ciudad u otras ingresaran a su puerto con refuerzos. Las órdenes de Cevallos no eran cumplidas por Sarriá, y la discusión entre ellos en mitad del combate sobre quién debía dirigir las operaciones fue subiendo de tono hasta romperse por

agüero para la guerra contra España. En el consejo de guerra al que fue sometido el teniente de navío D. Juan de Zavaleta, que iba al mando de la *Hermiona*, este fue acusado de haberla rendido indecorosamente a los ingleses, y condenado a ser degradado. El consejo se celebró en el puente del navío *Guerrero*, con asistencia del Estado Mayor gaditano, oficiales, guardias marinas y tropa, todos formados en cubierta, recogida la bandera y destempladas las cajas. Leída la resolución del consejo, en profundo silencio se despojó al reo de las insignias militares una por una, y tras una arenga del Mayor General de la Armada se desembarcó a Zavaleta con ropa de civil para ser conducido a presidio. Ver “Relación de la pública y solemne degradación del teniente de navío D. Juan de Zavaleta, ejecutada a bordo del navío *Guerrero*, en el puerto de Cádiz”. En el juicio no se realizó el menor comentario sobre el hecho de que a esa pequeña fragata se la enviara a cruzar dos océanos en plena guerra sin apoyo de ningún tipo, y con una fortuna en su interior. Más información al respecto en Fernández Duro, 1973, tomo 7, Cap. 3, págs. 85 y ss. La *Hermiona* era una fragata bastante antigua cuando fue apresada, construida como mercante y comprada por la Armada en Lima en 1730. Marchena Fernández, 2008-2012.

¹⁰³ Jean Barthelemy Havelle (o Juan Bartolomé Howell, dado que cambiaba de nombre según le convenía, como se verá) estaba al servicio del rey portugués desde 1750, trabajando en la Comisión de Límites y sobre todo en la fortificación de Río de Janeiro durante nueve años. Luego fue destinado a Colonia de Sacramento para reforzar las fortificaciones. Gutiérrez, 1979: 130 y ss; Ferrez, 1972.

entero las comunicaciones entre el ejército en tierra y la flotilla. Mientras, Sarriá había desembarcado la artillería del buque mercante y casi toda la de la fragata, haciendo una trinchera en la playa a varias leguas de la plaza sitiada, desde donde decía que se podría defender mejor si lo atacaban. Cuando tras recibir una andana de amenazas de parte de Cevallos decidió acercar sus buques a la plaza, esta había ya capitulado porque Vicente da Silva rindió la ciudad honorablemente en noviembre: Cevallos había conseguido abrir brecha con sus baterías en dos puntos de las murallas de la ciudad, tras ocho días de incesante bombardeo, pero quiso evitar un asalto que hubiera generado muchas víctimas inútiles. Así, mientras las tropas portuguesas abandonaban la plaza con todos los honores, marchando a Río en sus propios barcos, Cevallos entró en la ciudad también con gran solemnidad.¹⁰⁴ Cuando al fin llegó con sus buques, con la función acabada, Sarriá sufrió una severa admonición por parte del general. En la plaza tomada, se hallaron 85 cañones de todos los calibres y 26 mercantes británicos en su puerto.

Estando la plaza en mal estado tras el sitio,¹⁰⁵ Cevallos convenció al ingeniero Havelle de que siguiera al mando de las obras, ofreciéndole pasarse al servicio del rey español dada la falta de ingenieros para trabajar en las fortificaciones de Buenos Aires y su región. Havelle aceptó y fue encargado allí mismo de reparar los daños que se habían producido en el ataque español.¹⁰⁶ Justo a tiempo, porque la ciudad fue inmediatamente bombardeada de nuevo, esta vez por buques anglo-portugueses.

Mientras Cevallos atacaba la plaza de Colonia, el capitán general Gómez Freire de Andrade desde Río de Janeiro había enviado lo que tenía a la mano para defenderla. Para su fortuna, -o eso creyó-, recaló en Río en esas semanas la expedición organizada por la British East India Company: fue el esfuerzo militar, de corte privado, que realizó Inglaterra en esa campaña del

¹⁰⁴ Expediente en AGI, Buenos Aires, 535. Posteriormente Vicente Silva de Fonseca fue enviado preso a Portugal por orden de Pombal, condenado por traición y encerrado en un castillo donde murió (Belza y Ruiz de la Fuente, 1988: 24).

¹⁰⁵ Mapa de la plaza de Colonia de Sacramento, con indicaciones sobre el ataque realizado contra ella por Pedro de Cevallos, en el Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, URY-01-10.

¹⁰⁶ Havelle, tras trabajar en la reconstrucción de Colonia, fue luego destinado a Buenos Aires, Maldonado y Montevideo, e incorporado al Real Cuerpo de Ingenieros Militares españoles. Expediente en AGI, Audiencia de Buenos Aires, 524.

Atlántico sur, ocupada como estaba atacando (y conquistando) La Habana en el Caribe¹⁰⁷ y Manila en el Pacífico, y defendiendo el Canal contra los buques franceses. La expedición británica, confeccionada a tres bandas, debía conquistar Buenos Aires y toda su región, que quedaría para la Corona inglesa, mientras la orilla oriental del Plata sería para Portugal, y la Compañía recibiría el monopolio de su comercio (a cambio pagaría los gastos de la operación, unas cien mil libras esterlinas, y las naves, que compraría al Almirantazgo). La Compañía dispuso que las fuerzas navales y terrestres estuvieran al mando del capitán John McNamara, quien zarpó de Londres y luego de Lisboa con el navío de 60 cañones *Lord Clive*¹⁰⁸ y la fragata *Ambuscade*, de 40, con una dotación de 700 hombres en total (Boxer, 1979-1983; Ferrand de Almeida, 1957).

Al llegar a Río de Janeiro, Gomes Freire suministró a McNamara otros nueve barcos (entre ellos la fragata *Nossa Senhora da Glória* de 38 cañones, y seis bergantines)¹⁰⁹ embarcando medio millar de soldados (Monteiro, 1989-1997). Continuó hacia el sur, en procura de tomar Buenos Aires, cuando al

¹⁰⁷ Una operación similar, con participación de empresarios privados, la Corona y el Almirantazgo, fue la expedición del conde de Albemarle, George Pocock y George Elliot contra La Habana de 1762. Expediente sobre la toma de plaza y juicio a los jefes y oficiales de su mando, Juan de Prado, el marqués del Real Transporte y el conde de Superunda en AGI, Santo Domingo, 1578, 1582, 1586, 1587. Otros documentos y diarios, Rodríguez, 1963; Pérez de la Riva, 1963. Ver el clásico Fernández Duro, 1973, Tomo 7, capítulo III, pp. 60 y ss. Estudios al respecto en Kuethe, 1986; Syrett, 1970; Placer Cervera, 2007 y Greentree, 2010.

¹⁰⁸ Se trataba de dos buques bastante antiguos: el *Kingston* (cuyo nombre se cambió al de *Lord Clive*, en honor de Robert Clive, héroe de la Compañía de las Indias, quien derrotó en la ciudad de Plassey, Bengala, a los hindúes y franceses, abriendo Bengala y la India al comercio inglés) era un viejo navío de línea construido a finales del siglo XVII, que había participado en la toma de Gibraltar, en la batalla de Vélez-Málaga, reformado en 1740, en la batalla de Tolón, en la defensa de Menorca en 1756 y en el combate de la bahía de Quiberon en 1759, cuando el intento francés de desembarcar en las islas. Por su parte, la fragata HMS *Ambuscade* de 40 cañones (construida en Francia en los años 30 como *Embuscade*) había sido capturada a la armada francesa en 1746 en el Cabo Finisterre, y participado con la Royal Navy en diversos combates en el Atlántico, en la costa de Portugal en 1759, y finalmente vendida en Deptford en 1762 a la Compañía de las Indias. Información sobre los navíos británicos a lo largo de este trabajo en: Lavery, 2003; Winfield, 2007; Hughes, 1974.

¹⁰⁹ Datos sobre esta fragata en el Archivo Histórico Ultramarino (AHU), Lisboa, ACL-CU-005, Caixa 77, doc. 6411: Carta de Domingos da Costa de Almeida al rey D. João V. Sobre los buques portugueses em Brasil ver también Guedes, 1979.

llegar frente a Montevideo conocieron que Colonia se había rendido, por lo que decidieron dirigirse a Sacramento e intentar reconquistarla. En enero de 1763 se produjo el bombardeo de Colonia por parte de los buques anglo-portugueses, y, ante el asombro de Cevallos, el teniente de navío Sarriá, la fragata a su mando *Victoria* y el buque armado *Santa Cruz*, huyeron de nuevo en dirección a la ensenada de Barragán.

Abandonada por sus navíos, la respuesta artillera de los españoles a los tres buques enemigos apostados frente a las murallas de la ciudad se realizó desde los baluartes de Colonia. A las pocas horas de este duelo artillero, una bala roja¹¹⁰ disparada desde la batería de Santa Rita atravesó el combés del *Lord Clive* y provocó un incendio en el interior del navío, que acabó alcanzando a su santabárbara haciéndolo saltar por los aires con la mayor parte de su tripulación y su capitán. La *Ambuscade* se retiró con numerosas bajas así como la fragata portuguesa, regresando todos a Río (Marley, 1998; Rodger, 1998).

Mientras, Sarriá, en la precipitación de la huida, varó la fragata *Victoria* en la isla de San Gabriel, aunque sin provocarle daños, pero destruyó su bandera para prevenir su captura por el enemigo, y en vez de intentar reflotarla esperando la marea, mandó hundirla, sin preocuparse por salvar la artillería ni comunicarle nada a Cevallos. Allí supo que los ingleses se habían retirado por la explosión del *Clive*. Sarriá y los oficiales de marina fueron arrestados por el gobernador Cevallos y enviados presos a Cádiz, donde para asombro del gobernador quedaron exculpados por la inferioridad -según alegaron- en que se encontraron frente al enemigo (Lobo, 1875a: 101 – 118).¹¹¹

Tras este episodio, Cevallos continuó su campaña contra los portugueses en la zona de Río Grande. Desde el inicio de la guerra había enviado a la región tropa de Buenos Aires, y con ella y la gente que se trajo de Colonia y Montevideo, en una larga columna de casi doscientas carretas, Cevallos atacó y tomó a los portugueses la posición fortificada de Santa Teresa¹¹² y el fuerte

¹¹⁰ Balas calentadas en hornillos especiales y puestas al rojo antes de ser disparadas.

¹¹¹ Ver también “Dictamen del Supremo Consejo de guerra sobre el proceso obrado al teniente de navío don Carlos Joseph de Sarriá”, Academia de la Historia, Colección Jesuitas, T. XL, fol. 252.

¹¹² Allí capturó un buen número de prisioneros, tras ser puestos en precipitada huida. Santa

de San Miguel,¹¹³ situados al noreste de Montevideo y muy cerca del mar, levantados allí por los ingenieros del rey de Portugal en la seguridad de que la región de Lagunas y São Pedro de Rio Grande do Sul sufriría ataques españoles, como así fue (Vargas Alonso, 1988: 128 y ss). Cuando Cevallos llegó a San Pedro y tomó sus posiciones incluso en la banda del norte, le alcanzaron las noticias de que se había firmado la paz entre las dos Coronas.

Las fortificaciones portuguesas y la región de Río Grande quedaron para España en la paz de París que se firmó a continuación. En cambio, Colonia de Sacramento fue devuelta por Carlos III a Portugal en virtud de este tratado, lamentándolo mucho el ministro español Grimaldi, quien escribía a su homólogo portugués, Francisco Inocêncio de Souza Coutinho, que Sacramento era “la atmósfera misma de Buenos Aires” (Pares, 1963: 61) y un verdadero nido de contrabandistas (Ferrand de Almeida, 1973), avisándole que en adelante se seguiría intentando su captura (Calvo, 1862-1869).

No obstante el tratado firmado, el temor a penetraciones españolas por el interior amazónico (especialmente por las áreas de Quito -ríos Napo y Solimoes- y Perú, y más al sur, por Moxos, Chiquitos y Paraguay) llevó, primero a Pombal y luego a los demás ministros portugueses, a enviar varias expediciones científico-militares a la región a fin de conocerla, explorarla y cartografiarla.

Teresa fue en realidad una fortificación provisional levantada con urgencia en 1762 por el ingeniero portugués Juan Gomes de Mello, siguiendo órdenes del capitán general de Río, Gomes Freire de Andrade (el fuerte fue nominado así en su honor). La conquista por Cevallos de esta posición al comandante portugués que la mandaba, el comandante del Regimiento dos Dragones Tomás Luis Ossorio, ocasionó que este fuera apresado por las autoridades portuguesas y acusado de traición y de connivencia con los jesuitas expulsados en la región, por hallarse en su poder un documento llamado “El Rav”, contrario a la religión católica. Pombal ordenó su entrega a la Inquisición, y fue llevado a la península y ahorcado en Lisboa. Poco después se demostró su inocencia, publicándose un edicto en el que se señalaba que la ejecución de Osorio no trasmisitía infamia a sus descendientes. Ver Arredondo, 1920; Brum & Arredondo, 1930; Arredondo, 1958. Aprovechando las obras que los portugueses habían realizado en Santa Teresa, los españoles levantaron la fortaleza del mismo nombre en 1764, a cargo del ingeniero Francisco Rodríguez Cardoso, que es la que aún se conserva. VV.AA, 1989; y García Corominas, 1987.

¹¹³ San Miguel era el puesto más antiguo, de 1737, construido por el ingeniero portugués José da Silva Páez, y situado en la llamada “Línea de Castillos Grande” del tratado de Madrid de 1750, que limitaba los territorios de ambas Coronas. “Colecção de documentos sobre o Brigadeiro José da Silva Páez”, en Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul, N.109, 1949; también, García Corominas, 1986.

grafiarla (Viterbo, 1962).¹¹⁴ Así, lo que fue más importante de cara al futuro inmediato, de estas exploraciones surgió un conocimiento de esos inmensos territorios que los españoles nunca tuvieron y los portugueses atesoraron.¹¹⁵ Y producto de este conocimiento fue el trazado de una política de expansión de la frontera amazónica hacia al norte, el oeste y el noroeste; expansión no en cuanto a lo colonizador como ocupación, porque eso sería imposible dadas las proporciones del espacio, sino en la demarcación territorial, implementando un tan ambicioso como contundente plan de fortificaciones de las fronteras brasileñas con los territorios españoles, a fin de consolidarlas en el futuro; un cordón de fortificaciones que se extendía por los límites de la bacía amazónica, desde su desembocadura en el Atlántico hasta Rio Grande do Sul.¹¹⁶

La región del Guaporé no se había visto libre de conflictos entre españoles y portugueses después de la firma del tratado de límites de 1750; la guerra continuó por años al interior de la selva (Lucidio, 2013; Avellaneda & Quarleri, 2007). A mediados de la década de los 50 varios centenares de indígenas al mando del jesuita P. Laínes atacaron la guardia de Santa Rosa la Vieja, una antigua misión española luego ocupada por los portugueses tras el tratado, por lo que el gobernador lusitano de Mato Grosso, Rolim de Moura, ordenó la construcción en ese lugar del presidio-fuerte de Nossa Senhora da Conceição (Basto, 1954; Paiva, 1983). Más adelante, con motivo de la guerra declarada entre las dos Coronas en 1762, de nuevo los indígenas, con jesuitas españoles al frente, atacaron ese fuerte hasta conquistarlo. A su vez, Rolim de Moura envió tropas al mando del teniente de Dragones Francisco Xavier Tejo para que ocupase la misión de San Miguel, capturando a los padres Juan Romariz y Francisco Espino. El gobernador portugués consiguió finalmente recuperar el fuerte de Conceição.¹¹⁷ A las hostilidades en el Guaporé, a pesar

¹¹⁴ Mención especial en este tema merecen los trabajos de Domingues, 1991, 1995 y 2000.

¹¹⁵ Ferrand de Almeida, 2001; Chamboleyron, 2005; Gonçalves da Fonseca, 1874; Figueiredo, 2001; Ferreira, 2010.

¹¹⁶ Azambuja & Gomes de Aquino, 1985; Adonias, 1961; Mourão, 1995; Garrido, 1940; y el enciclopédico trabajo recopilatorio de Sousa, 1885: 5-140.

¹¹⁷ El fuerte de Nossa Señora da Conceição fue reconstruido en 1767 por el ingeniero José Matías de Oliveira, y rebautizado por el gobernador de Mato Grosso Luis Pinto de Sousa Coutinho como Fuerte de Bragança, aunque una fuerte creciente del Guaporé lo destruyó en 1771.

de que la paz se había firmado en París dos años antes, se sumó en 1765 el presidente de la Audiencia de Charcas Juan de Pestaña, quien marchó hacia la zona con una considerable tropa de españoles, mestizos e indígenas, para asegurarse de que los portugueses no cruzarían el mencionado río, una presión que fue firmemente contestada desde Lisboa (Mendonça, 1963; Reis, 1959; Silva, 2001). Todavía en 1766 peleaban en las tierras de Moxos españoles y portugueses.¹¹⁸

Aún vigente el tratado de París y sin declaración oficial de guerra, las hostilidades prosiguieron en la región.¹¹⁹ Portugal consideró inaplicable el tratado en el sur brasileño, y en años sucesivos varias avanzadas portuguesas -por la sierra de los Tapes, por el canal de acceso a la Laguna de los Patos y por la región de Misiones- invadieron y tomaron posiciones españolas. En mayo de 1767, 500 soldados portugueses al mando del coronel Figueiredo atacaron la banda norte del río Grande, que fue abandonada en junio por el destacamento español que la defendía. Después de reclamar su devolución, el gobernador de Buenos Aires, coronel Juan José de Vértiz,¹²⁰ volvió a bloquear Colonia, aunque sin disparar contra sus baluartes, y salió en 1773 desde Montevideo con destino al Río Grande con tropa del Fijo de Buenos Aires, los Dragones y las milicias de la capital, de Santa Fe y de Corrientes, a fin de retomar la posición. Mandó construir el fuerte de Santa Tecla al ingeniero Bernardo Lecocq, en el interior de la región del Río Grande, bloqueando el camino con la tierra adentro, y marchó a combatir al fuerte de Jesús, María y José del Río Pardo, a la orilla norte del Río Grande de San Pedro, para expulsar de allí a los portugueses. Pero enseguida vino la reacción: emprendida

¹¹⁸ Informe de Pestaña a Pedro de Cevallos, octubre de 1766, AGI, Charcas, 433.

¹¹⁹ Carlos III continuó reforzando la zona con más infantería, lo que demuestra que por ambas partes la guerra allí no estaba terminada: en 1764 se formó en España un Batallón de Infantería para Buenos Aires, embarcado hacia aquel destino en noviembre de ese año, con casi 600 plazas. Al año siguiente se remitieron desde la península hacia el Río de la Plata el Regimiento de Infantería de Mallorca (más de mil soldados) y dos batallones, uno del Regimiento de África y otro del de la Corona (otros mil soldados), con destino a las operaciones en Río Grande. El de África retornó pronto a España y el de la Corona fue enviado al Alto Perú. Todavía en 1766 llegaron a Buenos Aires tres compañías del Batallón de Santa Fe, creado originalmente en Sevilla para la Nueva Granada. Beverina, 1992.

¹²⁰ Nacido en Mérida de Yucatán, hijo de militar, se había formado también en la Academia Militar de Madrid. Luego sería virrey del Río de la Plata. Torre Revello, 1932.

desde Río de Janeiro la conquista del sur como una empresa “nacional”,¹²¹ al año siguiente se produjo la reconquista de Rio Grande y Santa Tecla por unidades portuguesas enviadas desde Rio, tomando prisioneros y rehenes. Y en Tabatingaí hicieron retroceder a Vértiz a la línea de los fuertes. La guerra se extendió por toda la región aunque no había sido declarada.¹²²

En esos meses ambas Coronas no hicieron sino llevar más tropas a la zona, concentrando efectivos para evitar que la otra parte pudiese aprovechar la paz para anexionarse el territorio. En noviembre de 1774 llegó a Montevideo una flota española enviada desde Cádiz al mando del capitán de navío Martín Lastarría, compuesta por el navío *Santo Domingo*,¹²³ las fragatas *Nuestra Señora de la Asunción*, *Santa María Magdalena* y *Santa Rosalía*,¹²⁴ y otras naves de transporte que llevaban al Regimiento de Infantería de Galicia (1200 soldados). Los buques se sumaron por unos meses al bloqueo de Colonia pero luego regresaron a España (Beverina, 1935). En cambio, la infantería quedó y fue enviada en su mayor parte a la frontera.

Los portugueses, por su parte, enviaron más tropas a la zona desde Rio y la isla de Santa Catarina en 1775, al mando del militar alemán João Henrique Böhm, y tomaron a los españoles el puesto avanzado de San Martín. Fue el fulminante que hizo detonar un conflicto cada vez de mayor intensidad: al conocer este ataque, Vértiz envió refuerzos desde Montevideo, que llegaron a los fuertes de San Teresa y San Miguel en diciembre, más otros pequeños buques que arribaron desde Cádiz al mando del capitán de fragata Francisco Javier Morales: las corbetas *Nuestra Señora de Atocha*, de a 28 cañones, y

¹²¹ Castro, 2004; Guerreiro, 1997: 40 y Bento, 1996.

¹²² Desde Madrid ordenaron seguir enviando tropas veteranas a la región para evitar los avances portugueses, cada vez más seguidos y profundos: en febrero de 1771 arribó a Montevideo un Batallón de Voluntarios de Cataluña, y poco más de un año después llegaron destacamentos de los Dragones del Rey y de los Dragones de la Reina, y varios destacamentos de infantería, con el objetivo de completar las bajas que se habían ido produciendo en las guarniciones (Beverina, 1935).

¹²³ Navío de 74 cañones, construido en Guarnizo en 1768, y hundido en 1780 en la batalla del Cabo Santa María (sur de Portugal) por una explosión.

¹²⁴ Las dos primeras, de 34 cañones, estaban realizando su primer viaje, y acababan de ser construidas en Ferrol en 1772; la tercera, de treinta cañones, había sido construida en 1766 en Cartagena (Marchena Fernández, 2008-2012).

Nuestra Señora de los Dolores, de menor porte, y dos bergantines más pequeños aún, que se dispusieron como pudieron en apoyo de las baterías en Río Grande.

Como se observa, los envíos de la Armada consistían en buques de escaso tamaño, que menguaron todavía más cuando la *Atocha* embarrancó y se perdió. Por el contrario, los portugueses, con apoyo británico, enviaron una flota mucho más poderosa al mando del almirante Robert McDouall,¹²⁵ compuesta por el navío *Santo António*¹²⁶ de 64 cañones, dos fragatas de 30 y 24, dos paquebotes de 18, un bergantín también de 18 y varios buques de apoyo, los que se sumaron a los barcos al mando de Jorge Hardcastle, quien mandaba dos corbetas y dos bergantines, y que ya llevaba varios meses navegando aquellas aguas (Monteiro, 1989-1997).

Las dos flotas portuguesas desembarcaron la artillería e infantería que llevaban y se adentraron por el río Grande en busca de los buques españoles, siendo repelidas desde las baterías de tierra. Enseguida Böhm atacó a los demás reductos, con 4 compañías de granaderos y 8 compañías de infantería. Los buques españoles quedaron encerrados en el río y no pudieron salir, uno de ellos encalló y los otros dos fueron incendiados, a pesar de la encendida defensa que realizó el capitán Morales. Vértiz tuvo que rendirse ante los portugueses, recuperando estos toda la zona de Río Grande y el resto de las plazas.¹²⁷ Era un motivo para que, en la próxima guerra, la zona volviese a trasformarse en escenario de un conflicto a gran escala, como así fue.

Tanto en la península como en América, como se ha indicado, los desastres de la guerra de 1762 originaron las grandes discusiones sobre el papel que deberían tener el nuevo ejército y la nueva Armada en la política de Carlos III. Tras caer en poder de los británicos las plazas fuertes vitales para el imperio de La Habana y Manila, y tras perder casi veinte buques de guerra, los ministros ilustrados y sus técnicos (Ricla, Gálvez, O'Reilly o Cevallos,

¹²⁵ Marino británico contratado por Pombal para mandar la flota destinada a las costas del sur de Brasil.

¹²⁶ Llamado también *São José*. Construido en 1763, fue dado de baja en 1822 por pasar a la marina brasileña.

¹²⁷ Belza y Ruiz de la Fuente, 1988: 25. Además, Hafkemeyer, 1928; Spalding, 1937; Teixeira Soares, 1979; Barreto, 1979a, 1979b.

entre otros) siguiendo perentorias órdenes reales, aplicaron y dispusieron grandes medios para robustecer el aparato militar y naval de la monarquía, reglamentándolo, ampliándolo incrementando el gasto militar de un modo hasta entonces no conocido.¹²⁸, renovando los planificadores de la Armada y enviando por vía de urgencia a los grandes reformadores hacia América (Villalba, Ricla y O'Reilly, a Nueva España, Puerto Rico y Cuba en 1763). Un cuidado especial se puso en la reforma del manejo de los recursos destinados a la Armada (sobre todo) y al ejército, con el fortalecimiento de la gestión sobre ellos de la Tesorería General.¹²⁹ En fin, se trataba de que en la próxima ocasión de guerra las cosas trascurriesen de un modo diferente.¹³⁰

La campaña de 1776: “Con la frontera en la mano”

La nueva guerra de Inglaterra en 1775 -esta vez contra sus colonias norteamericanas- dio a Carlos III la oportunidad de recuperar lo perdido (Hull, 1981; Castellano, 2006). Estando Portugal ahora escasamente apoyado por Londres (dado el esfuerzo bélico que estaba realizando Inglaterra en las Trece Colonias) el monarca español sustituyó a Grimaldi por Floridablanca y ordenó en 1776 planificar y organizar una gran expedición “a la moderna”, dirigida hacia el sur brasileño y el Río de la Plata, a fin de reconquistar definitivamente Sacramento, solucionar a favor de España el conflicto de límites con Portugal, contener a los británicos en el Río de la Plata, y ocupar las posiciones en la Banda Oriental y el sur del Brasil cedidas en los tratados y

¹²⁸ Un tema estudiado y cuantificado desde hace años por Barbier & Klein, 1981; y poco después por Barbier, 1984. Sus conclusiones elevan el gasto naval anual a cifras superiores al total del rendimiento fiscal de todas las colonias americanas españolas durante las décadas de 1760 a 1800. Es decir, en la Armada se emplearon todos los beneficios coloniales de la Real Hacienda española. Analizado el rendimiento y utilidad de esta, se deviene el buen o mal uso del esfuerzo fiscal americano y, sobre todo, mueve a la reflexión sobre qué otro empleo pudo haber tenido esta enorme masa monetaria y cuáles pudieron haber sido sus repercusiones sobre la economía de la monarquía. Un tema trascendental en el que la historiografía todavía ha hecho poco hincapié.

¹²⁹ En la misma línea que en la nota anterior, son fundamentales al respecto los trabajos de Torres Sanchez, 2012 y 2007; aparte del clásico Artola, 1982.

¹³⁰ Para el caso cubano, ver Placer Cervera, 2009; para Nueva España, Archer, 1983; para Nueva Granada, Kuethé, 1993; para la región andina, Marchena Fernández, 1990; para el río de la Plata, Halperin Donghi, 1985.

conflictos anteriores.¹³¹ Esta campaña del Atlántico Sur fue puesta al mando del mariscal de campo Pedro de Cevallos, el antiguo gobernador de Buenos Aires, ahora nombrado virrey del Río de la Plata, con instrucciones de crear, desde este nuevo virreinato en Buenos Aires, un sólido bastión frente a las pretensiones portuguesas al sur del Brasil. El objetivo era fijar las fronteras definitiva y favorablemente para España.¹³²

De nuevo se convocó para esta expedición a la oficialidad ilustrada, formada en los famosos centros de enseñanza concebidos “a la europea”; estos debían demostrar que eran capaces de ser efectivos en la defensa de los intereses de la monarquía, aplicar lo aprendido en las aulas y reencarnar a Minerva en Palas Atenea. Era otro gran experimento militar desarrollado por los estrategas de Carlos III en procura de hallar el “ejército perfecto” y la “nueva armada”, que demostrarían el flamante poderío de la corona española.

Es bien significativo que la Escuela de Matemáticas de Barcelona prácticamente en pleno viajara en la expedición, entre ellos la mayor parte de los ingenieros, como Miguel Moreno, Francisco de Paula Esteban, Joaquín de Villanueva, Alejandro del Anglés o el ingeniero de origen venezolano José del Pozo y Sucre,¹³³ entre otros, e incluso algunos profesores como Ricardo

¹³¹ Sobre el tema existe una más que abundante bibliografía, desde estudios clásicos y abarcativos de la expedición en su conjunto y en el contexto de la política internacional y americana de Carlos III, hasta análisis pormenorizados de mucho detalle: Arribas, 1930; Beverina, 1936; Bermejo de la Rica, 1942; Gil Munilla, 1949; Abadie-Aicardi, 1982; Sanz Tapia, 1994; **Luzuriaga, Greve & Fernández**, 2008; Blanco Núñez, 2012.

¹³² AGS, Guerra Moderna, 6833, Secretaría del Despacho de Guerra, Instrucción reservada que ha de llevar a la expedición D. Pedro de Cevallos, agosto de 1776. En la relación anónima que en adelante se citará repetidas veces, “Noticia individual de la expedición...” (en Lobo, 1875b) aparece textualmente la frase: “Cevallos regresaba con la frontera en la mano”.

¹³³ José del Pozo y Sucre, nacido en Caracas e hijo de un importante funcionario colonial, empezó su carrera militar en la península como cadete en el Real Cuerpo de Artillería en 1760. En 1762 participó en la campaña de Portugal y sitio de Almeida, tras lo que prosiguió sus estudios en la academia de Segovia. Al egresar de la misma fue destinado a Argel y Orán, obteniendo allí su incorporación al cuerpo de ingenieros. Fue destinado luego a los sitios y cercos de Gibraltar y campo de San Roque, pasando posteriormente a las órdenes del ingeniero jefe Carlos Lemaur a las repoblaciones de Sierra Morena de Pablo de Olavide. Luego siguió en la academia de Barcelona, donde permaneció hasta 1776, con el mismo jefe Lemaur, pasando los dos en 1776 a Cádiz donde embarcaron en la expedición de Pedro de Cevallos. Tras la expedición quedó en la zona trabajando en Montevideo, y suyos son los planos del fuerte del cerro de Montevideo,

Ailmer Burgos, Juan Escofet o Carlos Lemaur (este último había trabajado con Pablo de Olavide, intendente de Andalucía, en Sierra Morena).¹³⁴ Si sumamos a Josep de Reseguín, sargento mayor del Cuerpo de Dragones,¹³⁵ los ingenieros Pino y Rosas, Félix de Azara, Lázaro de Rivera, puede decirse que la presencia de estos alumnos y profesores barceloneses en el Río de la Plata fue masiva en estos años.¹³⁶ Además, el cuerpo médico de la expedición iba al mando de los cirujanos mayores Francisco Puig y José Queraltó, procedentes de la Escuela de Cirugía de Barcelona.¹³⁷ La pléyade ilustrada militar española.

La expedición era la más grande hasta entonces organizada por España con destino a ultramar,¹³⁸ a bordo de cien navíos del más diverso tipo, y compuesta por casi 10.000 soldados.¹³⁹ Todas estas fuerzas se aprestaron en Cádiz y su bahía a lo largo del verano de 1776,¹⁴⁰ llegando tanto las tropas como los buques desde Cartagena, Ferrol y Orán.

A pesar de la envergadura de la expedición, la rivalidad existente entre la Real Armada y el Ejército en el gobierno de Carlos III impidió que toda ella operara bajo un mando unificado. Así, los buques y sus tripulaciones iban al

varias obras de maestranza y la cortina del portón de San Juan. AGS, Sección Guerra Moderna, 6835 y 6838, y Archivo General Militar de Segovia (AGMS) Expediente personal de José del Pozo y Sucre. Luego continuó como ingeniero en la expedición de Gálvez a Panzacola, estuvo en Venezuela, Cádiz, etc. Es decir, siguió la carrera del resto de su generación. Ver también Hernández, 2008.

¹³⁴ AGS, Guerra Moderna, 6831, 7393. Más datos sobre la actuación de los ingenieros enviados en la expedición de Cevallos en Marchena Fernández, 2005: 50.

¹³⁵ Estado del Cuerpo de Dragones al embarcar, firmado por el sargento mayor José Reseguín, Rota, 23 de agosto de 1776. AGI, Buenos Aires 547; y AGS, Guerra Moderna, 6834.

¹³⁶ Hay que considerar que uno de los regimientos de infantería enviados era el de Infantería Ligera de Cataluña.

¹³⁷ AGS, Guerra Moderna, 6832.

¹³⁸ Expediente de la expedición en AGI, Buenos Aires, 547; y AGS, Guerra Moderna, 6831, 6832, 6833, 6834; y AGS, Marina, 485.

¹³⁹ A lo que hay que sumar la marinería de los navíos, casi tres mil, sacados de la matrícula de mar en los puertos peninsulares, más los vagos, castigados y desterrados. Vázquez Lijó, 2007.

¹⁴⁰ Plan de embarque de la expedición y órdenes de Cevallos, agosto-noviembre de 1776, en AGS, Guerra Moderna, 6832, “Estado de la tropa de la expedición”, firmado por Cevallos en Cádiz, septiembre de 1776.

mando del almirante Francisco Javier Everardo de Tilly, marqués de Casa Tilly, mientras que la tropa de tierra era comandada por Pedro de Cevallos, lo que acabó originando un sinnúmero de conflictos operacionales y de jurisdicción. Cevallos llevaba órdenes de no abrir sus instrucciones de mando —en la cuales se lo nombraba virrey y se le confería el mando absoluto de la operación— sino una vez pasadas las Canarias, para evitar que Tilly y los oficiales de marina, que no aceptarían fácilmente subordinarse a un general, demoraran la partida de la expedición o pusieran más inconvenientes.

Tilly operaba con seis navíos de línea y seis fragatas, más otras cinco naves menores artilladas, y el resto eran transportes.¹⁴¹ De los seis navíos de línea, cinco eran de 74 cañones, *Poderoso* (al mando del brigadier Juan de Lángara), *San Dámaso*, *Septentrión*, *Monarca* y *San José*, y uno de 64, *Santiago la América*; y seis fragatas: *Santa Rosa* de 22, *Santa Margarita* de 34, *Santa Teresa* de 26, *Venus* de 28, *Liebre* de 34 y *Santa Clara* de 30.¹⁴² Un mes después zarpó también de Cádiz con destino al Río de la Plata otra escuadra con pertrechos, compuesta por los navíos *San Agustín* de 74 cañones (al mando del capitán de navío José Teachain) y *Serio*,¹⁴³ también de 74 (al mando del capitán de navío Francisco Javier Morales de los Ríos, que ya tenía experiencia de combate en la zona), más la fragata *Santa Gertrudis* de 34.

Otra escuadra, al mando del almirante Miguel Gastón y formada por cuatro navíos de línea (*Velasco*, *San Francisco de Paula*, *Oriente* y *San Eugenio*) y dos fragatas (*Santa Catalina* y *Santa Gertrudis*) fue enviada a apostarse

¹⁴¹ AGS, Marina, 485 y Guerra Moderna, 6833, “Extracto del Diario de Navegación y operaciones de la Escuadra y Ejército de Su Majestad Católica...” firmado por el jefe de escuadra marqués de Casa Tilly, Santa Catalina, marzo de 1777.

¹⁴² *Poderoso* era el buque insignia, construido en Guarnizo en 1754, hundido en un incendio en 1779 tras un temporal en Azores. *San Dámaso*, construido en 1776 en Cartagena, capturado por los ingleses en Trinidad en 1797, sirvió en la Royal Navy y quedó durante años como pontón en Portsmouth. *Septentrión*, bajo la advocación de San Hermenegildo y construido en 1756 en Cartagena, hundido en 1784 en la costa de Málaga por un temporal. *Monarca*, construido en 1756 en Ferrol, capturado por los británicos en 1780 en el Cabo Santa María (Sur de Portugal), pasó a la Royal Navy. *San José*, construido en Guarnizo en 1769 y perdido en 1780. *Santiago la América*, construido en 1766 en La Habana, desguazado por falta de carena en Cádiz en 1823. *San Agustín*, construido en Guarnizo en 1766, hundido en Trafalgar en 1805. *Serio*, construido en Guarnizo en 1754, desguazado en 1805 por inútil.

¹⁴³ Construido en Guarnizo en 1754, desguazado en 1805 por inútil.

en la barra de Lisboa (Vargas Alonso, 1988: 134).¹⁴⁴ En un hecho insólito en tiempos de guerra, estos buques fondearon en el Tajo a orillas de Lisboa, porque fueron invitados y agasajados por el ministro Pombal (Ceballos, 1995: 125), quien señaló que nada tenían que temer si no afrontaban ninguna acción de guerra en aquel puerto, siendo como era española la reina, como así fue. Poco después salieron hacia Canarias en misión de patrullaje.

Es decir, para esta campaña se aprestaron 10 navíos de línea y 9 fragatas en total, conformando lo que se denominó la “gran expedición” y su estribio táctico en Lisboa; una operación citada por los contemporáneos como resultado del gran esfuerzo que realizó la Armada. Pero esta cifra tiene que ser puesta en relación con el número de buques teóricamente operativos que existían en los puertos: 63 navíos y 28 fragatas.¹⁴⁵ Eso significa que se movilizó solo el 6,3 % del total de los navíos de línea teóricamente disponibles, y el 25 por ciento de las fragatas. ¿El resto no pudo moverse, o no estaba en condiciones o no existía la marinería suficiente como para tripularlos? Realmente Carlos III comenzaba a vislumbrar uno de los problemas a los que se estaba enfrentando su Armada: su escasa capacidad operativa y la imposibilidad material de disponer de más de 15 navíos navegando a la vez, como enseguida se demostró.

Por parte del ejército, las unidades de infantería embarcadas en la expedición fueron los regimientos de Zamora y Córdoba al completo, y siete batallones de los regimientos de Saboya, Toledo, Guadalajara, Murcia, Sevi-

¹⁴⁴ *Velasco*, de 74 cañones, construido en 1764 en Cartagena, dado de baja por inútil también en Cartagena en 1801. *San Francisco de Paula*, de 74 cañones, construido en Guarnizo en 1769, ardió en La Carraca en 1784 por accidente. *Oriente*, conocido también como *San Diego de Alcalá*, de 74, construido en 1753 en Ferrol. Desde 1804 quedó en Ferrol como pontón, por falta de carena y por haberse retirado el velamen y la artillería para servicio de otros buques; desguazado en 1806. *San Eugenio*, el mayor de todos, de 80 cañones, recién construido en Ferrol, iba en su primer viaje. Fue desguazado en Ferrol en 1804 por inútil sin carena. *Santa Catalina*, de 26 cañones, construida en Guarnizo en 1767. *Santa Gertrudis*, de 34 cañones, construida también en Guarnizo en 1768. Desde Lisboa partió a Cádiz y de allí salió para el Río de la Plata con los navíos *San Agustín* y *Serio* llevando pertrechos de refuerzo a la expedición.

¹⁴⁵ Durante la década de 1770 a 1779 se construyeron 19 navíos de línea y se dieron de baja 7, hallándose en estado operativo y sobre al agua 63 navíos. Y de igual modo, se construyeron 31 fragatas y se dieron de baja 9, quedando 28 fragatas en estado teórico de operación. Ver Marchena Fernández, 2008-2012.

Illa, Princesa e Infantería Ligera de Cataluña. El Cuerpo de Dragones estaba conformado por 4 escuadrones, extraídos de los regimientos de Dragones del Rey, Almansa, Lusitania, Numancia y Sagunto.¹⁴⁶ Además se sumaban una brigada de artillería, los ingenieros (al mando de Ricardo Ailmér) y un Estado Mayor compuesto por 16 oficiales.

La expedición se hizo a la vela desde Cádiz a mediados de noviembre de 1776.¹⁴⁷ Era muy importante —y así lo habían señalado en Madrid en el plan de operaciones— no retrasar la salida para aprovechar al máximo el verano austral (de diciembre a abril) y evitar los fuertes y violentos vientos del sudoeste del otoño y del invierno en los mares del sur (a partir de mayo

¹⁴⁶ Embarcarían sin caballos, que se conseguirían en destino, pero sí llevaban las monturas y las armas.

¹⁴⁷ Reunir la documentación con información de primera mano sobre esta navegación y, en general, sobre la primera parte de esta expedición, es tarea bien complicada por la gran dispersión en que se halla, pero una vez conseguida su conjunto brinda al investigador una mirada múltiple de extraordinario interés. Primero, el propio diario y relación general: “Noticias de lo ocurrido en la expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas de Sacramento y Santa Catalina, 1777”, Biblioteca Nacional, Madrid, sección de Manuscritos, mss.10511; enseguida la relación ya citada de Tilly, AGS, Marina, 485, “Extracto del diario de navegación y operaciones de la escuadra y ejército de S.M. Católica...”, firmado por el jefe de la escuadra, el marqués de Casa Tilly, Santa Catalina, marzo de 1777, mandado publicar con añadidos en Cádiz “Ordenes, señales y notas, dadas por el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Everardo Tilly García de Paredes... Teniente general de la Real Armada, Comandante general de la presente escuadra de S.M.”, Imprenta de Manuel Espinosa de los Monteros, Cádiz. 1776; luego, algunos diarios realizados desde los buques: “Extracto del diario de la bombarda *Santa Catalina*”, y “Extracto del diario del navío *Septentrión*”, localizados en la Academia de la Historia, Madrid, Colección Vargas Ponce, Legajo 2, núm. 225; también un diario de uno de los generales del ejército que iban embarcados: “Extracto del diario de la expedición que salió de Cádiz para Buenos Aires el dia 13 de Noviembre de 1776, formado por el Brigadier conde de Argelejos”, Academia de la Historia, Madrid, Est.26, gr.7, doc.215. Sumamente importante —y polémica por lo crítica— es la relación anónima titulada “Noticia individual de la expedición encargada al Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos contra los portugueses del Brasil inmediatos a las provincias del Rio de la Plata, escrita por un testigo ocular”, fechada en Buenos Aires el 18 de diciembre de 1777, publicada en la Imprenta del Comercio del Plata, Montevideo, año 1849 (Lobo, 1875b: 40 y ss.), y otra, fechada en la ensenada de Santa Catarina el 22 de febrero de 1777, escrita por un oficial del ejército a unos compañeros (N.N.) en Buenos Aires (Lobo, 1875c: 60 y ss.), así como un conjunto disperso de memorias personales y datos menudos comprendidos en la “Relación circunstanciada de la expedición al mando del teniente general D. Pedro Cevallos contra Santa Catalina, la colonia del Sacramento, Rio Grande y demás puntos usurpados por los portugueses, salida de Cádiz el 13 de Noviembre de 1776, tomada de documentos auténticos del Archivo de Buenos Aires” (Lobo, 1875d: 111 y ss.).

y hasta agosto, llamados allí “pamperos”, según la documentación). De ahí la insistencia de Cevallos en salir de Cádiz cuanto antes, para no demorar la navegación y no dar pretexto -como anotó- a que la Armada se encerrase en los puertos australes al llegar allá y dejase de operar hasta el próximo verano. Pero los temores de Cevallos se cumplieron: hasta el sur de las islas Canarias y una semana después, a la altura de Cabo Verde, la escuadra y el convoy navegaron unidos sin novedad;¹⁴⁸ pero a partir de entonces, cuando sopló alguna brisa más fuerte, comenzaron a dispersarse, sobre todo al realizar una extraña maniobra de virada al norte a punto de oscurecer, que solo fue seguida por algunos buques, por lo que el 11 de diciembre, al rebasar la isla de La Ascensión (entonces llamada de Trinidad) treinta y seis naves faltaban en la escuadra y otros varios buques se habían dispersado. El desorden era tal que de los seis navíos de línea, tres estaban perdidos, *San Dámaso*, *Septentrión* y *San José*, más la fragata *Venus*.

Cevallos anotó que la Armada no sabía convoyar en tan gran número, y las señales que se hacían los navíos entre sí no estaban lo suficientemente ensayadas, generando una gran confusión entre ellos. Mientras tanto, la infantería embarcada soportaba muy mal el viaje, pues no tenía ninguna experiencia en tales transportes, yendo la tropa y los buques muy mal equipados para una larga navegación, con mucha gente maldispuesta en las baterías y cubiertas. La flota tuvo que detenerse en La Ascensión esperando la reunión de los buques, lo que no se produjo en casi un mes, para desesperación de Cevallos y de la infantería embarcada. Cevallos apuntó en sus notas que los desencuentros con Tilly aumentaron cuando el almirante conoció que el destino de la Armada no era el Río de la Plata sino que en primer lugar atacarían y tomarían la isla de Santa Catarina, base de operaciones de una escuadra portuguesa al mando del irlandés Robert McDouall, que representaba un peligro para la estabilidad del Atlántico sur y para el éxito de la operación. Efectivamente, por la captura de la fragata portuguesa *Lucia Fortunata* que se dirigía a Lisboa con correspondencia, supieron que la flota portuguesa al

¹⁴⁸ En la carta anónima firmada en la ensenada de Santa Catarina, citada en la nota de arriba, se dice que la travesía de Atlántico se hizo “en un tiempo tan igual, claro, despejado, sereno y apacible que toda la navegación ha podido hacerse en los botes de los navíos desde Cádiz al Brasil, del mismo modo, y con la misma seguridad y quietud que en los mayores buques” (Lobo, 1875d: 61).

mando de McDouall se hallaba concentrada al norte de dicha isla de Santa Catarina (Abadie-Aicardi, 1981).

La oficialidad de marina, como se desprende de la lectura de los diarios, no veía de buen modo que un general los mandara, ni señalase sus destinos, ni cuándo y dónde debían combatir, ni menos “sujetarse a ser auxiliares de las tropas de tierra”, ni a “ser mirados como meros conductores”. Cevallos acabó señalando que la resistencia pasiva a obedecer sus órdenes fue *in crescendo* con los días de navegación, “hallando siempre inconvenientes que les impedían cumplirlas”. A pesar de que los navíos descaminados no aparecieron, al fin consiguió que los buques donde iban Cevallos y Tilly se movieran de Ascensión y prosiguieran su navegación. Todavía el almirante dirigió una dura misiva al general, indicándole que ni él ni sus oficiales veían conveniente atacar a los castillos portugueses de la isla, por lo arriesgado y “temerario” de tal operación, informado como estaba “de haber en la isla 15.000 hombres de tropa dirigidos por hábiles oficiales extranjeros y escuadra superior a la española”, y que tal ataque no estaba en sus órdenes iniciales, por lo que consideraba ser lo apropiado continuar hacia Buenos Aires, su destino señalado en Cádiz. En la citada y anónima “Noticia individual de la expedición...” (Lobo, 1875b) se señala que a pesar de que Cevallos contestó suavemente a Tilly, el general estaba convencido de que el desencuentro y dispersión de los buques había sido resultado de una maniobra realizada a posta, a fin de tener excusas para no atacar la isla por no tener tropa suficiente para hacerlo.¹⁴⁹

¹⁴⁹ Al parecer muchos oficiales estaban convencidos de que, al llegar a América, la paz ya se habría establecido, con lo cual cualquier exposición a una ataque sería inútil: “Muchos oficiales de nuestra escuadra, y algunos del ejército, han navegado en la persuasión de que ya hallaríamos en la América la noticia del acomodamiento con la Corte de Lisboa. Que por esta razón era intempestiva la conquista de la Isla de Santa Catalina, y que tampoco debiera procederse tan rápidamente a atacar los demás puertos” (Lobo, 1875b: 46). De ahí el demorar todo lo posible el momento del encuentro con el enemigo, opinaban. Como consta en la carta anónima firmada en la ensenada de Santa Catarina (Lobo, 1875d) los oficiales de marina dieron por hecho que “habían cumplido con los empeños de su comisión poniendo las tropas en Montevideo y Buenos Aires, en cuyas ciudades pasarían su invierno con la tranquilidad y gusto que ofrecen unos países donde se sabe bailar, y en que siempre se hallan proporciones para las utilidades que son el objeto de nuestra marina”, y ello sin salir de puerto, “cuando los temporales y vientos furiosos de aquella región ponían a la escuadra en riesgo evidente de perderse” (Lobo, 1875d: 62). En esta misma carta se opina sobre las verdaderas razones de la dispersión de las naves en mitad del Atlántico, una vez que supieron el objetivo: “Yo no soy temerario, pero alguno asegura que esta

Pero cuando llegaron cerca de la costa de Santa Catarina allí estaban los buques descaminados, y efectivamente, al norte de la isla, en la ensenada de Garupas, también la escuadra de McDouall.¹⁵⁰ Esta armada estaba compuesta por los navíos *Nossa Senhora dos Prazeres* de 74 cañones, *Santo Antonio* de 64, *Nossa Senhora de Ajuda* de 74, *Nossa Senhora de Belem* de 54,¹⁵¹ y las fragatas *Nossa Senhora da Graça* de 44, *Nossa Senhora da Nazareth* de 44, *Princesa do Brasil* de 36, *Nossa Senhora del Pilar* de 32, *Nossa Senhora da Gloria* de 38 y *Nossa Senhora da Assunção* de 34.¹⁵² Una escuadra importante.¹⁵³

disposición se hizo de intento; para que minoradas las fuerzas con la falta de tropas y pertrechos quedase el Sr. Virrey imposibilitado para atacar a los enemigos en Santa Catalina”.

¹⁵⁰ “Mapa dos Oficiais e Embarcações de Guerra, que servem na Esquadra”, Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa, Rio de Janeiro, caixa 108, f.76.

¹⁵¹ *Nossa Senhora dos Prazeres*, también llamado *Afonso de Alburquerque* fue construido en 1767. Dado de baja en 1822, pasando a la armada brasileña. *Santo Antonio*, también llamado *San José*, fue construido en 1763 y dado de baja en 1822, pasando a la armada brasileña. *Nossa Senhora da Ajuda*, también llamado *San Pedro de Alcántara*, fue construido en 1759 y permaneció activo hasta 1834. *Nossa Senhora da Belem*, también llamado *San José*, fue construido en 1766 y dado de baja en 1805. Datos sobre estos buques también en Monteiro, 1989-1997.

¹⁵² *Nossa Senhora del Pilar* iba al mando del capitán inglés Arthur Phillip. Este era teniente en la marina británica cuando fue reclutado por Robert McDouall para contratarse con la armada portuguesa. Recibió el grado de *capitão-de-mar-e-guerra* y fue destinado a Colonia al mando de la fragata *Nossa Senhora del Pilar*. Este oficial tendría luego una relevancia importante en esta campaña, como se verá, y mandaría el *Santo Agostinho*. Terminado el conflicto bélico con España y cuando Francia declaró la guerra a Gran Bretaña en apoyo de las Trece Colonias sublevadas, dejó de prestar servicios a Portugal y volvió a la marina británica junto con Robert McDouall. Llegaría a ser almirante de la Royal Navy y gobernador de la primera colonia inglesa en Australia, siendo el fundador de Sidney. Ver King, 2001; Frost, 1987. *Nossa Senhora da Gloria*, estuvo en el ataque a Colonia de McNamara de 1762. Allí resultó dañada pero fue rehecha en Rio de Janeiro.

¹⁵³ Hay que señalar que, aparte de estos buques, se estaban pertrechando en Lisboa dos navíos más para ser enviados al Brasil, y en Rio de Janeiro otras dos fragatas de 44 cañones, listas para unirse a la flota de MacDouall. Es decir, que Portugal podía poner casi toda su Armada (mucho más pequeña que la española, sobre 13 navíos de línea y otras tantas fragatas) en acción en muy poco tiempo, y hacerla navegar en operación conjunta, lo que la hacía un enemigo temible para la Armada española, que no conseguía juntar con la misma facilidad el mismo número de buques (Monteiro, 1989-1997). El problema de esa armada portuguesa, al menos hasta 1780, es decir durante la época de Pombal, estuvo en la falta de cuadros de mando capaces de dirigir toda la flota en una acción ofensiva, de ahí la contratación de almirantes y comodores británicos con experiencia para este cometido, y de otros oficiales con práctica demostrada en este tipo de operaciones. Después de 1782, y con los egresados de la Academia Real das Guardias Marinhas

Cevallos ordenó el ataque, pero con la demora en organizarse que tuvieron los navíos españoles, y lo complicado de una maniobra en escuadra, que no estaban acostumbrados a realizar, cuando al fin Tilly tuvo a sus buques en línea de combate los portugueses se habían retirado hacia el norte. Una retirada que mostraba el otro problema de la Armada portuguesa en estos años: efectivamente, parecía más operativa que la española, pero solo podía emplearse cuando tuviera la certeza de la victoria, pues su destrucción significaría el fin de la campaña, toda vez que no podía ser repuesta al no existir reserva alguna. De ahí que McDouall no quisiera enfrentarse a una escuadra como la que los españoles le ponían delante, de tamaño menor pero de respectable fuerza, y esperase mejor ocasión para ir descargando los golpes contra ella cuando se dispersara, como efectivamente sucedió poco después.¹⁵⁴

Cevallos entendió el retraso en organizar la línea por parte de Tilly como una nueva oposición a sus órdenes, y así lo reflejó en su informe.¹⁵⁵ Pero la campaña debía proseguir: a pesar de no contar con la opinión favorable de Tilly e incluso con su oposición más encendida, Cevallos ordenó atacar la isla de Santa Catarina.¹⁵⁶

instalada en el Terreiro do Paço de Lisboa, la situación cambió (Salgado, 2012).

¹⁵⁴ En un consejo de oficiales que convocó para discutir si atacar a la flota española o no, seis de sus capitanes apoyaron su decisión de no entrar en combate y esperar ocasión más segura de victoria, en la certeza de que los españoles dispersarían sus buques al no saber navegar en escuadra ni mantener el apresto de combate por mucho tiempo. En esta reunión el capitán Phillip, que mandaba la fragata *Nossa Senhora del Pilar*, y el capitán José de Mello y Brayner, al mando del navío *Nossa Senhora dos Prazeres*, opinaron que era mejor atacar, pues así impedirían la toma de Santa Catarina. Pero triunfó el criterio de McDouall y la escuadra portuguesa se retiró a Río de Janeiro, dejando a Santa Catarina a merced de las tropas de Cevallos. El virrey portugués, marqués de Lavradio, creyó ver cobardía en la decisión conservadora de McDouall, aunque acabó entendiendo sus razones: si la flota portuguesa era derrotada, el mismo Río sería blanco de las tropas españolas; pero alabó la valentía agresiva de estos oficiales, y en su relación de lo sucedido informó a Lisboa en octubre de 1777 que Phillip y Mello habían escrito privadamente a su jefe solicitándole, por consideración a su honor y al de la nación, que atacara a los españoles al punto. AHU, Lisboa, Sec. Río de Janeiro, Caixa 110, f.34 y ss.

¹⁵⁵ “Estaba McDouall con su escuadra en un puerto no distante de Santa Catalina, en que, según la opinión general, hubiera podido y aun debido atacarle con suceso Tilly, hallándose con fuerzas superiores á las suyas; pero hubo varias razones de intereses particulares que lo impidieron” (Gutiérrez de los Ríos, 1898: 281; Fernández Duro, 1973: 203-204).

¹⁵⁶ Sobre esta fase de la campaña existe una muy numerosa documentación, aunque me

Esta se hallaba defendida con abundantes y bien equipadas fortificaciones: de norte a sur, el castillo São José da Ponta Grossa (30 piezas de artillería) que cruzaba sus fuegos con el castillo de Santa Cruz de Anhatomirim (56 cañones), triangulando con una batería rasante instalada en la isla de Ratones (Santo Antônio de Ratones, de 14 piezas). Además, junto a la población de Desterro, en la isla, se hallaban el fuerte de San Francisco (10 cañones), el de San Luis (7) y la batería de Santa Ana (otras 7 piezas); en la villa de Santa Catarina (en el continente, al otro lado del estrecho) se había situado otra batería de obuses. Al sur de la isla y protegiendo la entrada por esa zona, se levantaba el fuerte de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba. La guarnición la componían unos 4.000 soldados, tanto regulares como milicianos, al mando del mariscal de campo Antonio Carlos Furtado de Mendoça.¹⁵⁷

La junta reunida por Tilly entre sus oficiales el 22 de febrero, en los buques anclados fuera de la bahía, hizo llegar a Cevallos la “opinión unánime” de que consideraban en alto grado “arriesgada la empresa de afrontar a los castillos de la isla, abundantemente guarneidos y provistos”. Cevallos, exasperado, anotaba que los navíos habían tardado mucho en acercarse a la isla, fondeando a larga distancia, negándose a cañonear a las fortalezas, y solo enviando buques ligeros que fueron los que se situaron bajo el alcance del fuego enemigo, aunque este no se produjo o fue muy leve. Tras vencer no pocos inconvenientes y dificultades por parte de la escuadra fondeada lejos de la costa, Cevallos ordenó y dirigió personalmente el desembarco en la playa de San Francisco de Paula, a espaldas del castillo de Ponta Grossa, realizado a medianoche y sin hallar oposición.¹⁵⁸ Cuando la guarnición de la

parecen del mayor interés los testimonio personales y diarios de operación: “Relación de la toma de Santa Catalina, 1777”, AGI, Estado 84; “Noticias de lo ocurrido en la Expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas del Sacramento y Santa Catalina”, 1777, Biblioteca Nacional, Madrid, Sección de Manuscritos, MSS.10511; “Extracto del viaje y noticia de los reconocimientos del ejército destinado a la conquista de la isla de Santa Catalina y demás operaciones en la América meridional á las órdenes del teniente general D. Pedro Cevallos, años 1776, 1777”, en *La Revista Militar*, Tomo X, Madrid, 1850; varios testimonios de testigos en Carballo, 1869; y Cevallos, 1995.

¹⁵⁷ Cabral, 1974; Luzuriaga, 2008. Ver también Sousa, 1885: Tomo 47, Parte II, 132 y ss.; Garrido, 1940: 149 y ss. Sobre la campaña en la isla, Ramos Flores, 2004.

¹⁵⁸ Algunos oficiales presentes observaron -y anotaron- el desbarajuste que se produjo en el desembarco, no solo por la descoordinación entre la marina y la infantería (el mismo Cevallos

fortaleza observó al amanecer del día 23 el desembarco, y que, al fin, el navío *Septentrión* se acercaba para bombardearla, se retiraron precipitadamente, abandonándola. Fue el momento en el cual las tropas que guarneían los fuertes de Santa Cruz y Ratones hicieron lo mismo, huyendo al continente, cruzando el estrecho en lanchas, y abandonando todo el equipo y la artillería. Igual sucedió en el de Nossa Senhora da Conceição, que al ver aproximarse a dos fragatas se rindió sin hacer ningún disparo.¹⁵⁹



tuvo que subir a un bote y ordenar personalmente la operación, ante la falta de apoyo que recibió de los barcos, siendo uno de los primeros en llegar a tierra) sino por los jefes de la infantería, que no sabían mandar bien a sus tropas: “Se notó faltar esta práctica, no en los soldados solamente, sino en muchos oficiales muy antiguos. Creeré que convendría enseñasen esto en la famosa escuela de Ávila, en lugar de otras cosas que no corren prisa por ahora” (Lobo, 1875b: 44). La “Relación circunstanciada...” dice al respecto que, para no quedar mal ante los suyos y ante el ejemplo dado por Cevallos, Tilly ordenó que lo desembarcaran también a él: “Ocupó otra falúa el General de marina, pero no sabemos para qué, ni qué mandó ni qué hizo. Se oyó que voceaba como acostumbra cuando habla con los juanetes ó gavias, si lo que entonces importaba era el silencio” (Lobo, 1875d: 62).

¹⁵⁹ Se capturaron casi 200 piezas de artillería, más de 800 toneles de pólvora y varios miles de fusiles. La guarnición se retiró a las inmediaciones del río Cubatón, donde se produjo la rendición definitiva. Todos los prisioneros fueron remitidos a Río de Janeiro, junto con el gobernador, el 14 de marzo, en los buques que había fondeados en la isla cuando la conquista (Silva Lisboa, 1835: 251).

Es decir, la isla fue tomada por la infantería sin siquiera armar el tren de sitio, y en el ataque solo participaron un navío y tres fragatas, aunque algunos testigos dicen que cuando se acercaron los buques las fortalezas ya se habían rendido.¹⁶⁰

El resto de la Armada quedó situado lejos de la acción,¹⁶¹ y cuando sí desembarcaron, dicen las fuentes que se produjeron escenas de pillaje, referidos por los testigos con la mayor consternación:

Bajando a tierra los marineros armados de espadas y pistolas, comenzaron a robar cuanto encontraban, siendo necesario que el Virrey mandara publicar bando con pena de la vida para que el orden se restableciese. Con todo, embebidos los oficiales de marina en lo que les podía reportar utilidad, embarcaban efectos y negros furtivamente.¹⁶²

Tras la rendición, y para evitar mayores problemas, Cevallos dispuso el inmediato reembarque de las tropas, ordenando la partida de la expedición hacia su siguiente objetivo, Rio Grande do Sul y Sacramento, insistiendo en

¹⁶⁰ En la citada “Noticia individual de la expedición...” (Lobo, 1875b), se menciona que una de las causas de la rápida rendición de los portugueses fue el pavor que sentían por la mera aparición de Pedro de Cevallos, quien desde la campaña anterior de 1762 y la toma de Sacramento y Rio Grande se había transformado en una especie de demonio para ellos, tanto que “se hallaban sorprendidos del terror pánico que los abatía y los dejaba inútiles para la defensa. De aquí dimanó que cualquiera madre que se hallaba molestada con el excesivo llanto de sus hijos usaba de esta expresión, *Ahí viene Cevallos* y luego callaban indefectiblemente. Hoy mismo hay en Buenos Aires algunos que han estado en el Brasil y han visto que continúa ese modo de callar a los chicos”.

¹⁶¹ La Carta anónima firmada en Santa Catarina en ese momento, dice al respecto que los marinos no deseaban en modo alguno enfrentarse a los castillos, porque no les gustaba entrar en combate sino persuadir su rendición con la mera presencia de su fuerza: “Ellos miran sus navíos como unas hostias consagradas. Blasonan de pilotos, pero nunca hacen sus viajes sin ellos. Hacen vanidad de mandar una maniobra, que es propia de un contramaestre... Y como vuelvan de sus expediciones y campañas sin usar del cañón, sino para las salvias y demás bagatelas de su ceremonial, dicen que todo está bueno y todo ha sido feliz”(Ozanam, 1985: 69).

¹⁶² Citado en Fernández Duro, 1973; “Noticias de lo ocurrido en la Expedición del Sr. D. Pedro Cevallos Noticias de lo ocurrido en la expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas de Sacramento y Santa Catalina, 1777”, Biblioteca Nacional, Madrid, sección de Manuscritos, mss.10511. Las repercusiones en Río de estos sucesos en Silva Lisboa, 1835: 255.

que este debía realizarse antes de que el invierno austral se viniera encima. Dejó una pequeña guarnición en la isla, y remitió dos embarcaciones menores a Cádiz a llevar la noticia de su conquista. Y al igual que había hecho años antes en Colonia con el ingeniero francés Havelle, y dado la carencia que tenía de estos técnicos en el virreinato,¹⁶³ convenció también al ingeniero portugués que encontró en Santa Catarina, José Custódio de Sá y Faría, de que continuase su carrera profesional al servicio del rey de España, con el argumento de que Pombal mandaba ahorcar a los oficiales que se rendían (Maxwell, 1996). Sá y Faría, igual que Havelle, aceptó y continuó sus servicios como ingeniero del rey español.¹⁶⁴

Los peores pronósticos de Cevallos se cumplieron: Tilly puso todos los inconvenientes del mundo para el reembarque de las tropas (decía que acercarse a la costa de Rio Grande era muy peligroso) y el mal tiempo enseguida los alcanzó. La escuadra no partió de Santa Catarina sino hasta un mes después, y nada más zarpar un temporal volvió a dispersar todas las naves. El navío *Poderoso* en el que iba Cevallos comenzó a hacer mucha agua, en tal cantidad que, muy estropeado, logró llegar como pudo a Maldonado. Cevallos fue trasbordado a la fragata *Venus*, arribando a Montevideo a finales de abril. Desde allí comunicó a Juan José Vértiz -quien ya había comenzado las operaciones contra Rio Grande, donde se habían fortificado los portugueses al mando del mariscal Bolsom (Beverina, 1939: 63 y ss)- que detuviese su avance, manteniéndose en Santa Teresa en espera de que le llegaran las tropas que se encontraban en los buques dispersos por el mar. Solo pudo enviarle a los Dragones de la expedición, al mando del coronel Plácido de Graell, porque era la única unidad que había conseguido alcanzar la costa.

Cevallos relata en su informe cómo Tilly y sus oficiales, una vez que entró la Armada primero en Maldonado y luego en Montevideo, le imposibilitaron la continuación ordinaria de la campaña, deteniéndose en estos puertos un mes entero “sin que hubiera fuerza que la hiciera volver al Océano”,

¹⁶³ Sobre ingenieros españoles que trabajaron en la región, Laguarda Trias, 1989.

¹⁶⁴ Este ingeniero se había formado en 1745 en la Academia Militar das Fortificações en Lisboa, e hizo el levantamiento cartográfico de la región sur de Brasil cuando la Comisión de Límites de 1750, siendo autor del ya citado “Diário da expedição e demarcação...” (Custodio de Sá y Faría, 1999). Fue también el autor de los planes de defensa de Santa Catarina. Ver Furlong, 1945; Toledo, 1981, 1996: 47 y 2000; Tavares, 1965. Más datos en Ferreira, 2001: 248 y ss.

“quedando la costa al arbitrio de la escuadra portuguesa”. Por fin, cansado de Tilly, y dejando para sí 4 fragatas y algunos barcos menores para operar en el Río de la Plata, consiguió liberarse del mando de la flota dejándola por entero a las órdenes del almirante, que partió hacia el norte, teóricamente a buscar a los buques de McDouall.

Fue entonces cuando Cevallos decidió cambiar los planes y atacar primero Colonia, ahora que al fin tenía en Montevideo las tropas consigo. El 19 y el 20 de mayo partió de dicha plaza con la fragata *Santa Rosalía* y otros barcos menores, y desembarcó los días 22 y 23 de mayo en las cercanías de Colonia los casi 4.000 soldados de infantería y artilleros que llevaba, más algunos Dragones y las milicias de caballería de Buenos Aires y la Banda Oriental que había mandado se les allegaran. Regresaba al mismo teatro de operaciones de donde partiera 15 años antes. Comenzó el asedio construyendo baterías y trincheras, y tras apenas bombardear la ciudad, el gobernador portugués, brigadeiro Francisco José Da Rocha, ofreció capitular incondicionalmente, como le solicitó Cevallos, quien se apoderó de un gran número de piezas de artillería y pertrechos, voló las fortificaciones para que fuese imposible la rehabilitación de la plaza, cegó el puerto tras hundir varias zumacas en sus bocanas, y trasladó a los habitantes y a la guarnición de la ciudad hasta Buenos Aires y el interior.¹⁶⁵

Cuando levantó el sitio y ordenó de nuevo sus fuerzas, el al parecer incansable Cevallos marchó por tierra hacia Rio Grande de São Pedro, uniendo sus tropas con las de Vértiz, y avanzó sobre la población de Rio Grande. La ofensiva fue detenida el 4 de septiembre de 1777, cuando le llegaron urgentes noticias desde Madrid ordenándole parar la guerra porque se habían iniciado negociaciones de paz.

Mientras tanto Tilly, que estuvo en Montevideo casi dos meses arreglando las naves, salió hacia el norte -como se indicó- teóricamente al encuentro

¹⁶⁵ Abeillard Barreto, 1979: 284 y ss. Según las “Noticias de lo ocurrido en la expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas de Sacramento y Santa Catalina, 1777”, Biblioteca Nacional, Madrid, sección de Manuscritos, mss.10511, muchos de los vecinos tuvieron la oportunidad de ir “al Janeiro”, pero los que decidieron quedarse fueron trasladados a la provincia de Tucumán, “a formar algunas poblaciones en el camino real que sale de aquí a lo interior del Perú” p. 46.

de McDauall; pero encontró malos tiempos y, una vez más, sus buques se perdieron unos de otros. Tilly consiguió alcanzar Santa Catarina y quedó allí encerrado con todos sus barcos (según algunos de sus oficiales, en aquel “gallinero”) por casi dos meses.

En paralelo con estas operaciones, los navíos *San Agustín* y *Serio* y la fragata *Santa Gertrudis*, que habían salido de Cádiz tras la flota de Tilly llevando refuerzos a Montevideo,¹⁶⁶ una vez que los desembarcaron regresaron hacia el norte, rumbo a Santa Catarina, llevando esta vez pertrechos para la guarnición que había quedado allí. Cerca de la isla, y dado el mal tiempo que encontraron, el *Serio* perdió la mitad de los palos, llegando con muchas dificultad a Santa Catarina; pero el *San Agustín*, al salir de la tormenta, se encontró solo y en medio de la flota portuguesa de Robert McDouall, que no se había movido del lugar esperando que sucediera exactamente lo que sucedió, que los buques de Tilly se disgregaran unos de otros como había venido ocurriendo desde que salieron de Cádiz. El capitán del *San Agustín*, José de Techain, intentó una defensa de emergencia, pero el capitán Arthur Phillip lo abordó desde su fragata que situó a su costado y, a pesar de la superioridad de armamento del barco español, lo rindió sin que este apenas pudiese reaccionar.¹⁶⁷ El navío fue llevado a Río de Janeiro donde pasó a servir en la armada portuguesa con el nombre de *Santo Agustinho*, quedando al mando de Philips.¹⁶⁸

¹⁶⁶ El *San Agustín* había zarpado de Ferrol a finales de septiembre de 1776, con marinería local y poca infantería, quedando incorporado a la escuadra de Miguel José Gastón, que debía realizar, como hizo, una maniobra de diversión en Lisboa, y luego patrullar las islas Canarias para evitar que desde Portugal se enviaran más refuerzos al Brasil y a la flota de McDouall. El *San Agustín* navegó las aguas del cabo de San Vicente, convoyando varios buques mercantes que venían de América hacia Cádiz. Luego partió en diciembre con el navío *Serio* y la fragata *Santa Gertrudis* a Montevideo, con pertrechos, a donde llegaron sin novedad a primeros de marzo (Marchena Fernández, 2008-2012).

¹⁶⁷ Tras una persecución que duró toda la noche, al amanecer el *San Agustín* fue bombardeado desde el navío *Nossa Senhora dos Prazeres* al mando de José de Mello, pero el abordaje de Arthur Phillip desde la fragata *Nossa Senhora del Pilar*; a pesar de la superioridad de armamento del barco español, fue definitivo. Rodeado por McDouall y todos sus buques, el capitán José Techain arrió la bandera. AHU, Lisboa, Sec. Rio de Janeiro, Caixa 111, f.56.

¹⁶⁸ Por el tratado de paz de octubre de 1777 fue devuelto a la Armada española, saliendo para Cádiz el año 1779 con su tripulación, que hasta entonces había quedado prisionera en Rio. En el consejo de guerra celebrado en 1780 para esclarecer los hechos de la captura, el capitán

Tilly, alegando el mal tiempo, permaneció en Santa Catarina sin salir a encontrarse con McDouall, lo que para algunos oficiales fue un claro gesto de cobardía; más aún cuando la escuadra portuguesa, compuesta por cinco navíos y cuatro fragatas, se acercó a la isla el 6 de junio para obligarlos al combate. Según uno de los testigos,

los portugueses habían penetrado el amilanado ánimo de nuestros marinos, y el día 9 de junio tuvieron la animosidad de entrarse con su débil escuadra en el mismo puerto de Santa Catarina. Se presentaron a la nuestra; cargaron sus mayores, que fue provocarlos al combate; pero nuestros marinos no hicieron movimiento alguno, y sobre tener ellos la sangre más fría que las tortugas, quedó ahora helada con el sustazo desmesurado que tenían. Pensaron que iban los portugueses á reducirlos á cenizas (...) No obstante, si éstos hubiesen embestido, se la llevan, y así me lo ha dicho un oficial de marina que en aquel imaginario conflicto hizo dos votos. El uno fue dejar el oficio para no exponerse á otra angustia como ésta; y el segundo, de no decir ni revelar á nadie que ha servido en la marina, porque le dicta su conciencia que está interiormente degradado de todo lo que es honor (Lobo, 1875b; Fernández Duro, 1973: 203).

Tilly alegó que ninguno de sus buques (seis navíos y cuatro fragatas) estaba en disposición de ponerse a la vela, por lo que ordenó se acoderaran los navíos, formando línea, las fragatas detrás, al amparo de los cañones de los castillos, y así el enemigo no osó entrar y se retiró a los varios días. Tilly, enton-

José Techain fue condenado: “Enterado el Rey de las resultas del Consejo de Guerra formado para examinar la conducta del comandante y oficiales del navío San Agustín en el combate y rendición á una escuadra portuguesa en los mares de Buenos Aires el día 21 de Abril de 1777, y de que el comandante D. José Techain no ha faltado en la parte de valor, y sí en lo demás que juzga el Consejo, ha resuelto S. M. que sea retirado del servicio con el medio sueldo de su empleo; y en cuanto á los demás oficiales, manda S. M. que el segundo capitán D. José de Mélida sea igualmente retirado con el medio sueldo. Los tenientes de navío D. Manuel de la Rosa y D. Manuel Mercado, suspensos por un año de sus empleos, absueltos, los tenientes de fragata D. Mauricio Jiménez y D. José Payan y los alféreces de navío don Nicolás Lobato, D. José Gardoqui y el de fragata D. Benito Vilans, y el alférez de navío D. José de Tejada despedido del real servicio” (Fernández Duro, 1973: 196; Pavía, 1856: 98).

ces, sacó de allí sus buques y regresó a Montevideo en la mayor confusión.¹⁶⁹ En esas condiciones la fragata *Santa Clara* varó en el punto conocido como el Banco Inglés y se hundió, muriendo casi todos los marineros, en una acción poco clara por parte de sus oficiales, como señala Fernández Duro (2009).¹⁷⁰

Fue entonces cuando llegaron las noticias del cese de hostilidades, por haberse iniciado conversaciones de paz entre las dos Coronas en Aranjuez ese mismo mes de junio. En febrero de 1777 había muerto el rey José I, sucediéndolo su hija María, y la reina madre, María Ana Victoria de Borbón, se desplazó entonces personalmente a Madrid a encontrarse con su hermano Carlos III, 48 años después de haber salido de aquella ciudad (Gutiérrez de los Ríos, 1898), para convencerlo de detener aquel disparate de guerra entre una misma familia, opinaba. Ambos Borbones suspendieron las hostilidades, hicieron regresar a todas las tropas,¹⁷¹ intercambiaron los prisioneros y los buques tomados (el *San Agustín* entre ellos) y firmaron la paz en el tratado de San Ildefonso, concebido por los dos principales ministros de ambos reinos, el conde de Floridablanca por un lado, y Francisco Inocencio de Souza Coutinho, por otro, embajador de Lisboa en Madrid.¹⁷²

¹⁶⁹ Según la Carta anónima, una vez retirada la Armada portuguesa, “el General Tilly, no obstante que los portugueses podrían volver, y no sabiendo si sus gentes habrían hecho algún voto de no refiñir con persona viviente, aunque fueran a echarlos de su casa, resolvió mudarse de barrio con toda su familia; y por más que el Comandante de la Isla le hizo saber que no podría responder de ella si la escuadra abandonaba el puerto, con el pretexto de salir a cruzar aparejó para Montevideo, y salió a la mar con ocho navíos de línea y todas las fragatas” (Lobo, 1875a: 63).

¹⁷⁰ Una acción poco clara que también señala el documento “Relación …” (Lobo, 1875d: 44): “...por haber tomado la lancha los oficiales, en el mismo instante que la fragata varó, y con extraordinario abandono de toda la tripulación trataron de irse luego á la costa de Montevideo, y lo lograron”. Ver también al respecto de este naufragio, Álvarez Cubos, 1985: 219 y ss.

¹⁷¹ Resulta interesante comprobar que la mayor parte de las bajas que se produjeron en la campaña fueron por enfermedad, resultando muy escasas las muertes en combate. Por ejemplo, los escuadrones de Dragones ni siquiera llegaron a pelear. Tuvieron 14 muertos, todos por enfermedad. Estado de las tropas de la expedición para su regreso a España, en AGI, Buenos Aires, 529, 530, 531, 541. Revista a los Dragones, 1777, AGI, Indiferente General, 1912.

¹⁷² *Tratado preliminar de límites de los países pertenecientes en América Meridional a las coronas de España y Portugal. Ajustado y concluido entre el Rey Nuestro Señor y la Reina Fidelísima, y ratificado por S.M. en San Lorenzo el Real a 11 de octubre de 1777. En el cual se dispone y estipula por dónde ha de correr la línea divisoria de unos y otros dominios.* Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1777. Un ejemplar en AGI, Indiferente General, 1566. Ver también, Céspedes del Castillo, 1947.

Confirmada la paz, Cevallos regresó a Buenos Aires desde las proximidades de Rio Grande, donde había detenido las operaciones, ingresando en la ciudad en octubre de 1777 como un gran vencedor. En febrero del año siguiente recibió en las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad*, que partieron de Cádiz y Ferrol, los ejemplares del tratado preliminar y la orden de retorno de los expedicionarios, con nuevas instrucción para él y el marqués de Casa Tilly.

El virrey, una vez que entregó el mando a Vértiz, ahora su sustituto, partió de Montevideo para España el 30 de junio de 1778 en el navío *Serio*, llegando en septiembre a Cádiz,¹⁷³ después de asegurarse de que Tilly, quien no se movía de Montevideo desde que regresó de Santa Catarina, había comenzado a embarcar a la infantería en sus navíos. Y aún tardó esta en llegar, pues hasta julio no regresó a Cádiz una parte de su flota, al mando del jefe de escuadra D. Adrián Caudrón de Cantein, compuesta por los navíos *Monarca*, *Santo Domingo*, *San Dámaso* y *América*, con tropas y pertrechos, aunque, dadas las dificultades que puso la Armada para el trasporte de la infantería, la mayoría llegó a la península en pequeños convoyes escoltados por algún buque de guerra, como el chambequín *Andaluz* o la fragata *Asunción*, que protegieron a los mercantes.¹⁷⁴

Juan José de Vértiz, nombrado virrey en sustitución de Cevallos, logró que más de mil soldados y oficiales de la expedición (del Regimiento de Saboya, varios flecos de otras unidades y casi todos los Dragones) permanecieran voluntariamente en la zona, engrosando las unidades fijas del Río de la Plata.¹⁷⁵ La mayor parte de los oficiales -en especial los procedentes de las

¹⁷³ Murió en Córdoba al poco tiempo de llegar, en diciembre, camino de Madrid, adonde iba a rendir informes de la expedición al rey (Barba, 1988).

¹⁷⁴ Para dar una idea de lo que sucedía con la Armada en esos años, de los 8 navíos de línea que participaron en la expedición, cinco de ellos, es decir más de la mitad, no sobrevivió la guerra hasta la paz de Versalles, tres años después: uno se incendió en Azores, otro se estrelló contra la costa en Málaga, otro se hundió en puerto y otro fue capturado por los británicos en el cabo Santa María, más el *San Agustín*, que solo fue devuelto al fin de la guerra (Marchena Fernández, 2008-2012).

¹⁷⁵ Las unidades quedaron de refuerzo en Buenos Aires, Montevideo y Maldonado. AGI, Buenos Aires 530 y 531. Por ejemplo, los Dragones se destinaron a Maldonado: pie de los Dragones, años 1779, 1780, AGI, Buenos Aires 541 y 529. Aunque las deserciones fueron altísimas, y en dos años faltaban más de 120 plazas: Revista a los Dragones, con ajustes y sueldos, años 1776-1780: AGI, Indiferente General 1912. Ver también Beverina, 1935. Parte de estas tropas

academias- recibieron ascensos, y muchos de ellos fueron designados (sus nombramientos iban en la instrucciones que portaban las fragatas llegadas en febrero del 78) para cargos político-administrativos en el interior del virreinato, en Paraguay y sobre todo en la región andina (Tucumán, Salta y Alto Perú) con el fin de aplicar las nuevas medidas de reforma (en especial, y como en seguida se verá, las Intendencias) en los territorios americanos (Marchena Fernández, 2006).

Mientras, en Cádiz, y dadas las quejas presentadas por Cevallos contra Tilly y la Armada por agravios inferidos a su autoridad, por Real Orden del 4 de agosto de 1778 se mandó convocar Consejo de Guerra para revisar sus actuaciones, el que finalmente se celebró en 1780 en la cubierta del navío *Santísima Trinidad*, ante tres tenientes generales y tres jefes de escuadra, y bajo la presidencia del director general de la Armada Luis de Córdoba.¹⁷⁶ Cevallos ya había muerto, por lo que solo se pudieron leer sus testimonios: en uno de ellos manifestaba que las evasivas y dificultades de los marinos en la pasada expedición le recordaban al teniente Sarriá durante la campaña del 62. Uno de los coroneles del Estado Mayor llegó a exclamar en el juicio: “Pobre rey y pobre nación, que tan engañados viven con un cuerpo inútil y sólo hábil para despreciar y aborrecer mortalmente á cuantos tienen la discreción de conocerlo” (Carballo, 1869; Fernández Duro, 1973: 203).

El Consejo de Guerra unánimemente liberó a Tilly de todo cargo,¹⁷⁷ aunque fue también corriente la opinión de que otro hubiese sido el resultado si Cevallos hubiera estado vivo. De todas formas, y aun resultando absuelto, el prestigio del almirante quedó muy mermado (Merino Navarro, 1986: 130).

El tratado de paz entre España y Portugal de 1777 acabó siendo refren-

participaron luego, en 1780-82, en la represión de las sublevaciones andinas de Tupac Amaru y Tupac Katari (Marchena Fernández, 2005: 51 y ss).

¹⁷⁶ Un veterano marino a la vieja usanza, del que Floridablanca opinaba que tenía más y mejor disposición que muchos “señoritos de la academia” (Moñino y Redondo, 1982).

¹⁷⁷ La defensa de Tilly en el Consejo de guerra puede verse en: “Defensa militar y satisfacción que expone D. Juan José García y Gómez, teniente de navío de la Real Armada, para vindicar el honor y crédito del Excmo. Sr. Marqués de Casa Tilly, teniente general de la Real Armada y comandante principal de los doce batallones de infantería de ella. Sobre la conducta con que obró durante la expedición que se hizo á la América meridional contra los portugueses, siendo comandante general de las fuerzas navales de S. M. destinadas á este objeto en el año de 1776”. Real Academia de la Historia, Colección Vargas Ponce, leg. 23.

dado por la paz de Versalles de 1783, de modo que sus consecuencias fueron más allá de su bilateralidad. España no quedaba como potencia vencedora, pero su situación al menos no era tan grave como tras la guerra del 62. A la muerte del rey José I de Portugal en 1777 y de la reina madre María Ana Victoria en 1781, la nueva reina portuguesa, su hija María I, casada con su tío (Pedro III), despidió al antaño todopoderoso ministro Pombal, aquel que decía que *de Castella, nem vento nem casamento* (Marchena Fernández, 2009). Portugal recuperó Santa Catarina, Rio Grande y los territorios del sur de Brasil, y España se quedó definitivamente con Colonia de Sacramento, la isla de San Miguel y las misiones orientales. Se creó una nueva comisión de límites para tratar las fronteras interiores por Paraguay y las regiones de Moxos y Chiquitos,¹⁷⁸ y Carlos III obtuvo también las islas de Fernando Poo y Annobón, en el golfo de Guinea, cedidas por Portugal.¹⁷⁹ Los ministros respectivos lograron que las relaciones entre ambas Coronas no fueran violentas hasta 1801, atravesando los conflictivos períodos de la nueva guerra de 1779 a 1783, en la que, a pesar de las presiones británicas,¹⁸⁰ el ministro portugués Luis Pinto de Souza Coutinho (Araújo, 1998: 21) consiguió la neutralidad portuguesa y que los británicos no utilizasen los puertos portugueses para atacar a los españoles, aunque buena parte de la guerra naval se desarrolló en sus costas. En 1785 se decidía, además, la boda de los infantes portugueses João y Mariana Victoria con los príncipes españoles Carlota Joaquina y Gabriel.

El avance portugués en los 70-80

Como se indicó, la firma de los tratados de paz no implicó que esta llegara a las fronteras interiores (Guerreiro, 1997). A principios de ese mismo año

¹⁷⁸ Esta nueva comisión conjunta de límites modificó las líneas trazadas por el tratado de 1750 en el interior amazónico (Guerreiro, 1997: 39 y ss). De todas formas, como se verá, la tensión continuó en la zona.

¹⁷⁹ Para tomar posesión de estas islas africanas fue despachada desde Montevideo la fragata *Santa Catalina* en abril de 1778, que tras una fatigosa navegación llegó a Fernando Poo y Annobón casi cuatro meses después. En 1783, tras múltiples avatares, debido a que el comisionado portugués Cayetano de Castro puso todas las dificultades para la entrega de los territorios, tras la muerte del comandante español y una sublevación de las tropas, regresaron a Montevideo 22 hombres de los casi 200 que habían salido. Finalmente el tratado acabó por cumplirse. Ver Belza y Ruiz de la Fuente, 1988: 28; Navarro, 1859.

¹⁸⁰ Fue la llamada Primeira Neutralidade Armada, de 1780.

de 1777, el gobernador de Paraguay, Agustín de Pinedo, atacó, conquistó y destruyó otra fortaleza que los portugueses estaban construyendo desde 1769 en la frontera por esa zona, Nossa Senhora dos Prazeres de Iguatémí.¹⁸¹ Pero eso significaba que la reacción portuguesa llegaría pronto.

Efectivamente, receloso de nuevas penetraciones y ataques españoles, el gobernador de Mato Grosso, el coronel de infantería Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres (Barros, 1968), recibió instrucciones para proteger las minas de la región de Guajurús y mantener abiertas y operativas las líneas de comunicación y navegación por los ríos Guaporé, Mamoré y Madeira con el Amazonas, procurando salvaguardar la ruta Vila Bela (Mato Grosso) - Belém do Pará, reservada a la recién creada Companhia Geral de Comércio do Grão-Pará e Maranhão (Domingues, 1992).¹⁸² Debía aplicar a rajatabla el nuevo tratado sin ceder un ápice de territorio, demarcándolo, midiéndolo y cartografiándolo.¹⁸³

Así se puso en marcha en 1776 uno de los proyectos más afanosos de la época, la construcción, a orillas del Guaporé, de la enorme fortaleza Príncipe da Beira,¹⁸⁴ realizada por el ingeniero de origen italiano Domingo Sambuceti (Fontana, 2005),¹⁸⁵ siguiendo el modelo abaluartado de Vauban (con cuatro

¹⁸¹ Datos sobre la misma y planos de su construcción en el Servicio Histórico Militar de Madrid, Cartoteca, 23-6-78.

¹⁸² Todo ello, así como las órdenes para la construcción de la cadena de flertes en el interior amazónico, se hallaba contenido en una “Instrucção Secretíssima con que sua Magestade manda passar à capitania de Belém do Pará o governador e capitão-general João Pereira Caldas”, 1772, Biblioteca Nacional de Lisboa, Colecção Pombalina, cd.8549, estudiada por Ângela Domingues, 1995: 270. Igualmente se encargó de mantener abierta la ruta con São Paulo: Fernandes, 2011.

¹⁸³ Esta tercera comisión de límites, a las órdenes de Luis de Albuquerque, estaba compuesta por los ingenieros Joaquim José Ferreira y Ricardo Franco de Almeida Serra, y por los geógrafos Francisco José de Lacerda e Almeida y António Pires da Silva Pontes Leme. Debía reunirse en la capital de Mato Grosso y esperar la llegada de los técnicos españoles. Más datos en Amado & Anzai, 2006. Pero como la situación no era la más propicia para estos encuentros cordiales y científicos, cada equipo trabajó separadamente. Uno de los productos de esta comisión, por la parte portuguesa, fue la obra de Francisco José de Lacerda e Almeida, 1944.

¹⁸⁴ Título que recibían los primogénitos de los reyes de Portugal, en este caso el príncipe José, nieto de João V. Ver Nunes, 1985; Faria, 1996; Borzacov, 1981; Guerreiro, 1997: 49; Ferraz, 1938; y, por su riqueza documental, Domingues, 1992.

¹⁸⁵ Sambuceti había participado en la comisión de límites, y trabajado previamente en la

baluartes) y que debía considerarse como “a chave do sertão” de Mato Grosso, elevado cerca de las ruinas del fuerte de Bragança, ya mencionado, destruido por las aguas del río.¹⁸⁶

A pesar de las extraordinarias dificultades de la obra (“por mais duro, por mais difícil e por mais trabalhoso que isso dê... é serviço de Portugal e tem que se cumprir”, escribió el gobernador Alburquerque de Melo), trayéndose los operarios, los instrumentos y la artillería desde Lisboa, Río y Belem,¹⁸⁷ remontando los interminables ríos y las abruptas cachoeiras¹⁸⁸ y muriendo los primeros expedicionarios por la malaria,¹⁸⁹ el fuerte fue finalmente concluido en 1784 por el ingeniero Ricardo Franco de Almeida Serra¹⁹⁰ y puesto al mando del capitán de Dragones José de Mello Castro de Vilhena.¹⁹¹

No fue este, ni mucho menos, el único bastión de la frontera amazónica construido en esta época. El proyecto pombalino y el de sus sucesores fue más ambicioso, en función de las siempre previsibles incursiones españolas

otra gran fortaleza de la época, el fuerte de São José do Macapá, que protegía la boca del Amazonas. Alcântara, 1979; y s.a. (1954). Más datos sobre Sambuceti en Viterbo, 1962: 82.

¹⁸⁶ La fortaleza Príncipe da Beira tiene 970 metros de perímetro, y sus cortinas alcanzan los diez metros de altura. Los cuatro baluartes, de norte a sur y de oeste a este, recibieron los nombres de Santo António de Pádua, Nossa Señora da Conceição, Santo André Avelino y Santa Bárbara, de 59 por 43 metros, poseyendo cada uno de ellos 14 troneras para la artillería. Al fuerte se accede por un puente levadizo sobre un foso inundable mediante compuertas, con agua del río Guaporé, y en su interior se edificó una iglesia, la casa del gobernador, viviendas de oficiales, cuarteles para la tropa, almacenes a prueba de bomba y un gran aljibe central en el patio. Está construido en piedra porosa (conocida en la región como yacaré) y ladrillo, las viviendas techadas con tejas vidriadas y sus paredes estucadas en color azul (Marchena Fernández, 2009)

¹⁸⁷ Entre los operarios había albañiles, carpinteros, canteros y pedreros, casi 200, y más de 500 esclavos que se compraron en Belem do Pará. Más información sobre la construcción del fuerte en Archivo Histórico Ultramarino (AHU), Lisboa, Sección Mato Grosso, cx. 16 y 17.

¹⁸⁸ Saltos de agua en el cauce de los ríos.

¹⁸⁹ Sambuceti murió en 1778, cuando apenas llevaba construido un baluarte. Mucha cartografía y documentación al respecto en el Archivo de la Casa da Ínsua, Penalva do Castelo, Portugal, solar de Alburquerque de Melo, quien la llevó hasta allá después de su misión en la región. Ver Cardoso & Assunção, 1996; García, 2002.

¹⁹⁰ Responsable más tarde, al completar su misión en el Guaporé, de la construcción del fuerte de Coimbra en Corumbá, a orillas del río Paraguay, en 1797 (Furtado, 1960).

¹⁹¹ En otras fuentes aparece como José Melo da Silva Vilhena. Las obras de la fortaleza prosiguieron al menos hasta 1798.

sobre la región, no solo a partir del tratado de Madrid de 1750, sino también a raíz del de 1777.

Por el oeste amazónico los portugueses levantaron los fuertes de São Francisco Xavier de Tabatinga, en el río Solimões, en la ruta hacia el Perú,¹⁹² y el presidio de Santo Antônio do río Içá, afluente de la margen izquierda del río Solimões, fronterizo al presidio español de San Joaquín.¹⁹³

Hacia el norte, alzaron la fortaleza del morro de São Gabriel da Cachoeira, en la margen izquierda del alto río Negro,¹⁹⁴ el fuerte de São José do Marabitanas, en la margen derecha del alto río Negro, cerca de Cucuí, en el lugar donde las cuencas del Orinoco y del Amazonas son más próximas y se comunican entre sí,¹⁹⁵ y el fuerte de São José da Barra do Rio Negro, en su confluencia con el Solimões (actual ciudad de Manaus).¹⁹⁶ Hay que indicar que en las guerras de 1762, y luego en la de 1776, los españoles intentaron ocupar el río Negro (Domínguez, 1991: 16).

En la región de Mato Grosso, la capital Vila Bela da Santíssima Trindade fue fortificada en 1778 con varias baterías en la foz del río Alegre, y muy próximo a la ciudad se alzó en 1782 el presidio de Casalvasco, en el río Barbado, protegiendo los pueblos de Salina y Corixa Grande; también, en 1778, se levantó el presidio de Vila María en el río Paraguay, a la altura de

¹⁹² Este fuerte fue levantado en 1776 por el sargento mayor Domingo Franco, por órdenes del gobernador de la Capitanía de São José de Río Negro, el coronel Joaquim de Melo e Póvoas.

¹⁹³ Fundado un poco más arriba de la foz del río Içá en 1763, por orden del gobernador de Grão-Pará e Maranhão, Fernando da Costa de Ataide Teive Sousa Coutinho.

¹⁹⁴ Construida a partir de 1762 por el ingeniero militar alemán al servicio de Portugal Phillip Sturm, enviado desde Belem do Pará.

¹⁹⁵ Fue levantado a partir de 1763 por el ingeniero alemán Philip Sturm, ya citado. Debía controlar los dos fuertes españoles (San Carlos y San Fernando) que se habían edificado un poco más al norte, en la cuenca del Orinoco. Sturm, 1966: 39.

¹⁹⁶ Ver “Prospectos das Fortalezas do Rio Negro, Tapajós, Pauxis e Gurupá, mandados fazer no ano de 1756 pelo capitão-general Francisco Xavier de Mendonça Furtado, Presidente da Província do Pará e 1º Comissário das Demarcações dos Reais Domínios de Sua Majestade Fidelíssima da parte Norte”, en Monteiro, M.Y., *Fundação de Manaus*, Manaos, 1994, p. 231. Tenía una guarnición de 200 hombres al mando del brigadier Manuel da Gama Lobo D’Almada. Este fuerte dio lugar a la fundación de la Vila da Barra do Rio Negro, elevada a capitánía en 1792 y luego convertida, ya en el S.XIX, en la ciudad de Manaus.

San Luis de Cáceres;¹⁹⁷ en 1776 el presidio de Viseu, en la margen izquierda del río Guaporé,¹⁹⁸ y el de Pedras Negras, en su margen derecha;¹⁹⁹ y se pusieron asimismo las bases de lo que luego sería el fuerte de Coimbra²⁰⁰ en Albuquerque (Corumbá), a orillas del Paraguay... todo ello para evitar las penetraciones españolas por estos grandes ríos (Gallo, 1986; Guerreiro, 1997: 44 y ss). Debe señalarse que estas obras, consideradas en su época “as muralhas do sertão”, tal cual indica Ângela Domingues (2000: 199 y ss),²⁰¹ representaron un gasto formidable para la Hacienda Real brasileña, como ha estudiado Angelo Alves Carrara (2009), seguramente el rubro más alto de los costos coloniales portugueses; y que estos establecimientos y sus garniciones dieron mucho más poder y autoridad en la zona a los gobernadores y *capitães-mores* de cada jurisdicción (Soares da Cunha & Monteiro, 2005) frente a sus vecinos, hasta entones bastante autónomos respecto del poder real. A pesar de todos estos resguardos —o precisamente gracias a ellos— la situación en las fronteras tanto peninsulares como americanas se mantuvo en una cierta calma durante estos años finales del siglo XVIII, nunca a salvo de incidentes aislados (Reis, 1948).

Los acontecimientos que siguieron demostraron la fragilidad de la situación. Las fronteras del Brasil eran ahora otras, y el Río de la Plata, antes tan a trasmano, era el epicentro de un nuevo universo donde todo estaba por suceder. En aquel enorme escenario, las políticas metropolitanas mostraban sus más que evidentes contradicciones entre la realidad y el deseo. Las fronteras siguieron siendo un gigantesco espacio de confrontación entre las dos Coronas durante décadas, y ni siquiera el ciclo de independencias de sus respectivas metrópolis generó estabilidades. Todo lo contrario: la historia continuaba.

Sevilla-Lisboa, 2013.

¹⁹⁷ Todos ellos por orden del gobernador de Mato Grosso Luís de Albuquerque.

¹⁹⁸ Protegía las minas de oro del río Arinos, y las de Diamantino en el alto Paraguay, conocidas como lavras de Viseu (Silva, 2001).

¹⁹⁹ Una posición levantada en los años 60, de la época de Rolim de Moura, ahora remozada y fortificada en los 70.

²⁰⁰ Finalmente elevado en 1797 por Ricardo Franco de Almeida Serra, que venía de terminar las obras del fuerte Príncipe da Beira.

²⁰¹ Junto con los indígenas: Farage, 1991; y Meireles, 1989.

Bibliografía

- Abadie-Aicardi, A. (1981). La isla de Santa Catalina y el Atlántico Sur en la visión geopolítica del virrey Cevallos. *Jahrbuch für Geschichte von Staat Lateinamerikas*, 18.
- Abadie-Aicardi, A. (1982). La expedición del gobernador Cevallos al Plata (1776). *Anuario de Estudios Americanos*, XXXIX.
- Abeillard Barreto (1979). A Opção Portuguesa: Restauração do Rio Grande e Entrega da Colónia do Sacramento, 1774-1777. En *História Naval Brasileira*, Vol II. Rio de Janeiro: Ministério da Marinha.
- Academia Real das Ciencias de Portugal (1826). *Colecção de notícias para história e geografia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portugueses, ou lhe são vizinhas*. Lisboa: Academia Real das Ciencias de Portugal.
- Adonias, I. (1961). Alguns Mapas Antigos e Planos de Fortes relativos à Região Amazónica existentes em Arquivos do Brasil. En *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*, Vol. II. Lisboa.
- Alcalá-Zamora & Queipo de Llano, J. (1977). *Razón y crisis de la política exterior de España en el reinado de Felipe IV*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Alcântara, D.M. e S. (1979). *Fortaleza de São José do Macapá*. Rio de Janeiro.
- Alden, D. (1973). *Colonial Roots of Modern Brasil*. Londres.
- Almeida Troni, J. (2008). *Catarina de Bragança, 1638-1705*. Lisboa: Colibri.
- Álvarez Cubos, J. (1985). Capellanes y testamentos em la Armada Del siglo XVIII. *Revista General de Marina*.
- Alves, J. (1985). Para a história dos impostos em Portugal. S.XVII. *Nova Historia*, 3 y 4.
- Amado, J. & Anzai, N. C. (2006). *Anais de Vila Bela, 1734-1789*. Cuiabá: Universidad Federal de Mato Grosso.
- Amalric, J-P. (1992). Guerres et paix, nouvelles équipes et nouveaux usages. En B. Bennassar (ed.). *Histoire des Espagnols (VIIe -XXe siècle)*. París : Robert Laffont, pp. 515-541.
- Ames, G. J. (2000a). Priorities in the Reino, c.1640-1683. En G. J. Ames. *Renaissance Empire? The House of Bragança and the Quest for Stability in Portuguese Monsoon Asia, ca.1640-1683*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

- Ames, G. J. (2000b). Foreign Polity diplomatic Relations with the Reis Vicinhos and European rivals, 1640-1683. En G. J. Ames. *Renaissance Empire? The House of Bragança and the Quest for Stability in Portuguese Monsoon Asia, ca.1640-1683*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Anderson, M. S. (1988). *War and Society in Europe of the Old Regime*. New York: McGill-Queen's University Press.
- Anderson, M. S. (1961). *Eighteenth Century Europe, 1713-1789*. Londres: Pearson Education Limited.
- Andújar Castillo, F. (1996). *Consejos y Consejeros de Guerra en el siglo XVIII*. Granada: Universidad de Granada.
- Andújar Castillo, F. (1999). *Ejércitos y militares en la Europa Moderna*. Madrid: Síntesis.
- Antunes, C. (2004). *Globalization in the Early Modern Period. The Economics Relationship Between Amsterdam and Lisbon, 1640-1705*. Amsterdam: Aksant.
- Araújo, A. C. B. de (1998). Política e diplomacia na era das revoluções. En J. Matoso (dir.). *Historia de Portugal*. Vol. 5: *O liberalismo*. Lisboa: Estampa.
- Archer, Ch. (1983). *El Ejército en el México borbónico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Archer, CH., Ferris, J. R., Herwig, H. H. & Travers, T. E. (2002). *World History of Warfare*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Arredondo, H. (1920). El fuerte de Santa Teresa. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, 4.
- Arredondo, H. (1958). *Santa Teresa y San Miguel. La restauración de las fortalezas*. Montevideo: El Siglo.
- Arribas, F. (1930). *La Expedición de D. Pedro de Cevallos a Buenos Aires y la fundación del Virreinato del Río de la Plata: 1776-1778*. Valladolid: Imprenta Allen.
- Artigas Mariño, H. (1986). *Colonia del Sacramento: Memorias de una Ciudad*. Montevideo: Prisma.
- Artola, M. (1982). *La Hacienda del Antiguo Régimen*. Madrid: Alianza.
- Assunção, F. (1985). La arquitectura militar de la antigua Banda Oriental. Colonia del Sacramento. *Revista Amigos de la Arqueología*, 17.

- Avellaneda, M. & Quarleri, L. (2007). Las milicias guaraníes en el Paraguay y Rio de la Plata: alcances y limitaciones (1649-1756). *Estudos Iberoamericanos*, 33.
- Ayres de Magalhães Sepulveda, C. (1897). *Um capítulo da Guerra da Restauração 1660-1669. O conde de Schomberg em Portugal*. Lisboa.
- Ayres de Magalhães Sepulveda, C. (1902-1912). *História Orgânica e Política do Exército Portugués* (Vol. 1661-1668). Lisboa.
- Azambuja, D. & Gomes de Aquino, A. (1985). *Evolução das fortificações brasileiras de século XVI ao inicio do XX*. Madrid: CEHOPU.
- Azara, F. (1953). *Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata (1801)*. Buenos Aires.
- Azarola Gil, L. E. (1931). *La Epopeya de Manuel Lobo (seguida de una crónica de los sucesos desde 1680 hasta 1828 y de una recopilación de documentos)*. Madrid: Compañía Ibero-Americanana de Publicaciones.
- Azarola Gil, L. E. (1933). *Los orígenes de Montevideo. 1607-1749*. Buenos Aires: La Facultad
- Azarola Gil, L. E. (1940). *Historia de la Colonia del Sacramento (1680-1828)*. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- Bacallar y Sanna, V. Marqués de San Felipe (1957). *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V el animoso* (ed. Seco Serrano). Madrid: Atlas.
- Bacelar, A. B. (1659). *Relaçam da vitoria que alcançaram as armas do muy alto señor e poderoso rey D. Afonso VI, em 14 de janeiro de 1659*. Lisboa.
- Barba, E. (1988). *Don Pedro de Cevallos*. Madrid: ICI.
- Barbier, J. A. & Klein, H. (1981). Revolutionary Wars and Public Finances: The Madrid Treasury, 1784-1807. *The Journal of Economic History*, 41.
- Barbier, J. A. (1984). Indies Revenues and Naval Spending: The Cost of Colonialism for the Spanish Bourbons, 1763-1805. *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft, und Gesellschaft Lateinamerikas*, XXI.
- Barreto Xavier, A. & Cardim, P. (2008). *D. Afonso VI*. Lisboa. Temas & Debates.
- Barreto, A. (1958). *Fortificações no Brasil (Resumo Histórico)*. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora.
- Barreto, A. (1979a). A ocupação espanhola do Rio Grande de São Pedro. En Conferências publicadas no 2º Volume dos *Anais do Simpósio*

- Comemorativo do Bicentenário da restauração do Rio Grande 1776-1976.* Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico brasileiro.
- Barreto, A. (1979b). A expulsão dos espanhóis do Rio Grande de São Pedro. En Conferências publicadas no 2º Volume dos *Anais do Simpósio Comemorativo do Bicentenário da restauração do Rio Grande 1776-1976.* Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro.
- Barros, J. C. F. (1968). *Um Português no Brasil. Luís de Albuquerque de Mello Pereira e Cáceres, Governador e Capitão General do Mato Grosso.* Lisboa: Academia Internacional da Cultura Portuguesa.
- Bassenne, M. (1939). *La vie tragique d'une reine d'Espagne, Marie-Louise de Bourbon-Orleans.* París.
- Basto, A. de M. (1954). *D. António Rolim de Moura, Governador da Capitania de Mato-Grosso (Três Documentos).* Coimbra: Coimbra Editora.
- Baudot Monroy, M. (2013). *La defensa del imperio. Julián de Arriaga en la Armada (1700-1754).* Murcia: Ministerio de Defensa.
- Baudrillart, A. (1890-1900). *Philippe V et la cour de France.* Paris.
- Bebiano, R. (1993). Literatura Militar da Restauração. *Penélope, Fazer e desfazer a História*, 9-10.
- Bebiano, R. (2001). Organização, teoria e prática da guerra. En J. Serrão & A. H. de Oliveira Marques (dirs.). *Nova História de Portugal* (Vol VII). Lisboa: Editorial Presença.
- Beirão, C. (1940). Vinte e oito anos de guerra. Os auxílios externos e a acção diplomática. A política de Castelo Melhor. A paz de 1668. En *IV Congreso da História do Mundo Portugués. Monarquía Dualista e Restauração* (Vol. VII). Lisboa.
- Belando, N.J. (1740-1744). *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año 1700 hasta el de 1733.* Madrid.
- Belcher, G.L. (1975). Spain and the Anglo-Portuguese Alliance of 1661. *Journal of British Studies*, 15.
- Bély, L. (coord.) (1991). *Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe siècle.* Paris: SEDES.
- Belza y Ruiz de la Fuente, F. (1988). Por la Colonia del Sacramento en América a las colonias del Golfo de Guinea. En *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar* (Vol.III). Madrid.
- Bento, C. M. (1996). *A Guerra da Restauração do Rio Grande do Sul (1774-*

- 1776). Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército.
- Bérenguer, J. (ed.) (1998). *La révolution militaire en Europe (XVe-XVIIIe siècle)*. París: Economica
- Bergamini, J.D. (1974). *The Spanish Bourbon: The History of a Tenacious Dynasty*. Nueva York.
- Bermejo de la Rica, A. (1920). *La colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia*. Madrid.
- Bermejo de la Rica, A. (1942). Antecedentes diplomáticos de la campaña de don Pedro de Cevallos en el Uruguay en 1777. *Revista de Indias*, III(8).
- Bernardo Ares, J.M. de (2007). El iberismo como alternativa político-dinástica al francesismo y al austracismo (1665-1725). *Anais de História de Além-Mar*, 8.
- Bethencourt Massieu, A. (1954). *Patiño en la política internacional de Felipe V*. Valladolid: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.
- Bethencourt Massieu, A. (1965). La ruptura hispano-lusitana de 1735 y la convención de París de 1737. *Hispania*, 79.
- Beverina, J. (1935).** *El virreinato de las provincias del Río de La Plata. Su organización militar*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Beverina, J. (1936). *La expedición de Don Pedro de Cevallos en 1776-1777*. Buenos Aires.
- Beverina, J. (1939). *Las invasiones inglesas al Río de La Plata*. Buenos Aires.
- Beverina, J. (1992). *El virreinato de las provincias del Río de La Plata, su organización militar: contribución a la historia del ejército argentino*. Volumen 747 de Biblioteca del oficial, (reedición) Buenos Aires.
- Bicalho, M. F. (2003). *A Cidade e o Império*. Rio de Janeiro no século XVIII. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Bicalho, M.F. (2007). Inflexões na política imperial no reinado de D.João V. *Anais do Histórica de Além-Mar*, 8.
- Bicalho, M.F. y Ferlini, V.L.A. (eds.) (2005). *Modos de governar. Idéias e práticas no império português, séculos XVI-XIX*. São Paulo: Alameda.
- Black, J. (1991). *A Military Revolution? Military Change and European Society. 1550-1800*. Londres: Humanities Press.
- Black, J. (1994). *European Warfare, 1660-1815*. New Haven : Yale University Press.
- Black, J. (2002). *European Warfare, 1494-1660*. Londres: Psychology Press.

- Black, J. (2004). *Rethinking the Military History*, Londres: Routledge.
- Blanco Núñez, J. M. (2012). Algunas de las expediciones atlánticas de la Armada española en la segunda mitad del siglo XVIII. En J. J. Sánchez-Baena, C. Chain-Navarro & L. Martínez-Solis (coords.). *Estudios de historia naval: actitudes y medios en la Real Armada del s.XVII*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Bois, J. P. (2003). *Les guerres en Europe, 1494-1792*. París: Belin Sup.
- Borges de Macedo, J. (1981). História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força. Estudo de Geopolítica. *Nação e Defesa*, VI(18).
- Borges, J. V. (2000). *Intervenções Militares Portuguesas na Europa*. Lisboa: Instituto de Altos Estudos Militares.
- Borzacov, Y. M. P. (1981). *Forte Príncipe da Beira*. São Paulo: Imprensa Oficial do Estado.
- Bouza Alvarez, F. J. (1990). A retórica da imagem real. Portugal e a memória figurada da Filipe II. *Penélope. Fazer e desfazer a História*, 4.
- Bouza Alvarez, F. J. (2000). *Portugal no Tempo dos Filipes. Política, cultura, representações, 1580-1668*. Lisboa: Edições Cosmos.
- Boxer, Ch. R. (1979-1983). *Descriptive List of the State Papers Portugal: 1661-1780 in the Public Record Office London*. Lisboa: Academia das Ciências.
- Boyajian, J. C. (1983). *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Brazão, E. (1932). *História diplomática de Portugal* (Vol. I, 1640-1815). Lisboa: Livraria Rodrigues.
- Brazão, E. (ed.) (1940). *Alfonso VI*. Porto: Livraria Civilização.
- Brum, B. & Arredondo, H. (1930). *Libro de Honor de la Fortaleza de Santa Teresa*. Montevideo.
- Cabral, O. (1974). *As defensas da Ilha de Santa Catarina*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional.
- Cabral de Melo, E. (1995). *Afronda dos Mazombos. Nobres contra Mascates: Pernambuco, 1666-1715*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Calado, F. M. (1648). *Valeroso Lucideno e Triunpho da Liberdade*, Lisboa.
- Callixto, C. (1989). A fortificação barroca. As fortificações marítimas do tempo da Restauração. En Moreira, R. (dir.) *História das fortificações portuguesas no mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.

- Calvo, C. (1862-1869). *Colección completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos, de todos los estados de la América Latina comprendidos entre el golfo de Méjico y el cabo de Hornos desde el año de 1493 hasta nuestros días. Volumen VI.* Paris: A. Durand.
- Campo-Raso, J. del (1957). Memorias políticas y militares para servir de continuación a los comentarios del marqués de San Felipe. (ed. Seco Serrano). Madrid: Atlas.
- Canabrava, A. (1944). *O comércio português no Rio da Prata (1580-1640).* São Paulo: Faculdade de filosofia.
- Canessa de Sanguinetti, M. J. (1989). El valor del espacio rioplatense en las fronteras de los imperios. En J. J. Arteaga (coord.). *Uruguay, defensas y comunicaciones en el periodo hispano.* Madrid: CEHOPU.
- Cantillo, A. del (1843). *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día. Puesto en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones.* Madrid.
- Carballo, D. (1869). La expedición militar de D. Pedro Ceballos al Rio de la Plata. *Revista de España*, 10.
- Cardim, P. (2001a). Religião e ordem social. Em torno dos fundamentos católicos do sistema político do Antigo Regime. *Revista de História das Ideias*, 22.
- Cardim, P. (2001b). Memoria comunitaria y dinámica constitucional en Portugal, 1640-1750. En P. Fernández Albaladejo (ed.). *Los Borbones. Dinastía y memoria de la nación en la España del S.XVIII.* Madrid: Marcial Pons.
- Cardim, P. (2002). A Casa Real e os órgãos centrais do governo de Portugal da segunda metade de Seiscentos. *Tempo*, 13.
- Cardim, P. (2004). Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica. En A. Álvarez Osorio & B. García García (eds.). *La Monarquía de las Naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España.* Madrid: Fundación Carlos de Amberes.
- Cardim, P. (2010). Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española. En F. J. García González (ed.). *La Guerra de Sucesión y la*

- batalla de Almansa. Europa en la encrucijada.* Madrid: Sílex.
- Cardoso, A. R. & Assunção, M. T. (1996). *Casa da Ínsua. Inventário do Património Cultural.* S.d.
- Carrara, A. A. (2009). *Receitas e despesas da Real Fazenda no Brasil. Século XVIII.* Juiz de Fora: Editora Universidade Federal Juiz de Fora.
- Carvalho Santos, M.H. (ed.) (1984). *Pombal Revisitado.* Lisboa: Estampa.
- Carvalho, J. V. de (1988). *Almeida: subsídios para a sua história.* Almeida: Câmara Municipal de Almeida.
- Castanedo Galán, J. (1993). *Guarnizo, un astillero de la Corona.* Madrid: Editorial Naval.
- Castellano, J. L. (2006). *Gobierno y poder en la España del S.XVIII.* Granada: Universidad de Granada.
- Castilla Soto, J. (1992). *Don Juan José de Austria (hijo bastardeo de Felipe IV): su labor política y militar.* Madrid: UNED.
- Castro, C. (orgs.) (2004). *Nova História Militar Brasileira.* Rio de Janeiro: FGV Editora.
- Ceballos, A. de (1995). La guerra hispano-portuguesa de 1776-1777 y la conquista de la isla de Santa Catalina, según manuscrito anónimo coetáneo. *Revista de Historia Naval*, 49.
- Céspedes del Castillo, G. (1947). *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata.* Sevilla.
- Chagniot, P. (2001). *Guerre et société dans l'époque modern.* París: Presses Universitaires de France.
- Chambouleyron, R. I. (2005). *Portuguese colonization of the Amazon region, 1640-1706.* Tesis Doctoral. Universidad de Cambridge.
- Childs, J. (1975). The English Brigade in Portugal, 1662-1669. *Journal of the Society for Army Historical Research*, 53.
- Childs, J. (1982). *Armies and Warfare in Europe, 1648-1789.* Manchester: Manchester University Press.
- Cipolla, C. M. (1965). *Guns, Sails and Empire: Technological Innovations and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700.* Nueva York: Pantheon Books.
- Contreras Gay, J. (2003). La reorganización militar en la época de la decadencia española (1640-1700). *Millars*, 26.
- Cornette, J. (1990). La Révolution Militaire et l'Etat Moderne. *Revue*

- d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 41.
- Cortés Cortés, F. (1985). *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de Restauración de Portugal, 1640-1668*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Cortés Cortés, F. (1990). *Guerra e Pressão Militar nas Terras de Fronteira, 1640-1668*. Lisboa: Horizonte.
- Cortés Cortés, F. (1996). *Alojamientos de soldados en la Extremadura del S.XVII*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- Cortesão, J. (1956). *Alexandre de Guzmão e o Tratado de Madrid*. Rio de Janeiro: Ministério das Relações Exteriores - Instituto Rio Branco.
- Cortesão, J. (1958). *Raposo Távares e a formação territorial do Brasil*. Rio de Janeiro: Ministério de Educação e Cultura.
- Cortesão, J. (2001). *O Tratado de Madrid*. Brasília: Senado Federal.
- Corvisier, A. (1973). Aspect divers de l'histoire militaire. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 20.
- Corvisier, A. (1979). *Armies and Societies in Europe, 1494-1789*. Bloomington: Indiana University Press.
- Corvisier, A. (1985). *Les hommes, la guerre et la mort*. Paris: Economica.
- Corvisier, A. (1995). *La guerre. Essais historiques*. París: Presses Universitaires de France.
- Costa Rego Monteiro, J. da (1937). *A Colonia do Sacramento. 1680-1777* (2 vol.). Porto Alegre: Livraria do Globo.
- Courcy, marqués de (1891). *L'Espagne après la Paix d'Utrecht, 1713-1715*. París.
- Coxe, W. (1815). *Memoirs of the King of Spain of the House of Bourbon*. Londres. (Edición en España: Coxe, W. (1846). *España bajo el reinado de la Casa de Borbón. Desde 1700 en que subió al trono Felipe V hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*. Madrid)
- Cruz, A. (1938). *O cerco e batalha das Linhas de Elvas*. Coimbra.
- Cruz, Miguel Dantas da (2013). *O Conselho Ultramarino e a administração militar do Brasil (da Restauração ao Pombalismo): Política, finanças e burocracia*. Tesis doctoral. Lisboa: ISCTE, Instituto Universitario de Lisboa.
- Cunha de Ataíde, T. (1990). *Memórias Históricas de Tristão da Cunha de Ataíde, 1.º Conde de Povolide* (Ed. A. Vasconcelos de Saldanha, C. Radule). Lisboa: Chaves Ferreira.

- Cunha, J. R. da (1894). Diário da expedição de Gomes Freire de Andrade às Missões do Uruguai. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brazil*, 10.
- Cunha, M. S. & Monteiro, N. (2005). Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII. En N. Monteiro, P. Cardim, & M. S. Cunha (comps). *Optima pars. Elites ibero-americanas do Antigo Regime*. Lisboa: ICS.
- Cunha, M.S. (2000). *A Casa de Bragança, 1560-1640, Práticas senhoriais e redes clientelares*. Lisboa: Estampa.
- Custódio de Sá y Faria, J. (1999). Diário da expedição e demarcação da América meridional e das campanhas das missões do rio Uruguai, 1750-1761. En T. Golin & J. Custódio de Sá y Faria (1998). *A Guerra Guaranítica: Como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os Sete Povos dos jesuítas e índios guaranis no Rio Grande do Sul*. Passo Fundo: Universidade de Passo Fundo.
- da Costa Deslandes, V. (1704). *Terceira noticia dos gloriosos successos que tiveraô as armas de S.Magestade gobernadas pelo Marquez das Minas, do seu Conselho de Estado, em que se da conta da tomada do Castello de Monsanto*. Lisboa.
- Danvila y Collado, M. (1856). *Historia del reinado de Carlos III en España*. Madrid.
- Dardé Morales, C. (1999). *La idea de España en la historiografía del S.XX*. Santander: Universidad de Cantabria.
- De la Croix, H. (1972). *Military Considerations in City Planning: Fortifications*. Nueva York: George Braziller.
- de Mariz, P. (1990). Portugal: un destino histórico. En *I Jornadas Académicas de Historia da Espanha e de Portugal*. Lisboa.
- de Oliveira, A. (1991). *Poder e oposição política em Portugal no periodo filipino, (1580-1640)*. Lisboa: Difel.
- de Oliveira, A. (1993). A Restauração. En J. Medina (dir.). *História de Portugal dos tempos pré-históricos aos nossos dias* (Vol. VII). Lisboa: Estampa.
- Delgado Barrado, J. M. & Gómez Urdañez, J. L. (coord.) (2002). *Los ministros de Fernando VI*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Domingues, Â. (1991). *Viagens de exploração geográfica na Amazônia em finais do século XVIII: Política, ciência e aventura*. Lisboa: Secretaria

- Regional do Turismo, Cultura e Emigração (Madeira) / Centro de Estudos de História.
- Domingues, Â. (1992). O forte do Príncipe da Beira na estratégia de Luís de Albuquerque de Melo Pereira Cáceres. Trabajo presentado en el *VI Congreso sobre monumentos militares portugueses*. Barcelos.
- Domingues, Â. (1995). Urbanismo e colonização na Amazônia em meados de setecentos: a aplicação das reformas pombalinas na Capitania de S. José do Rio Negro. *Revista de Ciências Históricas*, 10.
- Domingues, Â. (2000). *Quando os índios eram vassalos. Colonização e relações de poder no norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*. Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
- Domínguez Ortiz, A. (1976). *Sociedad y Estado en el S.XVIII español*. Barcelona: Ariel.
- Dores Costa, F. (2003). A participação portuguesa na Guerra da Sucessão de Espanha: aspectos militares. En VV.AA. *O tratado de Methuen (1703)*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Dores Costa, F. (2004). *A Guerra da Restauração, 1641-1668*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Dores Costa, F. (2009). O Conselho de Guerra como lugar de poder: a delimitação da sua autoridade. *Análise Social*, 191.
- Dores Costa, F. (2010). *Insubmissão: aversão ao serviço militar no Portugal do Século XVIII*. Lisboa: Ciências Sociais.
- Dória, A. A. (1947). *A deposição de D. Afonso VI, 1666-1668*. Braga.
- Downing, B. (1992). *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Cambridge: Princeton University Press.
- Dréville, H. (2005). *L'impôt du sang. Le métier des armes sous Louis XIV*. Paris: Éditions Tallandier.
- Duffy, Ch. (1975). *Fire and Stone. The Science of Fortress Warfare, 1660-1860*. Londres: Greenhill Books.
- Duffy, Ch. M. (1980). *The Military Revolution and the State, 1500-1800*. Exeter: University of Exeter.
- Duffy, Ch. M. (1987). *The Military Experience in the Age of Reason*. Londres.
- Duguay-Trouin, R. (1779). *Mémoires, augmentés de son éloge par M.*

- Thomas. Rouen : Imprimerie privilégié.
- Duvivier, M. (1830). *Observations sur la guerre de Succession d'Espagne*. Paris.
- Elliot, J. (1972). El programa de Olivares y los movimientos de 1640. En F. Tomás y Valiente (coord.). *Historia de España. Menéndez Pidal* (Vol. XXV). Madrid: Espasa-Calpa.
- Elliot, J. (1977). Self Perception and Decline in Early Seventeenth Century in Spain. *Past and Present*, 74.
- Elliot, J. (1990). *El Conde Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*. Barcelona: Crítica.
- Eltis, D. (1995). *The Military Revolution in Sixteenth Century Europe*. Londres.
- Espino López, A. (2003). La historiografía hispana sobre la guerra en la época de los Austrias. Un balance: 1991-2000. *Manuscrits*, 21.
- Esponera Cerdán, A. (1988). Enfrentamientos en el Río de la Plata por la penetración portuguesa a fines del S.XVII. En *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar* (Vol.III). Madrid.
- Estébanez Calderón, S. (1885). *De la conquista y pérdida de Portugal*, Madrid.
- Exposição Cartografia e Diplomacia no Brasil do Século XVIII & Portugal (1997). *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*. Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
- Farage, N. (1991). *As muralhas dos sertões: os povos indígenas e a colonização do Rio Branco*. Rio de Janeiro: Paz y Terra.
- Faria, M. (1996). Príncipe da Beira: a fortaleza para além dos limites. *Revista Oceanos*, 28.
- Fernández, D. (2011). De Mato Grosso a São Paulo: um percurso, duas fontes. En *IV Simposio Luso-Brasileiro de Cartografia Histórica*. Porto.
- Fernández Albaladejo, P. (2007). *Materia de España. Cultura política e identidad en la España Moderna*. Madrid: Marcial Pons.
- Fernández Díaz, R. (2001). *Carlos III*. Madrid: Arlanza.
- Fernández Duro, C. (1973). *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón, 9 tomos*. Madrid: Museo Naval.
- Fernández Duro, C. (2009). *Naufragios de la armada española: Relación histórica formada con presencia de los documentos oficiales que existen en el archivo del Ministerio de Marina (reedición)*. Sevilla: Renacimiento.
- Ferrand de Almeida, A. (1957). *A diplomacia portuguesa e os limites*

- meridionais do Brasil.* Coimbra: Instituto de Estudos Históricos Dr. António de Vasconcelos.
- Ferrand de Almeida, A. (1973). *A Colônia do Sacramento na época da Sucessão de Espanha.* Coimbra: Faculdade de Letras.
- Ferrand de Almeida, A. (1990). *Alexandre Gusmão, o Brasil e o Tratado de Madrid, 1735-1750.* Coimbra.
- Ferrand de Almeida, A. (2001). *A formação do espaço brasileiro e o projeto do novo atlas da América portuguesa (1713-1748).* Lisboa: Comissão Nacional para a Comemoração dos Descobrimentos Portugueses.
- Ferraz, A. L. P. (1938). Real Forte do Príncipe da Beira. *Revista do SPHAN*, 2.
- Ferreira Borges de Castro, J. (ed.) (1856). *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente.* Lisboa.
- Ferreira, M. C. (2001). *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional. Os trabalhos demarcadores das partidas do sul e sua produção cartográfica, 1749-1761.* Lisboa: Comissão Nacional para a Comemoração dos Descobrimentos Portugueses.
- Ferreira, M. C. (2010). O conhecimento da área de fronteira entre o Mato Grosso e a América espanhola no século XVIII: a procura de informações geográficas e cartográficas por portugueses e castelhanos. En F. R. Oliveira de & H. M. Vargas. *Mapas de metade de mundo. A cartografia e a construção territorial dos espaços americanos: séculos XVI a XIX.* Lisboa: Centro de Estudos Geográficos – México: Instituto de Geografia.
- Ferrez, G. (1972). *O Rio de Janeiro e a defensa de seu porto (1555-1800).* Rio de Janeiro: Servico de Documentacao Geral da Marinha.
- Figueiredo, L. R. de A. (2001). O Império em apuros. Notas para o estudo das alterações ultramarinas e das práticas políticas no Império Colonial Português, séculos XVII y XVIII. En Furtado, J. F. *Diálogos oceânicos. Minas Gerais e as novas abordagens para uma historiam do Império ultramarino Português.* Belo horizonte: Universidad Federal de Minas Gerais.
- Fontana, R. (2005). *As obras dos engenheiros militares Galluzzi e Sambuceti e do arquiteto Landi no Brasil colonial do séc. XVIII.* Brasilia: Senado Federal.
- França, E. O. (1997). *Portugal na época da Restauração.* São Paulo: Hucitec.
- Francis, A. D. (1965). Portugal and the Grand Alliance. *Bulletin of the*

Institute of Historical Research, 38.

- Francis, A. D. (1975). *The First Peninsular War, 1702-1713*. Londres: Benn.
- Frost, A. (1987). *Arthur Phillip, His Voyaging*. Melbourne: Oxford University Press.
- Furlong, G. (1945). José Custodio de Sá y Faria. Ingeniero, arquitecto y cartógrafo colonial, 1710-1792. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de Buenos Aires*, 1.
- Furtado, S. da S. (1960). *Ricardo Franco de Almeida Serra*. Rio de Janeiro.
- Gallo, J. R. (1986). *Fortificações de Mato Grosso do Sul*. Campo Grande: 8º DR/IPHAN/FNPM/MinC Escritório Técnico/MS.
- Garavaglia, J.C. y Marchena, J. (2005). *América Latina, de los orígenes a la independencia* (Vol. I). Barcelona: Crítica.
- García Cárcel, R. (2005). Fin de siglo, fin de dinastía. Algunas reflexiones. *Estudios*, 31.
- García Corominas, B. (1987). Santa Teresa, la fortaleza española en el Atlántico Sur. *Defensa*, 105.
- García Corominas, B. (1986). El fuerte de San Miguel de Uruguay. *Defensa*, 96.
- García Hernán, D. (2002). Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el ejército en la España del Antiguo régimen. *Revista de Historia Militar*, 45.
- García Hernán, E. (2006). La nobleza castellana y el servicio militar: permanencias y cambios en los siglos XVI y XVII a partir de los conflictos con Portugal. En E. García Hernán & D. Maffi (eds.). *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)* (Vol. II). Madrid: Fundación MAPFRE - Ediciones del Laberinto - Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC.
- García Hernán, E., & Maffi, D. (eds.) (2006). *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Madrid: Fundación MAPFRE - Ediciones del Laberinto - Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC.
- García, E. F. (2007). De inimigos a aliados: como parte dos missioneiros repensou o seu passado de conflitos com os portugueses no contexto das tentativas de demarcação do Tratado de Madri. *Anais de História de Alem-Mar*, 8.
- García, J. C. (coord.) (2002). *A mais dilatada vista do Mundo: inventário da*

- coleção cartográfica da Casa da Ínsua.* Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
- Garrido, C. M. (1940). Fortificações do Brasil. En *Subsídios para a História Marítima do Brasil*, Vol.III. Rio de Janeiro: Imprensa Naval.
- Gelabert, J.E. (2001). *Castilla convulsa, 1621-1652*. Madrid: Marcial Pons.
- Gil Munilla, O. (1949). *El Río de la Plata en la política internacional: génesis del Virreinato*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Gil Pujol, X. (2004). Felipe IV y la crisis de la Monarquía Hispánica. Pérdida de hegemonía y conservación. 1643-1665. En A. Floristán, (coord.) *Historia de España en la Edad Moderna*. Barcelona: Ariel.
- T. Golin & J. Custódio de Sá y Faria (1999). *A Guerra Guaranítica: Como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os Sete Povos dos jesuítas e índios guaranis no Rio Grande do Sul*. Passo Fundo: Universidade de Passo Fundo.
- Gómez Molleda, M. D. (1955). El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del S.XVIII. *Hispania*, 58.
- Gómez Molleda, M. D. (1957). Viejo y nuevo estilo político en la corte de Fernando VI. *Eido*, 4.
- Gómez Urdañez, J. L. (2001). *Fernando VI*. Madrid: Arlanza ediciones.
- Gonçalves da Fonseca, J. (1874). Primeira exploração dos Rios Madeira e Guaporé feita por Jose Gonçalves da Fonseca em 1749 por Ordem do Governo. En Mendes de Almeida, C. (ed.). *Memórias para a História do Extinto Estado de Maranhão cujo território comprehende hoje as províncias de Maranhão, Piauí, Grão-Pará e Amazonas*, Tomo II. Rio de Janeiro: Nova Tipografia de J.P. Hildebrand.
- González Ariosto, D. (1950). *Diario de Bruno de Zavala sobre su expedición a Montevideo*. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- González Díaz, A. M. (2001). La Guerra de Sucesión en la frontera con Portugal. Ayamonte, 1701-1704. En *La Guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Sevilla: Deimos.
- González, M. L. (2007). *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española. El Almirante de Castilla*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Greentree, D. (2010). *Far-Flung Gamble. Havana 1762*. Oxford: Osprey Publishing.

- Guedes, M.J. (1979). A segurança da navegação nos séculos XVI-XVIII: navios artilhados, frotas e comboios. En *História Naval Brasileira* Vol. 2, pp. 57 y ss.
- Guedes, M. J. (1997). A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII. En *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*. Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
- Guerreiro, I. (1997). As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777. En Exposição Cartografia e Diplomacia no Brasil do Século XVIII & Portugal. *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*. Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
- Gutiérrez, R. & Esteras, C. (1991). *Territorio y fortificación. Influencia en España y América*. Madrid: Tuero.
- Gutiérrez, R. (1979). *Arquitectura colonial. Teoría y práxis. Resistencia*. Universidad Nacional del Nordeste.
- Gutiérrez de los Ríos, C., Conde de Fernán Núñez. (1898). *Vida de Carlos III, Tomo I*. Madrid: Librería de los Bibliófilos Fernando Fé.
- Hafkemeyer, B. J. (1928). *A conquista portuguesa do Rio Grande do Sul*. Porto Alegre.
- Hale, J. R. (1983). *Renaissance War Studies*. Londres: The Humbledon Press.
- Halperin Donghi, T. (1985). *Reforma y disolución de los Imperios Ibéricos. 1750-1850*. Madrid: Alianza.
- Henis, T. X. (2002). *Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraní situados en la costa oriental del río Uruguay, del año de 1754*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Hermann, Ch. & Marcadé, J. (1989). *La Penínsule Ibérique au XVIIe siècle*. Paris: SEDES.
- Hernández, M. (2008). El Ingeniero venezolano José del Pozo y Sucre y su labor en la expedición de Ceballos al Río de la Plata. *Anuario GRHIAL*, 2.
- Herrero Sánchez, M. (2006). La presencia holandesa en Brasil y la posición de las potencias ibéricas tras el levantamiento de Portugal. En J. M. Santos Pérez & G. F. Cabral de Souza. *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el S.XVII*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Hespanha, A. M. (1984). Para uma teoria da história institucional do Antigo

- Regime. En A. M. Hespanha. *Poder e Instituições na Europa do Antigo Regime*. Lisboa: Fundación Gulbenkian.
- Hespanha, A. M. (1989). *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal. Siglo XVII)*. Madrid: Taurus.
- Hespanha, A. M. (coord.) (1993). O Antigo Regime. 1620-1807. En J. Mattoso (dir.). *História de Portugal* (Vol IV). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Hespanha, A. M. (2001). A constituição do Império Português. Revisão de alguns enviasamentos correntes. En J. Fragoso, M. F. Bicalho & M. F. Gouvêa (eds.). *O Antigo Regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa (S.XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Hochedlinger, M. (2003). *Austria's Wars of Emergence. War, State and Society in the Habsburg Monarchy, 1683-1797*. Londres: Longman.
- Holanda, S. B. de (1972). *A Colônia do Sacramento e a expansão do extremo sul do Brasil*. São Paulo: Difel.
- Hughes, B. P. (19749). *Firepower: Weapons effectiveness on the battlefields, 1630-1850*. London: Arms and Armor Press.
- Hull, A. H. (1981). *Charles III and the Revival of Spain*. Washington: University Press of America.
- Israel, J.I. (1997). *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*. Londres: Hambledon Press.
- Jover Zamora, J. M. (1950). Tres actitudes ante el Portugal restaurado. *Hispania*, 38.
- Kamen, H. (1969). *The War of Succession in Spain*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Kamen, H. (2001). *Philip V: The King Who Reigned Twice*. New Haven and London: The Yale University Press.
- Kamen, H. (2003). *Imperio. La forja de España como potencia mundial*. Madrid: Aguilar.
- Kennedy, P. (2004). *Auge y caída de las grandes potencias. Cambios económicos y conflictos militares desde 1500 a 2000*. Barcelona: Mondadori.
- King, R. J. (2001). Arthur Philips. defensor de Colonia, Gobernador de Nueva Gales del sur. *Revista Naval*, 40.
- Koenigsberger, H. G. (1969). *The Practice of Empire*. Nueva York: Cornell University Press.

- Kratz, G. (1954). *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*. Roma: Bibliotheca Instituti S.J.
- Kuethe, A. J. (1986). *Cuba. 1753-1815. Crown, Military and Society*. Knoxville: The University of Tennessee Press.
- Kuethe, A. J. (1993). *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada. 1773-1808*. Bogotá: U.ANA.
- Kuethe, A. J. (2005a). The Colonial Comercial Policy of Philip V and the Atlantic World. En R. Pieper & P. Schmidt (eds.). *Latin American and the Atlantic World (1500-1850)*. Köln: Böhlau.
- Kuethe, A. J. (2005b). La política colonial de Felipe V y el proyecto de 1720. En A. Navarro (coord.). *Orbis incognitus. Avisos y legajos del Nuevo Mundo*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Kuethe, A. J. (2005c). Carlos III, absolutismo ilustrado e imperio americano. En A. J. Kuethe & J. Marchena Fernández (eds.). *Soldados del Rey. El Ejército Borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*. Castellón: Universitat Jaume I.
- Kuethe, A. J. (2005d). Imperativos militares en la política comercial de Carlos III. En Kuethe & Marchena Fernández (ed.). *Soldados del Rey. El Ejército Borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*. Castellón: Universitat Jaume I.
- Kuethe, A. J. (1999). El fin del monopolio: los borbones y el consulado andaluz. En E. Vila Vilar & A. J. Kuethe (comps.). *Relaciones de poder y comercio colonial*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Kühn, F. (2007). Uma fronteira do Império: O sul da América portuguesa na primeira metade do século XVIII. *Anais de História de Além-Mar*, 8.
- Lacerda e Almeida, J. de (1944). *Diários de Viagem*. Publicado por Sérgio Buarque de Holanda. Rio de Janeiro: Imprenta Nacional.
- Laguarda Trías, R. A. (1989). Vida y obra de los ingenieros militares que actuaron en la Banda Oriental. En J. J. Arteaga (coord.). *Uruguay, defensas y comunicaciones en el período hispánico*. Madrid: CEHOPU.
- Lavery, B. (2003). *The Ship of the Line: The development of the battle fleet 1650-1850*. Tomo I. Londres: Conway Maritime Press.
- Leónard, E. (1958). *L'Armée et ses problèmes en France au XVIIIe Siècle*. París: Plon.
- Lesser, R. (2005). *La última llamada: Cevallos, primer virrey del Río de la Plata*. Madrid: Ediciones 40.

- Plata. Buenos Aires: Biblos.
- Levi, J. S. (1983). *War in the Modern Great Power System, 1495-1975*. Lexington: University Press of Kentucky.
- Lobo, M. (1875a). Cartas sobre la conducta de D. Carlos Sarriá, jefe de la escuadra española, en la empresa de la toma de la Colonia de Sacramento. En *Historia de Las antiguas Colonias Hispanoamericanas desde su descubrimiento hasta el año de 1808*. Tomo III. Madrid: Ed. Miguel Guijarro.
- Lobo, M. (1875b). Noticia individual de la expedición encargada al Excmo Sr. D. Pedro Ceballos contra los portugueses del Brasil inmediatos a las provincias del Río de la Plata, escrita por un testigo ocular. En *Historia de Las antiguas Colonias Hispanoamericanas desde su descubrimiento hasta el año de 1808*. Tres volúmenes. Madrid: Ed. Miguel Guijarro.
- Lobo, M. (1875c). *Historia de Las antiguas Colonias Hispanoamericanas desde su descubrimiento hasta el año de 1808*. Tres volúmenes. Madrid: Ed. Miguel Guijarro.
- Lobo, M. (1875d). Relación circunstanciada de la expedición al mando del teniente general D. Pedro Cevallos contra Santa Catalina, la colonia del Sacramento, Rio Grande y demás puntos usurpados por los portugueses, salida de Cádiz el 13 de Noviembre de 1776, tomada de documentos auténticos del Archivo de Buenos Aires. En *Historia de Las antiguas Colonias Hispanoamericanas desde su descubrimiento hasta el año de 1808*. Tres volúmenes. Madrid: Ed. Miguel Guijarro.
- Lorandi, A. M. (1997). *De Quimeras, rebeliones y utopías. La gesta de Pedro Bohorques*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lucidio, J. A. B. (2013). *A Ocidente do imenso Brasil: as conquistas dos ríos Paraguai e Guaporé (1680-1750)*. Tesis Doctoral, Universidad Nova de Lisboa. Lisboa.
- Luque Azcona, E. (2007). *Ciudad y poder: la construcción material y simbólica del Montevideo colonial. 1723-1810*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Diputación de Sevilla.
- Luzuriaga, J. C. (2008). Campañas de Cevallos y fortificaciones, 1762-1777. En *IV Seminario Regional de Ciudades Fortificadas*. Montevideo: Instituto Militar de Estudios Superiores.
- Luzuriaga, J. C., Greve, P. & Fernández, C. (2008). *Las campañas de Cevallos*:

- defensa del Atlántico Sur. 1762-1777.* Madrid: Almena Ediciones.
- Lynch, J. (1989). *The Bourbon Spain, 1700-1808.* Oxford: Oxford University Press.
- Maffi, D. (2006). Il potere delle Armi. La monarchia spagnola e i suoi eserciti, (1635-1700). *Rivista Storica Italiana*, 118.
- Maffi, D. (2007). Ejército y sociedad civil en la Europa de la Edad Moderna. Nuevas perspectivas historiográficas. En E. García Hernán & O. Recio Morales (coords.). *Extranjeros en el Ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818.* Madrid: Ministerio de Defensa.
- Magalhães Godinho, V. (1978). *Ensaios sobre História de Portugal.* Lisboa: Sá da Costa.
- Mahon, L. (1836). *History of the War of Successions in Spain.* Londres.
- Malamud Rikles, C. (1988). La economía colonial americana en el S.XVIII. En *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior. Historia de España de Menéndez Pidal.* Vol. 31-2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Manera Regueyra, E. (1986). La política naval española del rey Carlos III. *Revista General de Marina*, Agosto.
- Marchena Fernández, J. & Gómez Pérez, C. (1992). *La vida de guarnición en las ciudades americanas de la Ilustración,* Madrid: Ministerio de Defensa.
- Marchena Fernández, J. (1990). The Social World of the Military in Peru and New Granada: The Colonial Oligarchies in Conflict. En: J. R. Fisher, A. J. Kuethe & A. McFarlane (eds.). *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru.* Baton Rouge: L.U.P..
- Marchena Fernández, J. (1990-92). Reformas Borbónicas y poder popular en la América de las Luces. El temor al pueblo en armas a fines del período colonial. *Revista del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América*, 8.
- Marchena Fernández, J. (1992). *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano.* Madrid: Mapfre.
- Marchena Fernández, J. (2001). El poder de las piedras del rey. El impacto de los modelos europeos de fortificación en la ciudad americana. En A. M. Aranda, R. Gutiérrez, A. Moreno & F. Quiles (comps.). *Barroco Iberoamericano. Territorio, arte, espacio y sociedad* (Vol. II). Sevilla: Giralda-Universidad Pablo de Olavide.

- Marchena Fernández, J. (2005). Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su generación ilustrada en la tempestad de los Andes, 1781-1788. *Tiempos de América*, 12.
- Marchena Fernández, J. (2006). Las paradojas de la Ilustración. Josef Reseguín en la tempestad de los andes. 1781-1788. *Anuario de Estudios Bolivianos. Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia*.
- Marchena Fernández, J. (2008-2012). Los buques de la Real Armada. En J. Marchena Fernández (coord.). Proyecto de Investigación *Apogeo y crisis de la Real Armada. 1750-1820*. Sevilla: Junta de Andalucía - Universidad Pablo de Olavide.
- Marchena Fernández, J. (2009). De Espanha, nem bom vento nem bom casamento. La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos Coronas Ibéricas en la Península y en América. 1640-1808. *Anais de Historia de Alem-Mar*, 10.
- Marchena Fernández, J. (2012). De la guerra antigua a la guerra moderna: reformas militares y navales en el Caribe durante la primera mitad del S.XVIII. En B. Lavalle (coord.). *El primer S. XVIII en Hispanoamérica*. Toulouse: Universidad de Toulouse.
- Marchena Fernández, J. (2014). Llevar la guerra al otro lado del mundo: Reforma e Ilustración en las guerras de España contra Portugal. La gran expedición militar al Brasil y al Río de la Plata de 1776. En **M. Baudot Monroy (ed.)**. *El Estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII*. Madrid: Polifemo.
- Marchena Fernández., J. (1982). *La institución militar en Cartagena de Indias en el S.XVIII*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Marley, D. (1998). *Wars of the Americas: a chronology of armed conflict in the New World, 1492 to the present*. Santa Bárbara: Abc-Clio.
- Martín Rodrigo, R. (2001). La Guerra de Sucesión en la frontera luso-salmantina. En *La Guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Sevilla: Deimos.
- Martínez Díaz, N. (ed.) (1988). (Anónimo) *Noticias sobre el Río de la Plata: Montevideo en el S.XVIII*. Madrid.
- Martínez Martín, C. (2001). *El Tratado de Madrid (1750): aportaciones documentales sobre el Río de la Plata*. *Revista Complutense de Historia de América*, 27.

- Martínez Martín, C. (2007). La Frontera Luso-Hispana en el Río de La Plata (1761-1777). F. Navarro Antonlin (coord.) *Orbis Incognitus. Avisos u Legajos del Nuevo Mundo*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Martínez Ruiz, E. & Pi Corrales, M. de P. (2002). La investigación en la historia militar moderna: realidades y perspectivas. *Revista de Historia Militar*, 45.
- Martínez Ruiz, E. (2003). La eclosión de la historia militar. *Studia Histórica, Historia Moderna*, 25.
- Mascarenhas, J. de (1663). *Campañas de Portugal por la parte de Extremadura el año 1662, ejecutada por el serenísimo señor Don Juan de Austria*. Madrid.
- Mateu y Llopis, F. (1944). Las relaciones político-económicas entre Portugal y España durante la guerra de Sucesión. *Anales para el progreso de las Ciencias*, IX.
- Mateus Ventura, M. da G. A. (2005). *Portugueses no Peru ao tempo da União Ibérica. Mobilidade, cumplicidades e vivencias*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- Matos, G. de M. (1940). Os terços de Entre-Douro e Minho. *Revista de Guimarães*.
- Mattoso, J. (1993). No alvorecer da modernidade, 1480-1620. En J. Mattoso, (dir.). *História de Portugal* (Vol. III). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Maxwell, K. (1996). *Marquês de Pombal: paradoxo do iluminismo*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Meireles, D. M. (1989). *Guardiões da Fronteira: Rio Guaporé, século XVIII*. Petrópolis: Vozes.
- Melandreras Gimeno, M.C. (1987). *Las campañas de Italia durante los años 1743-1748*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Melo de Matos, G. de (ed.) (1930). *Comentários de António de Couto Castelo Branco sobre as campanhas de 1706 e 1707 en Espanha*. Coimbra.
- Mendonça, M. C. de (1960). *O Marquês de Pombal e o Brasil*. São Paulo.
- Mendonça, M. C. de. (1963). *A Amazônia na era Pombalina*. São Paulo.
- Meneses, L. Conde de Ericeira (1945). *História de Portugal Restaurado*. Porto.
- Merino Navarro, J. P. (1986). La Armada en el siglo XVIII. En M. Hernández Sánchez-Barba & M. Alonso Baquer (dir.). *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, Vol. 2. *Revolución Nacional e Independencia*.

- Madrid: Alhambra.
- Mignet, Ch. (1893). *Négociations relatives a la Succession D'Espagne sous Louis XIV*. Paris.
- Molas Ribalta P. (ed.) (2007). *Memorias del Mariscal de Berwick, Duque y Par de Francia, y Generalísimo de las Armas de Su Majestad* (Aviñón, 1737). Alicante.
- Monteiro, J. (1994). *Negros da terra: índios e bandeirantes nas origens de São Paulo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Monteiro, N. G. (1998). Don Pedro II regente e rei (1668-1706). A consolidação da dinastia de Bragança. En J. Mattoso (dir.). *História de Portugal* (Vol. IV). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Monteiro, N. G. (2001). Identificação da política setecentista. Nota sobre Portugal no inicio do período joanino. *Análise Social*, 35.
- Monteiro, N. G. (2003). Portugal, a Guerra de Sucessão de Espanha e Methuen: algumas consideraciones gerais. En VV.AA. *O tratado de Methuen (1703)*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Monteiro, N. G. (2006). *D. José. Na sombra de Pombal*. Lisboa.
- Monteiro, N. G. (2009). A circulação das elites no imperio dos Bragança (1640-1808): algumas notas. *Tempo*, 29.
- Monteiro, S. (1989-1997). *Batalhas e Combates da Marinha Portuguesa*. Lisboa: Livraria Sá da Costa Editora.
- Moñino y Redondo, J. Conde de Floridablanca (1982). *Escritos políticos*. Madrid: CSIC.
- Morgado, A. (1989). A defesa da fronteira terrestre. En Moreira, R. (dir.) *História das fortificações portuguesas no mundo*. Lisboa: Alfa.
- Mörner, M. (1968). *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de La Plata*. Buenos Aires: Paidós.
- Mourão, L. R. C. B. (1995). *A Engenharia luso-brasileira na construção das fortalezas e sua contribuição na defesa e desenvolvimento da região norte do Brasil*. Fortaleza.
- Navarro, J. (1859). *Apuntes sobre el estado de la costa occidental de África y principalmente de las posesiones españolas en el golfo de Guinea*. Madrid: Publicados de Real Orden.
- Newitt, M. (1980). Plunder and the Rewards of Office in the Portuguese Empire. En Ch. M. Duffy. *The Military Revolution and the State, 1500-*

1800. Exeter: University of Exeter Press.
- Novais, F.A. (2005). *Aproximações. Estudos de História e Historiografia*. São Paulo: CosacNaify.
- Nunes, J. M. de S. (1985). *Real Forte Príncipe da Beira*. Rio de Janeiro: Spala Editora/Fundação Emílio Odebrecht.
- Oliveira, A. de (2002). *Movimentos sociais e poder em Portugal no século XVII*. Coimbra: Instituto de História Económica e Social.
- Ozanam, D. (1975). *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre don José de Carvajal y el duque de Huéscar*. Madrid: CSIC.
- Ozanam, D. (1985). La política exterior de España en tiempos de Felipe V y de Fernando VI. Los instrumentos de la política exterior. La diplomacia. La marina. El ejército. En *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*. T. XXIX, vol. I. Madrid: Espasa-Calpe.
- Paiva, A. M. (ed.) (1983). *D. António Rolim de Moura, Primeiro Conde de Azambuja, Correspondências*. Cuiabá: Imprenta Universitaria.
- Palacio Atard, V. (1945). *El Tercer Pacto de Familia*. Madrid: CSIC.
- Pares, R. (1963). *War and Trade in the West Indians, 1739-1763*. London - Edimburg: Frank Cass.
- Parker, G. (1988). *La Guerra de los Treinta Años*. Barcelona: Crítica.
- Parker, G. (1990). *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Barcelona: Crítica.
- Parker, G. (2001). *Success is Never Final. Imperialism, War and Faith in Early Modern Europe*. Londres.
- Parnell, A. (1905). *The War of the Successions in Spain During the Reign of Queen Anne, 1702-1711*. Londres: Bell and Sons.
- Pavía, F. de (1856). *Fastos de la marina borbónica. Crónica naval de España*, tomo II. Madrid: Imprenta Fortanet.
- Pellicer y Salas, J. de (1965). *Avisos históricos que comprenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra monarquía desde 3 de enero de 1640 a 15 de octubre de 1645*. Madrid: Ed. de Tierno Galván.
- Pereira de Sá, S. (1993). *Historia Topográfica e bélica da nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata*. Porto Alegre: Arcano.
- Peres, D. (1931). *A diplomacia portuguesa e a sucessão de Espanha, 1700-1704*. Barcelos: Portucalense editora.
- Pérez de la Riva, J. (1963). *Documentos inéditos sobre la toma de La Habana*

- por los ingleses en 1762.* La Habana: Biblioteca Nacional José Martí.
- Pérez Picazo, T. (1966). *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, Madrid: CSIC.
- Pérez Samper, M. A. (2003). *Isabel de Farnesio*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Petrie, Ch. (1955). *Algunos aspectos diplomáticos y militares de la Guerra de Sucesión española*. Madrid.
- Placer Cervera, G. (2007). *Inglaterra y La Habana: 1762*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Placer Cervera, G. (2009). *Ejército y Milicias en la Cuba colonial (1763-1783)*. Madrid: Agencia Española de Cooperación.
- Possamai, P. (2006). *A vida quotidiana na Colonia do Sacramento. Um bastião português em terras do futuro Uruguay*. Lisboa: Editora Livros do Brasil.
- Possamai, P. (ed.) (2010). *Gente de guerra e Fronteira: estudos de história militar do Rio Grande do Sul*. Pelotas: UFPEL.
- Possamai, P. (ed.) (2012). *Conquistar e Defender: Portugal, Países Baixos e Brasil. Estudos de História Militar na Idade Moderna*. São Leopoldo: Oikos.
- Prado, F. P. (2002). *Colônia do Sacramento: o extremo sul da América Portuguesa*. Porto Alegre.
- Prestage, E. (1928). *As relações diplomáticas de Portugal com a França, Inglaterra e Holanda de 1640 a 1668*. Coimbra: Imprensa da Universidade.
- Prestage, E. (1938). *Portugal and the War of Spanish Successions*. Cambridge.
- Quatrefages, R. (1989). Le système militaire des Habsburg. En Ch. Hermann (coord.). *Le premier âge de l'état en Espagne (1450-1700)*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
- Queiroz Velloso, J. M. (1946). *A perda da Independencia. O reinado do Cardeal D. Henrique*. Lisboa: Empresa Nacional de Publicidade.
- Queiroz, M. L. B. (1987). *A Vila do Rio Grande de São Pedro (1737-1822)*. Rio Grande: FURG.
- Quintero González, J. (2005). *La Carraca. El primer arsenal ilustrado español (1717-1776)*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Ramos Flores, M. B. (2004). *Os Espanhóis Conquistam a Ilha de Santa Catarina, 1777*. Florianópolis: UFSC.
- Reis, A.C.F. (1959). *A política de Portugal no valle amazônico*, Belém, 1940; Id., *A Expansão Portuguesa na Amazônia nos séculos XVII e XVIII*. Rio de Janeiro.

- Reis, A. C. F. (1948). *Limites e demarcações na Amazônia Brasileira: a fronteira com as Colônias Espanholas*. Rio de Janeiro: Imprenta Nacional.
- Rela, W. (2005). *Colonia del Sacramento: Historia Política, Militar, Diplomática, 1678-1778*. Montevideo: Gussi.
- Reparaz, G. (1976). *Os portugueses no vice-reinado do Perú, S. XVI e XVII*. Lisboa: Instituto de Alta Cultura.
- Riveros Tula, A. M. (1959). Historia de la Colonia del Sacramento, 1680-1830. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, XXII.
- Roberts, M. (1956). *The Military Revolution, 1560-1660*. Belfast.
- Rodger, N. A. (1998). Sea-Power and Empire, 1688-1793. En P. J. Marshall (ed.). *The Oxford History of British Empire*. Vol. 2 *The Eighteenth Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Rodrigues, J. D. (2007). Das Ilhas ao Atlântico Sul: a política ultramarina e a emigração açoriana para o Brasil no reinado de D.João V. *Anais de História de Além-Mar*, 8.
- Rodríguez Casado, V. (1956). El ejército y la marina en el reinado de Carlos III. *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 3.
- Rodríguez Casado, V. (1992). *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*. Madrid.
- Rodriguez, A. (1963). *Cinco diarios del sitio de La Habana*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí.
- Rogers, C. J. (ed.) (1995). *The Military Revolution Debate: Transformation of Early Modern Europe*. Boulder: Westview.
- Roi, P. (1931). *La Guerra di Successione di Spagna e la politica di Clemente XI*. Roma.
- Ruiz Martín, F. (1990). *Las finanzas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV*. Madrid.
- Ruiz Rodríguez, I. (2005). *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un Imperio*. Madrid: Dykinson.
- s.a. (1954). *Histórico da Fortaleza de São José de Macapá*. Macapá: Imprenta oficial.
- Salgado, A. (2012). *Escola Naval, Talant de Bien Faire*. Lisboa: Escola Naval.
- Sánchez Belén, J. A. (1986). El impacto de la Independencia de Portugal en la hacienda castellana. En *Primeiras Jornadas de História Moderna*. Lisboa.
- Sánchez Martín, J. L. (2004). Documentos relevantes sobre la batalla

- de Almansa. En *La batalla de Almansa. Un día en la historia de Europa*. Almansa.
- Sanz Tapia, A. (1994). *El final del tratado de Tordesillas: la expedición del virrey Cevallos al Río de la Plata*. Valladolid: Junta de Castilla-León.
- Scaldaferrri Moreira, L. G. & Gomes Loureiro, M. J. (2012). A nova história militar e a América portuguesa: balanço historiográfico. En P. Possamai (ed.). *Conquistar e Defender: Portugal, Países Baixos e Brasil. Estudos de História Militar na Idade Moderna*. São Leopoldo: Oikos.
- Schaub, J.-F. (2001). *Le Portugal au temps du comte-Duc d'Olivares, 1621-1640*. Madrid.
- Selvagem, C. (1931). *Portugal Militar. Compendio de História Militar e Naval de Portugal*. Lisboa.
- Serrano Mangas, F. (1994). *Esplendor y quiebra de la Unión Ibérica en las Indias de Castilla, 1640-1668*. Badajoz: Diputación Provincial.
- Serrão, J. V. (1979). Governo dos reis Espanhois, 1580-1640. En J. Mattoso (dir.). *História de Portugal* (Vol. IV). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Serrão, J. V. (1980). A Restauração e a Monarquia Absoluta. En J. Mattoso (dir.). *História de Portugal* (Vol. V). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Silva, J. V. da (2001). A lógica portuguesa na ocupação urbana do território mato-grossense. *História & Perspectivas*, 24.
- Silva, L. G. (2008) Cooperar e dividir: Mobilização de forças militares no imperio português (S.XVI e XVII). En A. Doré, L. F. Silverio Lima & L. G. Silva (eds.). *Facetas do Império na História. Conceitos e métodos*. São Paulo: HUCITEC.
- Silva Lisboa, B. da (1835). *Annais do Rio de Janeiro contendo a descoberta e conquista deste país, a fundação de cidade com a história civil e eclesiásticas, até a chegada d'el-nei Dom João VI, além de notícias topográficas, zoológicas e botânicas. Vol. III*. Rio: Tipografia de Seignot-Plancher.
- Silvério Lima, L.F. (2008). Os nomes do Império em Portugal: Reflexão historiográfica e aproximações para uma história do conceito. En A. Doré, L. F. Silverio Lima & L. G. Silva (eds.). *Facetas do Império na História. Conceitos e métodos*. São Paulo: HUCITEC.
- Soares da Cunha, M. & Monteiro, N. G. (2005). Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII. En N.

- G. Monteiro, P. Cardim & M. Soares da Cunha. *Óptima Pars. Elites Ibero-americanas do Antigo Regime*. Lisboa.
- Solano y Pérez Lila, F. (1986). Los orígenes de los Reales Ejércitos. Reformismo y planificación. En M. Hernández Sánchez-Barba & M. Alonso Baquer (dir.). *Historia social de las fuerzas armadas españolas* (Vol. I.). Madrid: Alhambra.
- Sousa, A. F. de (1885). Fortificações no Brasil. *Revista do Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro*, XLVIII, Parte II.
- Souza Barros, E. de (2008). *Negócios de tanta importância. O Conselho Ultramarino e a disputa pela condução da guerra no Atlântico e no Índico (1643-1661)*. Lisboa: CHAM.
- Souza, L. de M. (2006). A conjuntura crítica no mundo luso-brasileño de inícios do século XVIII. En L. de M. Souza. *O Sol e a Sombra: política e administração na América Portuguesa do século XVIII*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Souza, L. de M. & Bicalho, M. F. B. (2000). *1680-1720. O imperio deste mundo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Spalding, W. (1937). *A revolta dos dragões do Rio Grande*. Porto Alegre: Globo.
- Stone, L. (ed.) (1994). *An Imperial State at War. Britain from 1689 to 1815*. Londres: Routledge.
- Storrs, Ch. (2006). *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*. Oxford: Oxford University Press.
- Stradling, R. A. (1984). Spain's Military Failure and the Supply of Horses, 1600-1660. *History*, 69.
- Stradling, R. A. (1989). *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*. Madrid: Cátedra.
- Stradling, R. A. (1992). *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720*. Madrid: Cátedra.
- Straub, E. (1980). *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*. Paderborn: Ferdinand Schöningh.
- Studnicki-Gizbert, D. (2007). *A Nation Upon the Ocean Sea. Portugal's Atlantic Diaspora and the Crisis of the Spanish Empire, 1492-1640*. Nueva York.
- Sturm, P. (1966). Planta da nova fortaleza dos Marabitanos. En Iria, A. *Inventário geral da Cartografia Brasileira existente no Arquivo Histórico*

- Ultramarino (Elementos para a publicação da Brasiliae Monumenta Cartographica). Studia* (17). Lisboa: Archivo Histórico Ultramarino.
- Syrett, D. (1970). *The Siege and Capture of Havana, 1762*. Londres: Navy Records Society.
- Tavares, A. de Lyra (1965). *A Engenharia militar portuguesa na construção de Brasil*. Rio de Janeiro.
- Teixeira Soares, A. (1979). *A diplomacia portuguesa na luta pela reconquista do continente e de São Pedro*. Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro.
- Téllez García, D. (2006). *La Manzana de la Discordia: Historia de la Colonia del Sacramento, desde la fundación portuguesa hasta la conquista definitiva por los españoles (1677-1777)*. Montevideo: Torre del Vigía.
- Terrón Ponce, J. L. (1997). *Ejército y política en la España de Carlos III*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Themudo Barata, M. A (1997). União Ibérica e o mundo atlântico. 1580 e o processo político português. En M. de G. Ventura (coord.). *A União Ibérica e o Mundo Atlântico*. Lisboa: Colibri.
- Themudo Barata, M., & Teixeira, N. S. (dirs.) (2004). *Nova História Militar de Portugal* (Vol. 2). Lisboa: Círculo de Leitores.
- Thomas, W. & de Groot, B. (eds.) (1992). *Rebelión y resistencia en el mundo Hispánico del S.XVII*. Lovaina: Leuven University Press.
- Thompson, I. A. A. (1981). *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Madrid: Crítica.
- Thompson, I.A.A. (1999). Milicia, sociedad y estado en la España Moderna. En A. Vaca Lorenzo, A. (ed.). *La guerra en la historia*. Salamanca.
- Thomsom, M.y. (1954). Louis XIV and the Origins of the War of the Spanish Succession. *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.
- Tilly, Ch. (1990). *Coercion, Capital and European States*. Cambridge: Harvard University Press.
- Toledo, B. de L. (1981). *O Real Corpo de engenheiros na Capitania de São Paulo, destacando-se a obra do Brigadeiro João da Costa Ferreira*. São Paulo.
- Toledo, B. de L. (1996). *Ação dos Engenheiros no Planejamento e Ordenação da Rede de Cidades no Brasil. Peculiaridades da Arquitectura e Morfologia Urbana*. São Paulo: Convento da Arrábida.

- Toledo, B. de L. (2000). A ação dos engenheiros militares na ordenação do espaço urbano no Brasil. *Revista Sinopses*, 33.
- Torre Revello, J. (1932). *Juan José de Vértiz y Salcedo, gobernador y virrey de Buenos Aires*. Buenos Aires.
- Torres Sanchez, R. (2007). *War, State and Development. Fiscal-Military States in the Eighteenth Century*. Pamplona: Eunsa.
- Torres Sanchez, R. (2012). *La llave de todos los tesoros: la Tesorería General de Carlos III*. Madrid: Silex Ediciones.
- Torterolo, L.M. (1920). La Colonia del sacramento. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, 4.
- Trujillo, O. J. (2007). Facciones, parentesco y poder: la élite de Buenos Aires y la rebelión de Portugal de 1640. En B. Yun-Casalilla (coord.). *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica*. Madrid: Marcial Pons.
- Valladares, R. (1992). Poliarquía de mercaderes. Castilla y la presencia comercial portuguesa en la América española, 1595-1645. En L. M. Enciso (ed.). *La burguesía española en la Edad Moderna* (Vol. 2). Valladolid: Fundación Duques de Soria-Universidad de Valladolid.
- Valladares, R. (1993). El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal. En *Cuadernos de Historia Moderna*, 14.
- Valladares, R. (1994). *Felipe IV y la Restauración de Portugal*. Málaga: Algazara.
- Valladares, R. (1996). Portugal y el fin de la hegemonía hispánica. *Hispania*, 61.
- Valladares, R. (1998). *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la restauración de Portugal, 1640-1668*. Ciudad Rodrigo: Centro de Estudios Mirobrigenses.
- Valladares, R. (1998a). *La rebelión de Portugal. 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Valladares, R. (1998b). *Portugal desde Italia. Módena y la crisis de la monarquía hispánica (1629-1659)*. Boletín de la Real Academia de la Historia, CXCV.
- Valladares, R. (2000). Brasil: de la Unión de Coronas a la crisis de Sacramento. 1580-1680. En J. M. Santos Pérez (ed.). *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Vargas Alonso, F. M. (1988). La solución militar al litigio hispano-luso en el

- Plata durante el reinado de Carlos III. En *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar* Vol.III. Madrid.
- Vázquez Lijó, J. M. (2007). *La matrícula de mar en la España del siglo XVIII. Registro, inspección y evolución de las clases de marinería y maestranza*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Vieira Borges, J. (2003). *Conquista de Madrid. Portugal Faz aclamar Rei de Espanha o Archiduque Carlos de Habsburgo*. Lisboa: Tribuna.
- Vieira Borges, J. (2005). A batalla de Almansa: o sangue da afirmação de Portugal. En VV.AA, *XV Colóquio de História Militar: Portugal militar dos séculos XVII e XVIII até às vésperas das invasões francesas* (Vol. II). Lisboa.
- Viterbo, S. (1962). *Expedições científico-militares enviadas ao Brasil*. Lisboa: Edições Panorama.
- Voltes Bou, P. (1962). Las dos ocupaciones de Madrid por el Archiduque Carlos de Austria. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 151.
- Voltes Bou, P. (1996). *Fernando VI*. Barcelona: Planeta.
- VV.AA. (2005). *XV Colóquio de História Militar: Portugal militar dos séculos XVII e XVIII até às vésperas das invasões francesas*, Lisboa.
- Walker, G. J. (1979). *Spanish Politics and Imperial Trade, 1700-1789*. Bloomington: Indiana University Press.
- White, L. (1987). Actitudes civiles hacia la guerra en Extremadura, 1640-1668. *Revista de Estudios Extremeños*, 44.
- White, L. (1998). Los tercios en España: el combate. *Studia Histórica. Historia Moderna*, 18.
- White, L. (2003a). Guerra y revolución en la Iberia del S.XVII. *Manuscrits*, 21.
- White, L. (2003b). Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la monarquía hispánica, 1640-1668. *Studia Histórica, Historia Moderna*, 25.
- Wilson, P. H. (1998). *German Armies. War and German Politics, 1648-1806*. Londres: University College London Press.
- Winfield, R. (2007). *British Warships of the Age of Sail 1714-1792: Design, Construction, Careers and Fates*. Londres: Seaforth.
- Yun Casalilla, B. (2002). *La gestión del poder. Corona y economías aristocráticas en Castilla. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Akal.
- Zuloaga, S. de (1766). *Tratado instructivo y práctico de maniobrar navios, por el teniente de navío D.....* Cádiz.

El Presidio de Buenos Aires entre los Habsburgo y los Borbones: el ejército regular en la frontera sur del imperio español (1690-1726)

Carlos María Birocco

Buenos Aires, un baluarte militar entre los Habsburgo y los Borbones

A lo largo del siglo XVII, los últimos Habsburgo concibieron a Buenos Aires como un baluarte defensivo y desestimaron las ventajas que podía ofrecer como enclave en un circuito comercial alternativo al de las Flotas y Galeones. Esto último explica que restringieran las actividades del puerto, al que por medio de sucesivas reales cédulas solo se habilitó para comerciar con navíos de registro provenientes de Sevilla. En cambio, les preocupó la defensa de la ciudad y la reforzaron con el envío periódico de soldados para la guarnición o *Presidio*, provenientes en su mayor parte de las levas que se realizaban en el centro y norte de España.

Con la llegada de los Borbones al poder, aunque Buenos Aires no perdió su carácter de baluarte militar en la frontera sur del imperio español, ese flujo humano decreció. La guerra de Sucesión española contribuyó a desmilitarizar la plaza, ya que la necesidad de combatientes en la península impidió que nuevas levas reemplazaran las bajas que se produjeron en la guarnición de Buenos Aires a lo largo de más de una década. Cuando Felipe V arribó al trono de España, los índices de militarización de la población todavía eran relativamente altos. En 1700, 12 de cada 100 habitantes de la ciudad eran soldados u oficiales del Presidio: una relación casi idéntica a la que se estableció en Buenos Aires durante la primera invasión inglesa.¹ Aunque la coyuntura

¹ De acuerdo con los sueldos pagados a los cuerpos de infantería y artillería de Buenos

política de comienzos del siglo XVIII poco tuvo que ver con la que experimentó la capital virreinal cuando fue asaltada por los británicos, las cifras nos permiten apreciar la importancia de este bastión militar por el número proporcionalmente elevado de efectivos destacados en ella. La militarización masiva de 1806 debe ser tomada como la culminación de un proceso que se extendió a lo largo de los últimos dos siglos de dominación española y que recién comienza a ser explicado en su conjunto.

Mientras estuvo enfrascado en la guerra contra Austria y Gran Bretaña, Felipe V se vio impedido de seguir enviando efectivos para que cubrieran las plazas que quedaban vacantes en Buenos Aires. Por esa razón, en 1714 la relación había descendido a 7 militares por cada 100 habitantes. Ese decrecimiento no fue un fenómeno aislado, sino compartido por toda la América hispana y en particular por otras zonas periféricas del virreinato del Perú, como el reino de Chile, que no solo habían sufrido una mengua significativa en la población militar, sino que experimentaban una deplorable escasez de armamentos y la consecuente falta de preparación y disciplina en las tropas.²

El fuerte de San Baltasar de Austria actuó en Buenos Aires como destacamento del *ejército de dotación*, esto es, del conjunto de unidades militares emplazadas en forma permanente. Las compañías apostadas en esta plaza fuerte, como cualquier otra fuerza de veteranos de la América española, reprodujeron la estructura organizativa de las unidades militares regulares de la península (Marchena Fernández, 1992: 72). No obstante, esa organización presentaba algunas peculiaridades de carácter local. Una de ellas era que la jefatura general de las tropas era ejercida por un comisario militar, el *Cabo y Gobernador de la Caballería del Presidio*. Este cargo fue creado en 1680 por una real cédula de Carlos II y obedecía a la necesidad de evitar que se produjera una vacancia en la conducción militar de la plaza en el caso de muerte o alejamiento del gobernador. El primero en ocuparlo fue Joseph de

Aires en 1807, el total de los efectivos, con inclusión de soldados, suboficiales y oficiales, sumaba 5.188 plazas (Halperin Donghi, 1982: 136). Teniendo en cuenta las estimaciones de Alcides D'Orbigny, quien calculaba la población de Buenos Aires en 40.000 almas, la porción militarizada rondaba el 13% de la misma.

² Para el caso concreto de Chile, véase Vergara Quiroz, 1993: 36 y Gascón, 2008: 1-20. En cuanto al peso que tuvo la defensa en el erario virreinal, consúltese Noejovich y Salles, 2011: 327-364.

Herrera y Sotomayor, un prestigioso oficial del ejército en Flandes que había llegado a Buenos Aires al mando de las tropas enviadas para enfrentar a los portugueses en la recién fundada Colonia de Sacramento. En un principio, la designación de estos comisarios correspondía al Consejo de Indias, pero en la última década del siglo XVII se permitió que fueran nombrados por los gobernadores del Río de la Plata. En 1690, el gobernador Agustín de Robles designó en el cargo a Francisco Duque Navarro, quien también había combatido en Flandes pero por entonces comandaba una compañía de caballos corazas en Buenos Aires. Tras la muerte de este, en 1697, fue sucedido por Miguel de Riblos, quien ejercería el cargo hasta 1700, y luego por Juan Báez de Alpoin: ambos pertenecían a la camarilla personal de Robles. Pero el último fue relevado del empleo por el siguiente gobernador, Manuel de Prado y Maldonado, con el pretexto de una enfermedad que padecía. Con la llegada de los Borbones al poder, la Corona desplazó a sus funcionarios americanos de la prerrogativa de designar a la alta oficialidad, por lo que el nombramiento de los comisarios volvió a ser atribución del monarca.³ En 1702, Felipe V designó para ocupar el puesto a otro oficial que se había destacado en la guerra de Flandes, Manuel del Barranco y Zapiain, quien se mantendría en él a lo largo de más de una década, hasta que Felipe V derogó el cargo y lo reemplazó por el de *Teniente de Rey*.

Por debajo del comisario de la caballería, la guarnición porteña contaba con una docena de militares de alto rango. Esta plana mayor estaba conformada por un sargento mayor de la plaza –que usualmente ejercía el rol de *castellano* y se hallaba a cargo del fuerte–, un condestable, un capitán tenedor de pertrechos, un capitán de artillería, cuatro capitanes de compañías de caballería y cuatro capitanes de compañías de infantería. Todos ellos eran secundados por un conjunto de oficiales de menor graduación. A comienzos del siglo XVIII, la relación entre el número de oficiales y de soldados guardaba proporciones distintas que hacia finales de la misma centuria. En junio de 1713, las cuatro compañías de caballería del Presidio sumaban 232 hombres, de los cuales 126 eran soldados, 27 impedidos y reformados (es decir, lisiados y retirados del servicio) y 79 oficiales y suboficiales, entre capitanes,

³ Felipe V decidió apropiarse del nombramiento de los oficiales: al principio solo se reservó el de los coroneles y otros militares de alta graduación (ordenanzas del 10 de abril de 1702), pero luego extendió esa reserva a todos los grados, de sargento para arriba (ordenanzas de febrero de 1704). Véase al respecto De Dieu, 2000: 113-139.

tenientes, alfereces y cabos de escuadra. A las cuatro compañías de infantería, por su parte, las integraban 307 hombres, de los cuales 114 eran soldados, 57 impedidos y reformados y 136 oficiales y suboficiales. Esto implicaba que estos últimos ocupaban el 34,1% de las plazas en la caballería y el 44,3% de las mismas en la infantería. Este elevado número de oficiales quizás encuentre una explicación en el prestigio que conferían los cargos de mayor graduación a quienes los detentaban: la Corona puede haberse valido de los ascensos como una manera de retener a sus hombres de armas, teniendo en cuenta que las remuneraciones no constituían de por sí un atractivo y eran siempre liquidadas con retraso. De hecho, sabemos que muchos de aquellos oficiales llegaron a este puerto con plaza de soldados.

En 1707 un observador francés, André Daulier-Deslandes (1929), estimaba que Buenos Aires disponía de unos mil hombres armados, entre caballería e infantería. Su apreciación resulta exagerada. Ni siquiera en 1680 —el año en que la guarnición parece haber concentrado la mayor cantidad de efectivos— estos superaron los 900 hombres. En 1700 no contaba más que con 850 y en agosto de 1707 se habían reducido a 675: si se descontaban de ellos los que habían quedado impedidos y los que se habían embarcado en una presa portuguesa que el gobernador Valdés Inclán envió a España cargada de cueros, restaban efectivas 578 plazas, con la inclusión de oficiales, reformados y artilleros. En junio de 1713, cuando la contienda dinástica se acercaba a su fin, la población militar alcanzó su pico más bajo, con 559 plazas, que incluían impedidos y reformados. Las condiciones de la vida militar en Buenos Aires, especialmente duras entre los soldados, se hicieron más penosas a causa de los retrasos en la llegada del pago -conocido entonces como *Real Situado*- desde las Reales Cajas de la villa de Potosí, por lo cual la deserción parece haberse convertido en bastante frecuente. En 1707, por ejemplo, solo permanecían enrolados 174 de los 370 hombres que cinco años atrás habían llegado como refuerzos junto con el gobernador Valdés Inclán. Un elemento disuasivo que impidió una deserción aún mayor fue el matrimonio entre soldados y criollas, con el consecuente arraigo que resultó de la formación de familias. En 1713, un informe al Consejo de Indias refería que la guarnición de la ciudad se componía en su mayor parte de hombres casados, “quienes se hallan con muchos hijos”.⁴

⁴ Archivo General de Indias [en adelante AGI] Charcas 212.

El fuerte de San Baltasar de Austria era el epicentro de la vida militar en Buenos Aires. Como es sabido, este estaba ubicado donde hoy se encuentra la Casa Rosada. El pequeño castillejo levantado a comienzos del siglo XVII fue reemplazado en 1671 por otra fortificación que, aunque sucesivas veces reformada, sobreviviría hasta el siglo XIX. Desde que en 1680 los portugueses se instalaron en la Colonia del Sacramento, los gobernadores del Río de la Plata, sensibles a la posibilidad de una invasión, intercambiaron correspondencia con el Consejo de Indias participándole de los muchos defectos que poseía esta fortaleza, cuyos lienzos estaban hechos de tapias de barro. Uno de ellos, Agustín de Robles, informó que el fuerte estaba dotado de tan poca capacidad que no hubiera podido albergar a todos los habitantes de la ciudad en el caso de que esta fuera asediada. Los parapetos, según explicaba, hubieran debido tener unos 20 pies de altura, pero los baluartes eran tan pequeños que sus flancos no pasaban los 16 pies. Las torrezuelas que miraban a la plaza mayor estaban tan cercanas a las casas de los vecinos que a los enemigos les hubiera bastado parapetarse en estas para atacarlas.

Atendiendo a los recurrentes reclamos de los gobernadores, que temían un ataque de la flota inglesa o de sus aliados portugueses, Felipe V envió a Buenos Aires a un ingeniero militar, Joseph Bermúdez, para amurallar la fortaleza y ampliarla. Hacia 1710, luego de lentos y prolongados trabajos, este había hecho revestir de piedra el lienzo sur y parte del lienzo oeste de las fortificaciones. Durante varios veranos, una partida de entre 200 y 300 indios tapes, enviados por los jesuitas desde los pueblos de las Misiones, trabajó en el amurallado de la plaza en colaboración con los indios de la cercana reducción de Santa Cruz de los Quilmes. Pero las reformas no estarían concluidas hasta 1720, luego de finalizada la guerra de Sucesión española, cuando Bermúdez había pasado a compartir la dirección de las obras con otro ingeniero militar enviado desde la península, Domingo Petrarca.

Aunque su punto de concentración se hallaba en el fuerte, los soldados debían asistir periódicamente a las guardias apostadas fuera de la ciudad. Por entonces el territorio circundante se hallaba escasamente poblado y aún no operaba en él el sistema de milicias rurales. Una de dichas guardias se hallaba en la boca del Riachuelo, inmediata al puerto, y otras seis se encontraban diseminadas en la jurisdicción de la ciudad, la más lejana de ellas a unas 20

leguas de distancia.⁵ Ocasionalmente, también se los envió a cumplir misiones en la Banda Oriental: algunos pasaron a integrar la guardia del fuerte de San Juan y a otros se les encargó que rondaran los campos que circundaban la Colonia del Sacramento y la reducción de Santo Domingo Soriano, ricos en ganado cimarrón. Recién a comienzos de la década de 1720 comenzaron a ser reemplazados en el patrullaje de la campaña por las partidas de milicianos.

El *Real Situado* y el aprovisionamiento del Presidio

La organización militar del imperio español en América, especialmente de sus zonas más expuestas, estuvo sustentada desde el siglo XVI en las riquezas minerales del Perú y la Nueva España. Una porción de la plata mexicana fue destinada a solventar la defensa del Caribe, en tanto que el quintado de la plata altoperuana hizo aportes al resguardo de las provincias del Río de la Plata y Chile. Durante la guerra de Sucesión, con el escueto tesoro de la metrópoli comprometido en las contiendas europeas, la nueva dinastía no habría podido ensayar una política diferente de la de sus predecesores. Sin apartarse de los lineamientos impuestos por los Habsburgo, los Borbones perpetuaron el sistema de *situados*, consistente en la transferencia del sueldo de las tropas desde el sitio de acuñación de la moneda a los Presidios militares. Sin duda, este movimiento de metálico reavivó en mucho la economía de ciudades periféricas como Buenos Aires, a la vez que desviaba de las arcas reales una parte sustanciosa de sus ingresos. Quienes estudiaron la organización de dicho sistema en otras regiones del continente han señalado la imposibilidad de analizar los envíos de metales preciosos a la península sin conocer simultáneamente el volumen y la trayectoria de flujos de metálico que, como estos, eran trasportados desde una colonia americana a otra. Para comprender la múltiple estructura de las finanzas del imperio español es necesario reconstruir la compleja trama de transferencias fiscales que ligaba a los diferentes tesoros reales, tanto en América como en España (Marichal & Souto Mantecón, 1994: 610-611).

⁵ Afirmaba el gobernador Robles en 1695: “cubre este Presidio seis guardias a 7, 10, 12 y 20 leguas de esta ciudad, todos en despoblado, mudándose dos y tres meses según sus distancias, y como quiera que para este tiempo el soldado lleva su provisión como si se embarcase”.

Los traspasos de metálico desde las Cajas Reales potosinas al puerto de Buenos Aires distaron en mucho de ser regulares. En los quince años que trascurrieron entre 1695 y 1710, los virreyes del Perú no libraron despacho del *situado* más que en dos ocasiones. La primera de ellas se concretó entre noviembre de 1704 y abril de 1705, en que se encargó a los mercaderes Joseph de la Reta y Agustín de la Tijera que condujeran desde la villa de Potosí 193.273 pesos, correspondientes a los sueldos de 1702 y a la cuarta parte de los que no se habían pagado en 1695.⁶ La segunda libranza se produjo en 1710, luego de que los oficiales de la Real Hacienda de Buenos Aires registraran en los libros de caja la entrada de 21.182 pesos, suma en que fueron valuadas las mercancías incautadas por orden del gobernador Velasco a la corbeta francesa *El Pájaro*, que había ingresado al puerto sin licencia. Esos textiles ultramarinos fueron utilizados para pagar el *situado* de 1703 y lo que aún se debía desde 1695.⁷

En enero de 1697, la excesiva demora en el pago de la guarnición provocó disturbios en la tropa. El clima de tensión llegó a su máxima expresión cuando un aumento en el precio del trigo empujó a un grupo de soldados a asaltar las casas de los vecinos. Este estallido logró ser contenido con bastante dificultad por el gobernador Agustín de Robles y causó por lo menos una muerte.⁸ En las primeras décadas de la siguiente centuria, la inquietud de los soldados destacados en el fuerte no cesó, pero se manifestó no ya a través de motines y saqueos sino mediante la deserción. A la llegada intermitente del *situado* se agregó un recorte que sufrió este subsidio a partir de 1710, aunque se lo compensó desde 1715 en parte gracias a nuevos ingresos de la Real Hacienda, que incrementó la presión impositiva sobre el comercio de tabaco, yerba mate, vino y aguardiente.

Se ha advertido con razón sobre la naturaleza fundamentalmente extor-

⁶ Archivo General de la Nación [en adelante AGN] XIII-14-1-2, *Carta cuenta de Buenos Aires de 1703-1707*.

⁷ AGN IX-41-5-8, *Francisco Nicolás Maillet contra Manuel de Velasco y otros*.

⁸ En el juicio de residencia se acusaría a Robles, en efecto, de haber permitido que “los soldados de este Presidio se hallasen en la suma miseria de desnudez y hambre por falta de pagas y socorros, estándoseles debiendo siete años devengados, de que resultó un motín entre algunos soldados de este Presidio, ejecutando después una muerte alevosa y otros excesos (...); AGN IX-42-2-6. *Juicio de residencia a Agustín de Robles*.

siva del sistema de *situados*. En primer lugar, la tarea de trasladar los sueldos de las tropas desde Potosí al puerto, disputada por los mercaderes porteños, permitía a estos encubrir tras esa actividad otras operaciones en moneda o mercancías. Se valían de la quasi inmunidad que les daba su condición de *situadistas* para la introducción de textiles europeos o esclavos en territorio altoperuano eludiendo los controles fiscales o, a su regreso, para trocar la moneda columnaria que recibían en las secas potosinas y era escasa en Buenos Aires por moneda sencilla, con la ventaja de obtener mediante esta maniobra un *premio* que oscilaba entre el 3 y el 15%.⁹ Pero estos intermediarios no eran los únicos beneficiarios de la especulación financiera, que solo les era posible llevar a cabo con la complicidad de los oficiales reales de Potosí, a los que se destinaban sobornos y regalías para agilizar las tramitaciones. En ciertos casos fue necesario obsequiar al mismo virrey, en Lima, para que firmara la orden de libranza de los pagamentos.

Los gastos de la corrupción, por lo menos en el caso de Buenos Aires, recaían en la masa de los integrantes del Presidio, pues las sumas empleadas en sobornar a esos altos funcionarios fueron deducidas de la remuneración de soldados y oficiales. En abril de 1710, cuando las oficinas de Contaduría de la Real Hacienda comenzaron a efectivizar la paga correspondiente a 1703, las cantidades insumidas en cohechos fueron prorrateadas en los sueldos. El capitán de corazas reformado Domingo González denunció al gobernador Manuel de Velasco por haber sido víctima de lo que definió como un “embargo”: de los 547 pesos que debían haberle sido abonados se le descontaron 76 pesos de *socorros* (adelantos en ropa y alimentos), 10 de *cofradía* (mantenimiento del capellán de la tropa) y 42 de lo que denominó “*prorrata*”, es decir, la parte que le correspondía solventar de los sobornos distribuidos entre las autoridades que autorizaron los pagos. Aunque no había recibido mayores explicaciones de cómo se efectuó este último gasto, González declaró que había “oído decir que dicha rebaja se hizo para regalar al virrey del Perú que entonces era porque librase el situado”.¹⁰

⁹ El capitán Bartolomé de Aldunate, por ejemplo, a quien se confió la negociación del *situado* con las autoridades potosinas, emprendió viaje llevando consigo un contingente de esclavos negros que compró al Real Asiento; AGN Registro de Escrivano [en adelante RE] N°2 1709-1712, f. 432. En cuanto a los premios por moneda, véase Sagquier, 1989: 289.

¹⁰ AGN IX- 41-1-4, *Demandada puesta a Dn. Manuel de Velasco por el capitán Domingo González*.

Este tipo de negociados con las más altas autoridades del virreinato –el virrey o los oficiales de la Real Hacienda de Potosí– parece haber sido la única forma de aceitar los engranajes del sistema, ya que de lo contrario la remisión de plata permanecía detenida durante años. En 1709, los más encumbrados cuadros militares de Buenos Aires dieron poder a Antonio de Llanos y Esteban Panes, vecinos de Lima, para que lograran el envío de los sueldos de la guarnición y les hicieron entrega de 10.000 pesos a deducir de los mismos “para que los puedan distribuir en aquella forma o personas que les pareciesen convenientes para la consecución de cualquier libramento de todo un situado y su paga”. Mediante la gestión de estos podatarios conseguirían que fueran imputadas a cuenta del *situado* correspondiente al año de 1703 las mercaderías confiscadas a la corbeta francesa *El Pájaro*. La operación se repitió en 1711, cuando los capitanes de las ocho compañías de la ciudad se obligaron con Bartolomé de Aldunate por 10.000 pesos para que pasara a Lima y lograra la remisión de otro *situado*, ofreciéndole una gratificación de 4000 pesos si tenía éxito en sus gestiones.

Con la finalidad de paliar esos retrasos en el pago, los gobernadores establecieron entre los militares del Presidio un régimen de entrega de provisones y vestuario a cuenta de sus sueldos que acabaría por convertirse en una modalidad de reparto forzoso. Dichas entregas se hacían a través de vales que solo podían ser canjeados en los almacenes señalados al efecto, aunque el titular podía endosarlos para que otro lo hiciera por él. De esa forma, la llegada del *situado* no contribuía más que mínimamente a la circulación de metálico entre soldados y oficiales, ya que este solía pasar en forma directa a manos de los mercaderes que habían corrido hasta entonces con los suministros del Presidio. En 1705, al momento de arribar a Buenos Aires Joseph de la Reta y Agustín de la Tijera con la primera remesa de plata potosina en varios años, la guarnición se hallaba empeñada en 150.000 pesos, originados en el abasto de alimentos a lo largo de veintisiete meses y los gastos de vestuario de las ocho compañías acantonadas en el fuerte.¹¹

Naturalmente, esta provisión de *socorros* al Presidio se constituía en un negocio sumamente lucrativo que los gobernadores intentaron monopolizar, por lo que de ordinario solía recaer en algún personaje muy cercano al man-

¹¹ AGI Charcas 212.

datario de turno, en cuya tienda se abastecía a algunas o a la totalidad de las compañías. Ya en la última década del siglo XVII, el gobernador Agustín de Robles destinó esta prebenda a uno de sus allegados, el general Miguel de Riblos. No se conservaron las cuentas de este suministro, pero entre los papeles que años más tarde se encontraron en el despacho de este mercader figuraban “unos autos obrados por el señor don Agustín de Robles sobre los socorros de vestidos y comidas que mandó dar a don Miguel de Riblos para la guarnición de este Presidio” y se menciona un libro de cuentas que contenía “lo que deben los soldados de este Presidio a don Miguel de Riblos”.¹²

El gobierno de Alonso de Valdés Inclán es especialmente pródigo en testimonios sobre el funcionamiento del abasto a las tropas. En los inicios de su gestión, el grueso de los suministros pasó por las manos de un mercader emparentado con los Samartín, uno de los clanes hegemónicos de Buenos Aires. Se trataba del portugués Antonio Guerreros, cuñado del maestre de campo Juan de Samartín. Durante el juicio de residencia al gobernador Valdés Inclán, se estimó que por orden de este se había comprado a Bartolomé de Urdinsu y Joseph de Ibarra, capitanes de los navíos de registro que estaban anclados en puerto, ropa suficiente “para vestir este Presidio como lo hizo dos veces, fardándolos por cuenta de su sueldo por mano del capitán Antonio Guerreros, quien administró dicha farda por vales que para ello se libraba abonados del gobierno”.¹³ La soldadesca se vio obligada a acudir a la tienda de este comerciante para surtirse de textiles, pagándolos a precios superiores a los del mercado; el reparto forzoso de mercancías fue instrumentado por medio del sistema de vales, cuyo valor nominal era previsto descontar de la paga a la llegada del próximo *situado*. En su juicio de residencia, el gobernador fue acusado de obligar a los soldados a concurrir “a la tienda del capitán don Antonio Guerreros, en que siendo los géneros del dicho maestro de campo don Alonso de Valdés Inclán se los hizo sacar por precios altísimos, no siendo los más de dichos géneros a propósito para los pobres soldados”.¹⁴

A la manera de Riblos durante el gobierno de Agustín de Robles, Guerre-

¹² AGN Sucesiones 8122, *Concurso de bienes de Miguel de Riblos*.

¹³ AGN IX-39-9-5, *Demand a que Joseph de Narriondo puso en la residencia de Alonso de Valdés Inclán*.

¹⁴ AGN IX-1-1-3, *Capítulos puestos en la residencia a Alonso de Valdés Inclán*.

ros jugó un papel análogo al de un *privado* en el de Alonso de Valdés Inclán: tuvo injerencia en el manejo de sus cuentas privadas, le sirvió como intermediario en asuntos de contrabando y hasta corrió con la administración de los insumos del ceremonial de la mansión gubernamental.¹⁵ No obstante, es probable que sus depósitos de mercaderías no dieran abasto para la provisión de todas las compañías del Presidio, por lo que nunca ejerció un monopolio absoluto sobre el suministro de las tropas. Valdés Inclán se vio, por lo tanto, necesitado de dar participación a otros importantes mercaderes porteños. El *libro manual de alcabalas* menciona a varios de ellos: Antonio de Merlos, quien cambió ropa por vales en 1703; Alonso de Beresosa y Contreras, quien proporcionó comida a cuatro compañías en 1703 y 1704, y a Antonio Meléndez de Figueroa y Sebastián Delgado, cuyas pulperías dieron *socorro* a los soldados, el primero en 1705 y el segundo en 1705 y 1706.

Algunos negociantes atestiguarían más tarde que Valdés Inclán los había apremiado a otorgar suministros a la gente del Presidio. En octubre de 1703, Alonso de Herrera y Guzmán, yerno del maestre de campo Juan de Samartín, declaró que había dado a las compañías de caballería de Juan Báez de Alpoin y Antonio Pando Patiño 5.369 pesos en socorros “abonados por decreto del señor gobernador y capitán general de esta provincia”.¹⁶ Y en 1715, Sebastián Delgado afirmó que los soldados aún le debían “treinta mil pesos que dio de socorros violentado del señor don Alonso Juan de Valdés Inclán, gobernador y capitán general que fue, cuya paga no se le ha hecho a la hora de ésta por la retardación de los situados”.¹⁷ Exclamaciones como las de Delgado, empero, no deben medirse sino en su valor discursivo, ya que la contribución de estos mercaderes al abastecimiento de la guarnición, aunque convertida en una inversión a largo plazo, tenía la virtud adicional de acrecentar su acceso al crédito.¹⁸ Los vales expedidos por el gobernador, por otra parte, parecen haber

¹⁵ Valdés Inclán entregó a Guerreros, por ejemplo, 15 marquetas de cera “*las cuales se han de distribuir en el gasto de su casa y para sus festividades*”; AGN IX-42-8-1, *Diversos procedimientos de represalia contra los portugueses*.

¹⁶ AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 642.

¹⁷ AGN IX-40-7-5, *Sebastián Delgado contra Faustino de Larrea*.

¹⁸ El mencionado Herrera y Guzmán, por ejemplo, ofreció la deuda que tenía la guarnición con él como prenda hipotecaria, a cambio de 1.324 pesos que Pedro de Picabea le otorgó en préstamo; AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 642. En 1708, Pedro Millán se obligó con

adoptado el valor de circulante, ya que no tenían fecha de prescripción: fue así que durante el gobierno de Valdés Inclán, Antonio Guerreros aceptó de un alférez un “vale firmado del señor gobernador don Agustín de Robles”.¹⁹

En julio de 1705 el gobernador Valdés Inclán quitó de escena a Guerreros, pretextando que debía obedecerse la real cédula del 11 de junio de 1704 por la que se ordenaba una represalia contra los portugueses que vivieran en las colonias españolas, luego de que Portugal se sumara a los enemigos del Felipe V en la guerra de Sucesión. Amparado en ella, Valdés Inclán hizo que le fueran embargados inmuebles y otros bienes valuados en más de 150.000 pesos. Aunque su tienda pasó temporariamente al depósito de Joseph de Narriondo, esposo de una de las sobrinas de Guerreros, no debe interpretarse por ello que sus parientes, los miembros del poderoso clan de los Samartín, conservaron el favor del gobernador; por el contrario, este último aprovechó el decomiso de los almacenes del portugués para excluirlos de toda suerte de control sobre el reparto de mercancías.

En este sentido, resulta significativo que, a partir de 1706, el libro de alcabalas de Buenos Aires dejara de hacer mención a los *socorros* hechos hasta entonces por diferentes comerciantes a las compañías. Ello se debe a que Valdés Inclán se había apropiado del manejo de los suministros a la “*gente de guerra*”, como se infiere de los fragmentos que se conservan de sus libros de cuentas.²⁰ En dichos libros va cobrando dimensión una nueva figura: la de Antonio Meléndez de Figueroa, al principio como mero agente de Valdés Inclán, pero luego como proveedor de la tropa. Posteriormente, este mercader se convertiría en el administrador de los negocios de su sucesor, el gobernador Velasco y Tejada.

Durante el juicio de residencia a Alonso de Valdés Inclán, Antonio Guerreros reclamó las cantidades que había insumido en abastecer a los soldados del Presidio. Aquel reconoció estar en deuda no solo con este sino con varios

Antonio Meléndez por 709 pesos 2 reales, hipotecando el “*importe de los socorros que tengo dado a los soldados de este Presidio*”, AGN RE N°2 1707-1709, f. 136.

¹⁹ AGN IX-48-9-1, *Escribanías Antiguas*, f. 85.

²⁰ Estos incluyen, por ejemplo, una “*relación y cuenta del cargo de los géneros que voy dando al alférez Luis Manrique para el socorro de las cinco compañías de mi cargo en este año de mil setecientos y seis*”; AGN IX-39-9-5, *Demandas que Joseph de Narriondo puso en la residencia de Alonso de Valdés Inclán*.

proveedores, como Gaspar de Avellaneda, Francisco Antonio Martínez de Salas, Domingo Cabezas, Antonio Meléndez, Domingo de Acasuso, el Real Asiento de la Compañía de Guinea, la Compañía de Jesús y la obra pía de San Juan, todos ellos por la suma de 31.429 pesos 2 reales. Para cumplir con los acreedores, Valdés Inclán esperaba que se lo resarciera de diversas cantidades que había adelantado a los soldados de Buenos Aires, calculadas en 63.284 pesos 5 reales.²¹ La presencia de los jesuitas entre los acreedores del gobernador sugiere que estos proveyeron a la guarnición de yerba mate, aunque acaso también de tejidos misioneros. De otro de dichos acreedores, Domingo Cabezas, que ya venía contribuyendo desde los tiempos de Agustín de Robles con reses para la manutención de las tropas, se sabe que las abasteció de carne salada, charque y bizcocho durante la toma de la Colonia de Sacramento, y posiblemente también mientras permanecieron en el fuerte.²²

Mientras Antonio Guerreros estuvo a cargo del aprovisionamiento, se habían descontado 4 pesos a los soldados rasos y 8 pesos a capitanes, tenientes, alfereces y sargentos en concepto de alimentos, lo que nos advierte de la existencia de una dieta diferenciada, más variada en el caso de la oficialidad del Presidio. Queda descartado, pues, que el grueso de la deuda de Valdés Inclán se hubiera originado en la sola adquisición de textiles para su reparto entre oficiales y soldados, sino que buena parte de la misma procedía de las raciones que se dieron a estos, las que insumieron la suma de 17.242 pesos 6 reales mientras Guerreros estuvo a cargo de los suministros, y otros 12.000 pesos cuando los gastos pasaron a ser contabilizados por Francisco Antonio Martínez de Salas, el secretario de Valdés Inclán.²³

Privanza, abastecimiento y contrabando: Antonio Meléndez de Figueroa

Durante más de media década, Antonio Meléndez de Figueroa dominó el entorno de dos gobernadores, primero de Alonso de Valdés Inclán y luego

²¹ Sabemos que el 12% de la deuda de Valdés Inclán (3.791 pesos 2 reales) correspondía a lo adquirido al Real Asiento; RE N°2 1709-1712, f. 318.

²² AGN IX-40-5-1, *Domingo Cabezas sobre una encomienda vacante*.

²³ AGN Sucesiones 6249, *Testamentaria de Antonio Guerreros*; AGN IX-41-5-8, *Causa contra Francisco Antonio Martínez de Salas*.

de Manuel de Velasco y Tejada. La carrera de este mercader reviste especial interés, pues a pesar de no haber ejercido formalmente ninguna magistratura su participación en los negociados de ambos gobernadores y de los oficiales de la Real Hacienda lo ubicó en el sitio más encaramado del poder local.

Los orígenes de este personaje, no obstante, permanecen poco conocidos. Sabemos que nació en Granada, y acaso haya pasado a Buenos Aires en una de tantas levas de soldados destinadas a su guarnición. En lo que respecta a su fortuna personal, el licenciado Mutiloa y Andueza, un funcionario del rey que llevó a cabo una pesquisa contra el gobernador Velasco, lo definió como un comerciante que “nunca tuvo gran caudal”, probablemente haciendo referencia al período anterior a su alianza con Valdés Inclán y con Velasco. Tampoco estaba vinculado a las familias más importantes de Buenos Aires y por tanto carecía de una amplia red solidaria de allegados en que apoyarse, pero esto acaso haya jugado a su favor, ya que los gobernadores no hallaron tras él una parentela profusa a la que favorecer con prebendas.

Su relación con los linajes más poderosos, representados en el Cabildo porteño, fue más bien distante, ajeno como era a ellos: solo en una ocasión, en 1704, desempeñó funciones en ese cuerpo municipal, al ser electo para ejercer la procuraduría general de la ciudad. Tres años más tarde el cabildante Miguel de Obregón lo propuso para alcalde ordinario de segundo voto, pero el resto de los capitulares confirieron dicho oficio a Diego de Sorarte.²⁴ Sus ambiciones parecen haberse detenido allí, pues en adelante no mostró apetencia alguna por ocupar un asiento en el ayuntamiento, a pesar de que entonces ya ejercía una notable influencia sobre el gobernador Velasco.

El círculo familiar inmediato de Meléndez se componía de sus parientes políticos, los Arpide. Su suegro, Juan Miguel de Arpide, era un capitán del Presidio, oriundo del País Vasco. Miguel Alejo de Arpide, uno de sus cuñados, se había establecido en Salta y sirvió a Meléndez como nexo con las provincias arribeñas. Otro de los hermanos de su esposa, Pedro de Arpide, se concertó en 1700 con el general Miguel de Riblos, el más acaudalado acopiadador de ganado de Buenos Aires, para conducirle 15.000 cabezas de ganado

²⁴ Acuerdos del Extinto Cabildo de Buenos Aires [en adelante AECBA] Serie II, tomo I, págs. 254 y 545.

vacuno a Salta.²⁵ Diez años más tarde, Riblos lo comisionó para que volviera a Salta a cobrar las deudas que tenían con él unos vecinos de esa ciudad.²⁶ Nos hallamos, pues, ante una de esas familias de traficantes intermediarios de mediana monta que fueron más comunes a fines del Seiscientos que en la centuria siguiente, cuando terminaron por subordinarse a otros de mayor envergadura como Miguel de Riblos o Joseph de Arregui.

Hacia comienzos del siglo XVIII, Antonio Meléndez subsistía, al igual que los familiares de su mujer, del comercio con las provincias arribeñas. Formó una compañía con otro mercader porteño, Juan Bautista Fernández Parra, para el acopio de mulas y su traslado y venta en las ferias del valle de Lerma o en Potosí. El retorno se efectuaba en ropa de la tierra, cargando las carretas con paños de bayeta (“con calidad que ésta no ha de ser del Cuzco como menos a propósito para estas provincias”, rezaba un contrato) y con pañete.²⁷ Dicha compañía tuvo un período de intensa actividad en los primeros años del siglo: entre 1701 y 1703 vendieron alrededor de 9.000 cabezas de ganado mular al capitán Juan de Ordazgoiti, vecino de la villa de Potosí, y se obligaron a entregar a Antonio y Agustín de la Tijera otras 2.000 cabezas en una invernada de la localidad salteña de Algarrobal.²⁸ Pero hacia 1705 la misma estaba ya a punto de disolverse, y Meléndez declaraba que, aunque aún tenía “hecha compañía con el capitán Juan Bautista Fernández”, esta se hallaba “reducida a algunas compras de mulas”.²⁹

Su participación en la conducción de ganado mular al Alto Perú sirvió a Meléndez para introducirse en el entorno del gobernador de turno, Alonso de Valdés Inclán. Lo sabemos por la correspondencia de Joseph de Beláustegui, uno de cuyos correspondentes, Alonso de Alfaro, afirmaba en una de sus cartas que los animales que Meléndez se disponía a fletar en 1702 hacia las provincias de Arriba eran en realidad de dicho gobernador (Birocco, 2001). Un año más tarde, Meléndez colaboraba con los oficiales reales en uno de

²⁵ AGN IX-48-8-7, *Escribanías Antiguas*, f. 1.

²⁶ AGN RE N°2 1709-1712, f. 35.

²⁷ AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 619.

²⁸ AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, fs. 611v. y 619, AGN IX-48-8-7, *Escribanías Antiguas*, f. 551v, y AGN IX-48-9-6, *Escribanías Antiguas*, f. 452.

²⁹ AGN IX-48-9-4, *Escribanías Antiguas*, f. 346.

los habituales fraudes al erario, prestándoles su nombre para que fraguaran varias partidas en los libros de caja de la Real Hacienda.³⁰ Su cooperación en actos de corrupción como este le ganaría el favor de los magistrados y particularmente de Valdés Inclán, quien habilitó a la pulperia de Meléndez para que diera *socorros* a las compañías del fuerte cuando aún brillaba la estrella de Antonio Guerreros. Al iniciarse en 1704 el asedio a la Colonia del Sacramento, el gobernador le encargó suministros por valor de 8.000 pesos para la manutención de las tropas y la tripulación de las embarcaciones que asistieron a la expedición contra los portugueses, deducidos del ramo de fortificaciones. Al caer la Colonia en manos de los españoles, este ramo estaba debiéndole 12.050 pesos en plata.

En octubre de 1705, Meléndez se dispuso a pasar “al Reino de Chile y otras partes” y, como era de rigor antes de emprender viajes de riesgo, dictó su testamento. En él se declaró deudor de varios sujetos por más de 35.000 pesos, pero acreedor de otros por cantidades que excedían los 80.800 pesos. El caudal que llevaba consigo ascendía a 30.364 pesos.³¹ Posteriormente cambió el destino de su viaje, seguramente a instancias de Valdés Inclán, pues sabemos por un testigo que en 1706 el gobernador había girado a la plaza de Santa Fe “porción de ropa de su cuenta con el capitán don Antonio Meléndez”.³²

En 1707, cuando Meléndez aún se hallaba en Santa Fe colocando un lote de esclavos negros, se le presentó un negocio no previsto: la posibilidad de pasar a las provincias andinas con una tropa de vacas que adquirió al teniente de gobernador de esa ciudad, el capitán Juan Joseph Moreno, quien a su vez la había recogido con licencia del convento franciscano. No obstante, Valdés Inclán le denegó el permiso para conducirlas al Perú, por lo que Meléndez debió venderlas a un vecino de Córdoba que ya tenía otorgada una licencia de saca.³³ Detalle sin duda de interés, pues muestra a todas luces que el gobernador no quería dejarle margen para sus negocios personales, limitando

³⁰ AGN IX-45-7-6, *Copia de la confesión de Pedro de Guezala*.

³¹ AGN IX-48-9-4, *Escribanías Antiguas*, f. 346.

³² AGN IX-39-9-5, *Demand de Joseph de Narriondo en la residencia de Alonso de Valdés Inclán*.

³³ AGN IX-41-5-7, *Antonio Márquez Montiel contra Manuel de Velasco*.

cualquier intento de maniobrabilidad propia y acotando su desempeño a ser un mero agente de quien lo enviaba.

Cuando en febrero de 1708 se produjo el relevo de Valdés Inclán por su sucesor, Manuel de Velasco y Tejada, Meléndez mudó de la comitiva de uno a la del otro. Esto no era un hecho excepcional, ya que el secretario privado del primero, Francisco Antonio Martínez de Salas, pasó igualmente a desempeñar la misma función en el despacho del segundo. El nuevo gobernador había adquirido el cargo mediante un donativo de 3.000 doblones de oro, y era lógico que intentara rodearse de los colaboradores del anterior mandatario, quienes conocían las posibilidades de la plaza y se hallaban ya al tanto de las operaciones fraudulentas, única forma segura de resarcirse de su pesada contribución al erario regio.

Mientras Velasco estuvo en el poder, Antonio Meléndez fue una verdadera llave de acceso al gobernador. Los testimonios redundan al respecto: todo aquel que quería dirigirse a este debía pasar por la antesala de su *privado*. Recordemos la fuerte presencia francesa que hubo en el puerto desde la firma del tratado de asiento con la Compañía de Guinea, ofreciendo al gobernador la oportunidad de enriquecerse gracias a sobornos y negociados. Meléndez se convirtió el interlocutor obligado, como lo ilustran las peripecias que soportó el capitán del navío francés *Las Dos Coronas*, Monsieur Vivien, cuando solicitó permiso para desembarcar en el puerto de Buenos Aires ciento cuarenta negros que confiscó a una zumaca portuguesa en la costa del Brasil. Velasco se negó obstinadamente a otorgarle licencia, artificio que encubría la perspectiva de vendérsela lo más cara posible. Se recomendó a Vivien que procurara ablandar su postura agasajándolo con algún presente, pues según se le dijo, “el único medio para vencer las dificultades era hacer algún regalo a dicho señor don Manuel y oficiales reales”. El capitán se informó sobre los gustos del gobernador y le envió como obsequio un par de aves exóticas que traía del África.

Luego de vencer la “resistencia” de Velasco, el naviero francés pudo abrir tratativas con Antonio Meléndez, cuyos almacenes le fueron señalados para ofrecer bastimentos a la tripulación de *Las Dos Coronas*, pero ahora fue este último quien se negó a seguir con las conversaciones. Finalmente, Menéndez aceptó darle provisiones a cambio de un tercio del cargamento.³⁴

³⁴ Menéndez pretendía, según fue acusado posteriormente, el “treinta y cinco por ciento

Vivien especulaba entonces con la pérdida total de su cargazón de esclavos –en ese momento no le quedaban más que noventa negros medio muertos de hambre que ya pensaba en abandonar en algún lugar de la costa para seguir su viaje al Mar del Sur– de modo que aceptó ceder lo que se le pedía. La intervención de Meléndez arrojó así 7.212 pesos en utilidades, que repartió con el gobernador y con los oficiales de la Real Hacienda.

Los depósitos de Meléndez fueron utilizados por Velasco para el acopio de mercancías, tanto de las que embargaba a aquellos capitanes de navío con quienes no se había llegado a un arreglo satisfactorio como de las que recibía en retribución por su complacencia con los contrabandistas. El ejemplo mejor conocido de confiscación de un cargamento es el de la corbeta *El Pájaro*, cuyo capitán, Joachim Descaseaux, hizo arribada forzosa al puerto de Buenos Aires pretextando haber encallado y solicitó al gobernador que lo autorizara a vender los efectos que traía, en su mayor parte textiles procedentes de Nantes. Por toda respuesta, Velasco los incautó y los entregó a Meléndez para que los administrara; de esa manera, el decomiso rindió 17.843 pesos en 1708 y 17.568 pesos en 1709.³⁵ Como contrapartida, no faltan casos de negociados llevados a cabo eficazmente, como el del capitán de navío Benoit Benac, que arribó a Maldonado y las islas de San Gabriel y desembarcó secretamente las mercaderías que más tarde le fue permitido vender en Buenos Aires, tocándosele el cuarto de las utilidades de esta venta a Velasco y su entorno.³⁶ Dos caminos, pues, para lo mismo: tanto los procedimientos legales como los ilegales terminaban abarrotando de mercancías los almacenes de Menéndez y enriqueciéndolo, al igual que a los magistrados de la Real Hacienda y a Velasco.

La apropiación de textiles y otros efectos procedentes de los navíos franceses permitió a Velasco continuar con la política de monopolizar los suministros necesarios para a la guarnición que implementara su predecesor Valdés Inclán tras la confiscación de los bienes de Antonio Guerreros. Se

de las cabezas en especie”, AGN IX-49-7-1, *Testimonio de la demanda sobre el Navío Las Dos Coronas y de la confesión de Meléndez*.

³⁵ AGN IX-41-5-8, *Francisco Nicolás Maillet contra Manuel de Velasco y otros*.

³⁶ Se dice que estas mercaderías “se vendieron en casa de don Antonio Meléndez y el gobernador y oficiales reales tuvieron la cuarta parte de sesenta mil pesos a los costos de Francia”; AGN IX-41-5-8, *Causa contra Francisco Antonio Martínez de Salas*.

atribuyó al gobernador haber abierto “almacenes públicos de ropa y mercaderías, obligando a los vecinos (...) a que fuesen a ellos a comprar dichos géneros”, e incluso haber puesto trabas a los navíos que contaban con la aprobación del rey para vender mercancías con el propósito de acaparar el mercado.³⁷ Amén de tratarse de una acusación algo exagerada, el reparto de mercancías a soldados y oficiales por medio de vales -tal como fuera implementado desde el gobierno de Agustín de Robles- siguió en vigencia, y se los proveyó de adelantos en textiles en la tienda de Antonio Meléndez y en otras dos que puso el mismo gobernador, una en casa de doña María de Labayén, en el centro de la ciudad, y otra en el Barrio Recio.³⁸

En 1712 Felipe V, que había recibido varias denuncias sobre la participación de Velasco en tratos ilícitos con los franceses, envió a un funcionario de la Corte, Juan Joseph de Mutiloa y Andueza, para iniciarle juicio de pesquisa. En el momento en que fue sorprendido por el encarcelamiento del gobernador, Antonio Meléndez se encontraba en plena instrumentación de una red de vínculos propia, en la cual el matrimonio de sus hijas sirvió para reforzar su relación con aquel, pero también para reinsertarse en el comercio con las provincias andinas. Lamentablemente, poco se sabe sobre su funcionamiento, ya que la misma se desarticuló con la llegada de Mutiloa, quien dictó una orden de detención contra este comerciante por haber escondido en sus almacenes la plata en piñas que Velasco y los oficiales reales habían acumulado gracias a sobornos, decomisos y negociados.

Una de las hijas de Meléndez, María Josepha, fue dada en matrimonio a Juan Vicente de Vetolaza y Luna, uno de los criados que Velasco trajera consigo de España, al que este había puesto a cargo de una de sus tiendas. Esta unión otorgaba a Meléndez un dominio crucial sobre los almacenes gubernamentales, una de cuyas bocas de expendio se encontraba en sus manos y otra en las de su yerno. Una segunda hija, Beatriz, se unió a un soldado del Presidio, Juan Martín de Mena y Mascarúa, a quien Meléndez confió la reanudación de sus conexiones en el Noroeste. En 1711, este había pactado con Juan de Mendiburu, vecino de Tarija, la venta de 6.000 mulas, 4.000 de las cuales estaban siendo invernadas en el valle de Lerma y el resto iban a ser

³⁷ AGN IX-39-9-7, *Contra Manuel de Velasco por abuso de poder.*

³⁸ AGN IX-39-9-7, *Contra Manuel de Velasco por abuso de poder.*

fletadas al año siguiente.³⁹ Aunque la conducción de las mismas estuvo a cargo de un fletador profesional, envió a su yerno a supervisar la operación, y se aseguró de que esta se concretase en forma exitosa incluyendo en la escritura de dote de su hija 4.135 pesos que, según reza la misma, se pagarían a Mena y Mascarúa “en los efectos y precios que produjere una tropa de mulas que dicho don Antonio Meléndez remitió a la ciudad de Salta”.⁴⁰

Actividades mercantiles de los militares del Presidio

Durante las primeras dos décadas del siglo XVIII no se modificó en nada la situación descrita por Moutoukias para el siglo anterior: los altos cuadros del Presidio seguían teniendo participación en operaciones mercantiles del más variado calibre. Algunas de ellas no excedían el radio local, como la venta al por menor en pulperías: en 1714 la mayor parte de estos establecimientos en Buenos Aires estaban en manos de militares de la guarnición (Moutoukias, 1988: 195-197).

Al revisar las trayectorias de los oficiales del Presidio, coincidimos con otros autores en la dificultad de hallar a un militar profesional “puro”, abocado a su cargo y con escasas conexiones en el plano político o económico (Dedieu, 2007: 231-250). La sola necesidad de mantener un estilo de vida acorde a su rango les impidió encapsularse en su carrera militar y los llevó a incursionar en el comercio para superar la siempre demorada liquidación de sus sueldos. La mayor parte de los que lo hicieron prefirió el comercio al menudeo, pero unos pocos alcanzaron a tener una participación en el comercio de largo alcance. Un ejemplo de ello lo encontramos en el comisario general de la caballería del Presidio, Manuel de Barranco Zapiain, quien llegó a intervenir en el tráfico atlántico asociándose con los factores de los navíos para la importación de mercancías europeas. Arribado a este puerto en 1692, tres años más tarde contrajo matrimonio con una criolla perteneciente a una familia de raigambre local, Ignacia Jijón Quintero, la cual le ofreció en dote una casa en la ciudad, dos esclavas, joyas y menaje, pero no aportó plata labrada ni amonedada. Para entonces, el hipotético caudal de Barranco Zapiain se componía de 10.000 pesos en sueldos atrasados, que no cobraría hasta que

³⁹ AGN RE N°2 1707-1709, f. 158v.

⁴⁰ AGN RE N°2 1709-1712, fs. 610 y 682.

llegase el *situado*.⁴¹ Aun antes de poder disponer de esa suma, la comprometió en la adquisición de efectos europeos: en octubre de 1703 otorgó un poder al capitán del navío de permiso *Nuestra Señora del Carmen*, Bartolomé de Urdinzu, para que lo obligara en la península a cambio de mercancías por 4.000 pesos, especulando con que el *situado* se liquidaría antes del arribo de estas.⁴² La operación se concretó en forma exitosa y en los años que siguieron el comisario se valdría de sus sobrinos para colocar esas mercancías en las provincias andinas.

Barranco Zapiain no fue el único militar de graduación que incursionó en el tráfico con las regiones vecinas. El sargento mayor Manuel García de Zeballos remitió a las provincias del Perú un cargamento de ropa de Castilla con el capitán Matías de Arroyo para que la beneficiase a factoraje. Las utilidades de esta sociedad sobrepasaron los 120.000 pesos, pero Arroyo murió en Potosí, de donde solo llegó a enviarle a su socio “alguna porción de ropa de la tierra y plata a cuenta de dichos efectos”. El testamento de este militar indica que ya había emprendido otras operaciones de similar magnitud en varias provincias del virreinato: entre sus deudores se encontraban un vecino del Perú, otro de Corrientes y un tercero del Paraguay, por 11.000, 6.000 y 6.700 pesos respectivamente.⁴³

No siempre sus incursiones en el mundo del comercio arrojaban saldos positivos. El alférez Luis de Viña Morales se empeñó con el francés Louis Cauvet a cambio de “algunos géneros de ropa” que este le entregó, según declaró más tarde, a precios “sumamente demoderados”. Su intento de convertirse en comerciante devino en fracaso, probablemente a causa de la superabundancia de mercaderías europeas surgida de la afluencia de barcos franceses. En febrero de 1709, considerándose en bancarrota, se presentó en el fuerte con las llaves de su tienda y su libro de cuentas, el cual entregó al escribano real.⁴⁴

Conocemos el caso de un soldado, Hipólito García, perteneciente a la compañía de Gabriel de Aldunate, que se lanzó al tráfico con otras provincias:

⁴¹ AGN RE N°2 1724, f. 127.

⁴² AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 626.

⁴³ AGN IX-48-9-6, *Escribanías Antiguas*, f. 271.

⁴⁴ AGN IX-40-5-1, *Luis Cauvet contra Luis de la Viña Morales*.

en 1710 compró a Francisco Antonio Martínez de Salas ropa de Castilla por valor de 866 pesos y la llevó a vender a la ciudad de Mendoza.⁴⁵ Pero conociendo la escasa disponibilidad de metálico de las tropas de la guarnición, con sus pagas retrasadas y endeudadas, presumimos que se trataba de un caso aislado. Los emprendimientos de los soldados debieron ser en general más modestos, como el de Francisco Hidalgo, quien administraba un tendejón en la ciudad, o el del artillero Alonso Ruiz y su esposa Margarita Moreyra, dueños de una atahona y de treinta caballos tahoneros.⁴⁶

Por último, no faltan pruebas de la intensa vinculación que tuvieron algunos militares con el contrabando. No puede sorprendernos que participaran en el tráfico ilícito, ya que una parte sustanciosa de los desembarcos se efectuó en la boca del Riachuelo, y esto no hubiera podido llevarse a cabo sin el consentimiento de la guardia que se hallaba allí apostada. El proceso judicial que se inició contra uno de estos guardias, Juan Sánchez Carmona, detalla ese movimiento de mercaderías: estas, en algunos casos, estaban destinadas a los almacenes de Antonio Meléndez, pero en otros fueron acarreadas a los graneros de alguna chacra de la campaña para ser conducidas posteriormente a otras provincias, todo lo cual no podría haberse conseguido sin la anuencia del capitán de la compañía que vigilaba el puesto de guardia, Frutos de Palafox, y de sus soldados.⁴⁷

La regularización del *Real Situado* y el inicio del “acriollamiento” de las tropas

La provisión de medios de subsistencia a los soldados a través de vales, puesta en manos de comerciantes allegados al gobernador, era corriente ya en el Río de la Plata desde mediados del siglo XVII (Moutoukias, 1988). Pero entre finales de esa centuria y comienzos de la siguiente ese mecanismo de aprovisionamiento de víveres y otros suministros se hizo permanente y de carácter forzoso. Los gobernadores, que dispusieron de depósitos de almacenamiento y tiendas de abasto, instrumentaron un sistema de vales y se sirvieron de él para hacerles adelanto de sus soldadas, controlándolo a través

⁴⁵ AGN IX-48-9-1, *Escribanías Antiguas*, f. 144.

⁴⁶ AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 142; AGN RE N°2 1707-1709, f. 91.

⁴⁷ AGN IX-39-8-2, *Testimonio de la causa de la prisión de Juan de Carmona*.

de un *privado*, esto es, de un mercader que conducía no solo este sino el conjunto de sus negociados. Esos adelantos en especie a soldados y oficiales les garantizarían la apropiación íntegra del caudal de sus sueldos cuando estos fueran remitidos desde Potosí. Con frecuencia, los militares del Presidio eran obligados a aceptar los textiles u otros efectos que se hallaran disponibles en los almacenes a precios arbitrarios, de manera semejante al de un “repartimiento” de mercancías. Como se ha apreciado en un caso similar, la escasez de metálico facilitaba que la población militar se resignara a aceptar el fiado y la paga en especie (prácticas que, por otro lado, se hallaban muy difundidas y eran socialmente aceptadas en la América española), imponiéndole términos de intercambio que le eran claramente desfavorables y convirtiendo la liquidación de sus sueldos en una suerte de desfalco.⁴⁸

Estas duras condiciones de vida llevarían a la soldadesca a apoyarse en los vínculos de patronazgo que les brindaban los militares de mayor graduación. De esa manera se conformaron en el seno de la guarnición tramas clientelares que se superponían a la estructura jerárquica, pero que no se agotaban en la asistencia económica sino que se expresaban en otros ámbitos, como el de la ritualidad. Para comprobar la existencia de esos lazos hemos revisado la concurrencia de los militares del Presidio de Buenos Aires a las ceremonias de matrimonio de militares de menor o igual graduación. En el caso de las nupcias contraídas por soldados, las relaciones de verticalidad a que aludimos pueden apreciarse con nitidez: entre 1700 y 1714, el 80% de quienes oficiaron como testigos en las mismas ostentaba el rango de capitanes, alfereces y tenientes, tratándose con toda probabilidad de los superiores del contrayente. La sociabilidad de los oficiales se manifestó, en cambio, en un plano de mayor horizontalidad: al celebrarse sus matrimonios, predominó la asistencia de testigos de igual rango que el contrayente (48,6%), seguidos por los testigos de rango menor (34,3%) y, por último, de rango mayor (17,1%).⁴⁹ Para la soldadesca, el hecho de que invitaran a sus capitanes a concurrir a di-

⁴⁸ Para la práctica de “fiado” a las milicias correntinas en el siglo XVIII, ver Gelman (1996: 102-114).

⁴⁹ Para el cálculo de estos porcentajes nos hemos valido de Jauregui Rueda (1987) cuya excelente transcripción de los libros III y IV de matrimonios de la iglesia de la Merced ha sido enriquecida por otros datos tomados de los libros de bautismo de ese archivo, los cuales hemos también tenido en cuenta.

chas ceremonias no era una mera expresión de sujeción a la autoridad. Como en cualquier sociedad de tipo estamental, los vínculos de carácter desigual, incluso en el plano militar, apelaban al cumplimiento recíproco de obligaciones: mientras que unos brindaban protección y ofrecían recursos, los otros respondían con agradecimiento y lealtad. La presencia de oficiales de mediano o alto rango en los ritos nupciales de sus subordinados demuestra que estos últimos reconocían su ascendiente y honraban su prestigio más allá de los modestos tapiales del fuerte.

Los vínculos de subordinación y clientelares no carecieron, por supuesto, de expresión económica, ya que los soldados encontraban asistencia en sus superiores en tiempos de estrechez, acudiendo a ellos cuando tenían pequeñas necesidades de metálico. Esto se observa en el caso de Francisco Díaz de León, perteneciente a la compañía a cargo del ingeniero militar Joseph Bermúdez. Este soldado recibía provisiones en las tiendas señaladas por el gobernador, pero también recurrió al crédito que le brindó el capitán de su compañía. En 1703, hallándose próxima la liquidación del *situado*, Díaz de León dio un poder a Enrique Núñez del Aguila para que cobrara en su nombre todos los sueldos que le debían desde 1694, “menos cien pesos que tengo sacados en la casa de don Antonio Guerrero y cuarenta y ocho de socorros de casa de don Alonso Contreras y otros doce pesos que me ha suplido mi capitán don Joseph Bermúdez”.⁵⁰

La cúpula del Presidio debió valerse de ese entramado vertical de lealtades para consolidar su liderazgo sobre la tropa. Ese acatamiento impediría a oficiales y soldados mantenerse al margen de las luchas facciosas que conmocionaron a Buenos Aires entre 1710 y 1715 y que llegaron a su punto de mayor tensión en 1714, cuando el pesquisidor Mutiloa, que había depuesto a Velasco, trasfirió el mando a un nuevo gobernador, Alonso de Arce y Soria (Birocco, 2011). Este murió unos pocos meses después, tras nombrar sucesor en su lecho de muerte al ingeniero artillero Joseph Bermúdez, sargento mayor del Presidio. El Cabildo, dominado por el clan de los Samartín, se negó a admitirlo como gobernador y confirió el mando político a Pablo González de la Quadra, alcalde de primer voto, y el mando militar al comisario de la caballería, Manuel de Barranco Zapiáin. Como Bermúdez no depuso sus

⁵⁰ AGN IX-48-9-2, *Escribanías Antiguas*, f. 537.

pretensiones, los bandos en disputa encargaron al obispo electo Gabriel de Arregui y al pesquisidor Mutiloa, quien todavía se encontraba en Buenos Aires, que dirimieran la cuestión. Dado que estos se pronunciaron a favor del Cabildo, el sargento Bermúdez rechazó el fallo y se atrincheró en el fuerte con sus partidarios. Su resistencia duró pocas horas: Barranco Zapiáin lo sitió con sus fuerzas y consiguió que se rindiera. Resulta notorio cómo nueve décimas partes de los militares del Presidio optaron por secundar al comisario: tan solo dos capitanes, Juan Antonio Quijano y Antonio de Aguirre, y unos veinticinco soldados (quizás enrolados en las compañías de estos capitanes) fueron leales a Bermúdez en su proclama.

Enterado de este episodio, Felipe V quiso precaverse de que en Buenos Aires no volviera a repetirse una situación de acefalía que la colocara en un estado de debilidad frente a la siempre latente amenaza anglo-portuguesa. Por medio de una real cédula despachada el 16 de marzo de 1716 creó el cargo de *teniente de rey*, que reemplazaba al de comisario de la caballería, y dispuso que este nuevo funcionario militar fuera quien reemplazara al gobernador en el caso de que este se ausentase o muriese. Para evitar nuevos desfalcos en el aprovisionamiento de la guarnición, Felipe V despachó otra real cédula el 17 de diciembre del mismo año, reinstaurando un antiguo empleo militar que había caído en desuso en el Río de la Plata: el de *veedor del Presidio*. Este debería llevar la nómina de las compañías y supervisar la adecuada distribución de suministros y adelantos durante la revista de las tropas. Se trataba de un oficio que en tiempo de los Habsburgo había sido venal y que al ser reintroducido fue interpretado por la oficina de la Real Hacienda como un empleo honorario y sin sueldo, aunque luego pasó a formar parte de la plana mayor rentada.⁵¹ En 1717, el cargo de *teniente de rey* fue otorgado a Baltasar García Ros, un experimentado militar que había sido gobernador interino del Paraguay y del Río de la Plata, mientras que la veeduría recayó en Juan de Gainza, un alto oficial vizcaíno que fue enviado especialmente desde la península para ejercerlo.

⁵¹ En abril de 1697, Joseph Alvarado recibió el título de veedor del Presidio de Buenos Aires a cambio de un donativo gracioso de 12.000 pesos, pero este oficio fue mandado a suprimir en 1702. Cuando una década y media más tarde se otorgó el empleo a Juan de Gainza, la Real Hacienda de Buenos Aires otorgó a este 400 pesos en concepto de ayuda de costas, “sobre cuya satisfacción se hicieron al Gobierno diferentes presentaciones respecto de no tener situación de sueldo alguno”.

La Corona se propuso también regularizar la liquidación de los sueldos militares, pero no resultó fácil desarticular el sistema de aprovisionamiento ofrecido a soldados y oficiales, que subsistía desde la segunda mitad del siglo XVII. Aunque desde la pesquisa de Mutiloa los gobernadores fueron privados del rentable negocio de los almacenes de suministros, estos últimos siguieron existiendo, ahora controlados por los oficiales de la Real Hacienda. Como la remisión del *situado* siguió demorándose, se debió echar mano de los efectos incautados a navíos de bandera enemiga o apresados por contrabando, a fin de adelantarle parte de sus sueldos a la tropa. Entre 1712 y 1715, se empleó parte de los géneros confiscados a la corbeta *Falmut* y el queche *La Dorada de Bayona* para repartirlos entre la guarnición en concepto de socorros. En 1715, Felipe V autorizó la creación de un impuesto al tráfico de yerba, aguardiente, vino y ganado vacuno en pie. Pero lo que se recaudó gracias a este “nuevo impuesto”, como se le llamó, seguía siendo utilizado en concepto de adelanto de los sueldos, reembolsable por la Real Hacienda a la llegada del *situado*. En 1717, la situación se había vuelto crítica y se comisionó a un comerciante porteño, Adrián Pedro Warnes, para que viajara a Potosí a negociar la remisión del pago. Quizás debido a sus gestiones, entre abril y diciembre del año siguiente llegaron a Buenos Aires tres remesas de plata que sumaban 177.642 pesos. En 1720, las Reales Cajas libraron otros 125.204 pesos, que fueron conducidos desde Potosí por Santiago de Zapiain. A partir de entonces la remisión de plata destinada al pago del Presidio de Buenos Aires dejaría de ser esporádica para tender a regularizarse y ser abonada cada año (Saguier, 1989: 291).

Otra medida crucial que tomó el monarca para afianzar la estructura de dominación colonial en el Río de la Plata fue la de sustraer esta gobernación del lote de los empleos venales y destinarla a militares de carrera. El primero de esos gobernadores fue Bruno Mauricio de Zabala, quien tomó posesión de su cargo en junio de 1717; lo sucedieron Miguel Fernando de Salcedo y Domingo Ortiz de Rosas. Ellos eran hombres de armas que habían demostrado su probada fidelidad a la causa borbónica y se habían destacado por sus carreras exitosas y por su participación comprometida en las empresas bélicas del rey (Tarragó, 2010: 199-200). Lejos de tratarse de una medida aislada para un territorio en concreto, estos nombramientos pueden ser vistos como parte de una política de corte más general, orquestada en los años en que el cardenal

Julio Alberoni tuvo mayor influencia sobre Felipe V, que se aplicó a los territorios de manejo más problemático. No casualmente, el nombramiento de Zabala fue contemporáneo a la imposición de los Decretos de Nueva Planta en Cataluña, Valencia, Mallorca y Cerdeña, que propugnaban una administración fuertemente militarizada en esos reinos (Giménez López, 1994: 41-75).

Cuando Zabala llegó a Buenos Aires en los navíos registro de Andrés Martínez de Murguía, lo acompañaban 300 soldados destinados a cubrir las plazas vacantes de la guarnición. Junto con ellos llegaban un ingeniero militar auxiliar, Domingo Petrarca, dos oficiales armeros, dos oficiales silleros y varios maestros herreros y carpinteros, quienes se pondrían bajo las órdenes del ingeniero Bermúdez y culminarían con la remodelación del fuerte, suplantando lo que quedaba de las antiguas tapias de adobe por muros de piedra acarreada desde la Banda Oriental. El envío de expertos y maestros artesanos respondía a las directivas generales de Felipe V, que pretendían apuntalar el potencial defensivo de las plazas fuertes americanas mediante la modernización de las fortificaciones y la concentración en ellas de unidades veteranas, eventualmente apoyadas por los cuerpos de milicias (Marchena Fernández, 1992:74). No obstante, en el caso de Buenos Aires, también pudo haber obedecido a un replanteo de la *carrera de Indias*. Se sabe que el cardenal Alberoni pretendió reconfigurar el sistema de Flotas y Galeones y llegó a presentar un decreto -nunca convalidado por el rey- por el cual se disponía el traslado de las ferias de Portobelo a Buenos Aires, con lo que este puerto casi indefenso hubiese pasado a ser el principal enclave atlántico del virreinato del Perú (Walker, 1979: 140).

La creciente presencia de los portugueses en la Banda Oriental llevó al gobernador Zabala a juzgar insuficientes los refuerzos que había traído consigo desde la península y lo resolvió a incorporar criollos a las unidades veteranas. Se los reclutó como soldados de las compañías de infantería y caballerías ya existentes, aunque desconocemos en qué número. En 1718, cuando los oficiales de la Real Hacienda volcaron en sus libros la liquidación del *situado*, distinguieron tres categorías de militares en función a sus orígenes. En primer lugar diferenciaron a la “*gente antigua*”, que ya conformaba los cuerpos antes del arribo de Zabala, de los “*oficiales y soldados que vinieron de España*” con este. Sin embargo, en otras partidas se aprecia que no todos los recién incorporados eran oriundos de la península, sino que se distingue entre los

“soldados nuevos que vinieron de España y otros recién reclutados”. Estos últimos, los criollos, fueron también designados como “soldados de recluta de infantería y caballería”, y como no estaban incluidos en el presupuesto del *situado*, la Real Hacienda debió procurar recursos para asignarles una soldada hasta tanto se resolviera de dónde provendrían los fondos para rentarlos.

No se trató, por cierto, de una innovación de Zabala. Los jóvenes criollos venían ingresando a las compañías veteranas para cubrir bajas y retiros desde por lo menos los inicios de esa década. Ya en 1713, el comisario Manuel Barranco Zapiáin hizo alusión a ellos en una carta al rey, y los destacaba por su pericia en el manejo de las caballadas.

Hoy por falta de gente –explicaba al monarca– se han sentado algunas plazas a vecinos de estas Provincias para que se pueda hacer el trabajo cotidiano y porque son más a propósito para la caballería respecto de que aquí no se pueden mantener los caballos, sino en campaña dos o tres leguas de esta plaza, y cuesta mucho tenerlos prontos para hacer el servicio de SM y para este cuidado se acomodan mal los soldados de Europa.⁵²

La sucesión de empresas bélicas que abstrajeron a Felipe V hasta el final de su reinado no siempre le permitirían ocuparse de enviar refuerzos al destacamento de Buenos Aires, razón por la cual el alistamiento de los criollos se convertiría en una solución apropiada. Pero frente a ese debilitamiento del flujo de efectivos procedentes de España, las autoridades locales propondrían otra opción: la asignación de algunas de las funciones atribuidas a los cuerpos de veteranos a las milicias.

La incorporación de las milicias: ¿solución coyuntural o viraje hacia el cambio?

Las milicias eran un conjunto de unidades militares de carácter territorial que comprendían a la totalidad de la población masculina en edad activa de una jurisdicción determinada, como podían serlo una ciudad y su *hinterland*. En la América española se las consideraba normalmente como un ejército de

⁵² AGI Charcas 278 *Expediente sobre la fortificación de Buenos Aires y construcción del fuerte*.

reserva, que por lo general solo era reunido con motivo de ataques exteriores o a causa de disturbios de la población indígena y mestiza (Marchena Fernández, 1992: 72). Esa movilización, como lo explica Jean-Pierre de Dieu, no estaba exenta de restricciones territoriales. Las milicias eran el *ejército del reino*, es decir, del conjunto de las *repúblicas* que lo componían, cuyos habitantes estaban sometidos a obligación militar dentro de los límites del mismo, pero nunca fuera de ellos. Por el contrario, el *ejército del rey*, conformado por las unidades de veteranos rentadas por el erario regio y puesto al servicio de los intereses personales del soberano, podía ser movilizado por este dentro y fuera del reino, con propósitos ofensivos o defensivos (Dedieu, 2007: 240).

Todo vecino era por definición un miliciano, sujeto a ser convocado en caso de guerra y a costear sus propias armas y caballos. Pero la convocatoria podía extenderse a aquellos que no tenían carta de vecindad pero eran reconocidos como habitantes o “estantes” de la ciudad, lo mismo que a la población de casta, agrupados en compañías de acuerdo a criterios de pertenencia étnico-estamental. Ante una incursión armada de una potencia rival en territorio español, se consideraba que la persona del rey había sido insultada y se exigía que sus súbditos (cualquiera fuera su adscripción socioétnica) salieran a vengar la afrenta por medio de las armas. Así sucedió, por ejemplo, cuando Felipe V decidió la toma de la Colonia del Sacramento en 1704. Informado de la resolución del rey de recuperar esa plaza, el Cabildo de Buenos Aires calificó de *injuría* la presencia de los portugueses en suelo español y dispuso comprometer parte de sus *Propios* en solventar las raciones de “*la gente de la milicia de esta ciudad*”.⁵³ En tanto se movilizaba a las compañías de infantería, caballería y artillería del Presidio, el gobernador Valdés Inclán convocó a las compañías de milicias de Buenos Aires, con inclusión de los cuerpos de mulatos, pardos y naturales. A ellos se sumaron tres compañías de milicias venidas desde Córdoba, con 296 efectivos, y un regimiento de 3000 indios tapes bajados desde las Misiones.

Pero la convocatoria al *real servicio* solía limitarse a casos de agresión armada o a la intromisión de fuerzas enemigas en el territorio. Por lo menos entre 1690 y 1720, dicha obligación no parece haberse extendido al patrullaje de los campos ni a repeler los ataques de los indígenas. Durante aquellas tres

⁵³ AECBA Libro XIII, p. 285.

décadas, las partidas que recorrieron las campañas bonaerense y oriental estuvieron conformadas casi exclusivamente por soldados de las compañías de infantería y caballería del Presidio.⁵⁴ La única evidencia de movilización de milicias con esa finalidad procede de un testimonio del Cabildo, que refiere que una partida encabezada por el capitán Martín de Peredo fue remitida en 1716 a la ciudad de Santa Fe para integrarse a las fuerzas que combatían a las etnias chaqueñas. El hecho de que esos milicianos se rebelaran y no quisieran continuar con la marcha hacia esa plaza posiblemente se debiera a su resistencia a cumplir con una carga de la que se consideraban exentos.⁵⁵

No fue hasta los primeros años del gobierno de Zabala que comenzó a sentirse una mayor punción militar sobre los vecinos y habitantes de Buenos Aires. A él, según estimamos, debe atribuirse la aplicación del servicio de milicias a la defensa de la frontera pampeana. A comienzos de la década de 1720, la presión de los araucanos era tal que hacía imposible a los vaqueadores internarse más allá del Salado para continuar con la captura de ganado cimarrón. La primera evidencia de la utilización de la milicia en acciones concretas contra las etnias pampeanas es de octubre de 1720, cuando se dispuso que 60 milicianos, junto con una partida de *gente de casta* (40 indios y mulatos libres y un número no precisado de indios de encomienda) y 25 soldados del Presidio, todos ellos encabezados por el cabo Juan Cabral, salieran a punir las hostilidades de los indios aucaes.⁵⁶ En febrero del año siguiente se envió una partida de milicianos a “*celar las campañas*” de la Banda Oriental, a fin de que actuaran en forma coordinada con los soldados apostados en la Guardia de San Juan.⁵⁷ Hasta entonces, este tipo de intervención parece haber sido de carácter excepcional. Pero en 1724 se produjo una coyuntura alarmante: el recrudecimiento de la presión de los araucanos en la frontera bonaerense se combinó con la presencia de portugueses en la bahía

⁵⁴ En el acuerdo del 28 de septiembre, por ejemplo, el Cabildo obedeció un auto de Valdés Inclán que le ordenaba disponer de 150 pesos para pagar a los soldados que correrían la campaña. AECBA, Libro XIV, p. 500.

⁵⁵ En el acuerdo de 24 de septiembre de 1716, el Cabildo solicitó que se tomaran medidas ejemplares contra los que fueron “cabezas de aquella sublevación”.

⁵⁶ AECBA Libro XVIII, p. 231.

⁵⁷ AECBA Libro XVIII, p. 272.

de Montevideo. La urgencia de atender ambos frentes decidió al gobernador a convocar a las milicias. En una misiva dirigida al mismo Zabala, uno de los vecinos afectados por la convocatoria se quejó de haber tenido que abandonar precipitadamente el cuidado de sus cosechas, y agregó que por entonces

toda la gente de dichas milicias estaban ocupadas y embarazadas, así en la salida que de orden de VS hizo a las campañas de esta jurisdicción a limpiar los indios pegüenches y aucaes que las infestaban, como del apercibimiento que mandó VS hacer del demás resto de la gente para el desalojo de los portugueses que se habían poblado en Montevideo.⁵⁸

Sin pretender que se haya tratado de una convocatoria general como las que se dispusieron durante el virreinato, la misma parece haber tenido una envergadura no conocida hasta entonces. El gobernador decidió premiar la heroica participación de los milicianos en la expulsión de los portugueses de Montevideo y destinó 792 pesos para que les fueran repartidos. En ocasión de registrar esa libranza, los libros contables de la Real Hacienda de Buenos Aires se refieren a ellos como “*la compañía de voluntarios que sirve en la otra banda de este río*”. La calificación de “voluntario” la recibía por entonces el soldado que servía sin sueldo.⁵⁹ Ello indica que la suma que les estaba destinada, aunque asentada en las partidas del Ramo del Situado como una retribución salarial, no constituyó sino una largueza del gobernador, y quedó claro que no se los consideraba incluidos en el presupuesto militar, ya que no se los volvió a mencionar en dichos libros de los años siguientes. Nada se nos dice, empero, sobre cómo se procedió a agrupar esas milicias, qué entrenamiento se les dio, cómo se les procuró equipamiento y vestuario y con qué fondos se costearon estos y otros gastos. Seguramente Zabala las consideró una solución temporal para la coyuntura, y se propuso disolverlas ni bien la amenaza fuera conjurada en ambos frentes.

Esta convocatoria a las milicias debe apreciarse como parte de una reformulación en la reorganización de la defensa. Se produjo en un momento de replanteo en los criterios de reclutamiento de las tropas regulares. En la década de 1720 ya podía avizorarse la declinación del antiguo sistema de alistamiento basado en las levas realizadas en la península y el traslado de

⁵⁸ AGN IX-40-5-3 *Sebastián de Castro contra Andrés Gómez de la Quintana*.

⁵⁹ *Diccionario de Autoridades*, Tomo VI, p. 519.

esas tropas a un destino ultramarino, y hubo que recurrir a nuevas estrategias para que las compañías del Presidio mantuviieran su número y rendimiento. Por tal razón se apeló al enganche de efectivos entre la población nativa. El ingreso de criollos a las compañías regulares fue una respuesta apropiada ante la falta de soldados en la península, un problema que acució a Felipe V a lo largo de todo su reinado y que en algunos períodos se volvió crítico (Andújar Castillo, 2004: 676 y ss.). No suplantó a la remisión de tropas desde España, pero evidenció que esta se había tornado irregular y poco previsible. Este progresivo “acriollamiento” de las compañías veteranas generaría a mediano plazo una nueva forma de inserción de soldados y oficiales en la sociedad local, vinculados como estaban por su origen con las ciudades donde tenían asiento (Fradkin, 2009). Pero a corto plazo, las que se hicieron evidentes fueron las falencias de un sistema defensivo basado en forma casi exclusiva en las compañías veteranas. Pese al acrecentamiento en el número de efectivos que se produjo durante los primeros años de su gobierno, y que llegaría a proporciones aún mayores durante los gobiernos de Salcedo y Ortiz de Rozas, la llamada a las milicias se repitió en el resto de la década de 1720 y la que siguió, lo que fue un indicador irrefutable de la insuficiencia de las tropas regulares para afrontar imprevistos.

Bibliografía

- Andújar Castillo, F. (2004). El ejército de Felipe V. Estrategias y problemas de una reforma. En E. Serrano Martín (coord.). *Felipe V y su tiempo*. Madrid: Institución Fernando el Católico.
- Birocco, C. M. (2001). Cambio de dinastía y comercio interregional. La élite porteña durante la Guerra de la Sucesión de España. En H. Noejovich (ed.). *América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Birocco, C. M. (2011). En torno a la “anarquía” de 1714. La conflictividad política en Buenos Aires a comienzos del siglo XVIII. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 11, <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/AHn11a05/2063>.
- Daulier-Deslandes, A. (1929). Extrait d'un journal de voyage fait en 1707, 1708 &c. aux costes de Guinée en Affrique et a Buenos Aires dans l'Amerique meridionale par le vaisseau du Roy: la Sphere avec la

- carte de la Riviere de la Plata. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, VII(39).
- Dedieu, J. (2000). La Nueva Planta en su contexto: Las reformas del aparato del Estado en el reinado de Felipe V. *Manuscrits: Revista d'història moderna*, 18.
- Dedieu, J. (2007). Lo militar y la monarquía con especial referencia al siglo XVIII. En A. Jiménez Estrella & F. Andújar Castillo (eds.). *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (s. XVI-XVIII) Nuevas perspectivas*. Granada: Editorial Comares.
- Fradkin, R. (2009). Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la Revolución. En F. Heinz (comp.). *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*. São Leopoldo: Editora Oikos.
- Gascón, M. (2008). La defensa del sur del Virreinato del Perú en el siglo XVII: la estrategia imperial y la agencia de la naturaleza. *Revista TEFROS, Taller de Etnohistoria de la Frontera Sur*, 6(1).
- Gelman, J. (1996). *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata Colonial*. Andalucía: Universidad Internacional de Andalucía.
- Giménez López, E. (1994). El debate civilismo-militarismo y el régimen de Nueva Planta en la España del siglo XVIII. *Cuadernos de Historia Moderna*, 15.
- Halperin Donghi, T. (1982). *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Jauregui Rueda, C. (1987). *Matrimonios de la Catedral de Buenos Aires, 1656-1760*. Buenos Aires: Fuentes Históricas y Genealógicas Argentinas.
- Marchena Fernández, J. (1992). El Ejército de América y la descomposición del orden colonial. La otra mirada en un conflicto de lealtades. *Militaria. Revista de cultura militar*, 4.
- Marichal, C. & Souto Mantecón, M. (1994). Silver and Situados: New Spain and the financing of the Spanish Empire in the Caribbean in the eighteenth century. *Hispanic American Historical Review Duke University*, 74(4).
- Moutoukias, Z. (1988). *Contrabando y control colonial: Buenos Aires, el Atlántico y el Espacio Peruano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Moutoukias, Z. (1988). Power, corruption, and commerce: the making of the local administrative structure in 17th century Buenos Aires. *Hispanic America Historical Review*, 68(4).
- Noejovich, H. & Salles, E. C. (2011). La defensa del Virreinato del Perú: aspectos políticos y económicos (1560-1714). *Fronteras de la Historia*, 16(2).
- Saguier, E. (1989). La conducción de caudales de oro y plata como mecanismo de corrupción. El caso del *situado* asignado a Buenos Aires por las Cajas Reales de Potosí en el siglo XVIII. *Historia*, 24.
- Tarragó, G. (2010). Las venas de las Monarquías. Redes sociales, circulación de recursos y configuraciones territoriales. El Río de la Plata en el siglo XVIII. En J. M. Imízcoz & O. Oliveri (coords.). *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*. Madrid: Sílex.
- Vergara Quiroz, S. (1993). *Historia social del ejército en Chile* (Tomo I). Santiago: Universidad de Chile.
- Walker, G. J. (1979). *Política española y comercio colonial, 1700-1789*. Barcelona: Ariel.

Los soldados indígenas del rey católico: Las tropas misioneras en las guerras por la Colonia del Sacramento¹

Paulo César Possamai

En las regiones fronterizas del imperio colonial español, principalmente durante el siglo XVII, se establecieron reducciones para colonizar y proteger los territorios conquistados. En el Paraguay, la ausencia de fuerzas militares españolas significativas y los constantes ataques de los *bandeirantes* llevaron a la Compañía de Jesús a pedir y obtener permiso para formar un ejército indígena capaz de detener las invasiones luso-brasileñas.

La propuesta de los jesuitas de encomendar al rey las reducciones en vez de hacerlo en beneficio de particulares fue una constante fuente de conflicto con los colonos paraguayos que anhelaban controlar la mano de obra de los indígenas. Por eso no hay que confundir la Provincia Jesuítica del Paraguay con la provincia del Paraguay, dependiente del Virreinato del Perú. La primera, una provincia eclesiástica creada en 1604, abarcaba Chile, Tucumán y el Río de la Plata. La segunda, aunque en sus inicios tenía casi las mismas dimensiones (con excepción de Chile), con el tiempo se dividió en distintas provincias, entre ellas el Paraguay propiamente dicho y el Río de la Plata, con capital en Buenos Aires. Por lo tanto, las misiones jesuíticas guaraníes quedaban bajo la jurisdicción de dos gobiernos seculares. Las reducciones al sur del río Paraná -Uruguay y Tapé, actuales territorios de la provincia argentina

¹ Traducción de Alejandro Ferrari y revisión de Bibiana Tonnelier. Este texto forma parte de una investigación patrocinada por la CAPES junto a la Universidad Nacional de la Plata.

de Misiones y el estado de Rio Grande do Sul- dependían del gobernador de Buenos Aires. Las autoridades españolas en la región platense comprendieron rápidamente la necesidad de contar con tropas misioneras para combatir a las tribus que se oponían al proceso de reducción y atacaban las misiones, resistir las embestidas luso-brasileñas o, incluso, actuar contra las rebeliones internas, como la revuelta de los “comuneros” de Paraguay (Maeder, 2010: 113-133).

Arno A. Kern sintetiza la importancia militar de las reducciones jesuíticas en la defensa de los dominios españoles: “Sin ningún costo para la Corona de España, pues nunca aceptaron el pago debido a las tropas reales en campaña, esta milicia guaraní fue siempre una reserva que los Gobernadores locales utilizaron cuando tenían necesidad” (1982: 206).

La Corona española buscó tempranamente defender a los indígenas de los abusos de los colonos creando la “república de los indios”. Aunque estaba prohibida la presencia de españoles en las comunidades indígenas, nunca se prohibió de forma explícita la integración de los indios en las comunidades españolas (Herzog, 2006:8 7-88). En las regiones fronterizas, a su vez, la importancia de la “república de los indios” era todavía mayor y, bajo la supervisión de los jesuitas, los indígenas obtuvieron una relativa autonomía a condición de que defendieran las fronteras (Boxer, 2007: 91-97). En 1640, la Corona española autorizó a los jesuitas a entrenar a los indios de sus misiones en el uso de armas de fuego y en 1643 las tropas misioneras adquirieron el estatus de “milicias del rey” (Fradkin, 2002: 250).

Guillermo Wilde escribe que, desde el siglo XVII, “la situación fronteriza de las Misiones había hecho de la actividad militar un aspecto constitutivo de la identidad guaraní” (2009:165).² El mismo punto es defendido por Eduardo Neumann, quien resalta también que si la guerra contra los indios que se resistían a la catequización era una forma de afirmar la identidad cristiana de los indígenas misioneros, la guerra contra los portugueses, también católicos, era vista como una guerra contra un “extranjero invasor que debía ser elimi-

² Podemos aquí citar un ejemplo. En 1691, el jesuita Antonio Sepp relata que fue recibido por los indios de la reducción de Yapeyú, por el padre superior y por el padre curador “con dos escuadrones de caballería y dos divisiones de infantería y el pueblo guerrero americano no vestía pieles de tigres, de ovejas o de buey, a la manera pastoril, sino que estaba de uniforme de gala, vistiendo graciosamente conforme a la moda española” (Sepp, 1980: 122).

nado, pues usurpaba una tierra que pertenecía a otro monarca” (Neumann, 2000: 79). Otro elemento de identidad destacado por Neumann es el uso del término “tape” para designar a los guaraníes de las misiones del río Uruguay, lo que probablemente indicaba un “proceso de territorialización” más que una diferencia étnica respecto de los otros misioneros guaraníes.

En la organización del ejército misionero se sumaron las tradiciones guerreras de los indígenas y la preparación militar de algunos jesuitas veteranos de conflictos europeos (Wilde, 2009: 167). De hecho, muchos misioneros sirvieron en guerras en Europa y América antes de entrar a la Compañía de Jesús y organizaron el ejército guaraní según el modelo militar español. A los oficiales indígenas se sumaban, en tiempos de guerra, oficiales españoles enviados por los gobernadores. En ausencia de peninsulares o criollos, el mando estaría en manos de un sacerdote que hubiese sido militar. En todos los casos, los jesuitas siempre acompañaban como capellanes a los indios que partían a la guerra (Kern, 1982: 186).

La milicia comprende a todos los hombres válidos; los niños tienen sus compañías, bajo la dirección de los mayores (...)

La administración militar es confiada en cada distrito de las Misiones a curas con función de “superintendentes” y de “consejeros de guerra”. Los oficiales son indios. Las fuerzas de la reducción son comandadas por un sargento mayor y un maestre de campo. La infantería está compuesta por cien hombres y las compañías de caballería y honderos, de cincuenta. Cada una de ellas está comandada por un capitán. Se permite que estos oficiales incrementen algunos adornos en sus ropas en los días de fiesta y durante los ejercicios que se realizan todos los domingos de tarde bajo la dirección del cura. Cada mes hay una alarma general con una batalla simulada; los guaraníes se toman estos combates tan en serio que, la mayoría de las veces, es necesario apartarlos a bastonazos. Son distribuidos, entre los mejores tiradores, pequeños premios que consisten en sal, tabaco, yerba, etc (...) (Haubert, 1990: 220-221).

Con todo, a pesar de los constantes ejercicios, Maxime Haubert destaca que: “Cuando el Padre provincial o el Padre superior visita las reducciones, los guaraníes deben presentarle los ejercicios. Es raro que queden satisfe-

chos”. El mismo historiador afirma también que todos los relatos indican que los guaraníes solamente eran eficaces cuando eran comandados por europeos, disfrazados o no: “cuando se deja la batalla solamente bajo la responsabilidad de los indígenas, ellos demuestran pánico delante de los nómadas, a pesar de la superioridad proporcionada por las armas de fuego” (Haubert, 1990: 222). Aquí no nos detendremos en este aspecto, pero sí en los combates de los misioneros contra los portugueses en la Colonia del Sacramento.

La fundación de Sacramento y su toma por los españoles en 1680

Don Manuel Lobo tomó posesión del gobierno de Río de Janeiro el nueve de mayo de 1679, dando enseguida inicio a la preparación de la expedición que partiría para fundar Sacramento, según le había sido ordenado por el príncipe regente don Pedro (Monteiro, 1937: 42-43). Al comenzar el año siguiente, la expedición llegó a las entonces llamadas “tierras de San Gabriel” a causa de las islas próximas que llevaban su nombre. Según Simão Pereira de Sá (encargado por el gobernador de Río de Janeiro, Gomes Freire de Andrade, de escribir la historia de la Colonia del Sacramento en 1737), al principio el gobernador de Buenos Aires disfrazó su “sentimiento [y] con falsas políticas agradó a los huéspedes en resumidas letras” (Pereira de Sá, 1993: 13).

Pasados los primeros tiempos de incertidumbre, en los cuales se pretendía sondear los planes de los portugueses, el gobernador de Buenos Aires, don José de Garro, envió a su encuentro una comisión a fin de requerir al comandante de los navíos que abandonase las tierras del rey de España a la mayor brevedad, bajo la amenaza de desalojarlo de la región por la fuerza (Almeida, 1957: 116-117).

Lobo no podía retroceder sin órdenes de su rey, de modo que se preparó para la batalla. La desproporción de fuerzas era enorme: 280 españoles y más de 3000 indígenas, comandados por el maestre de campo Antonio Vera y Mújica, contra poco más de 400 portugueses (y de estos, solo cerca de 300 militares). No había dudas de la victoria de los españoles, incluso porque los baluartes de tierra, levantados con prisa, solamente podían detener el asalto momentáneamente pero no impedirlo (Monteiro, 1937: 54-57).

La fortaleza estaba aún sin terminar, lo cual facilitó la deserción de muchos soldados portugueses. Los misioneros aumentaron la sensación de terror de los sitiados. Simão de Pereira de Sá nos relata: “asombrándonos no solo

por el feroz gesto de los indios si no por la rapidez en disparar inmensas flechas con horribles gritos y disonantes voces”.

Sin embargo, a pesar de su gran número, los atacantes no se caracterizaban por el orden desde el punto de vista militar, especialmente los indios, pues según Pereira de Sá: “Un nuevo modo de expugnar mostraban [los indios] en su forma contra la doctrina militar, porque atacando sin capitanes acometían sin disciplina, eran ciegos en los asaltos, sin embargo listos en la huida, principalmente cuando trabajaba bien la poca artillería que los intimidaba” (Pereira de Sá, 1993: 15).

Por intermedio de un desertor paulista los españoles supieron del pésimo estado de las fuerzas portuguesas, disminuidas por las constantes deserciones y por las enfermedades que proliferaban entre los sitiados, las cuales también afligieron a don Manuel Lobo, quien se encontraba postrado. Informado sobre los puntos débiles de las defensas portuguesas, el comandante español decidió mandar el asalto a la plaza durante la noche, “ordenándose a los indios con gravísimas penas para que evitasen la costumbre de los alaridos, por ser importante el silencio para el efecto sorpresa” (Pereira de Sá, 1993: 19).

Los misioneros fueron los primeros en atacar los muros, hecho que se repetiría en las guerras siguientes, lo que probablemente era una manera de minimizar las pérdidas de soldados españoles y milicianos criollos.³ Con la invasión de la fortaleza lusitana: “Ya sueltas las voces, suprimidas de los preceptos, [los indios] rompieron los aires con los gritos. Confundieron los corazones con los clamores”. Continuó una masacre que no perdonó ni a los que buscaron refugio en la iglesia. “Clamaban nuestros padres de la Compañía [de Jesús] contra algunos españoles de su mismo Instituto, los cuales haciéndose compañeros de los indios, no evitaban los escandalosos absurdos que cometían” (Pereira de Sá, 1993: 20).

La intervención del comandante español salvó algunas vidas, entre ellas

³ La utilización de los indígenas en los ejércitos europeos era una práctica constante durante la expansión europea. Generalmente iniciaban el combate a fin de preservar a los soldados de la metrópolis: “Pequeños cuerpos de tropas europeas fueron así convertidos en impresionantes ejércitos, con los aliados indígenas y les providenciaron un conocimiento experimentado del terreno local, de las tácticas y de la situación política y, muy frecuentemente, en soportar la mayor parte de las batallas ‘para salvar’, como muchos comandantes blancos admitían libremente, ‘a nuestros hombres’” (Sammel, 2000:118).

las de don Manuel Lobo y don Francisco Naper de Lencastre, quien sería más tarde gobernador de Sacramento. Los sobrevivientes fueron llevados prisioneros a Buenos Aires, desde donde se los envió al interior, quedando en la ciudad solamente don Manuel Lobo, que continuaba enfermo.

En carta al príncipe regente, escrita en Buenos Aires el 3 de enero de 1683, don Manuel Lobo acusó a los jesuitas españoles de inducir a los indígenas a matar a todos los portugueses que encontrasen:

...pero más crueles fueron los padres de la Compañía que capitaneaban a los indios en los sucesos de San Gabriel, que a pesar de ser los primeros y principales inductores de esta resolución se negaban todos los que se hallaban presentes, tanto castellanos como portugueses, que antes y en dicha ocasión dieron repetidas órdenes a los indios para que ninguno de nosotros quedara vivo, diciéndoles en altas voces *ayucacaraiba*, que en la lengua de ellos quiere decir *matad a los blancos* (Azarola Gil, 1931: 191).

Lobo apuntó el motivo que llevó a los jesuitas españoles a recurrir a los métodos más extremos para impedir el establecimiento permanente de los portugueses en el Río de la Plata:

Porque mucho influye en estos hombres el temor en que en la demarcación de estas tierras y en la parte que corresponde a V. A. quede una gran parte de sus reductos, lo que creo será inevitable por escaso que sea el reparto, y como ellos hasta ahora mandan en reductos con un imperio casi despótico, sienten amargamente que se les pueda despojar de una parte de ellos (Azarola Gil, 1931: 191).

Comparando a los jesuitas de las misiones españolas con los jesuitas portugueses, decía que: "No se puede compartir, en presencia de estos curas, la opinión común de que en todas partes son los mismos, porque los de estas provincias, en muchas cosas, no tienen otra semejanza con los de ese reino y sus conquistas que el hábito" (Azarola Gil, 1931: 191).

Lobo extrañaba la relativa independencia que los jesuitas gozaban en la administración de sus misiones entre los guaraníes, desconocida por los jesuitas portugueses, sometidos siempre a las autoridades coloniales. Sin em-

bargo, las misiones españolas también se insertaban en el sistema colonial de la Corona castellana, pues eran esenciales para la defensa de las fronteras del imperio ultramarino español (Kern, 1982: 155-167).

Las denuncias por parte de don Manuel Lobo de las atrocidades cometidas por los indígenas (que supuestamente actuaban bajo la orientación de los jesuitas) tuvieron repercusión en Europa. En carta al rey de España, el maestre de campo Antonio de Vera y Mújica negó que los jesuitas guiasen o capitaneasen el ejército indígena, cargo ocupado por los cabos y oficiales españoles, siendo que los padres servían solo como capellanes (Azarola Gil, 1959: 193). Sin embargo, la realidad es que muchos de los misioneros habían servido en los ejércitos europeos antes de ingresar en la Compañía y es a ellos a quienes se debía la formación del ejército guaraní (Kern, 1982: 188).

La historiografía tradicional -basándose muchas veces en los testimonios de don Manuel Lobo- sostiene que los indios odiaban tanto a los portugueses que jamás habrían hecho ningún trato con ellos. No obstante, Simão Pereira de Sá nos informa que estos buscaban contacto con el enemigo para intercambiar favores: “Por las dádivas y favores visitaron frecuentemente los indios nuestros alojamientos, pero siempre desconfiados del trato, tenían recelo por temer el castigo de quienes eran las verdaderas criaturas”. Los portugueses intentaron conseguir su apoyo, pero sin resultado; así, “Obraban poco los agrados, por no conocer más amigo que el interés y como eran ejecutores de la pasión castellana intentábamos de antemano comprarlos para obligarlos con el beneficio, sin embargo, ingratos por naturaleza, reconsideraban el premio por deuda” (Pereira de Sá, 1993: 13).

Según Aníbal Barrios Pintos: “Habiéndose descubierto que los indios guaraníes aprovisionaban de carnes, de caballos y hasta de ganado en pie al enemigo, se dispuso que en su mayor parte se retiraran al río de San Juan” (Barrios Pintos, 2008: 234).

Magnus Mörner nos da más informaciones:

Los españoles descubrieron, sin embargo, que alrededor de 300 guaraníes habían aprovechado secretamente la oportunidad de comerciar, mediante trueque, con el enemigo, que pudo así aumentar sus magras existencias de carne a cambio de licores y tabaco; según las declaraciones de los desertores portugueses, los jesuitas de su propio país, instalados

en la fortaleza asediada habían sido los organizadores del tráfico con los guaraníes (S/d: 89).

Esta situación volvería a repetirse en los cercos posteriores a la Colonia del Sacramento, y constituye un factor importante para acabar con el lugar común del odio irredimible de los misioneros hacia los portugueses, que atraviesa gran parte de la historiografía consagrada a las misiones jesuíticas de la frontera de los imperios coloniales de España y Portugal en América.

El sitio de 1705 y la segunda toma de la Colonia de Sacramento

Nombrado por el rey Pedro II para tomar posesión de Sacramento, Duarte Teixeira Chaves llegó al Plata en enero de 1683. El gobernador de Buenos Aires, don José Herrera de Sotomayor, comandó la entrega del sitio al mismo tiempo que trató de impedir la comunicación entre españoles y portugueses instalando una guardia en el río de San Juan, y apoyó a los jesuitas para que construyesen reducciones en la otra orilla del río Uruguay (Monteiro, 1937: 98-101).

Pese a todo, el proyecto del virrey del Perú de poblar y fortificar la isla de Martín García con indios misioneros se encontró con la oposición del gobernador de Buenos Aires. En 1684, don José Herrera y Sotomayor alegó que el establecimiento de los indígenas en las proximidades de la Colonia del Sacramento podía dañar los intereses de la Corona y defendió la idea de que “ninguna nación de indios se acerque a la población de los portugueses, pues no dejará V.E. de estar en el entero conocimiento de la poca estabilidad de este gentío y cuán amigos son de novedades” (Rodríguez & González, 2010: 219-220). Para el gobernador era importante contar con los misioneros en las acciones contra los lusitanos, pero a una distancia segura, pues desconfiaba de una posible alianza entre los dos grupos en caso de que se tornaran vecinos.

Los portugueses mantuvieron la posesión de la Colonia del Sacramento hasta 1705, cuando, como consecuencia de la participación de Portugal y España en bandos opuestos durante la guerra de Sucesión española, la fortaleza fue nuevamente atacada por los españoles.

En la Junta de Guerra, presidida por el gobernador de Buenos Aires en julio de 1704, para desalojar a los portugueses de la Colonia del Sacramento, además de los militares:

Fue también llamado a este acuerdo el R. P. José Mazo, de la Compañía de Jesús, Procurador General de las Misiones, porqué como la porción principal y tropas más numerosas del ejército se habían de componer de los Indios Tapes, fue conveniente que dicho padre, como su Procurador General, informase a los de la junta así del número de soldados que podían bajar como el modo que habían de tener en conducirse; del tiempo que gastarían en el camino, como las demás cosas convenientes al buen expediente de su despacho, con el número de caballos y vacas que podían traer.⁴

Fueron despachados correos a los superiores de las misiones para que enviaran cuatro mil indios armados, así como ganado vacuno y caballar, y “fue maravilla llegasen en los días referidos por haber sido el año de los más estériles y secos [...] ni había pastos ni aguadas en los campos, causa que perciese una multitud innumerable de bestias [...] de suerte que los correos se vieron obligados a andar a pie mucha parte del camino”.⁵ Según el cronista de esta guerra, una vez recibidas las órdenes los padres se pusieron a seleccionar a los indios que deberían ir como soldados. Sin embargo, como todos querían participar, algunos fueron retenidos para impedir un ataque a las reducciones por parte de grupos indígenas enemigos.

A su vez, el gobernador de Buenos Aires envió a la reducción de Santo Domingo Soriano al capitán reformado Andrés de la Quintana con varias órdenes. La que nos interesa destacar en este momento es la primera:

El primero que pusiese todo cuidado y diligencia en que persona alguna de la reducción no pasase a las partes de la Colonia, porque no diese noticia al Portugués de lo que se disponía en esta ciudad; que como los indios son tan fáciles e interesados, pudiesen con la esperanza de alguna

⁴ *Relación Historial de los sucesos de la guerra de San Gabriel y desalojamiento de los portugueses de la Colonia del Sacramento*. Lima, 1705. Biblioteca Nacional de España, R. 4437, foja 2v. A pesar de que el autor anónimo de la Relación Historial la dedica en el título a “la muy noble e ilustre nación vascongada”, en la conclusión de la misma escribió: “No se ha tenido otro fin en esta narración que poner en el conocimiento de todo lo que los indios Tapes han hecho en obsequio de su Soberano Señor y Rey nuestro, Don Felipe V”, foja 41.

⁵ *Relación Historial...*, foja 3.

remuneración, comunicarle nuestros intentos, como parece que sucedió por más que lo cautelamos.⁶

Se temía que se repitiera el intercambio entre tapes y portugueses ocurrido en 1680. El maestre de campo, don Alejandro de Aguirre, fue el encargado de comandar las tropas de los tapes, pues —según el cronista— correspondía al coraje y arrojo de los misioneros. Ellos llevaron de las misiones seis mil caballos, dos mil mulas, ocho mil arrobas de yerba mate, dos mil de tabaco, cuatro mil fanegas de maíz y varias legumbres. Iban con ellos siete jesuitas (cuatro curas y tres hermanos coadjutores), dos de los cuales eran buenos médicos y cirujanos.⁷

Los misioneros fueron los encargados de recolectar materiales para sitiar Colonia del Sacramento. Los cuatro mil tapes fueron divididos en cuatro tercios de mil hombres cada uno, que se relevaban en el trabajo de asedio: “No se movía cestón del Real para los ataques ni en estos de una parte a otra que los indios solos, a fuerza de brazos, no los moviesen y cargasen”.⁸ El cronista resalta que “trabajaron muy poco los españoles, que todo se encomendó a los indios”.⁹

Mientras los españoles trabajaban de noche, los indios lo hacían de día: “siendo el coraje y furor de los indios tan rabioso y desesperado que, aunque se vieron cogidos de la luz del día, en campo descubierto, no quisieron retirarse, antes entraron algunos intrépidamente por el agua y entraron en la ciudadela”.¹⁰ El relato nos cuenta que uno de los tres indios que entraron en Colonia, llamado Ignacio, fue capturado recién después de tener sus brazos partidos a balazos; el gobernador habría entonces mandado al cirujano a cuidar de este, por su tamaña demostración de coraje.

El asalto a la muralla -en el cual, según el cronista, los indios “pelearon como si fuesen los europeos más esforzados”¹¹- resultó en más de treinta mi-

⁶ *Relación Historial...*, foja 5.

⁷ *Relación Historial...*, foja 7v.

⁸ *Relación Historial...*, foja 10v.

⁹ *Relación Historial...*, foja 11.

¹⁰ *Relación Historial...*, fojas 15-15v.

¹¹ *Relación Historial...*, foja, 15v.

sioneros muertos y más de cien heridos, de los cuales murió un número mayor a treinta. Nuevamente, como en 1680, se utilizó a los indios cual carne de cañón asignándoles como misión el asalto a los muros, como describe Pereira de Sá “siendo la guerra de los españoles, anteponían a los indios al peligro mandándolos avanzar a la brecha [de la muralla]” (1993: 33).

Otro relato de esta guerra fue escrito en guaraní por uno de los indios que participó en ella. Dicho relato fue traducido por Bartomeu Meliá, quien ya publicó algunas partes del diario. De los párrafos traducidos nos llamó la atención el fragmento en el cual el autor describe el momento en que el gobernador de Buenos Aires convocó a todos sus capitanes para preguntarles acerca de la motivación que los llevaba a la guerra. Uno de los oficiales le respondió aludiendo a la participación de los indios:

ataquemos primero a cañonazos, dice, entonces por ventura se amedrentan, dice pues; después con los cañones de los navíos y los de tierra también haremos frente hiriendo, dice pues; por ventura saldrán y cuando salgan los hijos de los Padres (los indios de las Reducciones) se reirán de ellos (los jugarán) (...) (Meliá, 2006).

También como en 1680 los indios usaron sus gritos de guerra para asustar a los sitiados en el momento del ataque. Sin embargo, Pereira de Sá afirma que en esta oportunidad no producían miedo, sino que servían de aviso a los guardias: “las mismas voces de los bárbaros servían de aviso para tomar las armas, porque era tan perspicaz el cuidado de los habitantes como la cautela de los soldados” (Pereira de Sá, 1993: 37). Es necesario resaltar que en esa época Colonia del Sacramento estaba mucho mejor fortificada y tenía más defensores que en el tiempo de don Manuel Lobo.

Incluso así no fue posible resistir a las fuerzas hispano-indígenas, y una pequeña flota fue enviada por el gobernador de Río de Janeiro para evacuar la fortaleza y el poblado. “A 16 de marzo, lunes, los portugueses van saliendo de su ciudad, dirigiéndose al mar; entonces los Guaraníes van luego todos a destruir la plaza abandonada” (Meliá, 2006).

El sitio de 1735 a 1737

Con el fin de la guerra de Sucesión en España se produjo en 1716 el re-

greso de los portugueses, según lo estipulado en el tratado de Utrecht firmado entre Portugal y España el año anterior. No obstante, las patrullas misioneras intentaron impedir el avance lusitano en la campaña. A tres leguas de Colonia, algunos moradores y sus esclavos iniciaban una plantación cuando fueron atacados por la caballería indígena. Al ataque de los misioneros, el gobernador Manuel Gomes Barbosa respondió con un contraataque que dispersó a los enemigos. Comandaba a los misioneros un religioso lego de la Compañía, que fue gravemente herido por los portugueses y que hubiera muerto de no haber sido por la intervención del capellán de las tropas lusitanas, fray José do Espírito Santo. El herido fue conducido al poblado, donde fue internado en la residencia de los Jesuitas. Desde allí fue enviado a Buenos Aires una vez restablecido (Pereira de Sá, 1993: 55-56).

Cuando los portugueses intentaron construir una fortificación en la bahía de Montevideo, los primeros contactos con los misioneros que reunían ganado en la región fueron pacíficos.

El 23 [de noviembre de 1723] ya se encontraban en la ensenada tres naves portuguesas y la lancha de Gronardo. En la tarde, el capitán de Mar y Guerra, Manuel Henriquez [sic] de Noronha, fue a examinar el paraje con alguna armada y tuvo oportunidad de conversar con “veintitantes indios tapes que andaban regenteando el ganado. El capitán conversó con ellos, dándoles cuchillos flamencos y tabaco, a lo cual respondieron contentos, dejándole alguna carne y prometiendo más para hacer su negocio”.

El 24 llegaron otra vez los tapes a la playa “con una tropa que cubría el campo. Pero había orden de no dejar el navío. Mucho tiempo hicieron señas, y se fueron con el ganado, quedando algunos” (Barrios Pintos, 2008: 266).

Sin embargo, al tomar conocimiento de lo ocurrido, el gobernador de Buenos Aires reaccionó convocando a sus tropas para expulsar a los portugueses de Montevideo. Las tropas misioneras fueron llamadas para la operación y se quedaron para trabajar en la construcción de las fortificaciones de la nueva ciudad fundada por los españoles con el nombre de San Felipe y Santiago de Montevideo (Possamai, 2009).

Las fricciones se mantuvieron durante este período sin mayores consecuencias hasta 1735, cuando recomendó la guerra por la posesión de Colonia del Sacramento. El inicio de las hostilidades en el Río de la Plata fue la consecuencia de una serie de tensiones que, en Europa y en América, oponían los intereses de los españoles a los de los portugueses. El pretexto para el inicio de las hostilidades fue un pequeño incidente diplomático ocurrido en Madrid.

La noticia del desentendimiento entre las Coronas ibéricas agradó sobremanera a los tradicionales enemigos de la Colonia: los jesuitas y el Cabildo de Buenos Aires. El 15 de abril de 1733, el Cabildo escribió al rey quejándose de los “excesos cometidos en los ganados vacunos de la otra banda por los portugueses de la Colonia”.¹² El ministro español, don José Patiño, aprovechó el momento y, con la doble finalidad de agradar a los porteños y hostilizar a los portugueses, informó al nuevo gobernador del Río de la Plata, don Miguel de Salcedo, de las quejas del Cabildo de Buenos Aires, ordenándole que durante su gobierno se informase sobre los nuevos caminos abiertos por los portugueses hacia el Brasil y se destruyeran todos los establecimientos, quintas, estancias y animales que los lusitanos poseyeran fuera del área cubierta por la artillería de los muros de Sacramento, solicitando la ayuda de los indios misioneros si fuese necesario. Debía también impedir todo comercio entre portugueses y españoles, y limitar para los lusos la navegación del Río de la Plata a las rutas estrictamente necesarias para la conexión de Colonia a los demás dominios portugueses.¹³

Apenas llegado a Buenos Aires, en marzo de 1734, Salcedo se empeñó en cumplir las órdenes recibidas. Para la represión del contrabando ordenó la sustitución de los antiguos fiscales reales, algunos de los cuales fueron conducidos a prisión y se les confiscaron sus bienes (Lisanti, 1973: 376-377). También en marzo del mismo año Salcedo escribió al gobernador de Colonia, Antonio Pedro de Vasconcelos, informándolo sobre la “expresa orden del Rey, mi amo, para arreglar y demarcar los límites de esa Colonia”. Vasconcelos le respondió que “se encontraba sin las instrucciones o poderes para entrar

¹² *Campaña del Brasil - Antecedentes Coloniales* (1932). Buenos Aires: Archivo General de la Nación. Tomo I, p. 501.

¹³ *Manuscritos da Coleção de Angelis. Tratado de Madrid - Antecedentes: Colônia do Sacramento (1669-1749)* (1954). Rio de Janeiro: Biblioteca Nacional, pág. 244-252.

en ese diálogo”. Salcedo insistió en el asunto en otras dos cartas, mientras que Vasconcelos continuaba alegando su falta de competencia para determinar los límites del territorio de la Colonia del Sacramento (Ferreira da Silva, 1993: 28-31). Mientras tanto, el 18 de abril de 1735, el gobernador de Buenos Aires recibió la orden de “que sin esperar a que formalmente se declare la guerra con los portugueses y en virtud de esta orden, se sorprenda, tome y ataque la ciudad y Colonia del Sacramento”.¹⁴

Salcedo ordenó entonces la movilización de las tropas de las misiones jesuíticas “partiendo por la posta un teniente de Dragones a ejercitar a los indios de las reducciones de los padres de la compañía” (Pereira da Sá, 1993: 72). La Carta Anual de 1735 decía que tres jesuitas acompañaron a cuatro mil indios con el objetivo de atacar Colonia del Sacramento. La salida de los primeros tres mil hombres se produjo cuando más necesarios eran, en plena época de cosecha:

(...) caminaron estos en tiempo más precioso de preparar las sementeras sin asistir a ellas para hallar el remedio del hambre para sí [y] sus mujeres. Por diciembre caminaron otros mil contra la misma Colonia por petición del mismo Sr. Gobernador de Buenos Aires y así estos como los primeros han ido los más a pie por falta de cabalgaduras (Cortesão, 1954: 333).

Esta movilización de los guaraníes cuando eran más necesarios en las misiones debe haber influido en la moral de los combatientes, pues en el bloqueo a Sacramento, enseguida comenzaron los problemas entre los indígenas y las tropas coloniales.

En la campaña, el bloqueo hispano-indígena fue estrechando poco a poco los movimientos de los portugueses. Desde el 28 de noviembre hasta el 9 de diciembre de 1735 los españoles bombardearon Colonia del Sacramento causando “un daño horroroso en las propiedades de la población”, según el alférez Silvestre Ferreira da Silva, uno de los cronistas del cerco (Ferreira da Silva, 1993: 84). Sin embargo, el peor efecto del bombardeo fue la apertura

¹⁴ En *Campaña del Brasil - Antecedentes Coloniales* (1932). Buenos Aires: Archivo General de la Nación. p. 505.

de una brecha de unos doscientos palmos en la muralla y, pese a que esta era constantemente reparada por los defensores durante la noche, el gobernador de Buenos Aires exigió la rendición de la plaza.¹⁵

Ante la negativa de Vasconcelos, Salcedo convocó una Junta de Guerra que resolvió no proceder al asalto de la plaza sitiada “por no ser las tropas de la experiencia que se requería [e] incapaz la mayor parte de ellas para manejar las armas de fuego”.¹⁶ Se decidió bloquear Colonia y hacerla rendirse por el hambre. Don Nicolás de Geraldín, comandante de la flota que vino a modo de socorro desde España, no dejó de criticar al gobernador de Buenos Aires por no utilizar los tapes en el asalto. Pero Salcedo le contestó sin explicar sus motivos:

También me reconviene VS que yo no consentí a los indios tapes en dar el avance a la plaza de la Colonia, estando sitiada, y aunque pudiera expresar diversas cosas en este asunto sólo explicaré a VS que bien colijo por las cartas que me escribe da fácilmente oídos a conversas frívolas y de tan poca sustancia así por estas circunstancias como otras que las dejo al silencio (...)¹⁷

A su vez, la situación en el campo de bloqueo tampoco era confortable. Según el cronista Silvestre Ferreira da Silva, la muerte del padre Tomás Werle,¹⁸ alcanzado por una bala de la artillería portuguesa el 3 de diciembre,

¹⁵ “Ya era una convención de la guerra de asedio que la denegación de rendirse luego de la apertura de una brecha eximía a los atacantes de la obligación de ofrecer la misericordia o abstenerse de saquear. En la era de la artillería esa convención se volvió absoluta” (Keegan, 1995: 333).

¹⁶ Archivo General de Indias [en adelante AGI]: “Junta de Guerra que se tuvo en el Cuartel General de este Campo delante de la Colonia el día 11 de Diciembre de 1735 (...). ES.41091. AGI/22.3.464//CHARCAS,265

¹⁷ AGI: Carta de D. Miguel de Salcedo a D. Nicolás Geraldín. Buenos Aires, 21 de Julio de 1737. ES.41091.AGI/22.3.464//CHARCAS,265.

¹⁸ “En todo el caso fue un jesuita, el padre Thomas Werle, alemán, quien comandó a los guaraníes cuando, en 1737, fueron nuevamente llamados para recuperar Colonia. Muere en las primeras escaramuzas, lo que acobarda a los indios. Por otro lado, los españoles quieren impedirles contrabandear con los sitiados, ocurre un choque sangriento y para evitar lo peor, el gobernador es obligado a mandarlos inmediatamente de regreso para las reducciones. Obsérvese, mientras, que esta vez Colonia está mejor defendida y que la modernización de las armas y de las

privó a los misioneros de un importante líder, (Ferreira da Sylva, 1993: 95) reconocido incluso por los españoles, entre los cuales Werle “adquirió fama de buen soldado entre los mayores cabos castellanos”.¹⁹ Y eso lo sabían los sitiados, pues, conforme a los dichos del cronista anónimo, el 11 de enero de 1736:

así que llegó el día vinieron a la muralla dos indios tapes que ya habían venido en otra ocasión y dijeron que toda la indiada sus compañeros estaban desanimados y poco felices por estar muy mal de comida y de vestido y que pese a que estuviese Salcedo esperando por más socorro de las Misiones ellos habían decidido irse como ya lo habían dicho en otra ocasión y dijeron también que en el día anterior murieron tres castellanos siendo pocos los indios que no matasen nuestras balas y que entendían que eso era castigo de Dios por venir a hacer esta guerra y sitio en la Colonia tan injustamente.²⁰

El 14 del mismo mes, junto con un desertor español vinieron dos “indios tapes que también habían llegado a hablar con el gobernador cuyos [indios] ya habían venido dos veces y regresado”.²¹ Es de resaltar la desenvoltura de los misioneros para entrar y salir de la plaza sitiada. Cuatro días después un tape trajo la noticia de una disputa entre los suyos y los castellanos:

A las 8 horas de la noche llegó a la muralla un indio tape. Se entregó él mismo y llevándolo hasta el gobernador dijo que la noche anterior se había atrapado a otro indio viniendo para la plaza con un caballo cargado de carne fresca para regalársela a su señoría [el gobernador] en gratitud por el buen recibimiento que en otras ocasiones les había dispensado y que lo tenían por muerto los castellanos y que por este motivo se habían casi

fortificaciones desfavorece a los guaraníes” (Haubert, 1990: 222).

¹⁹ Según Pereira de Sá, el padre Werle: “Traía a los bárbaros tan observantes en la obediencia como pronto en las obligaciones respetando más las voces del cacique eclesiástico que los preceptos del general y ministros seculares, antigua doctrina entre ellos no existir en la campaña sin la protección de sus padres a quien solo reconocen como superiores” (1993: 84-85).

²⁰ Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...* Biblioteca Nacional, Lisboa, Seção de Reservados, cód. 1445, foja 52.

²¹ Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...*, foja 53.

rebelado los indios a lo que se dio algún crédito porque desde las 8 horas hasta las 9 se oían por aquella banda donde se encontraban arranchados doce tiros de escopeta y de la media noche hasta las dos horas se oyeron seis y de ahí hasta el día diecinueve.²²

El día 19 por la madrugada, el indio salió de la plaza con algunos regalos dados por los sitiados: tabaco, aguardiente y “otras bagatelas”. Al día siguiente tenemos otra noticia traída por un indio misionero:

A las siete horas de la noche llegó un tape y ratificó ser cierto que los indios se habían sublevado contra los castellanos y que los tiros que se habían oído el día 18 eran de los mencionados castellanos contra ellos y que había habido en esa noche muy buena pelea entre los unos y los otros no solo por el mencionado indio capturado si no por otros motivos y desconfianzas.²³

Durante todo el mes de enero fueron frecuentes las visitas de los misioneros a los portugueses. El día 29 al amanecer, cinco indios se aproximaron a la muralla batiendo palmas, y “venían con el interés del tabaco y del aguardiente con los que se les convidaba”. Por la tarde “llegaron 5 indios y dicen que uno de ellos era su sargento mayor y que venía a despedirse de nuestro gobernador y darle las gracias por el buen recibimiento que había dispensado a sus indios”.²⁴ El 5 de febrero dos misioneros llevaron dos reses y dos caballos. Fueron perseguidos por los españoles, pero consiguieron huir. El día 24 ocho indios que estaban siendo acosados por la caballería española fueron auxiliados por los portugueses y refugiados en el fuerte, de donde salieron por la noche.²⁵

En carta al ministro español don José Patiño, don Miguel de Salcedo explicó la difícil relación entre españoles y tapes en el campo de bloqueo. Por no entender la lengua de los indígenas “costó destinarlos en los trabajos que

²² Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...*, foja 55.

²³ Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...*, foja 56.

²⁴ Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...*, foja 59.

²⁵ Anônimo. *Diário dos Sucessos da Nova Colônia do Sacramento...*, foja 70.

habían de ocupar, por valerse de intérpretes, los que, por aversión natural o mala voluntad, trocaban en diferente sentido lo que se mandaba y por evitar esta confusión, concurrió en la trinchera todas las noches que duraron los ataques el Padre Tomás Werle”. La muerte del padre, líder principal de los misioneros, intensificó las tensiones entre las tropas españolas y las milicias criollas, por un lado, y los indígenas por el otro. Estas tenían su origen en la disputa por el control del ganado caballar y vacuno, así como en la tentativa de los españoles de impedir que los guaraníes llevaran carne a los sitiados “para conseguir los géneros de mercaderías que ellos apetecen”. Este conflicto trajo como resultado bajas en ambos bandos. El gobernador concluía la carta diciendo que

como los españoles les habían concebido odio irreconciliable y unos y otros estaban ensangrentados por las muertes que hubo de las dos partes y en disposición de algún suceso fatal, ordenó que se retirasen los indios a sus pueblos [...] De no tomar esta providencia, se hubiera visto con una guerra civil en el campo del bloqueo (Pastells & Matteos, 1958: 243).

La animosidad entre españoles y misioneros era tal que el 28 de febrero el gobernador de Buenos Aires dio orden al padre Lorenzo Daffe de que se retirase del cerco con sus indios. Salcedo acusaba a los misioneros de abastecer de carne a la ciudad sitiada “de ir de 30 en 30 a nuestra vista y volver de la plaza con tanta desvergüenza de día claro”. Además de eso, se quejaba al jesuita de que “en lugar de tener amigos parece, por sus operaciones, ser enemigos declarados, pues han tenido la osadía de salir de noche [...] a atacar la gran guardia nuestra; delito que no hay horcas bastantes para castigar tal exceso” (Cortesão, 1954: 334).

Simão Pereira de Sá nos informa que una “peligrosa controversia entre los tapes y los castellanos suscitó la muerte de un indio, casualmente herido de sus propias rondas”. Sin embargo, entre los portugueses los indios “eran festejados por la utilidad y despreciados por la inconstancia de sus genios, pero como de la aspereza castellana vivían quejándose, querían servir a quien mejor los tratase” (Pereira da Sá, 1993: 90).

Pese a todos estos problemas de convivencia entre españoles e indígenas, según Pereira de Sá se esperaba que más de tres mil indios de las misiones

fueran a vengar la muerte del padre Tomás Werle. Sin embargo —afirmaba—, los misioneros no se dirigieron al sitio de Colonia porque el gobernador de Montevideo había hecho trascender la noticia de que tropas paulistas atacarían las reducciones por orden del gobernador de San Pablo. En realidad, las tropas paulistas eran muy limitadas: las fuerzas comandadas por Cristóvão Pereira de Abreu (conocedor de los caminos para llevar ganado a San Pablo, y con casa y negocios en Colonia) no superaban los 160 hombres. Estas tropas por sí solas no podían atacar las misiones, pero entraron en conflicto con las patrullas misioneras, a las cuales les habían quitado ganado y caballos para facilitar la instalación de una nueva población en el Río Grande de San Pedro. La fundación oficial de Río Grande sería llevada a cabo por el brigadier José da Silva Pais en 1737 (Pereira da Sá, 1993: 159-160). Aunque la noticia que circulaba era solo parcialmente cierta, fue importante para los portugueses en la medida en que mantuvo a los indios ocupados en la defensa de las misiones.²⁶

Entretanto, aunque los sitiados aceptaron de buen grado las carnes traídas por los indios, no dejaron de desconfiar de su comportamiento.²⁷ El cronista Simão Pereira de Sá escribió que los tapes:

Aún con el rigor de azote arriesgaban sus vidas, fabricando carnes en partes desiertas para negociar con nuestra pública indigencia, sin embargo siempre recelosos de la infidelidad que profesaban, aceptamos con repugnancia las ofertas y no la correspondencia, porque siempre envolvían con una verdad muchas mentiras (1993:90).

Aun sin la presencia de tropas guaraníes, enviadas de regreso para las

²⁶ “Pero induciendo estas noticias el miedo diabólicas quimera, formó ilusiones tan variadas el concepto que no teniendo entidad ni fundamento, nos fueron de mucha utilidad y provecho, principalmente cuando recorría la mentira con apariencias de realidad” (Pereira de Sá, 1993: 90).

²⁷ Lo mismo ocurría con relación a los minuanos. Durante el bloqueo al puerto de Montevideo, el brigadier José da Silva Pais escribió a Gomes Freire el 08/11/1736: “Los minuanos siempre se encuentran neutrales, pero están entrando en Montevideo y prometiendo dar parte de cualquier novedad que ahí hubiera y supuesto intentaba valerme de ellos fiado en el conocimiento que tienen de mi por ahora no me animo a eso porque son inconstantes y temo que me vendan queriendo conservar una y otra parte”. En *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Río Grande do Sol*: 1948, nº 109 a 112, p. 16.

misiones a causa de los conflictos con los españoles, los víveres continuaban llegando a los sitiados. En 1737 Vasconcelos escribía al gobernador de Río de Janeiro, Gomes Freire, que “del campo de bloqueo entra la ración de carne fresca que el soldado castellano cambia por ropa y trastos, no obstante la prohibición de sus oficiales, que exactamente procuran que se observe, siendo ellos mismos los que hacen las rondas”.²⁸ Las negociaciones entre portugueses y españoles continuaron a pesar de la guerra. También fueron frecuentes las deserciones de ambos lados.

La paz volvió al Plata el 1º de septiembre de 1737, cuando llegó a Sacramento la nave *Boa Viagem* con la noticia de la firma del armisticio por parte de los representantes de las Coronas portuguesa y española el 16 de marzo del mismo año en París, ordenando el cese de las hostilidades y el mantenimiento del *statu quo*.

Incluso ya finalizada la guerra, el gobernador de Buenos Aires volvió a pedir el auxilio de los misioneros con el fin de contener posibles avances de los portugueses. Sin embargo, esta vez el Provincial de las misiones del Uruguay no quiso atender el pedido del gobernador, pues: “la suspensión de armas hecha entre los vasallos de ambas Coronas y publicada [me] parece no solamente obliga a los españoles, sino también a nuestros indios, pues unos y otros se precian de leales vasallos de su Majestad Católica”. Además agregaba otra razón importante a su negativa: “los indios solos, sin cabos que los dirijan, sin ayuda de bastantes e iguales armas ofensivas, sin artillería [y] a cuerpo descubierto no irán más que al matadero” (Bauzá, 1965: 382-386).

La tercera toma de la Colonia del Sacramento, 1762

El tratado de Madrid, firmado en 1750, estipulaba la permuta de Colonia del Sacramento por los Siete Pueblos de las Misiones. No obstante, dicha permuta jamás se llevó a cabo, dado que el tratado de El Pardo, de 1761, anuló el acuerdo anterior.

La guerra regresaría al sur de América como consecuencia de la guerra de los Siete Años, que enfrentó a los Borbones con la mayor parte de las demás Coronas europeas. Así, Portugal y España volvieron a encontrarse en campos opuestos.

²⁸ En *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*: tomo 32, 1º trimestre de 1869, p. 67.

El 5 de octubre de 1762 se iniciaron los combates bajo el comando de D. Pedro de Cevallos. De las tropas que realizaron el sitio a Sacramento en 1762, había 1146 guaraníes y 231 “indios ladinos”.²⁹ Los misioneros estaban liderados por los jesuitas José Cardiel y Pedro Sigismundo.³⁰ Se hicieron compañías de cien indios cada una, con su capitán, caja de guerra y bandera con la imagen de Santo Tomé.³¹ Iban armados con arcos, flechas y hondas (Lesser, 2005:65).

También durante este sitio, la convivencia entre los misioneros y los españoles no fue nada fácil. Los milicianos de Corrientes fueron los encargados de recoger el ganado de las estancias misioneras, cosa que desagrado a los indios y a los jesuitas. Sintiéndose humillados por la tarea -y probablemente también por la repugnancia que ella suscitó entre los misioneros- los correntinos pidieron mejor trato y que se los destinara a funciones de guerra. Sin embargo, lo único que consiguieron fue que los licenciaran y los enviaran de vuelta a casa a pie, pues sus caballos les fueron confiscados y recibieron un pasaporte en el cual constaba que “son traidores al rey e inquietadores de los que no lo son, y perniciosísimos [sic] para servir con los indios” (Lesser, 2005:64).

Es sabido que Cevallos tenía buenas relaciones con los jesuitas (García Belsunce, 1999:168) y, con seguridad, era consciente de que las tropas misioneras eran esenciales para combatir a los portugueses. Esta actitud ayudó a conservar el buen orden entre los indios y los españoles y de este modo se evitó que se repitieran entre los asediadores conflictos tales como los acaecidos durante el sitio de 1735 a 1737. Incluso así, algunos indios se pasaron al lado portugués, pues tenemos información de que el 16 de octubre de 1762

²⁹ Nómina de la plana mayor y tropa del ejército de S. M. C. que asistió al sitio de la Colonia en el mes de noviembre de 1762. En *Campaña del Brasil - Antecedentes Coloniales* (1932). Buenos Aires: Archivo General de la Nación, tomo III, p. 16.

³⁰ “Breve notícia da Colônia do Santíssimo Sacramento e diário do seu último ataque pelos castelhanos. Ano de 1762”. Publicada como anexo a la História topográfica e bélica da Nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata, de Simão Pereira de Sá. Porto Alegre: Arcano 17, 1993, p. 173.

³¹ “Los guaraníes asignaban enorme importancia a los símbolos militares y a las imágenes religiosas, en la medida que éstos marcaban particularidades de cada reducción y podían asociarse al prestigio y a la precedencia de un grupo de individuos, o incluso generar un sentido de pertenencia comunitario más allá de la jurisdicción de un pueblo” (Wilde, 2009: 179).

“vino un indio desertor de Paraguay [y] dio por noticia que los enemigos habían sufrido bastantes estragos con nuestro fuego”.³²

Algunas conclusiones sobre el papel militar de los indios misioneros

Como apunta Elisa Fröhlauf García en su estudio sobre las relaciones entre los minuanos y los portugueses, las alianzas entre indígenas y europeos eran frecuentes cuando resultaban provechosas para ambos (García, 2009). También las relaciones entre los guaraníes y los portugueses —siempre tratados como enemigos irreconciliables en la historiografía tradicional— podían ser amistosas dependiendo de la coyuntura, como pudimos ver en los ejemplos de colaboración entre misioneros y portugueses durante los cercos a la Colonia del Sacramento, que ocurrían a pesar de la vigilancia y de la represión por parte de los españoles.

En todo caso, no conviene minimizar el importante papel desempeñado por las tropas misioneras, que sabían muy bien cómo demostrar a la Corona su importancia para el sistema defensivo del imperio español de ultramar.

Además, los servicios militares a la corona eran registrados en los archivos de los pueblos como evidencia de la lealtad de los guaraníes al rey. [...] De este modo se producía una interesante articulación entre la historia monárquica en las fronteras y la memoria individual y familiar de los indígenas. (Wilde, 2009: 168)

Aunque las misiones entre los portugueses habitualmente no tuvieron la misma importancia estratégica que para los españoles, también en la América portuguesa las identidades indígenas se reconstruían a partir del contacto con los europeos, y la fidelidad a la Corona servía para que los indios hiciesen valer su importancia y sus derechos ante las autoridades coloniales y metropolitanas.

³² “Breve notícia da Colônia do Santíssimo Sacramento e diário do seu último ataque pelos castelhanos. Ano de 1762”. Publicada como anexo a la História topográfica e bética da Nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata, de Simão Pereira de Sá. Porto Alegre: Arcano 17, 1993, p. 169.

Fue siempre en la condición de indios divididos en aldeas en las que presentaban sus peticiones al Rey: el nombre portugués de bautismo y la identificación, a partir de la aldea habitada, constituyan las formas de identificación usuales delante de las autoridades coloniales, cuando a ellas se dirigían para obtener sus mercedes. (Almeida, 2001: 53)

Y ¿qué mejor forma de mostrar a la Corona su importancia en el contexto colonial que destacar su actuación en defensa de los dominios ultramarinos? En la lucha contra los holandeses y franceses (en el caso de los indígenas vasallos de Portugal) y en el combate contra los *bandeirantes* en las fronteras y contra los lusos en la Colonia del Sacramento (en el caso de los misioneros de la Provincia Jesuítica del Paraguay), los indígenas supieron adecuarse al sistema colonial, buscando mantener su libertad y sus derechos a través de su representación como fieles vasallos de los reyes de Portugal y España.

Sin embargo, la participación de las milicias guaraníes en la disolución de la revuelta comunera en el Paraguay, aunque bajo las órdenes de las autoridades coloniales en nombre del rey, “no dejó de motivar suspicacias en otros ámbitos, que creyeron ver en ellas la fuerza armada de un ‘Reino Jesuítico’ en potencia. Una interpretación maliciosa que en poco tiempo halló eco en los rumores cortesanos y fue difundida en panfletos internacionales” (Maeder, 2010: 127).

La resistencia de los indígenas al tratado de Madrid aumentó el temor al poder de los jesuitas en una Corte cada vez más regalista en su relación con la Iglesia. Finalmente, siguiendo el ejemplo de Portugal y de Francia, en 1767 se ordenó la expulsión de los jesuitas, quedando sus misiones a cargo de otras órdenes en el plano espiritual y de funcionarios de la Corona en el secular. Con la intención de centralizar el poder, la Corona española desarticuló su principal cuerpo de defensa de las fronteras, facilitando así la expansión portuguesa, que, en 1801, tomaría los Siete Pueblos de la orilla oriental del río Uruguay sin enfrentar mayor resistencia por parte de los guaraníes ni de sus oficiales españoles.

Bibliografía

Almeida, L. (1957). *A Diplomacia Portuguesa e os Limites Meridionais do Brasil (1493-1700)*. Coimbra: Universidade de Coimbra.

- Celestino de Almeida, M. R. (2001). Índios aldeados: histórias de identidades em construção. *Revista Tempo*, 12.
- Azarola Gil, L. E. (1931). *La Epopeya de Don Manuel Lobo*. Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones.
- Azarola Gil, L. E. (1959). Historia de la Colonia del Sacramento (1680-1830). *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, 22.
- Barrios Pintos, A. (2008). *Historia de los Pueblos Orientales* (Tomo I). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental; Ediciones Cruz del Sur.
- Bauzá, F. (1965) *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Tomo III. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Boxer, Ch. (2007). *A Igreja Militante e a Expansão Ibérica, 1440-1770*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Cortesão, J. (1954). *Manuscritos da Coleção de Angelis*, Tomo V. Rio de Janeiro: Biblioteca Nacional.
- Ferreira da Sylva, S. (1993). *Relação do Sítio da Nova Colônia do Sacramento*. Porto Alegre: Arcano 17.
- Fradkin, R. (2002). Guerras, ejércitos y milicias en la conformación de la sociedad bonaerense. En Fradkin, R. (director de tomo). *Historia de la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- García Belsunce, C. A. (1997). La Sociedad Hispano-Criolla. En *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomo II. Buenos Aires: Planeta.
- Garcia, E. F. (2009). *As Diversas Formas de ser Índio: Políticas Indígenas e Políticas Indigenistas no Extremo Sul da América Portuguesa*. Rio de Janeiro: Arquivo Nacional.
- Haubert, M. (1990). *Índios e Jesuítas no Tempo das Missões*. São Paulo: Círculo do Livro.
- Herzog, T. (2006). *Vecinos y Extranjeros. Hacerse Español en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Keegan, J. (1995). *Uma História da Guerra*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Kern, A. (1982). *Missões: Uma Utopia Política*. Porto Alegre: Mercado Aberto.
- Lesser, R. (2005). *La Última Llamada. Cevallos, Primer Virrey del Río de la Plata*. Buenos Aires: Biblos.
- Lisanti, L. (org.) (1973). *Negócios Coloniais* (Vol.4). São Paulo: Visão Editorial.
- Maeder, E. (2010). Las Misiones Jesuíticas. En Telesca, I. (coord.). *Historia del Paraguay*. Asunción: Taurus.

- Meliá, B. (2006). Escritos guaraníes como fuentes documentales de la historia paraguaya. En *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [En linea], <http://nuevomundo.revues.org/2193#toco1n2> consultado el 08/06/13.
- Monteiro, J. (1937) *A Colônia do Sacramento (1680-1777)* Vol. 1. Porto Alegre: Globo.
- Mörner, M. (s/d). *Actividades Políticas y Económicas de los Jesuitas en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Paidós.
- Neumman, E. (2000). Fronteira e identidade: confrontos luso-guarani na Banda Oriental, 1680-1757. *Revista Complutense de Historia de América*, 26.
- Pastells, P. & Matteos, F. (1958). *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Tomo VII. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pereira de Sá, S. (1993). *História topográfica e bélica da Nova Colônia do Sacramento do Rio da Plata*. Porto Alegre: Arcano 17.
- Possamai, P. C. (2009). “Montevideo es outro Gibraltar”. As tentativas dos portugueses em ocupar Montevidéu no século XVIII. *Estudios Históricos* – CDHRP, 3.
- Rodríguez, S. & González, R. (2010). *En Busca de los Orígenes Perdidos. Los Guaraníes en la Construcción del Ser Uruguayo*. Montevideo: Planeta.
- Sammel, G. V. (2000). *A Primeira Era Imperial*. Lisboa: Europa-América.
- Sepp, A. (1980). *Viagem às Missões Jesuíticas e Trabalhos Apostólicos*. Belo Horizonte: Itatiaia; São Paulo: EDUSP.
- Wilde, G. (2009). *Religión y Poder en las Misiones de Guaraníes*. Buenos Aires: SB.

Ataque de la flota combinada anglo portuguesa a la Colonia del Sacramento. El hundimiento del navío Lord Clive, 1763

Marcelo Díaz Buschiazzo

De Londres al Río de la Plata

Corría el año 1762, y mientras Cevallos realizaba los preparativos para el asalto a Colonia del Sacramento, a miles de kilómetros de distancia, en Londres, se estudiaba una expedición de conquista al Río de la Plata que tenía como objetivo principal la ciudad de Buenos Aires (Luzuriaga, 2008). Concibió ese plan el embajador portugués en Londres, Martín de Mello e Castro, en ocasión de la Guerra de Siete Años (1756-1763). Un inglés que había vivido en Buenos Aires, John o Joseph Reed, de profesión tonelero, le había proporcionado abundante información. Reed, que a su condición de comerciante británico unía el cargo oficioso de espía, había dirigido en julio de 1759 una carta a Mello e Castro. Como base para el asalto a Buenos Aires había previsto utilizar Colonia del Sacramento, en ese momento en manos portuguesas. Uno de los datos que más habían cautivado era que la ciudad elegida sería de fácil conquista y disponía de grandes riquezas.

La expedición estaba auspiciada financieramente por una sociedad comercial por acciones cuyo principal promotor era la Compañía de las Indias Orientales. Por otro lado, la expedición tenía el apoyo evidente de la corona de Portugal y la tolerancia de la de Gran Bretaña.

Preparativos de la expedición

Se preparó desde Londres una incursión hacia el Sur, precisamente al Río

de la Plata, por lo que se gesta en la capital británica una expedición financiada por las Compañía de Las Indias Orientales. Se puso al frente al Capitán Robert Mac Namara. Se equiparon dos navíos, el Kingston y la fragata Am- buscade, aumentándose la artillería naval de 50 a 64 cañones en el primero y de 28 a 50 cañones en el segundo.

La adecuación del navío insignia en navío de tercera clase llevó a que se rebautizara el mismo con el nombre de Lord Clive, el nombre elegido para la nave capitana no era casual, rendía honor a una figura rutilante para las expectativas de desarrollo político, comercial y económico de Gran Bretaña. Robert Clive, al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, era el héroe del momento, había sido elevado a la nobleza tras derrotar a los franceses en la India, en la batalla de Plassey.

Características del navío de tercera clase

Navíos de línea de dos puentes armados con un total entre 60 y 80 cañones. Esta clase fue la más numerosa de navíos, siendo los célebres 74 cañones los más utilizados por todas las marinas de guerra del mundo. Los de 80 cañones armaban cañones de a 36 libras en tiempo de guerra en la 1^a batería y de a 24 en la segunda. Los de 74 cañones de a 24 en la 1^a y de 18 en la 2^a. Aunque muchas veces sustituían los de a 24 por 36 libras, a costa del sufrimiento de la estructura del buque.

Destino “Buenos Aires”

Con la promesa de libre saqueo en Buenos Aires, se alistaron 700 voluntarios, partiendo al Atlántico Sur, y llegando a Río de Janeiro el 1ro de Octubre de 1762 (mismo día que Cevallos ordenaba pasar del campo de bloqueo al sitio de Colonia del Sacramento). Allí Gomes Freire sumó a la flota inglesa un navío de 70 cañones de nombre *Gloria*, 6 bergantines y 600 hombres de tropa. Esta tropa reclutada en Río de Janeiro por levas forzadas, no proporcionaban una infantería capaz de realizar las maniobras de marinería y menos aun una operación de desembarco.

El día 10 de Diciembre la flota combinada anglo portuguesa se presentó frente a Montevideo, capturando allí una lancha española e informándose en ese momento de la caída de Colonia del Sacramento en manos españolas.

La flota se dirigió hacia el oeste, por el canal del norte, que es el más

cercano a la costa, merced del poco calado de las embarcaciones, teniendo al sur los bajos del banco Ortíz.

A la altura de la desembocadura del arroyo Sauce (actual Juan L. Lacaze) la escuadra fondeó y adelantó uno de los bergantines para observar la situación reinante en Colonia, ya en manos españolas. Ante esta situación, se decidió no enfrentarse a los buques españoles ni tampoco al fuego de la artillería de Colonia del Sacramento por lo que se decidió continuar con el trazado del plan original que era el de asaltar y saquear Buenos Aires.

Al intentar adentrarse hacia el sur, se encontraron con la poca profundidad del Río de la Plata, por lo que debieron de acercarse a Colonia para luego dirigirse hacia Buenos Aires. En la noche del 24 de Diciembre atacaron unas naves españolas, pero respondió de inmediato la artillería naval de la escuadra de Sarriá, y las baterías ubicadas en la plaza fuerte y las piezas de artillería de la Isla de San Gabriel, ubicada a 3 kilómetros al oeste del canal de acceso a Colonia.

La escuadra anglo portuguesa volvió a dirigirse al este y decidió recoger víveres en la costa por lo que se enfrentó a una de las tantas guardias que tenía prevista Cevallos puntualmente sobre la barra del Río Rosario, la cual logró capturar algunos efectivos portugueses.

Continuando hacia Montevideo, decidieron atacar naves menores y asaltar Maldonado, momentos en que avistaron a un navío portugués que traía a bordo al práctico del río Guillerme Kelly, con órdenes precisas de volverse la flota combinada a Río de Janeiro ya que se había recibido la noticia de la caída de Colonia del Sacramento en manos españolas.

En Consejo de Guerra, se decidió que era factible la conquista de Colonia y la continuidad del plan original de asaltar Buenos Aires, por lo que el ataque a la plaza defendida por Cevallos era inminente, quien, pese al alejamiento de la flota enemiga invasora, ordenó seguir manteniendo una férrea vigilancia sobre la misma, pues consideraba que volverían a ser atacados y así fue que ordenó patrullar el canal de acceso a Colonia. Juan Antonio Guerrero, capitán del “*Don Zenón*”, nave asignada a esa tarea de reconocimiento y observación escribió el siguiente parte:

“Al Excelentísimo Señor Don Pedro de Cevallos.

Acabo de recibir la orden de Vuestra Excelencia y enterado de ella,

digo que si ellos vinieren, yo los espero. Los Navíos que vienen son de madera, la bala roja (se denominaban así las balas de los cañones calentadas en hornos o fraguas al “rojo vivo” y disparadas con la intención deliberada de causar un incendio en una fortaleza o en un buque) *los despachará breve, haciendo la puntería, una ó dos varas* (1 vara equivale a 86 cmts), *arriba de la lumbre del agua* (línea de flotación), *derecho al palo de la mesana* (Mástil que se encuentra más a popa -atrás- en el buque de tres palos), *o del palo del trinquete* (Palo que se enarbola inmediato a la proa, en las embarcaciones que tienen más de uno), *porque á popa está la pólvora* (el lugar donde se guardaba la pólvora era denominado Santa Bárbara), *y á proa los pañoles de la jarcia* (Compartimiento de un buque destinado a guardar aparejos, brea, alquitrán y estopa destinado a calafatear el barco), *brea, y alquitrán, estopa, y demás pertrechos del Navío, los cuales son muy inflamables.*

A bordo del Navío Zenón en el puerto de San Carlos del Sacramento, Enero 4 de 1763. Su más humilde criado

Juan Antonio Guerrero”¹

Preparativos del asalto a Colonia del Sacramento

Desde la desembocadura del arroyo Riachuelo en el Río de la Plata, 10 kilómetros al este de Colonia se planeó desde el día 04 de enero de 1763, el asalto a Colonia del Sacramento. La idea primigenia fue la de operar tres navíos y batir bajo el fuego de la artillería naval las defensas de Colonia.

Mac Namara sabía que no contaba con una fuerza organizada de infantería que pudiese emplear para realizar un desembarque en la costa sur y atacar a la vez a la plaza desde el mar y tierra conjuntamente, por lo que se exponía a batir por el fuego de sus naves y organizar una fuerza de desembarco en lanchones que alcanzaran las murallas desde el sur y el oeste de Colonia, empresa un tanto complicada, al tener que ser muy puntilloso en la coordinación del asalto.

El día del asalto

El amanecer del 06 de enero de 1763, encontró al navío insignia inglés

¹ Archivo General de la Nación, Sala III, Gobierno de Pedro de Cevallos 1760-1763, topografía 21 17. Documento recopilado en Olarte, s/d.

Lord Clive, seguido por el Ambuscade a órdenes de su Capitán Roberts y el navío portugués Gloria. La aproximación con viento norte produjo que al sobrepasar la altura de la punta de San Pedro las dos naves inglesas orzaran en dirección a las islas para luego enfrentarse al viento de proa y aflojar las velas, con lo que ofrecen la artillería de estribor (derecha) a la costa, anclando los navíos, ya que la corriente en este punto es paralela a la costa por el este de la Isla de San Gabriel y favorecido con la dirección del viento llevaría a que los navíos quedaran fuera del alcance de sus piezas de artillería.

El Lord Clive se ubicó 350 metros al sur oeste de Santa Rita, enfrentado a la Playa del Colegio, mientras que inmediatamente a popa (atrás) se posesionó el navío inglés Ambuscade, batiéndose con el Bastión de San Pedro de Alcántara.

Por su parte el navío portugués Gloria se ubicó al sur de la cortina que une los bastiones de San Pedro y San Miguel, dirigiendo sus fuegos a este último bastión.



Posiciones de las Naves de la Flota Combinada Anglo-Portuguesa para atacar Colonia. S. Lord Clive, I Ambuscade, V Gloria, X Otras embarcaciones de la flota

Fuente: Demostraçam da Praça Nova Colonia do Smo. Sacramento, por el Brigadeiro Jose Custodio de Sá e Faria. 1763.

Duelo entre la artillería de plaza y la naval

Cevallos desde el primer momento que se dio aviso de la presencia de la escuadra anglo portuguesa había mandado preparar las dotaciones.

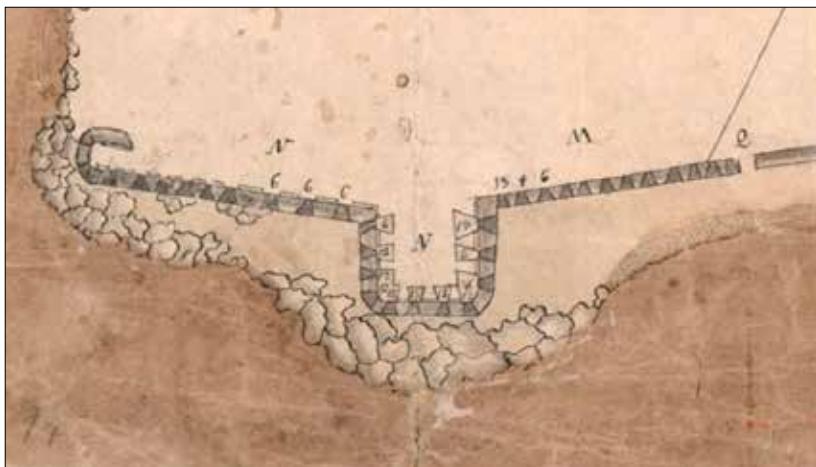
Al mediodía del 6 de enero se cruzaron los fuegos defensivos de la plaza fuerte con los de la artillería naval. Balas al rojo vivo surcaron el aire desde las defensas de Colonia dirigidas a los navíos, mientras que los cañones navales disparaban balas rasas (balas macizas), palanquetas (balas unidas por cadenas o un hierro) y metralla (pequeños balines y recortes de metal).

A las tres de la tarde una bala al rojo alcanza al navío Inglés Lord Clive y se origina un incendio de gran magnitud, que termina alcanzando la Santa Bárbara del navío y lo termina consumiendo totalmente.

En un documento se recoge que la escuadra disparó hasta las 4 de la tarde un total de 2.337 cañonazos. Joseph Reed artífice de la expedición muere al comenzar el duelo de las artillerías, Mac Namara se hunde junto con su nave, y perecen 400 soldados del Lord Clive, mientras que en el Ambuscade se contabilizaban luego de cuatro horas de combate 80 bajas, mientras que por el lado español las bajas son prácticamente nulas, un oficial y tres soldados.

Los marineros del Clive se arrojan a nado a alcanzar la costa, y Cevallos ordena a la fusilería barrer con sus fuegos la potencial amenaza.

Se toman 9 oficiales sobrevivientes del navío inglés Lord Clive como prisioneros, 5 guardias marinas y 64 tripulantes.



N. Batería de Santa Rita con el calibre de las piezas de artillería correspondiente

El Ambuscade averiado no podía realizar una maniobra virando al este (recibir el viento desde babor- izquierda-) para poder escapar del ataque, por lo que lo expondría demasiado cerca del Bastión de San Pedro, erizado de cañones, y con altas probabilidades de encallar en los peldaños rocosos o de varar en los bancos de arena que se forman a la altura del transverso de las corrientes que descienden del Paraná y el Uruguay y de las ascendentes con las pleamaras oceánicas o con las sudestadas.

También escoraría hacia la derecha, lugar donde tenía las averías producidas por el fuego defensivo. Recibir el viento desde estribor (derecha), lo aproximaría hacia las rocas que dominan por el sur este a la Isla de San Gabriel (conocidas como Piedra Anita), y encallar en ellas llevaría a que cerraran todos los fuegos sobre la nave y sellar el seguro hundimiento.

Orzar y quedar entre la Isla de San Gabriel y la Bahía de Colonia le aseguraría un infeliz final, quedando sin salida en la trampa natural que conforma la Isla de San Gabriel, los ingleses, Farallón, las Islas de López al Norte y los Muleques (grupo de rocas semi sumergidas que cierran el paso hacia el norte).

El final del Lord Clive

Todo fue tan rápido que los marineros que estaban en las cubiertas inferiores tratando de apagar el fuego que se propagó “...de popa a proa...” y achicar las entradas de agua producidas por las “*balas rojas*”, al comenzar a asfixiarse, procuraron salvar sus vidas, lo que pocos lograron. Mientras el agua entraba por los rumbos abiertos en su banda de estribor - especialmente en el palo del trinquete- y el fuego hacía estragos en su cubierta, a las cuatro de la tarde, el “*Lord Clive*” buque insignia de la escuadra invasora comenzó a hundirse de proa, sirviendo de sepulcro para cuatrocientos de sus tripulantes.

Cevallos no expresó en ninguna de sus cartas y documentos relativos al combate, que haya estallado la Santa Bárbara del “*Lord Clive*” -como muchos sostienen-, y por tanto, eso debe ser rechazado, pues si las “*balas rojas*” hubieran impactado bajo el palo de mesana en la popa, donde estaba la Santa Bárbara, sus vidas hubieran corrido serio riesgo.²

² Troncoso (2004). A los pocos días de su hundimiento, hábiles buzos españoles, extrajeron dos pequeños cañones y otras pertenencias del casco del “*Lord Clive*”, enterrado por éstos que el

Luego del combate

De la dotación del Lord Clive sobrevivieron apenas 78 marinos, entre ellos cuatro oficiales y dos guardiamarinas.

Cevallos, implacable en el combate, supo también ser generoso y le proporcionó a cada uno un juego de ropa: una camisa, una calza, un chaleco y un gorro. Posteriormente envió a los prisioneros a Buenos Aires con la orden de que fueran internados tierra adentro, en Mendoza y Córdoba. Algunos incluso fueron enviados a Chile.

La dubitativa actitud de Sarriá acabó con la tolerancia de sus superiores. Fue detenido y enviado a la isla de San Gabriel, y más tarde trasladado a Europa en calidad de detenido, acompañado por el teniente de fragata don Manuel Guerra.

Mientras esto sucedía en el Río de la Plata, el 1.^o de agosto de 1762 los ingleses conquistaban La Habana. Un mes y medio después, el 22 de setiembre, una flota británica conquistaba Manila. En este panorama de contrastes, un acuerdo de paz urgía a la corona española.

Colonia sería devuelta a Portugal el 27 de diciembre de ese año, como consecuencia del tratado de París, que devolvía a su vez La Habana y Manila a España.

La importancia de la Victoria

De los interrogatorios de los prisioneros, Cevallos tomó conciencia de sus verdaderas intenciones:

Bien sabe VE, que desde el año 1759 considerando lo mucho que aumentaban los Portugueses sus fuerzas por estas partes, y que siempre tendrían a su favor a los Ingleses, han sido repetidas las cartas que le he escrito manifestando la grande necesidad que había en caso de rompimiento se hallasen los Puertos de este Río con las fuerzas competentes para su defensa, siendo esto imposible con el corto número de tropa que existía y actualmente hay, el cuál apenas basta para guarecer uno de ellos.

mismo estaba bastante entero, Cevallos ordenó “empedrarlo” (a) a fin de impedir que los ingleses intentasen reflotarlo en el futuro. (a) Arrojar piedras sobre un barco hundido, a fin de evitar su flotabilidad y eventual rescate.

Por el proyecto que acabo de referir de los ingleses, verá VE. que éstos no contentos con las grandes ventajas que lograba su Nación por el comercio de esta Plaza, estando en poder de los Portugueses, han aspirado a la conquista de Buenos Aires, sin duda por que habiendo en aquella ciudad Treinta años con el Asiento de Negros, conocen que no sólo se harían por ese medio Dueños de las Riquezas del Perú, sino de todo el País hasta Potosí, no habiendo en tan dilatado terreno tropa alguna, ni en la Gente de por acá disposición para oponerse a seiscientos u ochocientos hombres de tropa que intentaran penetrar hasta ahí ni tampoco creo faltarían entre los moradores, quienes por sus particulares intereses le celebrasen, fuera del auxilio que pudieran tener de las Naciones de Indios Infieles, de que se hallan pobladas las campañas (...) (Troncoso, 2004)

Todo como al principio

Luego del sitio a Colonia del Sacramento de 1762 y del combate contra la escuadra combinada anglo portuguesa, la plaza fuerte, por el Tratado de Paris vuelve al poder de los portugueses, llevando nuevamente los límites de su reino a la distancia del tiro de cañón.

La Colonia del Sacramento vuelve a manos portuguesas y prontamente, en 1777, un viejo conocido, Pedro de Cevallos, al mando de la mayor expedición española que surcará estas latitudes, desembarcaría sobre la costa sur de Colonia del Sacramento, para esta vez sí, tomar definitivamente la Plaza fuerte para los españoles.

Bibliografia

- Kunsch, A. (2003). *Incendio y Naufragio del Lord Clive*. Montevideo: Tradinco.
- Luzuriaga, J. C. (2008). *Las Campañas de Cevallos. Defensa del Atlántico Sur, 1762-1777*. Madrid: Almena.
- Olarte, J. G. (s/d). *Las tres invasiones británicas al Río de la Plata*. s/l: Cara o Cruz.
- Troncoso, G. (2004). A 250 años del hundimiento del Lord Clive. Naufragios en las Costas Uruguayas. *Diario El País*.

Travessias difíceis: Portugal, Colônia do Sacramento e o “Projeto Montevidéu” (1715-1755)

Victor Hugo Abril

Senhor.

A relação do sítio da praça da Nova Colônia do Sacramento pela sua maestria é muito digna de ser consagrada à Real grandeza de Sua Majestade, e de que nela se veja gravado o seu augusto nome; porque refere à valorosa defensa, em que poucos vassalos de Sua Majestade, guiados pelas sábias disposições de um Governador [Antônio Pedro de Vasconcelos] tão prudente, como valoroso, sustentaram a antiga gloria de nossa nação, e obraram ações dignas, de que as leia a prosperidade na História do glorioso reinado de Sua Majestade [...] (Ferreira da Silva, 1768: 7-8)

Este trecho, escrito pelo comandante da Companhia da Reserva, Silvestre Ferreira da Silva, demonstra a importância da região da Colônia do Sacramento para o império português. Nesta consagração ao rei D. João V, Ferreira da Silva escreve as memórias de sua trajetória na região do Prata. Incluindo desenhos de plantas dos principais lugares que percorreu, como Buenos Aires e Montevidéu, este soldado-cronista aproveitou para enaltecer a figura do governador Antônio Pedro de Vasconcelos que lhe fez mercê da patente de comandante da Companhia de Reserva, “formada dos homens pretos mais robustos, e mais aptos para o manejo das armas, que havia na Praça” (Ferreira da Silva, 1768:8). Sua narrativa engrandece os feitos do governador, do rei e os seus próprios ao informar ao monarca que a dita Companhia não foi

inútil no projeto de defesa da Colônia do Sacramento frente aos inimigos castelhanos.

Tais memórias foram escritas em 1735. Talvez, Silvestre Ferreira da Silva tivesse informações sobre o Tratado de Utrecht,¹ vinte anos antes (1715) na qual o mesmo rei, consagrado em suas memórias, conseguira que a Colônia do Sacramento e o seu território passassem aos domínios de Portugal.

Região de conflitos, de disputas jurisdicionais, de estabelecimento do povoamento nos faz pensar em várias questões: O porquê da disputa pela região do Prata?² Como a atuação dos governadores fora essencial a colonização, defesa e proteção da Colônia? Como a atuação efêmera do mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca alterou os planos portugueses?

Partindo para um enfoque mais político das fronteiras do Brasil na região do Rio da Prata ou Colônia do Sacramento, Luís Ferrand de Almeida aponta que uma das consequências da intervenção portuguesa na guerra de sucessão de Espanha (1701-1713) foi a perda da Colônia de Sacramento, fundada em 1680.³ Cercada e atacada “por um exército hispano-guarani, as tropas portu-

¹ Para Joaquim Romero Magalhães (1998: 10), em termos de reconhecimento internacional, o Tratado de Utrecht finalmente entregava à soberania portuguesa o Rio da Prata. Segundo o autor português, fora preciso a “guerra na Europa e o trabalhoso rearranjo que se lhe seguiu para que a questão da fronteira sul do Brasil tivesse um princípio de arrumação”.

² Grande contribuição para os estudos sobre a região do Prata, deslindando o comércio português, Alice Piffer Canabrava delimitava o período da união das coroas de Portugal e de Castela, 1580-1640, como marco cronológico a colonização ibérica na região platina, principalmente quando estes territórios estavam unidos pelo mesmo cetro (Castela). O primeiro momento, 1580, “fechou o ciclo heroico e turbulento da conquista espanhola na América”, ou seja, quando Castela ocupou Buenos Aires e integrou as terras do estuário platino sob seu domínio. O segundo momento, 1640, apontara a colonização do estuário do Prata favorecida pela penetração comercial luso-brasileira, e após a Restauração portuguesa, marcou “a decadência daquele comércio na região platina, manifesta desde o início do segundo quartel do século XVII”. A tese de Canabrava é apresentar que o período que decorre da União Ibérica à Restauração portuguesa fora extremamente favorável à expansão do comércio português nas colônias espanholas, “que se tornaram um vasto teatro de expansão dos mercadores lusos, fenômeno interessante que demonstra o dinamismo da burguesia portuguesa nesse período de decadência política do país” (Piffer Canabrava, 1984: 17-18).

³ Para Paulo Possamai a Colônia do Sacramento foi fundada na “margem esquerda do Rio da Prata em 1680 por D. Manuel Lobo”, obedecendo ao plano do príncipe regente D. Pedro de expandir os domínios portugueses na América, “a fim de assegurar vantagens territoriais e econômicas à Coroa portuguesa”. Seguindo esta linha de pensamento a ocasião da fundação da

guesas retiraram-se da região” (Ferrand de Almeida, 1990: 7).

Mais uma vez a conjuntura europeia determinaria mudanças na região. Opostos os países ibéricos na Guerra de sucessão da Espanha, a Colônia foi mais uma vez atacada obrigando, em 1704, o governador Sebastião da Veiga Cabral a abandoná-la no ano seguinte. “Por onze anos Sacramento permaneceu sob domínio espanhol” (1704-1715). Pelo Tratado de Utrecht, em 1715 foi estabelecida a devolução da Colônia a Portugal, “que conseguiu sair do conflito com suas fronteiras americanas garantidas” (Wehling & Wehling, 1999: 169).

Luís Ferrand de Almeida acrescentava que a luta entre portugueses e espanhóis continuava por outras frentes e prolongou-se por alguns anos, até a paz estabelecida entre Portugal e Espanha em 1715, no tratado de Utrecht, ocasião em que os portugueses reivindicaram a restituição da Colônia do Sacramento com todas as terras até o Rio da Prata. Entretanto, os representantes do governo de Madrid tinham instruções para não admitirem, com o fundamento de que tal concessão colocaria em grande perigo Buenos Aires, o comércio de Potosí e as próprias Índias ocidentais, em geral (Ferrand de Almeida, 1990: 7).

Ferrand de Almeida destaca que, em 1720, “os espanhóis se encontravam estabelecidos em Montevidéu”. Ou seja, a concorrência “luso-espanhola no Prata, para além dos aspectos econômicos, tinha também uma componente política, que se traduzia num problema de soberania” (Ferrand de Almeida, 1990: 10).

Partindo desta chave de interpretação iremos esquadrinhar a ocupação de Montevidéu. Cada vez mais interessava, a castelhanos e portugueses, o controle desta região.⁴ Nesse contexto, Montevidéu tornou-se angular nesses

Nova Colônia era propícia, pois a “decadente Espanha de Carlos II, o último Habsburgo espanhol, não parecia capaz de opor resistência aos velhos projetos expansionistas portugueses” que visavam dominar o estuário do Prata e, através dele, “assegurar a manutenção do fluxo da prata contrabandeada das minas de Potosí para Lisboa por via dos portos brasileiros” (Possamai, 2001: 10).

⁴ Sergio Buarque de Holanda na coletânea *História Geral da Civilização Brasileira* já apontara, que embora correspondesse a uma antiga aspiração portuguesa, a fixação do Rio da Prata como limite sul do Brasil só se efetivara em fins do século XVII. Tal região atiçava a cobiça de particulares, pouco influentes, sem posição social definida, mas que contava com o estímulo e amparo da Corte para colonizar a região. Importava aos portugueses “anteciparem-se, fosse como fosse, aos seus vizinhos e rivais castelhanos na posse daquela terra de ninguém situada entre a capitania de São Vicente e o Rio da Prata” (2004: 322).

conflitos. Segundo Frédéric Mauro, a decisão dos portugueses de se fixar nas terras ao sul foi uma consequência direta do conflito hispano-português na região do Rio da Prata, que irrompeu novamente em 1723 (com a questão de Montevidéu, ou seja, ocupar terras além da Colônia por essa área de fronteira entre Buenos Aires e o Estado do Brasil). Desde 1716 as relações se haviam exacerbado e os governadores de Bueno Aires e da Colônia do Sacramento se observavam atentamente e tentavam criar postos e povoações em outros pontos da margem esquerda do estuário, para garantir seu próprio comércio de carne, ouro e resina e conter a expansão do inimigo (Mauro, 2008: 473).

Do lado português a tônica das comunicações políticas entre colônia e Reino eram a proteção e defesa da Colônia do Sacramento. Por ordem régia o Conselho Ultramarino, indicava o engenheiro-mor Manuel de Azevedo Fortes para, mesmo que no Reino, desse soluções para fortificação da Colônia no tempo da administração do governador Manuel Gomes Barbosa (1715-1722). O parecer do engenheiro denotava uma preocupação com as casas que se faziam fora das explanadas,⁵ ou seja, fora dos limites da fortificação. Com uma visão técnica este informava da necessidade de se erigir trincheiras para impedir o desembarque de inimigos e evitar que se apoderassem “das mesmas casas para se cobrirem com elas contra a praça”.⁶

Reforçava o engenheiro que estas famílias que estavam aquarteladas fora da fortificação da Colônia do Sacramento estariam sujeitas a qualquer hostilidade, “sem remédio de que os não há de livrar ou dissessem que estão ali a seu gosto”. Como funcionário metropolitano, distante do cotidiano local da região do Prata, com as informações dos agentes locais identificava os moradores que se situavam fora da fortificação como “ignorantes da arte militar e não conhecem o perigo a que estão expostos”. Para o engenheiro do reino não era bastante estes moradores dizerem que “até aqui não tem padecido hosti-

⁵ Verbete *Explanada*. Raphael Bluteau. *Vocabulário Portuguez e Latino*. Coimbra, 1712, vol. 03, p. 393.

⁶ Carta do engenheiro-mor, Manuel de Azevedo Fortes, ao rei D. João V dando parecer sobre a planta da fortificação da Nova Colônia do Sacramento, executada pelo tenente-general José Vieira Soares, e informações do governador da Nova Colônia do Sacramento, Manuel Gomes Barbosa, sobre as condições do terreno e da defesa. (Lisboa, 03/12/1720). AHU – Projeto Resgate – Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 67.

lidade alguma”, porém isto não os livrava de “que os inimigos o não possam intentar, e se intentarem a conseguirão certamente”, ocupar e conquistar a região de jurisdição portuguesa.⁷

Esse reforço e estrutura para a fortificação vinha de uma preocupação recorrente dos funcionários régios locais com uma possível invasão dos espanhóis de Buenos Aires. As fronteiras da Colônia se tornavam pontos estratégicos para traçarem planos de conquista, povoamento e guerra. Um ano antes da carta do engenheiro-mor, o governador Manuel Gomes Barbosa recorria ao secretário de Estado, Diogo de Mendonça Corte Real, para o auxílio da Colônia e queixando-se da falta de ajuda do governador do Rio de Janeiro, dando parte que os espanhóis de Buenos Aires planejavam povoar e fortificar Montevidéu, “para o que mandaram sondar toda a sua enseada e fazer planta da fortificação que lhe é necessária nas quais remeteram para a Espanha”.⁸

Com saída de Manuel Gomes Barbosa, D. João V entregava a Antônio Pedro de Vasconcelos, o governo dessa região, em 1722. “Represento a Sua Majestade com meu humilde respeito que esta praça se deve conservar, não porque falte terra na América que se povoe, mas porque nenhuma outra pode fazer equilíbrio na balança onde se pesarem as circunstâncias de se relatar” o rei D. João V “no tempo futuro seus domínios”.⁹ Recebia das mãos de seu antecessor, Manuel Gomes Barbosa as informações necessárias ao governo da Colônia.

⁷ Carta do engenheiro-mor, Manuel de Azevedo Fortes, ao rei D. João V dando parecer sobre a planta da fortificação da Nova Colônia do Sacramento, executada pelo tenente-general José Vieira Soares, e informações do governador da Nova Colônia do Sacramento, Manuel Gomes Barbosa, sobre as condições do terreno e da defesa. (Lisboa, 03/12/1720). AHU -Projeto Resgate- Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 67.

⁸ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Manuel Gomes Barbosa, ao secretário de Estado, Diogo Mendonça Corte Real, reclamando do governador do Rio de Janeiro, Antonio Brito de Meneses, o envio de mantimentos. Ferramentas, fardas, índios para o trabalho e armas. (Nova Colônia do Sacramento, 26/12/1719). AHU -Projeto Resgate- Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, ex 01, doc. 51.

⁹ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a sua tomada de posse no governo da Nova Colônia do Sacramento e as atividades desenvolvidas na Colônia. (Nova Colônia do Sacramento, 25/09/1722). AHU -Projeto Resgate- Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 76.

De todas as informações de Antônio Pedro de Vasconcelos repassadas ao reino sobre suas impressões da Colônia do Sacramento, está o aprendizado que obteve no Rio de Janeiro quando desembarcou pela primeira vez no Estado do Brasil. Instalado por alguns meses na cidade do Rio de Janeiro, antes de tomar posse do governo da Colônia, Antônio Pedro de Vasconcelos solicitava trazer em sua viagem “muitas cousas” que já sabia necessitava a região do Prata e conseguiu que o provedor “Manoel Côrrea Vasques que tem servido naquela praça [Rio de Janeiro] a Sua Majestade com maturidade e zelo admirável, me deu tudo o que coube no possível”, principalmente no que concerne às lavouras, o aumento dos cultivos, ponto salientado pelas instruções por parte do rei.¹⁰

A passagem pelo Rio de Janeiro foi importante para o conhecimento das lavouras de trigo e de suas técnicas. Não é por menos que ele citava a colaboração do juiz, ouvidor e provedor da Alfândega do Rio de Janeiro, Manoel Côrrea Vasques. Homem pertencente à elite local e com vasto conhecimento sobre diversas formas de cultivo, como o trigo, visto que era senhor de engenho.¹¹ Estreitando esses laços de solidariedade com o juiz e ouvidor da Alfândega, Antônio Pedro de Vasconcelos intercedia pelo auxílio do governador Aires Saldanha de Albuquerque para que “pudesse trazer lavradores sem grande despesa da Fazenda de Sua Majestade”.¹²

Aires Saldanha atendia ao pedido de Vasconcelos e fazia seleção de homens e casais que chegavam às embarcações do porto do Rio de Janeiro e que

¹⁰ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a sua tomada de posse no governo da Nova Colônia do Sacramento e as atividades desenvolvidas na Colônia. (Nova Colônia do Sacramento, 25/09/1722). AHU -Projeto Resgate- Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 76.

¹¹ Cf. “Estatutos do Contrato da Dízima”. In: Valter Lenine Fernandes. *Os contratadores e o contrato da dízima da Alfândega da cidade do Rio de Janeiro (1726-1743)*. Rio de Janeiro: Dissertação de mestrado apresentada ao Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro, 2010, pp.15-36.

¹² Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a sua tomada de posse no governo da Nova Colônia do Sacramento e as atividades desenvolvidas na Colônia. (Nova Colônia do Sacramento, 25/09/1722). AHU -Projeto Resgate- Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 76.

tinham por objetivo remediar a miséria que se encontravam no reino. Com a colaboração do juiz e ouvidor da Alfândega, o governador do Rio de Janeiro não encontrava empecilho para mandá-los à Colônia do Sacramento com a utilidade de se dedicarem as lavouras.

Entretanto, a fortificação da região do Prata, ou seja, a defesa do território era meta precípua desses governadores. Antônio Pedro de Vasconcelos resolveu estabelecer laços amigáveis com o governador de Buenos Aires, D. Bruno de Zaballa, principalmente no que tange às fronteiras da Colônia do Sacramento e a região de Montevidéu, em fase de fortificação e povoação pelos espanhóis. Silvestre Ferreira da Silva, que ascendeu a cargos militares pelas mãos do governador Vasconcelos, não poupou adjetivos dos mais qualificados ao governador: ações puras e políticas; inteireza da justiça; ardente zelo por Sua Majestade; retidão e castigo aos delinquentes; piedade; militar veterano; sábias e seguras disposições; etc. Dessa memórias, o que mais chama a nossa atenção é a amizade de Antônio Pedro de Vasconcelos com o governador de Buenos Aires: “sua paternal afabilidade, mais ainda dos estranhos pela sua natural benevolência; e muito em particular o venerava D. Bruno Zaballa, governador de Buenos Aires”. Enquanto governou Buenos Aires, Zaballa conservou com o governador da Colônia, Antônio Pedro de Vasconcelos, “uma cordial amizade, sem que neste político trato faltasse cada um à mais severa inteireza das leis, nem transgredissem a mais exata observância das ordens soberanas” (Ferreira da Silva, 1768: 25).

Ferreira da Silva reforçava em suas memórias sobre a Colônia do Sacramento a “recíproca e sincera amizade dos governadores”. Tanto que Antônio Pedro de Vasconcelos dirigia-se a Buenos Aires para tratar da questão de Montevidéu, que interessava ambas as Coroas ibéricas. Essa “amizade” produziu nos súditos das duas Coroas “um feliz descanso e uma ditosa quietação, que os excitava a tratarem das suas conveniências, ocupando-se na cultura das terras”, principalmente as colheitas de trigo “e mais frutos necessários para a vida humana, que tudo estas terras produzem com vantagem às da Europa” (Ferreira da Silva, 1768: 25).

Para um contemporâneo, como Ferreira da Silva, as relações amistosas entre os governos da Colônia e Buenos Aires, garantiam o comércio, a proteção e a paz entre as Coroas. Contudo, quando o assunto eram as fronteiras e limites de cada Coroa, a amizade transfigurava-se em conflitos. Montevidéu

era uma região importante para as Coroas ibéricas no arranjo das atividades comerciais e extensão dos limites territoriais. Independentemente da Coroa, portuguesa ou espanhola, o governador tornava-se figura indispensável no manejo dessas relações, principal árbitro entre pretensões centrais e anseios locais.

No exercício de suas funções, o governador deveria zelar pela segurança e povoamento dos territórios sob sua jurisdição. Direccionava-se à fortificação das barras e portos de acesso às praças de comércio. Para Pedro Puntoni, na América portuguesa, a organização das forças militares envolvidas na conquista e o controle dos domínios da Coroa foi “estabelecida desde o regimento do governador geral Tomé de Souza, em 1548, que dispunha as diretrizes da empresa colonial” (Puntoni, 1999: 189).

O regimento¹³ dispunha que para a defesa das fortalezas e povoações das terras do Brasil, “é necessário haver nelas artilharia e munições e armas ofensivas para sua segurança”.¹⁴ Os terços militares, os senhores de engenho e moradores deveriam estar armados contra uma ameaça estrangeira.

Mesmo a relação amistosa entre os governadores da Colônia e Buenos Aires, fazia com que o governador do Rio de Janeiro usasse seu poder de autoridade na região, principalmente nas fronteiras, como Montevidéu.

A comunicação política do governador do Rio de Janeiro, Aires Saldan-

¹³ Revisitando o regimento do primeiro governador geral do Estado do Brasil encontramos a preocupação com as fronteiras e limites das capitâncias: “Em cada uma das Capitanias praticareis, juntamente com o Capitão dela, e com o Provedor-mor de minha Fazenda, que convosco há-de-correr as ditas Capitanias, e, assim com o Ouvidor da tal Capitania e oficiais de minha Fazenda que nela houver, e alguns homens principais da terra, sobre a maneira que se terá na governança e segurança dela, e ordenareis que as povoações das ditas Capitanias, que não forem cercadas, se cerquem, e as cercadas se reparem e provejam de todo o necessário para a sua fortaleza e defensa (...).” Regimento do primeiro governador-geral do Brasil, Tomé de Souza. (Almeirim, 17/11/1548). In: Carneiro de Mendonça, 1972: 42.

¹⁴ Revisitando o regimento do primeiro governador geral do Estado do Brasil encontramos a preocupação com as fronteiras e limites das capitâncias: “Em cada uma das Capitanias praticareis, juntamente com o Capitão dela, e com o Provedor-mor de minha Fazenda, que convosco há-de-correr as ditas Capitanias, e, assim com o Ouvidor da tal Capitania e oficiais de minha Fazenda que nela houver, e alguns homens principais da terra, sobre a maneira que se terá na governança e segurança dela, e ordenareis que as povoações das ditas Capitanias, que não forem cercadas, se cerquem, e as cercadas se reparem e provejam de todo o necessário para a sua fortaleza e defensa (...).” Regimento do primeiro governador-geral do Brasil, Tomé de Souza. (Almeirim, 17/11/1548). In: Carneiro de Mendonça, 1972: 46-47.

ha de Albuquerque, com a Coroa movimentava-se em torno da ocupação de Montevidéu, como principal eixo para a conquista efetiva de toda a região do Prata. Em setembro de 1723, comunicava ao rei que

Pelo navio de licença que a este porto chegou em 6 do presente mês [setembro de 1723] recebi uma carta de Sua Majestade, expedida pela Secretaria de Estado, em que me ordena mande logo a guarda costa com alguma gente da guarnição desta praça a tomar posse e fortificar-se em Montevidéu, e logo em seu cumprimento mandei preparar a guarda costa com a sua guarnição, e desta praça vai um destacamento de cento e cinquenta homens dos de melhor nota, com três capitães e mais oficiais competentes, e por cabo dele o sargento-mor Pedro Gomes Chaves, que é o que aqui achei mais capaz, que tem visto guerra com bom procedimento nela, e com a circunstância de engenheiro; e, suposto entendo será necessário mais gente, não me atrevo a desfalcar dos terços maior número, pois que estes ambos se compõem de seiscentos homens, entre os quais há muitos velhos quase estropiados e muitos soldados novos (...)¹⁵

A falta de homens para compor o terço é uma das queixas de Aires Saldanha, queixa importante para a capitania do Rio de Janeiro, pois segundo o governador os soldados ou são velhos “estropiados” ou muito novos. Além disso, o governador pedia reforços da guarda costa da Bahia. Contudo, o rei já vinha sendo informado pelos governadores da Colônia do Sacramento que os espanhóis de Buenos Aires estavam fortificando Montevidéu.

Em 1722, Antônio Pedro de Vasconcelos comunicava ao rei da visita do sargento-maior da Colônia do Sacramento, Manoel Botelho de Lacerda, à cidade de Buenos Aires. O motivo da visita era entregar ao governador D. Bruno Zaballa as cédulas reais assinadas por Felipe V, rei da Espanha, e D. João V, rei de Portugal, nas quais o primeiro restituía ao segundo a prata da

¹⁵ Carta do governador do Rio de Janeiro, Aires de Saldanha de Albuquerque, ao rei Dom João V sobre tomar posse e fortificar Montevidéu. (Rio de Janeiro, 30/09/1723). In: Documentos Relativos a Colônia do Sacramento, Montevidéu, Buenos Aires, e prisão de fabricantes de moedas falsas, etc. In: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Rio de Janeiro, imprensa nacional, toma XXXII, 1869, pp.20-22.

Nau Caravela que naufragou próximo a Buenos Aires em 1720.¹⁶

A carta não era somente para comentar o naufrágio e a restituição de prata. Tinha outra intenção. O mesmo sargento-mor comunicava ao governador que no tempo em que estava na cidade de Buenos Aires chegou por “via de Panamá ordem ao governador de Buenos Aires, despachada da corte de Madrid para que povoasse Montevidéu”. Recebida a ordem do rei espanhol o governador de Buenos Aires fez uma junta para debater esta matéria e ficava decidido “ajustar esperar-se os navios de registro para com eles se poder dar melhor execução”.¹⁷

Os detalhes com que o sargento-maior informava a Antônio Pedro de Vasconcelos foi possível devido a informação do “presidente do assento real de Inglaterra” que estava na junta do governador de Buenos Aires, por ser um homem muito poderoso naquela região, contudo também era “muito amigo da nação portuguesa”. Com o conhecimento dos fatos, o governador da Colônia expressava a dúvida de como proceder nessa situação. Lembremos que Antônio Pedro Vasconcelos tinha laços de amizade com D. Bruno de Zaballa, governador de Buenos Aires. A princípio tinha como projeto ocupar, imediatamente, Montevidéu, antes de os espanhóis executarem as ordens do rei Felipe V. Todavia, não sabia se este impulso seria ou não do agrado do rei D. João V e se temia que a ocupação causasse “na Europa alguma inquietação”.¹⁸

Antônio Pedro de Vasconcelos mandou cópias da carta ao governador-

¹⁶ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a restituição, pelos castelhanos, da prata da nau portuguesa Caravela, e sobre a povoação de Montevidéu. (Nova Colônia do Sacramento, 30/10/1722). AHU – Projeto Resgate – Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 85.

¹⁷ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a restituição, pelos castelhanos, da prata da nau portuguesa Caravela, e sobre a povoação de Montevidéu. (Nova Colônia do Sacramento, 30/10/1722). AHU – Projeto Resgate – Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 85.

¹⁸ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a restituição, pelos castelhanos, da prata da nau portuguesa Caravela, e sobre a povoação de Montevidéu. (Nova Colônia do Sacramento, 30/10/1722). AHU – Projeto Resgate – Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 85.

geral da Bahia e ao governador do Rio de Janeiro. Sem saber como proceder, antes das instruções reais, o governador da Colônia escreveu uma carta ao presidente do assento da Inglaterra, que havia informado sobre os planos da ocupação de Montevidéu, para que “comprasse”, ou seja, subornasse pessoas que faziam parte da junta do governador de Buenos Aires para informar das últimas decisões a respeito de Montevidéu. Antônio Pedro de Vasconcelos estipulava um preço para subornar estas pessoas: “até cinco mil pesos”. O valor seria pago “tanto que se consiga sendo estes os meios mais suaves e mais ocultos” que o governador poderia utilizar, “enquanto não chegam as reais ordens de Sua Majestade”.¹⁹

As ordens de D. João V, com estas informações compiladas, foi para que os navios guarda costa da Bahia e do Rio de Janeiro partissem em direção a Montevidéu. Contudo, o navio guarda costa do Rio de Janeiro deveria partir o quanto antes sem esperar o da Bahia. A ordem era objetiva: achando-se ou não espanhóis em Montevidéu, soldados do Rio de Janeiro deveriam ocupar imediatamente o território, e, estabelecida a ocupação se unir ao governador da Colônia, Antônio Pedro de Vasconcelos. O bilhete do rei mostra o cuidado desta empreitada militar:

Este negócio é de tanta importância e de tal reputação à minha Coroa como se deixa ver, e assim espero [Aires Saldanha de Albuquerque] de seu zelo e amor que tendes a meu serviço vos aplicareis a ele com tal cuidado, que se consiga o desejado fim de se não perder uma terra que pertence aos meus domínios, guardando nesta expedição grande segredo para que os castelhanos se não previnam e se faça impossível ou mais dificultoso deixá-los fora.²⁰

¹⁹ Carta do governador da Nova Colônia do Sacramento, Antônio Pedro de Vasconcelos, ao rei D. João V sobre a restituição, pelos castelhanos, da prata da nau portuguesa Caravela, e sobre a povoação de Montevidéu. (Nova Colônia do Sacramento, 30/10/1722). AHU – Projeto Resgate – Documentos Manuscritos Avulsos Referentes à Capitania da Nova Colônia do Sacramento, cx 01, doc. 85.

²⁰ Carta de Sua Majestade vindo pelo navio de licença, que chegou a este porto em princípio de setembro de 1723. (Lisboa, 09/06/1723). Documentos Relativos a Colônia do Sacramento, Montevidéu, Buenos Aires, e prisão de fabricantes de moedas falsas, etc. In: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Rio de Janeiro, imprensa nacional, toma XXXII, 1869, pp.23-25.

Esse segredo fez Aires Saldanha intitular a ocupação de “*Projeto Montevidéu*”. Ou seja, a ocupação de terras espanholas a partir de Montevidéu, em sigilo. Projeto costurado por Antônio Pedro de Vasconcelos com suborno das pessoas da junta do governador de Buenos Aires para informar os detalhes da ocupação de Montevidéu. Preocupado com a questão da guarnição militar, Aires Saldanha nomeava o mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca para juntar-se às forças provenientes do Rio de Janeiro que rumavam a região do Prata. De acordo com o governador do Rio de Janeiro, para a fortificação e povoamento de Montevidéu “se faz preciso nomear um cabo de toda a autoridade, inteligência e satisfação, reconhecendo estas circunstâncias na pessoa do Senhor Mestre de Campo Manoel de Freitas da Fonseca”.²¹

A trajetória deste mestre de campo fora marcada pelos sucessos na Guerra de Sucessão de Espanha, na qual combateu-os na fronteira com Portugal, enquanto era sargento-mor do terço da Vila de Niza, em Trás os Montes. Tais feitos pendiam a aceitação de Aires Saldanha a escolha de Manoel de Freitas a frente deste “projeto”.

Este mestre de campo embarcava com cento e cinquenta soldados e de-mais oficiais.²² As instruções passadas por Aires Saldanha ao mestre de campo eram:

- a) logo que chegasse ao porto de Montevidéu faria o exame cuidadoso da região para verificar se ali se encontravam espanhóis;
- b) o mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca mandaria um oficial, dos mais capazes, à terra com o pretexto de fazer um aviso à Colônia do Sacramento, entretanto, o pretexto seria a averiguação da fortificação de Montevidéu, o número de pessoas e sítios para assim mapear táticas de ataque à região;
- c) necessitando de ajuda deveria informar ao governador da Colônia do Sacramento para mandar reforços por terra ou por mar, caso não fosse amigável a entrega de Montevidéu pelos espanhóis;

²¹ Ordem que há de observar o Senhor Mestre de Campo Manoel de Freitas da Fonseca na expedição a que vai da fortificação de Montevidéu. (Rio de Janeiro, 01/11/1723). In: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Rio de Janeiro, imprensa nacional, tomo XXXII, 1869, pp. 25-28. (grifos meus)

²² Dentre estes oficiais a título de curiosidade, temos: Pedro Gomes Chaves, Luiz Peixoto da Silva, D. Manuel Henrique de Noronha, entre outros.

d) na hipótese de encontrar a região de Montevidéu vazia, desembarcaria e logo trataria de fortificar a região e fazer aviso ao governador da Colônia do Sacramento e ao governador do Rio de Janeiro para qualquer coisa que pudesse ajudar;

e) encontrando na região os espanhóis fortificados, se fosse impossível desalojá-los, deveria usar da dissimulação, “fazendo-se de amigo” e depois retornará a embarcação para planejar o ataque efetivo;

f) o mestre de campo estava advertido de que qualquer embarcação que fosse para conserva (contraguarda ou proteção) do guarda-costas na Colônia do Sacramento, este não deixaria sair do porto de Montevidéu. Em suma, qualquer embarcação que fosse da Colônia passando por Montevidéu ficaria retida e só sairia pelo despacho do próprio mestre de campo;

g) por fim, tudo que faltasse às ditas instruções ficaria sobre o “*prudente arbítrio*” do mestre de campo Manoel de Freitas executá-lo, “como melhor lhe parecer, e conforme a importância deste negócio, pelo muito que eu [Aires Saldanha de Albuquerque] o fio de sua pessoa”.²³

A 07 de dezembro de 1723 Aires Saldanha redigia uma carta ao rei Dom João V sobre a posse de Montevidéu, relatando que, segundo as notícias que tinha sobre a Colônia do Sacramento, a paz entre portugueses e os espanhóis era fato consumado, devido, em grande parte, às relações amistosas entre Antônio Pedro de Vasconcelos, governador da Colônia, e D. Bruno Zaballa, governador de Buenos Aires. Tal armistício o fez supor “que o destacamento que foi desta praça [Rio de Janeiro] com a [fragata] Guarda-costas estará já sem embaraço algum de posse do sítio de Montevidéu, de que espero brevemente boas notícias”.²⁴

Entretanto, as notícias não seriam aquelas que o governador do Rio de

²³ Ordem que há de observar o senhor mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca na expedição a que vai da fortificação de Montevidéu. (Rio de Janeiro, 01º/11/1723). In: Documentos Relativos a Colônia do Sacramento, Montevidéu, Buenos Aires, e prisão de fabricantes de moedas falsas, etc. In: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Rio de Janeiro, imprensa nacional, tomo XXXII, 1869, pp.25-28.

²⁴ Carta do governador do Rio de Janeiro, Aires de Saldanha de Albuquerque ao rei Dom João V, sobre a posse de Montevidéu e as notícias de paz estabelecida com os castelhanos na Nova Colônia do Sacramento. (Rio de Janeiro, 07/12/1723). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa 13, doc.: 1505.

Janeiro queria comunicar ao rei. Estando sob o comando do mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca, as tropas portuguesas foram derrotadas pelos espanhóis de Buenos Aires. O próprio Aires Saldanha que escrevera ao rei dando notícias de um possível sucesso da ocupação de Montevidéu escrevia, um ano mais tarde, sobre o insucesso.

O governador informava que os destacamentos militares chegaram ao território em primeiro de novembro de 1723 e “principiaram a por em execução a ordem que levavam”, para ocupação de Montevidéu. Entretanto, advertido o “governador de Buenos Aires, Dom Bruno de Zaballa, mandou logo um destacamento de cavalaria que embaraçou o projeto de tal forma, que o mestre de campo resolveu se retirar outra vez para o Rio de Janeiro, suposta a impossibilidade de continuar o desígnio com que foram (...).”²⁵ É óbvio que nessa rede de informações, cartas, bilhetes, o governador de Buenos Aires também tinha seus informantes e usava os “meios mais suaves e ocultos” para ter informações dos projetos portugueses.

Enquanto nas instruções de Aires Saldanha a Manoel de Freitas destacava-se que o mestre de campo tinha livre arbítrio para decidir, este optava pelo recuo das tropas. Quando a carta do governador do Rio de Janeiro era enviada nas frotas para o reino, informando as possíveis boas novas da ocupação, deveriam estar chegando ao porto da cidade fluminense os cento e cinquenta homes e demais oficiais do terço sob comando de Manoel de Freitas da Fonseca, derrotados pelos espanhóis de Buenos Aires em Montevidéu.

Para melhor encaminhar essa questão sobre a ocupação efêmera de Montevidéu, é necessário demorar-se um pouco sobre as consequências desse insucesso português. E a correspondência não tardou a chegar aos conselheiros ultramarinos em Lisboa. Antes da empreitada a Montevidéu, o mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca solicitava ajuda de custo, como relatava à Fazenda Real:

Diz o mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca que como está nomeado por Sua Excelência [Aires Saldanha de Albuquerque, gover-

²⁵ Consulta do Conselho Ultramarino favorável ao pagamento dos soldos do capitão de infantaria do Rio de Janeiro, Luiz Peixoto da Silva, do tempo em que estivera injustamente preso, depois da retirada de Montevidéu. (Rio de Janeiro, 31/05/1755). AHU – Projeto Resgate – Coleção Castro e Almeida, rolo 074, cx. 078, doc. 18083.

nador do Rio de Janeiro], para pagar a gente que vai desta Praça [Rio de Janeiro] para onde ordene Sua Majestade [Montevidéu], (...) necessita de uma ajuda de custo na forma que o dito Senhor, que Deus guarde, costuma mandar dar para semelhantes ocasiões, e como em três pagamentos sucessivos lhe tinham tirado a metade de seus soldos, que costuma vencer por não ter o seu Terço com o número de trezentos soldados que Sua Majestade manda (...) portanto pede a Sua Excelência [o governador] seja servido mandar-lhe dar a mesma quantia que se lhe tem abatido do seu soldo nos ditos três pagamentos, por forma de ajuda de custo, pois assim espera da Real Grandeza de Sua Majestade movido da informação que Sua Excelência [o governador] lhe der neste particular o haja assim por bem e juntamente lhe mandar pagar o tempo que até o presente tiver vencido, no que, receberá mercê.²⁶

Anexos a este requerimento estavam os despachos, tanto do provedor, quanto do procurador da Fazenda Real do Rio de Janeiro em relação ao suplicante: Manoel de Freitas. Ambos posicionavam-se contrários à ajuda de custo, alegando que o mestre de campo não possuía o número de trezentos soldados em seu regimento e que não achavam ordem real alguma que mandasse praticar tal ajuda, ponderava José Leitão, escrivão da Fazenda Real.²⁷ Contudo tais petições foram suprimidas por ordem do governador Aires Saldanha. O provedor da Fazenda Real escrevia que:

mandou o governador que sem embargo das dúvidas se cumprisse o seu

²⁶ Requerimento do Mestre de Campo Manoel de Freitas da Fonseca. In: Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V sobre a ajuda de custo dada pelo governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha de Albuquerque, ao mestre de campo, Manoel de Freitas da Fonseca, que foi a Montevidéu, e o desconto feito no soldo em função do número de efetivos do seu Regimento. (Rio de Janeiro, 24/08/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1532.

²⁷ Requerimento do Mestre de Campo Manoel de Freitas da Fonseca. In: Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V sobre a ajuda de custo dada pelo governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha de Albuquerque, ao mestre de campo, Manoel de Freitas da Fonseca, que foi a Montevidéu, e o desconto feito no soldo em função do número de efetivos do seu Regimento. (Rio de Janeiro, 24/08/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1532.

despacho; e, com efeito, mandei [Bartolomeu de Siqueira Cordovil, provedor da Fazenda Real] entregar ao dito mestre de campo a dita quantia de duzentos e setenta e seis mil réis, debaixo de uma fiança que se obrigou a torná-la a entregar.²⁸

Mesmo o provedor não encontrando ordem régia para poder pagar a ajuda de custo, identificamos o governador como um simulacro do poder real. Apesar de o governador não ter, totalmente, o poder de mando sobre as instituições locais, no caso aqui a Fazenda Real, Aires Saldanha determinava o que julgava ser necessário para o auxílio do “Projeto Montevidéu”.

Sendo assim, o almoxarife (tesoureiro) da Fazenda Real entregara o dito valor ao mestre de campo, por ordem do governador e anuência do rei. Em outra situação, o provedor da Fazenda Real do Rio de Janeiro, relatava outra ajuda de custo que o governador pedia para a ocupação de Montevidéu: gastos com as tropas e com a Fragata guarda-costas Nossa Senhora da Oliveira, cujo capitão de mar e guerra era Dom Manoel Henrques de Noronha.

O provedor da Fazenda Real relatava, mais uma vez, que desconhecia em seu regimento que o rei enviasse ajuda de custo aos governadores nas ocasiões de ocupações de territórios. Contudo, o provedor concedeu ajuda de custo ao capitão de mar e guerra que “dando fiança ao dito Dom Manuel Henrques de Noronha lhe dessem da Fazenda de Sua Majestade quatrocentos e oitenta mil réis”. A mudança de decisão dava-se pelas informações que recebia de demais burocratas coloniais que essas ajudas de custo cedidas ao governador eram comuns.²⁹

²⁸ Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V sobre a ajuda de custo dada pelo governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha de Albuquerque, ao mestre de campo, Manoel de Freitas da Fonseca, que foi a Montevidéu, e o desconto feito no soldo em função do número de efetivos do seu Regimento. (Rio de Janeiro, 24/08/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1532.

²⁹ Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V sobre a partida da fragata guarda-costas, Nossa Senhora da Oliveira, de que é capitão de mar e guerra, D. Manoel Henrques, com destino a Montevidéu; e o pedido de ajuda de custo feito pelo mesmo capitão ao governador, Aires Saldanha de Albuquerque. (Rio de Janeiro, 20/08/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1527.

O governador Aires Saldanha, em outro momento, ordenou à Provedoria da Fazenda Real que o dinheiro que houvesse a mais por conta da Provedoria, “mandasse dar três mil cruzados para se pagar a Companhia de Dragões do capitão José Rodrigues de Oliveira” que vinham das Minas Gerais para passar a Montevidéu.³⁰ Do requerimento dos oficiais e soldados da primeira Companhia de Dragões constavam os seguintes pontos:

estes suplicantes [a primeira Companhia de Dragões] vieram das Minas a ordem de Sua Excelência [o governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha] para a segunda expedição a Montevidéu [a primeira era do Regimento de Manoel de Freitas da Fonseca] e como até o presente estiveram esperando resposta dos avisos que Sua Excelência [Aires Saldanha] e os suplicantes fizeram ao Excentíssimo Senhor Dom Lourenço de Almeida [governador das Minas Gerais] se senão poder assistir a Companhia por esta provedoria [das Minas Gerais] por se achar exausta, e que daquele governo [do Rio de Janeiro] é que se lhe havia mandar assistir com o ouro que fosse preciso para se pagar a dita Companhia e fazer os mais gastos do caminho (...)³¹

O dinheiro seria, mais uma vez, retirado da Fazenda Real do Rio de Janeiro, pois a Provedoria das Minas Gerais alegava não ter condições de financiar o trajeto dos soldados da Companhia de Dragões para o Rio de Janeiro, nem ajudar com os víveres necessários para a tropa. Mais uma vez, o governador Aires Saldanha retirava o valor dos cofres do Rio de Janeiro alegando mais uma ajuda de custo para a ocupação de territórios.

³⁰ Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V, sobre a ordem do governador da capitania, Aires Saldanha de Albuquerque, para que se pague a Companhia de Dragões do capitão José Rodrigues de Oliveira, que havia sido mandada vir das Minas para socorrer Montevidéu. (Rio de Janeiro, 12/10/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1585.

³¹ Requerimento dos oficiais e soldados da Companhia de Dragões das Minas Gerais. In: Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V, sobre a ordem do governador da capitania, Aires Saldanha de Albuquerque, para que se pague a Companhia de Dragões do capitão José Rodrigues de Oliveira, que havia sido mandada vir das Minas para socorrer Montevidéu. (Rio de Janeiro, 12/10/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1585.

Recapitulando: o governador conseguira os duzentos e setenta e seis mil réis e quatrocentos e oitenta mil réis dados à primeira expedição a Montevidéu (ao mestre de campo Manoel de Freitas e o capitão de mar e guerra Dom Manuel Henriques Noronha) incluindo os três mil cruzados a serem pagos a segunda expedição, pela Companhia de Dragões das Minas Gerais. Todos os pagamentos obtidos dos cofres da Fazenda Real do Rio de Janeiro. Com tantas retiradas o provedor fazia empréstimos a provedoria da Casa da Moeda do Rio de Janeiro.

O provedor da Casa da Moeda, Francisco da Silva Teixeira anunciaava a chegada de ouro na Casa da Moeda do Rio de Janeiro entre os anos de 1720 até 1724. Sendo que, nesse período, concedeu empréstimos à Fazenda Real e ao governador Aires Saldanha para a “nova povoação de Montevidéu”. Somava a esses empréstimos a quantia de quarenta mil cruzados pagos pelo Tesoureiro da Casa da Moeda, respectivamente, à Fazenda Real e ao governador Aires Saldanha. O provedor da Casa da Moeda informava ao rei que não remeteu esta quantia ao reino, pois ainda não tinha recebido o dinheiro do empréstimo que concedera.³²

Convém deixar claro que toda a circulação de dinheiro e ouro teve anuência real, com o propósito da ocupação e fortificação de Montevidéu, e, consequentemente, de ter o domínio da região do Prata. Podemos ter por hipótese a ambição e persistência de Aires Saldanha de Albuquerque no “*Projeto Montevidéu*”. Tais meios somavam-se a inúmeras ajudas de custo, apoio militar de outros regimentos do Estado Brasil, como a Companhia de Dragões, das Minas Gerais. Incluindo inúmeros empréstimos contraídos à Fazenda Real e à Casa da Moeda.

Houve um conflito entre o governador do Rio de Janeiro e o vice-rei do Estado do Brasil, Vasco Fernandes César de Menezes, no que tange à retirada, por Aires Saldanha, do dinheiro do imposto para a feitoria de Ajudá, na costa de Benim, na África. No que concerne ao dinheiro do imposto para a

³² Carta do provedor da Casa da Moeda, Francisco da Silva Teixeira, ao rei Dom João V, sobre os empréstimos concedidos pela referida Casa à Fazenda Real, para suprir as despesas com o socorro a Montevidéu, informando que na presente frota não envia ao Reino o dinheiro da dita casa, porque ainda não recebeu o pagamento do empréstimo. (Rio de Janeiro, 17/10/1724). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 14, doc.: 1597.

feitoria, o vice-rei do Estado do Brasil interviu e proibiu a ajuda. O conselheiro ultramarino Antônio Rodrigues da Costa corroborava a decisão do vice-rei e proibia a retirada do dinheiro, redigindo o seguinte parecer:

Faço saber a vós Bartolomeu de Siqueira Cordovil, provedor da Fazenda da capitania do Rio de Janeiro, que o Vice-Rei e Capitão General de mar e terra do Estado do Brasil, Vasco Fernandes César de Menezes, me fez presente em carta de dezesseis de maio do presente ano [1725] em como vós lhes haveis dado conta, em que com a ocasião de ajudar o governador Aires de Saldanha em continuar o projeto de Montevidéu (...) se aproveitara de três contos trezentos e noventa e um mil réis que pertencia ao novo imposto para a feitoria de Ajudá. Sou servido ordenar vos restituais logo este dinheiro a Provedoria-mor da Fazenda da Bahia, e que por nenhum acontecimento se divirta [se desvie] o tal rendimento, por que senão siga o dano e prejuízo de se arriscar a conservação daquela fortaleza [de Ajudá] [e] lhe faltarem os rendimentos destinados a seu sustento.³³

Neste emaranhado de acontecimentos, conflitos, empréstimos, petições e pareceres seria melhor para o governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha, comunicar ao rei boas notícias do projeto de Montevidéu, do que relatar o fracasso de tal empreitada. Insucesso que deixou inúmeras consequências aos cofres da Fazenda Real.

Entre as consequências da ocupação efêmera de Montevidéu destaca-se a prisão de todos os capitães e oficiais, desde o sargento-mor até o mestre de campo. A prisão fora efetuada pelo próprio Aires Saldanha de Albuquerque que não tinha ordenado o recuo e a fuga das tropas depois de enfrentarem o destacamento militar e os índios, ambos sob controle do governador de Buenos

³³ Carta do provedor da Fazenda Real, Bartolomeu de Siqueira Cordovil, ao rei Dom João V, em resposta à provisão régia de 09 de novembro de 1725, sobre a carta do vice-rei do Estado do Brasil, Vasco Fernandes César de Menezes, denunciando as intenções do governador do Rio de Janeiro, Aires Saldanha de Albuquerque, em utilizar os rendimentos do novo imposto da feitoria de Ajudá no projeto de Montevidéu, em vez de ser entregue à provedoria da Fazenda Real da Bahia; informando que restituirá o dinheiro que pertence a Provedoria da Bahia, conforme a ordem régia. (Rio de Janeiro, 20/05/1726). AHU – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes à capitania do Rio de Janeiro, caixa: 16, doc.: 1764.

Aires, Dom Bruno de Zaballa. O governador criticava a justificativa para o recuo das tropas pelo artifício do governador de Buenos Aires alegar que as terras de Montevidéu pertenciam ao Rei Católico de Castela. Com isso, foram presos numa fortaleza no Rio de Janeiro: Luiz Peixoto da Silva, Dom Manuel Henriques de Noronha, José Rodrigues de Oliveira e Manoel de Freitas da Fonseca.

Depois deste acontecimento e o insucesso da conquista de Montevidéu o rei Dom João V ordenou o regresso de Aires Saldanha ao reino, substituindo-o por Luís Vahia Monteiro, em 1725. Por carta do secretário de Estado, Diogo de Mendonça Corte Real, e por decisão régia, os presos (o mestre de campo e demais oficiais) foram absolvidos e soltos, com a seguinte ordem: “continuarem no exercício de seus postos, sem que lhe formasse culpa do abandono”.³⁴

Claro que pesou no perdão a Manoel de Freitas da Fonseca sua vasta experiência em Portugal e as vitórias conquistadas contra o inimigo espanhol, na época da Guerra de Sucessão, tudo atestado e comprovado por Luís Vahia Monteiro, na época coronel que esteve presente nesta vitória portuguesa na fronteira ibérica no rio Guadiana, em 1704. O apelo do novo governador contribuiu ao perdão régio.

Alguns pontos merecem destaque. Manoel de Freitas Fonseca, que após o insucesso da campanha militar em Montevidéu, da prisão e perdão régio, ampliou seu regimento, o Terço Novo, de 150 para 410 homens, recebendo por isso o soldo integral de mestre de campo. Sob seu comando tinham membros e filhos das primeiras famílias ou os principais da capitania do Rio de Janeiro³⁵: capitães entre os Sá; sargentos entre os Telles de Menezes, etc. Como podemos observar na seguinte tabela:

³⁴ Consulta do Conselho Ultramarino favorável ao pagamento dos soldos do capitão de infantaria do Rio de Janeiro, Luiz Peixoto da Silva, do tempo em que estivera injustamente preso, depois da retirada de Montevidéu. (Rio de Janeiro, 31/05/1755). AHU – Projeto Resgate – Coleção Castro e Almeida, rolo 074, cx. 078, doc. 18083.

³⁵ Segundo João Fragoso as expressões “melhores famílias da terra” ou “principais da terra” referem-se aos descendentes dos conquistadores e dos primeiros povoadores da sociedade colonial. Para ele estas expressões não foram uma invenção do Rio de Janeiro, podiam ser encontradas em Portugal sob o título de “homens bons”. Fragoso propõe três definições para os homens principais da terra: “seriam descendentes de *conquistadores* ou dos primeiros povoadores”; “exerceram os postos de mando na República, na Câmara e na administração real”; “a conquista e o mando político lhe davam um sentimento de superioridade sobre os demais mortais/moradores da colônia” (Fragoso, 2001: 51-52).

Terço Novo do mestre de campo Manoel de Freitas da Fonseca

PATENTE	NOME
<i>Capitão</i>	André Nunes Furtado / Francisco Pereira Leal / Diogo de Souza / Eusébio da Silva Leitão / Antônio do Rego de Brito / José Rodrigues de Matos / Salvador Correa de Sá / João Antunes Lopes / Antônio Carvalho de Lucena / Manoel Francisco Juizo / Domingos Gomes
<i>Sargento-mor</i>	Pedro de Azambuja Ribeiro (com patente de mestre de campo <i>ad honorem</i>)
<i>Sargento do número</i>	Domingos Fernandes / Manoel Telles / Manoel Nunes / Sebastião de Freitas / Manoel Moreira dos Santos / Manoel Pereira / Hilário de Souza / Antônio Antunes / Caetano Xavier / Luiz Soares Correia
<i>Sargento supra</i>	Félix Pereira do Lago / Luiz Machado / Pedro da Costa / Thomaz Correia de Castro / Francisco da Fonseca / Francisco Ribeiro / Manoel Rodrigues Santiago / João Monteidor / Antônio Gomes Pinto / Luiz Gonçalves /
<i>Ajudante do número</i>	Manoel Fernandes Barros
<i>Ajudante supra</i>	Pedro de Matos Coelho
<i>Furriel-mor</i>	João Álvares de Carvalho
<i>Capelão</i>	Padre Salvador da Silva Salgado
<i>Cirurgião</i>	Plácido Pereira dos Santos
<i>Alferes</i>	João Mascarenhas Castelo Branco / Domingos Cardoso / Teotônio Correia da Silva / Domingos Gonçalves / Manoel de Faria / Francisco Serrão de Brito / Roque da Costa / Matias Álvares / Manoel Botelho / João da Costa
<i>Cabo</i>	Alberto Pais / Antônio Pais / Miguel Gonçalves / Inácio de Souza / José da Fonseca / Manoel Moreira Maia / Francisco Correia / Pedro de Matos / Alexandre Afonso / Francisco de Figueiredo / Francisco da Mota Rabelo / João Nogueira / Inácio da Silva / Manoel Antunes / Estevam Álvares / Inácio Moreira / João de Oliveira Barbosa / Brás Marinho / Rodrigo de Mendonça / Inácio de Carvalho / Matheus Gonçalves / Manoel Pereira / Bento Gomes / Bento Gonçalves / João Pais Sardinha / Francisco de Castro / João Pereira / Manoel Teixeira / José de Souza Barros / Francisco Machado / Manoel Rodrigues Frade / Inácio Gomes da Silva / José Teixeira Barreto / Antônio João / Francisco Xavier Riscado / Lourenço Rodrigues / André Pereira / Manoel da Cunha / Gregório Freire
<i>Embandeirado</i>	Luiz / Manoel / Joaquim / José / Antônio / Francisco / Domingos / Benedito / Antônio / Francisco
<i>Tambor</i>	João / José / José Mina / Antônio / Cristóvão / Hilário crioulo / Domingos / Luiz / Caetano / Manoel / Gonçalo / Manoel / Félix Angola / Caetano Mina / Antônio Cabo Verde / Antônio Angola / Joaquim / Antônio / Vitoriano / João

Fonte: Arquivo Histórico Ultramarino – Projeto Resgate – Documentos Avulsos Manuscritos referentes a capitania do Rio de Janeiro, caixa 25, documento 2636

Entretanto, a maior reivindicação do mestre de campo e demais oficiais que foram encarcerados por Aires Saldanha de Albuquerque era a restituição do pagamento do soldo atrasado no tempo em que estiveram presos. O mestre de campo, que comandou a expedição a Montevidéu, Manoel de Freitas da Fonseca, falecera em 1738, sem receber a restituição dos soldos no tempo que estivera confinado na fortaleza.

Questionado pelo rei Dom João V, Aires Saldanha, a esta época residindo em Lisboa, redigia um atestado no ano de 1755, reconhecendo os valores dos soldados que aprisionara e suas aptidões, dizendo que:

o capitão Luiz Peixoto da Silva é um dos Capitães que foram à dita expedição [de Montevidéu] e eu [Aires Saldanha] o reconhecer sempre por um soldado de muita honra e bom procedimento, com aptidão, prontidão e zelo do Real Serviço e sei que dos oficiais que foram à dita expedição [de Montevidéu] é o que existe vivo, e como não se lhe formou culpa, parece que justamente requer o pagamento atrasado do tempo que esteve preso.³⁶

Durante o governo de Aires Saldanha talvez o insucesso do “Projeto Montevidéu” tenha sido o seu maior desprestígio a frente da governança do Rio de Janeiro. Para Manoel de Freitas da Fonseca fora uma derrota militar, porém sua trajetória de conquistas o fez ocupar interinamente o governo do Rio de Janeiro, por problemas de saúde de Luís Vahia Monteiro.

Bibliografia

Buarque de Holanda, S. (2004). A Colônia do Sacramento e a expansão no extremo sul. In: *História Geral da Civilização Brasileira. A época colonial*. Tomo I, vol. 01 (Do Descobrimento à expansão territorial). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Carneiro de Mendonça, M. (1972). *Raízes da Formação Administrativa do Brasil*. Tomo I, Regimentos I a XVI. Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro.

³⁶ Consulta do Conselho Ultramarino favorável ao pagamento dos soldos do capitão de infantaria do Rio de Janeiro, Luiz Peixoto da Silva, do tempo em que estivera injustamente preso, depois da retirada de Montevidéu. (Rio de Janeiro, 31/05/1755). AHU – Projeto Resgate – Coleção Castro e Almeida, rolo 074, cx. 078, doc. 18083.

Ferrand de Almeida, L. (1990). *Alexandre de Gusmão, o Brasil e o Tratado de Madrid (1735-1750)*. Coimbra: Instituto Nacional de Investigação Científica / Centro de História da Sociedade e da Cultura da Universidade de Coimbra.

Ferreira da Silva, S. (1768). *Relação do sítio, que o governador de Buenos Aires D. Miguel de Salcedo pôs no ano de 1735 à Praça da Nova Colônia do Sacramento, sendo o governador da mesma praça Antonio Pedro de Vasconcelos, Brigadeiro dos Exércitos de Sua Majestade, com algumas plantas necessárias para a inteligência da mesma relação*. Lisboa: Oficina de Francisco Luiz Ameno.

Fragoso, J. (2001). A formação da economia colonial no Rio de Janeiro e de sua primeira elite senhorial (séculos XVI e XVII)". In: J. Fragoso, M. F. Bicalho & M. F. Gouvêa (orgs.). *O Antigo Regime nos Trópicos. A Dinâmica Imperial Portuguesa (séculos XVI-XVIII)*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Mauro, F. (2008). Portugal e o Brasil: a estrutura política e econômica do império, 1580-1750. In: L. Bethell (org.). *História da América Latina: América Latina Colonial, volume 01*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo; Brasília, DF: Fundação Alexandre de Gusmão.

Piffer Canabrava, A. (1984). *O comércio português no Rio da Prata (1580-1640)*. Belo Horizonte: Itatiaia, São Paulo: EDUSP.

Possamai, P. (2001). *O cotidiano da guerra: a vida na Colônia do Sacramento (1715-1735)*. Tese de Doutorado apresentada ao Programa de Pós-Graduação em História da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo.

Puntoni, P. (1999). A arte da guerra no Brasil. Tecnologia e estratégia militar na expansão da fronteira da América portuguesa, 1550-1700. In: *Revista Novos Estudos CEBRAP*, 53.

Romero Magalhães, J. (1998). As novas fronteiras do Brasil. In: F. Bethencourt & K. Chaudhuri (dir.). *História da Expansão Portuguesa*, volume 03. Lisboa: Temas & Debates.

Wehling, A. & Wehling, M. J. C. M. (1999). *Formação do Brasil Colonial*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.

Beresford e D. João VI – uma inesperada confluência

Fernando Dores Costa

Dois homens, representando duas autoridades, estiveram desde 1814 em competição pela direcção do exército em Portugal: William Carr Beresford, marechal comandante em chefe e marquês de Campo Maior,¹ e D. Miguel Pereira Forjaz, um dos governadores do reino e secretário do governo da guerra. Mas este conflito foi bem mais do que um conflito entre personalidades.

Finda a guerra na Europa, o estado excepcional que se vivera em Portugal desde 1808 podia encerrar-se. Na verdade, desde 1811, depois da penosa retirada do exército napoleónico derrotado dirigido por Masséna, o reino deixara de ser palco de conflitos bélicos. Mas a guerra continuara por mais alguns anos na Península e, mais importante ainda, as tropas portuguesas continuaram integradas no exército comandado por Wellington até à vitória final sobre as forças de Napoleão em 1814. Portugal tornara-se uma inesperada fonte de recrutamento para o exército britânico (Esdaile, 2004).

Aliás, ainda durante o célebre “governo dos cem dias” de Napoleão, em 1815, a diplomacia britânica iniciou a pressão destinada a uma mobilização de forças portuguesas. Esta participação fora das fronteiras do reino até ao final do conflito foi o resultado lógico na continuidade da orientação, definida desde Março de 1809, que consagrara o papel de dois britânicos na defesa de Portugal: Arthur Wellesley, depois duque de Wellington, e William Beresford, feito marquês de Campo Maior. O primeiro chegou a 1814 como o herói máximo da guerra contra Napoleão, o salvador de Portugal, cantado em nu-

¹ Aqui será, por facilidade, sempre designado pelo seu nome e não pelo título de nobreza recebido, pelo qual era, contudo, sempre nomeado nos documentos oficiais da época.

merosos opúsculos e livros como o de Silva Lisboa, editado no Rio de Janeiro (Lisboa, 1815). O segundo bater-se-á por manter e reforçar a sua posição de chefe supremo do exército da monarquia de Bragança.

Chegada a paz, os britânicos regressariam previsivelmente ao seu país e os portugueses retomariam os postos que eles haviam ocupado em tempos excepcionais. Esse regresso à normalidade “constitucional” da monarquia foi pensado pelo governo de Portugal e transmitido ao governo do Rio de Janeiro em 18 de Julho de 1814. Não podendo os governadores prever o momento do regresso de D. João, mas parecendo-lhes que a situação de uma “Paz Geral” deveria alterar as providências dadas durante a guerra, pediam o esclarecimento das “Reais Ordens”. Desde a ausência do Príncipe até ao presente nenhum assunto podia preferir à defesa e salvação do reino e a elas cederam sempre todas às outras pois estavam em causa a liberdade e independência, não só deste reino, mas de todos os outros Estados da Europa. Sacrifícios pessoais, autoridades extraordinárias concedidas a estrangeiros e sua admissão a comandos de tropas ou aos conselhos de governo, tudo isto fora necessário e útil não se poderia sem injustiça desconhecer que a muitos destes meios se deviam os felizes resultados que nós e a Europa experimentavam e a glória militar que a Nação soubera fazer reviver e que em parte alguma se lhe disputava.

Mas tendo cessado a necessidade que obrigara à adoptação destes meios, não parecia aos governadores que fosse das “Reais Intenções” do Príncipe nem do “interesse da Nação” que se conservasse por mais tempo uma semelhante ordem de coisas. Pela carta régia de 16 de Novembro de 1811 e por outras anteriores e posteriores, D. João concedera ao marechal do exército marquês de Campo Maior, de acordo com o marechal general duque da Vitória, o título português de Wellington, os mais amplos poderes em tudo o que respeitasse ao exército e de um modo tal que pareciam fazê-lo independente da autoridade deste governo. Ainda que até ao presente tivesse usado com descrição deste poder e conservado para com o governo uma certa consideração externa e que o mesmo governo tinha procurado sempre manter da maior prudência nas suas relações com ele, abstendo-se de ingerir em negócios da sua competência, parecia que uma semelhante autoridade, prolongando-se durante o tempo de paz a um vassalo e militar efectivo de outra “Potência”, não só seria menos decorosa à representação da “Autoridade Soberana”, mas principalmente odiosa aos vassalos de D. João nestes reinos.

Os governadores diziam-se persuadidos da grande conveniência na conservação do exército português no pé respeitável a que fora elevado pela experiência e pela disciplina adquiridas na guerra e que se fizesse justiça aos talentos, incansável actividade e perícia do marechal marquês e não julgavam que outro pudesse manter de melhor forma a mesma disciplina do que ele mesmo que a estabelecera. Julgavam porém que para que se conservasse no lugar de comandante em chefe do exército português seria conveniente que se desligasse absolutamente do serviço de outra “Potência Estrangeira” e em segundo lugar que as sua faculdades se deveriam limitar as suas às que lhe competiam pela sua graduação e emprego, conforme as leis e usos deste reino, ficando, enquanto o Príncipe se conservasse ausente, sujeito ao governo que o representava e devendo dirigir-se pelo mesmo em todos os negócios da sua competência.

Verificamos que os governadores não propunham o afastamento de Be-resford, mas que a sua autoridade se definisse com respeito pelas “leis e usos do reino”. Mas a presença estrangeira no exército era ampla. Por isso mesmo, os governadores acrescentavam que fazendo igualmente justiça ao merecimento dos oficiais estrangeiros que se achavam empregados no serviço do exército de Portugal e julgando-os dignos de que fossem contemplados do modo que merecessem, parecia-lhes contudo que no presente momento não era conveniente que se conservassem oficiais estrangeiros que fossem ao mesmo tempo oficiais no serviço de outra nação. Alguns poucos oficiais hábeis que pudessem querer ficar no serviço do reino e que conviesse conservar, deveriam desligar-se absolutamente de outro serviço e fixar-se aqui, como se praticara em 1762.²

Tudo isto parecia ser o caminho normal na era da paz. Mas não foi isso, contudo, o que veio a acontecer. A questão do redimensionamento e da reorganização do exército português em tempo de paz ligou-se inesperadamente à decisão de D. João em permanecer no Brasil e à sua política americana. Os problemas levantados por esta opção são conhecidos e no tratamento do tema destaca-se o que escreveu Valentim Alexandre em *Os Sentidos do Império*, a obra de referência sobre esta época (Alexandre, 1993).

² Arquivo Nacional da Torre do Tombo [de agora em diante TT], MNE, Cx. 904, n.º1068. Sobre a presença estrangeira depois de 1762: Dores Costa, no prelo-b.

Beresford apresentou, desde pelo menos Julho de 1814, a intenção de conservação de certo número de oficiais ingleses no exército de Portugal, mesmo depois da conclusão da paz.³ Trocou sobre este tema várias cartas com D. Miguel Pereira Forjaz. Em meados de Outubro, os governadores esperavam as “Soberanas Determinações” que afirmavam que inviolavelmente executariam como era seu dever, referência que sempre nos indica alguma relutância em fazê-lo no caso de serem indesejadas.⁴ Entretanto, Beresford, enquanto marechal comandante em chefe do exército, recomendava à “Paterno Beneficência de Vossa Alteza Real” as famílias dos oficiais militares que tinham acabado gloriosamente os seus dias no campo de batalha, manifestando assim o seu interesse pelos combatentes, e o governo mandava proceder às necessárias averiguações.⁵

Na segunda metade de 1814, a questão de fundo era a definição em que se faria a reorganização do exército. A condição material dos militares estava em vias de se degradar e receava-se a sua reacção. Os governadores tinham ensaiado uma resolução através de três portarias de Setembro de 1814 em que definiam a nova remuneração dos oficiais. Explicavam com clareza que a urgente necessidade em que se achavam os governadores de suprimir o mais depressa possível as extraordinárias despesas próprias do “Estado de Guerra” -para que (como recordavam) sempre tinham sido insuficientes os meios da Coroa portuguesa e ficavam sendo ainda muito mais depois de terem cessado os subsídios britânicos- se deveria conciliar com a contemplação que ao Príncipe deveriam merecer os assinalados serviços de um exército que acabava de regressar, coberto de merecimento e de glória e ao qual deveria ser muito sensível uma diminuição tão considerável feita nas vantagens que até agora disfrutava. O soldo dos oficiais, lembravam os governadores, em consequência da gratificação que até então recebiam dos “Subsídios Britânicos” montava (em quase todas as classes) ao dobro do soldo que fora estabelecido pelo alvará de 16 de Dezembro de 1790 e ainda que já se lhe tivesse concedido a continuação dos doze por cento, este acréscimo era insuficiente para compensar o que perdiam em soldos, rações de forragem e de etape. A

³ TT, MNE, Cx. 904, n^º 1068.

⁴ TT, MNE, Cx.905, n^º1132.

⁵ TT, MNE,Cx.905, n.^º1134.

redução a esta simples compensação não podia deixar de ser extremamente sensível para a maior parte dos oficiais do exército, alguns dos quais ficavam na verdade inabilitados para se tratarem com a decência e independência que convinha ao serviço do Príncipe. Tinham por isso considerado indispensável em tal ocasião regular os soldos da maneira que se definia na portaria publicada, fazendo em geral um pequeno aumento no soldo de cada posto pouco superior ao que lhe competiria pelos doze por cento e anexando aos importantes empregos de comandantes de companhias e regimentos gratificações mais consideráveis, o que teria a vantagem geral de fazer estes lugares mais apetecíveis, mas ligaria os oficiais ao serviço, pois ficavam anexas ao exercício e não às patentes. Defendiam a consagração deste sistema de anexar gratificações correspondentes aos exercícios de certos empregos e não às patentes, o que teria muitas vantagens económicas e militares. A portaria determinava, com efeito, que, tendo em consideração os relevantes serviços que o exército acabava de fazer na última campanha com glória da Nação e interesse geral da Europa e querendo dar-lhe uma prova da “Real contemplação”, que até ao final do corrente mês se continuasse a dar a todo o exército o fornecimento das rações de etape e soldos e gratificações de guerra e por mais seis meses o soldo de guerra aos oficiais inferiores, soldados e mais praças. Havia um mal estar latente no exército que condicionava os protagonistas do conflito.⁶

Isto confirma a identificação das razões mais profundas do conflito pelo Principal Sousa quando escrevia no início de Janeiro de 1815 que o marechal Beresford tinha continuado a ser bem incômodo pois que como D. Miguel Forjaz se via na precisão de reduzir as despesas para poder sustentar a “grande máquina que ele Bersford” procurara ter “fundada no Donativo Britânico”, a economia não cabia no seu coração. Não havia pontinho em que não pegasse (continuava Sousa) e sobretudo devendo ele sustentar a autoridade da secretaria de Estado,⁷ o marechal com dificuldade a suportava e sem esse freio a despesa iria às nuvens.⁸

Alguns oficiais britânicos abandonavam o serviço português. Em 31 de Outubro de 1814, saía de Lisboa para o Rio uma lista das “promoções mili-

⁶ TT, MNE, Cx.905, n.º1134.

⁷ Na verdade secretaria de governo, pois só se designavam de Estado as do Rio de Janeiro.

⁸ Carta de 2 de Janeiro de 1815, Pereira, 1953: vol. III, p. 173.

tares” que tinham sido aprovadas pelo governo. Incluíam uma enumeração dos propostos para demissão do “Real Serviço a fim de voltarem a servir no exército de Sua Majestade Britânica”, englobando o tenente general inspetor geral da infantaria João Hamilton, dois marechais de campo, o brigadeiro barão de Eben, cinco coronéis e sete tenentes coronéis e mais 54 oficiais com outros postos inferiores, além de vários cirurgiões. Mas esta proposta era assinada por Beresford, sendo (tudo leva a crer) voluntária.⁹ Outros britânicos permaneciam no exercício de postos superiores do exército, como veremos.

O conflito entre o marechal e o governo podia passar por aspectos inesperados. Por exemplo, quando Beresford regressara de Inglaterra, trouxera na sua companhia o coronel Guilherme Cox, oficial que tinha sido governador da praça de Almeida, praça sitiada na campanha de Masséna de 1810 e que fora tomada por este, após uma violenta explosão no seu interior. Cox estivera entretanto prisioneiro em França. Os governadores alegavam que tendo observado o mau efeito que produzira no público a vinda deste oficial a Portugal, tinham insinuado a Beresford através de Forjaz que lhes parecia mais acertado que ele voltasse para Inglaterra.¹⁰ A má impressão detectada decorria de ter sido este episódio pretexto de uma punição exemplar contra um português acusado de traição.¹¹

Do mesmo modo, encarregando interinamente, em 29 de Outubro de 1814, os governos das armas do Porto e do Alentejo aos marechais de campo Filipe de Souza Canavarro e visconde de Asseca, em conformidade com o que fora proposto pelo Marechal, acrescentavam que não julgavam fazer menção dessa proposta, mas antes proceder a essa nomeação através da referida portaria como mais regular e competente.¹²

O marechal tivera durante a guerra os poderes extraordinários de confirmação dos conselhos de guerra regimentais, ou seja, os conselhos disciplinares que julgavam os delitos dos membros de cada unidade. Com o retorno à condição de paz, tinha acabado essa autoridade extraordinária e regressado

⁹ TT, MNE, Cx. 905, n.º 1146.

¹⁰ TT, MNE, Cx. 906, n.º 1160.

¹¹ O episódio suscitou, muito mais tarde, um livro de tom nacionalista: de Passos, 1924. Verificamos, contudo, que o tema do tenente-rei era, já era na época, um motivo de conflito.

¹² TT, MNE, Cx. 906, n.º 1164.

(como era conveniente, diziam os governadores) para o Conselho de Justiça, a reunião do Conselho de Guerra para efeitos penais. Beresford assinalava entretanto o grande número de processos que, durante a sua ausência em Inglaterra, tinham passado a ficar pendentes de confirmação. Em 30 de Dezembro de 1814, os governadores remetiam para o Brasil a cópia de dois ofícios em que pretendia novamente essa autoridade extraordinária. O parecer dos governadores era o de que por modo algum se lhe não deveria conceder em tempo de paz, acrescentando que seria muito conveniente suspender muitas das outras faculdades que extraordinariamente se lhe concederam naqueles tempos e de cuja conservação em tempo de paz poderiam resultar graves inconvenientes.¹³

Convirá recordar que Beresford se tornara, desde Abril de 1809, a cabeça de um trabalho disciplinar que teria modificado o exército português. Oficial do exército britânico com alguma experiência de ação na Índia e que participara na malograda operação britânica na Argentina, dirigira a ocupação militar da ilha da Madeira em Dezembro de 1807¹⁴ e isso teria determinado a sua escolha para a missão de organização do exército português quando, no rescaldo do manifesto fracasso da resposta miliciana definida em Dezembro de 1808, face à incursão das tropas de Soult no norte do reino, a Corte do Rio tinha solicitado a presença de uma chefia britânica, na tradição da resposta da diplomacia portuguesa do século XVIII aos momentos de crise internacional.¹⁵

Beresford fizera, ao longo dos anos de 1809 e de 1810, um trabalho de aculturação militar das tropas portuguesas de acordo com um padrão de rigidez disciplinar que podia ser louvado em 1811 deste modo pelo autor de umas *Notícias biográficas do Marechal Beresford*¹⁶:

Resoluto por genio, e principios, elle não se desorienta com os ameaços, ou symptomas de insurreições populares, (...) sabe accommodar as pes-

¹³ TT, MNE, Cx. 907, n.º 1193.

¹⁴ Sobre essa presença na Madeira: Newitt, 2004: 49-66.

¹⁵ Decisão que o Príncipe comunicou aos governadores por carta de 9 de Janeiro de 1809; foi nomeado marechal do exército português por decreto de 7 de Março de 1809.

¹⁶ “Escritas por FF, MCDT”, Lisboa: na Impressão Regia, 1811, 14 pp., datadas de 19 de Março de 1811; publicadas anónimas, atribuídas a Fortunato de S. Boaventura.

soas á qualidade das emprezas que lhe são commettidas (...) Distribue as recompensas após o serviço que as mereceo, e com huma delicadeza que faz subir, e até dobrar o preço daquelle distinção. Inexoravel na observancia da Disciplina, manda punir os delinquentes á proporção dos seus crimes, e tem persuadido á Nação, que muitos dos commettidos nesta epoca devem ser tidos como irremissiveis de sua natureza. Denunciando ao Público, ou a cobardia, ou a má conducta dos Offcials, que aviltão o seu lugar, elle reprime aquelles vicios, e tem feito que sejão muito raros em o nosso bem regulado Exercito. Zeloso de manter a propriedade dos habitantes deste Reino, elle põe todos os lemites que lhe são possiveis á ordinaria licença das tropas (...)

Esta não é a imagem de um dirigente militar no sentido mais habitual do exercício de uma arte, a do homem capaz de imaginar os movimentos dos exércitos, de dispor as tropas no terreno de modo a obter vantagens e de conduzi-las no momento decisivo das batalhas. Trata-se antes de um disciplinador, de um vigilante de comportamentos e de todos os detalhes associados aos exércitos. O objectivo das citadas *Notícias* era o de evitar que Beresford fosse ofuscado pelo enorme prestígio de Wellington como se evidencia no final, o autor advertindo os seus compatriotas portugueses que, lendo as memórias sobre Wellington, deveriam ter “sempre em vista o Marechal Beresford” quando se falasse nas “operações do primeiro, que sem lisonja protestou no seu officio datado de Coimbra a 30 de Setembro “que a elle (Marechal Beresford) exclusivamente, e debaixo do Governo de SAR he devido o merito de haver levantado, formado, disciplinado, e equipado o Exercito Portuguez, o qual se ha mostrado agora (em 27 de Setembro) capaz de combater, e des troçar o inimigo”.¹⁷

Mas Beresford não era um estratego e isso evidenciaria no combate de Albuera. Desde 1811, a sua importância teria decaído (Vichness, 1976). Em constante conflito com o governo, decidiu enviar o seu secretário militar Lemos ao Rio de Janeiro apresentar essas dificuldades. Lemos obteve de D. João o que Beresford queria. Os despachos chegados a Lisboa a 1 de Fevereiro de 1812 davam-lhe plenos poderes na esfera militar e subordinavam-lhe

¹⁷ Idem, p. 13.

os serviços civis do exército (Vischness, 1976: 450-451). Através da Corte do Brasil conseguia subverter a relação de forças em Portugal. Era a autoridade extraordinária recebida pela já acima citada carta régia de 11 de Novembro de 1811, documento notável pela confirmação das condições sociais em que se efectuava o recrutamento militar, já identificadas em épocas anteriores, culminando na justificação de amplos poderes desse âmbito.¹⁸ O marechal era o homem a quem se dera a missão de propor e executar tudo o que julgasse conveniente para estabelecer um bom e exacto recrutamento.

Mas em 1814, na paz, o grande problema de governo de Lisboa residia, como já referi, na redução dos efectivos de um exército que regressava ao reino depois de combater fora dele, como parte do exército britânico, circunstância que agravava as condições normais de desmobilização. O governo publicou, em 29 de Outubro de 1814, uma portaria com os planos para uma tal redução. Afirmavam os governadores que esses planos pouco diferiam do que havia proposto o Marechal, conciliando (tanto quanto era praticável, diziam) o desejo de conservação de uma força respeitável – e disposta para receber um aumento que novas circunstâncias viessem a exigir – com uma proporção (que seria forçosa) do exército com a povoação, as rendas públicas e os demais ramos que concorriam para a felicidade do Estado. Mas isto fazia-se enquanto os militares exerciam uma pressão sobre o governo que os próprios governadores explicitavam quando referiam a necessidade de ter iniciativas que antecipassem os efeitos de uma exploração do mal estar no interior da força armada. Relatavam para o Rio de Janeiro que lhes constava que se espalhavam ideias tendentes a malquistar o governo com o exército e com o público, insinuando-se que esta redução aniquilava o exército ou fazendo recuar aos oficiais a desgraça a que ficariam reduzidos. Parecera-lhe por isso necessário redigir a citada portaria e fazê-la logo publicar. Calculavam os governadores que desse modo teriam ficado frustrados os efeitos destas secretas maquinações e todos persuadidos de que os governadores atendiam aos bons serviços dos valorosos defensores do Trono e que, longe de aniquilarem o exército, conservavam ainda uma força que, concluíam, apenas poderia ser considerada excessiva se se comparasse com os meios e recursos próprios. Esta redução da força militar a que procediam os governadores no ano de

¹⁸ Sobre a inscrição social do recrutamento militar: Dores Costa, no prelo-b.

1814 não tinha a dimensão que deveria ter em consideração do poder de sustentação de uma força permanente, mas uma opção a meio caminho, que tomava em conta a referida pressão dos que queriam explorar o descontentamento dos militares. Os mapas anexos previam uma força global de 40840 homens e de 5620 cavalos, distribuída deste modo:

24 regimentos de infantaria	24.264
12 batalhões de caçadores	6.012
12 regimentos de cavalaria	6.372
4 regimentos de artilharia	3.568
1 batalhão de artífices engenheiros	348
4 companhias de artilheiros condutores ficando cada uma anexa a cada regimento de artilharia	276
	400 cavalos
	40.840
	5.620 cavalos

Um regimento de infantaria passaria de 1.556 homens para 1.011, mas nesta mudança importavam menos 460 soldados e a redução de dez alferes e vinte segundos sargentos, vinte cabos de esquadra e vinte anspeçadas e ainda dez tambores. Nada que afectasse a os escalões superiores da oficialidade.¹⁹

Mas, na relação dos governantes com Beresford, uma dimensão crucial da desmobilização era a conservação dos oficiais britânicos. Sobre isto Beresford escreveu a Forjaz a 7 de Novembro de 1814 e pediu uma audiência, que lhe fora concedida. Narravam os governadores para o Rio de Janeiro que, não se contendo na dita carta nenhum objecto que merecesse uma resposta do governo, parecera conveniente que o mesmo secretário lhe não desse uma sua, a qual só produziria maior azedume, o qual naquele momento, como sempre, tinham pela sua parte procurado evitar, fizera Forjaz o sacrifício, como já havia feito outros pelo bem do serviço do Príncipe, de não dar resposta alguma, limitando-se a fazer chegar a carta ao governo de D. João no Brasil.²⁰

Os britânicos permaneciam no exército de Portugal. Uma lista dos oficiais do exército de Sua Majestade Britânica ao serviço do exército do Príncipe

¹⁹ TT, MNE, Cx. 906, n.º1168.

²⁰ TT, MNE, Cx. 906, n.º1169.

cipe Regente de Portugal, datada de Novembro de 1814, incluía 86 nomes, depois das demissões do mês anterior. Esses britânicos eram ainda uma parte decisiva da cúpula do exército. Os corpos de linha que continuavam a ser comandados por oficiais ingleses eram treze corpos de infantaria em 24, oito de caçadores em doze, três em doze de cavalaria, totalizando 24, ou seja, metade dos comandos. O exército tinha, em Setembro de 1814, um efectivo próximo dos 50 mil homens,²¹ pouco inferior aos dos anos de guerra (um pouco mais de 53 e de 52 mil eram referidos nos mapas datados do último dia dos anos de 1810 e de 1811). Existiram ainda quase 55 mil homens nas milícias. Um cálculo dos moços solteiros entre os 16 e os 30 anos feito em 1808 contabilizava-os nos 123 mil (Dores Costa, no prelo-a.). Em conclusão, o sistema militar abrangeeria, no final da guerra, um número de homens que era equivalente a 40% do efectivo potencial de homens solteiros para a sua formação.

No dia 13 de Dezembro de 1814, D. Miguel Pereira Forjaz apresentou aos governadores reunidos as propostas do Marechal Beresford para a promoção geral do exército. No seu diário, Ricardo Raimundo Nogueira relatou a reacção dos governadores, que notavam que havia nelas algumas coisas que se deveriam emendar. Em primeiro lugar, o governo já teria dito ao marechal que, como a guerra havia acabado, se não julgava autorizado para aprovar as propostas, as quais deviam daqui em diante ser remetidas directamente ao Príncipe com o parecer do mesmo governo. Mas, desejando evitar tudo o que pudesse descontentar a oficialidade no fim de tantas campanhas gloriosas, se prestaria ainda a aprovar a proposta de uma promoção geral de todo o exército, que se publicaria nos anos da rainha, a 17 deste mês, esperando que o Príncipe regente lhes não viesse a estranhar este procedimento. Em segundo lugar, a dita proposta deveria ser unicamente dos oficiais da tropa de linha. Em terceiro lugar, que não deviam entrar nela os postos superiores. Neste sentido, o governo já tinha dado conta para o Rio de Janeiro da promoção que destinava fazer no aniversário da Rainha, expondo os motivos que tivera para dar um passo que (como dizia Nogueira) excedia as suas faculda-

²¹ O mapa da força e situação dos corpos de linha em Setembro de 1814 somava 49694 homens, sendo de 24 regimentos de infantaria – 32047; de 12 batalhões de caçadores – 6728; de 12 regimentos de cavalaria – 5087 (mas com apenas 2225 cavalos); de 4 de artilharia – 4582 e da Polícia de Lisboa e Porto – 1250.

des. Achou-se porém que o Marechal, fazendo a proposta geral, declarara que havia ainda outros oficiais que deviam ser despachados e que não podendo compreender nela por lhe faltarem informações, proporia depois em outras propostas particulares. E que, em vez de se limitar aos postos de exército de linha, propunha alguns governadores de praças e fortes. Assentou-se, portanto, que ele fosse avisado para vir ao governo no próximo dia de conferência (a 15) e se lhe dissesse categoricamente que a presente proposta era a última que o governo poderia sancionar e que todos os oficiais que nela não fossem compreendidos deviam ser despachados imediatamente pelo Príncipe e que igualmente eram inadmissíveis todas as promoções de governadores etc. por dever a mesma proposta restringir-se ao exército. Houve também dúvida entre os governadores sobre a inteligência do que eram os «postos superiores», que o Marechal entendeu serem apenas os oficiais generais, compreendendo na sua proposta todos os outros, incluindo o de coronel. Para não suscitar novos embaraços, decidiram conformar-se com a inteligência que dera ao termo. Na reunião de dia 15, porém, o marechal conviera com tudo, incluindo a restrição dos postos superiores.²²

Os governadores assinalavam de novo a 20 de Dezembro de 1814 a existência de mal estar no exército. Faziam remeter para o Rio de Janeiro a proposta geral que o marechal Beresford lhes apresentara e, embora observassem que ele se tinha afastado em muitas causas do mesmo que havia proposto, tinham assentado em alterar o menos possível a dita proposta pela qual se estava geralmente esperando e cuja demora além do dia 17, o aniversário da Rainha, causaria uma impressão muito desagradável no Exército. Num texto apologético de Beresford publicado no *Correio Braziliense* em 1816 escrevia-se que os governadores tinham principiado a “mandar para a Corte do Rio de Janeiro as propostas e como isso prejudicasse ao exercito pela demora (...).”²³ A interposição da distância entre Lisboa e o Rio, que retardava quaisquer decisões e que dava incerteza aos despachos, seria a manifestação evidente do mau tratamento que o governo proporcionava aos militares.

Beresford tomava a ofensiva, escrevia para o Príncipe e remetia Lemos para o Rio de Janeiro. Retomava o método que já empregara em 1811. Na

²² Biblioteca Nacional [de agora em diante BN], Cod.6851, f. 203.

²³ Datado de 1 de Dezembro de 1815. *Correio Braziliense*, 1816, p.150.

reunião do governo de 3 de Janeiro de 1815 tratou-se do pedido que Beresford enviara a Forjaz para que o governo desse licença ao tenente general António de Lemos Pereira de Lacerda, seu secretário militar, para ir ao Rio de Janeiro em um navio que partia no dia seguinte. A licença fora dada sem hesitação, escreveu Nogueira, mas o governo persuadira-se que Beresford mandava Lemos para se queixar ao Príncipe da resistência que se havia feito às suas pretensões de querer governar tudo despoticamente, sustentando e até excedendo as amplas faculdades que lhe haviam sido dadas pela carta régia, ainda que parecesse - alegava Nogueira- que o Príncipe lhas concedera somente durante a guerra e ainda nesse tempo no acordo com Lord Wellington. Um dos sinais que fundavam essa suspeita era o estratagema de guardar a comunicação da partida de Lemos, de que ninguém suspeitava, para o momento em que o navio estava a partir. Assentaram os governadores, para obviar à intriga, em oficiar para o Rio, pondo tudo na presença do Príncipe e ponderando os inconvenientes qua haveria em se conceder autoridade ilimitada a que Beresford aspirava. Tal ofício seria acompanhado por uma carta do governo para o marquês de Aguiar, tudo remetido por mão do visconde de Barbacena.²⁴

Na carta ao Príncipe, datada de 10 de Janeiro de 1815, Beresford afirmava que o serviço militar poderia padecer, que lhe fora negado o exercício da autoridade militar que o Príncipe lhe confiara sem que pudesse saber se essa autoridade teria sido revogada por uma “Sua Régia Ordem”. Manifestava a esperança ardente de ver em breve o Príncipe voltar ao reino de Portugal, mas receando as demoras dirigia-se-lhe directamente. Apresentava-se ofendido. Rogava ao Príncipe que julgasse quais poderiam ser os sentimentos de um soldado franco e honrado que voltando para o país cujo exército tinha comandado e à testa de um exército vitorioso, o qual tinha obtido para o seu Príncipe, para si e para a sua pátria uma glória imortal, achava-se tratado como um estranho, como estrangeiro, e que a sua pessoa merecia desprezo em vez de louvores, sofrendo oposição e sendo contrariado em tudo o que fazia. Não podia deixar de ressentir-se de um tal tratamento.²⁵ Sublinhem-se dois aspectos. A expectativa que se mantinha quanto ao regresso de D. João

²⁴ BN, Cod.6851, 208-209.

²⁵ Arquivo Histórico Militar, 1ºdiv., 14ºsec.,Cx. n.º35, n.º2.

à Europa. A encenação de uma ofensa fundada sobre a circunstância de ser tratado como estrangeiro, pormenor que nos revela que Beresford se insinuava como alguém que, pelos serviços prestados, ganhara o direito a ser tratado como um natural, cuja ligação ao reino e ao Príncipe não se extinguiam com a conclusão das hostilidades.

Numa carta para o Príncipe de 22 de Fevereiro de 1815, o Principal Soussa dava a dimensão social e política do que poderia estar em jogo: “As leys que obrigarão as Milicias, e Ordenanças ao rigor das Leys Militares” pela portaria de 1810 só existiriam “durante a Guerra, porque seria injusto obrigar homens cheffes de familia cultivadores a servir, e ser sujeitos ás Leys que ignorão, sem receber soldo, paga, vestido, etc. (...) Deos nos livre de que elle [referindo-se a Beresford evidentemente] em tempo de paz commandasse Exercito, Milicias, e Ordenanças, porque então era governar o Reyno todo; seria hum Maire dos antigos Reys de França, perigaria o Throno nas mãos de hum general ambiciozo” (Pereira, 1956: vol. III, p. 181).

No início de 1815, Beresford ainda tentava evitar a passagem pessoal ao Brasil, mas em meados de Agosto de 1815 partiu para a Corte do Rio de Janeiro. A favor das suas intenções aquando desta sua partida alegava um seu interlocutor (de quem se fora despedir e que deve ser o visconde de Santarém) que se necessitava a conservação do exército “e muito mais em ocasião que o vizinho tanto se vai preparando e recrutando”. Circulava pois, já nesta altura, o argumento de uma ameaça espanhola usada a seu favor. Ora este seu defensor afirmava que “a falta dele [acabarria] de perder o Exército e muito mais sinto dizer que ainda não há um oficial português que esteja em termos de comandar em chefe um Exército destes, que o sustente de pé e subordinação presentemente que não seja um Chefe estrangeiro” (Pereira, 1956: vol. III, p. 161). Isto coloca-nos no cerne do problema, já atrás aflorado, da relação entre a condição de estrangeiro e a eficácia disciplinar da acção do comandante. Por que razão um estrangeiro se encontrava em melhores condições para impor as regras da subordinação militar? Não cabe aqui obviamente a resposta a esta pergunta, fundamental para o estudo de Portugal durante a Guerra Peninsular.²⁶ Mas uma pista é-nos fornecida pelo governador

²⁶ Tal resposta, numa nova perspectiva, constitui ainda hoje um dos maiores desafios para quem deseja renovar este estudo.

Ricardo Raimundo Nogueira, quando, numa caracterização datada de Janeiro de 1818, elogia o trabalho do marechal antes de apresentar os seus “grandes defeitos”. Confirmava, no essencial, a imagem referida do autor da notícia biográfica de 1811. Escrevia Nogueira que Beresford era um soldado valioso e um grande oficial para disciplinar o exército. Portugal devia-lhe muito nesta parte e a sua constância em fazer observar as leis militares levara as tropas a um estado de perfeição que as pusera em pouco tempo a par com as melhores da Europa. Para isso identificava Nogueira duas razões. Concorría para isso, não apenas a inflexibilidade do seu carácter, mas a sua qualidade de estrangeiro, sem a qual não poderia opor-se às promoções não merecidas dos fidalgos, que por serem filhos de conselheiros de Estado ajudantes de ordens dos generais iam logo a capitães nem suspender despachos feitos pelo Príncipe Regente, representando o pouco direito dos despachados e o desgosto que sentiriam os que se vissem injustamente preteridos por eles. Temos assim uma hipotética explicação para o mando privilegiado dado pela condição de estrangeiro: encontrar-se fora do sistema de atribuição de postos pela via das mercês, ou seja, permanecer exterior ao reconhecimento dos lugares militares como parte da herança da nobreza. Concluía Nogueira que um dos grandes benefícios que se deviam à Providência fora o de ser empregado o duque de Wellington no comando do exército combinado e Beresford na organização e instrução das tropas e que comandava debaixo das ordens do primeiro. Se as incumbências se tivessem trocado estava persuadido que as coisas teriam ido mal porque nem o duque de Wellington tinha génio para entrar nas miudezas da fiscalização da observância da disciplina militar nem Beresford era tão hábil para dirigir uma batalha e formar o plano de uma campanha.²⁷

Mas a independência dos fidalgos é uma justificação que nos parece insuficiente, pois não explica por si mesma as diferenças no relacionamento com as tropas. Sabemos que o próprio Beresford se vangloriava de conseguir resultados disciplinares sobre os homens comuns que eram os soldados que os oficiais portugueses não obtinham. A propósito do embarque de tropas para o Brasil em 1817, escrevia ao seu amigo Lemos que tivera a prudência de ficar ele próprio com as tropas na noite anterior ao embarque e que ele não poderia compreender o quanto surpreendera e vexara uma certa classe de pessoas- ci-

²⁷ BN, Cod.6848, 83-84.

tando os seus amigos marquês de Abrantes moço e conde de Lumiares - que a sua presença pudesse ter posto fim a uma deserção tão declarada antes de ter chegado às Caldas, tendo-se perdido até aí 450 homens e depois apenas uma meia dúzia.²⁸ Importa aqui realçar esta ideia, que era obviamente favorável às suas intenções, de que o exército apenas subsistiria se permanecesse encabeçado por Beresford.

A ordem datada do dia 9 de Agosto de 1815 não ocultava as intenções de Beresford ao partir para o Rio. Nela se declarava que o exército não duvidaria de que o fim da viagem do marechal para o Brasil era o interesse e a honra do exército e o bem e felicidade dos membros que o compunham. Proclamava-se que a exposição dos merecimentos desse valoroso exército perante um Príncipe benéfico e premiador seria para ele um ministério particularmente grato e satisfatório. Era evidente a criação no exército da expectativa de que Beresford iria obter para ele aquilo que o governo não conseguira. Além do mais, anuncjava que esperava que a ausência fosse breve e declarava que apenas o preenchimento dos seus deveres perante o Príncipe e o que devia ao exército que comandava o poderiam induzir naquelas circunstâncias a ausentar-se e concluía que teria o mais sincero prazer em voltar mui brevemente para o comando de um exército pelo qual tinha uma tão alta estima. O marechal apresentava-se assim como o campeão do exército.

A já citada apologia de Beresford publicada no *Correio Braziliense* é clara quanto à exploração desta posição de defensor do exército. Assim, dizia-se que o malfadado exército português era desabonado pelos governadores para com o Regente, nascendo em consequência da guerra que haviam declarado ao marechal um novo pecado de Adão para o mesmo exército.²⁹ Teriam sido tais circunstâncias que tinham levado o marechal a ir à Corte do Rio para ver se podia alcançar prémios para o exército. A partida de Lisboa é aí apresentada como uma manifestação de apoio de toda a tropa ao seu chefe. Os tenentes generais conde de Sampaio, visconde de Souzel e José António da Rosa haviam-se apresentado para fazerem a oferta de um presente militar no valor de 50 mil cruzados (que, por não estar executado, apenas ficava prometido para o regresso) a que apenas não se tinham associado Forjaz e o tenente

²⁸ Carta de 10 de Agosto de 1817, Pereira, 1956: vol. IV, p. 102.

²⁹ *Correio Braziliense*, 1816, p.152.

general Francisco de Paula Leite, governador militar da Corte e Estremadura. O autor do elogio referia-se a eles como “maus portugueses”. No dia 10 de Agosto, entre as duas e as quatro da tarde, todos os oficiais do exército que estavam em Lisboa se teriam apresentado no palácio e o Tejo ficara “coalhado” de embarcações fretadas pelos oficiais para irem ao “bota-fora”. Assim se via como o exército odiava o marechal, ironizava.

Mas o governo pareceu respeitar a autoridade de Beresford estando ausente. Recebendo ordens do Príncipe, por um aviso do 1º de Setembro, facultando-lhe que dessem, de acordo com o marechal marquês de Campo Maior, o destino que parecesse mais conveniente aos oficiais que tinham vindo recentemente de França, respondiam que achando que, estando ausente o mesmo marechal e podendo qualquer determinação que tomassem a este respeito e sem o seu concurso ficar sujeita a graves inconvenientes, tinham assentado que deveriam esperar para a sua execução a chegada do marechal ou ulteriores ordens do governo do Rio de Janeiro.³⁰

Mas o grande golpe foi a decisão de D. João em criar o “Regulamento para a organização do exército de Portugal” datado de 21 de Fevereiro de 1816. Este regulamento era a primeira vitória da perspectiva de Beresford. Mantinha um estado de mobilização militar em tempo de paz. Não apenas se previa uma força de primeira linha de mais de 57 mil homens, mantinha-se a autoridade integrada sobre os milicianos. Suscitou um generalizado descontentamento. O Intendente Geral de Polícia assinalava (em 30 de Abril de 1817) a desanimação que produzira esse alvará de 21 de Fevereiro, a desafeição universal que o marechal tinha tido a infelicidade de adquirir entre todos, sem exceptuar os militares, o recrutamento afectando todas as classes de pessoas de que resultaram as impressões e a murmurção de que tinha vindo a dar informação.³¹ Foi sob o espanto da promulgação deste sistema que se produziram memórias muito conhecidas (porque foram impressas depois da revolução, em 1820 e 1821) sobre a relação de incompatibilidade entre o recrutamento e a agricultura (um tema, aliás, clássico) e a dimensão do exército e a da população: o *Discurso dirigido a El Rei no princípio de 1817 sobre os*

³⁰ TT, MNE, Cx.908, n.º1582.

³¹ G. e J.S. da Silva Dias, 1980: vol. I, tomo II, pp. 635-36. Raimundo Nogueira no seu diário também refere os relatórios do Intendente neste mesmo período.

danos que sofre a agricultura pelo recrutamento e os males que dele resultam a Portugal ou as célebres Reflexões sobre o actual regulamento do exército de Portugal de Marino Miguel Franzini, uma primeira tentativa de efectuar uma abordagem de forma quantitativa sobre o “peso” da formação do exército na população. Muitas outras memórias circularam contra esta política.

Ricardo Raimundo Nogueira, numas “Reflexoens sobre as Leis militares de 21 de Fevereiro de 1816”, afirmava que estabeleciam um “governo militar no meio de uma Monarquia”. Para mais, alegava que tinham sido obtidas obrepticiamente pelo marechal, sem ser ouvido o governo do reino que o rei costumava ouvir por via de regra ainda em objectos de muito menos importância. Argumentava ainda que as novas leis estabeleciam mudanças essenciais, alterando um sistema que em grande parte era recente e do qual por consequência não se podia ainda fazer-se juízo seguro.³² A classificação de Nogueira era exacta: o modo de governo que se estabelecia era um modo misto, monárquico e militar. Havia duas fontes de autoridade: a do monarca, que continuava a deliberar sobre os assuntos correntes, e a do chefe militar supremo, que organizava a guerra, tendo para esse efeito um amplíssimo arbitrio (Dores Costa, 2008).

Mas isto não era uma novidade criada pelas leis de 1816, era o modo de governo existente desde 1809 em Portugal. Ricardo Raimundo Nogueira fora dele um fervoroso defensor, contra alguns dos seus colegas, em particular do Principal Sousa. No seu voto de 1 de Setembro de 1810, por exemplo, concedera plena justificação à autoridade sem limites que Lord Wellington reclamava para si. Declarava Nogueira que se tinha oposto constantemente a toda a ingerência do governo nas matérias militares e dava um voto (que pelo seu diário sabemos que fez questão que chegasse ao conhecimento do comandante supremo do exército) em que defendia que os governadores do reino não tinham autoridade para se intrometerem nos planos de campanha nem em coisa alguma relativa às operações militares. Mas esta posição representava a interpretação do estado de necessidade e este era, por definição, excepcional.³³

O que era espantoso em Portugal, depois de 1814, era esta tentativa de

³² BN, Cod. 7207.

³³ BN, Cod. 7206.

manter em tempo de paz a autoridade que apenas se justificava em tempo de guerra. Obtivera a oposição dos governadores da forma que vimos, mas a sua capacidade em decidir era muito restrita. Por isso, mais espantosa do que a que a iniciativa de Beresford em ir ao Rio de Janeiro fazer a reclamação dessa autoridade excepcional junto do governo do Rio de Janeiro, foi a obtenção da concordância de D. João VI. Tratava-se efectivamente de uma inesperada confluência. Era a legitimação de um “golpe de Estado” em Portugal, no sentido mais exacto, clássico, que este termo pode ter. Explicável apenas porque os interesses do governo do Rio de Janeiro estavam agora centrados na diplomacia americana (Alexandre, 1993). As tropas portuguesas seriam chamadas a suprir a tradicional dificuldade em formar um exército no Brasil. A expedição comandada por Carlos Frederico Lecor, futuro barão e visconde de Laguna, era um primeiro uso nesta época das tropas da reserva europeia da Casa de Bragança no seu teatro prioritário e com consequências que poderiam ser muito negativas no reino de Portugal, pois seria hipoteticamente no âmbito europeu que mais facilmente a Coroa de Madrid poderia fazer acções de retaliação.

Beresford regressou a Lisboa para retomar o comando do exército. Tal como resumia Nogueira no retrato de dele fez: alcançara a protecção do ministério de tal maneira que voltou triunfante, trazendo os novos regulamentos militares feitos em 21 de Fevereiro, segundo os planos que apresentara e que haviam sido aprovados sem fosse ouvido o governo. [Cod. 6848, f.85] A ordem do dia de 21 de Setembro de 1816 publicitava a vitória do seu plano. Proclamava a honra e a satisfação de comunicar ao exército o seu regresso para retomar o comando do mesmo e, sublinhando o sucesso, lembrava a ordem de 9 de Agosto de 1815. Prometia que o exército veria as consequências do amor e da aprovação do Soberano pelos cuidados e interesse que se manifestavam nos arranjos que o rei ordenara.

Em 28 de Setembro de 1816, o governo reunido deliberou-se, relatavos Nogueira, sobre o que devia fazer o governo à vista das ordens régias que trouxera o marechal Beresford, pelas quais se lhe davam grandíssimos poderes, sem dependência do governo, em todos os ramos da repartição militar, o que (enumerava o governador) acabava por compreender muita parte da jurisdição dos magistrados civis, deprimia a autoridade da Regência que representa o rei em Portugal, exauria o Erário, arruinava a povoação, estabe-

lecia um governo militar e alienava o amor dos povos para com o Soberano, não só pelos males que estas inovações lhes traziam, estancando as fontes da riqueza da Nação e reduzindo o Erário à impossibilidade de sustentar o crédito, mas pela aversão que teriam em ver na mão de um estrangeiro poderes tão extraordinários e nunca antes concedidos a outros generais em chefe de muito mais alta hierarquia que em diversos tempos haviam comandado os exércitos. Assentaram os governadores na exposição de tudo isto ao rei, feita com todo o respeito, mas com toda a clareza e energia que pedia um negócio de tanta ponderação. Forjaz mostrara cópias dos ofícios que haviam representado para o Rio de Janeiro os inconvenientes e funestas consequências que resultariam da concessão de tais poderes. Fosse qual fosse a decisão régia, ninguém poderia roubar aos membros do governo a glória de haverem dado as mais incontestáveis provas de lealdade e de patriotismo, concluía Nogueira.³⁴

A 12 de Novembro o governo aprovava um ofício em que dava conta ao rei do estado atenuado do Erário, de que resultava um deficit, a que era forçoso acudir.³⁵ A questão financeira ganhava inevitavelmente o primeiro plano dos conflitos. Uns dias mais tarde, a 19 de Novembro, o governo debatia um “ofício longuíssimo” do marechal dirigido a Forjaz. Fazia um papel próprio de um “Rabula”, comentava Nogueira. O principal objectivo era atacar o governo, increpando-o de se opor à execução das ordens régias e protestando que removia de si toda a responsabilidade. Assentaram os governadores que Forjaz lhe dissesse que no que pertencia ao aumento de despesas imposto pelo novo sistema, estava o governo impossibilitado, como lhe havia feito ver, mostrando-lhe confidencialmente o estado da receita e despesa do Erário, que isto mesmo se havia representado ao rei. Quanto aos assuntos que o rei tinha cometido directamente ao marechal, o governo jamais se oporia ao exercício desta autoridade, mas julgava ser a sua obrigação comunicar-lhe as suas observações.³⁶

Chegavam ao governo notícias do enviado de Portugal em Madrid sobre o agravamento da relação com Madrid. Beresford participava aos governadores ter já nomeado alguns dos generais de divisão. Na reunião do governo,

³⁴ BN, Cod.6851, ff. 258-260.

³⁵ BN, Cod.6851, f. 262.

³⁶ BN, Cod. 6851, f. 263.

o marquês de Borba apresentava o orçamento da receita e despesa do Erário para o ano de 1817. A receita andaria pelos 20 milhões de cruzados. A despesa, cortando-se o mais que era possível em todas as outras repartições, apenas deixaria 12 milhões para o exército. Entretanto, Henrique Teixeira de Sampaio, negociante que enriquecera fabulosamente durante a guerra, emprestou dois milhões ao Erário no início de Dezembro de 1816,³⁷ modificando a opinião negativa que dele tinha Nogueira. O marquês de Borba e D. Miguel Pereira Forja reuniram a 23 de Dezembro com o marechal para determinarem a soma que o Erário podia depositar mensalmente na caixa da tesouraria militar, que Beresford depois distribuiria pelas diversas repartições. Convieram que o Erário deveria dar para esse efeito 360 contos por mês, mas ressalvou-se que isso se definia apenas para os primeiros três meses de 1817, podendo ser alterado conforme o que mostrasse a experiência.³⁸ Calculado como uma despesa anual seria de 4.320 contos, um pouco menos dos doze milhões a que se referia o marquês de Borba, soma que podemos confrontar com as receitas efectiva do Erário Régio que seria em 1816 de 9.185,5 contos e em 1817 de 11.671,5 contos, um pouco acima dos 20 milhões acima referidos (Alves Caetano, 2008: 96). Um valor inferior ao que o Erário transferia mensalmente em 1814 para a caixa militar que estava um pouco acima dos 500 contos.

No final de 1816, a 30 de Dezembro, o governo de Lisboa debatia a informação que lhe chegava de que em Madrid fazia a maior impressão a notícia, ainda que não fosse oficial, de haverem os Portugueses tomado Montevideu. O rei Fernando VII estaria furioso e, apesar do estado de fraqueza em que se achava Espanha, relatava Nogueira, era de recear que a geral indignação e o génio violento do monarca produzissem movimentos de tropas contra Portugal.

Em Portugal, durante o ano de 1817, o problema de uma confrontação com Espanha voltava a colocar-se em função da orientação diplomática da Corte do Rio de Janeiro na América, a qual não era compreendida pelos portugueses e que, paradoxalmente, poderia justificar a persistência do comando militar de Beresford. Ricardo Raimundo Nogueira votava, na reunião do governo de 18 de Janeiro de 1817, na qual participou o marechal, fazendo uma

³⁷ BN, Cod. 6851, f. 266, 270.

³⁸ BN, Cod.6851, ff.275-6.

advertência prévia. Nesta afirmava que o governo nunca obstaria a que o marechal exercitasse a autoridade que lhe fora dada pelo rei. O governo, porém, diria ao marechal qual eram as suas opiniões sobre quaisquer medidas que ele quisesse tomar no âmbito dessa autoridade e disso daria conta ao mesmo rei. A questão substancial sobre a qual havia para decidir era a das consequências da entrada das tropas portuguesas no território espanhol do Rio da Prata. Espanha, julgando-se agravada, pedia explicações que ainda não tinham chegado e a Corte de Madrid queixava-se deste procedimento. Face a estes factos, perguntava Nogueira se era conveniente que Portugal se preparasse para se defender de uma invasão, que iniciasse o recrutamento e fizesse depósitos de víveres para as praças. Respondia o governador que seria imprudente sujeitar o reino a um mal gravíssimo e infalível para acautelar um perigo pouco provável, muito mais (continuava) sendo manifesto que as mesmas medidas, que vexariam a nação e esgotariam os fundos e crédito do Erário, serviriam para aumentar a probabilidade do dito perigo e obstariam os meios que o rei tinha para o remover por via da negociação. Podemos concluir que o governador criticava a utilização oportunista de um perigo de guerra com a Espanha.³⁹ No seu diário assinalou que o marechal falara nessa altura com toda a moderação, declarando que nunca se julgara independente do governo e que vinha saber o que queriam os governadores que se fizesse para que o executasse, ponderando em seguida o estado crítico das coisas, o receio de que o rei de Espanha, sempre inconstante nos seus planos, mandasse marchar repentinamente sobre Portugal um corpo de tropas que já estaria preparado. Comentava Nogueira que a moderação e a condescendência do marechal lhe tinham parecido afectadas, não se combinando com o tom grosseiro e alterado que punha nos seus ofícios.⁴⁰ Com efeito, Beresford afrontava o governo logo no 1º de Março com um papel violento, feito na sequência da sua visita ao Alentejo. Um papel cheio de acrimónia e de acusações insolentes contra o governo, relatava Nogueira, atrevendo-se a dizer que este teria feito tudo quanto poderia concorrer para se perder o reino e insistindo no iminente perigo em que os julgava se fossem acometidos por Espanha, quando as tropas se não achavam em estado de entrar em campanha. Três dias depois Beresford

³⁹ BN, Cod. 7207, n.º38.

⁴⁰ BN, Cod. 6852,1817,ff.5-6.

apresentava uma carta de Wellington sobre a indisposição de Espanha contra Portugal. Imaginamos que o objectivo seria o de demonstrar a ameaça como efectiva e não apenas conveniente.⁴¹ A vigilância sobre eventuais preparações bélicas do Estado vizinho manteve-se ao longo do ano. A 30 de Abril de 1817, as notícias do conde de Amarante e coronel Mozinho sobre armazéns e movimentos de tropas em Espanha seguiam para o Rio de Janeiro.⁴² Também sobre a presença de Cabanés em Lisboa numa missão de recolha de informações.⁴³

O mal estar face aos efeitos sociais do recrutamento, já acima identificados, começava a ganhar volume em 1817. Os lavradores do Alentejo faziam representação, deslocando-se 16 para esse efeito a Lisboa. Queixavam-se de que o recrutamento que se iria fazer lhes tinha afugentado os criados indispensáveis para a sua lavoura. Tratada na reunião do governo no 1º de Abril, foi remetida ao marechal para lhes deferir. O Intendente Geral de Polícia dava conta do estado da opinião pública, tendo ordem do governo para informar todos os meses. O ódio contra o marechal, dizia, crescia continuamente e se expressava mais com o recrutamento que se ia fazer. Havia um descontentamento geral por se fazer a aclamação de D. João como rei no Brasil e se fazer lá o casamento do Príncipe com a Arquiduquesa Leopoldina, factos que levavam o povo a concluir que a Família Real não voltaria para Portugal.⁴⁴ Surgiam várias representações de classes que pediam isenção do recrutamento e que se remetiam ao marechal. Forjaz participava que já debatera com ele a maneira de proceder nesta operação com toda a brandura, evitando-se as prisões. Mas marechal queixava-se de que o governo lhe insinuasse a suspensão do recrutamento dos criados dos lavradores de Alentejo, censurando essa petição dos ditos lavradores de pouco comedida e de revolucionária.⁴⁵

Os problemas que afectavam as populações, em particular o sempre detestado recrutamento, articulava-se directamente com um perigo de guerra que não se entendia e tudo confluía na permanência do rei no Brasil. Em 23 de Setembro de 1817 dava-se conta de um corpo considerável de tropas

⁴¹ BN, Cod. 6852, 1817, ff. 18, 19.

⁴² TT, MNE, Cx.907, n.º 1913.

⁴³ TT, MNE, Cx.907, n.º 1915.

⁴⁴ BN, Cod. 6852, 1817, f. 26.

⁴⁵ BN, Cod. 6852, 1817, f. 29.

espanholas na província da Estremadura e a esse propósito Beresford escrevia a Forjaz se se deveria fazer entrar nas praças as milícias por ser quase a única arma que haveria disponível, podendo julgar-se que era igualmente necessário fazer reunir os licenciados das tropas de linha naquela fronteira, esperando as ordens a este respeito.⁴⁶

A presença de uma autoridade excepcional tornada permanente manteve-se. Os conflitos com os governadores continuaram (Newitt, 2004: 89-109). Chegar-se-ia a esperar de Beresford mais do que a sustentação do exército. Uns anos mais tarde, em 1820, nas vésperas da revolução de Agosto no Porto, o conde de Palmela lamentava a sua ausência de Lisboa. Nas circunstâncias existentes poderia ser perigosa e dar lugar aos intrigantes e malévolos para fazerem alguma tentativa enquanto faltasse ao exército o seu chefe (Pereira, 1956, III, p. 281).

Afastado pela revolução liberal, Beresford viria contudo a regressar a Portugal e a interferir muito activamente nos conflitos de 1824 e de 1825, próximo dos conspiradores miguelistas. Era a sombra tardia de um projecto em que se reclamar a (aparente de forma insensata) uma autoridade fora de época.

Em conclusão, estes anos entre 1814 e 1817 foram o ponto crucial da inesperada evolução da relação entre o governo de D. João no Brasil e a opinião pública em Portugal. D. João VI, havendo paz na Europa, não apenas não regressou a Portugal, mas transformou este reino na retaguarda militar das suas iniciativas militares na América. O Príncipe Regente depois rei não apenas não fez retornar Portugal ao estado de paz, manteve uma paradoxal militarização do reino e confirmou a autoridade excepcional de William Beresford. O que estava em causa era, desde 1814, o regresso da força militar ao pé de paz, concretamente, à dimensão que as receitas da Coroa em Portugal permitiriam sustentar. O subsídio britânico fora um fluxo de financiamento que estava próximo do montante das receitas brutas da Coroa portuguesa e que desse modo sustentara a utilização de Portugal como retaguarda de recrutamento do exército britânico (Dores Costa, no prelo-a). O projecto de golpe de Beresford foi, inicialmente, a manutenção da sua autoridade através do aproveitamento dos previsíveis descontentamentos criados pela desmobilização parcial desse exército. Este projecto confluíu paradoxalmente com

⁴⁶ TT, MNE, Cx.907, n.º 2001.

a decisão do Príncipe em permanecer no Brasil e com o renascimento da questão platina em 1814-1816 (Alexandre, 1993).

Mas, a um nível mais profundo, podemos considerar que esta estranha confluência tem uma raiz comum. Os poderes dados a Beresford desde 1809 inscrevem-se na dificuldade de formação e de manutenção dos exércitos permanentes, a qual se manifestava tanto no Brasil como em Portugal. Mais do que um dirigente militar com capacidade estratégica ou visão táctica, o marechal foi um disciplinador de forças e essa era foi a fama que, desde o início, o acompanhou. No Brasil, onde ainda era mais difícil recrutar um exército do que na Europa, recorreu-se à deslocação de tropas europeias para a aplicação de uma orientação diplomática cujo centro de preocupação se deslocara para a América. Não era, aliás, uma novidade porque já no tempo de Pombal, o general Böhm, braço direito do conde de Schaumbourg-Lippe, fora para o Brasil com tropas portuguesas. Mas, no final da década de 1810, as consequências eram outras: a revolução de Agosto e Setembro de 1820 pôs em causa o sistema imperial do Reino Unido. Curiosamente, no processo da independência do Brasil de 1821 e 1822 não deixaram de ter protagonismo as forças militares vindas de Portugal.

A resistência socialmente enraizada ao recrutamento militar (que não é especificamente portuguesa ou brasileira, mas amplamente disseminada) pode ser vista como o ponto estrutural (em termos de modos de governo) desta trama. Tenho dedicado os últimos anos ao estudo dessa resistência e à procura da sua “racionalidade” própria, fundamentada na desconfiança face à construção do Estado, como uma fonte “interna” de agressão, e não de uma pura irracionalidade, como tem sido tradicionalmente vista. Apresentei aqui o seu reflexo tal como se apresenta numa estranha confluência de William Beresford e de D. João VI, tornado primeiro e único monarca do Reino Unido.

Bibliografía

- Alexandre, V. (1993). *Os sentidos do Império. Questão nacional e questão colonial na crise do Antigo Regime português*. Porto: Afrontamento.
- Alves Caetano, A. (2008). *A Economia Portuguesa no tempo de Napoleão*. Lisboa: Tribuna da História.
- da Silva Dias, G. e J.S. (1980). *Os Primórdios da Maçonaria em Portugal*. Lisboa: INIC.

- da Silva Lisboa, J. (1815). *Memoria da vida publica de Lord Wellington* (2 vols). Rio de Janeiro: Imp. Regia.
- de Passos, C. (1924). *Beresford e o Tenente-rei da praça de Almeida*. Porto: Tavares Martins.
- Dores Costa, F. (2008). O governo a seis meses de distância. A relação entre a Corte do Rio de Janeiro e os governadores do reino em Lisboa e a consagração de um governo misto. Comunicação apresentada ao colóquio *Portugal, Brasil e a Europa Napoleónica*, Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa. www.euronapoleon.com.
- Dores Costa, F. (no prelo-a). Dimensão do exército, recrutamento militar e financiamento em Portugal nos anos da Guerra Peninsular – 1808-1811. *e-Journal of Portuguese History*.
- Dores Costa, F. (no prelo-b). *Insubmissão. Aversão ao serviço militar no Portugal do século XVIII*, Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais.
- Esdaile, Ch. (2004). Par delà et dans le lointain»: l'armée britannique dans la Péninsule Ibérique (1808-1814). *Annales Historiques de la Révolution Française*, 336. <http://ahrf.revues.org/1678>
- Newitt, M. (2004). Lord Beresford as governor of Madeira. En *Lord Beresford and British Intervention in Portugal – 1807-1820*. Lisboa: Imprensa de Ciencias Sociais.
- Pereira, Â. (1956). *D. João, Príncipe e Rei*. Lisboa: Empresa Nacional de Publicidade.
- Vichness, V. (1976). *Marshal of Portugal: military career of William Carr Beresford: 1785-1814*. Florida University.

La guerra. Una situación límite

Un ejemplo en la Provincia Oriental: la batalla de India Muerta de 1816

Juan Carlos Luzuriaga

Un tema necesario

La guerra en general y la batalla en particular son circunstancias que llevan a los seres humanos a situaciones límites. Es por eso que nos parece conveniente reflexionar acerca de lo que puede ser una guerra. La realidad de la guerra -y lo que esta implica- está diametralmente alejada de un encuentro deportivo o un juego de video. El riesgo y el horror que conlleva es algo que el hombre sabe desde siempre, como lo expresó Pericles en su oración fúnebre por los caídos “(...) optando por los peligros, confiando a la esperanza lo incierto de su éxito, sostuvieron la guerra con sus cuerpos, y en un brevísimo instante del destino, con la aureola del aliento supremo de la gloria y no del miedo, se fueron”.¹

En este artículo nos referiremos a los parámetros militares en América meridional de principios del siglo XIX, para luego tratar la guerra y el combate como una situación límite por excelencia para el individuo que la protagoniza. Ejemplificaremos nuestras reflexiones con unas miradas sobre la batalla de India Muerta en la Provincia Oriental,² que

¹ Discurso de Pericles, en Tucídides: *Historia de la guerra en el Peloponeso*, 431 A. C.

² En este territorio se originaron los postulados federales enunciados por José Artigas, quien en 1815 había conformado una liga de provincias opuesta a Buenos Aires. Desde esos años fue conocido como Banda o Provincia Oriental, y sus habitantes con el gentilicio de *orientales*. El arroyo de India Muerta está ubicado en las coordenadas -33.667-54.0667, en el actual departa-

enfrentó a portugueses y artiguistas³ el 19 de noviembre de 1816.

Guerra y sociedad en la frontera

La ribera norte del Río de la Plata constituía la extensión geográfica natural del imperio portugués en América del Sur. Las disputas por el territorio entre españoles y lusitanos se sucedieron desde la fundación de Colonia del Sacramento en 1680. A su vez, la fundación en el siglo XVIII de Montevideo y Maldonado junto a las fortificaciones de Santa Teresa y San Miguel en el este de la banda oriental del río Uruguay, señalaron la presencia de la Corona española. La Banda Oriental y Rio Grande do Sul fueron campos de batalla entre ambos reinos. La campaña del general Pedro de Cevallos -primer virrey del Río de la Plata- en 1777 estabilizó la frontera por algo más de veinte años. En 1801, eco de un conflicto en Europa, los portugueses ocuparon las misiones orientales. Las invasiones inglesas de 1806 y 1807 levantaron en armas a la mayoría de la población civil. Los sucesos de 1810 en adelante llevaron a que buena parte de los habitantes tomara partido por realistas o revolucionarios. Posteriormente estos últimos, a su vez, se dividieron en centralistas y federales. Montevideo fue ocupada por los artiguistas en 1815.

La economía de la Banda Oriental y Rio Grande do Sul se basaba en la explotación del ganado semisalvaje que vagaba en sus llanuras (Sainte-Hilaire; 1999: 33-39, citado por Bolfoni Da Cunha; 2012: 75-76). Esto llevaba a que los pobladores de estas tierras estuvieran habituados a derramar sangre.

La ubicación geopolítica había convertido al territorio en frecuente campo de batalla de diversos intereses, por lo que la guerra no era improbable para los pobladores. En las guerras entre países raramente los combatientes cambian de bando; en las guerras civiles, a la inversa, es un hecho relativamente común. A la tensión propia del combate o su inminencia se suman las vicisitudes de optar por un bando u otro, en lo cual inciden motivaciones ideológicas, sociales, económicas, familiares; incluso las circunstancias y el azar también pesan en esos momentos cruciales. Algunas veces el conflicto se procesaba como una confrontación generacional entre padres *realistas* e

mento de Rocha, en las cercanías de la localidad de Lascano. Se encuentra a unos 150 kilómetros de Maldonado, 300 de Montevideo o Pelotas y a unos 560 de Porto Alegre.

³ Artiguistas o artigueños, eran los seguidores de José Artigas, nombrado *Jefe de los Orientales*.

hijos *revolucionarios*. En las cambiantes fronteras del este y del norte las identificaciones políticas se confundían con el lugar de origen, las lealtades y amistades personales y los vínculos familiares. No es de extrañar que algunos protagonistas de relieve y otros -la mayoría- anónimos siguiesen un derrotero personal sinuoso, desde nuestra perspectiva, pero comprensible en los cambiantes años de la revolución iberoamericana.⁴ La sociedad en la que vivieron estos riograndenses y orientales era, si la medimos con la perspectiva de inicios del siglo XXI, de una violencia más explícita y aceptada que la actual. Violencias extremas eran usuales y corrientes a inicios del siglo XIX. La esclavitud, por ejemplo, era algo con lo que se convivía o que se padecía. Involucraba un comercio que necesitaba grandes capitales pero tenía un superior retorno económico. Por algunos aspectos físicos y culturales, la sociedad de inicios del siglo XIX difiere de la de nuestro tiempo en forma notoria. La higiene personal no era una preocupación y, en todo caso, los aromas ofensivos se mitigaban -si se podía- con perfumes; de lo contrario se convivía con ellos (Barrán, 1990: 104-105). Las emociones se reprimían menos, por lo que las risas y los llantos se exteriorizaban más. Para los afortunados que habían superado una elevada mortalidad infantil, la expectativa de vida no pasaba la cincuentena. Como curiosidad señalemos que los individuos de hace dos siglos tenían una complejión física más pequeña (O'Donnell y Duque de Estrada, 2004: 228). Hombres y mujeres integraban una estructura jerarquizada, en la que la mayoría aceptaba su lugar como destino natural. Aquellos de posición privilegiada por abolengo o dinero normalmente imponían sus deseos, y el resto de la sociedad debía acatarlos sin mayores cuestionamientos. Esa situación se repetía naturalmente en el seno de batallones, naves y fortalezas; en ellos la autoridad de jefes y oficiales se manifestaba incluso con castigos físicos a las tropas.

⁴ El riograndense Pedro Viera, conocido como *Perico el bailarín*, natural de Viamão, fue protagonista del grito de Asencio el 28 de febrero de 1811, que significó el alzamiento de la campaña de la Banda Oriental a favor de Buenos Aires. Se unió a los artiguistas, posteriormente los abandonó y se incorporó a los unitarios, y finalizó su carrera política en la revolución riograndense de 1835. Francisco Bicudo y Manuel Pintos Carneiro fueron dos de los tantos portugueses y riograndenses que se sumaron a José Artigas. Cfr. Osório, 2001:163 y ss. Otro de los jefes artiguistas, Tomás García de Zúñiga, era hijo de un brigadier realista. Tomás fue coronel artiguista hasta que, tomado prisionero y distanciado de José Artigas, se unió a Lecor en 1818. En 1826 fue Presidente de la Cisplatina y en 1828 se retiró al Brasil junto con las tropas lusitanas.

La vida castrense

En tiempos de paz la disciplina era rígida y en teoría se seguía un adiestramiento día tras día en los cuarteles y campamentos. Las tropas en guarniciones lejanas a la metrópoli -como era el caso de las americanas- tendían a conductas más permisivas que aflojaban las normas estrictas. Los ejércitos, marinas y milicias de la época incluían en sus filas desde adolescentes hasta ancianos. El adiestramiento seguido por la mayoría de las fuerzas en la actualidad y de todas en el siglo XIX consistía en practicar una y otra vez diversos tipos de rutinas que concentraban a los soldados en tareas mecánicas pero imprescindibles: la marcha a ritmo de tambor con una cadencia y velocidad determinada que automatiza los movimientos y la voluntad, el ajuste del correaje y el orden en la impedimenta que permiten recurrir a lo que se necesita en momentos de peligro sin necesidad de buscarlo desesperadamente, y, sobre todo, la carga del arma en forma adecuada y rápida, que posibilita una cadencia de fuego aceptable. Las tropas montadas debían disciplinarse, ellas y sus caballos. Los artilleros debían tensar sus nervios para acostumbrarse al retumbar de los cañones y a servir sus piezas lo más rápidamente posible ante la amenaza de una carga de caballería o de un destacamento en guerrilla del enemigo. Todos debían conocer los rudimentos al menos del combate cuerpo a cuerpo, por si se llegaba a esta instancia. El oído también debía entrenarse para distinguir las órdenes de los oficiales y sargentos, los toques del tambor o las cornetas que indicaban qué hacer en el combate.

En campaña el soldado se convertía en un nómada. Por meses, a veces años, sus pertenencias personales se reducían a las que podía llevar en la mochila a sus espaldas o en las alforjas de su cabalgadura. Si los territorios en disputa eran extensos y con pocos centros poblados, a menudo las jornadas de marcha de las tropas eran extenuantes. Muchas veces grupos de civiles acompañaban a los ejércitos. Vendedores ambulantes, conocidos como vivanderos, que proveían a oficiales y tropa de diversos artículos. También lo hacían mujeres, algunas esposas o amantes de jefes y suboficiales, otras simplemente prostitutas en burdeles precarios. Eventualmente, se veían envueltas en las consecuencias de las acciones como improvisadas auxiliares de médicos y cirujanos. Muy pocas participaban activamente de los enfrentamientos. La tensión previa al combate y el agotamiento posterior con frecuencia se aliviaban con el consumo de alcohol, lo cual acarreaba previsibles problemas disciplinarios.

Los principios tácticos empleados por los diferentes ejércitos eran en general similares. Se preveía la intervención de las tres armas -infantería, caballería y artillería- bajo la dirección de un mando único que previamente les indicaba la misión a cumplir.⁵ Se marchaba en columna con destacamentos de reconocimiento al frente. Ante la inminencia del combate las fuerzas se desplegaban como una especie de fortaleza humana, con la infantería al centro y la artillería al centro y los flancos. A campo abierto se partía de una trilogía de funciones: la infantería podía ser dispersada por la artillería pero no por la caballería. Esta última a su vez estaba en condiciones de eliminar con una carga a la artillería pero no a la infantería. Iniciado el combate, era siempre factible que se perdiera el contacto entre el comandante y los diferentes cuerpos, haciendo así difícil la dirección de la batalla.

La técnica militar de la época para la mayoría de las unidades de infantería consistía en marchar y disponerse en línea para combatir a sus similares y en formación cerrada para hacer fuego y repeler la carga de la caballería enemiga. Lo esencial en los infantes era la disciplina estoica de quedarse en sus lugares pese a que sus compañeros fueran cayendo heridos o muertos. Cuando se peleaba con otras fuerzas a pie, el combate podía saldarse en un enfrentamiento a la bayoneta. Para esta etapa era necesario contar con la decisión de seguir avanzando, confrontando con la determinación de las fuerzas enemigas.

La puntería era de importancia secundaria, ya que en las formaciones de infantería se disparaba al bulto a no más de cien metros, y el disparo a la caballería o a cualquier otro blanco en movimiento era aún más aleatorio, dadas las características de los mosquetes de la época. Una excepción eran los rifles de ánima rayada, como los Baker británicos, que permitían hacer fuego con precisión a más de doscientos metros. Estas armas eran costosas y lentas en la recarga, por lo que se entregaban a unidades de élite; en el ejército portugués, a las compañías de tiradores de los batallones de *Caçadores*.

La cadencia de fuego era crucial para valorar una unidad de infantería. En los inicios del siglo XIX se empleaban armas de carga por la boca. Este era un procedimiento engorroso y el nerviosismo del combate era difícil de

⁵ Algunos cuerpos lusitanos incluían desde su creación las tres armas, como la Legión de San Pablo y la División de Voluntarios. Esto hacía que operaran mejor en forma coordinada que otras fuerzas.

sobrellevar para novatos y milicianos, por lo que tropas bisoñas muchas veces hacían un solo disparo. Mientras un novato o miliciano podía efectuar un disparo por minuto, las tropas entrenadas podían duplicar e incluso triplicar ese ritmo. La conclusión es obvia: un pequeño grupo de profesionales, aun en inferioridad de número, disparaba más que sus oponentes más noveles. La caballería tenía un comportamiento algo similar al de la infantería, aunque la movilidad proporcionada por la cabalgadura facilitaba que un individuo con temor o pánico se alejara del combate. Si el jinete superaba el fuego enemigo y el miedo y tomaba contacto tenía ventajas para imponerse, por el impacto de la carga, al jinete opuesto y obviamente a un soldado a pie. La artillería era el arma de alcance mayor, pero su cadencia de fuego era baja. Así se entiende que las formaciones compactas pudieran sobrevivir ante su presencia.

En los ejércitos europeos al filo del siglo XIX entre el 70 y el 90 por ciento de su fuerza estaba constituido por la infantería.⁶ En el Río de la Plata y la Capitanía de Rio Grande (Ribeiro, 2010: 118) existía dificultad para conformar las fuerzas de infantería. En las llanuras de América meridional la caballería era el arma preferida por la mayoría de los criollos, que tenían en el caballo una herramienta usual de trabajo. Paralelamente, por sus características era un arma que estimulaba la decisión y el arrojo temerario para iniciar una carga. Los batallones de infantería se formaban con los pocos voluntarios de las villas y ciudades, a los que se sumaban los vagos y delincuentes reclutados a la fuerza. Incluso se incorporaban esclavos que eran liberados para el servicio. Por las grandes distancias a recorrer y por la abundancia de caballada muchas veces esta infantería criolla se trasladaba montada. Otra característica de las fuerzas rioplatenses era el comportamiento que a veces asumían los oficiales. La doctrina europea señalaba que el papel de los oficiales y jefes de las fuerzas era acompañar a sus tropas conduciéndolas sin intervenir directamente en el combate, salvo en defensa propia. Cuanto mayor jerarquía, más alejado estaba de la primera línea, para tener un panorama de toda la acción. En el Río de la Plata, por el contrario, los oficiales muchas veces participaban en el combate, no haciendo caso a lo prescripto

⁶ “(...) al menos desde la Guerra de Sucesión Austríaca la proporción de la Caballería respecto a la Infantería no se haya modificado y siempre haya oscilado entre un cuarto, un quinto y un sexto de la misma” (Clausewitz, C. von, 2005: 271).

por los manuales (Rabinovich, 2011). Eso sin duda estimulaba la moral de las tropas, al mismo tiempo que las exponía a una desbandada si veían caer a su arrojado comandante.

Las milicias

En ciudades y villas los vecinos eran llamados a formar parte de las milicias. Los motivaba la defensa de sus casas, bienes y familia. El medio rural, por su parte, veía a menudo el territorio patrullado por partidas de Blandengues en la Banda Oriental o Dragones de Rio Pardo en Rio Grande. En esta atmósfera, las fuerzas veteranas significaban un referente para los pobladores que se incorporaban a las milicias; no obstante, ese interés no los llevaba necesariamente a ser buenos milicianos. En su concepción inicial las milicias eran fuerzas auxiliares de las tropas profesionales. En tiempos de paz debían adiestrarse lo mejor posible con la supervisión de oficiales y suboficiales de carrera. En guerra debían cumplir funciones de guarnición en centros poblados; ya en campaña, la vigilancia, exploración y hostigamiento, preferiblemente en las cercanías de su región de origen. La mayor parte de las veces estaban más pobemente armadas que las fuerzas regulares y con uniformes precarios (Álvarez, 2012: 24-25). Cuando las obligaciones del servicio se prolongaban comenzaban las dificultades: el período de cosechas, las necesidades de las familias dejadas atrás llevaban a que muchos milicianos abandonaran sus unidades y retornaran a sus hogares. Eso sucedía desde el litoral del río Uruguay hasta Rio Grande (Aladrén, 2012: 442). Ya en el campo de batalla, si se enfrentaban en combate abierto contra fuerzas veteranas, la experiencia y aptitudes de estas últimas normalmente se imponían incluso si eran numéricamente inferiores a las milicianas.

Riesgos y recompensas

La eficacia de las armas de fuego de la época era muy relativa. En la práctica, el alcance de los fusiles no excedía los 75 metros, y solo un muy bajo porcentaje de los disparos tenía efecto a distancias superiores. A cortas distancias, no obstante, el gran calibre de las balas de plomo hacía que un impacto tuviese gran poder de detención y, en consecuencia, sus resultados fuesen terribles. La artillería era el arma más letal si alcanzaba al enemigo, tanto con bala como con metralla. Incluso podían matar a varios hombres a la

vez si se encontraban en formaciones cerradas. Las heridas de arma blanca se presentaban si se empleaba caballería; muchas se ocasionaban en las persecuciones y se recibían en las retiradas. El estar herido aumentaba la posibilidad de serlo nuevamente -o ser rematado- si el sujeto no era auxiliado rápidamente por sus compañeros. Los bajos niveles de higiene y la precariedad de los servicios médicos hacían que cualquier herida fuese peligrosa, y la amputación de miembros, un procedimiento común. De aquellos que quedaban con heridas puede estimarse que una quinta parte fallecía poco después. Entre los que sufrían amputaciones, moría un tercio de los que perdían brazos y la mitad de los que perdían piernas. La gangrena y el tétanos hacían estragos. De los heridos en la cabeza se estima que solo sobrevivía un tres por ciento. Tan temibles como las balas eran las enfermedades, particularmente las infecto-contagiosas; a menudo ocasionaban más bajas que las propias batallas (Meng Kin, 1991: 52 y ss). Si las campañas se prolongaban, la casi constante mala alimentación y las inclemencias propias del clima, en un ejército en marcha, lo podían diezmar más que la artillería enemiga, como comprobó Bonaparte en su desastrosa campaña de Rusia en 1812.

Ante todas estas amenazas cabe preguntarse qué llevaba adelante a los combatientes. Inicialmente la disciplina y las sanciones previstas para los desertores, como el fusilamiento sumario. También influían (Rodrigues Goulart, 2008: 3 y ss) el espíritu de cuerpo; el respeto por los superiores inmediatos; la preocupación por la propia reputación ante camaradas, vecinos y jefes; la creencia en los motivos para hacer la guerra; los reconocimientos; la contribución al éxito del grupo básico y las recompensas contantes y sonantes. No era menor la importancia de encontrarse armado entre civiles que no lo estaban y en esas circunstancias robar a viejos y jovencitos, así como seducir por las buenas o las malas a las mujeres. También, en las llanuras de Río Grande y la Banda Oriental, el ganado que pastaba libre y que se consideraba botín de quien pudiese llevárselo. Otra recompensa era la aureola que rodeaba al militar, particularmente a los oficiales. En tiempos de guerra los ascensos se multiplicaban para cubrir las vacantes; incluso en algunos casos se cambiaba el escalafón en las fuerzas profesionales y de tropa se pasaba a oficial.⁷ En el caso de los milicianos devenidos en tropas profesionales, tenían

⁷ Tras la acción de Paso Cuello el 19 de marzo de 1817 los sargentos Francisco Rodrigues

en el trascurso de las hostilidades el propio filtro de su desempeño en la carrera militar: los más capaces, fieles y afortunados iban a ascender.

El combate

La batalla, el combate, la escaramuza en que intervienen los individuos es el momento de prueba, el momento crucial. De hecho, toda la preparación previa tiene o debería tener como objetivo llegar a esas instancias con las mejores posibilidades de éxito. Se va la vida en eso. En palabras de Clausewitz “el combate es a la guerra como el pago en metálico al comercio, porque aunque se produzca raramente, todo está dirigido a ello, y finalmente tiene que tener lugar a pesar de todo y ser decisivo” (Citado por Keegan, 1990: 40). En la guerra, el mundo del soldado se limita a los camaradas con los que convive todos los días. La familia, si la tiene, está lejos. Cuando las noticias se trasmítían a caballo y por naves a vela pasaban años sin saber nada unos de otros: en ese panorama, el individuo se apoyaba en su compañía, su escuadrón. La cohesión de ese conjunto va a ser importante para dar solidez a sus miembros en las circunstancias en que se juega la vida: estar bajo la metralla, esperar la carga de caballería o protagonizarla, aproximarse a la línea de fuego y permanecer en ella acercándose al combate cercano, aquel en el cual se ve el rostro del enemigo.⁸

La guerra es una experiencia extrema en la que los seres humanos exponen su vida; muchos ven en estos momentos la ocasión de probarse a sí mismos. Salvo los psicópatas, los individuos que entran en combate tienen miedo, y lo que determina su comportamiento es hasta qué punto pueden dominarlo sin que se convierta en pánico. Bajo fuego y sometidos a la tensión del combate, cuando los límites de tiempo y los referentes pueden resultar confusos, muchas veces se quebrantan reglas y códigos. La crueldad está en la esencia de la guerra y se aprovecha la desventaja física, psicológica o simplemente numérica del enemigo para imponerse. Como en todas las guerras, en las batallas entre orientales y portugueses hubo quienes exhibieron

y Francisco Antonio Pereira del 2º Batallón de Cazadores, a instancias del comandante del batallón, Francisco de Paula Rosado, que solicitó fuesen ascendidos a oficiales. (Queiroz Duarte, 1985: 277).

⁸ A esto alude Rattembach, 2005: 108-109.

un valor prodigioso y otros que no resistieron la presión y abandonaron su lugar. Es bueno recordar, aunque parezca obvio, que los individuos no siempre se comportan igual. La mayoría lucha a veces con un coraje asombroso, otras evita el enfrentamiento y casi siempre trata de cumplir con su deber y al mismo tiempo salvar la vida, combinación nada fácil. Además, a menudo resulta borroso distinguir la frontera entre la prudencia y la cobardía, entre el heroísmo y la temeridad suicida.

Combatir era una actividad que ponía a los hombres en situaciones límites. Todos conocían la realidad de la guerra por experiencia propia o por relatos de primera mano: cómo degollar a heridos o prisioneros enemigos, para “aprender a matar” o “para que no sufrieran” (*despenar*) e incluso por diversión. Robar a los cadáveres de amigos y adversarios (*carchear*) era práctica habitual en esas y en todas las guerras. A veces se robaban calzados y prendas del enemigo porque sencillamente eran de mejor calidad. Otras veces, como recuerdo de la acción, como una especie de trofeo.⁹ Cuando no se sabe si el día de mañana se va a estar con vida, no es difícil saltar algunas barreras morales o éticas. Así, del robo y vilipendio a los cadáveres se puede pasar, si existe impunidad para hacerlo, a someter a pillaje a los civiles y abusar de las mujeres. Aunque en general los oficiales podían contener a sus hombres, sobre todo si eran regulares, a veces el pillaje era empleado como motivación o recompensa para los que iban al combate.

De hecho, en pocas ocasiones se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo. Muchas veces el desenlace se basaba en quién se *quebraba* antes, detenía la marcha y después veía qué hacía: abrir fuego o huir. Los relatos y memorias de los soldados en estos desplazamientos hacia el enemigo coinciden en que la mayoría avanzaba como podía, observando de reojo a sus camaradas y tratando de que el miedo no lo llevara a romper la formación y a ser el primero en retirarse. El pánico es sumamente contagioso y se sabía que en la retaguardia los mandos iban a estar prontos para hacer fuego contra sus propios hombres. Si huían solo uno o dos, podían ser detenidos por los oficiales y suboficiales, quienes intentarían evitar la estampida de las tropas (Kindsvatter, 1991: 31 y ss).

⁹ Nos referimos a llevarse armas, papeles y cualquier bien personal que fuese útil. Una casaca, una manta, un reloj si se trataba de un jefe. Las monedas eran lo primero a despajar. Todos sabían que los soldados llevaban su capital consigo. También a veces como recuerdo se amputaban orejas, dedos y se cortaban barbas e incluso bigotes.

Es una característica de los campos de batalla, particularmente a campo abierto, que los combatientes mueren en gran número si huyen, pues cuando dan la espalda al enemigo es el momento en que más indefensos se encuentran (Keegan, 1990: 82 y ss). Sucede lo mismo si una fuerza es sorprendida por sus enemigos cuando está descansando, por ejemplo. De ahí la importancia de no subestimar al contrario y de la disciplina, pues aun si hay que retirarse debe hacerse en forma ordenada para minimizar bajas. Las retiradas deben efectuarse en forma escalonada, mientras una sección cubre con su fuego el alejamiento del campo de batalla de sus camaradas. Esta función es difícil aun para los soldados profesionales, por los riesgos enormes de enfrentar el avance enemigo ganando el tiempo suficiente para el retroceso que salvará a sus compañeros. Si esto se cumplía, había que tratar de ‘desengancharse’ del contacto de las fuerzas enemigas y volver como se pudiese al grueso de su ejército.

Los ángeles de la muerte

El hombre, como cualquier animal, tiene un rechazo instintivo a eliminar a los de su misma especie sin un motivo valedero, sobre todo cuando el enfrentamiento es cercano y se distinguen las facciones del enemigo. Si se trata de la primera acción de guerra muchos suman a sus incertidumbres el saber cómo se comportarán en el combate; si se tienen hombres a cargo, las dudas se acentúan. En combate, la mayoría de los soldados acompaña el movimiento de su fuerza sin grandes iniciativas.¹⁰ Unos pocos soldados en batalla superan el pánico y eliminan a muchos enemigos en una acción de guerra: estos soldados pueden ser “cazadores” o “guerreros”. Los primeros son aquellos que, pertrechados con determinadas armas como cañones o incluso fusiles de precisión, eliminan a sus enemigos sin riesgo. No distinguen los rostros ni escuchan sus gritos al ser heridos: el matar se convierte esencialmente en una técnica. Los segundos -también muy pocos- son los que están en la vanguardia o cerca de ella, sufren una especie de psicosis que les anula el miedo a morir y a matar, y en forma continua avanzan o retroceden enfrentando al

¹⁰ Schneider, un veterano de la Segunda Guerra Mundial en la *Luftwaffe*, divide a los soldados en tres categorías: guerreros o combatientes, cazadores y finalmente batidores; definición esta última que agrupa a la mayoría (1966: 27-28).

enemigo. Se trasforman en “ángeles de la muerte”, que con gran habilidad y determinación se dedican a matar a sus semejantes (Kindsvatter, 1991: 46-50). De esto se desprende que la mayoría de los hombres en una batalla es “carne de cañón”: no matan a sus semejantes en la acción y en todo caso se suman a hacerlo cuando están en una posición de clara ventaja, al atacar por sorpresa o con superioridad numérica, acorralando rezagados o rematando heridos. Aun los más valientes, luego de sobrevivir a varios combates y ver caer a sus camaradas, comienzan a considerar que en algún momento su fortuna se va a acabar y eso afecta naturalmente su disposición para la batalla. Si los combates se suceden sin interrupción las bajas aumentan. Si se acumulan las derrotas los hombres empiezan a desmoronarse y a dejar de combatir, rehuir la batalla o simplemente desertar. Consecuentemente las unidades empiezan a desintegrarse.

Para la mayoría de los que arriesgan la vida en la experiencia del combate -y sobreviven para contarla- ese momento se convierte en un recuerdo imborrable. En esas circunstancias, el terror que vive el individuo lo hace adoptar actitudes que normalmente no tomaría. Una puede ser avanzar o retroceder a pie o a caballo, pasando al lado o incluso por encima de muertos y heridos, camaradas o enemigos, sin inmutarse, con la atención puesta solo en cumplir su intención primera. La sucesión de las acciones genera adrenalina y fatiga al mismo tiempo. Embota el cerebro y las reacciones son las primitivas del ser humano cuando su vida está en juego. Es recurrente la alusión de los combatientes a una ‘neblina roja’ que perciben en el campo de batalla (Hillman, 2010: 95-99). El terror y el miedo a ser muertos a su vez pueden llevar a ejercer violencia indiscriminada, a matar a los enemigos sin importar si están huyendo, se quieren rendir o están heridos. Si se los considera racialmente inferiores o políticamente malignos ese comportamiento se acentúa. Estimula estas actitudes la impunidad con que muchas veces se puede agredir al enemigo disperso o en retirada. Posiblemente la tensión del combate y el miedo a ser lastimados o muertos se desvanece cuando se ve a los enemigos huyendo frente a los ojos o acorralados. La emoción de sentirse casi a salvo se trasforma muchas veces en el deseo irrefrenable de tomar revancha de aquellos peligrosos oponentes que nos aterrorizaron momentos atrás: ahora están inermes y en pánico. Surge difícil de contener el deseo de perseguir y ultimar uno a uno a los fugitivos, hiriendo esas espaldas que sin rostro son presas

fáciles para mosquetes, sables o lanzas. En esas circunstancias normalmente se trataba de tomar prisioneros a los oficiales enemigos respetando sus vidas. Los individuos tampoco se comportaban siempre igual en esas situaciones límites: a veces lo hacían con crueldad, otras con piedad hacia los vencidos.

Una campaña militar, una batalla en la que el individuo participa, es una acumulación de experiencias límite. La alegría de salvar el pellejo luego de una acción se graba en el ánimo de las personas, y para muchas de ellas esos instantes quedan como vida *realmente vivida* (Van Creveld, 2007: 215 y ss).

La batalla de India Muerta

La revolución en el Río de la Plata por sus principios republicanos era una amenaza para Portugal, por lo que se entendía que se debía responder con una guerra preventiva. Al mismo tiempo era una oportunidad para extender sus dominios al sur. La guerra se desató en tres frentes: las misiones orientales, el norte y el sur de la Provincia Oriental. El ejército portugués contaba con unos 10.000 hombres;¹¹ los artiguistas con unos 1.500 de tropa veterana¹² y unos 5.000 de milicianos en el territorio.¹³

En agosto de 1816 un ejército portugués a las órdenes de Carlos Federico Lecor invadió por el sur. Ya en la Provincia Oriental, las fuerzas portuguesas proclamaron que iban a defender a los vecinos pacíficos como hermanos y a preservarlos de los insurgentes. La vanguardia estaba a cargo del mariscal de campo Sebastián Pinto de Araujo Correa, quien penetró por el este, ocupando la fortaleza de Santa Teresa. Estaba formada por dos compañías del 2º de Cazadores, cuatro compañías del 1º de Infantería, escuadrón 1º y 2º de caballería

¹¹ En la Capitanía de Rio Grande do Sul a las órdenes del marqués de Alegrete estaban los Dragones de Río Pardo, la Infantería de Santa Catalina y las milicias regionales. Fueron apoyados desde el norte por la Legión de San Pablo Una escuadra a cargo del conde de Viana aseguraba la supremacía en el mar.

¹² En el territorio oriental el ejército artiguista contaba con los regimientos de Blandengues Orientales y Dragones de la Libertad como fuerzas veteranas, a los que se le agregaban tres pequeños batallones novatos de infantería; la “2º. División de Infantería Oriental” los Cívicos y Morenos de Montevideo. También contaba con pequeños destacamentos de artillería. Para enfrentar a los portugueses en el mar recurrió a la guerra de corso.

¹³ Se le sumaban seis regimientos departamentales de milicias regionales, divididos a su vez, en escuadrones, conocidos como *divisiones*, por cada uno de sus partidos. Cfr. Corrales Elhordoy, 2005: 23.

de la División de Voluntarios Reales provenientes de Europa.¹⁴ Se le agregaba un escuadrón de caballería de las Milicias de Rio Grande y otro de la Legión de San Pablo¹⁵ apoyados por un obús: algo más de un millar de hombres. El 24 de setiembre derrotaron a las avanzadas orientales en el paso de Chafalote. Eran observadas por las fuerzas del coronel Fructuoso Rivera, compuestas por unos mil quinientos hombres que formaban dos divisiones de caballería y cuatro de infantería de milicias apoyados por un cañón de cuatro pulgadas.

El miércoles 19 de noviembre al mediodía Rivera ordenó avanzar a su caballería para envolver a las tropas portuguesas. Sebastián Pinto, al ver el despliegue extendido de los artiguistas, dio la orden de avanzar, a su vez, a una fuerza a las órdenes del mayor Mac Gregor tomando como eje una compañía de cazadores, apoyados por el obús y dos escuadrones de caballería. En esta maniobra ocuparon posiciones estratégicas en cercanías del arroyo de India Muerta, fijando a la infantería y caballería de los orientales con el fuego de sus tiradores, algunos equipados posiblemente con rifles Baker. Su obús apoyó el desplazamiento disparando granadas. La caballería portuguesa, por su parte, atacó desbandando a las milicias de caballería enemigas que estaban muy dispersas y que esperaron quietas el ataque sin cargar a su vez a los lusitanos que se aproximaban. Las fuerzas a pie hicieron lo mismo y la pieza artiguista hizo fuego tres veces sin mayor resultado. La infantería y algunos grupos de caballería fueron rodeados; parte fueron aniquilados y otros tomados prisioneros. Los portugueses tuvieron 28 muertos y 50 heridos. Los orientales perdieron la pieza de artillería, munición, armamento y dos tambores; tuvieron más de 200 muertos y otros tantos prisioneros. De estos

¹⁴ La División de Voluntarios Reales era una unidad de élite formada a instancias de William Carr Beresford, comandante en jefe del Ejército de Portugal, para su expedición a la provincia Oriental. Este había seleccionado su personal en los Batallones de Cazadores veteranos de las guerras napoleónicas, especializados en el tiro de precisión, en el combate en orden abierto y guerrilla. Estaban inspirados en tropas similares británicas. Los oficiales habían ascendido un grado en la jerarquía al ser elegidos para formar la División. Constituía un pequeño ejército de más de cuatro mil hombres, dos regimientos de infantería a diez compañías, dos batallones de cazadores a seis, una de ellas de tiradores elegidos. Contaba además con un regimiento de caballería a doce, una batería de obuses con cuatro piezas de 5 y media pulgadas y otra de ocho cañones de 6 pulgadas, banda de músicos y hospital de campaña. (Queiroz Duarte, 1985: 164-165).

¹⁵ Formada por dos batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y formaciones de artillería a caballo con unos mil seiscientos hombres (Gomes, s/a: 37).

últimos, los blancos -la mayoría vecinos de la comarca- fueron liberados, y los negros -unos 30- fueron remitidos para servir en la escuadra lusitana. Hasta aquí la versión más o menos tradicional de la batalla, que duró unas cuatro horas. A principios del siglo XIX comenzaron a ser más frecuentes las memorias de los combatientes.¹⁶ Una de estas fue escrita en 1860 por el coronel Ramón de Cáceres, teniente 2º de 18 años en India Muerta. El combate, la violencia desatada, es desde la antigüedad un espectáculo que se espera, al que se concurre; a veces quien participa también observa lo que sucede en la acción (Van Creveld, 2007: 225 y ss). Luego de desplazarse hacia el este desde Montevideo, la fuerza en que estaba Cáceres bajo el mando del comandante Venancio Gutiérrez

(...) Salimos[frente al ejército portugués] a su encuentro, trasnochamos y amanecimos a su retaguardia; volvimos sobre ella, y la encontramos en el puesto de la Paloma, sobre la costa de [arroyo] India Muerta. El brigadier Sebastián Pinto, que la mandaba, se preparó para resistirnos y reconcentrándose todo lo posible, y formando una masa tan sólida como un cuadrado (...) entonces Pintos que era militar, conoció por nuestra formación que era gente muy bisoña la que tenía que combatir, y tomó la iniciativa, destacó como 200 cazadores hacia el centro de nuestra infantería, los cuales (...) se extendieron en tiradores, y echados en el suelo; esperaron a que obrasen sus caballerías, que salieron en dos escuadrones (...) en dirección al último hombre de nuestro costado derecho y al último hombre de nuestro costado izquierdo; los que vinieron sobre este costado venían en dos mitades como de 25 hombres de frente con espada en mano, y al trote (...) el teniente Don Santiago Píriz que mandaba la 5^a compañía (...) para no dejarse matar con los brazos cruzados, mando hacer fuego a distancia de 30 pasos, mas no bien habían descargado sus armas nuestros soldados cuando tenían encima las espadas de los portugueses, que les obligaron a dar la espalda, y fuimos flanqueados como era consiguiente (...) otro tanto aconteció en la derecha y dispersa nuestra caballería; los cazadores enemigos rompieron su fuego ganando terreno sobre nuestra infantería que desmoralizada (...) emprendió su retirada en

¹⁶ Los anglosajones son los que más interés han mostrado en el análisis de esta temática.

desorden con dirección al paso de la India Muerta en donde había quedado su caballada ensillada, montó el que pudo, y conforme pasaban el arroyo se dispersaban procurando ponerse en salvo; la mayor parte eran milicianos que deseaban volver al hogar de sus familias.

Cáceres luego se refirió a Fructuoso Rivera

(...) Don Frutos atribuía a cobardía (la retirada); un acto que no sino la precisa consecuencia de su impericia (como militar). Es preciso (confesar) que Don Frutos se portó como un valiente, el solo hizo volver caras al escuadrón que nos había flanqueado por la izquierda (...) Los Talaveras,¹⁷ ó soldados de Caballería de la División de Voluntarios Reales, acababan de venir de Europa, y no eran tan jinetes como se hicieron después (...) lo cierto es que algunos de ellos, venían atados a la silla (...) estos hombres cuando nos flanquearon, no se separaban de su formación en columna para perseguirnos individualmente (...) en esos momentos se aparece Don Frutos, que venía como de retaguardia del enemigo, seguido de tres ó cuatro hombres, venía en caballo tordillo, y sin sombrero no traía más arma que una hoja de espada enastada en una caña tacuara en figura de lanza; pasó el por el costado izquierdo de la columnita portuguesa y al llegar a la cabeza, atropelló a un hombre que venía adelante que sin duda era oficial (...) este al sentir el tropel miró a la izquierda, y Don Frutos después de tenderse casi hasta tocar con la espalda el anca de su caballo, enderezó el cuerpo, y con la lanza en las dos manos, le pegó tan terrible lanzada al portugués, que le sacó toda la espada por el costado derecho quebrando el asta que llevó consigo; el herido hizo el ademán de sacarse la espada y cayó muerto, este suceso hizo contramarchar la columnita y entonces volvieron algunos cuantos de los nuestros, y acuchillaron á los de retaguardia como tres o cuatro cuadras, dejando en ese terreno como 12 o 15 muertos; entonces salió la reserva del enemigo, y nuestra dispersión ya fue completa.¹⁸

¹⁷ Este término remite a la batalla del 28 de julio de 1809 en la península que enfrentó a españoles y británicos aliados frente a los franceses; se empleaba en el Río de la Plata para referirse a tropas veteranas europeas. No hubo soldados portugueses en esa batalla.

¹⁸ *Escritos Históricos del Coronel Ramón de Cáceres*, publicados y anotados por Aurora

La batalla y sus protagonistas

Las cifras de muertos y heridos difícilmente trasmiten la imagen de un campo de batalla, con la locura del combate y sus momentos finales en los cuales pequeños grupos de combatientes son perseguidos o acorralados. Tampoco los números de bajas nos muestran el después, con los cuerpos de hombres y bestias insepultos aquí y allá, mutilados o desfigurados. No nos llegan los gritos de los heridos y de aquellos que veían cómo los iban a matar en forma irremediable; tampoco los gemidos y estertores de los moribundos, las voces de venganza y los pedidos de misericordia. En esas situaciones límites unos optarán por intentar luchar y huir; mientras que otros tomarán la decisión de rendirse y jugarse a la humanidad del enemigo. Esparcidos por todo el campo se ven correajes, prendas, armas, municiones y objetos personales. La mayoría de los caídos en combate asumen posiciones extrañas, aquellas en las que los sorprendió la muerte. Sus facciones, si no están destrozadas, boquiabiertos, muestran el pánico o la sorpresa. Rígidos y lívidos: es la guerra en su expresión más cruda. En la muerte los individuos aflojan los músculos y vacían sus vejigas e intestinos, ensuciándose. Los vencedores, dueños del campo de batalla, auxilian a sus heridos y revisan a los muertos y prisioneros en busca de algo de valor. Los prisioneros artiguistas cavaron las fosas para sus camaradas y enemigos muertos y luego, liberados, llevaron a sus heridos. Lo mismo hicieron los portugueses.

Según relatan Cáceres y el historiador brasileño Queiroz, fue un combate entre un ejército con mandos profesionales, menor en número pero formado por tropas europeas veteranas bien equipadas y adiestradas, con un adecuado balance de infantería y caballería que se enfrentó con un contingente enemigo algo mayor pero prácticamente sin tropas profesionales, la mayoría vecinos pobemente armados con poca instrucción y sin experiencia de combate. Tal vez a muchos les pesaban sus raíces portuguesas (Parallada, 1967: 233).¹⁹ El resultado era el más previsible: enfrentados soldados contra milicias, se imponen los primeros por estar más adiestrados y experimentados. Muchas

C. de Castellanos (Apartado de la “Revista Histórica” Tomo XXIX – Nro. 85-87), Montevideo 1959, pp. 70 y 71. Obsérvese que Cáceres describe a Pintos como militar, remarcando así su carácter profesional que lo diferencia de sus enemigos.

¹⁹ El autor individualiza a vecinos que se unen a los portugueses.

veces se ha manifestado que las fuerzas revolucionarias derrotaron en las luchas por la independencia a tropas veteranas. No fue así: vencieron a fuerzas similares a las propias, milicias en trámite de ser profesionalizadas. Cuando se enfrentaron estas milicias a tropas veteranas fueron derrotadas la mayoría de las veces, como sucedió en las invasiones inglesas y con los artiguistas frente a las fuerzas europeas portuguesas.²⁰ Rivera -uno de los jefes artiguistas más prestigiosos- quiso sorprender a los portugueses, pero fracasó en el intento. Tal vez hasta ese momento no se había enfrentado a contingentes importantes de tropas profesionales. Hay quienes entienden que Rivera no tuvo otra posibilidad que enfrentarse a los lusitanos.²¹ Como se ve en el relato que hace, Cáceres no difiere -en líneas generales- de Queiroz. La narración es clara: la poca preparación de las tropas orientales, la mayoría milicianas, que habían hecho “doctrina” (instrucción) por poco tiempo, como recordaba Cáceres. La infantería portuguesa, por el contrario, con gran disciplina inmediatamente desplegó su cuadro defensivo. Se puede suponer que la acción fue en un principio un breve intercambio de fuego de artillería, para luego producirse el avance de los cazadores apoyándose mutuamente con la caballería. Los artilleros y tiradores portugueses fueron “cazadores” de los milicianos artiguistas, haciendo fuego con precisión a una distancia que les aseguraba la falta de respuesta de sus enemigos. Ahí vino el pánico incontrolable por la mala disposición táctica y porque la mayoría era novata. La indecisión de los escuadrones orientales, la actitud del teniente Píriz, ilustran el momento, nos muestran el comportamiento dubitativo y su trasformación en una muchedumbre asustada. No obstante, el detalle de la acción de Rivera no está en Queiroz. Esta acción individual muy posiblemente tiene como víctima al mayor Joaquim Correa de Mesquita, de la caballería de voluntarios. La descripción de la incidencia muestra el distinto papel esperado en el imagi-

²⁰ Hay excepciones. El 8 de diciembre en Sauce, en las cercanías de India Muerta, el capitán Gutiérrez atacó con superioridad numérica —de cuatro o cinco a uno y posiblemente por sorpresa— a una compañía lusitana de un centenar de hombres. Escaparon media docena, setenta quedaron en el campo y el resto, incluidos tres oficiales, fueron tomados prisioneros. Cftr. Queiroz Duarte (FALTA AÑO: 240) y Corrales Elhordoy, 2005.

²¹ La crítica la hace el capitán Artigas. Ferreiro, *Revista Militar y Naval* Año XXIX, Nros. 326, 327 y 328, pp. 76 y ss. La defensa, que cita a Ferreiro es de Parallada, 1967: 225 y 228.

nario rioplatense por un jefe de milicias como Rivera²² y un oficial de carrera europeo como Correa. Este último es sorprendido y ultimado. Venía dirigiendo a su escuadrón en el flanco, como indicaban los manuales, y apenas pudo intentar sacar su sable antes de caer muerto con la lanza clavada en su cuerpo. Los Talaveras, soldados veteranos pero jinetes bisoños, no pudieron enfrentarse con el pequeño contraataque de Rivera, y al huir fueron lanceados y sableados por la espalda hasta que una fuerza de reserva los protegió. La mayoría de los muertos portugueses, 25 en 28, fueron de la caballería de la División de Voluntarios. Se desprende de la descripción del combate que en el arroyo de India Muerta fue donde se produjo la mayor cantidad de bajas de las fuerzas artiguistas en una desordenada retirada. Ahí se materializó una “zona de aniquilamiento” donde los portugueses -creemos que la mayoría milicianos riograndenses de caballería- masacraron a las tropas orientales. Ese fue para algunos el instante en el cual desatar su odio y matar impunemente. Fue, como en la persecución de Rivera, la ocasión para que aparecieran unos pocos *ángeles de la muerte* y todos aquellos que aprovecharon las circunstancias para ultimar enemigos poco adiestrados y aterrados. Fueron solo unos momentos.²³ Una combinación de piedad y conveniencia política llevó a que Pintos ordenase primero tomar prisioneros y posteriormente liberar a los milicianos blancos. Para los negros, por el contrario, significó solamente cambiar de bandera y ser enganchados en las naves de la marina lusitana.

²² Fructuoso Rivera y su hermano Félix se presentaron voluntarios en los inicios de la revolución de la Provincia Oriental en 1811. En ese año “Don Frutos”, que tenía 22 años, ascendió a alférez en la acción de Colla, teniente tras el combate de San José, capitán luego de la batalla de las Piedras, todas en 1811. Ascendió a coronel en 1815 a posteriori de la victoria de Guayabos ante el ejército de Dorrego.

²³ Cuando los partes de guerra informan diferencias muy abultadas entre vencedores y vencidos se puede sospechar con fundamento que, aparte de exageraciones, existieron tropas enemigas sorprendidas o emboscadas y una o varias “zonas de muerte” junto a la probable masacre de prisioneros. Veamos algunas cifras sugestivas. En Carumbé, el 27 de octubre de 1816, se ocasionan 600 bajas a los artiguistas a costa de 29 muertos y 55 heridos (Queiroz Duarte, 1985: 216); el marqués de Alegrete -vencedor en Catalán el 4 de enero de 1817-, menciona 79 muertos y 164 heridos como bajas propias y adjudica a los artiguistas 1.200 muertos y heridos (Queiroz Duarte, 1985: 258). Tras la victoria de Tacuarembó, el parte del conde de Figueira al Ministro de Guerra informa haber ocasionado al enemigo 800 muertos, tomando 500 prisioneros, 4 tambores y una bandera, a costa de un muerto y cinco heridos. Algo parecido puede haber pasado en la victoria de los artiguistas en Sauce.

Esclavos y libertos eran disputados por los contendientes, que apelaban a la requisita y a la manumisión para acrecentar sus fuerzas, siempre necesitadas de combatientes (Aladren, 2012: 435).

Todos los que habían arriesgado sus vidas en la batalla habían vivido una situación límite. Para los muertos fue la última. La mayoría de ellos permaneció en el anonimato, aunque llegó hasta nosotros la identidad de los dos oficiales portugueses muertos, el ya mencionado Mezquita y un joven alférez de infantería, Federico Krusse, sobrino de Lecor. Entre los artiguistas, el capitán Claudio Caballero y su ayudante, el subteniente Gerónimo Duarte de la “2^a. División de Infantería Oriental”.

La guerra después de la guerra

La guerra como circunstancia excepcional en la vida de los hombres lleva a que muchos de ellos se aferren y confíen en sus camaradas como si fueran hermanos y en sus mandos, como padres. Los hechos que viven juntos -penurias y soledades, el miedo en la batalla y el haber participado como víctimas o victimarios de sucesos sangrientos- llevan a que la mayoría de los que fueron parte de una misma compañía se sientan unidos de por vida por haber compartido la misma experiencia vital. Esos lazos son muy fuertes y motivo de reencuentro entre viejos camaradas una y otra vez. Incluso algunas veces permiten compartir recuerdos entre antiguos enemigos. Fructuoso Rivera en 1820, cuando se desintegraba el ejército artiguista, firmó un armisticio con los portugueses y se sumó al proyecto que creó la Provincia Cisplatina unida al imperio lusitano. Fue uno de sus más destacados jefes militares. Iniciados los sucesos de 1825 regresó a filas orientales, pero mantuvo las amistades que había forjado en su servicio militar con los lusobrasileños. Posteriormente, en 1830 fue el primer presidente del Estado Oriental. Pocos años después fue fundador del Partido Colorado, afin a las posturas liberales. En 1845 era uno de los generales de la defensa de Montevideo. En una rara coincidencia histórica fue nuevamente derrotado en India Muerta, en ese caso por los federales y blancos en la Guerra Grande (1839-1851). El mariscal Sebastián Pinto ascendió a teniente general en 1817 al tiempo que era nombrado gobernador de Montevideo. El 1º de noviembre de 1818 embarcó en la corbeta *Maria Teresa* con dos docenas de oficiales rumbo a Brasil. La *Maria Teresa* nunca llegó a destino, y se supone que naufragó en alta mar, pereciendo todos los tripulantes y pasajeros.

La retaguardia es una faceta muchas veces olvidada de la batalla. La muerte de cada soldado solía dejar viudas, huérfanos y madres que perdían a sus hijos. Las mujeres vivían intensamente los dolores de la guerra y la incertidumbre sobre el destino de sus seres queridos en el frente de batalla. Pocos documentos nos han quedado de su papel en las múltiples situaciones dramáticas que les tocó vivir. Muchas a la distancia, algunas acompañando a las tropas, un puñado incluso como combatientes.²⁴ Los heridos también significaban pesar para la familia y la sociedad, que se prolongaba largo tiempo después de la guerra, incluido el costo económico a los familiares para sostener a los heridos e inválidos de por vida.

Bibliografía

- Aladrén, G. (2012). Fuga e recrutamento de escravos durante as campanhas militares luso- brasileiras na banda Oriental (1808-1822). En P. Possamai (org.). *Conquistar e Defender: Portugal, Países Baixos e Brasil*. São Leopoldo: Oikos.
- Álvarez, R. & Olivero, J. M. (2012). Uniformes de la Patria Vieja: Una contribución para la discusión del tema. Segunda Parte. *Boletín Histórico del Ejército*, 339-342.
- Barrán, J. P. (1990). *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay. Tomo I, La Cultura Bárbara (1800-1860)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Boltoni Da Cunha, J. (2012). *Jaguarão e os Militares. Dois séculos na frontera*. Porto Alegre: Evangraf.
- Clausewitz, C. von (2005). *De la Guerra* (versión íntegra). Madrid: La Esfera de los Libros.
- Corrales Elhordoy, Á. (2005a). Las Milicias de la Patria Vieja (2^a parte). *Armas y Letras*, 2.
- Corrales Elhordoy, Á. (2005b). Las Milicias de la Patria Vieja. *Armas y Letras*, 1.
- Gomes, E. (s/a). Governo de D. João (1808-21): a reorganização de Exercito. En *Revista do Exército Brasileiro*, 145.
- Hillman, J. (2010). *Un terrible amor por la guerra*. Madrid: Sexto Piso.

²⁴ En estas campañas también estuvieron presentes. Cáceres menciona en sus memorias a la cordobesa Juana Bustamante, quien intenta detener la retirada de su escuadrón. La marquesa de Alegrete en la batalla de Catalán realizó los primeros auxilios a portugueses y orientales heridos en el combate.

- Keegan, J. (1990). *El rostro de la batalla*. Madrid: Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.
- Kindsvatter, P. S. (1991). Cobardes, camaradas y ángeles de la muerte. El soldado en la literatura. *Military Review* (Edición Hispanoamericana).
- Meng Kin, L. (1991). El enemigo no visible. *Military Review* “*El factor Humano*” (Edición Hispanoamericana).
- O'Donnell y Duque de Estrada, H. (2004). Mando, tripulación y guarnición de los buques de la Armada española en el siglo XVIII. En A. Guimerá, A. Ramos y G. Butrón (coords.). *Trafalgar y el mundo atlántico*. Madrid: Marcial Pons.
- Osório, H. (2001). La Capitanía de Río Grande en la época de la revolución artiguista: economía y sociedad. En A. Frega & A. Islas (coords.). *Nuevas miradas en torno al artiguismo*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Parallada, H. (1967). Primera Batalla de India Muerta. *Boletín Histórico*, 112-115.
- Queiroz Duarte, P. (1985). *Lecor e a Cisplatina 1816-1820* (3 vols.) Tomo I. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora.
- Rabinovich, A. M. (2011). Representaciones sociales y prácticas de combate: las figuras del coraje marcial en el Río de la Plata (1810-1820). *Amnis* <http://amnis.revues.org>.
- Rattembach, B. (1965). *El sector militar de la sociedad*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Ribeiro, J. I. (2010). O serviso militar na cavaleria e a afirmação da identidade rio-grandense durante a Guerra dos Farrapos. En P. Possamai (org.). *Gente de guerra e fronteira: Estudos de história militar do Rio Grande do Sul*. Pelotas: Ed. Da UFPel.
- Rodrigues Goulart, F. (2008). Motivação para o combate. *Revista do Exército Brasileiro*, 145.
- Sainte-Hilaire, A. (1999). Viagem ao Rio Grande do Sul: 1820-1821. Belo Horizonte-Rio de Janeiro: Editora Itatiaia.
- Schneider, W. (1966). *El libro del soldado*. México: Grijalbo.
- Van Creveld, M. (2007) *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: José Luis Uceda Editor.

Fortalezas imperiais: arquitetura e cotidiano (Fronteira Oeste da América Portuguesa, século XVIII)

Otávio Ribeiro Chaves

A arte em edificar fortalezas no mundo português sempre esteve associada às atividades de expansão além-mar. Os portugueses, durante um longo período, adquiriram vasta experiência na construção de feitorias, fortins e fortalezas, no reino e em territórios no ultramar, procurando assegurar os seus interesses nos mais distantes continentes. Estudos recentes vêm demonstrando que as fortalezas erguidas no Oriente, no continente africano, nas ilhas atlânticas, na costa litorânea e às margens dos rios no interior da América portuguesa diversificaram as suas atividades, além das puramente militares, servindo de importantes entrepostos comerciais articulados com sofisticadas redes mercantis, que proporcionaram à Coroa portuguesa acumulação de capitais, com base na comercialização de produtos oriundos dos mais longínquos recantos do seu império.

A edificação desses monumentos de pedras tem historicidade que ultrapassa as fronteiras do Reino português. Na Itália do século XV, teóricos renascentistas se inspiraram nos clássicos gregos e latinos para reformularem as formas de se fazer a guerra, aprimorando as técnicas de construção de fortificações, visando a torná-las mais resistentes ao impacto dos armamentos. Pensadores, como Maquiavel, participaram de um amplo debate sobre “a superioridade do homem e do armamento”, que aparece na obra *Arte della Guerra*, de 1520, na qual foram discutidos, principalmente, os modos de construir fortificações. Além desse estudo, outros renascentistas se envolveram nesse

movimento, como o matemático N. Tartaglia, autor da *Nuova Scientia* (1537), que tratou sobre “os tipos de acampamentos e formaturas”, e V. Birineucci, que publicou, em 1546, *Pirotechnia*, que tratava sobre o aprimoramento da fundição de canhões. Em Portugal, somente a partir do reinado de D. Sebastião (1557-1578), é que “surgirá um novo entusiasmo pelos assuntos militares, e com ele o ensino teórico da fortificação ministrado no Paço da Ribeira pelo arquitecto-mor António Rodrigues” (Moreira, 2005: 143-157).

Os portugueses souberam aproveitar dos avanços da era renascentista para introduzir uma cultura de fortificações não somente direcionada à proteção do Reino, mas que servisse como base de apoio ao expansionismo colonial em diferentes continentes. Através da edificação de uma rede de fortalezas no Oceano Índico, os portugueses se estabelecerem em diferentes territórios, sem efetivamente ocupá-los; primeiro, promoveram relações mercantis com as populações nativas, estabelecendo vínculos com as principais lideranças e, posteriormente, foram erguidas as muralhas de pedra visando à fixação e o estabelecimento de redes comerciais mais extensivas.¹ Essa forma de ocupação já vinha sendo utilizada no Norte da África e na costa da Mina, com a finalidade de manter o “controle marítimo por meio de armadas. Os enclaves no litoral funcionavam como pontos de apoio para o comércio das especiarias monopolizado pela Coroa e para a cobrança de direitos alfandegários” (Doré, 2009:125).

No território da América portuguesa, a edificação de fortificações ocorreu em fases distintas: a primeira foi desde os primeiros anos da chegada dos portugueses até o ataque holandês à capitania de Pernambuco em 1639; a segunda fase se estendeu durante todo o período da União Ibérica, e grande parte da permanência dos holandeses em Pernambuco (1639 a 1654); a terceira etapa foi durante a edificação de fortificações na bacia amazônica, que teve início em fins do século XVII e prolongou-se até o fim do século XVIII, cujo propósito foi evitar o acesso de ingleses, franceses e holandeses ao Estado do Grão-Pará e Maranhão; e, a quarta fase foi quando os espanhóis tentaram ocupar o “litoral sul de Cananéia, já que eram nebulosas as divisas entre os domínios de Castela e Portugal antes do Tratado de Madri, de 1750,

¹ Sobre a presença portuguesa no Oceano Índico ver Brandão, 2005: 159; Doré, 2009: em especial, o capítulo 3: A construção e fortalezas: uma estratégia de fixação no território.

e do Tratado de Santo Ildefonso de 1777" (Lemos, 2005: 252-253).

Segundo Carlos Lemos, arquitetos espanhóis planejaram a construção de fortificações visando impedir o acesso de tropas estrangeiras ao litoral do Atlântico Sul. O responsável pela elaboração desse projeto foi o espanhol Tibúrcio Spanochi, cujo estilo arquitetônico ancorava-se na "experiência italiana de fortificações (...) abandonando totalmente as maneiras transitórias baseadas na antiga tradição medieval das altas muralhas e das ostensivas torres de defesa". Essa nova arquitetura era considerada mais apropriada para resistir ao impacto dos projéteis lançados pelos canhões, pois as muralhas levantadas eram de menor estatura e consideradas bem mais resistentes. Fortificações com frentes abaluartadas foram edificadas, a partir desse período, na Bahia, Pernambuco, Rio Grande do Norte e no Estado do Maranhão e Grão-Pará. Um dos engenheiros mais atuantes nesse período foi Francisco Frias de Mesquita, que trabalhou na edificação da Fortaleza dos Reis Magos, em Natal, em 1614. Edificou, no Maranhão, o Forte de Santa Maria de Guaxenduba; no Rio de Janeiro, em 1618, o mosteiro de São Bento e, em 1622, com base nos projetos arquitetônicos de Spanochi, construiu o Forte do Mar, na cidade de São Salvador. Certamente, que os trabalhos realizados por esse engenheiro no litoral da América portuguesa não se restringiram somente a essas obras, mas essas observações possibilitam percebermos o imenso esforço por parte das Coroas ibéricas em impedir o acesso de tropas inimigas a esse importante domínio colonial (Lemos, 2005: 236).

No século XVIII, antes da assinatura do Tratado de Madri, outras fortificações foram erigidas na região sul do território da América portuguesa. Em 1737, Gomes Freire de Andrade, governador do Rio de Janeiro e Minas Gerais, propôs à Coroa a organização de "um comando único a toda a costa sul-brasileira, até a Colônia do Sacramento, e de fortificar a Ilha de Santa Catarina" (Cabral, 1972: 11-15), cujo propósito era impedir as possíveis investidas espanholas em direção a capitania do Rio de Janeiro e as ricas jazidas de Minas Gerais. D. João V, através da Carta Régia de 14 de agosto de 1738, autorizou que o governador enviasse o Brigadeiro José Pais da Silva para assumir o governo da Ilha de Santa Catarina que, junto com a capitania do Rio Grande de São Pedro, ficaram subordinadas a sua administração. O Brigadeiro Silva Pais tomou posse em 7 de março de 1739, dando logo início a construção da fortaleza de Santa Cruz, na Ilha de Anhatomirim; São

José (1740), em Ponta Grossa, ao norte da Ilha; Santo Antônio (1740), localizada na Ilha de Raton Grande, Baía Norte; Nossa Senhora da Conceição (1742), na Ilha de Araçatuba (Lemos, 2005: 252-253).

No entanto, cabe considerar que a preocupação da Coroa não se restringia somente em garantir a fortificação de pontos estratégicos do litoral sul, pois a possibilidade de invasão espanhola do território da América portuguesa constituía-se em perigo eminente, motivado pela instável política europeia, que em momentos de conflitos no velho continente, as Coroas de Portugal e da Espanha, se posicionavam em posições opostas, atrelando as sua antigas aliadas, a Inglaterra e França, o que acabava gerando conflitos nas áreas de fronteiras de suas possessões coloniais na América do Sul.

Nesse contexto, após a assinatura do Tratado de Madri, a Coroa procurou fortificar pontos estratégicos da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, nos limites com os domínios do Vice-Reinado do Peru. Em 1766, o governador João Pedro da Câmara transformou, por ordem de Lisboa, o fortim de Nossa Senhora da Conceição em uma fortaleza e, mais tarde, na administração de Luiz de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres, deu-se início a edificação do Real Forte Príncipe da Beira (1775). Com essas medidas, a Coroa visava garantir a posse e a defesa político-territorial dessa região frente às investidas de tropas espanholas oriundas de Santa Cruz de la Sierra e das Províncias de Moxos e Chiquitos. Essas fortificações encontravam-se situadas à margem direita (oriental) do rio Guaporé, e integravam-se a uma ampla rede de fortificações existentes no Estado do Grão-Pará e Maranhão, como as fortalezas de São José do Macapá, São Joaquim, São José de Marabitanas, São Gabriel da Cachoeira e Tabatinga (Camilo, 2003: 56-58).

Partindo, assim, de uma tradição portuguesa em relação às fortificações, a proposta deste artigo visa discutir aspectos da arquitetura dos fortões de Nossa Senhora da Conceição (em 1769, batizado pela Coroa como forte Bragança) e o Real Forte Príncipe da Beira, construídos à margem direita do rio Guaporé, nas décadas de 1760 e 1770, na capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Enfocamos as técnicas construtivas e “tecnologias” utilizadas, bem como estivemos atentos às formas de sociabilidades entre os diferentes personagens que participaram do processo de construção desses monumentos.

Fronteira Oeste da América portuguesa: fortaleza de Nossa Senhora da Conceição e o Real Forte Príncipe da Beira

Em 1757, foi criado, no governo do 1º governador da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, Dom Antônio Rolim de Moura Tavares, um posto militarizado onde se encontrava instalada a antiga aldeia jesuíta castelhana de Santa Rosa. A Guarda de Santa Rosa, como foi denominada pelo governador, foi construído no alto de um penhasco próximo de uma cachoeira, o que permitia ampla visão da movimentação de pessoas que navegavam o rio Guaporé.²

Estudos realizados por Cláudia de Oliveira Uessler, sobre as fortificações erigidas nas fronteiras luso-espanholas do Rio da Prata apontam que, desde o início do século XVIII, a Coroa portuguesa procurou estruturar guardas militares, fortins, fortões e fortalezas na região, visando fiscalizar o comércio regular e o contrabando, como também manter a defesa dessas fronteiras, não diferentemente do que vinha ocorrendo no distrito do Mato Grosso.

(...) Consideramos a designação do termo fortim a um pequeno assentamento fortificado de campanha utilizado para a defesa e vigia de pontos estratégicos, ou ainda como ponto de apoio de tropas. Desse modo caracterizamos como fortim uma pequena obra de defesa e/ou abrigo provisório de um pequeno contingente. Diferenciando dos fortões pelo tamanho, forma e características do sistema defensivo (...) Os estabelecimentos denominados de guardas poderiam estar associados a mais de um tipo de obras de fortificações passageiras, como a um fortim, a uma bateria e a barreiras. Esse conjunto de fortificações, geralmente temporárias, ou de campanha, é comumente designado pelo termo de entrincheiramento (Uessler, 2006: 52-53).

Sobre a arquitetura da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, o historiador português Miguel Faria ressalta que existe, no Arquivo Ultramarino, uma planta intitulada “Projecto da Fortaleza que se quer fazer no Prezídio

² Sobre a disputa entre portugueses e espanhóis pela posse dessa povoação, ver Castilho Pereira, 2012.

denominado Nossa Senhora da Conceição, na margem do rio Guaporé que extrema com as Missoens de Hespanha do Reyno do Peru” (Faria, 1996: 58). Essa planta foi feita pelo Sargento-Mor de Infantaria com exercício em engenheiro José Mathias de Oliveira Rêgo. Como autor do “risco” da nova fortaleza, Rêgo colocou em prática os conhecimentos adquiridos em instituições militares de engenharia que existiam no Reino e na América portuguesa. Era através das plantas, desenhos e mapas realizados pelos engenheiros portugueses e estrangeiros contratados pela Coroa que os monarcas tomavam as decisões de construção de fortalezas, vilas, abertura de estradas, construção de aquedutos, igrejas, conventos etc.

Com base no croqui da planta da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, apresentada por Miguel Faria, percebe-se que esse estabelecimento militar foi construído em formato pentagonal, de forma regular, com quatro pontas denominadas de polígonos. Na legenda existente na parte esquerda da planta existem especificações sobre os edifícios intramuros a serem construídos: 1) corpo da guarda e calabouço; 2) “quartel de pólvora”; 3) “quartel” de infantaria subterrâneo; 4) armazéns; 5) casa de armas; 6) hospital; 7) “quartéis”; 8) senzala de pretos; 9) “quartéis” novos. São também apresentados outros dados sobre a localização dos baluartes construídos no alto das muralhas, que permitia com que a artilharia se posicionasse em caso de ataques inimigos. Consta uma informação no croqui da planta dessa fortaleza que esta ainda não tinha sido edificada. Mas a sua edificação foi concluída em novembro de 1766, conforme informações prestadas pelo governador João Pedro da Câmara a Martinho de Melo e Castro.

Interessante observar que a organização do espaço interno dessa fortaleza se baseava em diferentes níveis hierárquicos, não somente o militar, mas também com base na condição jurídica e origem étnica dos indivíduos. Os escravos, por exemplo, tinham um espaço separado, agregado a parte interna do forte, o que permitia maior controle e vigilância por parte de feitores ou algum militar. São apresentados os “quartéis” destinados a oficiais e demais militares menos graduados, o que geralmente, podem ser observados nas plantas dos fortões e fortalezas construídos pelas Coroas ibéricas na América do Sul (Uessler, 2006: 63). O corpo da guarda e o calabouço se situavam em frente ao portão principal da fortaleza, o que possibilitaria o acesso às muralhas com maior rapidez, no caso de ataques de tropas ini-

migas, como também facilitaria na troca de militares durante os diferentes turnos de vigilância. No calabouço, encontrava-se a prisão, onde os “infratores” eram detidos, o que demonstra que nesse espaço hierarquizado, normatizado e disciplinado as transgressões ocorriam, não diferentemente dos povoados da América portuguesa.

O “quartel” de pólvora se encontrava nos fundos (lado esquerdo), distante do alojamento dos militares, o que, provavelmente, estava instalado nesse ponto do forte devido à necessidade de manter a pólvora protegida, evitando que houvesse acidentes, o que poderia ferir e matar militares e escravos instalados na parte interna dessa fortificação.

Referente a existência de um “quartel” de infantaria subterrâneo, indicado na planta de 20 de junho de 1766 (quando ainda era o fortim de Nossa Senhora da Conceição), havia uma população de 284 militares e 215 escravos, totalizando 499. População armada para dar combate a um possível ataque espanhol a capitania de Mato Grosso. Essa população encontrava-se distribuída em distintas companhias militares: Dragões, Pedestres, Ordenanças dos Brancos, Ordenanças dos Pardos, Ordenanças dos Pretos e Aventureiros. No entanto, no mapa das forças militares da capitania mato-grossense, feito em 1773, percebe-se a existência de somente duas companhias militares atuando no forte Bragança (denominação que passou a ser conhecida a fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, a partir de 1769, por ordem da Coroa): uma companhia de Dragões com setenta e seis homens e uma companhia de pedestres com sessenta. Não há referência a uma companhia de infantaria alojada nesse estabelecimento, o que sugere que nem sempre os prédios ou “quartéis”, como eram chamados pelos engenheiros da época, tenham servido para os fins planejados.

A edificação de fortalezas com povoados nos seus arredores pode ser considerada como uma tradição portuguesa, ou seja, as praças fortificadas dependiam de habitantes para provê-las e defendê-las de ataques inimigos. Cidades-fortalezas foram fundadas no império português desde o século XV, nos continentes asiático, africano e americano, assegurando a conquista de vários territórios e rotas comerciais (Araujo, 2000: 258).

Desde o período em que o governador João Pedro da Câmara deu início à construção da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição (1765), um dos maiores problemas enfrentados durante as obras foi a falta de pedras e

cal, matérias-primas essenciais para a edificação de fortificações nos mais diferentes cantos do império português. Nem sempre essas matérias-primas eram encontradas em áreas próximas às fortificações, o que levava a Coroa a importá-las de regiões distantes, o que acarretava demora na execução das obras. Com base na informação dada pelo mestre de obras José Gonçalves Gago, de que havia abundância de um determinado tipo de barro em áreas próximas, e que era muito utilizado na construção de casas, o governador autorizou a edificação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, depois, forte Bragança, com barro, taipa e madeira.

Devido a uma enchente provocada pelo rio Guaporé, as frágeis muralhas do forte Bragança ficaram seriamente arruinadas, o que fez com que seu sucessor, o governador Luís Pinto de Souza Coutinho (1769-1772), em 1771, formasse uma comissão de militares e membros da Provedoria da Fazenda para avaliar os problemas que tinham surgido em sua infraestrutura. Considerava o governador que os reparos daquela fortificação deveriam ser feitos com urgência devido ser aquela praça a mais bem guarnevida de toda a capitania de Mato Grosso.

A vistoria do forte Bragança foi feita por uma comissão constituída pelo comandante do forte Marcellino Roiz, o Tenente de Dragões Antônio José de Figueiredo Tavares, o Furriel Mathias Ribeiro da Costa, o escrivão da Fazenda Real Gregório Pereira de Souza, o tesoureiro da Fazenda Real Joaquim de Mattos e o Mestre carpinteiro Agostinho José Botaffogo. Além destes, participaram o Sargento-Mor Engenheiro José Mathias de Oliveira Rêgo e o mestre de obras José Gonçalves Gago, com a responsabilidade “de fazer exame e vistoria da dita Praça, tanto dos materiais com que foi fabricada, como o terreno em que está fundada. Antônio Ferreira Coelho, escrivão do Ponto e Forte”.³

Em 09 de maio de 1771, foi entregue a Souza Coutinho o relatório da “vistoria ocular que se fez no Forte Bragança fundada sobre a margem ocidental do Rio Guaporé na capitania de Mato Grosso”. Feita a vistoria, constatou-se a precariedade da estrutura da fortificação que, segundo o relatório da comissão, estava sujeito a desabar, pois a sua construção, feita de barro tipo “areia amanteigada”, permitia que as paredes sofressem infiltrações, devido

³ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*. 1771, Junho, 18.

o contato com a água. Recomendava a comissão que mesmo sendo feitos os devidos reparos, aquela praça militar não resistiria por muito tempo. Não satisfeito com essa vistoria, o governador Souza Coutinho solicitou uma nova averiguação, como também que se avaliasse um outro terreno para a construção de um novo estabelecimento militar. Procurou manter José Mathias de Oliveira Rêgo na nova comissão, mesmo duvidando da sua capacidade profissional, pois o mesmo tinha sido o responsável pela edificação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, em 1765.

Não me parece conveniente ouvir neste particular unicamente o Sargento-mor José Mathias que dirigiu aquela obra, por poder parecer suspeito, e nem mesmo julguei indispensável conservá-lo aqui mais tempo, tanto por me parecer igualmente hábil Ajudante que o acompanhou e de gênio menos difícil, como por se lhe ter acabado o tempo restrito do seu provimento sem mais dependência algum deste Governo.⁴

Ao comentar sobre a atuação de Oliveira Rêgo, o governador fez referência sobre o ajudante de engenharia Domingos Sambucetti, que tinha ido para a capitania de Mato Grosso do Estado do Grão-Pará e Maranhão, designado para fazer uma vistoria do forte Bragança.

Os pareceres finais foram dados em 22 de fevereiro de 1772. Oliveira Rêgo voltou a confirmar o seu parecer anterior, porém apresentou informações adicionais sobre o terreno onde poderia ser construída a nova fortificação. No entanto, Domingos Sambucetti, em seu parecer, considerou que se fossem feitas as reformas naquela fortificação, a Fazenda Real teria de desembolsar grande soma de recursos. Além disso, considerava que aquela praça poderia ser facilmente atacada a partir da outra margem do rio Guaporé, devido estar situada em um terreno baixo, o que a colocava na mira da artilharia inimiga. Essa informação difere da existente no desenho feito por João Batalha Reis, em 1769, pois aparece o forte edificado em um barranco alto, o que aparentemente encontrava-se de acordo com as instruções existentes.

⁴ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*. 1772, Fevereiro, 28. Ofício de Souza Coutinho a Martinho de Melo e Castro com que informa o parecer de dois engenheiros do Grão Pará sobre o Forte Bragança (Projeto Resgate. AHU. Mato Grosso, caixa 16, documento. 975, Cd 04).

tes nos tratados de engenharia do período.

Seguindo as ordens de Souza Coutinho, Sambucetti examinou o terreno, junto com Oliveira Rêgo, constatando que a nova localização proposta situava-se exatamente a um quarto de légua do forte Bragança (cerca de dois quilômetros e duzentos metros), e que a nova área era mais apropriada para a construção da fortaleza, por situar-se em uma parte elevada sem possibilidade de sofrer com as enchentes do rio Guaporé. Possuía o terreno duzentas braças de frente e de fundos, e espaço suficiente para dar início a uma reforçada fortificação. O terreno firme poderia garantir a edificação da nova fortificação com segurança, diferente do que ocorreu com o forte Bragança, que tinha sido construído em uma área não tão elevada, porém, insalubre, o que acabava provocando doenças nas pessoas que moravam no interior do forte e em seus arredores. Verificou também que havia pedras suficientes para dar o início a uma nova fortificação, que poderia vir a ser “de primeira classe”, bastante sólida. Dois aspectos relatados por Sambucetti destoaram do parecer de Oliveira Rêgo: a) fez um minucioso levantamento entre uma margem e outra do rio Guaporé, verificando onde poderia ser colocada a artilharia inimiga, no caso de um ataque à nova fortaleza. Considerou que as táticas militares poderiam ser utilizadas, tendo em vista que a posição do novo forte, similar às existentes na costa litorânea, deveria se encontrar sempre em partes elevadas para manter o controle da ofensiva inimiga; b) ao medir a extensão de uma margem a outra do rio, constatou que tinha 215 braças, largura necessária para estabelecer baterias de artilharia nos barrancos, além das existentes no forte, pois com o alcance dos tiros poderia atingir as forças inimigas com maior facilidade.⁵

Importante sublinhar que o parecer de Sambucetti apresenta maior rigor na avaliação do terreno escolhido para ser edificada a nova fortificação, procurando se pautar por critérios “científicos”, baseados nos tratados da época sobre fortificações. Esses tratados versavam sobre hidrografia, topografia, pirobalística, enfim conhecimentos que eram essenciais na formação de engenheiros militares.

Na obra “Arquitectura militar ou fortificação moderna, 1743”, de autoria de Diogo Silveira Velloso (2000), que foi mestre de fortificações

⁵ *Anais de Vila Bela: 1734-1789. 1772, Fevereiro, 28.*

na Aula do Recife, consta aspectos teóricos que um engenheiro deveria aprender durante a sua formação. Entre a teoria propagada por Velloso e o trabalho prático exercido por Sambucetti ao fazer a avaliação sobre a melhor área e como deveria ser construída a nova fortificação, percebe-se que o genovês detinha os conhecimentos necessários que o habilitavam no seu ofício. Experiência essa que os italianos, como vimos, foram pioneiros desde a Renascença.

Sobre o papel dos engenheiros no período moderno, a atuação deles no Império português, durante a segunda metade do século XVIII, foi marcada por uma dimensão política que entendia as cidades “como a corporificação no espaço do organismo estatal, da clareza das suas leis e dos seus princípios racionais” (Araujo, 2000: 269). Quer dizer, os engenheiros eram recrutados pela Coroa tanto para construir estabelecimentos militares, como também para desempenhar atividades urbanísticas e de ensino, além de atuarem na administração política. Esses profissionais tinham uma posição de prestígio no Reino e nos territórios de além-mar e, devido aos serviços prestados, procuravam obter privilégios e mercês do Rei. Como bem destacou Renata Araújo, o engenheiro consistia “num modelo de profissional polivalente, sempre requisitado: eram um misto de intelectuais, cientistas e técnico, o que desde há muito já os fazia integrantes da elite cultural do País” (Araujo, 2000: 269-270). Sambucetti não foge a esse perfil, conforme pode ser observado na sua vasta folha de serviços prestados à Coroa portuguesa.⁶

⁶ *Anais de Vila Bela: 1734-1789.* 1775, maio, 19. Requerimento de Sambucetti ao rei D. José I, em que pede para ser promovido ao posto de sargento-mor engenheiro. (Projeto Resgate. AHU. Mato Grosso, caixa 17, documento 110, Cd 04). Alguns meses após concluir seu relatório e entregá-lo ao governador Souza Coutinho, Sambucetti retornou para Belém (julho/1772). A folha corrida desse engenheiro parecia ser a mais indicada para a empreitada de construção do novo forte. No requerimento em que pede sua promoção ao cargo de Sargento-Mor Engenheiro, foi ajuntado certidões dos governadores do Estado do Grão-Pará e Maranhão e da capitania de Mato Grosso atestando os serviços que tinha prestado. Nascido em Gênova, declarava que, a partir de 19 de novembro de 1756, encontrava-se no Estado do Grão-Pará e Maranhão como ajudante de Infantaria no cargo de Engenheiro, onde prestou inúmeros serviços, inclusive o levantamento cartográfico do rio Solimões, feito a pedido do governador Francisco Xavier de Mendonça Furtado. Sambucetti, Henrique Antônio Galuzzi e Antônio José Landi, chegaram a Amazônia portuguesa, após a assinatura do Tratado de Madri, contratados pela Coroa com a finalidade de construir fortificações em pontos-chave daquela região.

O Real Forte Príncipe da Beira: do risco à pedra inaugural

Em dezembro de 1772, D. Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres assumiu o governo da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Como era usual, na passagem do cargo, Souza Coutinho apresentou detalhadas informações sobre a capitania, como a situação de sua povoação, da agricultura, das minas, do comércio e dos novos estabelecimentos, da administração da fazenda, da justiça, do poder eclesiástico e sobre a organização das tropas e milícias.⁷ Pereira e Cáceres tinha sido nomeado em Lisboa, em 13 de agosto de 1771, e recebeu do Secretário de Estado dos Negócios da Marinha e dos Domínios Ultramarinos, Martinho de Melo e Castro, instruções de como deveria proceder durante seu governo.⁸

Nas informações entregues por Souza Coutinho a Pereira e Cáceres, existem referências ao forte Bragança, sendo relatado sobre a vistoria feita por Oliveira Rêgo e Sambucetti, com pareceres sobre a sua estrutura e informando que este tinha sido construído em um terreno impróprio, e que fora avaliado um novo local para a edificação de outra fortificação, “o qual reúne ao mesmo tempo a solidez do terreno, com as maiores vantagens de defesa”.⁹

Considerava Souza Coutinho que no novo estabelecimento militar poderiam alojar “a Artilharia e a Guarnição Militar, ficando a presente reduzida a Aldeia de Lavradores com algumas tendas miúdas para o tráfico com os índios vizinhos”. Recomendava ainda que o forte Bragança e as terras vizinhas fossem utilizadas “para o sustento da guarnição, e hospital; nas suas imediações há campanha suficiente para pasto de 600 cabeças, e para criação de 50 cavalos”. Medidas essas que seriam essenciais para abastecer a população envolvida nas obras e os militares que seriam aquartelados na nova fortificação.

A preocupação da Coroa não era somente com a defesa da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, mas garantir o povoamento de áreas próximas da

⁷ Vila Bela, 24 de dezembro, 1772. Instrução de Souza Coutinho para Pereira e Cáceres. In: Mendonça, 1985: 109.

⁸ Lisboa, 13 de Agosto, 1771. Instruções que levou Pereira e Cáceres quando foi nomeado governador e capitão-general da Capitania de Mato Grosso. In: Freyre, 1978: 363.

⁹ Vila Bela, 24 de dezembro, 1772. Instrução de Souza Coutinho para Pereira e Cáceres. In: Mendonça, 1985: 110.

nova fortificação, medida que vinha sendo implementada desde a edificação do fortim de Nossa Senhora da Conceição. Sem população não seria possível levar adiante o ambicioso projeto de integração entre a capitania de Mato Grosso e o Estado do Grão-Pará e Maranhão, nem tampouco garantir as riquezas minerais existentes no distrito do Mato Grosso (Fernandes, 2003: 100-101).

Percebe-se a preocupação da Coroa em garantir, efetivamente, o controle dessa parte da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso diante a possibilidade de invasão de tropas espanholas. A ligação mantida entre Belém e Vila Bela era através da navegação via os rios Guaporé > Mamoré > Madeira > Amazonas (Fernandes, 2003: 45).¹⁰ A nova fortificação daria continuidade ao papel desempenhado pelo forte Bragança, que era o de assegurar a navegação do rio Guaporé com o Estado do Grão-Pará e Maranhão. Com base nas correspondências de Domingos Sambucetti com os governadores Souza Coutinho e Pereira e Cáceres, entre 1772 a 1777,¹¹ podemos reconstituir alguns momentos iniciais das obras do forte Príncipe da Beira, como também saber as imensas dificuldades enfrentadas por esse ajudante de engenharia genovês no interior das florestas do vale do Guaporé, onde se deparou com a falta de recursos humanos para auxiliá-lo nas atividades de engenharia, de artesãos com experiência nos ofícios de carpintaria, ferreiro, extração de pedras (caboqueiro), além da grande dificuldade em obter mão-de-obra escrava e equipamentos adequados para o trabalho nas obras.

¹⁰ Segundo Antonio Leônio Pereira Ferraz, o forte Príncipe da Beira ficava “em 12o. 36’ de Latitude e 21o. 26’ 28” de Longitude W do Rio de Janeiro”. Ferraz, 1930: 189.

¹¹ No Arquivo Público de Mato Grosso (APMT) selecionamos dezenove correspondências de Domingos Sambu cetti enviadas aos governadores Souza Coutinho e Pereira e Cáceres, desde 1772 a 1777, contendo minuciosas informações sobre o forte de Nossa Senhora da Conceição (forte Bragança) e o andamento das obras do forte Príncipe da Beira. Somadas a essas cartas, selecionamos mais oito que foram publicadas por Gilberto Freyre, em 1978, e por Marcos Carneiro de Mendonça, em 1985, totalizando vinte e sete documentos. Optamos em trabalhar aspectos referentes às técnicas construtivas dessas fortificações, apontando nesses cenários as formas de sociabilidades estabelecidas entre os distintos grupos étnico-culturais participantes desse processo produtivo. Cabe esclarecer, que, as cartas escritas por Sambucetti a Pereira e Cáceres, não fazem nenhuma menção ao Príncipe da Beira, pois somente em junho de 1776 é que esse estabelecimento militar receberá essa designação, em homenagem ao primogênito da Princesa D. Maria Francisca (primeira herdeira ao trono) e segundo, na linha de sucessão a Coroa. Esse título era concedido aos primogênitos herdeiros da Coroa, desde 1734.

Importante ressaltar que as experiências vividas por esse genovês nessa parte da América do Sul, foram compartilhadas com personagens que detinham experiências socioculturais muito distintas do seu grupo de origem, como africanos e ameríndios. No canteiro de obras montado por Sambucetti eram frequentes as contendas entre homens brancos e africanos (escravos e forros), como havia conflitos envolvendo também militares. Nesse cenário, os antagonismos eram motivados pelas fortes clivagens existentes nessa sociedade luso-brasileira. Era um espaço onde, invariavelmente, explodiam as tensões, trazendo à tona as mais diversas formas de resistências culturais, não diferentemente do que ocorria em outras partes da América portuguesa. No entanto, vale considerar que essas relações eram também pautadas por negociações e solidariedades, pois viver em um ambiente hostil, onde havia doenças, violência, solidão, acabava provocando momentos de aproximações entre esses indivíduos, mesmo pertencendo a diferentes classes, grupos étnico-sociais.

As relações sociais nesse ambiente eram sujeitas a hierarquias, pautadas em distinções étnico-sociais. No mais baixo degrau dessa escala se encontrava a maior parte da população, constituída de negros e mestiços, que viviam nas condições de escravos e libertos, sob mando de uma minoria branca. Somado a esses grupos tinham os ameríndios que viviam nas proximidades do forte Bragança, e que desempenhavam inúmeras funções, como a de lavradores, pescadores, remeiro, trilhadores e soldados. Devido à presença desses ameríndios próximos ao forte, o governador Souza Coutinho redistribuiu parte dessa população para as Povoações ameríndias de Lamego e Leomil. A intenção do governador era manter um grupo nas proximidades do forte e um outro nessas aldeias. Souza Coutinho autorizou a Provedoria da Fazenda a liberar recursos para a compra de ferramentas, roupas e outros utensílios, que servissem para o cultivo de gêneros alimentícios, pesca e a criação de pequenos animais. A ideia era ter áreas produtivas nas proximidades do forte, visando abastecer os militares e garantir e manutenção dos próprios ameríndios.

Alguns militares, de origem portuguesa, com experiência em engenharia eram destinados a auxiliar Sambucetti em levantamentos hidrográficos, topográficos, desenho, etc. Cabia ao comandante do forte Bragança, tenente-de-dragões Joseph Manuel Cardoso da Cunha, que tinha sido nomeado pela

Coroa no lugar de Manoel Caetano de Souza,¹² manter o controle sobre as ações dos militares que se encontravam sob sua jurisdição, executando tarefas como o patrulhamento dos rios, expedições em busca de escravos e soldados fugitivos, supervisão sobre as povoações de ameríndios de Lamego e Leomil e atender as solicitações feitas por Sambucetti para a execução das obras. Com certa frequência, o comandante enviava correspondência a Pereira e Cáceres, informando sobre a atuação do genovês no canteiro de obras, e sobre o comportamento dos trabalhadores que ali estavam. No topo da hierarquia, portanto, encontrava-se o governador, que residia em Vila Bela.

O comandante do forte Bragança, Joseph Manuel Caetano de Souza, quando da chegada de Sambucetti ao local tinha sido encarregado por Pereira e Cáceres para atender as solicitações feitas pelo engenheiro, visando o imediato início das obras. O genovês ficou instalado, inicialmente, em uma modesta casa de propriedade da preta forra Ana Moreira. Devido à falta de iluminação para dar início ao trabalho de confecção das plantas da nova fortificação, ele preferiu utilizar-se de algumas árvores de laranjeiras que existiam próximas à casa, pois considerava como um espaço mais arejado e com iluminação. O cabo de esquadra Antônio Ferreira Coelho, tinha sido designado por Caetano de Souza para acompanhá-lo durante o trabalho de campo, pois o terreno, que em 1771 tinha sido escolhido para erguer a fortaleza, encontrava-se totalmente tomado de mato, e os pequenos casebres que existiam nele não davam condições de moradia. Durante a limpeza do terreno foram utilizados 27 escravos pertencentes a Coroa e 16 de propriedade de Manoel de Souza Silva. O primeiro passo foi derrubar e limpar a mata que existia à margem do rio Guaporé, como também a área onde se encontrava o seu improvisado “escritório”. Em seguida, Sambucetti mandou construir “um telheiro de dez braças de comprido e três de largo para logo se poderem acomodar os pretos do Rei”. A intenção do genovês era ter os escravos próximos ao local onde seria montado o canteiro de obras. O genovês mandou também edificar uma

¹² Esteve à frente do comando do fortim de Nossa Senhora da Conceição (desde a sua edificação), o alferes-de-dragões Marcelino Rodrigues Roiz. Quando o fortim foi transformado em fortaleza, em novembro de 1766, passou a ser comandado por Joseph Manuel Caetano de Souza. Este foi substituído pelo tenente-de-dragões Joseph Manuel Cardoso da Cunha em dezembro de 1775. Quando Sambucetti chegou ao forte Bragança para dar início às obras do forte Príncipe da Beira o comandante daquela praça ainda era Caetano de Souza.

pequena casa para abrigar o feitor Thomaz, que tinha como responsabilidade manter a escravaria sob vigilância. Toda uma engrenagem de controle e punição se reproduzia nesse ambiente: feitores, escravos e atos de violências fizeram parte desse cenário, desde o início das obras. A preocupação primeira era a de preparar o terreno às margens do rio Guaporé, “onde ficaria na frente o lado maior e total do quadrado, conforme as dimensões do projeto último por V. Ex.^a tinha me ordenado; e só depois de desta operação é que ficará orientada a planta, e eu a enviarei a V. Ex.^a uma cópia, na conformidade que me ordena”.¹³

A limpeza de terrenos, a extração e o transporte de pedras e madeiras, a abertura de fossos, enfim, o trabalho mais pesado era desenvolvido por escravos africanos e crioulos que, desde as primeiras horas do dia se ocupavam das atividades distribuídas pelos feitores. Não há menção sobre o trabalho ameríndio nas obras, o que não invalida a sua participação em atividades como remeiros, trilhadores, pescadores, pois se encontravam alocados nas proximidades do forte Bragança e eram considerados pela Coroa como povoadores, vassalos do Rei.

Cabia aos militares com alguma formação em engenharia auxiliar Sambucetti na execução das obras da nova fortificação. Escravos fugitivos, quando recapturados em domínios espanhóis ou nos quilombos existentes na capitania de Mato Grosso, eram enviados para trabalhar nas obras do forte Príncipe da Beira. Dos armazéns da Provedoria da Fazenda instalada em Vila Bela e dos Povoados ameríndios de Lamego e Leomil, eram enviados gêneros alimentícios, como milho, farinha, toucinho, para abastecer os armazéns do forte Bragança e alimentar os trabalhadores que se encontravam nas obras.

As pedras e madeiras necessárias à edificação do forte Príncipe da Beira eram retiradas de morros próximas e levadas através do rio Guaporé ao canteiro de obras. Sambucetti, ao dar notícias, em 23 de maio de 1775, a Pereira e Cáceres, deu destaque ao trabalho dos escravos que se encontravam extraíndo madeiras da mata, principalmente procuravam aproveitar uma velha ubá¹⁴

¹³ APMT. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 27 de abril de 1775. Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva. Local: Forte da Conceição e das Obras, p. 125-126.

¹⁴ *Anais de Vila Bela: 1734-1789*, p. 176. “Ubás, Canoas de uma só peça de madeira”.

e transportá-la através do rio até ao canteiro de obras. Sambucetti procurava alternar as tarefas, deslocando os escravos e os carpinteiros para a retirada de madeiras que seriam utilizadas na construção dos edifícios. Era reduzido o número de carpinteiros para atender tamanha demanda de tarefas, como o fábrico de portas, preparação dos caibros para os telhados, portais; enfim, para as atividades que eram essenciais para a edificação dos primeiros edifícios. Um dos ajudantes do genovês chamava-se João Leme, e ocupava a função de mestre carpinteiro. João Leme tinha como auxiliares dois oficiais designados pelo comandante do forte Bragança. Além desses ajudantes, também contava para ajudá-lo um mulato chamado Antônio, apelidado de Taipeiro. Sambucetti também informou a Pereira e Cáceres que já tinha confeccionado “a planta; e que da parte de cima sobeja terreno bastante sobre a margem do rio para nele se construir os edifícios todos (...) ainda observando a mesma figura de um retângulo”.¹⁵ As plantas foram feitas seguindo orientações de Pereira e Cáceres, em formato retangular, tipo uma estrela de quatro pontas, com muralhas abaluartadas, um estilo arquitetônico predominante nas fortificações ibero-americanas.

Em relação aos tipos mais comuns de traçados utilizados e projetados nas fortificações ibero-americanas, compartilhamos com as afirmações de Gutiérrez e Esteras (1991). Dentre elas destacamos que o traçado quadrangular foi o mais utilizado nas fortificações abaluartadas americanas, tanto de campanha como das permanentes (...) Deve-se considerar a relação do traçado das fortificações em função das características topográficas do terreno. A linha podia seguir uma diretriz geométrica regular ou irregular (Uessler, 2006: 68-69).

O genovês, ao ser designado por Pereira e Cáceres para construir a nova fortificação, sabia da operosa responsabilidade que lhe coubera para conduzir tal empreitada. Procurou, desde a sua chegada ao local, organizar o canteiro de obras, requisito primeiro para a edificação de uma fortificação. Desde o início das obras procurou prestar minuciosas informações ao governador, como as dúvidas que tinha, por exemplo, sobre “se devia construir

¹⁵ Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, de 23 de maio de 1775. In: Freyre, 1978: 291-292.

primeiro os subterrâneos ou casamatas numa só cortina ou três”? Sambucetti demonstrava inquietação com a segurança, pois conhecia muito bem como tinha sido construído o antigo forte, e sabia da importância de se edificar a nova fortificação de forma segura. O genovês procurou planejar a construção dos primeiros edifícios na parte mais alta do terreno, “em primeiro lugar os armazéns, e depois as demais acomodações, e verei que forme a figura de um retângulo”. A preocupação com o formato da fortificação era frequentemente observado por Sambucetti em suas cartas a Pereira e Cáceres que, por sua vez, assim determinara que fosse construído. Comunicava ao governador sobre os esteios que tinham sido feitos e as madeiras retiradas da floresta para serem utilizados na construção de portais, telhados etc. Uma das principais matérias-primas, as pedras, tão necessárias à construção da fortificação tinham sido encontradas em morros próximos ao canteiro de obras; o que permitiu executar a primeira parte do que tinha sido planejado.

Percebe-se nas atividades desenvolvidas por Sambucetti a relação entre a teoria e o trabalho prático: a confecção da planta, o preparo do terreno, a demarcação da área, a recolha do material necessário para a edificação (pedras, madeira, etc.), a construção dos primeiros edifícios. Beatriz Bueno destaca que todo o trabalho desenvolvido pelo engenheiro ao preparar o terreno e a aplicação dos procedimentos empregados durante a construção de fortificações, desde meados do século XVIII, pode ser observado nos capítulos 6º e 7º do tratado sobre “Arquitectura Militar ou fortificação moderna”, elaborado por Diogo da Silveira Velloso, que trata, principalmente, sobre a “Hercotecnica” (Bueno, 2000: 36-37).

O tratado de Velloso apresenta descrições pormenorizadas de cada etapa a ser observada pelo engenheiro durante a edificação da fortificação, em especial, como se deveria proceder a medição do terreno. A modelagem do espaço (preparação do terreno) seguia critérios previamente planejados pela Coroa; dessa forma, objetiva-se formar nos territórios além-mar, ambientes normatizados e hierarquizados, vinculados aos interesses ideológicos, econômicos, religiosos e culturais da sociedade portuguesa da época.

Em junho de 1775, Sambucetti informou Pereira e Cáceres de que já tinha erguido “todos os esteios principais dos dois armazéns do quartel de Almoxarifado, do Calabouço, e do Corpo da Guarda; e também se abriram os buracos para os esteios principais dos quartéis indicados na planta desde

o número 10 até o número 20”. Indicava as atividades desempenhadas pelos escravos e demais operários no corte de madeiras que seriam utilizadas na construção dos portais e na confecção de caibros para as armações dos telhados e informava sobre a sua mudança para o novo “quartel”, no qual incluía a mesa de riscar, instrumento necessário para trabalhar na confecção de novas plantas da fortificação.¹⁶ Aliás, todo o trabalho de engenharia realizado nas obras do forte Príncipe da Beira necessitava de instrumentos apropriados, como as pranchetas circulares, as quais, segundo Beatriz Bueno, eram o “mais importante instrumento empregado nos levantamentos topográficos” (Bueno, 2000: 33).

Em outro momento, fazia questão de frisar, novamente, sobre a arquitetura do forte Príncipe da Beira: “cuidei logo em mandar (...) levantar os armazéns e mais acomodações formando a figura de um retângulo, visto a capacidade do terreno assim o permitir, e eu não divisar inconveniente ou dificuldade alguma que me obrigasse a afastar-me da figura sobredita”.¹⁷ A escolha do terreno, em um rochedo alto à margem direita do rio Guaporé, permitia construir, segundo sua avaliação, uma fortificação sem risco de desabar ou de sofrer com as enchentes, como tinha ocorrido com o forte Bragança.

Na minha última de 23 passado participei a V.^aEx.^a a capacidade que oferece o terreno *da parte de cima e na margem do rio* (...); resta-me agora notificar a V.^aEx.^a de que para fora da esplanada e perpendicular ao lado do mesmo forte formei frente sobre o rio de 60 braças, e que ao fazer desta se acham 25 esteios já aplumados além de muitos buracos já feitos, e que todos custarão a abrir por se dar em pedra. As sobreditas 60 braças de frente compreendem os dois armazéns, os dois aquartelamentos para soldados, e o quartel do almoxarife, um dito para sargentos, o calabouço, o corpo de guarda, e o quartel para a mesma na conformidade da planta por V.^aEx.^a ordenada; o terreno que se executam os sobreditos edifícios é perfeitamente plano; porém para a parte de cima depois de 60 braças de-

¹⁶ APMT. Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, 18 de junho de 1775. Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva.

¹⁷ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 295.

clina consideravelmente, e por esta razão senão poderão formar os quatro quartéis indicados na planta com os números 1, 2, 12 e 13 de cujos fica reservada a sua construção nos lados menores do retângulo.¹⁸

Durante todo o mês de junho de 1775, o ritmo das obras continuou intenso, apesar das intempéries que surgiram durante esse período, como doenças que atingiram alguns escravos e trabalhadores livres. No entanto, havia avanços, pois o improvisado “escritório” de Sambucetti, levantado debaixo de laranjeiras, agora já podia ser substituído por acomodações mais confortáveis, com paredes sólidas, rebocadas com o abundante barro que existia na região e coberto com folhas de palmeiras, conhecidas como “olho de uacaba”, que foram utilizadas por serem consideradas mais fáceis de serem extraídas das matas. A carpintaria e mais dois “quartéis” já se encontravam também quase cobertos. Sambucetti estava terminando a construção de uma oalaria e do forno que seriam utilizados para o fabrico de telhas para cobrir os armazéns e outros edifícios que se encontravam em fase de conclusão. O foco principal, nesse período, era terminar a construção desses edifícios. Para que isso fosse possível, os escravos eram frequentemente deslocados das pedreiras para a extração de madeiras. Estavam concluídos dois armazéns, o “quartel” do almoxarife, o corpo da guarda e o calabouço, faltando construir outros “quartéis”, conforme tinham sido “indicados na planta desde o número 12 até o número 20, para que estejam ao menos estas acomodações prontas no caso que cheguem canoas do Pará com alguma brevidade”.¹⁹

A alusão à possível chegada de mercadorias do Estado do Grão-Pará permite-nos ter uma dimensão da importância da nova fortificação para o desenvolvimento econômico e comercial da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Anterior a sua construção, o forte Bragança consistia no elo de ligação entre a Amazônia portuguesa e a capitania mato-grossense; o rio Guaporé era o corredor natural que permitia o transporte de mercadorias, tropas militares, armamentos, comerciantes, autoridades régias e eclesiásticas.

¹⁸ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 296.

¹⁹ Forte da Conceição, das Obras. Carta de Sambucetti para Pereira e Cáceres, em 13 de junho de 1775. In: Freyre, 1978: 296-297.

De um espaço “bruto”, “selvagem”, os portugueses, através do forte Bragança e com a movimentação no canteiro de obras do forte Príncipe da Beira, criavam uma nova espacialização, articulando esses sertões ao restante da América portuguesa. Cabe ressaltar que a atuação dos personagens que atuaram durante a edificação do forte Príncipe da Beira interferiu diretamente nos ecossistemas existentes: a mata foi derrubada para a retirada de madeiras, a terra foi revolvida para a extração de pedras, as margens do rio Guaporé tiveram sua mata ciliar derrubada, enfim, no espaço onde existiam palmeiras nativas foram edificados armazéns, almoxarifados e os edifícios para o corpo da guarda.

Essa era a primeira grande etapa a ser vencida por Sambucetti, pois depois de concluir-la, tinha planejado a abertura dos fossos para a construção das muralhas do forte. A extração e o transporte das pedras dos morros próximos eram atividades que demandavam o recrutamento de todos os escravos que, naquele momento, chegavam a setenta. Para Sambucetti esse número era insuficiente, o que o fez solicitar, inúmeras vezes, ao governador o envio de mais cativos para levar adiante a empreitada. Não era fácil obter essa mão-de-obra para trabalhar nas obras, apesar dessa população ser expressiva em proporção aos livres: em 1771, a população escrava chegava a 6.573 indivíduos, o que representava 55,42% de toda a população da capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso, que era de 11.859 habitantes (Silva, 2004: 253). Devido ao alto custo para aquisição de escravos negros e a instável economia mato-grossense, baseada, principalmente, na mineração, as autoridades regras e os proprietários, desde meados do século XVIII, tiveram dificuldades para importar essa mão-de-obra, o que justificava a utilização de ameríndios em várias atividades produtivas da economia da capitania. O envio de cativos para trabalhar nas obras do forte Príncipe da Beira foi alvo de reclamações por parte de alguns proprietários, que alegavam que a ausência dos escravos poderia comprometer a produtividade de setores ligados à mineração e às propriedades agropastoris.

Os sucessivos relatos enviados por Sambucetti, entre março e junho de 1776, apontam para a aceleração das diferentes fases das obras. Acreditava o genovês que o assentamento da “primeira pedra” da nova fortificação, poderia ser feita em abril daquele ano. No entanto, o genovês, alguns artesões e vários escravos ficaram bastante adoentados, devido às sezões que tinham

contraído. Essa situação acabou interferindo no andamento dos serviços.²⁰

Nas cartas enviadas a Pereira e Cáceres, Sambucetti, além de apontar o ritmo em que se encontravam as obras, procurava relatar as duras condições ambientais que tinham de enfrentar os seus auxiliares militares, feitores, escravos e artesões, envolvidos nas diferentes fases de construção da fortificação. A engenharia portuguesa insistia em domesticar o sertão que, por sua vez, fazia as suas vítimas, com as “sezões” que nunca davam tréguas. A cada escravo que caía adoentado ou morria, Sambucetti voltava a insistir com Pereira e Cáceres para que enviasse mais cativos para trabalhar nas obras. Ao derrubarem a mata para cortar madeiras, extrair as pedras, e com o contato frequente com as águas do rio Guaporé, os escravos acabavam ficando vulneráveis a inúmeras doenças. Praticamente, todos os governadores que administraram a capitania fizeram constar em suas correspondências enviadas ao Reino informações sobre as doenças contraídas em Mato Grosso. Sambucetti não foi exceção a esse quadro: em abril de 1776, mais um de seus auxiliares, o furriel Felix Botelho de Queiroz, foi vítima de uma enfermidade “gravíssima sendo no seu princípio umas sezões que logo arruinaram e o reduzirão a maior risco de vida”.²¹

Apesar das baixas provocadas pelas condições insalubres da região, em 20 de junho de 1776, foi feito o lançamento da pedra de fundação do forte Príncipe da Beira, “cuja pedra foi com efeito posta no alicerce flanqueado no baluarte em que de presente se trabalha, com pequena diferença, olha para o Poente; e determinou o dito Sr. que a mesma Fortaleza, de hoje em diante, se denominasse – Real Forte Príncipe da Beira”.²²

A partir dessa data, as cartas enviadas por Sambucetti a Pereira e Cáceres passaram a se referir ao forte Príncipe da Beira, e não mais ao canteiro de obras. Em outubro de 1776, o genovês noticiava ao governador que a primeira muralha do forte estava sendo erguida.

²⁰ APMT. Forte da Conceição, das obras. Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 10 de março de 1776, Fundo: Defesa. Grupo: Fortaleza. Série: Correspondência Passiva.

²¹ Forte da Conceição, das obras. Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 1º de abril de 1776. Apud Mendonça, 1985: 321.

²² APMT. 20 de junho de 1776. Auto de Fundação do Real Forte Príncipe da Beira. Fundo. Fundo. Governadoria. Grupo: Secretaria de Governo. Lata A. Correspondência recebida.

Depois de ficar assentada a sapata em ambas as faces e ângulos da espada deste primeiro baluarte, no dia 16 de Setembro se deu o princípio a muralha, e na data de hoje se acha meia face na altura de 3^{1/2} palmos com três oficiais por estarem os mais doentes e um ocupado no forte da Conceição. O método com que vai executada a muralha é um tanto novo para estes oficiais; e em quanto o mesmo Patrício Antonio senão desembaraça pouco me posso afastar da obra. Na direção da linha capital mandei abrir um rasgo para despejo das águas do fosso, e é aonde a seu tempo se deve formar um cano de pedra para o referido fim.²³

Sambucetti se referia à edificação do forte Príncipe da Beira, das suas muralhas feitas com pedras misturadas com cal e barro, que dariam mais aderência e tornariam aquela fortificação mais segura. Em diversos momentos, Sambucetti procurava valorizar o seu trabalho, afirmindo que a nova fortificação era mais resistente e melhor construída do que a anterior. Salienta, inclusive, que o barro, como estava sendo utilizado, dava mais “segurança” à edificação. O uso do barro era justificado, aliás, pela dificuldade em obter a necessária cal,²⁴ sendo longo e demorado o trajeto feito até a chegada desse material ao forte Príncipe da Beira.

As inscrições régias que foram colocadas no portão de entrada do forte Príncipe da Beira eram as mesmas que tinham sido colocadas na fortaleza de São José do Macapá, no Estado do Grão-Pará e Maranhão: o brasão, representando a dinastia Bragança; a Coroa, o poder do rei, e o crucifixo, a presença da igreja.

Enquanto as obras do forte Príncipe da Beira prosseguiam,²⁵ o início do ano de 1777, trouxe profundas mudanças para a política portuguesa. Em 24

²³ Carta de Sambucetti a Pereira e Cáceres, 08 de outubro de 1776. In: Freyre, 1978: 321.

²⁴ A cal utilizada na edificação do forte Príncipe da Beira não era proveniente somente da Vila Real do Cuiabá; a partir da fundação do povoado de Albuquerque (atual Corumbá, MS), em 1778, essa matéria-prima passou a ser enviada para o forte visando à construção dos edifícios e das suas muralhas.

²⁵ Sambucetti continuou no comando das obras de construção do forte Príncipe da Beira até dezembro de 1777. Em 1778 faleceu de malária, doença que o atormentou durante todo o período em que viveu na capitania geral de Cuiabá e Mato Grosso. Como seu substituto, foi nomeado o Capitão de Engenheiros Ricardo Franco de Almeida Serra.

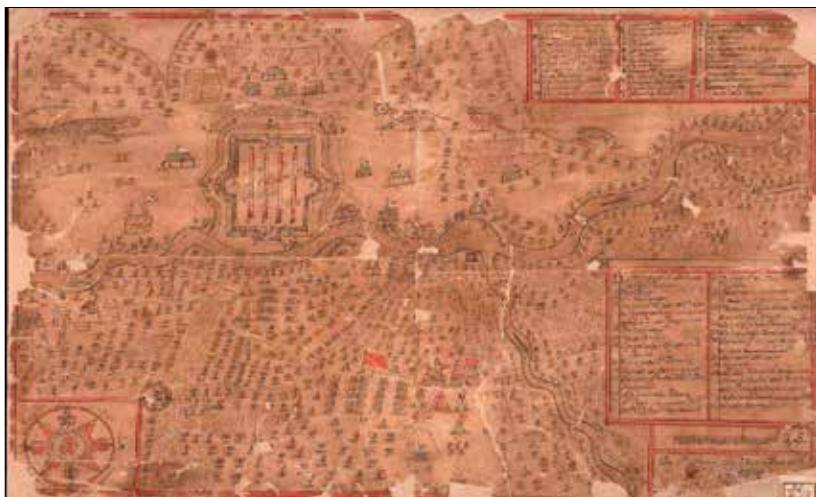
de fevereiro, findava o reinado de D. José I, e ocorria o desterro político do marquês de Pombal. Mas aquela obra de fortificação, iniciada em 1775, mesmo inconclusa, demarcou as ousadas pretensões políticas do reinado josefino, em garantir na fronteira mais ocidental do Império português, o controle de uma vasta região situada no vale do Guaporé, limítrofe com as populosas missões de Moxos e Chiquitos, instaladas no Vice-Reinado do Peru.

Com a entronização de D. Maria I, Portugal e Espanha celebraram um novo acordo diplomático, em 1º de outubro de 1777, o Tratado de Santo Ildefonso, que dispunha: “Nos rios cuja navegação for comum às duas nações em todo ou em parte, não se poderá levantar ou construir por alguma delas forte, guarda ou registro”. Apesar desta cláusula, as obras do forte Príncipe da Beira não cessaram e, tampouco, os portugueses deixaram de utilizar os “quartéis” que tinham sido construídos por Sambucetti e seus sucessores como bases de apoio para frequentes patrulhas do rio Guaporé e seus tributários, para o ataque a quilombos, para o contrabando com castelhanos e para a captura de escravos e colonos endividados que fugiam para o Vice-Reinado do Peru.

O forte Bragança e o forte Príncipe da Beira foram produtos de uma turbada época, onde a soberania portuguesa dependia da construção desses aparatos de defesa. Apesar de sua edificação ter gerado grandes despesas para a Provedoria da Fazenda da capitania e para os acionistas da companhia geral do Grão-Pará e Maranhão, com o pagamento da folha de militares, aquisição de escravos, despesas com artesãos, compra de armamentos e outros equipamentos, o forte Príncipe da Beira teve sua inauguração oficial em 1783. O seu custo total foi previsto pelo seu Diretor de Obras, o Capitão José Pinheiro de Lacerda, em 480.000\$000 (quatrocentos e oitenta mil contos de réis). Para os administradores portugueses da “era das luzes”, o papel desempenhado pelos engenheiros em territórios além-mar acabou personificando um ideal de ciência a serviço do Estado, pois esses profissionais foram considerados pela Coroa como homens cujos conhecimentos foram colocados a serviço do “bem estar público”. Domingos Sambucetti,²⁶ assim como muitos outros engenheiros que passaram pela América do Sul, como o espanhol Tibúrcio Spanocchi, Frias de Mesquita, José Custódio de Farias, Antônio José Landi,

²⁶ Segundo Miguel Faria, e essa é a percepção também de Gilberto Freyre, Sambucetti, entre fins de 1777 e início de 1778 (data imprecisa) veio a falecer.

Henrique António Galuzzi, Ricardo Franco de Almeida Serra, entre tantos, contribuíram para que a Coroa estabelecesse sua presença, tanto no litoral como às margens dos rios interioranos da América do Sul, buscando consolidar a sua supremacia política, militar, econômica, religiosa e cultural.



Plano da região do Rio Itenes ou Guaporé e seus afluentes: com a situação da fortaleza de Nossa Senhora da Conceição dos Portugueses e a situação do destacamento de forças espanholas chefiada por A. Alonso Berdugo e Cor. Dr. Amº Aymerich Tete Cor. Dn. Ant. Pasqual. Data: 1767. Crespo, Miguel Blanco. Catálogo Digital Cartográfico. Biblioteca Nacional.

Bibliografia

- Araujo, R. (2000). *A urbanização do Mato Grosso no século XVIII: discurso e método*. Tese (Doutorado em História da Arte), FCSH, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa.
- Brandão, A. P. (2005). O Oriente. In R. Moreira (dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Bueno, B. P. S. (2000). Formação e Metodologia de Trabalho dos Engenheiros Militares: a Importância da “Ciência do Desenho” na Construção de Edifícios e Cidades. Urbanismo 4 de origem portuguesa. *Colóquio “A Construção do Brasil Urbano”*, Convento da Arrábida. Lisboa.
- Cabral, O. R. (1972). *As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil-Colônia*. Rio de Janeiro: Departamento de Imprensa Nacional.

- Camilo, J. V. P. (2003). *Homens e Pedras no desenho das fronteiras: a construção da Fortaleza de São José de Macapá (1764/1782)*. Dissertação (Mestrado em História). Universidade Estadual de Campinas.
- Castilho Pereira, I. A. M. (2012). A ocupação da margem oriental do rio Guaporé e a guerra em Mojos. *XIV Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*. San Ignacio, Bolivia. 7 al 10 de agosto. <http://www.ucbch.edu.bo>
- Doré, A. (2009). *Império Sitiado: as fortalezas portuguesas na Índia*. São Paulo: Alameda.
- Faria, M. (1996). Príncipe da Beira: a fortaleza para além dos limites. *Revista Oceanos*, 28, outubro/dezembro.
- Fernandes, S. E. (2003). *O Forte do Príncipe da Beira e a Fronteira Noroeste da América Portuguesa (1776-1796)*. Dissertação (Mestrado em História) Universidade Federal de Mato Grosso. <http://www.pphhis.com>.
- Ferraz, A. L. P. (1930). Memória sobre as Fortificações de Mato Grosso. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional.
- Freyre, G. (1978). Contribuição para uma sociologia da biografia. Cuiabá: Fundação Cultural de Mato Grosso.
- Lemos, C. (2005). O Brasil. In R. Moreira. Arquitectura militar do Renascimento. In R. Moreira (dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Mendonça, M. C. de. (1985). *Rios Guaporé e Paraguai: primeiras fronteiras definitivas do Brasil*. Rio de Janeiro: Xerox.
- Moreira, R. (2005). Arquitectura militar do Renascimento. In R. Moreira, (Dir.). *Portugal no Mundo. História das Fortificações Portuguesas no Mundo*. Lisboa: Publicações Alfa.
- Silva, A. M.-D (2004). Portugal e o Brasil: a reorganização do Império, 1750-1850. In L. Bethel (org.). *História da América Latina. América Latina Colonial*. Volume 1. São Paulo/Brasília: EDUSP/Fundação Alexandre de Gusmão. 2^a edição.
- Uessler, C. de O. (2006). *Sítios Arqueológicos de Assentamentos Fortificados Ibero-Americanos na Região Platina Oriental*. Tese (Doutoramento em História). Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.
- Vellozo, D. (2000). Architectura militar ou fortificação moderna, 1743, fol. 17v-18.

Resistência e cotidiano da tropa militar do presídio de Miranda: Aspectos da defesa da fronteira sul da Capitania de Mato Grosso (1797 - 1822)

Bruno Mendes Tulux

A capitania de Mato Grosso foi fundada em 1748 com o objetivo de “efetivar as (...) conquistas territoriais na América lusa e deter o avanço das missões jesuíticas espanholas que tentavam se estabelecer na margem direita do rio Guaporé” (Jesus; 2011a: 64). A peculiaridade dessa capitania em relação aos demais governos portugueses na América dá-se especialmente por suas seguintes especificidades: pelo desenvolvimento da mineração como principal atividade econômica, semelhantemente a Minas Gerais e Goiás; e pela particularidade de ser fronteira com as províncias espanholas, assim como o Rio Grande e o Grão-Pará. Por estas características a capitania de Mato Grosso deve ser entendida como uma *capitania-fronteira-mineira* (Jesus; 2006: 28-29).

Relativo ao estudo da organização militar da capitania de Mato Grosso devem ser levados em consideração dois aspectos fundamentais. O primeiro deles é a especificidade do território em questão: fronteiro e mineiro que, por suas dimensões, demandou particulares atenções da coroa portuguesa, pois a própria criação da capitania atuou no sentido de proteger o oeste do território colonial luso na América. Em segundo lugar deve-se notar que a dimensão territorial da capitania abrangeu biomas muito distintos: a floresta amazônica, o cerrado brasileiro e o pantanal. Além da diversidade natural dos ecossistemas do interior do continente houve a divisão administrativa local definida pelos dois núcleos urbanos existentes durante quase a totalidade do período colo-

nial: os termos, ou repartições, do Cuiabá e do Mato Grosso. Cada um desses termos foi encabeçado por uma vila; coube à Vila do Cuiabá ser a principal localidade de seu termo e à Vila Bela coube o posto de capital da capitania e localidade mais importante do termo do Mato Grosso (Jesus, 2012: 313-314). O Presídio de Miranda, fundado em 1797, estava localizado na margem direita do rio Mondego (atual Miranda) muito próximo da fronteira com a América Espanhola, mais especificamente com a Província do Paraguai, e teve seu comando subordinado ao termo do Cuiabá.

Sobre a organização militar da capitania de Mato Grosso é conveniente elucidar duas questões que são determinantes para compreender como foi feita a defesa do território. A primeira delas é sobre a formação da tropa que serviu e que compôs as forças militares portuguesas propriamente ditas. A este contingente Cotta denominou como *corpos militares* e foram articuladas para a defesa a partir do *sistema militar corporativo*. A aplicação dessa diretriz para a organização da defesa colonial refere-se ao campo da execução operacional, da conjugação das forças militares em pró da defesa militar do bem a ser defendido. Tão importante quanto a organização dos corpos militares era a manutenção dessa força militar, que Cotta denomina de *administração/economia militar*, já que estava associada ao controle logístico e era onde deveriam estar localizadas as “operações relativas a vencimentos, recebimentos e distribuições, tanto de dinheiro quanto de gêneros”. Este autor ainda propõe que a denominação *corpo militar* deveria estar conjugada a toda a *gente de guerra*, fossem homens da infantaria, da cavalaria ou da artilharia, abrangendo tanto a tropa regular (paga) como à auxiliares, ordenanças, pedestres e *homens-do-mato* (Cotta, 2005: 1-5).

Em Mato Grosso colonial os estudos sobre a organização militar ainda estão em sua fase inicial, porém por se tratar de uma região fronteira-mineira, a forma como as forças militares se organizaram na capitania podem apresentar dados que ajudarão a compreender a dinâmica dos arranjos militares na América portuguesa (Jesus, 2012: 315-325). Sobre as condições de formação da força militar com seus próprios habitantes é importante lembrar que a capitania de Mato Grosso sempre contabilizou um número muito pequeno de habitantes, tendo em vista a imensidão do território. A população que habitou a capitania entre o final do século XVIII e as primeiras décadas do XIX forneceu, senão número ínfimo, uma quantidade de braços muito inferior ao montante

preciso para guarnecer as fronteiras e os estabelecimentos mais importantes sem correrem maiores riscos de sofrer ataques de espanhóis e/ou índios.

Em 1800 o número total de habitantes da capitania de Mato Grosso variava de 24.000 a 27.000 pessoas (Serra, 1916: 46; Rosa, 2003: 43). Evidentemente, o montante da população da capitania neste período excluiu as inúmeras nações de índios que habitaram a região e estavam à parte da contabilidade portuguesa, já que se fossem incluídos esses indivíduos o contingente populacional de Mato Grosso certamente atingiria números surpreendentemente maiores. Contabilizando apenas as principais localidades da capitania, excetuando-se os doentes e/ou inválidos, os que trabalhavam na Justiça, Fazenda e Altar, os que exerciam ofícios indispensáveis para o serviço público e para a manutenção das atividades básicas (trabalhos mecânicos, comerciais e agropastoris) restaria uma porcentagem aproximada de 6,25% da população capaz de pegar em armas, algo entre 1.500 e 1.686 homens. Este reduzido contingente deveria ainda se espalhar “pelos lugares mais importantes e expostos de tão extensa fronteira, como são Forte do Príncipe, Vila Bela, Coimbra e Miranda” e ainda seriam divididos em parciais destacamentos em cada um desses pontos (Serra, 1916: 45-46). Esse numerário inferior a dois mil homens não atendeu a real necessidade de Mato Grosso para a defesa de tão vasto território, pois além das vilas do Cuiabá e Vila Bela, a fronteira e diversos outros estabelecimentos deveriam ser defendidos.

Referente ao aparelhamento dos *corpos militares* a capitania de Mato Grosso seguiu os clássicos padrões da organização militar portuguesa, dividida entre os corpos regulares (formados pela chamada tropa paga ou de linha) e as forças militares de serviços gratuitos (corpos de auxiliares ou milícias e corpos irregulares ou ordenanças) (Cotta, 2005: 5). Em Mato Grosso colonial a organização dos corpos militares, ou da *gente de guerra*, estava distribuída de acordo com a clássica estrutura lusa, porém, a análise da documentação apontou que a força militar de serviço gratuito apresentava a Companhia de Voluntários como milícias ou corpos de Auxiliares e as Ordenanças ou corpos irregulares. Já as Companhias de Dragões e de Pedestres formavam a tropa paga.

Em Mato Grosso colonial a Companhia de Dragões era hierarquicamente formada pelas seguintes praças: capitão, 1º tenente, 2º tenente, 1º alferes, 2º

alferes, 1º furriel, 2º furriel, cabo de esquadra, anspeçada, soldado e tambor.¹ A importância da tropa auxiliar para o desempenho das atividades militares nas capitaniais é destacada por Alves, já que os corpos de Dragões podem ser entendidos como “tropas especiais que atuavam como cavalaria ou infantaria” que deveriam “possuir mobilidade tática e capacidade de improvisação, devendo ser capaz de lutar até como um corpo de infante” (Alves, 2010: 34-35).

Os corpos de ordenanças, força militar de serviço gratuito, foram conhecidos durante boa parte dos séculos XVIII e início do XIX por *paisanos armados* devido à sua principal característica: ser “um grupo de homens que não possuía instrução militar sistemática, mas que, de forma paradoxal, foi utilizado em missões de caráter militar”. Os *paisanos armados*, segundo Cotta, não representavam mais que um “número de gente armada dividida por companhias a quem se dê um chefe para as conduzir com a tropa regular e lhes indicar o serviço que devem fazer”. Mas, apesar de não ter o mesmo treinamento e tratamento dos corpos regulares, os ordenanças eram amplamente utilizados na defesa do território colonial, já que, por serem aqueles que mais conheciam o sítio onde estavam atuando, sempre acompanhavam os batalhões e regimentos da tropa de linha em missões militares (Cotta, 2005: 6-7). Na capitania de Mato Grosso, a documentação aponta que as praças das Companhias de Pedestres recebiam soldo² e eram organizadas hierarquicamente por capitão, alferes, sargento, cabos de esquadra, anspeçada, soldado e tambor. Uma característica particular da formação desses corpos é que, na capitania de Mato Grosso, eram recrutados mulatos, caburés, índios e outros mestiços e que os ordenanças estavam presentes em inúmeros estabelecimentos militares (quartéis, fortificações, registros), em portos, no serviço militar

¹ Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Luis de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres ao secretário de estado da Marinha e Ultramar Martinho de Melo e Castro. Vila Bela, julho de 1773, doc. 1039 – AHU-MT; Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres ao secretário de estado da Marinha e Ultramar Martinho de Melo e Castro. Vila Bela, novembro de 1775, doc. 1111 – AHU-MT.

² Em alguns casos bastante particulares, como das Companhias de Pedestres da capitania de Mato Grosso, será percebido que o soldo poderá ser pago para corpos de auxiliares e ordenanças, que em tese formam as forças militares de serviço gratuito. Para dirimir esta questão é preciso um estudo mais aprofundado para compreensão do funcionamento desses corpos militares.

nas vilas, nos descobrimentos de diamantes do rio Paraguai e em diligências extraordinárias, especialmente na fronteira.³ Grosso modo, o que pode ser percebido é que a organização da força militar na capitania de Mato Grosso foi formada, basicamente, por corpos de serviço gratuito (Jesus, 2011b: 221).

A organização da *gente de guerra* na capitania deveria ser regulada por membros da tropa de linha, mas que não teve maior destaque na composição dos corpos efetivos da capitania, segundo dados sobre regimentos e corporações militares existentes nos séculos XVIII e XIX. Segundo Jesus, em Mato Grosso colonial, a criação de batalhões e companhias militares era realizada de acordo com as necessidades e as condições locais da capitania (Jesus; 2011b: 219). A associação entre a constante carência de homens de origem lusa aptos ao serviço militar e a urgente necessidade em se criar mecanismos para defender o território possibilitam o entendimento da formação das forças militares da capitania de Mato Grosso durante o período colonial. Serra apontou que a grande dimensão do terreno a ser defendido fomentava o aumento do número de habitantes aptos a defendê-lo; além disso, como era grande o número de índios e ex-escravos que viviam próximos das áreas litigiosas da fronteira, a incorporação desses homens como defensores diminuiria os custos para mobilizar uma força defensiva na região (Serra, 2002: 28-29).

Essa condição atendia, necessariamente, à proposta metropolitana de defesa da América. Mello propõe que, apesar de estar ciente das urgentes necessidades em reparar e construir estruturas fortificadas (fortalezas, quartéis, armazéns, registros, presídios) a Coroa portuguesa se preocupou muito mais em tornar apta ao serviço militar a sociedade colonial. Dessa forma a criação e ampliação dos corpos militares que eram formados quase que exclusivamente pela população que habitava a colônia (auxiliares e ordenanças) eram vistos como os pilares fundamentais e indispensáveis da política defensiva para manutenção dos domínios portugueses contra os ataques de estrangeiros (Mello, 2009: 61).

³ Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres ao secretário de estado da Marinha e Ultramar Martinho de Melo e Castro. Vila Bela, julho de 1773, doc. 1039 – AHU-MT; Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres ao secretário de estado da Marinha e Ultramar Martinho de Melo e Castro. Vila Bela, novembro de 1775, doc. 1111 – AHU-MT.

As formas de resistência da tropa destacada no Presídio de Miranda

A fundação do Presídio de Miranda como espaço fortificado no sul de Mato Grosso deve ser entendido como uma ação militar portuguesa de imposição da força contra as investidas castelhanas na região, cada vez mais constantes e que despertavam a atenção dos governadores da capitania. Nessas circunstâncias, a movimentação na fronteira sul e a fortificação do rio Mondego devem ser interpretadas como ação de oposição às pretensões hispânicas-paraguaias frente ao território português.

Para impedir um maior avanço espanhol ao território português o então comandante do Forte Coimbra, Francisco Rodrigues do Prado, apontou que a melhor opção seria fundar um estabelecimento militar lusitano do lado oriental da margem oriental do rio Paraguai. Essa medida traria como vantagens para Mato Grosso a ocupação da região e, como benefício da posse do território, o acréscimo dos índios Guaicuru e Guaná como importante contingente associado às tropas da capitania.⁴ Assim, a medida encontrada para evitar que a região do rio Mondego fosse povoada pelos castelhanos seria o contragolpe proposto pelo comandante dos estabelecimentos do Paraguai frente aos assédios castelhanos. Ricardo Franco de Almeida Serra, próximo comandante do Forte Coimbra, entendeu que o estabelecimento de uma povoação portuguesa seria a última e única maneira de evitar a posse hispânica de “um país deserto e desocupado”. A presença do estabelecimento português preveniria a manutenção das aldeias Guaicuru na região, não permitindo que o rio Mondego fosse o ponto de apoio para uma expansão ainda maior dos espanhóis, alcançando a margem oriental do rio Paraguai. O lugar onde estavam os índios Guaicuru e Guaná, na beira do rio Mondego, era adequado para fundar esse estabelecimento, pois tinha terras firmes para culturas e campos com excelentes pastagens, além de ter fácil acesso até o Presídio de Coimbra, na margem direita do rio Paraguai. A ordem de Ricardo Franco recomendou que o local escolhido fosse tão seguro para a defesa fortificada quanto estratégico e suficiente para a franca comunicação com o Presídio de Coimbra, evitando

⁴ Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda Montenegro ao secretário de estado da Marinha e Ultramar. Vila Bela, abril de 1797, doc. 1751 – AHU-MT.

a ocupação deste sítio pelos vizinhos ibéricos. Inicialmente este estabelecimento, e também as aldeias dos índios, seria defendido por um destacamento de cinquenta ou oitenta praças entre dragões, pedestres e auxiliares e por pequenas peças de artilharia.⁵

O recrutamento de homens para compor os corpos militares que estavam distantes das áreas mais povoadas da colônia deveria ser uma medida para “eliminar” elementos indesejáveis das cidades, enviando-os às regiões mais afastadas como as fronteiras (Mello, 2009: 164). Recrutados contra sua vontade, esses contingentes eram notabilizados pela indisciplina e desobediência militar e pela regularidade com que aconteciam deserções. Além disso, um fator que estimulou o escape do serviço militar era a imensidão do território colonial, já que uma vez desgarrados os desertores dificilmente eram encontrados. Mas, apesar de existirem punições aos fugitivos, os castigos não faziam efeito, pois o próprio alistamento militar era considerado a maior entre todas as punições (Mello, 2009: 143-145).

Com relação ao recrutamento que compunha a força militar a partir da inserção de indivíduos “indesejáveis” ou “vagabundos” às fileiras que serviam na capitania de Mato Grosso não foi notada, na documentação referente ao Presídio de Miranda, nenhuma menção explícita sobre tal prática. O que se percebe é que, em determinados momentos veem à tona ações típicas de sujeitos que sempre estiveram à margem da sociedade, como roubos, agressões desmedidas, indisciplinas, rusgas sem motivos aparentes, etc. Também é perceptível, pelas ações das autoridades militares do presídio, a prática da imposição de castigos e punições a determinados membros da tropa como “medida educativa” a ser vista e entendida por toda a guarnição do presídio.

A deserção foi a principal forma de resistência contra os recrutamentos forçados. Segundo Possamai as privações de liberdade, a rotina do trabalho, a falta de fardamento e, principalmente, a falta de alimentação estimulava os homens recrutados à força a desistir da vida militar. Fator que também deve ser levado em consideração é que a fuga para a Espanha livrava os portugueses das dívidas contraídas antes e durante o serviço militar. O aliciamento

⁵ Ofício do governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda Montenegro ao secretário de estado da Marinha e Ultramar Rodrigo de Sousa Coutinho. Vila Bela, agosto de 1797, doc. 1759 – AHU-MT.

à deserção não pode ser descartado. Essa prática era bastante comum entre portugueses e espanhóis e consistia na premiação pecuniária àqueles que serviam nas forças oponentes, forçando que o militar recrutado opositor desistisse do serviço marcial e atuasse como um informante sobre as movimentações das tropas adversárias (Possamai, 2009: 238).

Durante o período de maior tensão entre portugueses e espanhóis na capitania de Mato Grosso, que vai desde o final do século XVIII até a primeira década do século seguinte, eram comuns os casos onde oficiais e membros da tropa adversária prometiam desertar em troca de melhores condições de sobrevivência.⁶ Em ocasiões como estas o aliciamento à deserção estava conjugado à espionagem, amplamente realizada pelos destacamentos militares localizados na região e que temporariamente noticiavam as autoridades lusas e hispânicas sobre as condições da força militar do lado oposto na fronteira. Mas, mesmo em períodos de paz entre os dois lados da fronteira, as deserções e a espionagem eram recorrentes. O trânsito de homens entre os estabelecimentos militares portugueses e castelhanos e a busca por informações da situação da força militar oposta, a espionagem militar, foi realizada tanto no âmbito do aliciamento para deserção quanto no comércio realizado entre os destacamentos.⁷

Os casos de deserção no Presídio de Miranda são notados desde o período da instalação e construção da estrutura defensiva. Em fins de julho de

⁶ Carta do comandante do Forte de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda e Montenegro. Presídio de Miranda, maio de 1800. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 020 – APMT.

⁷ Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, março de 1809. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 099 – APMT; Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto de Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, maio de 1809. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 101 – APMT; Carta de Francisco M. Rodrigues ao tenente comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes. Vila Real de Concepción, agosto de 1809. Fundo Presídio de Miranda, doc. 104 – APMT; Carta do comandante interino do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, julho de 1810. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 111 – APMT; Carta do comandante interino do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao comandante do Forte de Coimbra Jerônimo Joaquim Nunes. Miranda, outubro de 1810. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 113 – APMT.

1800, período de construção da muralha do presídio, foi anotada a primeira baixa da guarnição: desapareceu um ordenança sem levar nenhuma roupa e sem armamento algum. A suspeita da fuga foi confirmada no momento em que alguns pedestres que voltavam do Povoamento de Albuquerque perceberam uma pequena picada recentemente aberta na margem do rio Mondego há pouca distância do presídio.⁸ O fato de o ordenança não ter levado coisa alguma, nem mesmo roupas nem armas, permite entender que a hipótese do aliciamento à deserção pode ter sido estimulada por tropas castelhanas de Villa Real ou do Forte de San Carlos, localidades hispânicas mais próximas do Presídio de Miranda.

Outros casos, no entanto, chamam atenção. Em fevereiro de 1805 o comandante do Presídio de Miranda Alexandre Bueno Leme de Menezes relatou ao comandante do Forte Coimbra Ricardo Franco que haviam desertado para Espanha dois militares destacados no Miranda: um pedestre chamado Joaquim Bueno e um auxiliar de nome José de Carvalho que fugiram com uma arma, uma sela e um freio que pertenciam à Fazenda Real. Também levaram consigo alguns cavalos, sendo que cinco pertenciam a particulares e três ou quatro aos índios. O comandante do presídio afirmou que empreendeu uma escolta na tentativa de encontrá-los nas proximidades do rio Apa, contudo esta busca não obteve êxito. Neste caso de indisciplina, o que chama a atenção é que o pedestre Joaquim Bueno era afilhado do comandante e já acompanhava seu superior havia oito anos. Ainda assim, o comandante Bueno afirmou que o pedestre seu afilhado havia sido preso anteriormente em duas ocasiões: uma vez por desavença com um índio Guaicuru, por conta de uma mulher, e outra por furto dirigido ao quartel do comandante. Já contra José de Carvalho constava um histórico de racionices, sendo o auxiliar conhecido entre a tropa por seus maus hábitos. O motivo da deserção era uma incógnita, já que o comandante havia solicitado praça de soldado dragão para seu protegido, fato que teoricamente desestimularia a fuga para Espanha; mas levando-se em conta que os fugitivos carregaram pertences da Fazenda Real e animais de montaria de particulares, acreditou o comandante que a moti-

⁸ Carta do comandante do Forte de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao governador e capitão general da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda e Montenegro. Presídio de Miranda, agosto de 1800. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 028 – APMT.

vação para tal desfecho tenho havido algum estímulo ou incentivo vindo do lado espanhol da fronteira.⁹

Em dezembro de 1798, ainda durante a instalação e execução das primeiras obras de fortificação do Presídio de Miranda, o primeiro comandante Francisco Rodrigues do Prado prendeu dois soldados que pediram para continuar no serviço de construção da taipa, mas que, ao contestarem a decisão do comandante, foram repreendidos como “cabeças de motim”. A prisão de ambos foi deferida pelo comandante e teve o efeito de ser “tão exemplar castigo para outros mais desatentos”.¹⁰ Assim, em um ambiente militar onde deveria ser mantida a ordem e a disciplina a prisão, em muitos momentos, teve muito mais a função de “educar” e “disciplinar” a tropa.

Porém, em alguns casos a prisão também teve caráter punitivo para atos desmedidos e falta de disciplina militar, especialmente em episódios onde foi verificada violência exagerada entre a tropa destacada. Um caso que comprovou falta de ordem militar foi verificado na mútua agressão entre um ordenanças e um auxiliar na diligência de uma ronda nas áreas adjacente ao presídio, em julho de 1800. O pedestre de sentinela respondeu de forma inconveniente ao soldado dragão José de Freitas e Souza, que retribuiu imprudentemente à ofensa do guarda. Após o desentendimento, ambos ficaram feridos: o dragão com um ferimento causado por disparo de arma de fogo no braço e na orelha e o pedestre com uma chaga de faca no peito. O resultado imediato foi a hospitalização do pedestre, que sentiu fortes dores na área atingida pela lâmina, e a prisão de José de Freitas, como medida punitiva por ter causado o maior dano.¹¹ No entanto, confirmou-se em 1803 que o ferimento sofrido pelo soldado dragão no osso úmero pela bala do pedestre

⁹ Carta do comandante Alexandre Bueno Leme de Menezes ao tenente coronel Ricardo Franco de Almeida Serra. Miranda, fevereiro de 1805. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 066 – APMT.

¹⁰ Carta do comandante do Presídio de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao comandante do Forte de Coimbra Ricardo Franco de Almeida Serra. Presídio de Miranda, aproximadamente 1798. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 006 – APMT.

¹¹ Carta do comandante do Forte de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao comandante do Forte de Coimbra

Ricardo Franco de Almeida Serra. Presídio de Miranda, julho de 1800. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 025 – APMT.

era impossível de curar, tornando-o imprestável ao serviço militar.¹²

Em outra ocasião, no ano de 1803, o desentendimento entre dois auxiliares resultou na primeira morte do Presídio de Miranda. O comandante Rodrigues do Prado narrou que a partir de uma brincadeira entre os dois praças que estavam na guarda e se divertiam esbofeteando-se, um sentiu-se ofendido e desferiu golpe de enxada na cabeça do outro. Segundo o relato a força da pancada foi tão grande que expôs o cérebro do auxiliar atingido para fora do crânio, que sobreviveu com o ferido durante quinze dias sem esboçar melhora; no décimo sexto dia passou o enfermo a desenvolver convulsões, já que o ferimento passou a lançar uma substância cortical, que provavelmente resultou de uma inflamação na região do ferimento.¹³

Os conflitos, no entanto, não aconteciam somente entre praças de mais baixa patente. Em janeiro de 1805 espalhou-se a notícia de que o comandante do presídio Alexandre Bueno destratava e ameaçava com punições físicas alguns militares da guarnição do Miranda. A defesa do comandante era justificada pelo seu bom histórico como militar, pois este afirmou que ao assumir sua posição no comando do presídio, sabia da reputação da tropa militar da capitania de Mato Grosso, “principalmente da fronteira”. Por este motivo, o comandante evitava usar de qualquer forma de repreensão contra as atitudes descomedidas de sua tropa, fazendo-as somente em casos extremamente indispensáveis e com a devida moderação. As motivações encontradas para tais acusações eram, segundo Bueno, decorrentes de intrigas disseminadas pelo capelão e pelo cirurgião do presídio. O comandante acusou o cirurgião de semear a discordia no relacionamento entre ele e os índios Guaicuru, já que uma índia havia sido tomada a força pelo cirurgião e quando conseguiu desgarrar-se de seu sequestrador pediu asilo e apoio ao comandante, que advertiu o militar-médico para não mais ofender a índia. Mas, esta mulher tam-

¹² Atestado do cirurgião do partido militar do Presídio de Miranda Antônio Muniz de Farias, sobre o soldado dragão Jose de Freitas e Souza. Miranda, janeiro de 1803. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 052 – APMT.

¹³ Carta do comandante do Presídio de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao tenente coronel Ricardo Franco de Almeida Serra. Miranda, abril de 1803. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 057 – APMT; Carta do comandante do Presídio de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao governador e capitão general da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda Montenegro. Presídio de Miranda, junho de 1803. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 058 – APMT.

bém se relacionava às escondidas com o capelão, que lhe dava pouso durante a noite, assim como fazia o cirurgião. Segundo Bueno, a censura no trato com a índia despertou a cólera tanto do cirurgião como do capelão, que motivou a série de injúrias proferidas contra o comandante em relação ao tratamento dispensado à sua tropa.¹⁴

A rusga entre o comandante Bueno e o capelão João Batista de Faria não cessou com o relato enviado ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso Manoel Carlos de Abreu Menezes. Em documento datado de fevereiro de 1807, Bueno relatou que as injúrias do pároco o atormentavam há mais de um ano sem qualquer réplica do militar, tornando a convivência no presídio um verdadeiro tormento. O padre tornou públicas as ofensas à autoridade e à honra de Bueno quando afirmou que um soldado dragão designado como almoxarife pelo comandante fraudava a Real Fazenda, com o consentimento de seu superior militar. O clérigo forjava as acusações e confirmou, ele mesmo, ter comprado pólvora que pertencia a Real Fazenda no armazém do presídio com a ajuda do dito almoxarife. A estratégia do padre João Batista também consistia em desestabilizar a ordem da tropa, pois o pároco afirmou que outro soldado dragão, chamado Domingo Souza, havia furtado uma vaca que lhe pertencia para servir de alimento. Além disso, o sacerdote passou a dirigir palavras de ordem para a tropa, afim de que praças realizassem seus serviços particulares, em detrimento dos ordenamentos do comandante militar.¹⁵

Após realizar as investigações necessárias e coletar os depoimentos que comprovaram serem falsas as acusações de João Batista, Bueno ordenou que o padre voltasse para Cuiabá na conduta de fevereiro de 1807. Contudo, o soldado dragão que desempenhava o serviço de almoxarife do Presídio de Miranda foi trocado por outro soldado dragão após a confecção de um meticoloso inventário de tudo o que havia no armazém real. Mas, antes de sua efectiva partida, o sacerdote ainda persuadiu os cabos de milícias destacados no

¹⁴ Representação do comandante Alexandre Bueno Leme de Menezes ao governador e capitão general da capitania de Mato Grosso Manoel Carlos de Abreu Menezes. Presídio de Miranda, janeiro de 1805. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 070 – APMT.

¹⁵ Carta do tenente comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes á Terceira Junta Governativa da Capitania de Mato Grosso. Miranda, fevereiro de 1807. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 084 – APMT.

presídio de que ele possuía alguma influência sobre a designação do serviço de praça, coagindo para que os mesmos realizassem trabalhos particulares de informação a uma mulher que constantemente visitava o padre durante a noite. A coação de João Batista, porém, extrapolava os limites da influência para nomear o serviço de praça; segundo os testemunhos de alguns cabos e um alferes de milícias, o vigário ameaçava com pauladas aqueles que não obedecessem a suas ordens.¹⁶

Acusações e injúrias contra um comandante militar do presídio, porém, não foi exclusividade de Alexandre Bueno. Em 1813 foi a vez de José Craveiro de Sá ser acusado pelo furriel João Viegas Garces Torte de perseguição. A causa para tal denúncia deu-se por um conflito motivado por dívidas pecuniárias entre o furriel e um morador do presídio, Bento de Arruda Pinto. Viegas formalizou ao governador da capitania de Mato Grosso João Augusto D’Oeynhausen e Gravemberg suas queixas contra o Craveiro, pois Bento de Arruda era tio carnal da esposa do comandante do Miranda. Porém, as críticas do furriel à perseguição empreendida por Craveiro, devidas ao parentesco de sua mulher, não reverberaram na mesma proporção que o episódio entre Bueno e o vigário João Batista.¹⁷

Os desentendimentos entre a tropa destacada no presídio eram por motivos variados. Nem mesmo os momentos de maior sensibilidade eram poupadinhos; os excessos acabavam por transformá-los em situações caóticas. O casamento do anspeçada Manoel Luis, em janeiro de 1816, foi marcado pelo pandemônio provocado pelo cabo de milícias Pedro José Antônio que, após ingerir considerável quantidade de cachaça e empunhando uma espada, passou a atacar todos os que estavam à sua volta. O resultado foi um ferimento que aleijou a mão do soldado Miguel Pinto e ferimentos mais leves no anspeçada Manoel Luis, no tambor Paulo Diogo e no ordenançá Marcos Rodrigues. Como os feridos estavam todos desarmados, o cabo infrator foi punido com o rigor militar estabelecido pelo comandante Craveiro de Sá para todos

¹⁶ Cartas do tenente comandante do Presídio de Miranda Jeronimo Joaquim Nunes ao major Antonio José Rodrigues. Miranda, fevereiro de 1807. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 085 – APMT.

¹⁷ Carta de João Viegas Garces Torte ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D’ Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, novembro de 1813. Fundo: Presidio de Miranda, doc.152 – APMT.

aqueles que “dão com faca como os que puxam por ela”. A punição imposta ao cabo pelas cutiladas desferidas contra os participantes do festejo foi composta inicialmente com a aplicação de sessenta pranchadas e a prisão do cabo em calcetas¹⁸ até sua extradição para a Vila do Cuiabá na primeira conduta após o julgamento.¹⁹

As agressões, por vezes, não apresentavam motivos aparentemente claros. Em algumas ocasiões a desproporção da força aplicada pelo infrator era tão grande que fugia à compreensão das justificativas dos crimes mais comuns cometidos em uma guarnição militar. O auto da devassa inquirido pelo comandante Joaquim Duarte Pinheiro sobre a morte do soldado pedestre Manoel da Costa Lima é um exemplo. Neste inquérito foi comprovado através de relatos de mais de vinte testemunhas que o índio Guaicuru chamado Padre Grande assassinou o soldado Manoel; a vítima faleceu poucas horas após o crime. A descrição da causa da morte do pedestre apontou para uma série de ferimentos desferidos pelo índio com uma faca, a saber: duas facadas na clavícula direita que atravessaram para as costas, uma debaixo da orelha direita que rasgou até a garganta da vítima, uma no meio das costas que perfurou a barriga e uma no braço direito até atravessar o membro da vítima. A verificação do corpo do soldado comprovou que os golpes todos atingiram pontos vitais, pois visavam veias e artérias e espalharam enorme quantidade de sangue no local da desavença. Após tão desproporcional ataque, o índio foi preso mesmo sem que o resultado do inquérito apresentasse o motivo da hostilidade física.²⁰

As punições dos militares por toda qualidade de indisciplina foram determinadas, principalmente, pelas restrições de liberdade. As prisões tinham, de

¹⁸ Calceta é uma argola de ferro que é presa ao tornozelo de um infrator e pode estar presa tanto na cintura do próprio julgado quanto no tornozelo de outro réu punido.

¹⁹ Carta do comandante José Craveiro de Sá ao coronel comandante geral Antônio José Rodrigues. Miranda, janeiro de 1816. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 170 – APMT; Carta do comandante José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D’ Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, janeiro de 1816. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 171 – APMT.

²⁰ Auto de devassa que mandou proceder o ajudante comandante Joaquim Duarte Pinheiro pela morte do soldado pedestre Manoel da Costa Lima. Presídio de Miranda, outubro de 1821. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 191 – APMT.

forma geral, um caráter muito mais educativo que punitivo, já que duravam muito pouco tempo: em média de um a dois meses.²¹ O pouco tempo destinado ao aprisionamento encontrava respaldo, talvez, na escassez de homens aptos e disponíveis ao serviço militar e, por este motivo, manter um praça prisioneiro por muito tempo significava aumentar consideravelmente os gastos de manutenção da cadeia no presídio.

Contudo, havia casos em que a punição não apresentava apenas o caráter de medida educativa. As realizações de alguns membros da tropa atingiam proporções que a aplicação de uma medida educativa não teria qualquer sentido na reeducação de certos hábitos. Em março de 1809 o soldado dragão Agostinho Souza Rosa e o soldado miliciano Antônio de Souza Nunes foram autores de um roubo de quarenta oitavas de ouro do cabo Francisco Piçarra e também tentaram desertar para a Espanha, sendo que ambos foram encaminhados para a prisão do Forte Coimbra. Agostinho já havia estado preso em março de 1808 no Presídio de Miranda pelo crime de querer desertar para Espanha. Agostinho Rosa era visto pelo comandante Jerônimo Joaquim Nunes Pereira como um mau soldado, sujeito de má índole e péssima conduta, não merecendo este, em hipótese nenhuma, assumir um posto de soldado dragão, já que seus exemplos sempre caminhavam para o exercício da ridicularia. Durante a conduta que levou o soldado Agostinho para a prisão no Forte Coimbra, este afirmou que na primeira oportunidade em que estivesse em liberdade fugiria para Espanha.²²

A necessidade, porém, em algumas oportunidades tornava as punições muito mais brandas. A carência de praças especializados em determinados serviços estimulava o perdão para alguns membros da tropa. Este foi o caso do soldado da Companhia Franca Thomas Correia que, em maio de 1813,

²¹ Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes a 3^a Junta governativa da capitania de Mato Grosso. Miranda, novembro de 1806. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 079 – APMT.

²² Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemburg. Miranda, março de 1809. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 099 – APMT; Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes ao major Antônio José Rodrigues. Miranda, abril de 1809. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 100 – APMT; Inquirição feita por Antônio Xavier do Vale sobre o furto ao cabo Francisco A. Piçarra. Presídio de Miranda, janeiro de 1809. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 109 – APMT.

chegou ao Presídio de Miranda preso em calcetas, onde deveria permanecer por um ano, segundo seu julgamento anterior. Mas, o prisioneiro dominava o ofício de carpinteiro, especialidade que era de extrema importância para o serviço no Miranda e que não havia sequer um praça especializado destacado na guarnição naquele período. Por conta da habilidade no desempenho do ofício, neste caso, foi perdoada a pena do soldado infrator e o mesmo foi reincorporado à tropa.²³

Outro exemplo que pode elucidar o perdão por determinadas ações em um ambiente tão carente de gente especializada foi do soldado da Companhia Franca Ricardo Thomé de Campos. Este militar era casado com Catharina de Senna e juntos construíram “o casamento mais desordenado” que já havia se visto no presídio. Segundo o comandante Craveiro de Sá “poucos são os dias em que não havia pancadas, gritos, facadas, etc.” estando ambos bêbados. Apesar do incômodo que tão conturbada relação provocava em toda a tropa militar e nos povoadores, o comandante afirmou que só não havia mandado ambos de volta para a Vila do Cuiabá por Ricardo ser o único ferreiro que estava destacado no Miranda. Craveiro afirmou que, em última hipótese, conservaria o soldado e enviaria sua esposa para Cuiabá, sendo este o melhor meio para evitar que um dia fosse “preciso mandar algum deles em uma corrente com crime de morte, ... por que bêbados não sentem castigo”.²⁴

Houve também casos generalizados de indisciplina militar. A chegada do destacamento de milicianos em 1810 foi vista pelo comandante do presídio como de uma “criançada”, pois aqueles homens, segundo Craveiro, “não servem mais que para comer data”. E justificou-se ainda ao governador de Mato Grosso João Carlos D’ Oeynhausen e Gravemberg que “é bem certo que em alguns regimentos em Portugal tem muita criançada ... mas também é certo que quando se leva gente para qualquer lugar usa-se escolher os melhores soldados”. No entanto, apesar de ter em mãos um destacamento de jovens e poder instruí-los a fazer que tivessem com o tempo “o suor do serviço”,

²³ Carta do comandante do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D’ Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, maio de 1813. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 144 – APMT.

²⁴ Carta do comandante do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D’ Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, janeiro de 1815. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 162 – APMT.

Craveiro abriu mão de poder “criar” seus soldados por não achar o Miranda um lugar próprio para a disciplina militar e pelas situações encontradas não serem as mais favoráveis.²⁵

Mesmo quando já não existia nenhuma possibilidade de um ataque espanhol e o cotidiano da tropa deveria ser regulado pela calmaria, sempre houve indícios da indisciplina da tropa destacada. O relato do comandante Joaquim José Rodrigues de 1822 apontou para um prisioneiro militar que foi mantido preso em calcetas, mas que acabou recobrando seu juízo no tempo em que esteve preso e se arrependeu de seus erros, pretendendo voltar à suas atividades no campo. Neste mesmo período esteve destacado no Miranda um grupo de cinco praças da Legião paga que, além de incomodarem diariamente a ordem da guarnição e do serviço público com insultos e bebedeiras eram conhecidos por suas práticas de latrocínio, que “por qualquer maneira procuram por em prática... um conjunto de extravagâncias”.²⁶

Vivência e aspectos do cotidiano na fronteira sul da capitania de Mato Grosso

Durante os anos iniciais após a instalação do Presídio da Miranda a grande preocupação da administração portuguesa foi com a defesa da região limítrofe com a Espanha. Neste período, que se estendeu durante a primeira década do século XIX, verifica-se em 1811 a independência da República do Paraguai frente à administração da Espanha, fato que passou a concentrar as atenções e forças hispânicas na capital Assunção e não mais na fronteira com a América portuguesa. Assim, diminuída a tensão entre as cortes ibéricas na região platina foi preciso enviar povoadores para plantar roças nas áreas mais próximas do Presídio de Miranda e demais estabelecimentos portugueses para abastecer a tropa com farinha, milho, arroz, feijão e outros produtos agrícolas. Essa atitude visou manter os níveis de abastecimento para a tropa, já que o envio de suprimentos pela administração da capitania de Mato

²⁵ Carta do comandante interino do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemburg. Miranda, dezembro de 1810. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 116 – APMT.

²⁶ Carta do comandante do Presídio de Miranda Joaquim José Rodrigues à Primeira Junta Governativa Provisória. Presídio de Miranda, outubro de 1822. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 193 – APMT.

Grosso passou a diminuir ano a ano, não sendo mais suficiente para suprir as necessidades do contingente destacado já no início da década de 1810. Ainda no ano de 1808 o comandante Joaquim Nunes convocou alguns militares e incentivou-os a fazer plantações para abastecer o presídio, com o aval do governador Oeynhausen e Gravemberg, visto a constante necessidade de gêneros alimentícios. O incentivo à fixação de famílias de lavradores poderia, inclusive, tornar possível a fundação de uma povoação na região, fato que seria de extrema importância para o pleno abastecimento da tropa destacada.²⁷

Apesar da possibilidade de fundar uma povoação nas imediações do Miranda, a presença feminina não foi verificada com frequência na documentação. Muito pouco percebidas em um ambiente quase que exclusivamente masculino as mulheres foram, na maioria das ocasiões, esposas ou filhas dos militares que serviam na fronteira, sem que houvesse maior visibilidade de sua presença nesse estabelecimento militar português. Porém, um caso bastante particular é o de uma mulher chamada Maria Rosa que vivia na Povoação de Albuquerque, algumas léguas acima do Forte Coimbra. Em 1799 esta mulher solicitou ao comandante Rodrigues do Prado autorização e licença para morar, junto com sua família, no Presídio de Miranda. A justificativa de Maria Rosa é que seu desejo em se mudar para o presídio se deu por alguns desgostos que havia tido em Albuquerque.²⁸ Não há em uma data posterior nenhuma referência sobre esta mulher, tampouco uma resposta de Rodrigues do Prado autorizando ou negando a ida da mesma com sua família para o presídio. Contudo, Maria Rosa e sua família poderiam colaborar para o suprimento de gêneros alimentícios para a tropa e, apesar de ser um ambiente militar, no presídio sempre foi bem vista a presença de povoadores para cultivarem algumas roças, mesmo nos períodos de instalação da guarnição.

Sobre esta questão é importante pensar que apesar de atuar como um estabelecimento de atividades exclusivamente militares, nunca foi descartada a possibilidade de acrescer ao Presídio de Miranda uma população de

²⁷ Carta do comandante do Presídio de Miranda Jerônimo Joaquim Nunes ao coronel Ricardo Franco de Almeida Serra. Miranda, novembro de 1808. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 096 – APMT.

²⁸ Carta de Maria Rosa ao ajudante comandante do Presídio de Miranda Francisco Rodrigues do Prado. Povoação de Albuquerque, outubro de 1799. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 013 – APMT.

não militares que pudessem plantar roças e cultivar animais. Nesse sentido, a percepção que casamentos entre povoadores, militares e índios iam se tornando mais frequentes e colaboraram com a ideia de que deveria existir uma população não militar no entorno na área fortificada. Os casamentos entre militares e mulheres brancas ou mestiças e entre militares e índias eram, não somente aceitos, como incentivados pelos comandantes do presídio. O estímulo para a realização de casamentos atuava em três sentidos: o primeiro era que assim, poder-se-ia aumentar, à longo prazo, o contingente populacional do presídio; o segundo era que homens casados não desertariam; o terceiro era que o casamento deveria servir como emulação à manutenção e disciplina da tropa, evitando bebedeiras e arruaças.²⁹

Ainda no sentido de permitir e/ou incentivar a existência de uma população não militar no entorno do presídio, algumas tarefas executadas por militares chamam a atenção para a manutenção das mínimas condições para assentar povoadores na região, conforme apontou Souza (1997: 43-45). Um dos casos particulares que permitem compreender a adaptação do cotidiano à instabilidade do meio é do soldado dragão Antonio Pires de Camargo que esteve destacado no Miranda nos primeiros anos após a instalação do presídio. Este soldado era bastante hábil e prático no ofício de matar onças. Antonio de Camargo foi regularmente designado para realizar diligências destinadas à caça do felino, cumprindo a tarefa “com obediência e boa vontade”.³⁰ O que chama a atenção é que, por se tratar de um soldado dos corpos de auxiliar (que teoricamente recebeu treinamento, foi exercitado e disciplinado) a atribuição de “caçador de onças” parece ser um tanto quanto desencontrada de suas funções originais. Além disso, na ausência da tropa paga, como é o caso do Presídio de Miranda, devia este soldado juntamente com sua Companhia, compor a força defensiva mais importante do presídio. Mas, por se tratar de uma região fronteira e por entender que nem sempre as atividades empreendidas pela tropa eram, necessariamente, atividades marciais o emprego

²⁹ Carta do comandante do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, janeiro de 1815. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 162 – APMT.

³⁰ Carta do comandante do Forte de Miranda Francisco Rodrigues do Prado ao governador e Capitão General da capitania de Mato Grosso Caetano Pinto de Miranda e Montenegro. Presídio de Miranda, novembro de 1800. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 032 – APMT.

de um soldado dragão para caçar onças demonstra a dinâmica e o cotidiano desse estabelecimento, voltados para a manutenção de condições mínimas de existência de um estabelecimento português no interior da América do Sul. A prática da caça à onça foi percebida, também, em outros momentos, pois os comandantes do presídio solicitavam o envio de “cães onceiros” por Cuiabá como tentativa de eliminar o felino da região³¹ e preservar as qualidades e condições mínimas de sobrevivência de povoadores no entorno do estabelecimento militar.

Outro ponto que deve ser destacado na vivência da tropa do Presídio de Miranda é sobre o fornecimento de uniformes. De acordo com Mello, o abastecimento das companhias pagas com artigos militares (armas, fardamento, pólvora) era um problema que atingia todo o território colonial, porém, o agravamento dessa situação era notado cada vez que essas tropas estavam mais distantes das localidades onde foram recrutadas. Mas, essa não era uma questão exclusiva da tropa de linha; todos os corpos militares (auxiliares, principalmente, e ordenanças, em menor escala) que dependiam do abastecimento regular, ou do envio esporádico de gêneros bélicos, sofriam com a demora e ausência de fornecimento de produtos para a manutenção do serviço militar (Mello, 2009: 176-178).

Sobre a questão do fardamento da tropa assentada no Presídio de Miranda, não existe muitas informações. Das poucas notícias existentes sobre a vestimenta dos praças a primeira delas é datada de março de 1811. Nesta ocasião o comandante Craveiro de Sá relatou ao governador de Mato Grosso d’Oeynhausen e Gravemberg que mandou confeccionar fardamentos completos para os dragões e era preciso pagar pelo serviço dez oitavas e meia para cada conjunto de indumentária.³² Porém é possível perceber que os próprios praças mandavam confeccionar seus uniformes. Um caso que ilustra essa condição pode ser exemplificado pela dívida contraída pelo soldado dragão Joaquim Ignácio Ribeiro. Em junho de 1811 esse soldado requereu a Real

³¹ Carta do comandante Alexandre Bueno Leme de Menezes ao tenente coronel Ricardo Franco de Almeida Serra. Miranda, fevereiro de 1805. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 066 – APMT.

³² Carta do comandante interino do Presídio de Miranda José Craveiro de Sá ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D’ Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, março de 1811. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 120 – APMT.

Fazenda o pagamento do fardamento de 1797 a 1811, já que o soldado arcou com os custos durante todo esse tempo.³³ Da mesma forma, o furriel João Viegas Garces reclamou o não envio de uniforme e panos para confeccionar novas peças ou para reformar sua velha indumentária na conduta que chegou do Cuiabá em novembro de 1813. João Viegas reclamou que toda a tropa recebeu novos conjuntos, porém nem o uniforme, nem os panos de linho encomendados pelo furriel haviam chegado, ficando este com apenas duas camisas já bastante desgastadas e que há cinco meses eram usadas com muita frequência. Viegas temia que o mau estado de sua indumentária causasse o desagrado tanto do comandante do Miranda quanto do governador da capitania de Mato Grosso.³⁴ A preocupação de Viegas dava-se por ser o fardamento a parte mais visível e mais acessível do caráter militar. A hierarquia e a disciplina poderiam ser analisadas pelo estado de conservação do fardamento, pela composição do conjunto de uniforme, armas e postura. Segundo Fernandes o uso da farda estava “ligada à distinção social e hierarquia, seu uso nos espaços militares era uma norma imprescindível” (Fernandes; 2011: 127-129).

* * *

A diversidade de homens alistados à tropa do Presídio de Miranda era visível. Mesmo sem nenhuma menção explícita sobre o aliciamento de “vagabundos” e “indesejáveis” ao serviço militar é perceptível que as condições de isolamento, de brandas punições e de carências materiais (como fardamento e alimentação, por exemplo) tornavam o cotidiano da tropa muito mais penoso. As demonstrações de resistência pela deserção e as desmedidas agressões são provas que o ambiente militar era, muitas vezes, um ambiente hostil à ordem e à disciplina. Mas, nem mesmo a severidade da vida na fronteira impedia que as tarefas militares fossem realizadas.

³³ Requerimento do soldado dragão da guarnição do Presídio Miranda Joaquim Inácio Ribeiro ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemberg. Vila do Cuiabá, junho de 1811. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 129 – APMT.

³⁴ Carta de João Viegas Garces Torte ao governador e capitão-general da capitania de Mato Grosso João Carlos Augusto D' Oeynhausen e Gravemberg. Miranda, novembro de 1813. Fundo: Presídio de Miranda, doc. 152 – APMT.

O objetivo desse texto foi lançar um olhar sobre as forças militares destacadas na defesa da fronteira sul da capitania de Mato Grosso: a tropa do Presídio de Miranda. Mais do que isso, o intuito foi destacar as condições de vida da tropa, bem como as formas de resistência desses homens frente à condição de guerra notada na fronteira entre Espanha e Portugal durante o final do século XVIII e início do XIX. No caso do Presídio de Miranda, o valioso bem que justificou a fundação deste baluarte português foi a soberania lusa no continente americano, já que conjuntamente com o Forte Coimbra, este presídio defendeu fronteira e caminhos, acessos e atalhos da bacia platina (via o alto curso do rio Paraguai e seus afluentes) até o interior do Estado do Brasil.

As dificuldades de manutenção da ordem e da disciplina neste estabelecimento português fundado no pantanal sul, às margens do atual rio Miranda (antigo Mondego) poderão servir como material de análise para próximos estudos acerca da existência de corpos militares no interior da América portuguesa. A difícil tarefa em manter a ordem e a disciplina militar de um contingente tão diverso e heterogêneo frente à fome, doenças, falta de ferramentas e instrumentos e a proximidade com os estabelecimentos castelhanos devem ser consideradas como elementos que colaborariam para o fracasso na defesa militar realizada por Portugal; fato não comprovado pela análise da documentação produzida no período.

Evidentemente, o estudo das estruturas defensivas portuguesas na América deve ser aprofundado. É necessário que novas pesquisas, novas formas de compreensão, novos olhares sejam lançados para os meios de defesa para que se tenha uma visão panorâmica sobre o passado colonial, especial em regiões distantes do litoral e das localidades mais afastadas dos centros de poder da América portuguesa. No caso da organização militar da capitania de Mato Grosso ainda há muito a ser feito. A pesquisa brevemente apresentada é um pequeno esforço para tentar entender como, onde, quando e por que foi feita defesa da conquista portuguesa na América; um passo para apreender uma parcela do passado da região que outrora foi Espanha, depois Portugal.

Bibliografia

- Alves, F. das N. (2010). Uma revolta militar e social no alvorecer do Rio Grande do Sul. In P. C. Possamai (org.). *Gente de guerra e fronteira: estudos de história militar do Rio Grande do Sul*. Pelotas: Ed. da UFPel.
- Cotta, F. A. (2005). O “sistema militar corporativo” na América Portuguesa.

- In *Actas do Congresso Internacional Espaço Atlântico de Antigo Regime: poderes e sociedades*. Lisboa: FCSH/UNL.
- Fernandes, S. E. (2011). Fardamento. In N. M. de Jesus (org.). *Dicionário de História de Mato Grosso: período colonial*. Cuiabá: Carlini & Cianiato.
- Jesus, N. M. de (2006). *Na trama dos conflitos: a administração na fronteira oeste da América portuguesa (1719 - 1778)*. Tese (Doutorado em História), IFHF/UFF, Rio de Janeiro.
- Jesus, N. M. de (2011). Capitania de Mato Grosso. In N. M. de Jesus (org.). *Dicionário de História de Mato Grosso: período colonial*. Cuiabá: Carlini & Cianiato.
- Jesus, N. M. de (2011). Organização militar. In N. M. de Jesus (org.). *Dicionário de História de Mato Grosso: período colonial*. Cuiabá: Carlini & Cianiato.
- Jesus, N. M. de (2012). Para uma história da organização militar na capitania de Mato Grosso. In: Possamai, P. C. (org.). *Conquistar e defender: Portugal, países baixos e Brasil. Estudos de história militar na Idade Moderna*. São Leopoldo: Oikos.
- Mello, C. F. P. de (2009). *Forças militares no Brasil colonial: corpos de auxiliares e de ordenanças na segunda metade do século XVIII*. Rio de Janeiro: E-papers.
- Possamai, P. C. (2006). *A vida quotidiana na Colônia do Sacramento (1715 - 1735)*. Lisboa: Editora Livros do Brasil.
- Rosa, C. A. (2003). O urbano colonial na terra da conquista. In C. A. Rosa & N. M. de Jesus. *A terra da Conquista: história de Mato Grosso colonial*. Cuiabá: Adriana.
- Serra, R. F. de A. (1916). Memória ou informação dada ao governador sobre a capitania de Mato Grosso. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*.
- Serra, R. F. de A. (2002). *Reflexões sobre a Capitania de Mato Grosso (Publicações Avulsas nº 57)*. Cuiabá: Instituto Histórico e Geográfico de Mato Grosso.
- Souza, L. de M. E. (1997). Formas provisórias de existência: a vida cotidiana nos caminhos, nas fronteiras e nas fortificações. In L. de M. E. Souza (org.). *História da vida privada no Brasil: cotidiano e vida privada na América portuguesa*. São Paulo: Companhia das Letras.

Os índios Payaguá: guerra e comércio na fronteira oeste da América portuguesa

Nauk Maria de Jesus^{1*}

A guerra contra os índios Payaguá foi uma das questões mais problemáticas enfrentadas pelas autoridades e moradores da Vila Real do Senhor Bom Jesus do Cuiabá, na primeira metade do século XVIII. De modo geral, as guerras contra os povos indígenas foram inúmeras em Mato Grosso colonial e tiveram causas e objetivos diferentes no decorrer dos séculos.² Assim, é da guerra que envolveu os índios Payaguá e os colonos que trataremos neste capítulo. Nossa análise ficará concentrada entre os anos de 1722 e 1734, quando a Vila Real do Cuiabá (1727) pertencia à jurisdição da capitania de São Paulo. Muitas análises já foram feitas a respeito dessa guerra³ e, neste texto, procuraremos evidenciar as estratégias utilizadas nos combates e as conexões comerciais entre as Minas do Cuiabá e Assunção (no Paraguai), considerando que os Payaguá foram importantes intermediários nesse processo.

A guerra nos rios: assaltos, emboscadas e urros

A primeira notícia que os moradores da Vila Real do Cuiabá tiveram dos

^{1*} Este texto teve uma primeira versão publicada na revista *História & Reflexão* e sua revisão faz parte das atividades desenvolvidas no âmbito do projeto de pesquisa “Nas rotas do comércio” financiado pela FUNDECT (Edital Universal 2009).

² A respeito das guerras contra os índios, suas causas e objetivos em diferentes localidades ver Chambouleyron, Melo & Viana, 2012; Puntoni, 2002.

³ Moura, 1984; Magalhães, 1999; Pressotti, 2008; Ganson, 1989; Vangelista, 2001; Costa, 2003; Carvalho, 2005.

Payaguá foi em 1725, após o ataque ocorrido na barra do Xané contra as canoas comandadas por Diogo de Souza, que se dirigia para as minas cuiabanas com muitas fazendas e escravatura. Os moradores não sabiam que índios eram e o seu nome e para tanto buscaram informações com os índios domésticos que lhes disseram que eram os Payaguá. Segundo eles, eram gentios de corso, que não tinham morada certa e que viviam das águas, sustentando-se de caça pelo rio Paraguai abaixo e pantanais adjuntos (Sá, 1975: 18).

De acordo com Maria de Fátima Costa, os Payaguáem sua própria língua se autodenominavam *Euvevi* (gente do rio, gente da água, “donos do rio”), pertencente à família linguística Mbayá, oriunda do Chaco e se subdividiam em dois grupos, os Siacuá ou Siageco, que habitavam a parte sul, e os Serigué que ocupavam as terras do Alto Paraguai, os Payaguá pantaneiros. Junto com os Guasarapo e os Yaaukaniga foram dos poucos grupos chaquenos que não se adaptaram aos cavalos. Como eles dominavam um grande rio, os Guarani passaram a chamar esse rio de Payaguá y, ou seja, rio dos Payaguá. Posteriormente, os europeus transformaram Payaguá y em Paraguay e por influência dos Guarani denominaram o povo canoeiro de Payaguá, que era originalmente o nome de um cacique Euvevi (Costa, 2003: 83).

Os Payaguá eram hábeis canoeiros, senhoreavam o rio Paraguai e passavam muito tempo em suas canoas monóxilas, esculpidas a fogo no interior do tronco de uma árvore, preferencialmente o timbó. A embarcação Payaguá era leve. A canoa de tamanho médio possuía entre três e quatro metros e a grande entre sete e oito, que levava até vinte e dois índios ao remo e era destinada à guerra e ao transporte de carga. A pequena era usada nas pescarias (Costa, 2003: 82).

Eles foram descritos como ágeis e agigantados e suas habilidades náuticas impressionaram os observadores. A mais conhecida tática de guerra que utilizavam tinha as águas dos rios como arena de luta, pois eles conseguiam virar as suas canoas para baixo da água e com o fundo dela faziam uma espécie de escudo para se livrarem das balas. Rapidamente as endireitavam e partiam para o confronto, até fugirem navegando com muita velocidade (Costa, 2003: 83).

Foram registrados 18 ataques dos Payaguá contra as monções ou contra pequenos grupos de canoas sem vínculos com as expedições monçoceras no século XVIII. Em geral, as monções partiam de Porto Feliz com destino à

Vila Real do Cuiabá entre os meses de março e abril, podendo dilatar-se o prazo até fins de maio ou meados de junho, desde que não ultrapassasse o mês de julho. As viagens demoravam aproximadamente cinco meses. A razão de tal calendário estava relacionada às cheias dos rios nesse período, que tornavam a navegação menos arriscada. Esse trajeto era feito por dois roteiros fluviais: um, pelos rios Tietê, Grande, Pardo, Anhenduí, Mboteteu, Paraguai, São Lourenço e Cuiabá; outro, pelos rios Tietê, Grande, Pardo Sanguessuga, travessia por terra pelo Varadouro de Camapuã, rios Coxim, Taquari, Paraguai, São Lourenço e Cuiabá. Por qualquer um deles as chances dos viajantes se depararem com os Payaguá eram grandes. O roteiro das monções foi o único utilizado para se chegar às minas cuiabanas até 1736, quando então foi aberto o caminho de terra que ligava Cuiabá a Goiás. Aliás, as dificuldades na comunicação e a ameaça indígena foram justificativas apresentadas pelos interessados na abertura do caminho (Jesus, 2006: 155-171).

Pelo menos três dos ataques foram contra grupos de pescadores e dois contra moradores de sítios localizados às margens dos rios. Alguns dos confrontamentos partiram dos índios, que antes de serem combatidos optaram pelo ataque, como demonstração de força do grupo, da afirmação do “ethos guerreiro” e de que o lugar já estava ocupado. No assalto de 1730, segundo o relato do comerciante João Antonio Cabral Camelo que voltava para São Paulo, um rapaz falando em português, de quem voltaremos a tratar, em nome do cacique disse aos monçoeiros: “se há senhores, diz o cacique, que se querem pelejar, saiam fora desses ramos”. Sem respostas dos viajantes, continuou a exclamar que se não saíssem iriam buscá-los (Camelo, 2002: 25). Procuravam demarcar quem eram os senhores daqueles lugares no processo de conquista e expansão do território.

Em geral, os Payaguá armavam emboscadas e surgiam de sangradouros e furnas aos gritos embarcados em muitas canoas, com porretes, lanças e flechas que chegavam a medir 25 palmos de comprimento e tinham por hábito desafiar os viajantes. Na destruição da monção paulista que retornava para São Paulo em 1730, eles surgiram com urros em cinquenta canoas, sendo que em cada uma delas tinha dez a doze índios pintados e emplumados, tendo a cabeça ornada com variedade de penas. Ao final dessa batalha, liderados pelo cacique, vitoriosos, se afastaram para rio em duas linhas e desafiaram os sobreviventes que se refugiaram nas margens (Camelo, 2002: 25).

O confronto durou horas, das nove da manhã até às duas da tarde. Morreram quatrocentas pessoas, entre brancos, pretos e índios. Escaparam doze que se esconderam nas matas (Sá, 1975: 28). Os índios levaram 16 canoas, dez a onze arrobas de ouro pertencente à Fazenda régia, roupas, armas e prisioneiros para posterior resgate. Dentre os mortos estava o ouvidor Antonio Lanhas Peixoto, que foi encontrado pelos moradores da Vila Real do Cuiabásó de calções e botina na canoa.⁴

Os Payaguá, conhecidos dos padres missionários e autoridades da Província do Paraguai, atacaram as monções cuiabanas em um momento de tensão no Paraguai, que lidava com a Revolução dos Comuneros (1717-1735) e com a deposição do governador de Assunção, Diego de Los Reyes de Balmaceda (1717-1721), acusado de má administração, de usar o cargo em benefício próprio e de incentivar o ataque aos índios Payaguá, quebrando o acordo de paz feito com as nações indígenas consideradas bravias. Tal contexto deixava a população assuncenha temerosa. Posteriormente, o sucessor de Los Reyes, Martin de Barúa, retomou a política de pacificação e aliança com os Payaguá, não pela força militar (que sempre se mostrou ineficaz), mas por meio da política de liberdade de trânsito desses índios nos arredores de Assunção e do incentivo do seu comércio junto à população da cidade. Essa ação além de evitar ataques nas vilas paraguaias permitiu aos castelhanos obterem maiores informações sobre a região do Cuiabá, que ia sendo conquistada pelos colonos do lado lusitano (Magalhães, 1999: 38).

Para Magna Lima de Magalhães, ao aceitarem a aliança, os indígenas assumiam uma postura diferente da que tinha sido adotada nos séculos anteriores. Ela pode ser entendida como uma reordenação cultural, na qual os índios procuraram se beneficiar do antagonismo existente entre espanhóis e portugueses como forma de redimensionar a sua organização e manter autonomia social, econômica e política do grupo. Segundo a autora, havia uma concatenação entre a atividade de comerciantes exercida pelos Payaguá e a manutenção do *ethos* de canoeiros autônomos. Fosse por meio do comércio

⁴ Lanhas Peixoto era natural de Braga e antes de ter se dirigido para a Vila do Cuiabá tinha sido juiz de fora de Penamacor, na Vila do Alentejo (1704) e de Porto Alegre (1715), no Reino, e ouvidor em Paranaguá (1725). No *Memorial dos ministros* a informação registrada foi que tinha sido morto no sertão pelos *cafres* e que morreu solteiro. *Memorial dos Ministros*, COD 1077, p. 290 – Biblioteca Nacional de Portugal.

pacífico ou violento, eles abasteciam o grupo com alimentos necessários à complementação da dieta e adquiriam artigos importantes como os metais (prata e ferro), plumas, mantas, entre outros, que se tornaram essenciais frente ao avanço da colonização. Esses produtos, posteriormente, eram trocados com outros grupos indígenas (como os Guajarapo, Chané e os Mbayá), principalmente do Alto Paraguai e com os assuncenhos.⁵

Vale destacar que guerras punitivas contra os Payaguá com ordem do governo de Assunção também foram realizadas antes da aliança e algumas delas tiveram êxito, como a de 1623, que levou os índios a serem mais cautelosos e evitar os ataques diretos aos povoados (Costa, 2003: 88). A análise da guerra contra os índios evidencia as conflituosas relações, os intercâmbios e as alianças existentes na fronteira. Estas eram firmadas e rompidas a qualquer momento, quando os interesses em jogo eram ameaçados. Do mesmo modo, como foi dito, a presença Payaguá, as guerras punitivas e as políticas voltadas para seu controle também foram feitas do lado espanhol e os índios se aproveitaram das disputas entre as coroas ibéricas, fosse para obter produtos para seu grupo ou para garantirem a própria sobrevivência.

Do lado português, o assalto de 1730 se tornou emblemático no discurso das autoridades locais, já que os Payaguá afrontaram o rei de Portugal e os moradores que se instalavam na vila lusitana que ia se consolidando na fronteira ocidental da América portuguesa. Afronta, inclusive, expressa quando o cacique usou no pescoço o Hábito de Cristo e vestiu uma roupa do ouvidor. Os assaltos cometidos pelos Payaguá e a morte do ouvidor foram instrumentalizados pelos membros da câmara para justificarem a realização da guerra. Esta tinha como objetivo fazer cativos, garantir o povoamento do local, assegurar a comunicação com o povoado e evitar os prejuízos que a fazenda real poderia ter, já que a exploração das minas poderia ser abandonada se os “bárbaros inimigos” continuassem hostilizando os viajantes e moradores.

As armadas contra o bárbaro gentio Payaguá

Os viajantes e os moradores do Cuiabá e de São Paulo temiam encontrar com os índios e as notícias sobre os ataques circulavam entre as pessoas. Segundo o comerciante João Antonio Cabral Camelo, que sobreviveu ao ataque

⁵ Idem, p. 128.

de 1730, os homens e as mulheres que seguiam na monção destroçada, antes de passarem pela área em que ocorriam os assaltos, organizaram a frota. Ela era constituída por dezenove canoas de carga e quatro de pescaria. Eles ajustaram que era preciso toda a cautela “por respeito aos Payaguá” e decidiram que o ouvidor Antonio Lanhas Peixoto viajaria na retaguarda, com algumas canoas mais bem armadas, enquanto o comerciante iria na vanguarda com outras. No meio seguiriam as canoas que não levavam armas. Nelas estavam índios domésticos flecheiros e muitas armas, que de nada adiantaram (Came-
lo, 2002: 22).

Essa tragédia fez com que os moradores de Vila Real do Cuiabá agissem contrariando as ordens régias de que não era para ser feita guerra contra os índios. Alguns homens da vila armaram uma esquadra comandada por Thomé Ferreira de Moraes Sarmento, que partiu da vila com vinte e uma canoas e duzentos e quinze homens entre brancos, pretos e índios. Segundo o cronista José Barbosa de Sá, essa expedição foi chamada de bandeira dos emboabas, por não querer Thomé Ferreira levar paisanos e por abusar do seu valor e experiência militar adquirida na Índia. Tal experiência foi colocada em prática nas minas do Cuiabá sem sucesso pois, após quatro meses distante, gentio algum foi encontrado (Sá. 1975: 29). O ambiente e as estratégias de guerras adotadas em diferentes espacializações exigiam dos colonizadores adaptações e assimilação de técnicas de guerra e o comandante da bandeira dos emboabas parece não ter considerado justamente as especificidades da região e dos índios, hábeis canoeiros e flecheiros e exímios em fazer emboscadas (Puntoni, 2002: 191).

Além do ataque de 1730, os moradores da vila receberam notícias da presença desses índios no sítio conquistado pelos paulistas: o Arraial Velho-local denominado Carandá, situado na barra do São Lourenço com o rio Cuiabá -, o que não havia acontecido até então. Essa investida resultou na morte de sete negros e três brancos. Perante esse fato, o brigadeiro regente da vila, Antonio de Almeida, Lara convocou uma junta da câmara para discutir a questão e após divergências organizou uma nova expedição.⁶

⁶ Carta do ouvidor da Vila Real do Cuiabá José de Burgos Vila Lobos ao rei D. João V sobre a suspensão dos descobrimentos de ouro durante a guerra com o gentio Payaguá. Vila Real do Cuiabá, 30/01/1731 (anexo). Cd rom 1, doc. 202 - AHU- MT.

A expedição comandada por ele partiu em abril de 1731 com trinta canoas de guerra e quatrocentos homens, entre brancos, pretos e pardos, duas peças de artilharia, que foram deixadas pelo governador de São Paulo, Rodrigo César de Menezes, quando ali esteve, armas e apetrechos. Homens de ambos os lados pereceram no combate e a expedição retornou para a vila derrotada (Sà, 1975: 31). Em janeiro de 1732, o ex-governador da capitania de São Paulo, Rodrigo César de Menezes, enviou uma carta ao rei pedindo que ele apoiasse os paulistas e levasse em conta as despesas feitas para a guerra. Recomendou, também, que a Coroa concedesse a esses homens chumbo e pólvora sem restrições, porque dessa forma poderia obter o aumento da Fazenda Real.⁷

Nesse ano, o rei expediu ordem régia declarando guerra justa⁸ aos Payaguá e demais nações confederadas. Em maio de 1732, o Conselho Ultramarino mandou embarcar de São Paulo as armas e munições necessárias para a guerra e ordenou a criação de duas companhias na Vila de Santos. Por sua vez, o governador de São Paulo, Antonio Luis de Távora, abriu alistamento aos interessados em participar da expedição, prometendo a eles a repartição de cativos e patentes. Em um primeiro momento, o alistamento não foi bem sucedido e, em maio de 1733, o Conselho Ultramarino ordenou o ingresso forçado nas tropas de todos os clandestinos em viagem para o Rio de Janeiro (Canavarros, 1998: 229-230). Da mesma maneira, convocações foram enviadas a alguns paulistas considerados experientes nas entradas do sertão,⁹ como Mathias de Madureira Calheiros, Manoel de Moraes Navarro, Felipe Fogaça de Almeida, Baltazar de Godoy, Fernando de Almeida Leme, Bartolomeu Bueno da Silva e José Nunes (Jesus, 2006: 150).

⁷ Carta dos oficiais da câmara ao rei D. João V sobre as despesas que fez para a guerra com o gentio Payaguá e a perseguição que fazem os sertanistas aos Pareci, a quem escravizam e matam. Anexo carta de Rodrigo César de Menezes de Lisboa 08/01/1732. Cd-room 1, rolo 1, doc. 223 - AHU - MT.

⁸ Sobre as guerras justas ver Souza & Mello, 2010; Domingues, 2000: 47; Perrone-Moisés, 1992.

⁹ Os sertanistas de São Paulo, desde o final do século XVI, foram convocados por possuírem um estilo militar adaptado às condições ecológicas do sertão, pois sabiam lidar com a carência alimentar, possuíam habilidade para navegar e entrar nos matos ou caatingas. Essa particularidade dos paulistas foi destacada por Puntoni, 2004: 58.

De acordo com Silvana Godoy, alguns colonos que partiram de Araritaguaba podem ter se lançado à guerra com o intuito de legitimarem os cativos que já possuíam, bem como adquirirem novas peças. Outros a utilizaram para se livrarem de problemas, como o ituano Mateus Soares, que argumentou estar impossibilitado de participar da guerra por estar sendo cobrado por dívidas. Ele solicitou a interferência do rei no caso, pois, do contrário, ocorreria a diminuição do corpo de guerra que estava sendo preparado. O pedido foi atendido e o rei afirmou que os credores poderiam esperar, já que Mateus realizaria serviço à Sua Majestade (Godoy, 2002: 100).

No final de agosto de 1733 estava pronta a armada, comandada pelo tenente-general Manoel Rodrigues de Carvalho, de São Paulo. Em setembro ela partiu para a Vila Real do Cuiabá, onde um terceiro regimento estava sendo organizado, e lá chegou no mês de fevereiro de 1734 (Canavarrós, 1999: 229). Em agosto, seguiu a expedição com vinte e oito canoas de guerras, oitenta de bagagem e montaria, três balsas que eram casas portáteis armadas sobre canoas, oitocentos e quarenta e dois homens entre brancos, pretos e pardos, sendo três religiosos. Todos os brancos iam com alguma patente militar, enquanto os pretos, índios e mestiços eram soldados. Após um mês rodando os rios Cuiabá abajo e o Paraguai encontraram os índios e iniciaram o longo combate. Pela primeira vez os Payaguá sofreram uma derrota, o que não significou o fim das investidas desse grupo indígena (Sà, 1975: 34).

Na primeira metade do setecentos três expedições foram armadas contra os Payaguá (1730, 1731 e 1734). Os moradores da Vila Real do Cuiabá tiveram importante participação no financiamento da guerra e na conservação do domínio português e anos depois lembraram essa colaboração na solicitação de privilégios ao rei. Afinal, além da dificuldade que a Coroa teve no envio de homens para as minas, esta ainda não possuía tropas regulares, armamentos suficientes, fortalezas ou outra qualquer edificação militar. Foi com a guerra de 1734 que um número maior de homens e armas foi deslocado para a fronteira.

Na junta da câmara, em que foi aprovada a guerra contra os Payaguá, foi decidido que seria realizada a partilha dos índios presos, como de costume, e o pagamento do quinto para a Sua Majestade.¹⁰ Após a guerra de 1734, duzen-

¹⁰ Carta do ouvidor da Vila do Cuiabá ao rei D. João V. Vila do Cuiabá, 31 de março de 1731.(anexo). AHU-MT.

tos e sessenta seis índios foram presos e seiscentos foram mortos. Segundo o relato do cronista José Barbosa de Sá, os soldados apresentaram ao comandante os indígenas presos e logo os repartiu entre os cabos e principais pessoas (Sá, 1975: 35). Infelizmente, não dispomos dos livros da câmara e nem localizamos qualquer outro registro que indicasse a relação de prisioneiros, os pagamentos dos quintos e dados da partilha.

Pouco sabemos do destino dos indígenas feitos prisioneiros nas guerras ocorridas nesse período. Os homens e mulheres Payaguá presos e “partilhados”, possivelmente, tornaram-se domésticos, remeiros, guias, trabalharam na mineração e na lavoura e gradativamente foram incorporados à sociedade colonial. Em 1737, o ouvidor da vila do Cuiabá, João Gonçalves Pereira, informou ao governador da capitania de São Paulo que no local viviam Bororo, Payaguá, Pareci e Guató. Um ano depois, ele publicou um edital que versava sobre o moderamento no aprisionamento dos índios, exceto em relação aos Payaguá. Segundo ele, essa era uma prática “tão prejudicial como tirar a liberdade natural que Deus deu a estes índios e a que nestes sertões não há gentio que mereça cativeiro, mais que Payaguá e Caiapó (...) resolvi atalhar pelo modo possível este pestífero e antigo costume do cativeiro do gentio”.¹¹ Notamos nessa passagem a distinção entre os índios considerados bárbaros e os dóceis, bem como o tratamento devido a cada um deles. Em 1740, eram mais de dois mil administrados, o que correspondia a 35 % da população da Vila Real do Cuiabá e seu termo (Rosa, 1996: 34).

Com a Lei de 08 de maio de 1758, que declarava livre e isento de cativeiro todo e qualquer índio do Estado do Brasil, o governador da então capitania de Mato Grosso (1748), Antonio Rolim de Moura, ordenou ao capitão-mor da Vila Real do Cuiabá que fossem colocados em liberdade todos aqueles que tinham sido presos por meio da guerra justa “e dados por cativos, assim se conservarem ou houverem sido vendidos como tais”. Ordenava que todos os “índios e índias Payaguá” ou de outras quaisquer nação que fossem cativos, fossem apresentados ao capitão-mor e declarados na presença de algumas pessoas, “que era público e notório”, que a partir daquela data eram forros

¹¹ Carta do ouvidor João Gonçalves Pereira a S. M. dando conta de que fez publicar edital para moderar o aprisionamento de índios. Microficha 1 (1720-1737) AHU - MT (Núcleo de Documentação e Informação Regional- UFMT).

e livres de todo cativeiro. Em consequência dessa declaração, os indígenas poderiam escolher a casa ou a pessoa com quem desejasse morar “como administradores” ou se preferiam ir para a Missão de Santa Ana.¹² Fato é que caberia ao capitão-mor levá-los para o lugar que escolhessem, procurando “sinceramente” que não ficassem com aqueles que tinham sido seus senhores, exceto aqueles que demonstrassem sentimento em não se separarem deles. Isto era importante, porque do contrário, ficariam todos como estavam e não seria observada a Lei.¹³ Contraditório, já que pelo documento, o termo administrador ainda permanecia, seja por causa do costume ou porque desta forma ainda continuariam tratando os homens e mulheres indígenas como cativos.

Na visita eclesiástica realizada na vila, no ano de 1785, vários indígenas foram mencionados, dentre eles, o Payaguá Luís que vivia com sua mulher Bárbara de tal, parda, acusada de adultério. Segundo as denúncias, ela mantinha relacionamento com Joaquim Garcia, pardo, forro, solteiro. Por viverem os três em um sítio, o visitador acreditava que Luís sabia do fato e consentia.¹⁴ Essas foram as poucas informações localizadas até o momento sobre os Payaguá após a guerra. As notícias sobre eles e demais povos indígenas que moraram na Vila Real do Cuiabá e seu termo são difíceis de serem encontradas na documentação, pois esses homens e mulheres foram genericamente denominados índios ou administrados, até mesmo na segunda metade do século XVIII.

Retornando à guerra, como foi exposto, ela aconteceu principalmente nos rios e práticas recíprocas como vigilância, emboscadas, ataques corporais, quando as armas de fogo e os arcos e flechas já não mais tinham utilidade, e destruição de canoas marcaram os confrontos. A guerra nos rios exigia equilíbrio e agilidade dos homens para se manterem nas embarcações, assim como habilidade em nadar. Se de um lado tínhamos características de práticas de uma guerra indígena (emboscadas, escudos feitos com canoas, urros, etc.), de outro, tínhamos a incorporação de algumas das estratégias dos índios (gri-

¹² A missão jesuítica de Santa Ana (atual região compreendida por Chapada dos Guimarães) foi criada em 1751.

¹³ Códice C07, fl. 120 e 121v - Arquivo Público de Mato Grosso.

¹⁴ Visita das Comarcas de Cuiabá e Vila Bela da Capitania de Mato Grosso pelo Reverendo Bruno Del Pina, 1785- Arquivo da Cúria Metropolitana do Rio de Janeiro.

tos, emboscadas) por parte dos sertanistas, que ainda contavam com armas de fogo. Era a chamada “guerra brasílica” ou “guerra do Brasil”. Segundo Evaldo Cabral de Melo, ela consistia numa “percepção de uma arte ou estilo militar peculiar do Brasil e melhor adaptado às condições ecológicas e sociais” (Puntoni, 2002: 50). Com o tempo, ela teria entrado em um processo de arcaização, sendo adequada para as áreas afastadas da marinha e basicamente destinada aos “sertanistas de São Paulo e bugres e negros aquilombados dos sertões do Nordeste”. Assim, enquanto a “guerra do mato” era voltada para o interior, as regras militares científicas foram usadas para fazer frente aos estrangeiros na marinha (Puntoni, 2002: 53).

Naquela circunstância, enquanto as disputas pela Colônia de Sacramento mobilizavam as Coroas ibéricas, na fronteira oeste, o vizinho das minas cuiabanas, a Província do Paraguai, vivia tensões internas como mencionado anteriormente. Do lado português, a guerra contra índios contribuiu para que os conflitos internos existentes na Vila do Cuiabá, entre autoridades régias e locais e moradores insatisfeitos com a cobrança dos quintos, não explodissem e resultassem em distúrbios no interior da vila e seus arredores. Naquela circunstância a guerra foi considerada necessária pelos colonos porque significava garantir o processo de expansão da fronteira, a contenção dos assaltos indígenas, a continuidade do povoamento e das atividades econômicas, que poderiam contar com o trabalho do índio cativo.

Cativos e ouro: contatos entre Cuiabá e Assunção

A guerra nos rios, para além de pensar as relações fronteiriças, a organização de armadas e das estratégias de ambos os lados, permite observar como os Payaguá se tornaram importantes negociantes e intermediários entre a região do Cuiabá e Assunção, por meio da bacia platina. Nos ataques, notamos que em 45% dos casos os índios fizeram dos sobreviventes capturados prisioneiros e cativos. Nas narrativas dos assaltos nos deparamos com termos como “fizeram cativos”, “índios prisioneiros”, “outra feita escravos”, “cativos brancos e pretos”.

Os Payaguá tinham por costume o “resgate violento” e já tinham feito muitos cativos em troca de resgates. Há registros de que eles assaltavam as embarcações crioulas que vinham de Corrientes para Assunção carregadas de mercadorias. Matavam a tripulação, se os remeiro fossem Guarani, e preser-

vavam os cativos crioulos para resgate. O butim dos assaltos era destinado à troca imediata para si ou para com outros grupos indígenas (Susnik & Chase-Sardi, 1995: 132–133). Por outro lado, como analisou Susnik e Chase-Sardi, a comercialização dos produtos adquiridos nos ataques e o resgate de cativos com a população crioula evidenciam a dupla conduta destes últimos, que condenavam os ataques, mas recebiam com bom grado os comerciantes Payaguá (Susnik & Chase-Sardi, 1995: 133).

Do mesmo modo, os escravos levados das monções pelos índios contribuíram com o mercado assuncenho, pois eles poderiam ser negociados a preços mais baixos do que o vendido nas vilas do Paraguai. Conforme Josefina Plá, o preço dos cativos parece ter sido elevado e somente tiveram seu valor reduzido no começo do século XIX (Plá, 2010: 48-50). Eles estavam presentes naquela região desde o seu período de conquista, embora não tivessem tido a importância econômica como em outros lugares da América e fossem em número reduzido. Os escravos africanos destinados à venda ingressaram no Paraguai por Buenos Aires e pelo Brasil, este, segundo Ignácio Telesca, principalmente por meio do contrabando (Telesca, 2010: 338).

Assim, nas primeiras décadas do século XVIII, o “ethos” canoero dos Payaguá foi acentuado, já que embarcações crioulas e missionárias, e, principalmente, as monções que se dirigiam para a Vila Real do Cuiabá interessaram aos indígenas. Com base em relatos da época, conforme Otávio Canavarros, até 1730 os Payaguá pareciam não dar importância ao ouro, que era jogado nas águas do rio, pois, para eles, a prata é que era de grande valia (Canavarros, 1998: 226). Segundo Francismar A. L. de Carvalho, se deve a um João Pereira, português feito escravo à época do ataque de 1730, a recomendação aos índios de que não lançassem o ouro no rio, mas que o comercializassem com os castelhanos. Na medida em que os Payaguá transitavam pela zona de contato com os moradores de Assunção, aprendiam as regras dos jogos políticos e econômicos, adaptando-as conforme os seus interesses (Carvalho, 2005: 1-18).

Após o assalto de 1730, mencionado anteriormente, quatro índios embaixadores Payaguá- pantaneiros com flechas, rostos pintados e adornados com plumas trataramdas vendas da jovem senhora chamada Domingas Roiz, dos dois rapazes, das duas meninas, das quatro escravas e dos trinta escravos. A senhora, de Lisboa, estava grávida, tinha entre 18 e 20 anos, era

filha de Dom Antonio Roiz, natural de Lisboa, cheia de prendas e casada com Dom Manoel Lopes de Carvalho, nascido em Braga e morto no assalto. Feita prisioneira foi levada na canoa em que ia o cacique e nela seguiu embaixo de um “chapéu de sol”. Passados três meses, ela reapareceu em Assunção para ser vendida a preços altos.¹⁵ Ela teve as sobrancelhas, pestanas e cabeça raspadas e usava umas anáguas velhas feitas em pedaços com que “cobria suas vergonhas” (Costa, 2003: 84), o que nos leva a crer que estava de acordo com as normas de beleza feminina Payaguá, já que as mulheres tinham por costume rapar a cabeça e retirar os cílios e sobrancelhas e após sua primeira menstruação.¹⁶

Domingas Roiz foi apresentada ao público e causou compaixão da população assuncenha. Os Payaguá exigiram das autoridades o dinheiro do resgate, para em seguida entregares prisioneiros. Os dirigentes locais juntaram alguma prata, mas os índios embaixadores exigiram mais. O padre reuniu esmolas do povo e a família do escrevente e do fidalgo Dom Santiago Gallo doou uma grande quantia em prata e mais coisas que interessavam os índios para obter o montante cobrado pelo resgate. A negociação teve início em 05 de setembro de 1730, dia em que iniciava a novena de Nossa Senhora das Mercês. Ao final, os prisioneiros foram resgatados e a senhora foi acolhida na casa da família de Carlos de Los Reys Valsameda -filho do governador de Assunção-, onde ficou sob os cuidados de sua mãe.¹⁷

Quanto a outros prisioneiros brancos levados dos diversos assaltos, algumas vezes os resgates não eram pedidos. No assalto de 1727, eles levaram um menino de aproximadamente oito anos. No assalto a monção de 1730, o sobrevivente da monção, João Antonio Cabral Camelo, relatou que um jovem era intérprete do cacique, que nos referimos anteriormente, e suspeitava que ele fosse o menino que tinha sido levado pelos índios. Se assim fosse, era filho de Manuel Lobo, morto naquele assalto (Camelo, 2002: 25). Thereza Martha Pressotti questiona se eles estariam na condição de prisioneiros ou

¹⁵ Ver Camelo, 2002: 25. *Notícia quarta prática escrita em Assunção/D. Carlos de Los Reis Valmaseda e Notícia 3º prática: o infeliz sucesso que tiveram no Rio Paraguai as tropas que vinham para São Paulo no ano de 1730 apud. Pressotti, 2008: 145 e 148; Moura, 1984: 459.*

¹⁶ Os dados relativos às mulheres Payaguá em Costa, 2003: 84.

¹⁷ *Notícia 4º prática apud Pressotti, 2008: 148.*

teriam “paiaguanizado” e aderido aos costumes (Pressotti, 2008: 219). De qualquer modo, o que pretendemos problematizar é que estamos diante de pessoas feitas cativas, de prisioneiros, cujos resgates eram cobrados e daque-las que eram mantidas nos acampamentos e dentre outros préstimos, serviram como intérprete a fim de conectar os diferentes mundos da bacia platina. Ainda, que os assaltos feitos pelos índios e a posterior venda dos produtos propiciou o surgimento de uma espécie de corredor comercial entre Cuiabá e Assunção, que resultou em um lucrativo comércio para os assuncenhos em detrimento das minas cuiabanas (Magalhães, 1999: 120-123). Portanto, os Payaguá, a partir de 1730, entram em cena como elos comerciais entre a Vila Real do Cuiabá e Assunção, beneficiando odomínio espanhol e participando do contrabando de metais preciosos e demais produtos das terras lusitanas para as hispânicas. Ao mesmo tempo, as alianças por eles estabelecidas com os castelhanos garantiam-lhes a sobrevivência e reordenação sócio-cultural no processo de expansão de fronteiras.

Bibliografía

- Camelo, J. A. C. (2002). *Notícias práticas das Minas do Cuiabá*. Cuiabá: IGHMT.
- Canavarros, O. (1998). *O Poder Metropolitano Em Cuiabá E Seus Objetivos Geopolíticos No Extremo Oeste (1727-1752)*. Tese De Doutoramento Em História. São Paulo: PPGHS, Dep. De História, FFLCH, USP.
- Carvalho, F. A. L. (2005). Los “señores de los ríos” y sus alianzas políticas. AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana (042). Madrid, Julio - Agosto, pp.1-18. <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/623/62304205.pdf>.
- Chambouleyron, R., Melo, V. S. De & Viana, W. A. (2012). Tropas e guerras na Amazônia colonial (séculos XVII e XVIII). In P. Possamai (org.). *Conquistar e defender: Portugal, países baixos e Brasil. Estudos de História Militar na Idade Moderna*. São Leopoldo: Oikos.
- Costa, M. de F. (2003). Entre Xarai, Guaicuru e Payaguá: Ritos de vida no pantanal. In M. del Priore & F. Gomes (orgs.). *Os senhores dos rios. Amazônia, margens e histórias*. Rio de Janeiro: Elsevier.
- Domingues, Â. (2000). Os conceitos de guerra justa e resgate e os ameríndios do norte do Brasil. In M. B. N. da Silva. *Brasil: colonização e escravidão*.

- Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Ganson, B. (1989). The Euvevi of Paraguay: adaptive strategies and responses to colonialism, 1528-1811. *The Americas. A quarterly review of inter-american cultural history*, 45.
- Godoy, S. (2002). *Itu e Araritaguaba na rota das monções (1718-1728)*. Dissertação de mestrado em História Econômica. Campinas: UNICAMP.
- Jesus, N. M. de. (2006). *Na trama dos conflitos. A administração na fronteira oeste da América portuguesa*. Tese de doutorado em História, PPGH, UFF.
- Magalhães, M. L. de. (1999). *Payaguá: os senhores do rio Paraguai*. Dissertação de Mestrado em História. Porto Alegre: PPGH, UNISINOS.
- Moura, C. F. (1984). *Os Payaguás: "Índios anfíbios" do Rio de Paraguai*. Separata do Suplemento dos Anais Hidrográficos-tomo XLI.
- Perrone-Moisés, B. (1992). Índios livres e índios escravos: os princípios da legislação indigenista do período colonial (séculos XV a XVIII). In M. C. Cunha (org.). *História dos índios do Brasil*. São Paulo: FAPESP; Cia das Letras, Secretaria Municipal de Cultura.
- Plá, J. (2010). *La esclavitud en el Paraguay*. Asunción: Intercontinental Editora.
- Pressotti, T. M. (2008). *Na trilha das águas: índios e natureza na conquista colonial do centro da América do Sul: sertões e minas do Cuiabá e Mato Grosso, século XVIII*. Tese (Doutorado em História). Brasília: PPGH, UNB.
- Puntoni, P. (2002). *A guerra dos bárbaros. Povos indígenas e a colonização do sertão nordeste do Brasil, 1650-1720*. São Paulo: HUCITEC; Ed. USP; FAPESP.
- Puntoni, P. (2004). A arte da guerra no Brasil: tecnologia e estratégia militares na expansão da fronteira da América portuguesa (1550-1700). In C. Castro, V. Izecksohn & H. Kraay. *Nova história militar brasileira*. Rio de Janeiro: Editora FGV.
- Rosa, C. A. (1996). *A Vila Real do Senhor Bom Jesus do Cuiabá. Vida urbana em Mato Grosso no século XVIII: 1722-1808*. Tese de Doutoramento em História. São Paulo: PPGHS, FFLCH, USP.
- Sá, J. B. de. (1975). *Relação das povoações do Cuiabá e Mato Grosso de seus princípios até os presentes tempos*. Cuiabá: Editora UFMT.
- Souza & Mello, M. E. A. de (2010). A paz e a guerra: as Juntas das Missões e a ocupação do território na Amazônia colonial do século XVIII. In R.

- Chambouleyron & J. L. Peinado Alonso (orgs.). *T(r)ópicos de História. Gente, espaço e tempo na Amazônia (séculos XVII a XXI)*. Belém: PPGH, UFPA; Centro de Memória da Amazônia (UFPA).
- Susnik, B. & Chase-Sardi, M. (1995). *Los índios Del Paraguay*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Telesca, I. (2010). Afrodescendientes: esclavos y libres. In I. Telesca (org.). *Historia del Paraguay*. Asunción: Santillana.
- Vangelista, Ch. (2001). *Confini e frontiere: conflitti e alleanze inter-ethniche in América Meridionale, Séc. XVIII*. Torino: II Segnalibro.

De Yatay a Cerro-Corá¹

Consenso e dissenso na resistência militar paraguaia

Mário Maestri

Propôs-se criticamente que o destemor do soldado paraguaio quando da Guerra da Tríplice Aliança dever-se-ia a ele ser um *selvagem*, *bárbaro* e a temer o *ditador*. Em sentido contrário, defendeu-se que tal qualidade seria natural naquele soldado, devido a suas qualidades intrínsecas. Em geral, escapa aos analistas que a avaliação positiva do soldado paraguaio é contemporânea à guerra, prevalecendo anteriormente avaliações negativas daquele exército e soldado. O artigo discute as razões do compromisso do soldado paraguaio com o esforço defensivo do território nacional.

Após a conclusão da guerra da Tríplice Aliança, foi amplo o consenso sobre o destemor do soldado paraguaio em relação às forças militares do Império do Brasil, da Argentina mitrista e do Uruguai florista. Uma realidade realçada pela forte inferioridade numérica e material paraguaia, sobretudo na fase defensiva da guerra. As explicações aliancistas sobre aquele fenômeno foram em geral ideológicas e apologéticas, destacando-se entre elas a afirmativa de que o soldado paraguaio lutava bem por ser *fanático*, *selvagem* e *embrutecido* e, por isso, não ter amor à vida, ou por temer mais ao *mariscal* do que ao inimigo (Schneider, 2009: 257 y 273).

Em sentido contrário, ao explicar-se positivamente aquele fenômeno,

¹ Comunicação às *Segundas Jornadas Internacionales de Historia - “Batalla de Yatay”-Paso de Los Libres*, 19 - 21 de abril de 2013.

propôs-se em forma habitual que a valentia e a decisão em combate do soldado paraguaio seriam atributos naturais, próprios a todos os momentos e a quaisquer situações. Foi habitual super-valoração de corte racista daquele combatente, apresentado como oriundo de uma espécie de super-raça, em algum aspecto superior a todas as demais das Américas e do mundo.

Em sua célebre conferência, pronunciada em Asunción, em 29 de janeiro de 1903, “Causas del heroísmo paraguayo”, Manuel Dominguez (1868-1935) propôs que a bravura do soldado lopista devia-se a ser ele “superior al enemigo”, na inteligência, na estatura, na decisão, etc. O paraguaio constituiria uma “raza superior”, surgida em um país que contara com o melhor solo, clima, educação militar e escolar, etc. Um país “colonizado por la más alta nobleza de España, por la mejor gente, del mejor tiempo” (Dominguez, 1946: 18 et seq.). Em *El Paraguay: sus grandes y sus glorias*, de 1946, livro que reuniu artigos jornalísticos de 1919, o político e historiador paraguaio afirmava: “(...) El Paraguay es superior a los demás países americanos y, em muchos aspectos, superior a todas lás naciones del mundo” (Dominguez, SD: 44).

Escapa comumente aos analistas que a valoração positiva do soldado paraguaio foi contemporânea e posterior à Guerra Grande [1865-1870], havendo anteriormente geral subestimação da qualidade dos exércitos, dos oficiais e dos soldados daquela nacionalidade. Apesar do sucesso lopista na expedição ao Mato Grosso, motivado sobretudo pelo escasso desempenho das tropas imperiais, aquelas forças armadas não despertavam grandes receios aos aliados. Até certo ponto, essa apreciação apoiava-se em avaliação objetiva da situação material das tropas paraguaias; da sua quase nula experiência; do escasso sucesso que obtivera nas raras campanhas em que interviera antes de 1865.

O Paraguai Vai à Guerra

Após os combates da independência, em 1811, quando contaram com forte superioridade numérica contra as forças portenhais invasoras, os exércitos paraguaios raramente ultrapassaram as fronteiras nacionais. E, sobretudo, fracassaram nas raras vezes em que o fizeram, principalmente devido à escassa combatividade. Sob o francismo [1813-1840], o exército paraguaio tivera pouco sucesso nos confrontos poucos ambiciosos contra a província de Corrientes pelo domínio das *Misiones Ocidentales*.

Em 1828, José Gaspar de Francia [1776-1840] comentava expedição na-

val, de quatro navios e quase trinta canhões, enviada anos antes para “tirotear a Corrientes”. Relatava que encerrara a expedição, “antes que” o oficial comandante, o capitão Rolón, lhe perdesse “los buques y las armas que tanto” lhe “habían costado”.² Foram também infelizes as iniciativas terrestres contra aquela província, na disputa pelas *Misiones Ocidentales*, ricas em ervaise imprescindíveis ao Paraguai para manter os contatos e o comércio com o exterior (Chaves, 1985: 416 et seq.).

Em inícios de 1832, França enviou patrulhas militares à região entre os rios Aguapey e Uruguai, tendo feito a seguir o mesmo o governador de Corrientes, que alcançou a ocupar Candelária, desertada sem resistência pela guarnição paraguaia, de 150 soldados, mais urbanos e recrutas. Indignado, França recriminou duramente o comandante da fronteira: “(...) te hás apocado, sobre cogido de un vano temor, y con ser comandante de frontera, hás hecho abandonar la frontera sin motivo ni necesidad (...) eres bisoño sin los conocimientos precisos para conducir semejante empresa. (...) Aún para mero oficial de una compañía de caballería todavía no sabes”.³

Vendo rejeitado seu protesto junto ao ditador, em outubro de 1832, o governador de Corrientes declarou guerra ao Paraguai, por tentar conquistar aquelas regiões. O doutor França mandou suas tropas recuarem, deixando o território em disputa em mãos correntinas e pontificou novamente em forma muito dura sobre seus combatentes: “(...) lejos de indignarse o incomodarse a vista de tantos insultos aún dentro del territorio del Paraguay, se ponen bienamente con mucha simplicidad y casi humildemente a conversar pacíficamente” com os correntinos invasores.⁴

França seguiu mandando pequenas partidas ao rio Aguapey e preparou emboscada aos correntinos, composta de infantes, cavalaria e artilharia. A surpresa falhou totalmente: os canhonaços erraram o alvo e os correntinos escafederam-se sem baixas. Outra vez, França espinafrou suas tropas: “(...)

² França al Delegado de Itapúa, 12 de junho de 1828, Archivo Nacional de Asunción (ANA); Vol. 78, Inédito. Chaves, 1985: 364.

³ França al Delegado de Itapúa, 8 de setembro de 1832, ANA, vol 2. Chaves, 1985: 420.

⁴ França al Delegado de Itapúa, 12 de junho de 1833, Sección Historia, V. 241, n. 12. Original, Francia, 1831-1840. Edición comentada, aumentada y corrigida de la Colección Doroteo Bareiro del Archivo Nacional de Asunción. Asuncion: Tiempo de História, 2009. Vol. 3, p.1290.

sois inhábiles y apocados y no tenéis talento para la guerra, ni entendéis de guerra ni valéis para la guerra". Em novembro de 1833, tendo outra surpresa fracassado, o ditador perpétuo procedeu a igual desqualificação: "(...) lo que se ha visto llegado el caso es que diez paraguayos no han bastado para uno solo de ellos (...) Decir a las Compañías que no esperaba yo esa flojedad de los Paraguayos" (Chaves, 1985: 422).⁵

Carlos Antonio López Bom de Briga

No período lopista, as raras experiências militares no exterior foram igualmente desastradas. Em fins de 1845, contando com o incentivo do Império do Brasil, o governo paraguaio aliou-se ao governador de Corrientes, Joaquin Madariaga [1799-1848], e ao general argentino unitário José Maria Paz [1791-1854], contra Juan Manuel Rosas [1793-1877] e a Confederação Argentina. Em dezembro daquele ano, Carlos Antonio López [1790-1862] enviou uma coluna expedicionária de cinco mil homens, dirigida pelo jovem coronel-major Francisco Solano López [1827-1870], então com dezenove anos.

Em 28 de fevereiro de 1846, três esquadrões da vanguarda paraguaia estacionados em Payubré rebelaram-se sob a direção de alguns suboficiais, exigindo o retorno a Asunción e a convocação de um "Congreso", para que a nação se pronunciasse sobre a participação na guerra. As tropas rebelavam-se, negavam-se a combater e questionavam as boas razões da intervenção no exterior.

Quando os rebeldes apresentaram-se armados para impor suas exigências, foram desarmados por Solano López que, após juízo sumário, mandou executar os quatro principais líderes, diante das tropas formadas. A seguir, os esquadrões rebelados foram dissolvidos. A sublevação certamente influenciou na suspensão da campanha, já em maio de 1846, com a aliança mergulhada na confusão, e no retraimento posterior de Carlos Antonio López quanto a intervenções nas disputas do Prata (Chaves, 1955: 108 - et seq.).⁶

Durante a campanha, em carta ao governador de Corrientes, o experiente general Paz criticara a qualidade dos soldados e oficiais paraguaios.

⁵ Francia, oficio al Delegado de Itapúa [...]. Asunción, 21 de novembro de 1833, Vol. 2; Sección Historia, V. 242, n. 7. Original, Francia, 1831-1840. Edición comentada, aumentada y corrigida de la Colección Doroteo Bareiro del Archivo Nacional de Asunción. Asuncion: Tiempo de Historia, 2009. Vol. 3, p.1.363.

⁶ *El Paraguayo Independiente: independencia ó muerte*. Asunción: El Foro, 1985.

“Además le repito que a este ejército aliado [el paraguayo] le falta mucho para merecer este nombre (...) Vuelvo a decir que nuestro aliados no son más que una masa informe con que no se puede por el momento contar”. Após a dissolução da aliança, obrigado a refugiar-se no Paraguai, Paz teve que desdizer suas opiniões, quando da publicação daquelas confidências pelo governador de Corrientes, para comprometê-lo (Chaves, 1955: 112).

Em suas *Memorias postumas*, o general Paz referiu-se longamente aos “ningunos conocimientos militares” de Solano López, à falta de oficiais com formação no exército e à baixa qualidade da cavalaria e infantaria paraguaias. “(...) la caballería paraguaya fue en toda la campaña de poquíssima utilidad (...) una infantería tan bisoña, que no sabía disparar, ni cargar sus armas (...)” (Paz, 1952: 306 - et seq.).

Em junho de 1849, Carlos Antonio determinou que tropas paraguaias ocupassem povoações na margem esquerda do rio Paraná, procurando reafirmar a soberania sobre as *Misiones Ocidentales*. Certamente recordando a fracassada expedição de 1846, proclamou às tropas, antes de enviá-las para aqueles territórios: “No vais invadir um território ajeno; no vais a llevar la guerra a ningún estado vecino; vais a sostener el buen derecho de vuestra patria (...). Ou seja, segundo ele, tratava-se de guerra travada em território nacional!

A arenga do presidente mostrou-se inócuia. Primeiro sobre as ordens do coronel, engenheiro e cartógrafo húngaro Franz Wisner de Morgenstern [1804-1878], a seguir sob o comando de Francisco Solano López, apesar de bem armadas e apetrechadas, as tropas paraguaias mostraram baixa eficiência diante dos fracos exércitos correntinos. Dois comandantes, Meza e Acosta, foram fuzilados, devido à deserção diante do inimigo. Após o retorno da expedição ao país, não houve outra intervenção no exterior, durante a administração de Carlos Antonio, encerrada em 1862 (Chaves, 1955: 138).

Exércitos Pouco Confiáveis

As duas operações ao exterior registram igualmente a improcedência das propostas posteriores de Carlos Antonio como presidente timorato e pacifista, em oposição ao seu filho, impulsivo e belicista. Carlos Antonio era bom de briga, mesmo que seus exércitos não o fossem! Desmentem igualmente as afirmações sobre o medo de Francisco Solano López de enfrentar e comandar pessoalmente combates no exterior.

No retraimento sucessivo de Carlos Antonio quanto a intervenções no exterior, pesariam as fracassadas expedições de 1846 e 1849. Arriscamos a avançar a suposição de que ele passou a desconfiar da capacidade bélica de seus exércitos. Em 1854-5, quando da poderosa expedição naval do Império do Brasil a Asunción, para impor pelas armas tratado de fronteiras e a livre navegação no rio Paraguai, as proclamações que o presidente lançou ao país e às suas tropas antecipavam um eventual combate e o provável fracasso paraguaio no confronto.

Em 21 de fevereiro de 1855, Carlos Antonio anuncia à população a disposição do governo de fazer, segundo o historiador e ideólogo paraguaio Juan Emiliano O’Leary, “toda concesión compatible con el decoro de la República y sus intereses” para impedir a guerra com o Império do Brasil e propunha que, no dia anterior, talvez já ocorreria combate da esquadra “con nuestra batería de Humaitá”. Destaque-se que foi precisamente nessa conjuntura que se iniciou apressadamente a constituição das defesas naquele ponto do rio Paraguai, sem ter havido o proposto apoio anterior do Império àquela iniciativa (Benites, 1929: 57; Versen, 1976: 103; O’Leary, 1970: 62).

Prevendo um possível insucesso, o presidente paraguaio afirmava que, fosse qual fosse “La suerte de las armas”, ficariam desde já “a salvo el honor del país y sus intereses”. No mesmo dia, proclamação ao exército concluía-se com igual proposta precaucional, raiando ao derrotismo: “*Soldados: sea cual fuere la suerte que la Providencia nos depare, nuestra resistencia será una protesta eterna contra la injusticia del Brasil y una gloria inmarcesible, aunque seamos desgraciados*” (O’Leary, 1970: 62).

Ao contrário do temido pelo presidente Carlos Antonio, não houve combates e as negociações se concluíram em favor do Paraguai, sob a direção de Francisco Solano López, que na sua vida daria indiscutivelmente provas de ser mais hábil diplomata do que estrategista militar (Teixeira, 2012: 112 et seq).

O Paraguai e o Prata

As duas desastradas operações no exterior, em 1846 e 1849, constituíram uma reorientação radical da política *francista* de não intervenção no Prata. Durante o seu longo governo, de 1813 a 1840, José Gaspar de Francia sempre privilegiara política defensiva, no interior das fronteiras nacionais, negando até mesmo apoio à luta federalista de José Artigas [1764-1850], com quem

tinha comunhão geral de ideias. O retraimento da política exterior não fora idiossincrasia pessoal do ditador. Ele expressara a luta intransigente pela independência; a oposição da população camponesa às operações militares no exterior; o desinteresse desta última com o contexto platino.

No período colonial, devido à sua pobreza, a província do Paraguai jamais tivera exército profissional, apesar de ter de enfrentar a ameaça expansionista luso-brasileiro. Os homens livres da província prestavam serviço militar periodicamente, suportando sem paga os gastos com a alimentação, deslocamento, cavalos, roupas, etc. Um serviço que, podendo prolongar-se por meses, pesava na economia dos chacareros, que dispunham essencialmente da força de trabalho familiar (Schupp, 1997: 44).

Já em 1811, para enfrentar a expedição portenha, mobilizaram-se mais de dez mil homens, a “costa de ellos mismos y con total abandono de sus particulares ocupaciones y atenciones”, pois “nunca se lês efectuó a paga”, já que, após os combates, eles foram despachados pelo governador espanhol Bernardo de Valasco y Huidobro [c.1765-c.1822], sem retribuição pelos oito meses de serviço militar. Durante a mobilização, “ganados, caballadas y carroajes, todo se tomaba y se quitaba por fuerza o de grado, y todo se consumía o se perdía sin paga, sin compensación y sin arbitrio”, como a Junta governativa paraguaia reconheceu, em ofício de 26 de setembro de 1811 (Garay, 1975: 176; White, 1989: 42).

A ojeriza da população plebeia rural aos conflitos exteriores refletia também seu desinteresse quanto ao comércio do Prata. A exportação era fundamental aos segmentos sociais proprietários ligados à produção, sobretudo da erva mate, fumo e couros. O mesmo não ocorria com os chacareros, que praticavam economia de subsistência produzindo escasso excedente, escoado local e regionalmente. A produção doméstica, artesanal e pequeno-mercantil tinha também contradições com o grande comércio platino, que introduzia no país a menor preço os produtos por ela produzidos.

A organização pelo francismo de exército profissional, que consumia a maior parte dos magros ingressos do país e da produção das estâncias públicas, e o retraimento em relação às disputas do Prata satisfizeram reivindicação tradicional das classes plebeias rurais. Desde então, elas ficaram isentas do serviço militar e da convocação para operações militares no exterior, o que fortaleceu o dinamismo que conheceram sob o período francista (Silva, 1978: 183 et seq).

A partir de 1842, a ordem lopista expressou a retomada da produção mercantil, com forte aceleração em 1852, após a derrota de Juan Manuel de Rosas em Monte Caseros e a liberação do comércio internacional do país. O novo dinamismo dos interesses mercantis e exportadores tornava imperiosa a manutenção da ligação ao mercado mundial. A consolidação dos proprietários e comerciantes exportadores ensejou a perda de influência no governo e no Estado da pequena propriedade rural e da produção doméstica, artesanal e pequeno-manufatureira, sustentáculos do francismo.

Em 1962, em sua pioneira interpretação sintética da formação social paraguai, Oscar Creydt assinalou que os “intereses de los comerciantes exportadores y de los estancieros” passaram a ter maior influência, sob o governo de Carlos Antonio, do que no período francista (Creydt, 2007: 98). Mesmo favorecendo a grande propriedade, o lopismo jamais empreendeu uma expropriação substancial dos chacareros, apesar de sua política apontar tendencialmente em tal direção. Nesse sentido, em 7 de outubro de 1848, Carlos Antonio dissolveu e confiscou as terras e os gados das *aldeias de índios* (Pastore, 2008: 93).

Uma Guerra Breve

Havia certeza entre o alto comando do Império do Brasil, da Argentina mitrista e do Uruguai florista que a derrota das tropas paraguaias exigiria es- casso tempo e recursos. A percepção da fácil vitória sobre o Paraguai foi celebrizada por Bartolomé Mitre [1821-1906], em seu célebre discurso, quando do ingresso da Argentina no conflito, tido em geral como mera bravata: “(...) *em três dias en los cuarteles, em tres semanas en el campo de batalla y em tres meses en Asunción*”.

No Brasil, foi muito forte o movimento de arrolamento de voluntários para defender os *briose as honras* do Império violado em suas fronteiras, sobretudo entre os segmentos ditos superiores da população, apoiado na certeza de uma guerra breve contra o frágil Paraguai. Em 14 de setembro de 1866, em viagem ao frente de batalha, o engenheiro militar Benjamin Constant [1836-1891] registrou seu temor de a guerra concluir-se antes que chegasse, limitando-se ele a “atacar foguetes após o fim da festa” (Lemos, 1999: 34; Maestri, 2013: 95-106). A visão aliancista de uma guerra rápida, verdadeiramente “insignificante”, fora corroborada pelos combates de Yatay, em Paso

de los Libres, e na rendição de Uruguaiana, sem combate, em agosto e setembro de 1865, etc. (Palleja, 1960: 101).

Em 17 de agosto de 1865, no arroio Yatay, nas proximidades da vila de Paso de los Libres (Restauración), travou-se a primeira e única grande batalha da campanha expedicionária paraguaia. Comandadas por Venancio Flores, as tropas, com mais de oito mil homens -2.440 orientais; 4.500 argentinos; 1.450 imperiais-, postaram-se diante dos pouco mais de três mil infantes e cavaleiros paraguaios. Os aliancistas dispunham de 32 peças de artilharia, os paraguaios, nenhuma!

Em Ombucito, nas proximidades de Paso de Los Libres, no comando das tropas lopistas, o major Pedro Duarte tentou servir-se do terreno irregular e alagado pelas chuvas incessantes para se proteger de ataque frontal da infantaria e cavalaria inimiga. Dispôs linha dispersa de atiradores e, após ela, colocou o grosso dos infantes e da cavalaria por detrás de pequena elevação, diante do arroio Yatay, o que impedia retirada e expunha seu flanco direito. Imperfeitas trincheiras foram construídas para a defesa dos atiradores.

Os combates iniciaram-se às dez horas da manhã, com precipitado assalto às trincheiras paraguaias pelos batalhões de infantaria orientais -*Florida, Vinte Quatro de Abril, Voluntarios Garibaldinos, Libertad*-, em uniforme de parada, comandados por León de Palleja (1816-1866), militar espanhol ao serviço de Venancio Flores, autor de valioso diário da campanha, interrompido quando de sua morte em combate. Os batalhões argentinos e brasileiros eram comandados pelo general Wenceslao Paunero [1805-1871], nascido na Banda Oriental.

Um Coronel Apressado

Conta a tradição que Palleja precipitou-se no ataque, sem esperar o trabalho da artilharia aliancista, pois acharia pouco ético servir-se daquela arma não disposta os adversários da mesma! É mais crível que, postada na encosta posterior de elevação do terreno, o grosso das tropas paraguaias estivesse protegido dos tiros diretos da artilharia, até que ela pudesse ser avançada. A linha dos atiradores paraguaios foi rapidamente liquidada, permitindo o confronto direto entre os batalhões, após poucas descargas de rifle, seguidas de ataque à baioneta.

Comandada pelo major Duarte, uma primeira carga da cavalaria para-

guaia sobre a cavalaria inimiga e infante impactou os atacantes. Entretanto, a força da superioridade do número e a terrível metralha dos canhões aliancistas impuseram-se inexoravelmente. Após a entrada em força dos batalhões atacantes, o combate se encerraria, por voltas das 13 horas e 30 minutos.

Segundo o oficial-historiador argentino José Ignacio Garmendia [1841-1925], após o fim dos combates, por mais uma hora, houve massacre impiedoso dos soldados lopistas, em pequenos grupos ou individualmente, já incapazes de resistir, até que o “brazo cansado no podia ya dar muerte o no encontra[ba] a quien darla”.

Irremediavelmente derrotado, o major Duarte aceitou o oferecimento do general Paunero de rendição. A desproporção entre as mortes aliancistas e paraguaias, assim como entre os soldados lopistas feridos/prisioneiros e os mortos, não deixam dúvida sobre o sentido de confronto que Garmendia propunha ter sido mais uma “carnicería” do que uma “batalla” (Garmendia, 2012: 175). Em 24 de dezembro, o *Evening Star*, de Londres, noticiava sobre a sorte dos paraguaios, após o confronto em Yatay: “*Mil cuatrocientos* paraguayos yacían allí sin haber recibido sepultura: los más de ellos tenían lás *manos atadas* y la *cabeza destroncada*” (Centurión, 1987: 126). Francisco Solano López determinara a degola dos prisioneiros de guerra no Rio Grande do Sul, até porque não havia como mantê-los detidos, a centenas de quilômetros da retaguarda paraguai. Em 5 de agosto, os soldados imperiais presos quando da ocupação de Uruguaiana foram degolados em uma coxilha próxima à vila (Gay, 1980: 116).

Apenas uma centena de paraguaios teria alcançado a atravessar o rio Uruguai e juntar-se ao grosso das tropas lopistas em Uruguaiana. Um mil e quinhentos lopistas foram aprisionados e talvez 1.700 morreram em combate e, sobretudo, após o confronto, degolados, fuzilados, etc., como proposto. As tropas aliancistas tiveram menos de noventa mortos! Apenas a intervenção do general Paunero teria salvado o major Duarte da morte, em mãos de Venancio Flores (Centurión, 1987: 175; Schneider, 2009: 284).

Os talvez duzentos orientais *blancos* foram fuzilados como traidores, por ordem de Venancio Flores, que integrara como oficial as tropas portenhitas. Foram passados pelas armas igualmente os combatentes correntinos federalistas, como anotou, justificando a execução, o coronel León de Palleja: “Aquí tenían también un contingente de correntinos auxiliares, que todos han perecido como traidores [sic]” (Palleja, 1960: 86).

As Razões de Duarte

Especialistas discutem a razão do major Pedro Duarte em aceitar combate em que a dissimetria numérica e a falta de artilharia paraguaia determinavam inexoravelmente o resultado. Questionam também haver colocado as tropas *antes*, e não *após*, o arroio Yatay, o que impedia qualquer retirada. Discute-se a razão de não ter juntado sua coluna ao grosso da tropa expedicionária, em Uruguaiana, com a aproximação e convergência dos batalhões de Venancio Flores e do general Wenceslao Paunero.

O major Pedro Duarte realizara a mobilização e o treinamento das tropas que conformaram a expedição ao Rio Grande do Sul. Entretanto, o comando maior da coluna expedicionária foi entregue ao tenente-coronel Antonio de la Cruz Estigarribia. Tido como militar profissional e disciplinado, Duarte obedeceu sempre à ordem precisa de Solano López de não acampar nas aglomerações urbanas conquistadas, para não ser sitiado pelas tropas antagônicas. Instrução desobedecida por Estigarribia, em 5 de agosto de 1865.

Muitas opções de Duarte foram determinadas por Solano López e, sobretudo, por Estigarribia, seu superior imediato. Ao declarar não ter condições de enfrentar sem reforços os aliancistas, e colocar à disposição de Estigarribia canoas para enviá-los, o major Duarte recebeu como resposta a ameaça de substituição por covardia. Estigarribia teria mandado dizer: “Dígale al mayor Duarte que si está con el ánimo caído venga a hacerse cargo de la fuerza de la Uruguiana que yo iré a librar la batalla (...)” (Garmendia, 2012: 173; Schneider, 2009: 282). Os fatos sucessivos mostrariam a nula disposição de luta de Estigarribia.

A decisão e a responsabilidade pelo combate desigual não couberam ao major Pedro Duarte, mas ao tenente-coronel Estigarribia. Apesar do vaporzinho imperial que policiava aquele trecho do rio Uruguai, antes e durante o combate, havia condições para transferir as tropas para a outra margem ou para que de lá chegassem reforços ou alguma artilharia, o que jamais aconteceu. Pedro Duarte e seus homens foram mandados ao combate e literalmente abandonados pelo tenente-coronel Estigarribia. Sobre as razões de tal procedimento, podemos apenas conjutar.

Estigarribia era membro de tradicional família paraguaia -seu avô fora o médico pessoal e confidente do doutor José Gaspar de Francia e participara

das articulações políticas após a morte do ditador perpétuo (Pineda, 2009: 34; Garay, 1929: 183). Em 1854 e 1859, o tenente-coronel acompanhara Francisco Solano López, respectivamente, na intermediação entre Urquiza e Mitre e na viagem à Europa, contando com a amizade e a proteção do *mariscal*.

Estigarribia Não Quer Briga

Dois dias após a derrota de Yatay, Estigarribia abandonou Uruguiana com suas tropas, encenando tentativa de rompimento do cerco. Entretanto, ao “invés dos outros chefes paraguaios, que [mais tarde] não hesitaram em suas resoluções nem se deixavam sofrer por consideração alguma, não aceitou (...) o combate”. Estigarribia retornou prontamente a Uruguiana, logo que lhe tentaram barrar o avanço, como era previsível. Após aquele movimento, ele noticiou não ter condições de avançar sem reforços (Schneider, 2009: 294; Souza, s/d: 5).

Tratara-se de mais uma decisão militar surpreendente, já que Estigarribia deixara suas defesas, expondo-se a que a vila fosse ocupada pelo inimigo, para retornar a Uruguiana, após poucos quilômetros de marcha, quando as ainda limitadas forças aliancistas fizeram-lhe frente. Esperava o tenente-coronel que lhe dessem passo livre para retornar ao Paraguai? A tentativa tratou-se de movimento realizado apenas por pressão de oficiais e soldados? Ele teria podido se comportar dessa maneira, com o major Pedro Duarte como seu segundo? Não sabemos.

Os historiadores e comentaristas do cerco de Uruguiana têm destacado as respostas aceradas de Estigarribia às propostas de rendição enviadas logo após a derrota de Yatay. Quase certamente elas foram da autoria do capelão-mor da expedição, igualmente secretário de Estigarribia, o padre franciscano Santiago Esteban Duarte López, já que o tenente-coronel se expressaria verbalmente com dificuldade em espanhol e, certamente, não escreveria com correção naquela língua. Em 6 de setembro, León de Palleja registrava em seu diário ter reconhecido a letra do padre Duarte López na resposta de Estigarribia à proposta de rendição (Garmendia, 2012: 194; Palleja, 1960: 115; Thompson, 1968: 97). Um dos irmãos Salvañach foi igualmente tido como responsável pela redação dos “órfícos que Estigarribia assinava” (Souza, s/d: 22).

Aquele sacerdote era um intransigente lopista, reconhecido como tal pelo alto comando aliancista, que lhe pressionava pela rendição, pessoalmente, no

mínimo, desde 20 de agosto.⁷ Mais tarde, o padre Duarte López se oportaria à entrega de Uruguaiana sem luta. Na época, segundo o cônego franco-brasileiro João Pedro Gay, que noticiou praticamente em direta a invasão do Rio Grande pelos paraguaios, ele teria uns “trinta e tantos anos”, seria “branco, de estatura regular, grosso de corpo, alegre, pouco conversador e mui vivaz”. Após a rendição, o padre Gay protagonizou cena constrangedora, ao investir contra o frade paraguaio, injuriando-o e ameaçando-o com rebenque na mão, diante do Imperador.⁸

Um Arremedo de Exército

Momentos antes da rendição de Uruguaiana, León de Palleja propunha, reafirmando seu pouco apreço à capacidade militar das tropas inimigas, nascido sobretudo do combate de Yatay: “Puede ser que me engañe, pero le damos más importancia que la que merce a este enemigo estúpido, que tanto trabajo le cuesta moverse y emprender operaciones estratégicas, que están en práctica entre los soldados más ignorantes”.

Após aquela batalha, o coronel espanhol avaliara duramente o exército e o soldado paraguaio. “El ejército paraguayo es estúpido y animal; soldado que resiste bien, pero que no ataca. En las fisionomías se ve pintada la indolencia y estupidez que los caracteriza; están sucios y desnudos casi de medio cuerpo abajo. Apestan sus personas como los indios pampas” (Palleja, 1960: 141, 85).

A avaliação negativa e preconceituosa registrava certamente o ânimo e a situação dos combatentes paraguaios, após longa marcha, em terreno inóspito, sob frio terrível e chuvas incessantes, vestidos com os chiripás próprios ao clima quente, sem disporem de barracas, mal alimentados e mal abastecidos. Mais tarde, já no Paraguai, o coronel espanhol reconsiderou sua apreciação, reconhecendo a destemperada idade e a capacidade de iniciativa dos soldados paraguaios que morreriam combatendo em defesa de sua terra. Ele próprio seria vítima da encanzinada defesa paraguaia, falecendo, em 18 de julho de 1866, quando da batalha do Boqueirão do Sauce.

⁷ Carta do barão de Jacuí, ao padre capelão do exército invasor, 20 de agosto de 1865. Em Estigarribia, 1965: 190.

⁸ Ver Eu, 1981: 100; Maestri, 2012; Maestri, 2013: 41-167.

Tamanha era a inclemência de inverno que, nos dias seguintes ao combate de Yatay, León de Palleja anotaria soldados orientais, cavalose bois mortos de frio e semi-inanição, apesar das condições de abastecimento relativamente superiores das tropas do Uruguai em relação às do Paraguai! (Palleja, 1960: 101). Vinte anos após os sucessos, o então tenente-coronel Augusto Fausto de Souza relatava as duras condições suportadas pelas tropas aliadas: “A estação invernosa, irregularíssima, nos dava depois de manhãs de sol abrasador, tardes tempestuosas seguidas de forte chuva e noites frigidíssimas, tornadas mais cruéis pelo terrível minuano que enregelava os corpos, a ponto de pôr em risco a vida das desabrigadas sentinelas (...)” (Souza, s/d: 8).

Na madrugada de 19 de agosto, dois dias após a derrota de Yatay, como vimos, os paraguaios tentaram saída, retornando a Uruguiana para não dar combate. No dia seguinte, Estigarribia *respondeu* em forma marcial o pedido de rendição, recebido na véspera. No mesmo dia, as tropas de Venancio Flores/Paunero começaram a cruzar o Uruguai para reunir-se ao cerco, tendo o transbordo sido completado talvez apenas em inícios de setembro. Em 31 de agosto, ao meio dia, aportou diante de Uruguiana a esquadrilha comandada por Tamandaré, composta de quatro vapores, lanchões e talvez dois mil praças de pé. Então, mais de 17 mil soldados cercavam Uruguiana. Os paraguaios seriam uns seis mil homens (Gay, 1980: 123).

Sem encetar qualquer confronto com as tropas aliadas, Estigarribia enviou, em 21 de agosto, mensageiros para pedir ajuda a Wencelao Robles, já destituído e preso, para romper o cerco. A prisão dos mesmos foi prontamente comunicada ao oficial maior paraguaio, a fim de contribuir para sua desmoralização. Em 30 de agosto, o coronel León de Palleja escrevia em seu diário: “El enemigo permanece inerte, nada intenta, nada emprende; solo se ocupa en despejar sus frentes e incendiar casas” (Fragoso, 1957: 221; Palleja, 1960: 105).

Com a derrota de Yatay e o cerco insuperável, sem o apoio de forças que se desconfiava que não chegariam, as tropas paraguaias começaram a conhecer deserções crescentes, apesar da distância em que se encontravam da terra natal, sendo que alguns dos *pasados* foram alistados, por bem ou por mal, nas forças orientais floristas e argentinas mitristas.

Se até o dia 28 de agosto, segundo Palleja, nenhum paraguaio se apresentara às tropas orientais, que há muito conheciam deserções, dois dias de-

pois, um oficial e cinqüenta soldados paraguaios renderam-se às mesmas, afirmando que se começava a viver penúria na vila, onde se matariam cavalos para alimentar-se. Ao contrário do que os desertores propunham - e retido comumente pela historiografia-, quando da rendição, as tropas encerradas em Uruguaiana dispunham ainda de quatrocentos equinos, alguns bois, açúcar e bebida, ou seja, alimentação para além de duas semanas, ainda que escassa (Palleja, 1960: 103, 140).

Confraternizando com o Inimigo

Desde 20 de agosto, Juan Pedro Salvañach e Thomas Zipitría, oficiais orientais nas tropas paraguaias, cortejavam com o inimigo. No dia 24, autorizado por Estigarribia, Salvañach aceitava encontro com o barão do Jacuí, com o qual passaria, a seguir, adiscutir, praticamente “todos los días”, sobre eventual rendição. Em inícios de setembro, o próprio Estigarribia escrevera a Mitre propondo estar disposto a “evitar derramamento de sangue” e que não aceitara a rendição devido às propostas “*indecorasas*” que lhe haviam sido feitas (Palleja, 1960: 105; Estigarribia, 1965: 189).

Em 5 de setembro, o oficial legionário paraguaio Juan Francisco Decoud, segundo chefe da Legião Paraguaia, escreveu ao seu “patrício” e velho amigo, o tenente-coronel Estigarribia, pedindo-lhe reunião, se possível, em “companhia do presbítero Duarte”. Sem resposta, Decoud escreve novamente longa carta, ameaçando agora o “prezado amigo e patrício”: “A Tríplice Aliança e nós, os paraguaios livres, também lhe pediremos conta exata do destino muito medonho de tantos irmãos que perecerão se V. se obstinar em seus propósitos”.

Na missiva, Decoud sugeria a possibilidade de Estigarribia conhecer nas mãos de Solano López a sorte do general Robles -“preso e, segundo de diz, fuzilado vilmente em Humaitá”-, já que, “pelo simples fato de ter dado ouvidos a propostas honrosas”, como as que recebia e respondia, seria tratado como traidor. Decoud imprecava igualmente contra o presbítero Duarte, definido como “funesto conselheiro”, a quem também ameaçava, procurando estabelecer a divisão no alto comando paraguaio.⁹

⁹ Carta de João Francisco Decoud a Estigarribia, 7 de setembro de 1865. Em Estigarribia, 1965: 192.

As ameaças teriam alcançado resultado, já que, possivelmente no dia seguinte, no contexto de pedido paraguaio para que os civis pudessem se retirar da vila, o coronel Fernando Iturburu e o comandante Juan Francisco Decoud entrevistaram-se em Uruguaiana com Estigarribia, recebendo “multiplicadas muestras de aprecio, no solo” de parte do tenente-coronel “sino de sus subordinados” (Palleja, 1960: 119).

Na ocasião, Iturburu falou longamente sobre a inevitabilidade da rendição; sobre a guerra realizada exclusivamente contra a ditadura de Solano López; sobre as benignidades da ordem liberal; sobre os altos objetivos patrióticos dos legionários; sobre as responsabilidades históricas de Estigarribia. O comandante em chefe da expedição paraguaia teria abraçado o coronel Fernando Iturburu Machain, chefe da Legión Paraguaya, e declarado em guarani: “Compañeros yo les contestaré más tarde, tengo que consultar a los míos *cuyas opiniones están divididas*” (Garmendia, 2012: 212-*et seq.*).

Estigarribia *confraternizava* com o inimigo e reafirmava sua propensão à rendição. Seu comportamento era possivelmente determinado, condicionado ou facilitado pelo baixo moral geral das suas tropas, isoladas em Uruguaiana, a centenas de quilômetros de Corrientes, após longa e dilacerante marcha, lutando guerra de razões dificilmente compreendidas pelos soldados.

Uma situação de dilaceração material e psicológica das tropas paraguaias que possivelmente influenciara Estigarribia na sua decisão de desobedecer as ordens do *mariscal* ao atravessar o rio Ibicuy para ir conquistar, se abastecer e se refugiar na vila de Uruguaiana. Decisão tomada eventualmente sob a surda pressão de soldados e oficiais que, mais tarde, se pronunciaram ou se submeteram à decisão de rendição sem luta.

Ao reafirmar a orientação tomada por Estigarribia, Solano López destacaria Uruguaiana como mero ponto de abastecimento: “Ya que Usted no ha cumplido mis ordenes y ha pasado el Ibicuí, se le ordena nuevamente continúe la marcha hasta la Uruguiana, donde se hará de víveres y en seguida pasará a Alegrete, previniéndose como antes, de no acampar dentro de las poblaciones para evitar ahí el peligro de ser sitiado por el enemigo” (Garmendia, 2012: 170). Destaque-se que o major Pedro Duarte obedeceu àquela instrução, acampando fora da povoação de Paso de los Libres.

A segunda desobediência frontal de Estigarribia às ordens de Francisco Solano López, ao se arranchar comodamente em Uruguaiana, talvez expres-

sasse sua decisão de não mais avançar sem a chegada das tropas de Wencelao Robles. O historiador alemão Louis Schneider [1805-1878] assinalou sobre a ocupação da vila: “Os paraguaios aboletados nas casas da vila, estavam abrigados da inclemência do tempo, e dispunham de copiosas provisões, acumuladas pelos brasileiros para uso de suas tropas (...)” (Schneider, 2009: 280).

Momentos Finais

Dante de nova recusa de rendição, com honras de guerra para os oficiais, os comandos superiores imperial e argentino-uruguai passaram a disputar o privilégio de comandar o ataque, regulado pelo Tratado da Tríplice Aliança, mantido em segredo. Em 2 de setembro, Tamandaré e Porto Alegre afirmavam que lhes cabia o comando da operação, já que em território brasileiro; Flores -que publicara Ordem do Dia saudando seus soldados como os vencedores de Uruguaiana- e Paunero propunham que o assalto à Uruguaiana era continuação da campanha iniciada em território da Confederação. Divergiam também os generais no tempo do assalto: Flores queria proceder imediatamente, o almirante Tamandaré e o general Porto Alegre, postergar o ataque, certamente insatisfeitos com a possibilidade da libertação da vila sob o comando de Venâncio Flores.

Finalmente, enviou-se nova intimação à Estigarribia, outra vez rejeitada, em 5 de setembro. Planejou-se ataque para 7 de setembro, aniversário da independência do Brasil, em 1822, não realizado. Em 10 de setembro, chegando ao acampamento o general Bartolomé Mitre e o ministro da guerra do Império, Angelo Ferraz, os ânimos se pacificaram relativamente. O ataque foi postergado novamente para 11 de setembro, devido à chegada iminente de dom Pedro e o séquito imperial, no qual se encontravam, entre outros, seus genros europeus, o conde d’Eu e o duque Saxe, e o marechal marquês de Caxias (Souza, s/d: 9; Fragoso, 1957: 222; Gay, 1980: 125).

Com a presença do Imperador, ficaram resolvidas as contradições sobre o comando do ataque. Conta a tradição que o Imperador teria dito a Bartolomé Mitre: “Eu mando, você fará” (Marco, 2007: 28; Garmendia, 2012: 220). Nesse momento, já se consolidaria entre o comando e as tropas paraguaias a disposição de não dar combate. Entretanto, havia ainda a esperança de escapar ao cerco.

Com materiais recolhidos na cidade, construíram-se mais de cem cha-

tas, de capacidade de cinquenta passageiros cada, para fuga através do rio Uruguai. Houve divergência sobre o destino que se tomaria. Os oficiais paraguaios propunham seguir para Corrientes, em direção do Paraguai. Os orientais queriam descer o rio e desembarcar na costa uruguaia, prometendo levantar a população do país. A fuga foi marcada para a noite de 15 de setembro.

A construção das embarcações não passara despercebida aos aliancistas. Em 8 de setembro, Palleja anotava: “De noche se oye en la Plaza un continuo martilleo de carpintería, lo que hace creer estén construyendo canoas y balsas (...)” (Palleja, 1960: 119). Um desertor revelou a data da partida na véspera do dia 15, colocando-se a marinha imperial em prontidão (Garmendia, 2012: 220; Palleja, 1960: 139). Entretanto, no dia 13, Estigarribia escrevera a Mitre, sem receber resposta, pedindo condições melhores para a rendição (Garmendia, 2012: 221).

Na madrugada de 18 de setembro, em seus melhores uniformes, os batalhões postaram-se diante de Uruguiana. Os generais aliancistas teriam já certeza da rendição. Dois *pasados* apenas chegados ao acampamento declararam que na véspera “havia grande descontentamento” entre os defensores, que manifestavam “disposições de não querer brigar”. Oficial recolhido por barco imperial junto a *pasados* afirmara que as filas paraguaias estavam reduzidas “à última desgraça e miséria, que mais da metade da tropa estava com vontade de se passar” ao inimigo, “o que não tinham realizado por temor dos seus chefes” (Gay, 1980: 132).

Salve-se Quem Puder

Às seis horas da manhã, os batalhões se moveram, sob o som animador de suas bandas de música (Souza, s/d: 17). Ao aproximar-se o meio-dia, os exércitos imperial, argentino e uruguai encontravam-se dispostos, em torno da vila, a um tiro de fuzil das defesas – uns duzentos metros –, sob o alcance da artilharia paraguai, que se mantinha silenciosa. Dois oficiais teriam escrito cartas ao coronel Antônio Fernandes Lima, que se ocupara dos contatos com os paraguaios, e ao major Antonio Mansio Ribeiro, propondo o abandono da luta, durante o combate, caso se lhes garantisse a vida. Para tal, “indicavam os sinais que os fariam reconhecer”. Nesse momento, por mortes devido a deserções e doenças, as tropas paraguaias eram já inferiores a seis mil homens (Gay, 1980: 133; Palleja, 1960: 141; Souza, s/d: 20).

Ao meio dia, o comando aliancista enviou missiva ao tenente-coronel Estigarribia, levada pelo capitão Manuel Antonio da Cruz Brilhante, dando-lhe duas horas para se reder. Pouco antes de expirar o prazo, o comandante paraguaio pediu mais meia hora, para “formular a resposta à intimação”. Nesse então, o batalhão 31, comandado pelo tenente Francisco Balbuena, teria decidido sublevar-se, caso não houvesse rendição, “matando o Frade Duarte, o Tenente-Coronel Estigarribia e outros oficiais opositos ao arreglo (...). Enquanto os oficiais paraguaios deliberavam, os soldados fugiam cada vez mais numerosos para as linhas inimigas, protegidos pela cavalaria rio-grandense –os “hacendados brasileños”, segundo Léon de Palleja (1960: 141)-.

Estigarribia aceitou a oferta de rendição, sob a condição de os oficiais tomarem o destino que quisessem, fora do Paraguai, e fossem sustentados pelas tropas aliancistas, como era praxe. Exigiu também que os oficiais orientais tivessem a vida garantida e fossem reconhecidos como prisioneiros de guerra. Apenas seu pedido para que seus oficiais mantivessem as armas pessoais foi negado. Segundo parece, o capelão-mor Duarte López e oficiais orientais teriam proposto a resistência até a morte, se necessário (Schneider, 2009: 300).

Nesse ínterim, diante do Imperador e de Bartolomé Mitre, o capitão paraguaio Batista Ibañez, o portador da resposta de Estigarribia, pediu a palavra para revelar sua alma legionária tardia, discursando contra Solano López e em favor dos aliancistas. “(...) que estavam cansados de servir ao Governo do Paraguai, que tinha escravizado todo aquele país, que ele e seus patrícios suspiravam desde muitos anos por um salvador que libertasse a sua pátria, e que reconheciham que Deus lhe enviava esse salvador na pessoa de Sua Majestade o Imperador do Brasil (...)" (Gay, 1980: 136; Souza, s/d: 21).

A resposta positiva às condições reivindicadas por Estigarribia deu-se no contexto da confraternização entre soldados aliancistas e paraguaios. Desde a muralha defensiva de Uruguaiana, os soldados proclamavam em alta voz que não pretendiam lutar e queriam render-se. Ninguém entre as tropas lopistas desobedeceu a ordem de rendição sem combate. Na *débâcle* também teria contribuído a certeza que jamais chegariam reforços. León de Palleja lembrara com razão: “Es muy distinto combatir uma guarnición abandonada y destituida de todo auxilio extraño, a combatir ocho mil [sic] hombres que esperan por momentos ser socorridos (...)" (Palleja, 1960: 139; Souza, s/d: 21).

Uruguaiana Reconquistada

Em meio da tarde de 18 de setembro de 1865, fracassava redonda e ingloriamente a expedição militar lançada pelo governo paraguaio contra o Império do Brasil e a Argentina mitrista, com a invasão das províncias do Rio Grande do Sul e de Corrientes. Com a entrega solene das armas e das bandeiras, 5.545 paraguaios, segundo o mapa entregue por Estigarribia; 5.190, de acordo a soma aliancista, teriam sido “no dia seguinte repartidos entre os três aliados”. Muitos deles foram arrolados na Legião Paraguaia. Estigarribia e os oficiais orientais seguiram para o Rio de Janeiro; o padre Duarte, para Buenos Aires (Souza, s/d: 24).

Com os 1.300 paraguaios que lhe couberam, Venâncio Flores completou e ampliou suas tropas que não conseguia reconstituir; Bartolome Mitre preferiu servir-se dos paraguaios como tropas auxiliares. Momentos antes da rendição; membros da cavalaria rio-grandense penetravam nas defesas de Uruguaiana onde retiravam na garupa dos animais jovens e meninos paraguaios certamente para trabalharem em suas estâncias do Uruguai e do Rio Grande do Sul (Garmendia, 2012: 236).

Em geral, fora alguns soldados paraguaios utilizados em serviços auxiliares, o Império respeitou o acordo, tratando oficiais e soldados como prisioneiros de guerra. “(...) os que tocaram ao Exército Brasileiro ficaram confiados à guarda de alguns Corpos nossos, porque Sua Majestade o Imperador não julgou conveniente incorporá-los às nossas forças. Apesar do bom trato e dos socorros que se lhes deu, bom número deles sucumbiram [sic] ao sarampo, ao tifo que grassava e aos resultados de seus padecimentos” (Schneider, 2009: 149).

Garmendia recriminaria a inclusão de paraguaios nas filas aliancistas: “Hay algo de bárbaro y deprimente en ese acto inaudito, obligar a un soldado a que haga fuego contra su bandera es un hecho sin ejemplo, y aunque fuera voluntario, jamás se debió recibir en las filas de los aliados a un ser tan vil que por su propia voluntad se presta a ese infame papel, formando al lado de los que acababan de derramar a torrentes la sangre de sus compatriotas en una guerra extranjera” (Garmendia, 2012: 188).

Na manhã de 19 de setembro, dom Pedro e oficiais maiores visitaram longamente Uruguaiana, ocupada durante 44 dias pelas tropas paraguaias. A aglomeração, fundada, em 24 de fevereiro de 1843, por ordem do governo

republicano rio-grandense, progredira rapidamente, como centro comercial regional, sem deixar de ser um pequeno burgo. Vinte anos após os fatos, o militar imperial Augusto Fausto de Souza descrevia a devastação geral da vila: “Todos os edifícios tinham sido mais ou menos arruinados; as portas, janelas, soalhos e forros, haviam sido arrancados para serem empregados na construção das trincheiras e das balsas; os móveis foram quebrados e consumidos como lenha (...”).

A cidade exalava cheiro fétido, devido a sujeira acumulada e às carcaças de cavalos mortos, já em decomposição. Os tetos das moradias estavam “enegrecidos pelo fogo” acendido pelos soldados acampados, enquanto encontravam-se “espalhados pelo chão pedaços de espelhos e de objetos de porcelana, teclas de piano, pés torneados, fragmentos de retratos e gravuras, copos e louças partidos (...”). O Imperador e seu séquito visitaram o Quartel General de Estigarribia, em moradia na esquina das ruas Independência e do Comércio, igualmente devastada (Souza, s/d: 25-26).

A Derrota da Expedição Lopista

A rendição sem luta do grosso das tropas paraguaias causou grande impressão a Francisco Solano López que, segundo o engenheiro-militar George Thompson, acusou diante da oficialidade de Humaitá tenente-coronel Antonio de la Cruz Estigarribia de trair a pátria por dez mil libras esterlinas. O *mariscal*, que não enviou reforços a Estigarribia, recriminou-o por não ter feito o mesmo ao major Pedro Duarte. Em Asunción, foram organizadas pelo governo manifestações de desagravo ao país por rendição vista como traição (Thompson, 2010: 99). A derrota geral da campanha de Corrientes e do Rio Grande do Sul certamente fortaleceu a oposição interna ao governo entre os segmentos das classes proprietárias dissidentes (Maestri, 2013: 110-135).

Em 3 de outubro, após as derrotas em Riachuelo e Yatay e a rendição em Uruguaiana sem luta, o *mariscal* determinou a José Bergés o abandono da província de Corrientes. De 31 de outubro a 3 de novembro, em vapores e lanchas, as tropas paraguaias retiraram-se, em direção a Humaitá, pelo Passo da Pátria. A difícil travessia não foi hostilizada pela marinha imperial “já muito reforçada”, que se comportou como se protegesse o transbordo (Thompson, 2010: 99; Versen, 1976: 80).

A intervenção da marinha imperial teria assentado golpe terrível nas

forças armadas paraguaias, quando do difícil deslocamento, encurtando certamente o fim da guerra. A contemporização das forças navais do Império, praticamente durante toda a guerra, sob às ordens de seus comandantes máximos, é outro fenômeno militar que ainda espera por uma explicação plausível. Retornaram ao Paraguai em torno de vinte mil homens, dos mais de quarenta mil que teriam partido.

George Thompson propôs que, desde o início da mobilização, em janeiro de 1864, além dos mais de doze mil soldados perdidos da coluna Estigarribia, teriam morrido cerca de quarenta mil soldados, em combate, prisioneiros e, sobretudo, devido a doenças [diarréia, disenteria, varíola, sarampo, etc.] Um total de uns 52 mil homens (Thompson, 2010: 103). O major prussiano Max Von Versen (1833-1893) propunha os mesmos números: “Além do desfalque dos 12.000 homens do destacamento de Estigarribia, os médicos ingleses orçavam em 40.000 homens as perdas causadas pela disenteria, pela escarlatina, pela bexiga e pela febre chuchu [sic]” (Versen, 1976: 80).

Com uma população em torno de 450 mil habitantes, o Paraguai teria, em 1864-5, talvez 130 mil homens entre os 14 e 65 anos e, talvez menos de 70 mil entre 17 e 40 anos. Em 1864-1865, Solano López mobilizara a parte substancial dos homens na melhor idade de combater e produzir. Em 1865-69, a maior parte da população masculina paraguaia em idade produtiva encontrou-se sob armas.

Enorme Mortandade

Certamente há exagero nas avaliações de Thompson e Von Versen, mas foram enormes as perdas motivadas pela destruição-rendição total da coluna Estigarribia-Duarte, pelas mortes por doenças, no exterior e no país, e em combate em Corrientes e Mato Grosso. Antes da batalha de Yatay, as tropas de Estigarribia-Duarte, originalmente de doze mil homens, acrescidos de reforço de mais de quatrocentos outros, chegavam, ao máximo, a nove mil e duzentos soldados, com uma perda, portanto, de uns 3.200 homens -em torno de 25% das tropas-, sem terem livrado grandes combates (Fragoso, 1957: 149).

Em 29 de abril de 1865, ainda na vila de Encarnación, Estigarribia escrevia ao *mariscal*: “(...) tendo enchedo de sepulturas todos os compartimentos do cemitério público desta vila e não havendo mais sepulturas velhas que abrir para enterrar os cadáveres dos militares que vão morrendo no hospi-

tal militar, hei combinado com o Vigário Duarte, Capelão-mor do exército e mandei estender mais dez varas nos fundo do dito cemitérios (...)"¹⁰.

O certo é que, no momento do retorno das forças expedicionárias ao Paraguai, perdera-se em combates, na rendição de Uruguaiana e por doenças, partes substanciais das forças armadas de linha e dos melhores homens e melhores armas. A defesa do território paraguaio iniciou-se com as reservas humanas tendencialmente esgotadas, com sequelas ainda não estimadas sobre a capacidade produtiva geral. Por sua vez, o combate de Yatay e a rendição de Uruguaiana lançaram enorme descrédito sobre a capacidade bélica e a combatividade paraguaia, reforçando as avaliações aliadas anterior sobre aquele exército.

Em 28 de agosto de 1865, o jovem capitão argentino *Dominguito* Sarmiento, filho adotivo-putativo do futuro presidente da Confederação Argentina, escreveu a sua mãe propondo que, após o combate de Yatay, ficara “asegurado que los paraguayos” não eram inimigos dignos dos aliados (Carretero, 1975: 41). Em 27 de setembro, com a rendição de Uruguaiana, reiterara que estavam “predestinados a la derrota o a la rendición” total. Não erraria no geral Bartolomé Mitre em propor rápida campanha até a conquista de Asunción (Carretero, 1975: 61).

Lutando Pela Casa

A guerra que se esperava breve manter-se-ia por ainda quase cinco anos e o soldado paraguaio, desacreditado em solo rio-grandense e correntino, se mostraria um leão, em solo pátrio. Há consenso que a guerra poderia ter terminado antes, com uma maior decisão dos exércitos e, sobretudo, da marinha imperial. Foram perdidas oportunidades únicas, sobretudo no momento do transbordo das tropas paraguaia no Paso da Pátria e quando da fuga de Solano López de Humaitá e após a derrota geral em Lomas Valentinas.

Há igualmente consenso sobre o empenho da população paraguaia, sobretudo rural, em resistência incondicional, após a invasão do país, mesmo em neta inferioridade numérica e material. Uma vontade de luta em clara oposição à demonstrada quando da expedição a Corrientes e ao Rio Grande

¹⁰ Parte de Antonio de la Cruz Estigarribia a Francisco Solano López, Encarnación, 29 de abril de 1865. Em Estigarribia, 1965: 132.

do Sul. Esse aparente paradoxo constitui fenômeno talvez não de todo surpreendente e inesperado. As causas de tal decisão de luta têm sido desconhecidas apenas por dissolveram as explicações tradicionais de guerra travada contra um tirano sanguinário e jamais contra o povo paraguaio.

Em 15 de novembro de 1865, após a batalha de Yatay e a rendição de Uruguaiana, a mãe do capitão argentino *Dominguito* Sarmiento respondia ao esperançoso filho, recomendando-lhe que não cresse em pronta rendição paraguaia. Com perspicácia, ela intuía que, a partir de então, a guerra ganharia um novo e diverso caráter, em desfavor das tropas aliadas: “López en su casa será más fuerte de lo que se imaginan” (Carretero, 1975: 77). E ajuntaríamos – seria certamente ainda menor a disposição dos soldados *argentinos* e *brasileiros* em lutar em territórios inimigos longínquos, após despejadas dos inimigos paraguaios as províncias de Corrientes e do Rio Grande do Sul.

Apesar de seu nacionalismo extremado, a Manuel Dominguez não escaparam igualmente as razões reais da enorme decisão de luta da população paraguaia, após a invasão do país. Depois de descrever fantasiosamente a situação que o Paraguai viveria em 1864, como a de país mais rico e mais feliz de que “cualquier otro pueblo americano”, onde “casi no había analfabetos” e praticamente nenhuma “pobreza”, propôs com relativa razão que cada “familia tenía su casa o choza en terreno propio” -arrendado ao Estado, a particulares ou simplesmente ocupado, agrregaríamos- (Dominguez, s/d: 44-55).

Manuel Dominguez deduz corretamente a vontade de luta paraguaia da decisão da população camponesa do país de, defendendo a *pátria*, defender o que conquistara, sobretudo durante o período francista. Ele lembrava que “El hogar del cuerpo, forma concreta, sensible, a la idea poco vaga, un poco etérea, de la patria”, já que o “proprietario más ignorante comprende que conviene defender el suyo”. Dominguez lembrava que Jules Michelet, o célebre historiador da Revolução Francesa, propusera que “um pueblo se hace patriota con multiplicar el número de pequeños propietarios”. Para ele, a tenacidade militar paraguaia nascera da resistência a um invasor que “tenía toda la traza del conquistador” (Dominguez, 1946: 34).

Estado-Nação Precoce

A política de exteriorização comercial e de restauração tendencial da hegemonia dos segmentos sociais mercantis e exportadores, com destaque

para estancieiros, plantadores e comerciantes, promovida pelo lopismo, em relação ao período francista, necessitava de livre acesso ao mercado mundial através do Rio da Prata. Em inícios dos anos 1860, a liberdade comercial e a autonomia paraguaia de fato dependiam da independência do porto de Montevidéu, em relação a Buenos Aires e ao Império (Chaves, 1955: 71, et seq; White, 1979: 151).

Ao intervir no exterior, assumindo o repto lançado pela Argentina mitrista e pelo Império do Brasil, Francisco Solano López defendia as bases da reorganização do país impulsionada por seu pai. A interrupção do comércio internacional paraguaio enfraqueceria e eventualmente dissolveria o bloco político-social que, após o eclipse da ordem francista, em 1840, levara ao poder e sustentara o lopismo e seu programa de revigoramento e exteriorização da propriedade e da produção mercantil.

A intervenção no Mato Grosso, em Corrientes e no Rio Grande do Sul interessava aos segmentos mercantil-exportadores e, nulamente, aos pequenos e médios chacareros proprietários, arrendatários e posseiros. Solano López não acompanhou as tropas ao exterior temendo, por um lado, a oposição que sofria de segmentos liberais e pró-portenhos e, por outro, o desgosto do mundo plebeu rural, agredido pela mobilização de seus braços e recursos para guerra que não compreendia e não lhe interessava (Maestri, 2013a: 107-140; Maestri, 2013b).

A expedição ao exterior liquidara com o núcleo central do exército profissional, importante instrumento de imposição do consenso social e político lopista ao país. Desde então, a resistência se daria, mais e mais, apoiada na mobilização das milícias não pagas dos partidos *-urbanos-*, organizadas quando do regime francista, conformadas por camponeses de raízes culturais guaranis, que partiram para o frente de batalha junto com seus vizinhos, paisanos como eles.¹¹

A população camponesa intuiu rapidamente que, defendendo o país da invasão aliancista, defendia sua própria existência social e material. Sob a retórica da defesa da pátria e da honra nacional, lutaram por tudo que haviam conquistado, sobretudo durante a era francista, a casa, a terra, a família, a autonomia relativa. Com o conhecimento no Paraguai do Tratado secreto da

¹¹ Francia, v. 2, 917. Sección Criminal, Vol. 23, Número 5. Original, p. 612.

Tríplice Aliança, em agosto de 1866, compreenderam que defendiam seus interesses mais profundos.

A resistência incondicional ao invasor foi empreendida essencialmente pelos segmentos sociais camponeses de raízes culturais *guaranis*. Resistência lutada no contexto da crescente defecção e adesão às forças aliadas das classes dominantes, promovidas pela própria família López e pelo núcleo administrativo central do país, sobretudo a partir de meados de 1867. No desenvolvimento da guerra de defesa, os chacareros certamente serviram-se mais de Francisco Solano López do que o *mariscal* deles. Um e outros lutaram sob a mesma bandeira e a mesma guerra, por razões substancialmente distintas. Possivelmente a própria morte de Solano López, com os exércitos paraguaios ainda articulados, não levasse ao fim da guerra, sendo ele substituído por outro líder militar (Maestri, 2013c).

Apoio Popular à Repressão

Impressiona aos analistas a total falta de oposição, no seio do exército, à dura repressão àqueles que conspiraram contra a continuidade da resistência. Repressão que se iniciou no acampamento de San Fernando, em junho de 1868, e se manteve praticamente até os últimos momentos da guerra. As classes populares não se mostraram meramente apáticas diante do duro tratamento a que foram submetidos os conspiradores, quase todos membros destacados da sociedade. Em verdade, elas apoiaram firmemente as prisões, torturas e execuções.

A repressão aos conspiradores constituiu nos fatos repressão aos núcleos centrais das classes dominantes paraguaias (Godoi, 1996: 40). O farmacêutico inglês George Masterman registrou que as mulheres aprisionadas “perteneceían a la mejor clase de la sociedad”. Von Versen propôs que Solano López colocara “propósito” “na primeira linha da vanguarda”, o “batalhão nº 40”, recrutado em Asunción, “três vezes aniquilado e três vezes reconstituído”, devido à sua “prevenção” “contra as pessoas de espírito cultivado”, sobretudo de raízes e cultura espanholas, que cresceria “à medida que se acentuava o infortúnio de seu desgoverno”. Ou seja, à medida que aumentara a defecção dos segmentos dominantes da resistência incondicional plebéia (Versen, 1976: 112, et seq.).

Para Von Versen, a falta de empatia dos soldados paraguaios para como

as centenas de martirizados deveria-se, “mais do que tudo”, à “antipatia de raças”. Ou seja, à oposição entre os segmentos camponeses *guaranitizados* e as classes dominantes *espanholizadas*. Lembrava o coronel prussiano: “Os guaranis [soldados] assistiam com disfarçado mas natural prazer a completa eliminação dos espanhóis que os tinham escravizados” (Versen, 1976: 134).

Soldados, cativos, serviçais delataram membros das classes proprietárias como conspiradores. As deserções iniciais nas forças armadas paraguaias seriam, sobretudo, de filhos e membros das famílias proprietárias, que comumente não se submetiam ao tratamento igualitário e plebeu dos exércitos nacionais. Houve recrutas de famílias de distinção duramente punidos por pagar a soldados pobres para realizarem trabalhos e tarefas que lhes cabiam (Rivarola, 2008-2009).

No Paraguai, sob a direção de José Gaspar de Francia, vencera a revolução democrática derrotada no Uruguai, sob o comando de José Artigas. Sob a ordem francista, através da mais ampla consulta talvez jamais realizada nas Américas, iniciou-se a constituição de um precoce e rústico Estado-nação conformado sobretudo por enorme população plebeia de pequenos e médios chacareros e produtores independentes, de língua e raízes culturais guaranis (White, 1979: 69, et seq).

Ordem Bonapartista Conservadora

Mesmo apontado tendencialmente para a dissolução das classes campesinas, a restauração pró-oligárquica lopista jamais alcançou a expropriá-las, devido à debilidade relativa dos grandes proprietários e à importância dos segmentos plebeus rurais para a defesa da independência do país e para a própria sobrevivência da ordem lopista. Contradição que permite caracterizar as presidências de López pai e filho de bonapartista - conservadoras.

O caráter tendencialmente nacional-democrático do Paraguai permitiu a constituição de exército de extração popular e a formação de *milícias de urbanos*, nos distintos partidos do país, reunindo praticamente todos os homens livres aptos para a guerra. Milícias que responderam à convocação militar, em defesa de interesses que eram seus, até a quase extinção das reservas do país de homens capazes de portarem armas.

Quando do conflito, sobretudo o Império do Brasil, mas também a Argentina mitrista e o Uruguai florista, eram estados pré-nacionais, de caráter

oligárquico, ondeos subalternizados, separados da posse da terra, submetidos ao trabalho compulsório, discriminados política e socialmente, viviam em mundos culturais estranhos aos das *elites*. Naquele então, a Argentina e o Uruguai estavam dilacerados por fortes contradições internas políticas, sociais e étnicas.

Descrevendo situação geral às tropas orientais e argentinas, o coronel León de Palleja lamentava-se com as deserções frequentes entre suas tropas: “En Entre Ríos se nos desertaban los soldados entrerrianos; en Corrientes, los correntinos; en el Brasil, los brasileños y alemanes; nuestros cuerpos son un verdadero mosaico, respecto al personal (...)”. E a esses estrangeiros, foram agregados forçadamente paraguaios! (Palleja, 1960: 103).

Ao contrário do chacarero paraguaio, que morria na defesa de sua *pátria*, os trabalhadores escravizados, os libertos, os índios aculturados, os colonos e operários imigrados, os gaúchos, etc. reafirmavam paradoxalmente sua humanidade e vontade de autonomia na não adesão plena às bandeiras e consignas de Estados que não os concebiam legalmente e nos fatos como partes efetivas de suas respectivas nações.

Teria sido nos anos da guerra contra o Paraguai que se generalizou no Brasil entre os subalternizados convocados para as forças armadas o provérbio de que “Deus é grande, mas o mato é maior!”.

Bibliografía

- Benites, G. (1929). *Anales diplomáticos de la guerra del Paraguay*. Asunción: Muñoztino.
- Carretero, A. (org.) (1975). *Correspondencia de Dominguito en la Guerra de Paraguay*. Buenos Aires: El Lorraine.
- Centurión, J. C. (1987). *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*. Asunción: El Lector.
- Chaves, J. C. (1955). *El presidente López: vida y gobierno de Don Carlos*. Buenos Aires: Ayacucho.
- Chaves, J. C. (1985). *El supremo dictador*. Asunción: Carlos Schauman.
- Creydt, O. (2007). *Formación histórica de la nación paraguaya: pensamiento y vida del autor*. Asunción: ServiLibro.
- Dominguez, M. (1946). *El alma de la Raza*. Buenos Aires: Ayacucho.
- Dominguez, M. (s/d). *El Paraguay: sus grandes y sus glorias*. Buenos Aires: Ayacucho.

- Estigarribia, A. (1965). Ocupação de Uruguaiana: diário militar. *Revista Militar Brasileira* (4), ano LI, vol. XCCVIII.
- Eu, Luís Felipe [...] de Orléans, Conde d' [1842-1922]. *Viagem militar ao Rio Grande do Sul*. Belo Horizonte: Itatiaia; São Paulo: Ed. da Universidade de São Paulo, 1981.
- Fragoso, A. T. (1957). *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai* (Vol.2). Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército.
- Garay, B. (1929). *Compendio elemental de historia del Paraguay*. Asunción: Escuela Militar.
- Garay, B. (1975). *El comunismo de las Misiones: La revolución de la independencia del Paraguay*. Asunción: Instituto Colorado de Cultura.
- Garmendia, J. I. (2012). *Recuerdos de la Guerra del Paraguay: La campaña a Corrientes y Río Grande* (Vol. 1). Corrientes: Amerindia.
- Gay, J. P. (1980). *Invasão paraguaia na fronteira brasileira do Uruguai*. Comentada e editado pelo major Sousa Docca. Porto Alegre: IEL/EST; Caxias do Sul: Universidade de Caxias do Sul.
- Godoi, J. S. (1996). *El fusilamiento del Obispo Palacios y los tribunales de sangre de San Fernando*. Asunción: El Lector.
- Lemos, R. (org.) (1999). *Cartas da Guerra: Benjamin Constant na Campanha do Paraguai*. Rio de Janeiro: IPHAN; Museu Casa de Benjamin Constant.
- Maestri, M. (2013a). *A Guerra no Papel: História e Historiografia da Guerra no Paraguai. (1864-1870)*. Porto Alegre: LCM Editora; Passo Fundo, PPGH UPF.
- Maestri, M. (2013b). O Plano de Guerra Paraguaio em uma Guerra Assimétrica: 1865. *Revista Brasileira de História Militar*, Rio de Janeiro. <http://www.historiamilitar.com.br/>
- Maestri, M. (2013C). Tribunais de Sangue de San Fernando: O Sentido Político-Social do Terror Lopista. Em *Revista História: Debates e Tendência* 13 (1). PPGH UPF.
- Maestri, M. (2012). O singular relato do cônego João Pedro Gay sobre a Invasão Paraguaia da Província de São Pedro do Rio Grande do Sul. *Revista Estudios Históricos* (9), CDHRP, Año IV, Uruguay. Disponible em <http://www.estudioshistoricos.org/>
- Marco, M. A. (2007). *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires - Asunción: Emecé.
- O'Leary, J. E. (1970). *El Mariscal Solano López*. Asunción: Paraguay.

- Palleja, L. de (1960). *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay* (Vol. 1). Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Pastore, C. (2008). *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Asunción: Ed. Intercontinental.
- Paz, J. M. (1952). *Memorias póstumas* (Vol. 2). Buenos Aires: Almanueva.
- Pineda, O. (2009). *Cronología básica de la historia paraguaya: 1492-2009*. Asunción: Don Bosco.
- Rivarola, M. (2008-2009). La Resistencia a la Guerra Grande. [Estudios Paraguayos, U.C.](http://EstudiosParaguayos.UC), Departamento de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Antropológicos (Vols. 26 y 27), (1 y 2). Asunción. www.portalguaraní.com/obras_autores_detalles.php?id_obra=13571
- Schneider, L. (2009). *A Guerra da Tríplice Aliança contra o Paraguai. Notas de J.M. da S. Paranhos*. Porto Alegre: Pradense.
- Schupp, C. A. (1997). *Iglesia y estado en el proceso de emancipación política del Paraguay (1811-1853)*. Asunción: Ed. Don Bosco.
- Silva, R. de A. e. (1978). *Ensaio sobre a ditadura do Paraguai: 1814-1840*. São Paulo: Ed Universidade de São Paulo.
- Souza, T. A. F. de. (s/d). *A Redenção de Uruguaiana*. Rio de Janeiro: J. Leite.
- Teixeira, F. B. (2012). *A primeira guerra do Paraguai: a expedição naval imperial ao Paraguai de 1854-1855*. Passo Fundo: Méritos.
- Thompson, G. (1968). *A Guerra do Paraguai*. Rio de Janeiro: Conquista.
- Thompson, G. (2010). *La guerra del Paraguay*. Asunción: Servilibro.
- Versen, M. V. (1976). *História da Guerra do Paraguai*. Belo Horizonte: Italiana, São Paulo: EdUSP.
- White, R. A. (1979). *La primera revolución popular en América Paraguay: 1810-1840*. Asunción: Carlos Schauman.

Extraños en los confines del imperio. Los portugueses ante la Corona española en el Río de la Plata colonial

Emir Reitano

Los extranjeros en la colonización española

Releyendo el viejo y clásico trabajo de J. M. Ots Capdequi *El estado Español en las Indias* encontramos que en la colonización española de América, el extranjero se presentaba, para las autoridades, como un problema jurídico entre otros más. Desde el principio de la colonización se había decretado que los súbditos de la Corona de Castilla eran los únicos autorizados para pasar a las Indias y comerciar con estos territorios; incluso, a comienzos de la colonización, fueron considerados extranjeros los propios españoles peninsulares “no castellanos” (1941: 22-23).

Con el tiempo los castellanos otorgaron iguales derechos a los otros españoles de la península, aunque continuó la prohibición de arribo para los extranjeros en sentido estricto y así lo contemplaba la Recopilación de leyes de Indias de 1680. Esta legislación fue extendida también a los países europeos que en algún momento tuvieron que reconocer la soberanía política de los monarcas españoles, como fue el caso de flamencos, portugueses, sicilianos y milaneses. Dicha legislación así se expresaba:

Declaramos por extranjero de los reinos de las Indias y de sus costas, puertos e islas adyacentes para no poder estar ni residir en ellas a los que no fueren naturales de éstos nuestros reinos de Castilla, León, Aragón,

Valencia, Cataluña y Navarra, y de los de las Islas de Mallorca y Menorca, por ser de la Corona de Aragón.¹

Sin embargo, la puerta de entrada a las Indias no estaba cerrada en su totalidad dado que la incapacidad de ingreso a las mismas se podía subsanar consiguiendo una *Carta Real de naturalización*. Los requisitos para su obtención variaron a través del tiempo y las circunstancias, exigiéndose originalmente —según la Real Cédula de 7 de julio de 1607— el haber vivido diez años en casa abierta y estar casado con mujer natural del reino de Castilla, requisito que, con el tiempo y las irregularidades, se fue haciendo cada vez más estricto (Ots Capdequi, 1940: 369).

Otra posibilidad era el otorgamiento de una *licencia individual*, la que se entregaba en casos de oficios especiales o también a través del pago de una cierta cantidad de dinero a fin de obtener el permiso para continuar viviendo en las Indias (para los que habían arribado en forma clandestina), casos que se fueron resolviendo según las regiones y las necesidades del tesoro.

Lo que resulta cierto es que las normas y las excepciones no fueron suficientes para controlar el volumen de penetración de extranjeros en América, el cual terminó siendo de una magnitud tal que desbordaba cualquier somera noción acerca del tema que pudieran imaginar algunos funcionarios coloniales (Ots Capdequi, 1941: 24).

El caso de los portugueses en el Río de la Plata resulta singular. Buenos Aires, refundada casi en el mismo momento en que se unificaron ambas Coronas peninsulares, resultó ser un polo de atracción para estos migrantes *extranjeros*. Cabe aclarar que en Hispanoamérica los portugueses eran considerados tan extranjeros como cualquier súbdito de otras monarquías europeas, incluso durante el período en que Portugal estuvo políticamente unido a España. Su vecindad en la península nunca fue una circunstancia que se tuviera en cuenta para otorgar un trato de favor, sino todo lo contrario. La proximidad del Brasil portugués con Buenos Aires y el desacuerdo entre ambas Coronas acerca del paso de la línea de Tordesillas por estas latitudes,

¹ *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias Mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II Nuestro Señor*. Madrid. Boix Editor. 1841. Lib. IX. Tit. XXVII Ley XXVIII. En Yanzi Ferreira, 1995: 13.

sumado también a la gran cantidad de cristianos *novos* establecidos en Brasil que se asentaron posteriormente en el área rioplatense, dieron lugar a que la rivalidad y el conflicto fueran una moneda constante para los portugueses instalados en Buenos Aires.

Por más que la Real Cédula del 19 de enero de 1594 ordenara “que por el Río de la Plata no pueda entrar gente ni mercadería al Perú (...) ni se contrate en hierro, esclavos, ni otro género del Brasil, Angola, Guinea u otra cualquier parte de la corona de Portugal si no fuere de Sevilla en navíos despachados por la Casa de Contratación”,² Buenos Aires había desarrollado su propia vía comercial urgida por la necesidad de su propia subsistencia como aldea.

Resulta evidente que la infiltración portuguesa en los territorios hispanoamericanos del sur continental fue una constante durante todo el período colonial, y representó la mayor de las migraciones extranjeras recibidas. El caso de Buenos Aires y la ruta altoperuana así lo atestiguan.

Con respecto al término *extranjero* se hace necesaria una aclaración a esta altura del trabajo. Hasta mediados del siglo XVIII la nacionalidad española era lo suficientemente difusa como para que la extranjería resultara ser un concepto vago y cambiante. Por otro lado, la misma palabra *extranjero* se utilizaba regularmente para designar a toda persona que no fuese residente permanente de cualquier comunidad; además, casi nadie era extranjero por completo, dado que sicilianos, milaneses, flamencos, alemanes y portugueses habían sido, en algún momento, súbditos del emperador español.

Según James Lockhart, a comienzos de la colonización los reinos de Aragón y Castilla no formaban una unidad hermética contra un Portugal extranjero; la península ibérica constituía, más bien, un grupo de “castellanos hablantes” (Sevilla, León y Zaragoza) y tres grupos marginales de considerable importancia: los catalanes, los vascos y los portugueses, que —cada cual a su manera— eran más o menos foráneos por igual. “Para los castellanos el vasco era el mismísimo prototipo del extranjero” (Lockhart, 1968; 167).

Intentaremos en este trabajo aproximarnos a dicha noción, fundamentalmente referida al extranjero portugués, y a su evolución durante el período

² *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias Mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II Nuestro Señor*. Madrid. Boix Editor. 1841. Lib. IV, Tit. XVIII, Ley V.

colonial. Nos centraremos en el concepto que tuvo esa designación para los Borbones cuando Buenos Aires, a mediados del siglo XVIII, comenzó a resultar un polo de atracción para muchos migrantes ultramarinos, quienes, buscando una mejor calidad de vida para ellos mismos y sus descendientes, decidieron instalarse en esta “pujante aldea” a pesar de los riesgos que ello implicaba.

Los portugueses de Buenos Aires ante la Casa de Austria

Tamar Herzog destaca que la continua confrontación -real o ficticia- con el “otro” produjo un énfasis sobre el carácter español de la ciudad de Buenos Aires. A través de los años, la proximidad del Brasil portugués, al ser Buenos Aires un espacio de frontera dentro del Atlántico, constituyó una gran preocupación para las autoridades coloniales. Aunque peligrosa, esta proximidad trajo sus ventajas, dado que a partir del siglo XVII Buenos Aires inició su prosperidad económica en gran medida gracias al comercio por vía del contrabando entre españoles y portugueses. Uno de los resultados de este intercambio lo constituía la presencia de muchos mercaderes lusitanos dentro de la ciudad (Herzog, 2008: 243).

A pesar de las restricciones y los riesgos que podía significar, durante el siglo XVII muchos extranjeros lograron ingresar al Río de la Plata y desde allí al Tucumán y a la ruta del Potosí. El grupo de los portugueses obviamente fue el más numeroso que llegó a Buenos Aires desde su refundación; así lo demuestran las relaciones de los extranjeros residentes en Indias pedidas por Felipe III en 1606 y el Registro y desarme de los portugueses realizado en Buenos Aires en 1643 con motivo de la división de las Coronas peninsulares. Todo ello constituye una muestra elocuente de esa presencia que, aunque minoritaria, logró tener influencia en la región.³

El grupo de portugueses radicado en Buenos Aires desde su misma fundación fue considerable. Con cifras imprecisas sabemos que en 1602 fueron expulsados de la ciudad 40 portugueses solteros y el registro de lusitanos de

³ Con la Real Cédula referida al “desarme de los portugueses” -nombre con que se la conoce- se registraron, juntamente con sus hijos, sin contar la segunda generación, 370 personas. De ese total 108 eran oriundos de tierras lusitanas y de ellos 64 habían entrado en Buenos Aires sin la debida licencia. Solo poseían licencia 14; figuraban en cargos oficiales cuatro y los restantes manifestaron estar de paso o ser marineros de navíos próximos a zarpar. Buenos Aires tenía para el período en cuestión aproximadamente 2.300 habitantes (Comadrán Ruiz, 1969: 44).

Buenos Aires efectuado en 1643 demostró que vivían 96 en Buenos Aires, 50 en Santa Fe y 14 en Corrientes, todos ellos varones, que agregados a otros identificados con posterioridad, sumaron 168 personas para una población de 2.300 habitantes aproximadamente (Maeder, 1984: 24-26).

Muchos autores clásicos que abordaron el tema⁴ sostuvieron que con la separación de Portugal decreció el acceso de lusitanos a las costas rioplatenses (y esto también lo hicieron notar en su momento las propias autoridades coloniales). Sin embargo, esta disminución no fue tan sostenida como para que su acceso a la región no dejara de ser un motivo de preocupación para la Corona.

Por otro lado, al instalarse en Brasil un brazo del Tribunal del Santo Oficio a comienzos del siglo XVII, la cantidad de portugueses migrantes -de dudosa religiosidad- hacia el Río de la Plata aumentó en forma considerable. Esto también fue otro motivo de preocupación para las autoridades coloniales, las cuales, ante el temor que esta migración suscitaba, intentaron tomar medidas sobre el asunto.

Prueba de ello fue una Real Cédula de 1602 dirigida contra los portugueses residentes *en los puertos* por ser *gente poco segura en las cosas de nuestra santa fe católica, judaizantes*. Hacia 1621 Manuel de Frías, procurador en Madrid de Buenos Aires y Asunción, también acusaba a los inmigrantes portugueses de ser confesionalmente sospechosos, y del peligro que ello podía causar a los habitantes de la colonia. Él mismo decía que:

Estos portugueses cristianos nuevos de judíos, errantes y salientes en las provincias del Perú son muchos de ellos ricos y poderosos, muy inteligentes en todo género de mercaderías y negros, que ocultamente con otros colores y trazas meten por el dicho puerto de Buenos Aires y tienen correspondencia con otros muchos portugueses y mercaderes tratantes y contratantes que residen de asiento en los dichos reinos del Perú, que se distribuyen y gastan, y les corresponden con la plata que por los mismos caminos y partes las sacan y pasan ocultamente al Brasil, por la grande

⁴ Sobre esta temática ya se han expresado los clásicos de nuestra historia: Lafuente Ma-chain, 1931; Canabrava, 1944; Furlong Cardiff, 1969; Lewin, 1980: 47-62.

comodidad de estar tan cerca del puerto y por la seguridad que hallan en los de su propia nación en Tucumán, Buenos Aires y en el Brasil.⁵

Manifestaba también:

Si vuestra Magestad fuese servido de mandar en el puerto de Buenos Aires se ponga un tribunal de la Inquisición, cesarán estos inconvenientes y solo con esto se atajará la entrada y salida de estos portugueses judaizantes.⁶

Esta correspondencia nos señala que la situación política a pesar de la unificación de las Coronas no era homogénea en ningún sentido, aunque dicha unificación nunca significó la unidad territorial y cada nación conservó sus Cortes, su administración y sus colonias en forma individual.

No obstante la exagerada exposición de Manuel de Frías en lo que respecta a condenas inquisitoriales de portugueses o de sus descendientes en la ciudad de Buenos Aires, se conoce solamente una condena aplicada y luego solo denuncias sobre criptojudíos y prácticas judaizantes. El único caso mencionado es el del portugués Juan Rodríguez Estela, antepasado directo de Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Rodríguez Estela, nacido en Lisboa en 1614, arribó a Buenos Aires en 1634 sin licencia inmigratoria (como casi todos los portugueses); había contraído enlace con hija de conquistadores y llegó a ser un hombre rico. Fue preso por el Tribunal de la Inquisición en febrero de 1673 acusado de judería y su caso fue desarrollado por José Toribio Medina en su obra *La Inquisición en el Río de la Plata* (1945: 246-247).

No es el objetivo de nuestro trabajo analizar caso por caso las desventuras de los extranjeros en Buenos Aires, pero una muestra de ello se hace necesaria para aproximarnos someramente a la situación vivida por estos individuos que padecían sobre su cuerpo el rigor de una ley por demás ambigua y arbitraria.

⁵ Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España. Madrid. 1918. En: Lewin, 1980: 49-51.

⁶ Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España. Madrid. 1918. En: Lewin, 1980: 49.

Otros portugueses no corrieron la misma suerte que el desafortunado Rodríguez Estela; algunos de ellos continuaron acaparando actividades comerciales y, en determinados casos, ciertos hilos del gobierno colonial estuvieron en sus manos. Diego de Vega -cuya actuación como comerciante poderoso y burlador de la ley en Buenos Aires es conocida- constituye un emergente digno de consideración para el estudio del comportamiento de algunos portugueses de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XVII. El mencionado De Vega y sus cómplices tenían en todas partes *mercaderes correspondientes*, y con sus procedimientos vejaban y oprimían a los vecinos que no les eran afectos. También con sus presiones e influencias hacían elegir a las autoridades del Cabildo, logrando el mantenimiento de una poderosa red comercial que la misma Corona no pudo disolver.⁷

La situación geográfica de Buenos Aires y su lento desarrollo urbano, como también la escasa comunicación que tuvo con la metrópoli durante todo el siglo XVII, crearon las condiciones propicias para que, desde su refundación, el problema del ingreso y la permanencia de extranjeros sin licencia Real -así como el del control comercial- fuera una constante. De este modo entraban en conflicto las disposiciones generales con la realidad del territorio que no permitía dar cumplimiento a las mismas, a riesgo de despoblar la ciudad o dejarla sin los recursos básicos para su subsistencia.

Como lo demuestra la legislación, el ingreso y permanencia de los extranjeros en los reinos americanos fue regulado con criterios más restrictivos que los imperantes en la península y de ahí la existencia de diferentes cédulas que, durante los siglos XVI y XVII, establecieron los requisitos determinados al ritmo que imponían las circunstancias. El conjunto de estas disposiciones fue recogido en la *Recopilación de leyes de Indias de 1680* (Tau Anzoátegui, 1982: 275).

Los extranjeros no podían pasar a las Indias ni tratar ni contratar bajo pena de perder sus mercancías y sus bienes. Sin embargo, el cumplimiento de este principio podía ser dispensado algunas veces por la vía legal -como la licencia, la naturalización o la composición- y otras por la vía del hecho. Ello favoreció que muchos extranjeros conocedores de la aplicación de la ley en cada región, ingresaran, comerciaran y residieran en muchas ciudades

⁷ El caso fue analizado por Torre Revelo, 1970 y Canabrava, 1944.

indianas durante el siglo XVII, y Buenos Aires no fue la excepción, sino más bien la norma.

Los portugueses de Buenos Aires ante los Borbones

El advenimiento del siglo XVIII había deparado otras expectativas para la aldea en los márgenes del imperio. No solo el cambio de dinastías sino el crecimiento de la ciudad motivaron que esta fuera integrada definitivamente a la dinámica económica de la metrópoli.

Buenos Aires había comenzado nuevamente a ser un polo de atracción para los inmigrantes extranjeros de otras partes del virreinato, de otras colonias, y de una masa de inmigrantes metropolitanos que buscaban, como tantos otros, algunas de las posibilidades de progreso que la gran aldea aparentemente les ofrecía.

La inmigración portuguesa a Buenos Aires disminuyó en forma considerable durante el siglo XVIII. Si la comparamos proporcionalmente con la del siglo precedente, los números son considerablemente inferiores y su influencia en la sociedad porteña dejó de ser sobresaliente, aunque el elemento portugués se mantuvo presente hasta fines de la colonia.⁸

La Casa Real en el poder comenzó a dimensionar su política respecto a Buenos Aires adecuándola a su nueva realidad. Aunque el problema del judaísmo y las prácticas judaizantes continuaba preocupando a la Inquisición y a algunos funcionarios, era evidente que la cuestión de los extranjeros se había complejizado y la problemática judaizante diluido.

Pese a las dificultades, los portugueses continuaron siendo la primera minoría de extranjeros en Buenos Aires durante todo el período colonial y su influencia se dejó sentir en todos los estratos de la sociedad. El censo de 1744 demostró que había en Buenos Aires, entre otros, 9 franceses, 7 ingleses, 10 italianos y 41 portugueses, que totalizaron, incluyendo a los españoles, 360 europeos aproximadamente; cifra escasa si la comparamos con los 11.000 habitantes que se estima tenía la ciudad en aquella época (Johnson, 1979: 110-112).

⁸ Así lo demuestran los censos y registros de extranjeros de 1804, 1807 y 1809, como también el padrón de artesanos de 1780 ordenado por el virrey Vértiz (Facultad de Filosofía y Letras, 1955; Johnson, 1974).

Sin embargo, las ordenanzas contra los extranjeros siguieron sucediéndose a lo largo de todo el siglo XVIII y principios del XIX, lo que demuestra que los mismos continuaron siendo una preocupación para el Estado borbónico.

Luego de la Recopilación de las leyes de Indias de 1680, la Corona volvió a recurrir a las Reales Cédulas para recordar a las autoridades locales el cumplimiento de las prohibiciones y restricciones aplicables a extranjeros en lo referente a su residencia o trato comercial.

Tampoco los conflictos religiosos estuvieron fuera de la escena durante este siglo. No solamente los portugueses continuaban en la mira de las autoridades inquisitoriales, sino también otras nacionalidades entraron en juego en la ciudad. Así, por Real Cédula del 27 de marzo de 1727 se mandó “hacer represalia y embargo de las personas y bienes de los ingleses e irlandeses, con excepción de los católicos, avecindados en las Indias en tanto no hubieren estado ni estuviesen sujetos a ingleses” (Yanzi Ferreira, 1995: 219).

El 27 de abril de 1736 por orden de una Real Cédula se mandó expulsar y remitir a España a “todos los extranjeros que residieren y comerciaren en América sin el requisito de licencia y carta de naturaleza” (Yanzi Ferreira, 1995: 219); medida que fue cumplida con excesiva parcialidad como todas las que le precedieron.

Sin embargo, una de las primeras órdenes de expulsión ejecutada en Buenos Aires fue la dispuesta por el gobernador Miguel de Salcedo, quien en 1740, cumpliendo estrictamente con lo ordenado por la metrópoli, mandó expulsar en el plazo de veinte días a “todos los portugueses casados y solteros que residieran en el territorio” (Matraya & Ricci, 1978: 579 en Yanzi Ferreira, 1995: 219).

Esta resolución causó un revuelo de tal magnitud en Buenos Aires que se tuvo que pedir la mediación del Cuerpo Capitular invocando la ley 10, título 27, libro 9 de la Recopilación que exceptuaba de la expulsión de extranjeros a los que sirviesen en oficios mecánicos a la república. “Porque la principal causa consiste en purgar la República de personas que no convienen y conservar las que fueren útiles y necesarias guardando la integridad de nuestra santa fé católica” (Yanzi Ferreira, 1995: 220).

La expulsión finalmente se redujo a los extranjeros solteros, solución aconsejada por el Consejo de Indias en septiembre de 1742, permitiéndoles

incluso avecindarse tierra adentro.⁹ Ello probaba que en la ciudad no todo era rivalidad, y que por más que la ley impusiera ciertas pautas los hechos demostraban lo contrario. La presencia de súbditos portugueses residiendo, comerciando, trabajando y tratando en Buenos Aires -aunque fuera considerada un peligro dada la proximidad de la Colonia del Sacramento y el Brasil portugués- se hacía indispensable. Los artesanos, los trabajadores rurales y de los demás oficios (marinos y mecánicos, en este caso en particular) llevaron a que las autoridades reconsiderasen la medida por la supervivencia misma de la ciudad, la cual se quedaría -en caso de hacer lugar a la cédula de expulsión- sin una mano de obra esencial para su vida cotidiana.

También es cierto que, ante los cambios que se estaban sucediendo a mitad del siglo XVIII en Buenos Aires, los extranjeros y sus oficios específicos eran de fundamental importancia. Magnus Mörner señalaba que el cambio más importante en la ciudad había sucedido entre 1720 y 1740, cuando la misma ganó en extensión así como en la construcción de edificios de ladrillos, casas de dos pisos y algunas iglesias de importancia (Mörner, 1959: 10-17). En esta lenta trasformación de la aldea en ciudad aparecía la obra del extranjero, ya que maestros italianos, tallistas portugueses y trabajadores de otras nacionalidades presentaban un espectro de actividades diversas en torno a la nueva urbe que se estaba gestando en estas márgenes del río.

Por otro lado, la presencia portuguesa en la margen septentrional del Río de la Plata continuaba siendo un serio problema para una Corona que día a día intentaba consolidarse con más fuerza dentro de la región. La residencia en la urbe de súbditos portugueses y la permanencia del conflicto con Portugal determinaron el dictado de una legislación más severa con el fin de frenar la expansión lusitana o adoptar represalias.

Buenos Aires se debatía dentro de una legislación contradictoria respecto a sus extranjeros. Un nuevo bando del gobernador, del 5 de abril del 1743, insistía en prohibir el ingreso de extranjeros al Río de la Plata y en obligar a los solteros a abandonar el territorio, impidiendo también a los casados ser propietarios de pulperías y otros comercios.¹⁰

⁹ Para mayor información acerca del tema remitirse a: Tau Anzoátegui, 1982; Yanzi Ferreira, 1995: 23.

¹⁰ Bando de los virreyes y gobernadores del Río de la Plata (1741-1809), Buenos Aires,

Ante esta nueva disposición se volvió a plantear en la ciudad el mismo conflicto suscitado por la ordenanza anterior. Nuevamente la orden de expulsión había conmocionado a los habitantes de Buenos Aires y tuvo que intervenir, como previamente lo había hecho, la autoridad del Cabildo a través de su Procurador General, quien presentó un memorial al Gobierno el 26 de Mayo de 1743 puntualizando los progresos que había causado a la ciudad la presencia del artesano de origen extranjero. Sin embargo el gobernador Ortiz de Rosas insistió con su bando, incrementando las penas a los que no cumplieran con la ley y recompensando a los denunciantes de los mismos (Yanzi Ferreira, 1995: 220-221).

Los gobernadores Domingo Ortiz de Rozas (1742-1745) y su sucesor José de Andonaegui (1745-1755) parecieron ser quienes tuvieron una actitud más firme respecto a la imposición de la ley contra los extranjeros; no obstante vemos que en ambos gobiernos la severidad de la ley no dio los resultados esperados. Así lo demostraba el último bando respecto a los extranjeros dictado por Ortiz de Rosas en 1745. El mismo demostró el fracaso de sus dictámenes anteriores e impuso con firmeza el cumplimiento de lo ordenado debido a que muchos extranjeros habían quedado ocultos en la ciudad o en el campo (Yanzi Ferreira, 1995: 221).

José de Andonaegui ordenó en enero de 1750, ante el incumplimiento de los anteriores, un nuevo bando por el cual sometía a los extranjeros a la misma legislación de internación o expulsión de vagos, holgazanes y malentretenidos o personas sin oficio o beneficio conocido. De ese modo se legislaba por igual sobre vagos y extranjeros, dándoles idénticos plazos y condiciones en los decretos de expulsión. A pesar de intentar poner fin a este problema, su cosecha fue magra.¹¹

Cuando Buenos Aires creció y fue adquiriendo características de urbe pudo definirse un grupo social urbano que no estaba incluido en la corporación de vecinos y que, además, se oponía a esta. A esa nueva multitud no se la podía expulsar -como había sido la forma tradicional de autoprotección del Antiguo Régimen- sino que, por el contrario, había que incorporarla de

Archivo General de la Nación. 1997, Libro 1 folios 19-20, en Yanzi Ferreira, 1995: 220.

¹¹ Bando de los virreyes y gobernadores del Río de la Plata (1741-1809), Buenos Aires, Archivo General de la Nación. 1997, Libro 1 folios 270-272, en Yanzi Ferreira, 1995: 222).

alguna manera al orden. Precisamente, una de sus principales características era hallarse por fuera del sistema social y de las formas de disciplinamiento de la colonia (Zamora, 2009: 112). De este modo, cuando la ciudad tomó importancia como polo de atracción comenzó a recibir hombres y mujeres que se incorporaban a la vida cotidiana convocados de alguna manera por las demandas de labores artesanales o en busca de empleo, instalándose temporalmente donde podían hasta hallar ubicación, lo cual constituyó un serio problema para la urbe en crecimiento. Dentro de ese grupo algunos extranjeros encontraron su lugar.

Al llegar Pedro de Cevallos al gobierno de Buenos Aires intentó controlar la situación en la ciudad rectificando los bandos anteriores con amenazas serias para los encubridores y penas más severas para los que no cumplieran la ley. Sus acciones contra la Colonia del Sacramento en 1763 lo llevaron a remitir a Mendoza en calidad de prisioneros a 75 portugueses, situación que se repitió luego de las acciones definitivas contra la Colonia en 1777.¹²

Otro caso de aplicación singular de las disposiciones sobre expulsión de extranjeros fue, durante la gobernación de Cevallos, la relacionada con los *maestros panaderos*. Las panaderías de Buenos Aires, en general en manos de extranjeros mayoritariamente franceses, según acusaba el procurador general de Buenos Aires Don Francisco Cabrera, obtenían ganancias desmesuradas por el incremento del costo del pan. Su petición fue estudiada por el Cabildo, el cual volvió a la carga con los viejos bandos que no admitían extranjeros en trato comercial alguno; sin embargo, esta fue otra legislación cumplida con parcialidad (Yanzi Ferreira, 1995: 227).

En cuanto a la persecución religiosa de la Inquisición, durante el siglo XVIII las autoridades borbónicas parecieron estar más preocupadas por las cuestiones políticas y el afianzamiento institucional de la Corona; así, aquella continuó con menor intensidad hasta diluirse en su demanda.

Sin embargo resulta de interés especial el informe de un sacerdote llamado Pedro Logu, quien, influenciado por la fobia antilusitana y ansioso por ofrecer sus servicios al Santo Oficio, trasmitió al Inquisidor General la infor-

¹² Se remitieron a Mendoza 75 prisioneros portugueses. Figuraban en la lista 22 pulperos, 5 marinos, 9 sastres, 4 zapateros, 7 carpinteros, 3 toneleros, 3 herreros, 3 labradores, 1 boticario, 2 plateros, 2 albañiles, 1 barbero y otros sin oficio fijo. En Gomadran Ruiz, 1969: 75.

mación sobre presuntas celebraciones religiosas judías en Colonia del Sacramento observadas desde Buenos Aires. Este hecho, más allá de lo insólito, demuestra que todavía a esta altura del siglo XVIII en Buenos Aires, para algunos, portugués era sinónimo de judío, no obstante vivir en una posesión lusitana (la Colonia del Sacramento) y bajo sus leyes, sin excluir las inquisitoriales (Lewin; 1980: 61-62).

La segunda mitad del siglo XVIII trajo un cambio trascendental en el equilibrio geopolítico del continente. Profunda ascendencia tuvo en los diferentes aspectos de la sociedad colonial la expulsión de la Orden de los jesuitas y la apropiación de sus bienes dispuesta por Carlos III a comienzos de 1767 -en un intento de reivindicar su poder sobre la Iglesia-, medida que avisaba a esta de la necesidad de obediencia absoluta, dado que los jesuitas eran conocidos por su independencia de la autoridad episcopal.

Los cambios que se sucedieron durante este período fueron más enérgicos y profundos. En ningún lugar el impacto de las nuevas tendencias de la administración fue tan evidente como en Buenos Aires en ese lapso. La permanencia de una fuerza militar adecuada produjo sus frutos en la región en 1776, cuando una expedición de 8.500 hombres atravesó el río, recobró la Colonia del Sacramento por tercera y última vez y expulsó a los portugueses de toda la Banda Oriental, victoria ratificada por el tratado de San Ildefonso en 1778 (Brading, 1990: 94-97).

La reforma radical de la administración civil la constituyó el establecimiento del nuevo virreinato en ese mismo año -con Buenos Aires como capital-, incluyendo dentro de este la región del Alto Perú con el fin de proveer a Buenos Aires de los beneficios fiscales del Potosí. Esta revalorización de Buenos Aires, con el crecimiento burocrático que implicaba la nueva administración, volvió a atraer sobre ella la mirada de muchos extranjeros, en su mayor parte vinculados a los sectores populares, que veían en la ciudad una nueva vía de movilidad social ascendente, por más que en la mayoría de los casos ello significara una utopía irrealizable (Brading, 1990: 94-97).

Otros grupos de extranjeros comenzaron a cobrar importancia dentro de Buenos Aires; entre ellos encontramos a los italianos, los cuales constituían un sector heterogéneo dentro del mundo colonial. Al carecer de una nación unificada, cada uno tenía a su región natal como nación y su presencia no era aparentemente un estorbo para las autoridades coloniales. No hemos encon-

trado bandos que se refieran estrictamente a la expulsión de *genoveses, piemonteses o sicilianos*. Otro fue el caso de los franceses e ingleses, para quienes -por motivos religiosos, políticos o situaciones especiales- fue solicitada la expulsión. El bando de expulsión de extranjeros aplicado a los *maestros panaderos* en 1761 constituye un claro ejemplo de ello (Reitano, 2010: 93).

Las últimas disposiciones de extranjería por parte de los Borbones se sucedieron en la década inicial del siglo XIX. La primera de ellas alteró el ritmo de la ciudad de Buenos Aires cuando el 23 de abril de 1803 el Consejo Real de Indias ordenó la expulsión de todos los extranjeros de estos territorios. Con motivo de dicha ordenanza se empadronó a todos los extranjeros residentes en Buenos Aires y una vez terminada la tarea, el virrey Sobremonte, por decreto del 9 de marzo de 1804, presentó la lista de los que debían ser *extrañados*. Se ordenó “que saliesen de estos reinos en los buques que en esta rada y en el puerto de Montevideo se hallan próximos a darse a la vela bajo el apercibimiento de que, en caso de no cumplirlo, se procederá al secuestro de sus bienes, a la prisión de sus personas y a lo demás que hay lugar sin admitirse excepción ni excusa alguna” (Reitano, 2010: 93).

El empadronamiento presentó algunos contratiempos. Muchos extranjeros se dieron a la vela; otros, con varios años de residencia en Buenos Aires, presentaron sus quejas -algunas de las cuales fueron contempladas por las autoridades- y aquellos que ejercían de tratantes y traficantes marcharon a regiones más seguras para su actividad, donde pudieran ejercer su oficio con tranquilidad.

El padrón de 1804 -como los de 1807 y 1809, que se realizaron con motivos similares- presenta características muy reveladoras para el estudio de la sociedad porteña del período tardocolonial. Por primera vez los italianos fueron afectados por una ordenanza de este tipo en la colonia. Por otra parte, sus cifras son significativas para tomar conocimiento de la realidad en aquellos días. De los 455 extranjeros censados en Buenos Aires en 1804, 262 eran portugueses, 101 italianos, 53 franceses, 22 ingleses y el resto de otras nacionalidades (Facultad de Filosofía y Letras, 1955: 120-177).

Aunque en proporción al resto de la población total de la ciudad (aproximadamente 40.000 habitantes) el número pareciera ínfimo, el mismo nos muestra que los portugueses concentraban los oficios portuarios y marítimos (un 20% del padrón) y los italianos se nucleaban considerablemente en

oficios que podríamos llamar *de la alimentación*. Aparecen en el padrón 5 italianos fabricantes de fideos, 6 confiteros, 4 cocineros, 3 chancheros, un harinero y un chocolatero, lo que nos está revelando —para una ciudad que imaginábamos pobre y sencilla en sus costumbres culinarias— un mercado que ofrecía las posibilidades de una ciudad mayor, como era Buenos Aires para ese período, y donde se consumía *mucho más que asado y mate* (Reitano, 2010: 159).

En marzo de 1805, ante la guerra con Inglaterra, se ordenó la expulsión de los que tenían malos informes y de cuantos no se hallasen censados, pero muchos desaparecieron, adentrándose en el interior del país. Las invasiones inglesas motivaron la realización del censo de 1807 con el fin de alistar a los solteros capaces de llevar armas, o internarlos. La cifra de extranjeros censados fue considerablemente inferior a la del censo anterior, sumando 368 extranjeros. El padrón de 1809 prácticamente igualó en cantidad al de 1804. En estos últimos censos el crecimiento considerable de extranjeros se daba entre los ingleses después de las invasiones a Buenos Aires. La situación rioplatense había cambiado demasiado en dos lustros, y una Corona que siendo poderosa no había podido controlar la inmigración clandestina, mucho menos pudo hacerlo durante su agonía (Reitano, 2010: 166).

Conclusión

Empeñada en consolidar su hegemonía, la Corona española creyó conveniente retacear derechos a los extranjeros, pero aun así el nuevo mundo constituyó un foco seductor para quienes en estas tierras encontraron -en la práctica comercial, los oficios y las artesanías- un medio efectivo de ganarse la vida.

Los extranjeros, a pesar de la legislación vigente en su contra, se adaptaron con total normalidad a la vida cotidiana del Buenos Aires colonial desde sus orígenes. Esta integración se dio sobre todo dentro de los sectores bajos, artesanales y agrícolas donde sus actividades encontraban la mayor expresión.

Un número reducido de extranjeros integró los sectores altos vinculados a los grandes comerciantes, tratantes y traficantes, pero este último grupo fue el que soportó, en menor intensidad, el rigor de las leyes de extranjería que afectaban, obviamente, a los más desprotegidos.

Los portugueses constituyeron un sector de la sociedad perjudicado por las sospechas que despertaba su posible adscripción religiosa, sobre todo en

la primera etapa de la colonización. Sin embargo, con la llegada de los Borbones esa cuestión se volvió más difusa, complejizándose con el arribo de otras nacionalidades a la región, y otros conflictos -económicos y políticos- llevaron a un segundo plano la problemática de la religión de los extranjeros.

En cuanto al Estado colonial americano, Louisa Hoberman señala que se plantea una gran controversia sobre el poder y la naturaleza del mismo. Algunos historiadores consideran que el Estado ibérico era un actor independiente en la sociedad colonial, guiado por una determinada filosofía política y representado por hombres que, en muchos casos, implantaron el orden y la justicia en la colonia; otros lo ven principalmente como preso de los grupos de élite y como un mero reflejo de sus intereses egoístas (Hoberman & Socolow, 1992: 381).

Durante algunos períodos el Estado desafió en forma agresiva a ciertos grupos corporativos y los extranjeros no estuvieron exentos de ello. Así, los Borbones retacearon la autoridad de la Iglesia y de algunos gremios de artesanos y al mismo tiempo promovieron a nuevas corporaciones, como por ejemplo al ejército y a los consulados regionales (Hoberman & Socolow, 1992: 382). Esto, obviamente, generó un choque en el que los extranjeros no dejaron de perjudicarse.

En este contexto las prohibiciones y las restricciones al ingreso de extranjeros al continente americano, así como la limitación de su residencia, las actividades y los desplazamientos, los registros y censos, fueron las medidas con que se trató de mantener la cohesión interna dentro de la colonia ante una plebe urbana que crecía y no se podía controlar, y en donde muchos extranjeros tuvieron su lugar.

Las reformas borbónicas habían otorgado a las comunidades hispanoamericanas un grado de madurez que hacía intolerable la situación colonial y despertaba en ellas la aspiración a una posición de igualdad dentro del imperio. Estas cuestiones conducen a preguntarnos acerca de los comportamientos de quienes atravesaron los mencionados procesos, sobre la forma en que se fueron construyendo los espacios de poder, las vicisitudes de las cambiantes relaciones entre los distintos sectores, sus vínculos, adaptaciones, así como las luchas y resistencias entre grupos hegemónicos y subalternos, junto con su proyección hacia un futuro diferente. El resultado de ello fue la independencia, y en los días que la precedieron muchos extranjeros e hijos de extranjeros tuvieron reservado un papel fundamental.

Bibliografía

- Brading, D. (1990). La España de los Borbones y su imperio americano. En L. Bethell (dir.). *Historia de América Latina* (Vol. 2). Barcelona: Editorial Crítica.
- Canabrava, A. (1944). *O comércio português no Río da Prata (1580-1640)*. Sao Paulo: Faculdade de Filosofia e Letras.
- Comadrán Ruiz, J. (1969). *Evolución demográfica argentina durante el período hispano (1535-1810)*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Facultad de Filosofía y Letras (1955). *Documentos para la Historia Argentina. Territorio y población* Vol. X. *Padrones ciudad y campaña de Buenos Aires (1726-1810)*. Buenos Aires: Ed. Peuser.
- Furlong Cardiff, G. (1969). *Historia Social y Cultural del Río de la Plata* (3vols.). Buenos Aires: TEA.
- Herzog, T. (2008). Nosotros y ellos: españoles, americanos y extranjeros en Buenos Aires a finales de la etapa colonial. En J. Gelabert & J. Fortea. *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVII)*. Castilla y León: Marcial Pons Historia.
- Hoberman, L. & Socolow, S. (comp.) (1992). *Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Johnson, L. (1974). *The artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty (1776-1810)*. Ph. D. diss, The University of Connecticut, Mimeo.
- Johnson, L. (1979). Estimaciones de la población de Buenos Aires en 1744, 1778 y 1810. *Desarrollo Económico*, 73.
- Lafuente Machain, R. de (1931). *Los Portugueses de Buenos Aires (Siglo XVII)*. Madrid: Tipografía de Archivos.
- Lewin, B. (1980). Los Portugueses en Buenos Aires en el Período Colonial (Vol. I y IV). *VI Congreso Internacional de Historia de América* Vol. I, Buenos Aires: ANH.
- Lockhart, J. (1968). *Hispanic Peru. 1536-1560: A colonial society*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Maeder, E. (1984). *La formación de la sociedad argentina desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII*. Resistencia: UNNE.
- Matraya y Ricci, J. J. (1978). *Catálogo Cronológico de las Pragmáticas, Cédulas, Decretos, Órdenes y Resoluciones Reales generales emanados después de la Recopilación de las Leyes de Indias*. Buenos Aires: Instituto

- de Investigaciones de Historia del Derecho.
- Medina, J. T. (1945). *La Inquisición en el Río de la Plata*. Buenos Aires.
- Mörner, M. (1959). Panorama de la sociedad del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII. *Estudios Americanos*, 92-93.
- Ots Capdequi, J. M. (1940). *Estudios de Historia del Derecho Español en las Indias*. Bogotá: Editorial Minerva.
- Ots Capdequi, J. M. (1941). *El Estado Español en la Indias*. México: El Colegio de México.
- Reitano, E. (2010). *La inmigración antes de la inmigración. Los portugueses de Buenos Aires en vísperas de la Revolución de Mayo*. Mar del Plata: EUDEM.
- Tau Anzoátegui, V. (1982). Una defensa de los extranjeros en el Buenos Aires de 1743 Vol. IV. *VI Congreso Internacional de Historia de América*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Torre Revelo, J. (1970). *La sociedad colonial. Buenos Aires entre los Siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Editorial Pannedille.
- Yanzi Ferreira, R. (1995). Expulsión de extranjeros en el Buenos Aires colonial. *Revista de Historia del Derecho Dr. Ricardo Levene*, 30.
- Zamora, R. (2009). *San Miguel de Tucumán, 1750-1812. La construcción del espacio físico, de sociabilidad y de poder*. Tesis de doctorado. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

Incidências da guerra em uma fronteira imperial: Rio Grande de São Pedro, 1750-1825

Helen Osório

A constituição do último espaço português na América, sua estremadura meridional, teve, na segunda metade do século XVIII, como uma de suas características fundamentais os conflitos armados de exércitos regulares e irregulares dos impérios português e espanhol. A dinâmica de contatos e embates das populações locais de origem espanhola, portuguesa e nativos foi um dos fatores que moldou este espaço fronteiriço. Este texto objetiva analisar algumas formas da incidência dessas guerras na conformação social e econômica da capitania do Rio Grande de São Pedro até o primeiro quartel do século XIX: o trânsito de homens e animais pelas fronteiras, os efeitos sobre o patrimônio produtivo agrário (gado, terras e escravos), e sobre o polpudo negócio da arrematação de contratos e suas formas de pagamento.¹

Fronteira: deserção, contrabando e apropriação de terras

Ainda que Portugal e Espanha pretendessem traçar uma linha ideal para dividir seus impérios na América meridional, tropeçaram, literalmente, sobre o terreno: desconheciam aquelas terras, não tinham denominado sequer seus rios e discutiam sua localização no momento de realizar a demarcação, como ocorreu após os tratados de Madri de 1750 e de Santo Idelfonso, de 1777 (Osório, 1990). Era uma fronteira política de difícil materialização. De difícil materialização porque não havia diferenças marcantes naquelas terras

¹ As análises apresentadas a seguir encontram-se nos capítulos 2, 3, 8 e 11 de nossa obra, Osorio, 2007.

recém dominadas pelos dois impérios europeus, fosse em termos geográficos, demográficos ou de paisagem agrária. Boa parte da área do atual Rio Grande do Sul formava um *continuum* com a Banda Oriental (atual Uruguai), caracterizado por uma ocupação da terra muito laxa, uma baixa densidade demográfica, se comparado a outras regiões americanas e uma mesma forma de organização espacial da produção: pequenas propriedades dedicadas simultaneamente à agricultura e à pecuária ao redor dos escassos núcleos urbanos e grandes unidades dedicadas principalmente à criação de animais nas zonas mais longínquas. Enfim, uma estrutura agrária bastante semelhante.

Estaríamos, pois, frente ao que Pierre Vilar denominou de zona-fronteira. Nesta situação, pela ocupação dispersa da terra e pelo povoamento escasso, as agrupações humanas não têm fronteiras fixas, exatas, demarcadas, mas sim que se definem enquanto uma zona, uma área, na qual não existe uma divisão talhante (Vilar, 1982a: 147-149; Vilar, 1982b: 184-197).

Investigaremos a seguir alguns fatos da fronteira para caracterizá-la como imprecisa, móvel, provisória e permeável, verificando vários tipos de trocas e circulação de pessoas. A deserção dos exércitos, o contrabando de gado e a apropriação de terras são os fatos escolhidos que nos possibilitarão compreender a dinâmica da fronteira hispano-portuguesa que foi configurando-se no século XVIII.

As deserções dos exércitos ocorriam tanto durante os períodos de guerra quanto nos de paz. As grandes demoras no pagamento dos soldos, a falta de uniformes e a disciplina militar produziram uma deserção constante dos dois exércitos. No caso português, os atrasos no pagamento dos soldos chegaram algumas vezes a quase dois anos. Tão perigosa quanto estas demoras, como incentivador das deserções, era a ausência de carne nas rações do exército, numa região em que a carne bovina era a base da alimentação. Como advertiu o Governador Marcelino de Figueiredo, “(...) é mais fácil subsistir o exército alguns meses sem soldos, do que sem a regular assistência de carne neste Continente”.² A falta de carne para o abastecimento das tropas produzia uma debandada generalizada. Encontramos na documentação frequentes referências ao estado crítico em que os soldados viviam, seminus e sem far-

² Gov. Marcelino de Figueiredo ao Gal. Bohm, Rio Pardo, 17/01/1777. Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, (BN, RJ), 13, 4, 7, doc. 2, fl. 2.

damento, de tal forma que atingia a moral e honra do próprio exército, como advertiam os governadores ao vice-rei, continuadamente. Em 1779 o governador reclamava que o último fardamento havia sido fornecido 6 anos atrás. Da mesma forma, são várias as referências sobre os castigos, especialmente a “roda de pao”, infligida aos soldados.

Na década de 1780, num período em que as hostilidades já haviam cessado, desertavam anualmente de 3 a 8% dos militares, de um total médio de 720 soldados, que compunham a tropa.³ As autoridades de ambas as Coroas, nos tempos de paz, trocavam os desertores que se encontravam em suas terras. Durante as guerras, especialmente na que resultou na ocupação da vila de Rio Grande e territórios adjacentes, as deserções dos inimigos eram incentivadas e premiadas em dinheiro, além deles serem utilizados como *bombeiros*, ou seja, espiões. Com uma certa frequência as duas Coroas concediam anistias, buscando reincorporar os vassalos rebeldes aos seus respectivos exércitos. Muitos atendiam a estes chamados e retornavam a seu império original, mas vários outros estabeleciam-se definitivamente do outro lado. Foi o caso por exemplo de Manuel Cipriano de Mello. Em 1792, o governador queixava-se ao vice-rei: “O encarregado espanhol de vigiar a fronteira do Jaguarão é Manuel Cipriano de Mello, não só português e desertor, mas traidor inominável da Coroa e Domínios de Sua Majestade”.⁴ Este tipo de “traição” foi muito mais frequente do que as historiografias nacionais, produzidas a partir do século XIX, admitem.

Como viviam estes desertores? O campo das possibilidades era restrito: estabelecer-se como pequeno produtor em terras que já não fossem incertas, tornar-se peão de estância, contrabandista ou arreador. Estas possibilidades não eram excludentes, e muitos as experimentaram alternada ou sucessivamente. “Arrear”, significava, para a população local, recolher, arrebanhar gado selvagem nos campos indivisos. Para as autoridades e habitantes de outras partes da América portuguesa significava roubar gado.⁵

³ Cálculo realizado a partir dos “mapas das tropas” do período 1780-85, constantes do cód. 104, vols. 4, 5 e 6 do Arquivo Nacional, Rio de Janeiro (AN, RJ).

⁴ Veiga Cabral ao Conde de Rezende. Povo de São João Batista, 6/01/1792. BN, RJ - I-31-36,5 nº 115.

⁵ Francisco Ferreira de Souza, natural do Rio de Janeiro e cirurgião-mor de seu 1º Regi-

Por exemplo, em 1779 são enviados nove presos a conselho de Guerra no Rio de Janeiro. Quatro soldados pela mesma causa: “por desertor e ir com outros ladrões a fazer arreadas e distúrbios em Montevideo”. Outro, “por não querer prender o celebrado ladrão Perdiz”; Francisco Pereira, índio, “por acompanhar o Perdiz e outros ladrões a fazer arreadas às Estancias de Montevideo” e Inácio de Almeida, pardo, “por se dizer ter feito uma morte e ser vadio e arreante”.⁶ Note-se que os soldados estavam presos não pela deserção em si, mas por serem reputados ladrões, e perturbarem a boa paz com os espanhóis, recém obtida.

Uma última observação sobre as deserções. Elas eram muito mais comuns entre os soldados originários do Rio Grande, ou que aí já estivessem estabelecidos há mais tempo, do que entre as tropas recém chegadas de outras regiões da América Portuguesa. Em 1776 o governador explicava que “eles paulistas não costumam fugir para os castelhanos”.⁷ A prática dos indultos aos desertores antes de se iniciar uma nova campanha militar perdurou pelo menos até o final do período analisado.

O comércio e as arreadas praticadas e incentivadas durante as guerras,⁸ tornavam-se em tempos de paz em “contrabando” e “roubo”, atividades delitivas e perseguidas pelas duas Coroas, a maior parte das vezes sem sucesso. A documentação existente dá conta de que vassalos dos dois impérios estavam nelas envolvidos, indistintamente. Ainda que as autoridades militares, espan-

mento, participou da reconquista do Rio Grande. Elaborou então um pequeno vocabulário de termos particulares do Rio Grande do Sul, primeiro do gênero de que temos notícia. A maior parte das palavras referem-se à criação e trato do gado e tem origem no espanhol falado na região do Rio da Prata. “Termos de pernuncia pelo q' se explicão os naturaes do Rio Grande e todo o Continente, Rio Pardo e Viamão”, de Francisco Ferreira de Souza, 1777. In: *Anais do Simpósio comemorativo do bicentenário da restauração do Rio Grande (1776-1976)* (Vol. III). Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1979, p. 270.

⁶ AN, RJ, código 104, vol. 1, fl. 5

⁷ Governador Marcelino de Figueiredo ao Gal. Bohm, Porto Alegre, 30/06/1776. BN, RJ, 13,4,6, nº 155, fl. 297.

⁸ Por exemplo: “De presente não tem ocorrido nesta tranqueira mais do que terem chegado 1300 reses, tiradas da campanha dos inimigos donde se acham mais de 100 peões fazendo coirama, e todas as hostilidades que lhe ordenei pudessem fazer”. - Francisco Barreto Pereira Pinto ao Bispo do Rio de Janeiro, Quartel Jesus Maria José do Rio Pardo, 5/3/1763 Arquivo Histórico Ultramarino (AHU), RJ, cx. 72, doc. 26

holas ou portuguesas, atribuísssem aos moradores do outro lado da fronteira esta prerrogativa.

A tomada de gado nos campos indivisos foi fundamental para o estabelecimento das estâncias e da atividade pecuária nos territórios portugueses. A quantidade de reses que eram conduzidas é de difícil avaliação, por tratar-se de contrabando. Apenas para o período de guerra é possível uma aproximação numérica, pois encontramos registradas, na correspondência entre autoridades militares, as quantidades de gado apresado. Para o ano de 1776 foram trazidas, no mínimo, 14 mil cabeças de gado, o que representava 18% do rebanho *vacum* existente em todo o Rio Grande no ano de 1774.⁹ Tendo-se em conta que a taxa de reprodução do gado na região nesta época é de 25%,¹⁰ estas 14 mil reses representariam o produto da criação anual de um rebanho de 56.000 cabeças. Compreende-se, assim, a importância destas razias como móvel para as guerras, para a ocupação de novas terras e para a constituição da atividade pecuária na região.

Este gado arrebanhado era selvagem, ou xucro, no linguajar particular do Rio Grande.¹¹ As autoridades coloniais sempre queixaram-se do desmazelo dos criadores (denominados localmente de estancieiros, da mesma forma que nos territórios espanhóis), que não domesticavam seus rebanhos, não submetendo o gado a currais ou marcando-o. O que alguns consideravam “ócio” dos estancieiros, na verdade era uma estratégia de ampliação de seu patrimônio. Na medida em que mantinham seu gado bravo e sem marca, este gado podia ser confundido com aquele trazido dos territórios espanhóis. Quando os guardas de fronteira aprendiam o gado *vacum* que os criadores tentavam

⁹ Havia 79.760 reses no Rio Grande neste ano. “Mapa das tropas e das munições de guerra e de boca que se acham no Continente (...).” BN, RJ, 13, 4, 6, doc. 4, fl. 7.

¹⁰ “*Calculo regular e racional assentado entre todos os Estancieiros (...)*” AHU, RG, cx. 5, doc. 56

¹¹ Xucro é sinônimo de bravo em “*Termos de pernuncia pelo q' se explicão os naturaes do Rio Grande e todo o Continente, Rio Pardo e Viamão*”, de Francisco Ferreira de Souza, 1777. In: *Anais do Simpósio comemorativo do bicentenário da restauração do Rio Grande (1776-1976)* (Vol. III). Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1979. A palavra “xucro” é originária do quechua “chucru”, significando ‘duro’, chegando-nos através do espanhol platino “chúcaro”, segundo Aurélio Buarque de Holanda Ferreira em seu *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*, 1^a ed, 7^a impressão, Rio de Janeiro, 1975, p. 1.480.

contrabandear, estes sempre alegavam que os animais eram do próprio Continente, e que ainda não possuíam a marca, por serem bravos.¹² Portanto, interesses muito concretos regiam as decisões e cálculos econômicos dos produtores, e não sua “indolência” e “ociosidade”, como afirmavam algumas autoridades coloniais.

Espanhóis, portugueses, índios e negros realizavam, conjuntamente, arreadas e contrabando. Estas atividades não eram exclusividade dos súditos de alguma das duas Coroas; eram praticadas pelo conjunto dos habitantes desta zona-fronteira, forjando solidariedades que suplantavam a lealdade aos seus reis.

As partidas espanholas, em incursão nos rios Vacacaí e São Sepé mataram um português chamado Francisco Lemos por se achar fazendo couros e resistir com uma arma de fogo na ocasião em que o queriam prender e ainda levaram para Montevideo quatro portugueses presos, incluso um escravo, todos igualmente contrabandistas, e a dez ou doze espanhóis e índios que se ocupavam no mesmo comercio ilícito do contrabando. (...) E a um menino português de dez anos, que acompanhava a seu pai, o qual podendo escapar-se voltou para o distrito de Jacuí aonde é morador.¹³

Um novo governador, recém chegado do Rio de Janeiro, em 1787, constata que o contrabando é um hábito: “um grande número de moradores do outro lado do Sangradouro de Merim (...) tem feito hábito dos contrabandos, de sorte que ou os exercitam ou dão asilo em suas fazendas aos ladrões do campo e vagabundos que o fazem”.¹⁴ Conclui, um pouco atônito, que os poucos contrabandistas que são presos tem sua carga confiscada, mas que os mesmos não sofrem nenhuma punição. O contrabando era, pois, uma prática habitual, corriqueira, de circulação de mercadorias, naquele espaço.

Os produtos mais comumente apreendidos pelos portugueses eram cavalos, mulas, reses, couros, fumo e armas de fogo. Mais raramente, algum

¹² Gov. interino do Rio Grande Cel. Joaquim José Ribeiro da Costa ao Vice-rei, Rio Grande, 11/03/1788. AN, RJ, cód. 104, vol. 10, fl. 207.

¹³ AN, RJ, cód. 104, vol. 7, fl. 186

¹⁴ Governador interino ao Vice-rei, Rio Grande, 27/07/1787. AN, RJ, cód. 104, vol. 9, fl. 200.

escravo. Estes, aliás, não fugiam num único sentido, como afirma certa historiografia brasileira. Os espanhóis inúmeras vezes também reclamavam que seus escravos não eram devolvidos pelos portugueses.

Finalmente, a questão da propriedade da terra. As autoridades de ambos os lados incentivaram a fixação de colonos em suas terras, independentemente da sua naturalidade e origem. O que interessava aqui era “avançar sobre os campos”, apropriar-se de terras e demarcar soberanias. Encontramos, então, governadores do Rio Grande concedendo “datas de terras” a espanhóis, ou castelhanos,¹⁵ assim como governadores da Banda Oriental (atual Uruguai) deram títulos de propriedade a povoadores portugueses que aí moravam e os solicitaram.

Por exemplo, um deserto português fixado na zona-fronteira foi agraciado com um dos títulos concedidos pelo demarcador espanhol Felix de Azara ao fundar Batoví, naquele momento território de Espanha. Depois da conquista desta área pelos portugueses em 1801, este proprietário apresenta o título espanhol às autoridades portuguesas e reclama seu reconhecimento e a manutenção de sua posse. Supomos que este caso não tenha sido uma exceção, mas expressão, também, de uma prática difundida.

Inventários e testamentos das épocas de guerra possibilitam-nos perceber como a fronteira é vivenciada nestes momentos e que expectativas parte da população tinha em relação ao futuro. A percepção da provisoriade da fronteira está plasmada em dois inventários do tempo da ocupação espanhola de Rio Grande. Um de 1769 e outro de 1770.¹⁶ No primeiro, a viúva, inventariante, explicava que não avaliou um dos campos que o casal possuía, situado do outro lado do rio Camaquã, onde o marido criava mulas e possuía escravos, por que estes campos estavam nessa data localizados em terras de Espanha. Como que desculpando-se, afirmava que seu marido havia ocupado aquelas terras como tantos outros

¹⁵ Por exemplo, requerimento de terras de Eugenio Barragán, espanhol, 20/dez/1768. Arquivo Histórico do Rio Grande do Sul (AHRS), Livro de Registro nº163, fl. 163 e requerimento de Francisco Martins, espanhol 24/set/1791 AHRS, Livro de Registro nº 167, fl. 94. Entre os inventários da amostra trabalhada, pudemos determinar a origem de dois inventariados como sendo espanhóis, estabelecidos no Rio Grande.

¹⁶ AHRS, inventários do 1º Cartório de órfãos e ausentes de Porto Alegre, maço 3, nº 27, 1769, e nº 33, 1770.

moradores. E que portanto avaliara apenas os escravos e os animais que ali se encontravam. Se aquelas terras viessem a ser conquistadas pelos portugueses, ela então faria sua avaliação.

Perspectiva otimista semelhante teve Manuel Pereira Roriz, que em seu testamento lembrava possuir na vila de Rio Grande uma morada de casas e algumas chácaras. Afirmava que “quando se nos venham entregar a vila, meus testamenteiros nada deverão perder”. A expectativa, nos dois casos, era a de que os portugueses retomariam territórios e avançariam sobre outros.

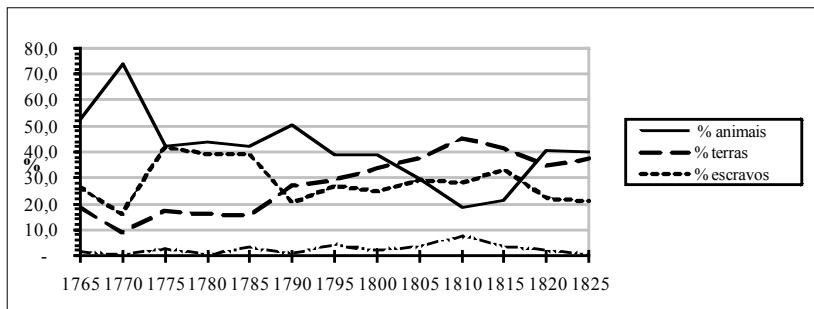
Conjunturas de guerra e o patrimônio produtivo agrário

É possível estabelecer uma periodização da época em estudo relacionando a participação dos principais meios de produção no patrimônio produtivo total¹⁷ das unidades produtivas, com as conjunturas de guerra. Pois estas criavam situações e expectativas que alteravam o preço dos principais meios de produção, seja por um aumento acelerado do consumo (é o caso do gado), seja pela insegurança e risco que se produzia sobre determinados bens, como a terra, e atividades econômicas, como a agricultura.

No gráfico 1, observa-se que os animais constituem a maior parte do patrimônio produtivo até o ano de 1800, nunca tendo uma participação inferior a 40%. Nos três quinquênios seguintes perdem a primeira posição para as terras, recuperando-a nos dois últimos. Estas, por sua vez, de 1765 a 1785, nunca chegaram a representar 20% do valor total. Em 1790 ultrapassam definitivamente o montante dos escravos e, de 1805 a 1815, tiveram o maior percentual. Já a escravaria atinge sua participação máxima em 1785, oscila até 1815, sofrendo então nova queda. Como relacionar estas oscilações com as conjunturas de guerra?

¹⁷ Foram selecionados os inventários da amostra que possuíssem bens rurais, ou cujos inventariados notoriamente exercessem atividades no campo (como peões, por exemplo). Excluíram-se os inventários exclusivamente urbanos. Trabalha-se neste momento, portanto, com 401 inventários da amostra total que é composto de 541 inventários. Considera-se como patrimônio produtivo total o valor dos animais, terras, benfeitorias, instrumentos, equipamentos, culturas, produtos pecuários e escravos avaliados. Ficam excluídos outros ativos presentes nos inventários como bens comerciais, imóveis urbanos, dinheiro e dívidas ativas.

Gráfico 1. Participação dos bens de produção (%) no patrimônio produtivo total, 1765-1825.



Fonte: 401 inventários *post-mortem*, Arquivo Público do Estado do Rio Grande do Sul.

A vila de Rio Grande, tomada pelos espanhóis em 1763, foi reconquistada pelos portugueses em 1776. Mas, no início de 1777, nova ofensiva espanhola ocupou a ilha de Santa Catarina e a Colônia de Sacramento, mantendo o estado de guerra. A ilha foi devolvida a Portugal com a assinatura do Tratado de Santo Idelfonso em outubro daquele ano; a Colônia, entretanto, deixou de pertencer a Portugal. A paz foi restabelecida, mas a demarcação de limites prevista no Tratado iniciou-se apenas em 1784. Pode-se considerar que a instabilidade das possessões portuguesas prosseguiu até então. É o que indica o mesmo gráfico: no período de 1765-1785 o valor dos animais é o predominante entre os bens de produção, secundado pelos escravos e seguido de longe pelas terras. Os bens móveis suplantam amplamente as terras e suas benfeitorias, numa sociedade em que os bens devem poder ser rapidamente evacuados.

É interessante, para compreendermos este primeiro período de guerra, observar a lista de prejuízos tidos com a guerra que os moradores de Rio Grande enviaram ao rei em 1765. Dos 416.773\$800 a que montavam as perdas, 60% do valor referia-se a animais, 28,8% a imóveis urbanos e gêneros de comércio, 4,6% a escravos, 3,4% a produção (trigo, queijos e couros) e 3% a “benfeitorias das fazendas”. A perda de suas terras não é contabilizada como prejuízo; apenas as benfeitorias, e numa proporção ínfima, se comparada aos animais ou aos bens urbanos. Perderam-se apenas 150 escravos; em contrapartida, os danos com animais foram da ordem de 9.000 ovelhas, 1.400

mulas, mais de 5.500 cavalos, 3.700 bois, 46.000 éguas e 119.000 cabeças de gado.¹⁸ Percebe-se que os bens mais difundidos entre a população eram os animais, que as benfeitorias das propriedades eram muito poucas, e que a população mais abastada possivelmente conseguiu fugir para Viamão levando seus escravos.

Os anos de 1790 a 1810 são de paz e rápido desenvolvimento econômico. Ainda que no ano de 1801 tenha ocorrido a conquista portuguesa das Missões, a guerra foi breve, um movimento rápido, não configurando uma nova conjuntura bélica. A partir de 1790 a participação das terras no valor total do meios de produção cresce sem cessar até 1810, do mesmo modo que os equipamentos e produtos, enquanto a dos animais descende a uma faixa inferior aos 20%. Os escravos, por seu lado, não mais atingirão o patamar do período anterior.

Outros indicadores demonstram a aceleração do crescimento econômico no período: os habitantes passam de 17.923, em 1780, para 41.083 em 1805 e a população escrava de 5.102 para 13.859,¹⁹ o que significa uma taxa de crescimento anual de 3,37% para a população total, e de 4,09% para a população escrava; o rebanho *vacum* cresceu 320% de 1780 a 1791; o monte-bruto médio dos inventários 244,5% e o plantel médio de escravos de 5,8 para 8,1 cativos. Tampouco não nos parece coincidência que os primeiros registros de exportação encontrados, sistematizados, sejam de 1787.

Uma nova conjuntura de guerra inicia-se, para efeito de nossa periodização, em 1815 e estende-se até 1825, limite final de nossa investigação. O processo de independência das colônias espanholas do Rio da Prata mobilizou exércitos já em 1810, com envio de tropas ao Alto Peru. Em 1811 as tropas luso-brasileiras invadiram a Banda Oriental até 1812, retiraram-se parcialmente para retornarem em 1815. No início de 1817 tomaram Montevidéu, sendo a Província Cisplatina estabelecida em 1821. As operações de

¹⁸ “*Relação apresentada pelo Senado da Camara do Continente do Rio Grande de São Pedro do Sul a El Rey Fidelíssimo N.S. dos prejuízos que tiverão seus vassalos em seus bens na passada guerra, (...)*” Capela de Viamão, 23/8/1765. AHU, RJ cx. 85, doc. 43.

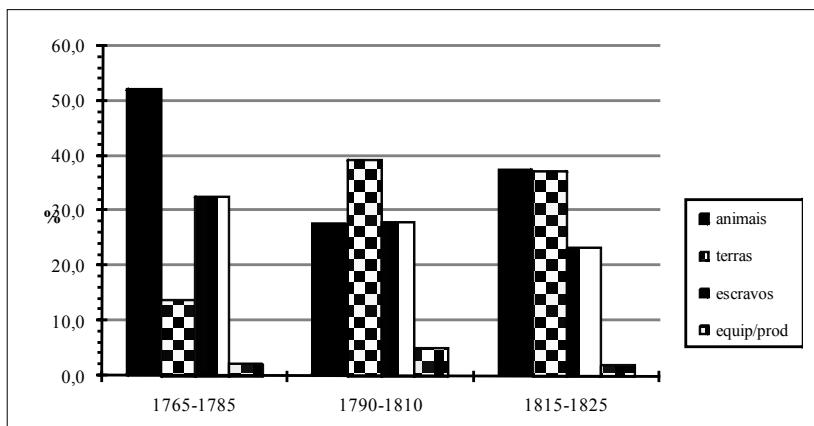
¹⁹ “*Mapa geográfico do Rio Grande de São Pedro suas freguesias e moradores de ambos os sexos, com declaração das diferentes condições (...)*”, 7 de outubro de 1780. BN RJ, e “*Mapa de toda a população existente na capitania do Rio Grande de São Pedro do Sul no ano de 1805*”. AHU - RS - Cx.17, doc. 25

guerra, saques, requisições de gado e roubos não cessaram até 1828, quando foi fundado o estado uruguai.

Neste período, como no primeiro, os animais passam novamente a compor a parte mais importante dos bens de produção, enquanto as terras diminuem sua participação, da mesma forma que os escravos e os equipamentos e produtos.

A agregação dos valores para estes períodos indica a correção da proposta de periodização. Os movimentos acima assinalados confirmam-se e estão representados no gráfico 2.

Gráfico 2. Participação dos bens de produção (%) no patrimônio produtivo total, por períodos, 1765-1825



Fonte: 401 inventários *post-mortem* Arquivo Público do Estado do Rio Grande do Sul

O peso da escravaria diminui a cada um dos momentos, embora o tamanho médio dos plantéis e o preço dos escravos tenham aumentado.²⁰ Já os animais são o bem de produção que compõe a maior parte do patrimônio nas duas conjunturas de guerra (52% e 37,4% respectivamente), ainda que na última as terras possuam praticamente o mesmo peso (37,3%). De qualquer forma, as variações em relação ao período de paz são bem definidas: neste,

²⁰ O tamanho médio do plantel é de 5,8 escravos inicialmente, passando a 8,1 e depois a 9,7; o preço médio de um escravo do sexo masculino, na faixa dos 20 a 30 anos, em réis, cresceu 30,3% do primeiro para o segundo período, e 56% do segundo para o terceiro.

os animais têm sua mais baixa participação, enquanto as terras e os equipamentos/produtos alcançam seus máximos. Isto ocorre apesar do crescimento de 120,5% no tamanho médio do rebanho vacum, entre o primeiro período de guerra e o de paz. A explicação parece estar na evolução dos preços (em réis) do gado e das propriedades rurais²¹: o da cabeça de gado diminui 7,1%, enquanto o preço médio das propriedades sobe 634,7%, do primeiro para o segundo momento! De 1790-1810 para 1815-1825, a cabeça de gado sobe 114%, enquanto as unidades produtivas aumentam em 85,8% seu preço médio.

Outras fontes confirmam os grandes aumentos do preço do gado durante os conflitos. Um arrematante dos açouques (“retalhos públicos”) de Porto Alegre, em 1816, pede a reforma do contrato por este motivo, esclarecendo que de 2\$000 passou a 4\$000 a cabeça, “por causa da guerra não esperada e presente campanha, subiu de repente o preço (...) e cresce cada vez, tendo-se elevado a 5\$440 como é público e notório (...).”²² Um aumento de 172% de 1815 para o ano seguinte.

Portanto, os preços do gado vacum aumentam mais, e rapidamente, em tempos de guerra, enquanto as terras aumentam lenta e progressivamente, refletindo-se este movimento na composição do patrimônio produtivo. A guerra é um momento propício para arrear, roubar gado e, simultaneamente, é um momento em que seu consumo cresce muito: seja na alimentação das tropas, seja como o butim passível de ser conquistado. No início da ocupação espanhola em Rio Grande, um chefe militar comunicava aos superiores: “De presente não tem ocorrido nesta tranqueira mais do que terem chegado 1300 reses, tiradas da campanha dos inimigos donde se acham mais de 100 peões fazendo coirama, e todas as hostilidades que lhe ordenei pudessem fazer”.²³

²¹ Infelizmente foi-nos impossível determinar o preço do hectare de terra, pois apenas 23% das propriedades avaliadas nos inventários possuem sua extensão declarada. A única aproximação possível, com esta fonte, à evolução dos preços das terras, foi calcular o preço médio das propriedades rurais para cada período.

²² Antônio José da Silva Guimarães arrematara o contrato para os anos de 1816-1818. Em sua petição ao Desembargo do Paço declara que só no ano de 1816 teve um prejuízo de 4 mil cruzados (1.920\$000). Petição ant. janeiro/1817, AN, Desembargo do Paço, cx. 187, pac. 2.

²³ Francisco Barreto Pereira Pinto ao Bispo do Rio de Janeiro, Quartel Jesus Maria José do Rio Pardo, 5/3/1763. AHU, RJ, ex. 72, doc. 26

Os efeitos da guerra sobre os rebanhos prolongavam-se no tempo. Em 1785, oito anos após o término do conflito com os espanhóis, o governador explicava em correspondência ao vice-rei que no Rio Pardo e Porto Alegre, territórios que tinham permanecido sob domínio português, havia muito mais gado do que na área de Rio Grande, que fora reconquistada. Por esta razão, no contrato do município das tropas estabelecera-se que a arroba de carne fornecida nos dois primeiros distritos valia 120 réis, enquanto em Rio Grande subia a 200 réis, preço superior em 67%.²⁴

Saint-Hilaire, ao percorrer a já então Província Cisplatina no final de 1820 e princípio de 1821, observa em vários momentos de sua viagem a falta de gado, que fora consumido pelas tropas artiguistas ou portuguesas, ou levado como butim (Saint-Hilaire, 1987: cap. VI-XV).

A ração fornecida ao exército compunha-se exclusivamente de carne, 2 libras (0,92 kg) e farinha de mandioca; nas guardas de fronteira, de difícil acesso, nas quais não havia condições de chegar o município da farinha, “se lhe costuma dar somente a ração de carne dobrada, que comem assada e ordinariamente sem sal ou outro algum tempero, e o mesmo acontece nas ocasiões de marchas”. Em guerra, portanto, os soldados comiam “apenas” 1,84 kg (4 libras) de carne por dia e os oficiais recebiam 6 libras.²⁵

Como observou um engenheiro português ao analisar as formas de guerra e a lógica própria das guerras do sul, o sistema é “*assolador*”, destrutivo da principal riqueza produzida na região, o gado:

As guerras tem sido, e serão sempre guerras de devastação, porque sendo um terreno aberto e sujeito a repentinas incursões, consiste a força dos Exércitos no maior provimento de gados e cavalhadas cujos tratos e criação faz a principal riqueza dos habitantes. (...) Disto procede o sistema assolador que as duas Nações tem posto em prática por ocasião das

²⁴ Ofício do governador. Sebastião Xavier da Veiga Cabral da Câmara ao Vice-rei. Taim, a 24 de junho de 1785. AN, RJ - Código 104, vol. 7, fl. 202 f-v

²⁵ Frente à proposta da corte de impor uma outra ração ao exército, as autoridades locais advertiram que: “*se esta tropa costumada a se nutrit de carne e com abundância fosse somente municiada com meia libra da dita (...) não poderia viver e certamente entraria a desertar e a duvidar pôr-se em marcha para a Província Cisplatina (...)*”. Ofício da Junta da Fazenda do RS para Ministério do Reino. Porto Alegre, 28/07/1823. AN, IJJ, cx. 341, 1823, fls. 218-221.

guerras, empregando e consumindo os próprios gados e cavalhadas no serviço da campanha, roubando e destruindo os do inimigo para os privar daquele recurso.²⁶

O que aqui está sendo indicado é o comportamento mais geral da economia, pois existem diferenças significativas na composição do patrimônio produtivo dos diferentes grupos ocupacionais. Ou seja, as conjunturas de guerra refletem-se de forma e intensidade distinta no patrimônio de grandes estancieiros ou dos pequenos lavradores.

Arrematação de contratos e pagamento de letras

Os principais contratos reais relativos ao Rio Grande do Sul eram o dos dízimos (que até 1773 fazia parte do de São Paulo), o do município das tropas (farinha de mandioca e carne), o do Registro de Viamão (por onde saíam as tropas de gado e mulas para São Paulo) e o do “Quinto dos couros e gado em pé”, existente também na Colônia de Sacramento e Ilha de Santa Catarina.²⁷

Estes contratos, desde a década de 1750 foram arrematados por negociantes do Rio de Janeiro, com exceção do período da ocupação de Rio Grande pelos espanhóis. Apenas neste momento, em que não havia ligação marítima entre o Rio Grande e o Rio de Janeiro (os barcos aportavam em Laguna, Santa Catarina, e daí chegava-se a Viamão por terra) um deles, o do município de carne para as tropas, foi arrematado por três negociantes locais.²⁸ O domínio dos negociantes cariocas sobre as arrematações foi total. Era um negócio de lucros certos, cuja única perturbação poderia ser uma guerra; mesmo neste caso, não houve prejuízo, como relata Anacleto Elias da Fonseca, negociante

²⁶ Relatório dos coronéis engenheiros Joaquim Norberto Xavier de Brito e Salvador José Maciel a Silvestre Pinheiro Ferreira sobre questões de limites com a Província de Montevidéu. Rio de Janeiro, 15/4/1821. BN, I - 35, 16, 7, nº 2.

²⁷ Arquivo do Tribunal de Contas, Lisboa (AHTC) Erário Régio. Livro de registo de provisões e cartas dirigidas à Capitania do RJ, 1766-1803, nº 4056, p. 261 - Provisão à Junta da Real Fazenda do RJ para que remeta ao Real Erário os docs. precisos para a escrituração das contas dos rendimentos reais (...), 21/dez/1792

²⁸ Eram eles Manuel Bento da Rocha, Manuel Fernandes Vieira e Antônio Rodrigues Guimarães; o contrato abarcava o período de 1775 a 1777. AHRS, Livro de Reg. da Vedoria do Rio Grande de São Pedro (1771-1778) nº 164.

de grosso trato do Rio de Janeiro, ao seu sobrinho e procurador em Lisboa:

Tenho no Rio Grande um compadre Manoel Fernandes Vieira o qual me fez comprar o contrato dos dízimos aqui por minha conta, Antônio Lopes e ele, e **no qual se não ganhou nem perdeu pela razão do castelhano levar o Rio Grande**: este mesmo compadre me pede agora o mande comprar ou rematar por sua conta, e nossa de ambos, e poderá também ser Antônio Lopes, se nos parecer.²⁹

Este negociante auxiliava o compadre de Rio Grande, que só podia participar deste negócio através de seus favores. O negócio era tão lucrativo que, apesar da guerra, não tivera prejuízos. Percebe-se, pela declaração, que o valor arrecadado, em condições de guerra e diminuição da produção empatou com o valor da arrematação.

Entre 1747 e 1769 houve um crescimento de apenas 4% no valor do contrato dos dízimos, que está a indicar o lento crescimento, ou uma situação de quase estagnação, da produção em todo o sul da América portuguesa; lembremos que o contrato abrangia São Paulo, e todo o território (Paranaguá, Laguna) até a vila de Rio Grande. No que concerne ao extremo sul, dois fatores combinaram-se: a recente ocupação daquele espaço pelos portugueses, com uma produção incipiente, e a guerra e ocupação de parte dos territórios pelos espanhóis em 1763. O recrutamento forçado das tropas em São Paulo também deve ter desorganizado significativamente sua produção pois, em 1772, 18,14% dos homens produtivos estavam a serviço de El-Rei (Peregalli, 1986: 69).

A licitação seguinte confirmou as dificuldades produtivas dos territórios envolvidos na guerra, quer como palco dela, o caso do Rio Grande, quer como fornecedora de soldados, caso de São Paulo. O contrato do triênio 1772-1774 foi arrematado por 20:000\$000, quantia inferior em 39% do valor do contrato de 1769.³⁰ A queda destes valores, em função de invasões e guerras não era

²⁹ AHU, RJ, cx. 97, doc. 1. Lisboa, 7 de maio de 1770. Carta a João Crisóstomo, Rio de Janeiro, 5/dez/1766.

³⁰ O contrato foi arrematado no Rio de Janeiro, para o período de julho de 1771 ao final de dezembro de 1774. Pelos seis meses iniciais pagou-se 3:333\$335. Livro de Registro Geral da

novidade nos territórios coloniais portugueses. Os dízimos da Bahia caíram abruptamente em 1623-24 quando da invasão holandesa (Schwartz, 1998: 154). Depois da arrematação de 1772, não encontramos nenhum registro de contrato dos dízimos até 1780. Cremos que os dízimos do Rio Grande tenham sido separados do contrato de São Paulo, possivelmente para que este último pudesse ter interessados e ser arrematado. Em 1779 o Provedor da Fazenda do Rio Grande, Francisco Bettamio, afirma em uma memória que os dízimos “(...)tem andado administrados pela Fazenda Real, por não haver no Continente quem os quisesse enquanto durou a guerra, e ainda depois” (Bettamio, 1980: 180).

A situação de guerra provocara reclamações do contratadores que iniciariam seu contrato em 1764. Tendo feito a arrematação antes do início da invasão, pediram postergamento do início do contrato por um ano, na esperança de que “(...) se pudesse tornar a reduzir as referidas terras ao Real Domínio de Sua Majestade (...).” Como isso não ocorreu, solicitaram novo adiamento e um abatimento de seu preço, mas obtiveram apenas o adiamento, para 1766.³¹ Portanto, durante as décadas de 1760 e 1770 a produção riograndense não se expandiu, afugentando os negociantes que costumavam arrendar o contrato dos dízimos.

O terceiro contrato, este mais específico do Rio Grande, na esfera da América portuguesa, foi o das “farinhas e carnes para o município das tropas”. O estado delegava a um particular o abastecimento do exército, prática corrente na Europa moderna. Problema sensível, o da alimentação das tropas, para uma região com muitas guarnições acantonadas, em uma fronteira aberta, escassamente demarcada, na qual a deserção sempre era uma possibilidade. Diferentemente dos outros contratos, este não era arrematado por um determinado preço; não constituía um adiantamento, um crédito à Coroa, frente à uma arrecadação, renda futura. Nos contratos do município estabelecia-se apenas o preço que a Fazenda Real pagaria, posteriormente ao abastecimento, pelo alqueire de farinha e pela arroba de carne efetivamente despendidas. O primeiro contrato do gênero que encontramos referido foi o do ano de 1770,

Real Fazenda do Rio Grande de São Pedro. AHRS, cód. 1244, fl. 2.

³¹ Petição do contratador Claro Francisco Nogueira e seus sócios. Lisboa, 18/03/1765. AHU, RJ, cx. 97, doc. 1.

tratando apenas do município de carne para as tropas da fronteira norte.³² Na arrematação seguinte, 1775-1777, estabeleceu-se que a arroba de carne teria o preço de 120 réis em Porto Alegre e Rio Pardo, nos “pequenos e distantes destacamentos” 160 réis, e na “fronteira norte”, valeria 200 réis.³³ Os preços aumentavam conforme a distância, dificuldade de acesso e risco do território. A “fronteira norte” correspondia à área de Estreito, ao norte da vila de Rio Grande ocupada pelos espanhóis, e de onde partiu a contra-ofensiva portuguesa. O triênio deste contrato coincidiu justamente com a maior concentração de tropas para a expulsão dos espanhóis. O próprio contrato estipulava, entre suas cláusulas, a proibição de saída de gado do Continente, para que ele não faltasse ao exército. Finda a guerra, o contrato não foi arrematado novamente até 1780. A partir daí, sempre foi arrematado até a segunda década do século XIX.

Feita a paz de 1777 com os espanhóis, passada a conjuntura de guerra, diminuídos os riscos, a economia agropecuária rio-grandense cresceu e integrou-se a de outras regiões da América portuguesa, nomeadamente a do Rio de Janeiro. A produção rio-grandense passou a ser um negócio rentável para estes negociantes, e foi capturada não apenas pelo comércio direto, mas através da arrematação dos contratos, já que o trigo e os couros arrecadados em espécie eram transportados e negociados no porto do Rio de Janeiro. Vejamos mais de perto estas outras operações do capital mercantil.

Os contratadores não lucravam apenas com a diferença entre o preço do contrato e seus gastos de arrecadação, e o produto arrecadado. Uma das cláusulas existentes permitia que os contratadores pagassem parte do valor do contrato com letras da Fazenda Real. Qual a origem da maior parte destas letras, no Rio Grande? Eram letras passadas em pagamento dos soldos dos militares, sempre atrasados, e das requisições de gado vacum e trigo feitas em diversas épocas aos estancieiros e lavradores para o abastecimento do exército. Dado o déficit contínuo da capitania e sua provedoria, seus titulares não tinham perspectiva de resgatá-las, e repassavam-nas, com imensos descontos,

³² “Auto de arrematação e condições do contrato do açougue da fronteira norte”. AHRS - cód. 1243, fl. 226-227

³³ O contrato de 1775-77 não incluía o fornecimento de farinha; mais incluía, nas rações de carne, aos índios guaranis da aldeia de Nossa Senhora dos Anjos. AHRS, cód. 1244, fl. 124

aos comerciantes que as utilizavam, por seu preço nominal, no pagamento dos contratos. Comentando a primeira cláusula do contrato do quinto dos couros de 1797, que permitia justamente esta compensação, reclamava o governador:

(...) e que fazem os contratadores, ou o seu administrador? **Abusando da necessidade, miséria e falta ou demora de pagamentos dos Militares compram-lhes pela oitava parte do seu valor aquelas mesmas letras** com que ajustam as suas contas, sem rebate algum, aceitando-lhas a Real Fazenda pelo seu legítimo valor, de que se segue que despendendo esta grossas somas de dinheiro em pagar **o que com tanto trabalho e risco vencem os defensores da Coroa, e da Pátria**, vem estes a receber ad'sumo a oitava parte, e algumas vezes em fazendas, ou gêneros avariados, cujo sacrifício além de involuntário ou para melhor dizer forçado se lhe faz tanto mais sensível por não ser em obséquio da Real Fazenda, mas sim de uns particulares que se tem erigido em opressores.³⁴

Os contratadores ampliavam seus ganhos, não só por obterem as letras por até 1/8 do seu valor nominal mas, ainda, por receberam-nas em troca de mercadorias que eles próprios vendiam! Eis uma das estratégias para evitar gastos monetários no pagamento dos contratos. Frequentemente os contratadores requereram ao Erário Régio esta forma de pagamento.³⁵ O governador, por outro lado, ao tratar os arrematantes como “opressores” expressava um sentimento generalizado existente em relação os contratadores.

O reiterado atraso ou falta de pagamento dos soldos, ao mesmo tempo em que expressava a fragilidade da Fazenda Real, contribuía para os grandes lucros dos arrematadores de contratos da Coroa.

As situações de guerra e fronteira incidiram fortemente na conformação da sociedade do extremo sul da América portuguesa. Alguns de seus aspectos foram rapidamente explorados neste texto. As conjunturas de guerra aberta alternaram-se com aquelas de “paz”, em que a virtualidade de novos conflitos sempre fez parte das estratégias de sobrevivência e ascensão social por parte dos agentes. Estas circunstâncias certamente desdobram-se no novo quadro

³⁴ Governador Sebastião Xavier da Veiga Cabral da Câmara a D. Rodrigo de Souza Coutinho. Rio Grande, 18/02/1800. AHU, RG, cx. 7, doc. 25. Grifos nossos.

³⁵ Ver, por exemplo, AHTC, cód. 4056 - p. 386, e cód. 4055, fl. 534, provisões que mandam a Junta da Relação Fazenda do Rio de Janeiro aceitar tais pagamentos.

desenhado pela independência política do Brasil e dos países do Rio da Prata. Estas novas realidades começam a ser exploradas por uma renovada historiografia brasileira,³⁶ que certamente contribuirá para que se tenha uma percepção de mais larga duração sobre esse processo.

Bibliografía

- Bettamio, S. F. (1980). Notícia particular do Continente do Rio Grande. In D. Freitas. *O capitalismo pastoril*. Porto Alegre: Escola Superior de Teologia São Lourenço de Brindes.
- Farinatti, A. (2010). *Confins meridionais. Famílias de elite e sociedade agrária na fronteira sul do Brasil (1825-1865)*. Santa Maria: UFSM.
- Holanda Ferreira, A. B. de (1975). *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*. Rio de Janeiro.
- Osório, H. (1990). *Apropriação da terra no Rio Grande de São Pedro e a formação do espaço platino*. Dissertação de Mestrado. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Osório, H. (2007). *O império português ao sul da América: estancieiros, lavradores e comerciantes*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- Peregalli, E. (1986). *Recrutamento militar no Brasil colonial*. Campinas: Editora da Unicamp.
- Saint-Hilaire, A. de. (1987). *Viagem ao Rio Grande do Sul*. Porto Alegre: Martins Livreiro Editor.
- Schwartz, S. B. (1998). *Sugar plantations in the formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1835*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vilar, P. (1982a). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Vilar, P. (1982b). *La Catalogne dans l'Espagne moderne* (Vol. I). Paris: Le Sycomore/Éditions EHESS.

³⁶ Destaco, entre outras, a visão integrada de processos econômicos e sociais presente na obra de Luís Augusto Farinatti, 2010.

Armas y control. El “negro delito de la deserción” en la Banda Oriental (1811–1816)¹

Daniel Fessler

El presente artículo estudia las diferentes formas con las que las fuerzas armadas que actuaron en territorio oriental enfrentaron la deserción durante el período que va desde el alzamiento de 1811 a la invasión luso-brasileña de 1816. La deserción resultó un fenómeno masivo y generalizado en los ejércitos contemporáneos, no solo de la región. Asumida como un problema grave afectó su integración, reduciendo de forma permanente el número de sus integrantes. Si bien formalmente la reglamentación militar la condenó, con variaciones en la severidad del castigo, también toleró —o incluso instrumentó— mecanismos de relajamiento de la disciplina que no solo hicieran posible la incorporación o el reintegro de soldados sino que evitaran el aumento de las fugas.

A través del análisis de expedientes judiciales, correspondencia, comunicaciones oficiales y listas de revista² se estudia una dinámica que llevó a que el tratamiento de la deserción oscilara entre el castigo severo y la indulgencia.

Se ha optado en el trabajo por la conservación del término indulto, empleado habitualmente en bandos y resoluciones. La propia calificación no está exenta de problemas, pues como señala María Inmaculada Rodríguez,

¹ Este trabajo forma parte del proyecto “*Los orientales en armas. La experiencia militar en la construcción de un nuevo orden social y nuevas identidades en la campaña oriental entre 1810 y 1820*”, desarrollado con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República de Uruguay.

² Parte de las fuentes empleadas se encuentran publicadas en la colección *Archivo Artigas*.

suele existir una importante “confusión terminológica” (Rodríguez Flores, 1971: 22). Pese a esa imprecisión, que indujo a que a lo largo de la historia el concepto se aplicara “impropriamente” con frecuencia, consideramos que permite en este caso entender la idea general de un mecanismo legal que evitaba la aplicación de un castigo.

Introducción

En Uruguay la cuestión del ejército artiguista fue abordada tradicionalmente por una historiografía de corte nacionalista. Con una notoria participación de integrantes de la institución militar que asumen su tarea como parte de un “deber patriótico”, los trabajos suelen presentar como elemento distintivo la exaltación de las fuerzas armadas y de la figura de José Artigas. Se han caracterizado por la reafirmación del ejército en el papel fundacional de la patria a través de la unidad indisoluble de ambos orígenes. Así, según lo reafirman publicaciones oficiales del ejército, este “nace con la patria misma” para “nutrir” la independencia en las campañas artiguistas.³ Inclusive, el discurso de esta producción refuerza la idea del artiguismo como componente esencial de la tradición de las fuerzas armadas al seleccionar a la batalla de Las Piedras como la “verdadera génesis” del Ejército Nacional, construyendo la imagen de la continuidad hasta nuestros días: “nada fácil ha sido el camino desde Las Piedras hasta el presente”⁴.

Si bien su trabajo ha facilitado el acceso a documentación del período, su producción se ha interesado principalmente por los aspectos bélicos, deteniéndose especialmente en la estrategia militar o la descripción de enfrentamientos. El relato, muchas veces editado en publicaciones institucionales destinadas prioritariamente al personal del ejército, tiene además un fuerte componente moralizador en el que un Artigas héroe es destacado como conductor de su pueblo y jefe militar de “salientes caracteres”, comparable con “los mejores capitanes que ha dado la historia” (Antunez Olivera, 1959: 166 y 181).

³ Departamento De Estudios Históricos Del Estado Mayor Del Ejército, *Reseña de la historia del Ejército Nacional*, p. 1. <http://www.ejercito.mil.uy>.

⁴ Departamento de Estudios Históricos del Estado Mayor del Ejército, *Historia del Ejército*, Montevideo, 2008, s/e, 3^a edición, p. 42 y 346.

Simultáneamente el ejército oriental es uniformizado, desconociendo elementos esenciales como su composición social, las motivaciones para el ingreso, permanencia o abandono de los hombres que lo integraron. De esta manera, a partir de un carácter anónimo y sin individualidad, los soldados se incorporan a ese cuadro como parte del componente heroico. Así, tanto el héroe “excepcional” como el sujeto “sin rostro” se vieron “sometidos a un proceso de idealización de sus cualidades y gestas” (Chust & Mínguez, 2003: 9).

Nuestra historia, destaca el general Pedro Sicco, presenta páginas gloriosas de triunfos logrados “gracias a la sobriedad, a la abnegación y al espíritu de sacrificio del soldado oriental, que nunca cejó en su empeño, cuando se lo imponía el sagrado imperativo de su deber”. Ante ese “deber” “no importaron” la carencia de recursos ni las dificultades (Sicco, 1952: 71). La consolidación de esta consigna a partir de los trabajos de los historiadores de origen militar terminó no solo por desdibujar la biografía de los soldados que exaltaba, sino que invisibilizó los problemas de aquellas “muchedumbres mal armadas, y peor disciplinadas, hambrientas y desnudas” de las que ya habló Justo Maeso a fines del siglo XIX (Maeso, 1886: 297), incluso las dificultades básicas que hicieron a las estrategias para la supervivencia cotidiana.

En cambio, desde la historiografía académica se ha procurado incorporar la participación de esas “muchedumbres”. Lejos de esa imagen homogeneizadora de las ediciones castrenses, las fuerzas artiguistas se presentan como una “multitud heterogénea y obscura” que se sumaba a las filas de “un ejército nuevo” que se encontraba en proceso de trasformación (Berasa, 1961: 26-27; 1967: 68-74). Siguiendo este “feliz hallazgo” con el que Agustín Beraza definió a las fuerzas orientales, Washington Reyes Abadie, Oscar Bruschera y Tabaré Melogno describieron la amplia heterogeneidad social de sus miembros: integrantes de la “sociedad montevideana”, hacendados y peones, caudillos regionales junto al “otro extremo de las jerarquías sociales” (Reyes Abadie, Bruschera & Melogno, 1971: 74). Lejos de las formas de un ejército de línea, “cada “división” criolla constituía una entidad social propia” reunida tras la figura de Artigas, que de cierta forma atenuaría las tensiones producto de la diversidad de orígenes e intereses (Reyes Abadie, Bruschera & Melogno, 1971: 80). Precisamente, Lucia Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre, en sus estudios sobre la revolución agraria, pese a no trabajar específicamente sobre el ejército dan cuenta de la relación entre las

trasformaciones de la propiedad de la tierra y el compromiso “de los paisanos pobres encuadrados en el Ejército Oriental” para la defensa del artiguismo (De la Torre, Rodríguez & Sala de Touron, 1969: 174). La fuerza de mayor adhesión a su programa -señalaban- “estaba en el ejército en la mayoría de la oficialidad y sobre todo en la masa de los soldados patriotas” (De la Torre, Rodríguez & Sala de Touron, 1971: 42).⁵

Así, el reconocimiento de la diversidad en la composición de las fuerzas orientales y de los intereses que ligaron a sus integrantes al ejército enriquecen las explicaciones sobre la continuidad de sus miembros aun en situaciones de adversidad material. En este sentido, también la divergencia con los historiadores de origen militar se hace notoria por su tendencia a uniformizar las motivaciones que ligaron a los integrantes a sus armas:

esos ejércitos surgidos espontáneamente de la tierra, integrados por la totalidad de sus hijos, todos marcharon a la lucha sin distinción de clases, sin más ley que la llamada del suelo; sin más horizonte que el determinado por la pupila visionaria del caudillo (Sicco, 1952: 35-36).

En este marco, un fenómeno frecuente como la deserción es abordado por la historiografía castrense casi exclusivamente como un delito militar. En una vida “sin manchas” y “sin sombras” (Alonso Rodríguez, 1954: 15) como la de Artigas -paradojalmente un desertor del ejército español-, estas conductas se asumen exclusivamente bajo la lógica de la condena.

Así, la deserción se asocia a la traición, al clásico “delito abominable” de la normativa penal militar, renunciándose a la multicausalidad de una realidad compleja que, entre otros factores, permite explicar las variaciones en su persecución y castigo.

Ejército y milicias

La Banda Oriental vivió en el año 1811 el accionar de cuatro fuerzas militares: las armas que respondían al gobierno españolista de Montevideo,

⁵ Un trabajo posterior de Sala (2004: 40) vuelve sobre la heterogeneidad tanto en los mandos como en los soldados de “fuerzas más o menos regulares, a menudo reclutados mediante la leva o por su adhesión a caudillos menores, o que marcharon tras los hacendados o sus capataces”.

el ejército oriental comandado por José Artigas, el “auxiliador” enviado por Buenos Aires y el contingente portugués dirigido por el capitán general de Rio Grande, Diego de Souza.

Estas fuerzas, incluso en el caso portugués (Ribeiro, 2005: 26), tuvieron como base común el modelo organizativo y el ordenamiento militar hispánico, que desde las propias cláusulas de reclutamiento regulaba la disciplina y los plazos de permanencia en las filas. Así, de acuerdo con las condiciones de enrolamiento, los ejércitos presentaron un esquema básico de tres líneas. Pese a las variantes en sus nomenclaturas o particularidades de cada uno de ellos parece posible identificar un cuerpo regular, profesional y remunerado, una segunda línea de reserva con funciones auxiliares (con formas de pago irregulares que comúnmente se restringían a los tiempos de guerra) y un tercer grupo frecuentemente circunscripto a su localidad de origen.

De esta manera, el imperio español nutrió a las fuerzas revolucionarias de un núcleo de tradiciones militares, entendiendo por estas -como indica el historiador argentino Raúl Fradkin (2010)- al “conjunto de concepciones, normas, prácticas y experiencias” forjadas tanto en las guerras europeas como en las milicias coloniales americanas.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII estas tradiciones sufrieron modificaciones en procura de mejorar la eficiencia militar frente a sus rivales europeos. En el caso de la defensa de las colonias americanas, se hizo cada vez más compleja la conservación de una estructura tradicional basada en el empleo de tropas traídas de España. El número de soldados evidenció una tendencia a disminuir debido principalmente a la resistencia al enrolamiento, lo que obligó a la aplicación de mecanismos coactivos o sancionatorios. Así, se extendió el uso de la leva forzosa de individuos caracterizados como vagos y delincuentes o la remisión de condenados que cumplían su pena en el servicio de armas. Si bien autores como el investigador español José Palop Ramos estiman como poco significativo el peso de este último núcleo en comparación con los otros, sus consecuencias resultaron importante por sus “implicaciones” en las características de los soldados: “Entre ellos el hecho de escorar el componente humano de la tropa hacia comportamientos poco honorables” (Palop Ramos, 2002: 368).⁶

⁶ Posiblemente el empleo de delincuentes con fines militares más conocido en la Banda

También se dispuso el envío a América de los desertores no reincidentes (Real Orden del 18 de marzo de 1773). Se exceptuaba a este sector -conocido como “desertores de primera”- de la aplicación de la pena de muerte, sustituyéndola por un dispositivo similar a la deportación. Estas opciones punitivas ponen en evidencia dos cuestiones relevantes. Por un lado, la problemática del reclutamiento militar. Este generó una importante resistencia social “confirmándose como una acción violenta de pura coacción” (Dorés Costa, 2010: 169). La ausencia de una acción voluntaria, fruto de la escasez de estímulos para el alistamiento, terminó por consagrar la idea de la incorporación al ejército y la disciplina castrense como un castigo, y esta conspiró contra cualquier tentativa de dotar de prestigio a la carrera militar. Por otro, la práctica de emplear políticas de flexibilización en la aplicación de la pena capital ante la constatación de un hecho como la deserción, una acción que ha sido históricamente considerada por las autoridades como un delito de extrema gravedad. Este ajuste de la idea del castigo inexorable desgastó el efecto “pedagógico” que se procuraba con la pena, en tanto la existencia de mecanismos como los indultos generales hacía posible evitar la condena más severa. Inclusive, la “naturalización” de esa práctica pudo mitigar el temor al castigo ante la posibilidad del perdón real. Esta “benevolencia penal”, como la definió el historiador portugués Fernando Dores Costa (2010: 192), generó una alternancia entre el empleo disuasivo de la pena de muerte en los momentos más críticos de las necesidades militares, con la lenidad del castigo fuera de esos períodos.

La extensión de este criterio, que incluso provocó la agilización de los mecanismos para la reincorporación de los desertores, estuvo motivada fundamentalmente por la necesidad de hombres para los ejércitos. Este último componente resulta un factor sustancial para entender el tratamiento de la deserción en el Río de la Plata.

De esta manera, la suma de dificultades existentes para un funcionamiento adecuado del ejército, particularmente para completar su dotación, llevó a la instrumentación de un plan de ordenamiento de las milicias en territorio

Oriental es el de la partida de presidiarios que participó junto a las fuerzas españolas del capitán de fragata José Posada en la batalla de Las Piedras en 1811. Iniciadas las acciones terminó desertando y pasándose a filas orientales.

americano. La intención de la Corona fue construir un “gigantesco ejército de reserva” que reuniera a todos los vecinos de cada ciudad y sus zonas próximas (Gómez Pérez, 1992: 58). Incorporando la larga tradición peninsular, se pretendió convertir a las milicias en un soporte fundamental de la defensa colonial.

Tras la toma de La Habana por los ingleses en 1762, al año siguiente se inició un proceso de ordenamiento que se sintetizó en el Reglamento para las Milicias de Infantería y Caballería de la isla de Cuba (1769). Por este Reglamento se determinaron las condiciones de alistamiento y del servicio, introduciéndose por primera vez la categoría de “disciplinados” (Kuethe, 2005: 111). Este modelo, con modificaciones locales, fue progresivamente aplicado en el resto de las colonias. En el caso del Río de la Plata su ordenamiento se consolidó con la aprobación del Reglamento para las Milicias disciplinadas de Infantería y Caballería del Virreinato de Buenos Aires en 1801. Entre sus disposiciones centrales ordenó los cuerpos que compondrían las milicias disciplinadas, organizando los Batallones de Infantería y los Regimientos de Caballería.⁷

Por este proceso las antiguas milicias dejarían de ser integradas por voluntarios para cumplir servicio sobre un espacio mayor al de la ciudad de pertenencia, ocupándose de la defensa de zonas más extensas y respondiendo a mandos militares profesionales. Igualmente subsistirían las llamadas milicias “urbanas” como una organización restringida a una localidad, aproximándose más al antiguo concepto de milicia. De acuerdo a lo señalado por Beverina, si bien no se dispuso a título expreso en este ordenamiento, todos los habitantes que no integraran las milicias disciplinadas pertenecerían a este cuerpo por su obligación de tomar las armas para servir al rey (Beverina, 1935: 328).⁸

⁷ Reglamento para las Milicias Disciplinadas de Infantería y Caballería del Virreinato de Buenos-Ayres. Aprobado por S. M. y Mandado Observar Inviolablemente, Buenos Aires, Real Imprenta de Niños Expositos, 1802, Capítulo Primero, Artículo 12, p. 7. Además, planteó una Compañía de Milicias de Artillería para Buenos Aires, Mendoza, Potosí, Maldonado y Colonia, y dos en Montevideo y Paraguay.

⁸ Pivel Devoto estudia la resistencia generada por la puesta en vigencia del Reglamento en la Banda Oriental, al afectar las obligaciones impuestas “los intereses de la clase rural”. El 22 de abril de 1802 el Cabildo de Montevideo elevó un petitorio al virrey manifestando los trastornos que su aplicación provocaría por la reducción de hombres en las tareas de las estancias. Independientemente de la finalidad económica de la producción, asignaba una función militar en estas

El Reglamento de 1801 calculaba en catorce mil ciento cuarenta hombres los que integraban estas milicias “disciplinadas”, con lo que se cumplía con el esquema general del ejército español en América, en el cual que esta fuerza constituía el contingente más importante de las colonias. Esto se fue acentuando con la progresiva disminución de tropas veteranas “del fijo”. Para inicios del siglo XIX se había producido una drástica reducción de su número en Buenos Aires y aumentado su concentración en Montevideo y en menor medida en Maldonado y Colonia. Estas fuerzas de veteranos eran fundamentalmente de infantería, contando con un pequeño cuerpo de caballería -el Regimiento de Dragones- al que Fradkin (2010: 18) describe como una “fuerza de infantería montada”. El proceso de trasformación de los Blandengues de un cuerpo de milicianos a uno de veteranos ratificaría la importancia que fue adquiriendo la caballería. Originalmente formados como una milicia de frontera para Santa Fe, se fueron estableciendo sucesivas compañías. En setiembre de 1760 se aprueba la conformación de tres de ellas para guarnecer fuertes de Buenos Aires considerándose a partir de 1784 como tropa veterana por disposición del virrey Juan José de Vértiz (Real Orden del 3 de julio de 1784) (Beverina, 1935: 207). Con una organización similar, en 1797 se creó la compañía de Blandengues de Montevideo con ocho unidades de cien hombres. Esta dotación no llegó a completarse, no superando los cuatrocientos ochenta hombres hasta que finalizó el régimen español de Montevideo (Pereda, 1930: 31).

Para el reclutamiento el gobernador Antonio Olaguer Feliú publicó un bando en el que se establecieron las pautas para la incorporación al cuerpo. La convocatoria dio particular importancia a la integración de hombres que por su actividad —frecuentemente ilegal— tuviesen un amplio conocimiento del medio. Por este motivo fue acompañado con un indulto para contrabandistas, desertores y “demás malhechores que andan vagantes huyendo de la Justicia por sus delitos”. Como era tradicional, quedaron excluidos los autores de delitos considerados graves, como el homicidio o el haber tomado las armas contra la justicia o partidas de paz.⁹

labores, como es el abasto del ejército y la marina, la domesticación de bueyes para transporte de municiones y artillería y caballos para la tropa. Pivel Devoto, J. Prólogo al Archivo Artigas, Tomo II, pp. LIX y LX.

⁹ Comisión Nacional Archivo Artigas (C.N.A.A.), Tomo II, pp. 11 y 12. El teniente coronel

“El negro delito de deserción”¹⁰

La deserción fue una realidad extendida que aquejó a todas las fuerzas militares del período. En España, donde algunos autores la calculan en un 5% a finales del siglo XVII, las medidas instrumentadas para su represión tuvieron como constante la sanción de normas que por su rigor sirviesen para intimidar a los potenciales infractores y a todos aquellos que les diesen auxilio o amparo (Canales Gili, 2003). Las leyes que se sucedieron durante todo el siglo XVIII mantuvieron un trato severo que contempló los castigos corporales, la pena de galeras o presidio en África, y la pena de muerte. Esta última se utilizó particularmente cuando la falta era cometida durante una campaña militar, lo que la convertía en un delito grave. Tal conceptualización, que pervivió en lo esencial en el marco normativo, convivió con una serie de dispositivos que, de hecho, permitieron evadir la punición.

El grave problema de la deserción se extendió a territorio americano, donde las autoridades no cesaron de reclamar ante un fenómeno que diezmaba sus ejércitos. El Reglamento de milicias disciplinadas de 1801 extremó las medidas procurando el control de las posibles bajas. En su capítulo II, dedicado al “Gobierno y Policía”, se estableció entre las obligaciones de oficiales y soldados la persecución de los desertores. Su artículo 2 determinó mérito y gratificación para quienes cumplieran con la ordenanza y castigo para los omisos “persuadidos de que no pueden hacer mayor servicio, y de que cualquier tolerancia u omisión será grave delito”.¹¹

El fenómeno siguió aquejando a las distintas fuerzas que se enfrentaron luego del inicio de la revolución, presentándose como un problema constante. Las listas de revista permiten constatar la existencia de un abandono regular de las filas, en ocasiones apenas disimulado con figuras como “se desapare-

Joaquín Xavier Curado que por encargo del virrey de Brasil recorrió el Río de la Plata en 1799 definió al Cuerpo de Blandengues como un grupo de hombres criminales venidos de todas partes a raíz de un edicto que los indultaba de sus delitos. Como consecuencia, señalaba Curado en su informe, el primer cuerpo se formó principalmente por “hombres criminales e indios delincuentes”. Cit. por Pivel Devoto, 1957: 48 - 49. Entre los que se acogieron a este indulto se encontraba Artigas, quien se presentó en el Cuartel de Maldonado el 10 de marzo de 1797.

¹⁰ Bando del Cabildo Gobernador de Montevideo, 28/11/1815, C.N.A.A., Tomo XXIV, p. 90.

¹¹ Reglamento para las Milicias Disciplinadas de Infantería y Caballería del Virreinato de Buenos-Ayres (...), p. 11.

ció” o “salió día 13 sin licencia, ignora su paradero”.¹² Si estudiamos cuerpos como el Regimiento de Dragones de Buenos Aires, en el cual las deserciones parecen tener una identificación más precisa, es posible comprobar ese movimiento permanente que afectó a los ejércitos. Así por ejemplo, las listas data-das en Montevideo en 1811 indican que en los dos meses previos al estallido revolucionario sufrió más de una fuga semanal. Solo una de ellas, la de Juan Montenegro, terminó con su apresamiento, sin que conozcamos la sanción aplicada para este caso.¹³

Las listas de revista también permiten comprobar la agudización de las deserciones que se producía frente a hechos adversos o a situaciones de riesgo, como la proximidad de un enfrentamiento militar. El 31 de diciembre de 1812 un importante contingente español atacó las posiciones de José Ron-deau, quien se encontraba sitiando Montevideo. La inminencia del enfrentamiento, que culminó en el Cerrito con la derrota de fuerzas comandadas por el general Gaspar de Vigodet y el brigadier Vicente Muesas, produjo un alto número de desertores en el Cuerpo de Voluntarios de Madrid. Con un número de plazas que osciló entre los 85 y los 100, solo el 24 de diciembre se registraron cinco fugas. Estas continuaron siendo denunciadas hasta por lo menos el día 28.¹⁴

En filas orientales la incorporación después de las primeras horas de la insurrección tuvo su contracara en el aumento de las deserciones. Las mismas parecen haberse acrecentado con la prolongación de la campaña militar y, con ella, las contribuciones de la población producto del esfuerzo de la guerra. Lejos de desaparecer, el problema creció en su complejidad. Su abordaje, entonces, implica atender una realidad revestida de múltiples aristas. Su recono-

¹² Archivo General de la Nación (A.G.N.) – Fondo Ex Archivo General Administrativo (FEAGA), Libro 801. Se trataba de Antonio Vila, denunciado como refugiado en lo de un vecino de San José, y José González, desertores del Regimiento de Voluntarios de Caballería de Montevideo en el año 1813. Una tercera “figura” podría llegar a encubrir deserciones. Ante la falta de un conocimiento preciso del destino de un soldado, en algunos cuerpos españoles como el Regimiento de Infantería de la Provincia se señalaba “Muertos o Prisioneros por los Insurgentes”. En el caso de José Dolchet y José Vazquez -de baja desde la acción del Cerrito del 31 de diciembre de 1812- se ordenó que fueran dados por muertos. AGN-FEAGA, libro 807.

¹³ AGN-FEAGA, libro 788.

¹⁴ AGN-FEAGA, Libro 797.

cimiento hace posible comprender los efectos de los cambios revolucionarios en la relación soldado/ejército, al que perteneció el militar y al de las otras fuerzas que actuaron en el Río de la Plata. La dinámica instalada llevó a que mientras que un desertor resultaba una baja para sus filas potencialmente podía resultar un recluta para otros cuerpos. En el caso de la Provincia Oriental significó la posibilidad del pasaje entre varios ejércitos: “el Soldado Manuel Rosales se pasó a los insurgentes el 6”.¹⁵

Los avances de las fuerzas orientales en abril de 1811 tomando el control de varias poblaciones también provocaron el aumento de las deserciones en el ejército español. De esta manera, tras la caída de San José se denunció un importante número de pasajes a las filas revolucionarias, como ocurrió con “los soldados Guillermo Fran, Bonifacio Archuragui, Alberto Castro y Pedro de la Rosa, se pasaron a los enemigos en San José en Veinte y Tres de Abril”.¹⁶

Al abandono espontáneo se sumaron las políticas permanentes que los distintos bandos tuvieron para la represión de sus desertores, pero también para la captación de soldados de los otros cuerpos, minando sus recursos tanto en hombres como en armas. La incorporación de desertores fue “tasada” de forma diferenciada cuando estos lo hacían con el armamento o sin él. En los casos del pasaje con armas se otorgaba un aumento al premio concedido en metálico. El fomentar “con escándalo” el abandono de las filas fue denunciado como una práctica del enemigo que hacía imposible cualquier intento de contención de los soldados.¹⁷ La “seducción” desplegada contra las otras fuerzas se aplicó con éxito especialmente cuando la situación adversa, tanto en lo militar como en lo material, hacía atractiva la deserción o, en todo caso, más difícil la permanencia. Fue constantemente señalada la figura del individuo -hombre o mujer, civil o militar- que se empleaba en fomentar la deserción en las filas enemigas, aprovechando fundamentalmente los momentos más duros de cada ejército. Así, por ejemplo, el ejército realista sufrió un número permanente de bajas ya desde principios de 1811, lo que motivó la preocupación por la instalación de mecanismos de represión y control entre

¹⁵ AGN-FEAGA, libro 803.

¹⁶ AGN-FEAGA, libro 788.

¹⁷ Soler a F. J. de Viana 24/11/1814 , C.N.A.A., Tomo XVII, p. 137.

los que se destacaron la persecución de aquellos elementos que promovían la deserción en sus filas. Por “seductor o gancho de los rebeldes” fue sumariado el miliciano de artillería José María Carreaga y condenado a servir en el ejército en España.¹⁸

El número de bajas españolas parece haber tenido uno de los momentos más altos durante el asedio que vivió Montevideo. Registrado el pasaje al ejército sitiador de manera casi cotidiana, este se producía en medio de la denuncia de los graves padecimientos que sufrían los habitantes de la ciudad.

Tras el armisticio de octubre de 1811 y la marcha hacia el norte del ejército oriental y la población civil que lo acompañó, fueron frecuentes las comunicaciones españolas y portuguesas dando cuenta de las multitudinarias deserciones en filas orientales. Desde San Borja, Francisco Das Chagas Santos comunicaba a Diego de Souza que “pela campanha se ve muita gente quaze nuda desertada do exercito do Artigas, algum com armas querendo vendelas, e andao roubando, principalmente roupa”.¹⁹ Situación que Gaspar de Vigodet confirmaba al propio de Souza al presentar a las fuerzas artiguistas reducidas a setecientos hombres.²⁰

El ejército de Buenos Aires también sufrió las deserciones durante toda la campaña en el Litoral y en la Provincia Oriental. Es notoria la reiteración de los bandos de las autoridades porteñas disponiendo la condena a la pena de muerte de los desertores y el castigo de todo aquel que le diera auxilio. A fines de 1814, en medio de la agudización del conflicto entre Artigas y el gobierno de Buenos Aires, pareció aumentar la frecuencia de estos bandos promulgados por las autoridades porteñas que dispusieron el fusilamiento inmediato de los que fueran detenidos “con las armas en la mano”. Se confiaba que de esta manera “el terrorismo” pondría freno a las deserciones, produciendo “los efectos que no puede la razón y el interés de la Sociedad”.²¹ Ese mismo mes este bando fue ratificado en la Provincia Oriental, disponiéndose

¹⁸ A.G.N. Archivo General Administrativo, Caja 349, 28/4/1811. Para efectivizar su condena fue trasladado a España en la corbeta *Diamante*.

¹⁹ C.N.A.A., Tomo VI, pp. 387 y 388.

²⁰ C.N.A.A., Tomo VI, pp. 456 y 457.

²¹ El Gobierno Superior de Buenos Aires a Soler, 17/12/1814 en C.N.A.A., Tomo XVIII, pp. 215 y 216.

para noticia de toda la población la publicación en todos los pueblos. En los dos primeros meses de 1815 el gobernador intendente Miguel E. Soler calificó a la deserción como “cada vez más escandalosa”. La situación militar y política producto de la derrota de las tropas del Directorio de las Provincias Unidas al mando del coronel Manuel Dorrego en Guayabos y la retirada porteña de Montevideo parecen haber condicionado las respuestas punitivas. Este contexto desfavorable radicalizó las medidas que tuvieron como objeto principal la contención, como ocurrió con el bando del 20 de febrero de 1815 que disponía la pena de muerte para los que “seducían a las tropas” y para los desertores.²²

El endurecimiento que provocó el aumento del empleo del castigo de baquetas parece haber tenido también el acompañamiento de algunas ejecuciones con un objetivo ejemplarizador.²³ Se produce así el sumario al soldado Pedro Sánchez, del Regimiento de Granaderos de Infantería, y al cabo Manuel Macias, del Regimiento de Dragones de la Patria. Estos fueron atrapados en el Cerrito y el Paso del Molino, respectivamente, y acusados de deserción. Tras un rápido proceso que insumió dos días se dispuso la condena a muerte. Esta fue sustanciada en la Plaza Mayor, donde:

estaban formadas todas las tropas de la Guarnición para la ejecución de la Sentencia, y habiéndose publicado el Bando, por dicho Sargento mayor de Plaza, Según Ordenanza, y leída por mi la Sentencia, a ambos se les pasó por las armas (...) delante de cuyos cadáveres desfilaron en Columna todas las tropas que estaban presentes.²⁴

Desfilar frente a los cuerpos de los condenados fue una práctica tradicional que se conservó largamente tanto para los delitos militares como para los

²² C.N.A.A., Bando de Miguel E. Soler, 20/2/1815, Tomo XVII, p. 442 y 443.

²³ La utilización del castigo de baquetas, heredado de la normativa militar española, consistía en aplicar golpes en la espalda desnuda con la correa de baquetas (de allí su nombre) obligando a pasar al reo por un corredor de soldados. Fue una de las sanciones disciplinarias de mayor empleo en los cuerpos peninsulares.

²⁴ Diligenciamiento de haber sido cumplida la sentencia, 20/2/1815, C.N.A.A., Tomo XVII, p. 447. También durante ese período se “fusiló a un Granadero por asesino de alevosía”, en C.N.A.A., Tomo XVII, p. 370.

comunes. Este procedimiento, confiando en el temor que debía producir el castigo, intentaba restar todo atractivo a la conducta que se penalizaba. En lo que Michel Foucault llamó el “teatro de los castigos”, procuraba conseguir la disminución de los deseos que hacían atractivo al crimen afectando a todos los “culpables posibles” y de ese modo convertir a la pena en algo temible (Foucault, 1989: 110). Al estudiar el derecho a la vida en el artiguismo, Carlos Zubillaga señala la pervivencia de formulaciones prebeccarianas en el empleo de la pena capital.²⁵ Entre ellas se destaca la doctrina de la intimidación, por la que la pena de muerte “implicaba una garantía para la sociedad, en tanto que de la ejemplaridad del escarmiento sufrido” se desestimulaba al conjunto de los hombres de cometer los delitos que se perseguían (Zubillaga, 1965: 184).

En base a que el castigo debía ser inexorable e inmediato, se apeló en oportunidades a la modalidad de la ejecución sumaria. Así ocurrió, por ejemplo, en el ejército oriental en diciembre de 1813 con un desertor de la División de Fernando Otorgués en Arroyo Seco. Castigo para una conducta y ejemplo para los que puedan ser seducidos “así es el premio de la traición y la inconstancia”.²⁶

La reafirmación de la necesidad de un castigo ejemplarizante atravesó todas las fuerzas en disputa y pareció agudizarse en los momentos militares más complejos. Así ocurrió en los inicios de 1815 para las fuerzas del gobierno de Buenos Aires. El 28 de marzo, un bando del director supremo del Estado Carlos de Alvear, ante la amenaza del envío de una expedición reconquistadora española y la situación de la Banda Oriental dispuso la ejecución perentoria en el plazo de 24 horas de todos aquellos que promovieran la deserción.

De todas formas, pese a la reiteración de bandos que recurrieron a una sanción severa, las dificultades vitales actuaron atenuando el temor al castigo frente a los problemas cotidianos para la supervivencia. La pobreza (personal

²⁵ En su obra clásica *De los delitos y de las penas*, Cesare de Beccaria (1968: 74) se preguntaba sobre la utilidad de la aplicación de la pena de muerte. Cuestionaba la “inútil prodigalidad de suplicios” y destacaba que “si demostrase que la pena de muerte no es útil ni necesaria, habré vencido la causa a favor de la humanidad”.

²⁶ Boletín del Ejército sobre Montevideo con el diario militar, 4/11 al 9/12/1813, C.N.A.A., Tomo XIII, p. 181.

y de la propia familia), la falta de pagos y los castigos corporales, motivos frecuentemente denunciados por los soldados ante las autoridades, sirvieron de aliciente para tomar un camino que podía exponerlos a una dura condena (Rabinovich, 2011: 40). Pero además, muchas veces colaboraron en la consolidación de la idea de la imposibilidad real de materializar la pena con la que se debía sancionar esta conducta. De esta manera, la situación de la tropa y los límites punitivos llevaron a que la proliferación de las deserciones no se pudiese disminuir ni siquiera con la continua apelación a la pena capital a la que serían condenados los soldados capturados. Este endurecimiento de la punición que se registró en todos los bandos tuvo particular virulencia respecto de aquellos que auxiliasen o promoviesen la deserción. La reiterada consideración del “siniestro influjo de los Enemigos” como un factor de primer orden en esta conducta llevó a que muchas veces los planteos del castigo a este delito revistieran mayor severidad.²⁷ Tratado inclusive como un “Delito contra la Seguridad del Estado”, su represión no se limitó exclusivamente a los militares sino que contempló también a civiles:

Remito a la disposición de V.S. una China, que fue aprehendida pasándose a la Gente del Ingrato Artigas. Esta mujer se ha averiguado anda sonsacando la Gente para que se deserte, y ya a hecho ir cuatro Paisanos. V.S. determinará si lo encuentra justo trasladarla a Buenos Aires.²⁸

Se pueden observar importantes niveles de uniformidad en las políticas destinadas a la represión de los llamados “seductores” de la deserción. Esta práctica fue sancionada de manera habitual con especial rigurosidad en los ejércitos apostados en la Provincia Oriental. Como señalaba el comandante artiguista Blas Basualdo, en todos estos casos serían castigados “como abrigador de la deserción, y enemigo de la felicidad general”.²⁹

Igualmente, como es posible constatar en las listas de revista, el fenómeno de la deserción no logró ser disminuido con la amenaza del castigo

²⁷ Eusebio Valdenegro al Sargento Mayor Ignacio Inarra, 16/2/1815, C.N.A.A., Tomo XX, p. 191.

²⁸ Francisco de Vera a M.E. Soler, 30/10/1814, C.N.A.A., Tomo XVII, p. 80.

²⁹ Blas Basualdo a J. de Silva, 3/2/1814 en C.N.A.A., Tomo XX, pp. 161 y 162.

riguroso, teniendo sus picos en los momentos de crisis de cada una de las fuerzas. Pese a ello, en todos los ejércitos se reiteraron bandos y sentencias que apelaban a la gravedad de la condena, confiando en que estos servirían como factor inhibidor de la deserción. Precisamente tal repetición periódica de los mismos parece ser la evidencia más clara de su fracaso.

Entre la indulgencia y el castigo

La consolidación de esta “pedagogía del castigo”, en la que el temor funcionó como inhibidor de las conductas perseguidas, se vio desdibujada por los resquicios tanto materiales como legales que conspiraron contra la certeza de que la pena alcanzaría a todo desertor. Con los reiterados intentos por imponer un ordenamiento caracterizado por la seguridad, se procuró desterrar la posibilidad de la impunidad afianzando la idea de que el castigo sería inexorable. De esta manera se apuntó a construir una relación que permitiera asociar de manera directa las conductas ilegales o perseguidas con su penalización.

Pero la preocupación por imponer un orden estricto terminó colisionando tanto con la frecuente instrumentación de políticas de perdón como con las prácticas reiteradas de reincorporación de los desertores. Así, por la vía de los hechos muchos de los desertores aprehendidos terminaron siendo reintegrados a los ejércitos fundamentalmente por medio de dos mecanismos. Por un lado, la asimilación, es decir acogerlos directamente en las filas del cuerpo aprehensor. Es la situación, por ejemplo, de Manuel González, desertor del Regimiento de Urbanos del Río de la Plata, quien siendo capturado fue destinado al Regimiento de Infantería de la Provincia “el mismo día”.³⁰ Por otro, el envío a la unidad de la que se encontraba fugado. Son los casos de Antonio de Sosa, Manuel Joaquín de Ramos, José María Jesús y Antonio Muniz, quienes fueron reintegrados a la Marina por estar fugados desde el 26 de mayo de 1813.³¹ En filas orientales, el cabo Pedro Alonso —que se encontraba en el Batallón de Infantería Cívica de Montevideo— fue reclamado por “su División por Desertor”.³² De todas maneras, aún no es posible descartar que este

³⁰ A.G.N. – FEAGA, libro 807.

³¹ A.G.N. – FEAGA, libro 808.

³² A.G.N. – FEAGA, libro 404.

reclamo no haya sido para la aplicación del castigo que le correspondería en su carácter de desertor y no para el retorno a las filas.

El perdón como política militar

A estas prácticas “informales” se agregaron los mecanismos de perdón que se instrumentaron regularmente para el retorno de sus soldados y la captación de los adversarios. Ello llevó a unir el problema y la solución a una dinámica de indultos y castigos que acompañó frecuentemente a los decretos. Estos estuvieron teñidos con un discurso que osciló entre el retorno “voluntario” a las filas y la punición del trasgresor.

En el caso de los ejércitos revolucionarios del Río de la Plata, los llamados a integrar filas tuvieron una marcada apelación a la libertad y a la defensa del “suelo que os vio nacer”: “venid, pues ahora mas que nunca necesita la patria de vosotros”.³³

La patria, el lugar junto a sus “hermanos”, el momento de un triunfo cercano, formaron parte de una terminología que manejó lo emotivo cuando apuntó a incidir en la decisión personal del retorno como paso preliminar al uso de mecanismos sancionatorios. La proclama de José Artigas de 1812 en Yapeyú reconoció además a la deserción no como un acto libre sino como un error provocado por la perseguida figura del seductor (“un discurso imprudente os decidió a un hecho indigno”). Su consumación resultó en un atentado contra la patria, que fue presentado como un acto que ofendía la memoria de quien abandonaba las filas. En este esquema el arrepentimiento tendría como consecuencia el perdón. En lo legal se renunciaba a la punición y en lo ético el culpable había expiado su culpa. En concordancia, la proclama no solo dispuso el indulto como renuncia a un legítimo castigo sino que estableció garantías para el olvido de la conducta: “Yo os llamo a nombre de la sociedad que ultrajasteis con vuestra deserción, y os juro sobre mi honor, que ella solo es recordada para manifestaros este decreto de clemencia”.³⁴

De forma casi simultánea, Manuel de Sarratea, en medio del pasaje de varios jefes artiguistas a sus filas,³⁵ dispuso desde el Salto Chico un indulto

³³ Proclama de José Artigas, 1812, C.N.A.A., Tomo X, p. 81.

³⁴ Proclama de José Artigas, 1812, C.N.A.A., Tomo X, p. 81.

³⁵ Se trató de Ventura Vázquez, Santiago Vázquez, Pedro Viera, Baltasar Vargas, Eugenio

sobre la base de cuatro puntos: regulación del castigo en función del tiempo de su publicación, obligaciones de los jueces, exoneración de pena según las características de su reclutamiento y determinación de quiénes estaban comprendidos. De acuerdo con su articulado, el indulto abarcaría exclusivamente a los soldados cuyo único delito fuera el abandono del ejército. Esta condición fue un elemento central en la delimitación de las políticas que históricamente orientaron a los indultos. Con regularidad fueron expresamente exceptuados todos aquellos que junto a la deserción hubieran cometido otros delitos, comunes o “militares”. Para poder establecer quiénes serían pasibles del indulto resultó esencial una definición más precisa de la figura del desertor. Así, el bando de Sarratea integró elementos como la consideración de las formas de alistamiento, por lo que excluyó a quienes se incorporaron voluntariamente. Es el caso de las Divisiones Patriotas Voluntarias, a las que diferenció de los cuerpos de línea. Ajustado el criterio acerca de quienes podían ser declarados desertores, se establecieron las pautas para la reincorporación al ejército y el castigo de aquellos que persistieran en su conducta. El bando fijó un plazo para el retorno a las filas, luego del cual se dispuso para los “obstinados” una escala gradual de sanciones de acuerdo al tiempo transcurrido desde la publicación del indulto. Cumplidos quince días sería destinado a presidio por el término de cuatro años, plazo que se elevaría a seis al pasar un mes. La pena de muerte solo se aplicaría si la detención se verificara a los cuarenta y cinco días del límite previsto en la disposición de Sarratea.³⁶

Este bando y la proclama de Artigas en Yapeyú coincidieron en definir a la seducción como un elemento importante. Es por ello que la consagración de imágenes como la de los “incautos hijos de la patria”, repetida una y otra vez, habilitaba no solo el necesario retorno sino que posibilitaba el perdón, incluso cuando el abandono de las filas se hubiera producido en el “momento critico que ella –la patria- reclama sus servicios”. Como contracara se estableció el castigo severo y ejemplarizador para aquellos que “insisten en su obstinación”.³⁷

Valdenegro y Rafael Hortiguera. También lo hicieron los presbíteros Santiago Figueredo y Manuel Calleros, Joaquín Suarez y Bartolomé Hidalgo.

³⁶ Indulto concedido por Manuel de Sarratea, 24/7/1812, C.N.A.A., Tomo X, pp. 80 y 81.

³⁷ Indulto concedido por Manuel de Sarratea, 24/7/1812, C.N.A.A., Tomo X, pp. 80 y 81.

El bando del Cabildo gobernador de Montevideo de noviembre de 1815 ratificó las políticas de reinserción de desertores estableciendo el plazo de un mes para la presentación ante las autoridades. Absuelto de su delito, era reincorporado al cuerpo que había abandonado. Al término del plazo determinado, en caso de ser capturado, el desertor sería “castigado por todo el rigor de la ley”. Dos componentes básicos del problema confirma el bando: la existencia de un número significativo de desertores y el importante papel asignado a los seductores “enemigos de la Libertad Americana” como factor de promoción de este tipo de conductas.³⁸

Es posible constatar que comúnmente bandos y ordenanzas respondían a un procedimiento que disponía un período de tolerancia para la reincorporación del soldado a las fuerzas que había abandonado. Vencido el mismo se retornaba a las prácticas de persecución y represión, caracterizadas por una política de castigos graduales que aumentaban en relación al tiempo transcurrido desde la fecha en que se había decretado el indulto. En este esquema punitivo la pena de muerte significó la ultima ratio, apareciendo habitualmente asociada a otro tipo de delitos.

Una consideración aparte merecen los indultos que no respondieron a una disposición general sino que atendieron a hechos concretos. Es, por ejemplo, la situación de los seis desertores “pardos” que fueron indultados en el Cuartel General del Salto Chico. La suspensión de la ejecución no parece relacionarse con la necesidad de reincorporar soldados sino con la apelación a la antigua costumbre de emplear “alegrías” o conmemoraciones como fundamento para la aplicación de perdones. En este caso, la presencia del comisionado Francisco Bartolomé Laguardia, enviado por la Junta de Paraguay en marzo de 1812. Ante un pedido de los oficiales del Cuerpo, el indulto permitió a Artigas exteriorizar la “relevancia” que tenía la alianza con esa Provincia.³⁹ La existencia de este tipo de mecanismos funcionó tradicionalmente como válvula de descompresión de los excesos del rigor en la punición. Por este medio, la benignidad en el castigo en manos de las autoridades no ponía en entredicho su inexorabilidad pues se mantenía dentro de la “legalidad” establecida.

³⁸ Bando del Cabildo Gobernador, 28/11/1815 en C.N.A.A., Tomo XXIV, pp. 89 y 90.

³⁹ Noticias proporcionadas a la Junta de Gob. de Paraguay por el Comisionado Francisco Bartolomé Laguardia en C.N.A.A., Tomo VII, p. 287.

No conocemos aún lo suficiente sobre la relación entre crecimiento de la deserción y las disposiciones de indulto. Sin embargo, su existencia parece haber tenido una fuerte proximidad con las necesidades militares al producirse un importante número de bajas en los momentos más críticos. Paralelamente, estos indultos también pueden haber sido parte de una política establecida para los períodos de mayor impotencia en cuanto a castigar severamente la deserción. Indultos como el del gobierno de Buenos Aires a comienzos de 1814, que es posible relacionar con la retirada de Artigas del Sitio de Montevideo el 20 de enero, se fundamentaron precisamente en la necesidad de la patria en momentos en que resultaba “increíble” el número de desertores que existía en la campaña.⁴⁰ Probablemente la adopción de criterios de menor rigidez estuvo motivada por la necesidad de soldados y los esfuerzos del control de los delitos protagonizados por desertores. El indulto de 1814 se produjo en momentos del apogeo de la crisis en la relación con José Artigas, que provocaba el crecimiento del ejército oriental en desmedro de las fuerzas que respondían a Buenos Aires.⁴¹

La preocupación de los mandos militares porteños pudo ser determinante en la flexibilización de las pautas para el retorno a sus filas. Entre estas se destacó especialmente la decisión de aceptar el reintegro de aquellos individuos que sumaban delitos comunes al de la deserción. Desde las murallas de Montevideo, José Rondeau promovió la aceptación de soldados “por delincuentes que fueren” e independientemente del plazo en que hubieran abandonado las filas, evitando así apelar al empleo de los vecinos útiles. Adicionalmente se conseguía aumentar sus filas, logrando simultáneamente poner orden en la campaña reduciendo los delitos protagonizados por los grupos de desertores:

En esta Comisión hará V. un importantísimo servicio a la Patria que actualmente tiene mucha necesidad de Soldados; lo hará al País, que esta inundado de estos hombres perjudiciales, y lo hará a los mismos desertores segregándolos de su vida criminal y errante, para que vuelvan a servir sus empeños, como honrados militares.⁴²

⁴⁰ Blas Pico al Supremo P.E. de las Prov. Unidas, 2/2/1814 en C.N.A.A., Tomo XIV, p. 36.

⁴¹ El 11 de febrero, tras su retirada del sitio de Montevideo, Artigas fue declarado traidor a la patria y fuera de la ley.

⁴² Rondeau a Mateo Castro, 25/1/1814, C.N.A.A., Tomo XIV, pp. 10 y 111

De todas maneras, este indulto pareció revestir un carácter excepcional pues las políticas de perdón tradicionalmente tendieron a excluir a todos aquellos que no tuviesen como único delito a la deserción. Estos fueron objeto de una práctica diferente que atendió a delincuentes “comunes”.

Desertores y delincuentes

Resulta especialmente complejo separar la represión de desertores y delincuentes cuando estos reunieron la doble condición. Es claro que toda conducta criminal posterior a la deserción operó como una suerte de agravante que incidió directamente en el momento de determinar una condena. Otro tanto parece haber ocurrido con la calidad de desertor a la hora de sentenciar a aquellos que cometieron nuevos delitos. Esto se constata especialmente en los períodos de alarma ante la existencia de “gavillas de desertores”, que fueron presentadas como un azote para la seguridad de personas y bienes en la campaña y que motivaron la existencia de partidas destinadas a su represión.

Parece sin embargo imprescindible distinguir la magnitud del castigo en función de la consideración del hecho. Establecida una resolución, formal o informal, la existencia de una parte “expositiva” dejaba constancia de los motivos de la condena, pudiendo visualizarse en ella la importancia de cada uno de los delitos cometidos. Inclusive, por lo menos hasta febrero de 1811, la determinación del hecho generó cuestiones de competencia en razón de los fueros militares y la naturaleza del ilícito.

En setiembre de 1810 Juan Vicente Pacheco fue sometido a proceso. Si bien se señalaba su carácter de desertor del ejército español, su detención en Florida no se produjo por esta causa sino por ser descubierto realizando una actividad ilegal. Aunque la deserción consta como delito, quedó subsumida al sumarse a un cúmulo de crímenes:

este es un hombre que antes de Servir al Rey y después de su deserción Jamás se ha sujetado a una vida laboriosa antes bien ocupado solo en el Juego que es su único oficio Vaguea de una parte a otra sin paradero fijo, de estas Resultas detuvo el Domingo en el Campo a un Peón de un vecino, y Con el Cuchillo en la mano le despojo.⁴³

⁴³ A.G.N Caja N° 169 Alcalde de 1er Voto Civil 1º año 1810

En este caso concreto, posiblemente la entidad del delito llevó a que se hiciera primar la competencia militar de la cual es “privativo”. Recibido Pa- checo en Montevideo el 19 de agosto, finalmente se dispuso la remisión de la causa al gobernador de la Plaza el 5 de setiembre de 1810.

Sin lugar a dudas, la situación de la Banda Oriental llevó a un dislocamiento de la estructura y el funcionamiento de la justicia tal cual había sido instituida desde la fundación de Montevideo y que poseía una compleja red de competencias y fueros.

De todas maneras, independientemente de la situación más general de la justicia, el análisis de las causas -pese a los problemas de acceso a procesos sobre militares- nos permite entender más sobre la respuesta ante el delito, su juzgamiento y su condena. Para ello es preciso intentar distinguir qué fue lo que llevó a la aplicación de una pena severa. Mientras que parecen escasas las condenas del mayor rigor a los individuos cuya única conducta perseguida fue la deserción, estas se endurecen cuando los soldados son protagonistas de otros delitos, especialmente aquellos considerados de gravedad. La actividad de las partidas destinadas a la campaña aporta elementos para el conocimiento de la represión de estos grupos.

La partida “tranquilizadora” enviada desde el gobierno españolista de Montevideo en 1812 persiguió y capturó desertores y delincuentes, disponiéndose que varios de ellos fueran pasados por las armas en forma sumaria. Entre las numerosas ejecuciones de sujetos imputados de crímenes se consigna la de un inglés desertor, pero sobre el que pesaba un homicidio en Santa Lucía y un robo a dos peones. Simultáneamente se dispuso la pena capital para Matías Gamarra y Juan Fulgencio Tabares, quienes encabezaban un grupo de “10 ladrones”. Tras la ejecución se procedió a la decapitación y exposición de los cuerpos en varios de los puntos donde los condenados “habían hecho sus hazañas”.⁴⁴

En Colonia también se efectuaron una serie de ejecuciones por la División comandada por el coronel Manuel Dorrego. Estas se concretaron en diciembre de 1814 en medio de la hostilidad del ejército artiguista y los graves problemas para el mantenimiento de la disciplina tras la derrota de Guayabos.

⁴⁴ Diario del jefe de la partida celadora de la Campaña, 3/5 – 25/8/1812, C.N.A.A., Tomo VII, p. 81.

El empleo de la aplicación sumaria de la pena de muerte parece entonces responder a dos grandes causas. Por un lado, la de los reos a los que no se les imputaron delitos comunes y que fueron condenados por su deserción. Dentro de estos es necesario hacer una distinción esencial de las políticas aplicadas, percibiéndose notorias diferencias entre aquellos que mostraron su disposición al retorno y los capturados al ejército enemigo. Mientras que para los primeros se pueden constatar prácticas indulgentes, para estos últimos son varios los ejemplos de pena de muerte, como se comprueba en el procedimiento empleado por Dorrego contra sus soldados. De cierta forma el pasaje de filas permite asociarlo a la traición cambiando el “tipo penal” aplicable.

Por otro, se confirma la pena capital para soldados que cometieron delitos graves “en el camino de su fuga”. En este contexto se produce la ejecución de un granadero acusado “por asesino de alevosía”.⁴⁵ Ya en diciembre de 1814 Juan Palomeque, granadero infante del Ejército de Operaciones, había sido fusilado. A diferencia de otros dos soldados condenados a la pena de baquetas, la sentencia de Palomeque destacaba que al delito de deserción “agregaba el de violencia de una Joven de 14 años robada á sus Padres”.⁴⁶ Capturado Antonio Bueno en Rocha en 1816, se dispuso que el mismo fuera pasado por las armas. La comunicación de Julián Muniz al comandante artiguista Fructuoso Rivera señalaba la situación de un desertor que luego había constituido una gavilla, junto a dos individuos más, que robó la casa de Esteban Pichoto.⁴⁷

Los casos estudiados permiten adelantar como idea primaria que estos soldados fueron castigados primordialmente como delincuentes y no como desertores. O, en todo caso, este último hecho funcionó como una suerte de “agravante” frente a la perentoriedad de controlar las gavillas de desertores que devían en bandidos o se unían a ellos. La necesidad de conservar la disciplina militar y la demanda de orden, particularmente de los sectores

⁴⁵ Soler al Supremo Director de las Prov. Unidas, 30/1 al 7/2/1815, en C.N.A.A., Tomo XVII, p. 370.

⁴⁶ Diario de marcha del Ejército de Operaciones destacado por el gob. de Bs. As. en la Provincia Oriental al mando de Soler llevado por su ayudante ordenes José Ma. de Echeandía, 13/12/1814, pp. 379 y 380, en C.N.A.A.

⁴⁷ Julián Muniz a Fructuoso Rivera, 8/1816, en C.N.A.A., Tomo XXXI, p. 195.

dominantes, coincidieron para la instalación de políticas represivas más severas. La imposición de castigos rigurosos formó parte de una respuesta punitiva orientada a poner freno a los desbordes. La adopción de una pena ejemplar, cuya máxima expresión fue la exhibición de los cuerpos mutilados, cumplió con el precepto de que este se hiciera evidente al conjunto de la sociedad, ratificando la idea esencial de que la justicia alcanza a todos los culpables posibles.

Las dificultades gubernamentales para cumplir este principio mínimo permitieron pintar un cuadro de “anarquía” y subversión social que fue utilizado por los sectores dirigentes “para justificar diversas formas de asociación o incorporación a otros Estados, o incluso sus preferencias por el régimen monárquico, como únicas garantías para fundar un orden estable” (Frega, 2008: 151-152).

Conclusión

Durante el período estudiado la deserción fue asumida como un problema endémico y como tal, de hecho, imposible de eliminar por completo. Encuentrados a esta realidad los ejércitos en el Río de la Plata apostaron a instalar mecanismos que apuntasen a minimizar su existencia. Como era costumbre aun en los ejércitos europeos, en su tentativa de controlar la deserción reaccionaron con una doble respuesta.

En primer lugar, desarrollaron un gran esfuerzo punitivo que partió de un ordenamiento que sancionó rigurosamente esa conducta. Los numerosos bandos condenando a la pena de muerte a los desertores nos hablan de la dimensión del fenómeno; pero también su reiteración pone de manifiesto la esterilidad de la amenaza de un castigo severo como disuasivo. Los estímulos para correr los riesgos que implicaba la deserción siguieron resultando más fuertes que el temor a la pena, sobre todo cuando esta se registraba en el marco de la incapacidad de las fuerzas en conflicto para consolidar la idea de la inexorabilidad del castigo. Si bien este “principio” comenzó a afirmarse a fines del siglo XVII, el concepto de que la pena debía alcanzar a todos los culpables posibles se adaptó por necesidad a la realidad. Esta estuvo marcada por la imposibilidad material de cumplirlo, la situación concreta de los ejércitos y sus hombres, y la demanda de soldados que generaba la prolongación de la guerra. De esta manera, aunque formalmente la sanción para la deserción

era la pena de muerte, esta no fue aplicada de manera uniforme. Mientras que su empleo se flexibilizó para los desertores “comunes”, mantuvo su rigor para los que se podrían considerar crímenes de guerra y delitos. La idea del “escarmiento horrible” se encontraba arraigada para este tipo de conductas que, aunque realizadas por desertores, tuvieron naturaleza penal.

La inseguridad, el ataque contra personas y bienes provocado por las “gavillas de desertores” tuvo como respuesta un endurecimiento de las penas que se evidenció en la aplicación de ejecuciones sumarias. Así, la persecución de desertores pareció tener un fundamento militar y otro penal que convivieron en su aplicación. El tratamiento penal de las conductas, promovido por la exigencia de poner orden en la campaña, llevó a extremar el castigo frente a los delitos. Las prácticas motivadas por las demandas militares provocaron ciertos niveles de indulgencia. Si bien desde los ejércitos las políticas buscaron controlar la deserción, terminaron manteniendo la pena como un castigo alternativo, priorizando la reincorporación sobre la certeza de que los crímenes no quedarían impunes. Incluso, en algunos casos, aun cuando los desertores hubiesen cometido delitos graves. Ello podría explicar lo que aparece como un bajo índice de ejecuciones en relación a la alta cifra de deserciones.

Las políticas que se enfrentaron con este problema parecen haber navegado entre el castigo severo y la reincorporación al ejército del que habían desertado. Es por ello que se puede constatar la existencia regular de indultos como forma tanto de promover el retorno a las filas como de acicate para el pasaje a los ejércitos adversarios. La persecución de estas prácticas, objeto permanente de atención de los mandos, se evidencia en la severidad del tratamiento a los que promuevan el abandono y al pasaje por las armas de los soldados capturados en otros ejércitos.

De todas maneras, la reiteración de los bandos condenando a la pena de muerte y la promulgación de indultos que permitiesen el retorno al ejército, sumado a la reincorporación “de hecho”, ponen en evidencia el fracaso de estas políticas para el control de la deserción. La apelación a estas dos herramientas parece haber tenido sus picos en los momentos más críticos, aquellos en los que la “moneda corriente” de la deserción tuvo sus puntos más altos (Garavaglia, 2003: 165). Lejos de mostrar señales de éxito en su represión este fenómeno se mantuvo y formó parte de la vida militar. Inclusive el estímulo a la deserción en el enemigo, indultando a los soldados de otros ejérci-

tos, formó parte de una estrategia bélica de desgaste de recursos.

El imprescindible acceso a los sumarios militares y el mejor conocimiento de las causas va a permitir profundizar en las razones individuales de la deserción. Más allá del problema militar, se hace necesario avanzar en la comprensión de las motivaciones para enfrentar los riesgos de una conducta perseguida y punida con severidad. Ello también permitirá entender cómo la integración al ejército, o su abandono, no solo significó un fenómeno relacionado con la disciplina castrense, el “deseo de libertad” o el “espíritu patriótico”, sino que formó parte de las estrategias de supervivencia de los sectores populares que mayoritariamente lo compusieron.

Bibliografía

- Alonso Rodríguez, E. (1954). Artigas. Aspectos militares del héroe. Montevideo: Centro Militar.
- Antunez Olivera, O. (1959). Artigas como militar. En Artigas. Estudios publicados en “El País” como homenaje al Jefe de los Orientales en el Centenario de su muerte 1850 – 1950. Montevideo: Ediciones de “El País”.
- Beccaria, C. de (1968). De los delitos y de las penas. Madrid: Alianza.
- Beraza, A. (1961). La revolución oriental 1811. Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
- Beraza, A. (1967). El pueblo reunido y armado. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Beverina, J. (1935). El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Buenos Aires: Círculo Militar – Biblioteca del Oficial.
- Canales Gili, E. (2003). Ejército y población civil durante la guerra de la independencia: unas relaciones conflictivas. En Hispania Nova, revista de Historia Contemporánea 3. http://hispanianova.rediris.es/articulos/03_003.htm
- Chust, M. & Minguez, V. (ed.) (2003). La construcción del héroe en España y México (1789 – 1847). Valencia: PUV.
- De La Torre, N., Rodríguez, J. C. & Sala de Touron, L. (1969). La revolución agraria artiguista (1815 – 1816). Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- De La Torre, N., Rodríguez, J. C. & Sala de Touron, L. (1971). Artigas: tierra y revolución. Montevideo: Arca.
- Dorés Costa, F. (2010). Insubmissao. Aversao ao serviço militar no Portugal

- da século XVIII. Lisboa: Imprensa de Ciencias Sociais.
- Foucault, M. (1989). Vigilar y castigar. Buenos Aires: Siglo XXI. 17^a edición.
- Fradkin, R. (2010). Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la Revolución. [En línea]. En Ternavasio, M. (comp.). Dossier Las guerras frente a la crisis del orden colonial. El Río de la Plata. <http://www.historiapolitica.com/lasguerras/>.
- Frega, A. (2008). “Los infelices” y el carácter popular de la revolución artiguista. En R. Fradkin, (ed.). ¿Y el pueblo donde está? Buenos Aires: Prometeo.
- Garavaglia, J. C. (2003). Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810 – 1860. Anuario IEHS, 18.
- Gómez Perez, C. (1992). El sistema defensivo americano. Siglo XVIII. Madrid: MAPFRE.
- Kuethe, A. (2005). Las milicias disciplinadas en América. En A. Kuethe & J. Marchena (eds.). Soldados del Rey. Ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia. Castello de la Plana: Universitat Jaume I.
- Maeso, J. (1886). Estudios sobre Artigas y su época. Montevideo: Imprenta a vapor y Encuadernación El Laurak-Bat. Tomo III.
- Palop Ramos, J. M. (2002). De soldados a presidiarios. Estudios: Revista de Historia Moderna, 28. <http://www.uv.es>
- Pereda, S. (1930). Artigas 1784 – 1850. Tomo I. Montevideo: El Siglo Ilustrado.
- Pivel Devoto, J. (1957). Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811. Montevideo: Medina.
- Pivel Devoto, J. (s/f). Prólogo. En Archivo Artigas, Tomo II.
- Rabinovich, A. (2011). El fenómeno de la deserción en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe (E.I.A.L), 22. <http://www1.tau.ac.il/eial>.
- Reyes Abadie, W., Bruschera, O. & Melogno, T. (1971). El ciclo artiguista. Montevideo: Margarita Silberberg. Tomo I.
- Ribeiro, J. I. (2005). Quando o serviço os chamava. Milicianos e Guardas Nacionais no Rio Grande do Sul (1825 – 1845). Santa María: Editora UFSM.
- Rodríguez Flores, M. I. (1971). El perdón real en Castilla (siglos XIII – XVIII). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, Colección

- Estudios Jurídicos 031.
- Sala, L. (2004). Jacobinismo, democracia y federalismo. En Ansaldi, W. *Calidoscopio latinoamericano*. Buenos Aires: Ariel.
- Sicco, P. (1952). Artigas a la luz del arte de la guerra. Montevideo: Centro Militar. Biblioteca “Gral. Artigas”, vol. 1.
- Zubillaga, C. (1965). Consideraciones sobre el derecho a la vida en la doctrina artiguista. En Boletín Histórico, Montevideo, Estado Mayor del Ejército.

Cruzar fronteiras, conectar mundos. As missões austrais na pampa bonaerense

Maria Cristina Bohn Martins

Nas últimas duas décadas o tema das fronteiras tem merecido uma viva atenção por parte dos historiadores, na mesma medida em que se passou a considerar que os processos sociais, políticos, econômicos e culturais em curso nas periferias das sociedades, são tão importantes quanto aqueles que afetam as áreas centrais. Com isto foi possível perceber a grande complexidade dos processos históricos em curso nos espaços fronteiriços, em que ocorrem situações de conflito e negociação, de empréstimos culturais e mestiçagem, assim como, ao mesmo tempo, o reforço das identidades diferenciadas. No caso das fronteiras entre as sociedades indígenas e a “hispano-criolla”, tais novas perspectivas de análise têm, nas últimas décadas, acrescentado ao tema dos confrontamentos bélicos, investigações a respeito das várias formas que adotaram as relações entre elas. É a partir destas considerações que o texto a seguir reflete sobre a condição de fronteira de três missões conduzidas pelos jesuítas na pampa bonaerense entre 1740 e 1752 -*Nuestra Señora de la Concepción de los Pampas*, *Nuestra Señora del Pilar* e *Nuestra Señora de los Desamparados*-, buscando analisar os processos de mediação cultural aí desenvolvidos.

Esta reflexão tem como matéria uma das muitas fronteiras dos territórios hispânicos na América no século XVIII: a campanha bonaerense¹ nos

¹ Trata-se de uma região de extensas planícies localizada a o sul da América do Sul, abrangendo a metade meridional do estado brasileiro do Rio Grande do Sul, o Uruguai e as províncias argentinas de Santa Fé, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, La Pampa e Buenos Aires, sendo esta última a que importa mais diretamente a o trabalho.

“confins meridionais” do Império. Não há dúvida de que a fronteira é matéria nodal na historiografia argentina, especialmente naquilo que se convencionou chamar de “fronteira interna” com as sociedades nativas. Podemos dizer, inclusive, que as reflexões em torno deste tema contribuíram para firmar, na Argentina, discursos identitários e “mitos fundantes” assentados na conquista de territórios por meio da guerra contra os índios.

Os caminhos que percorreu a produção acadêmica do país no sentido de dar corpo a esta usual interpretação do passado são bastante conhecidos. Como recordam Mandrini e Ortelli (2003), tal percurso remonta ao próprio surgimento desta historiografia na segunda metade do século XIX, em que confluíram os postulados ideológicos do liberalismo, a tradição nacionalista do romantismo e os pressupostos metodológicos da história erudita. Esta historiografia fez assim,

(...) del ‘dato histórico’ su objeto y se obsesionó por el documento escrito, único capaz de registrar con precisión tales datos, lo que determinó un recorte en su campo de estudio que sólo permitía incluir a las sociedades que hubieron dejado testimonios escritos. Las otras, percebidas como detenidas en el tiempo y sin cambios –por tanto ‘sociedades sin historia’– eran así excluidas. (Mandrini & Ortelli, 2003: 61).

Este ajuizamento é, sem dúvida, aplicável a mais de um país americano. Entretanto, neste caso específico, tal produção será modulada, também, por outras vicissitudes, dizendo respeito ao contexto de criação de uma nação que, por muito tempo, se percebeu como racial e etnicamente homogênea e, como já se disse, fez do conflito contra as populações indígenas -em favor do progresso e da civilização- o tema central de uma “gesta heroica”. Realmente, desde meados do século XIX, tal como anuncia a obra clássica de Domingo Faustino Sarmiento, “Civilização e Barbárie” de 1845, isto é, antes mesmo de ter início a escrita de uma historiografia acadêmica, é possível perceber o estabelecimento no imaginário coletivo argentino, de uma relação antitética entre os âmbitos rurais e urbanos, assim como entre os “brancos” e os “índios”.

A concepção firmada sobre “os selvagens” e sobre o “espaço selvagem” preparou o terreno para que a empresa conhecida como “Conquista do Deserto”, promovida entre 1878 e 1879 contra os grupos indígenas da pampa-

patagônia, fosse apresentada como ponto culminante do relato oficial sobre o surgimento do Estado nacional. Paralelamente ela se constitui como o ato fundacional que permitiria o ingresso do país no processo de civilização.

Para o que aqui importa é preciso destacar que, em tal narrativa, este evento é apresentado como o desdobramento de um processo cujo início se localiza em tempos coloniais, na chamada “questão indígena”, noção que praticamente sintetiza a história das relações entre os colonizadores e as sociedades nativas a partir da perspectiva da oposição e guerra entre elas. A ela se liga ainda, a ideia de que a superação deste fato estava condicionada ao fim das “anacrônicas” fronteiras internas e extensão da soberania do Estado aos territórios indígenas, isto é, à fronteira bárbara.

Esta forma de interpretação do passado colonial obscurece as evidências de que não foram unicamente hostis as relações historicamente entabuladas entre índios e brancos na fronteira. A insistência nela, de fato, traz como correlata a perspectiva da “natureza indômita” dos índios e de sua atitude refratária quanto aos brancos. Consequentemente, a responsabilidade pela pauta de violência na relação entre os ocidentais e nativos seria dos próprios indígenas, uma vez que, no intuito de defenderem seu “modo bárbaro de viver”, eles teriam recusado relações pacíficas com o mundo dos brancos.

Esta noção de fronteira que foi consagrada pelas ciências sociais no século XIX e perdurou em boa parte do século XX, portava uma dimensão eminentemente político-militar.² Pautada na guerra e no conflito, ela era a solução para pensar a ocupação territorial de espaços em disputa, a que se agregou um enfoque socioeconômico que tinha o sentido de “terras livres”, de áreas em contínuo recesso diante do avanço da civilização e da ocupação produtiva.³ A fronteira foi então compreendida como uma linha ou como uma

² Tal vez a síntese mais clássica sobre esta concepção seja a do prussiano Friederich Raztel (1804-1904), que a elaborou no bojo do processo de luta pela unificação da Alemanha. Segundo ele, a fronteira está ali onde se encontra a soberania territorial do Estado, devendo por isto ser fixada com precisão.

³ A grande contribuição aí, ainda no XIX, foi, sem dúvida, a de Frederick J. Turner. Para o historiador norte-americano, a existência de *free lands* definia o dinamismo da sociedade norte-americana e dava as condições para o desenvolvimento de algumas de suas maiores virtudes (como individualismo, iniciativa e empreendedorismo), bem como da democracia de sua sociedade.

“franja”, que avança sobre áreas despovoadas sob a tutela do Estado.

Durante as duas últimas décadas contudo, os estudos acadêmicos sobre este tema foram fortemente renovados. No caso do mundo rural “rioplatense”, investigações sistemáticas, inclusive sobre a época colonial, têm oferecido visões alternativas ao que até então tinha prevalecido na historiografia tradicional⁴ e no senso comum. É a partir dos resultados destes trabalhos, que a historiografia contemporânea recusa a noção de que houvesse uma radical separação entre o mundo dos “índios selvagens” e o dos “cristãos”, e que a guerra fosse a única instância de comunicação entre uns e outros nas fronteiras do império espanhol. Para o caso da pampa bonaerense, eles evidenciam que, até meados do século XVIII, as relações entre as populações nativas e os moradores de Buenos Aires e seu hinterland, conheciam muitas outras modulações para além do conflito e da guerra.

O caso particular que aqui queremos examinar, as chamadas “missões austrais” conduzidas pelos jesuítas entre 1740-1752, ajudam a compreender a complexidade desta dinâmica em que aproximação e recusa, conflito e comércio, guerra e diplomacia se alternavam ou mesmo sobreponham.

As missões austrais na campanha bonaerense

Em 1742, provavelmente recomendados pela sólida experiência que tinham anteriormente angariado no tratamento com as sociedades indígenas, os jesuítas foram acionados pelo governador de Buenos Aires, Don Miguel de Salcedo, para dar início a uma missão junto aos índios “pampa”. A partir do que foi registrado pelos padres envolvidos nesta história, é bastante consensual entre os historiadores a idéia de que, nesta década, as relações entre os nativos e os povoadores brancos da área tinham se deteriorado a ponto de abrir um período de fortes hostilidades.

Esta degradação pode ser entendida a partir do processo de extinção do gado selvagem nos inícios do XVIII, abrindo uma forte disputa pelos seus remanescentes, bem como pelos espaços em que os animais poderiam ser criados. De fato, em virtude da rarefação dos rebanhos e do aumento da sua

⁴ O termo “historiografia tradicional” embora pouco preciso quanto a o heterogêneo conjunto de trabalhos que pode abranger, faz referência a análises que compartem pressupostos comuns, como o eurocentrismo, a influência do pensamento romântico liberal e o trabalho segundo os princípios metodológicos do positivismo decimonônico. Sobre isto ver: Mandrini, 2007.

demanda, os povoadores de Buenos Aires passaram a estender suas estâncias de criação para os territórios indígenas, enquanto estes intensificaram os assaltos às propriedades dos primeiros.

Podemos atribuir para estas sociedades o qualificativo de “independentes” no sentido que lhe é atribuído por David J. Weber (2007).⁵ Isto é, eram grupos que mantinham-se fora da jurisdição dos poderes coloniais e em relação aos quais, a política imperial do Setecentos vai ter especial atenção. A miúdo, estes grupos “independentes” controlavam as terras de menor valor econômico, algo de que a pampa de Buenos Aires era, até então, um exemplo.⁶

Afirmar que se tratavam de populações indígenas não submetidas contudo, não implica supor que elas se mantivessem alheias aos efeitos da colonização europeia, ou imunes às enormes transformações que se operavam no seu entorno. Ao contrário, ao menos na região aqui em análise, algumas haviam estabelecido relações comerciais com os “hispano-criollos”, de forma a obter produtos europeus de forma pacífica. Além disto, muitas haviam “embarcado en sus propios experimentos de reorganización política, económica y militar” (Weber, 2007: 22). Este é caso daqueles grupos que os sacerdotes da Companhia que trabalharam nas missões de *Concepción* e *Pilar*,⁷ chamaram

⁵ A expressão “índios independentes” utilizada mais de uma vez neste texto deve ser relativizada. Não se quer com ela desconhecer os vínculos que os indígenas mantinham com a sociedade colonial, muito menos sugerir que eles pudessem ficar imunes às sérias transformações que se processavam em seu mundo. Tampouco pretende-se negar que aqueles tidos por “domésticos” ou “assimilados” pudessem conservar certo grau e instâncias de autonomia. Estas podiam se manifestar na esfera religiosa, em que reelaboravam as crenças cristãs, tanto quanto no mundo do trabalho, em que marcavam seu lugar mediante, por exemplo, o retardamento das tarefas ou não cumprimento do que era solicitado. David Weber assinala que os “índios domésticos” encontravam, dentro das próprias normas espanholas, espaços para fazer valer sua vontade. Teriam, por exemplo, entendido que o sistema de governo espanhol tolerava rebeliões locais e limitadas, e as utilizaram como meio extrajudicial de conseguir o afastamento de autoridades especialmente abusivas.

⁶ Tanto David J. Weber (2007), quanto Ivonne del Valle (2007) assinalam, contudo, que a ecologia das áreas de fronteira não é a única explicação para que os espanhóis não as tenham sujeitado. O caráter das sociedades nativas, grupos não sedentários e nem habituados a práticas de trabalho tributário, também seria, para os dois autores, elemento decisivo para o estabelecimento desta realidade. Trata-se de uma relação entre o território, os grupos que o habitam e suas praxis (del Valle, 2009: 26-27).

⁷ Estas foram as duas primeiras “missões austrais”. *Nuestra Señora de la Concepción de*

de “pampas e serranos”. Sobre eles o Padre Cardiel destacou a proximidade que mantinham com a população de Buenos Aires, para quem prestavam trabalhos por jornada e com a qual faziam comércio.⁸

Este gran espacio de tierra de 400 leguas desde Buenos Aires al Estrecho (...), ocupaban primeramente los Indios Pampas que vivían entre los Españoles en las Estancias de ganados de Buenos Aires. Después (...) vive una parcialidad que (...) llaman Cerranos, en la Sierra del Bolcal como 100 leguas de esta Ciudad, dejando el espacio intermedio de 100 leguas vacío, y solo poblado de fieras y yeguas (...) vaguales (...). Después (...) avita la mayor parcialidad de los Cerranos con su cacique principal (...) llamado el Brabo, que esta cercana a la Cordillera (...), y en distancia del mar como 100 leguas (...) mas adentro en la misma Cordillera en sus Valles están los Aucaes, todos estos indios Pampas, Serranos del Volcon, Serranos de las Cavezas del Sauce, y Aucaes bienen continuamente a Buenos Aires (Cardiel, 1930: 246-247).

A política de estender aos índios “austrais” a “missão por redução” já havia sido aventada desde o último quartel do século XVII,⁹ mas os esforços

los Pampas foi edificada em 1740 nas proximidades do Rio Salado; *Nuestra Señora del Pilar Del Volcón*, situada um pouco mais ao sul, na região das “serranias de Tandil”, teve seu inicio em 1746. Uma outra missão, a de *Nuestra Señora de los Desamparados* (1750-1751), congrejo u efemeramente algumas parcialidades “thuelchus” ou de “patagões”. Importa esclarecer que as referências feitas a os etnônimos indígenas neste texto seguem as formas pelas quais eles se encontram nas fontes consultadas, conscientes que estamos da pouca exatidão e arbitrariedade destas nomenclaturas. Não apenas os nomes das etnias aparecem de maneira profusa e desencontrada entre os vários observadores que as descrevem, como claramente não refletem denominações ou percepções dos próprios índios. São, antes disto, formas de atender as necessidades práticas de identificá-los e organizar as relações que se estabelecem nas situações de contato. Indicativo disto é a referência de Pedro Lozano a uma parcialidade dos pampas como “carayets”, esclarecendo que esta designação significava “amigo de los españoles” (Lozano, 1994: 583-584).

⁸ Num a referência anterior, de 1678, o bispo de *Buenos Aires* informara sobre as relações que os pampas entabulavam com os moradores da cidade que “suelen benir de paz y ayudan a los vecinos en las labranzas y otros ministerios por su jornal por que esto es por breve tiempo lo que dura la cosecha”. Azcona & Imbert, Fray. Carta de agosto 1678 al Rey de España sobre conflictos com los indios de distantes zonas. Copias del Archivo General de Indias en el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, Carpeta F, Documento 9.

⁹ Ver: Azcona & Imbert, 1678, Carpeta F, Documento 9.

neste sentido não foram sistemáticos ou suficientes para levá-la a termo.¹⁰ Isto ocorrerá de fato quando, nas primeiras décadas da centúria seguinte, as relações entre os moradores da cidade e os grupos nativos se tornarem crescentemente conflitivas. Assim é que, por volta de 1740, uma mudança na estratégia de contenção dos índios vai possibilitar o início das missões austrais.

Os jesuítas tinham, desde o século anterior, a convicção de que os índios batizados só seriam efetivamente convertidos em cristãos, quando vivessem como os espanhóis, isto é, em entornos urbanos onde florescessem a moralidade, os costumes e a lei ocidentais (Martins, 2010: 375-391). Aqueles que se apartavam da vida em comunidades estabelecidas ao molde europeu eram, para os padres, “vagabundos” e “gitanos”. Por seu lado, os espanhóis e criollos do XVIII viam-nos como “bravios” e “selvagens”.¹¹

Foi a partir de um acordo firmado entre o Provincial da Companhia Antonio Machoni, o governador Manuel Salcedo e alguns caciques pampas,¹² que surgiu o primeiro dos três povoados que comporiam as “missões austrais”. Tratou-se de um ajuste por meio do qual lideranças civis, eclesiásticas e indígenas buscaram fazer prevalecer interesses próprios e nem sempre convergentes. Como iremos verificar, desta situação resultaram as difíceis condições em que se instalou a “missão do sul” e os escassos resultados a que ela chegou.

Sobre o amparo de Maria Santíssima: as missões na fronteira sul.

A missão jesuítica entre “pampas e serranos” na região da campanha bonaerense transcorreu num curto espaço de tempo e envolveu um conjunto não muito numeroso de padres. Os três povoados edificados sob a evocação da Virgem buscaram ser vanguardas do império espanhol em uma fronteira em que os territórios indígenas estavam perigosamente próximos da capital

¹⁰ É o que se pode verificar nas informações prestadas pelo referido bispo em 1678 sobre “conflictos con los indios de distantes zonas”. Ver: Azcona & Imbert, 1678, Carpeta F, Doc. 9.

¹¹ Lembremos que, em quanto os reformadores bourbônicos acreditavam que a exposição dos índios ao contato cotidiano com os brancos favoreceria sua “civilização” e progresso, os padres, ao contrário, viam-no como perigosa fonte de “maus exemplos”.

¹² Participaram da fundação da primeira redução, os caciques Lorenzo Manchado, José Acazuzo, Lorenzo Massiel e Pedro Milán Yahatí.

da governação. Efetivamente, as amplas áreas que se estendiam ao sul do Rio Salado, às quais os coevos se referiam como “tierra adentro”, eram ainda fortemente marcadas pelos “modos nativos”, periféricas à ordem colonial e sobre as quais, justamente por isto, se constituiu, nesta centúria, um renovado esforço de submissão por parte das autoridades de governo.¹³

Para os observadores ocasionais, a região parecia sem ocupação humana, uma terra “despoblada y sin cultivo, pues no la habitan ni indios ni españoles” estando repleta de “ganado vacuno, caballadas alzadas, venados, aves-truces, perdices, patos silvestres y otra caza” (Falkner, 1774/1974: 81-82). O autor desta afirmação, um dos padres envolvidos com esta missão, escreveu que o povoado de *Nuestra Señora de los Pampas*, abrigando inicialmente 300 almas, foi instalado “en una llanura seguida sin un solo árbol” (Falkner, 1774/1974: 81-82).

Realmente, as estâncias espanholas se concentravam ao norte do Rio Salado, a menos de 150 km da capital, sendo que, na época, nenhuma outra cidade do porte de Buenos Aires se encontrava tão próxima das terras de índios não submetidos (Weber, 2007: 101). O lento avanço do aparato colonial nesta área -situação que a política imperial do XVIII pretendeu revisar- se explicava tanto pelas condições “naturais”, isto é, pela ausência de metais ou outros produtos econômicos exportáveis de alto valor, como pela “independência” mantida por seus nativos. Esta última situação passa a ser um problema importante a partir do momento em que a disputa pelo gado selvagem acirrou os conflitos entre brancos e nativos.

En este contexto (...) la idea de frontera -que ya estaba presente en los ánimos y en el vocabulario de todos- se impuso en las decisiones polí-

¹³ Não há dúvida de que o estudo de regiões como aquela da qual aqui nos ocupamos sinaliza a necessidade da revisão de algumas convenções historiográficas tradicionais como as que costumam estabelecer “conquista e colonização” como fenômenos subseqüentes. Isto é, como se houvesse um encerramento da primeira em meados do século XVI e, a partir daí, a instalação de aparatos jurídicos e burocráticos metropolitanos, iniciassem uma nova “etapa”, a da colonização. Restall (2006) assinalou bem que esta visão, embora já bastante questionada, sobrevive ainda hoje, expressando-se através do que ele chamou de “mito da conclusão”. Gerado pelos próprios conquistadores a fim de sustentar suas demandas por recompensas, a noção de “conclusão da conquista” apoiava a ideologia de justificação imperial desenvolvida para apresentar os espanhóis como agentes dos designios da Providência.

ticas y empezó a colarse en los documentos. En 1738 se alzó un primer fortín en la zona de Arrecifes. Tres años más tarde, entre hostilidades que no cesaban, se sugirió levantar fuertes en las fronteras de cada pago, como se hacía ya en Tucumán y el norte de Santa Fe, propuesta aprobada en 1745, cuando las autoridades decidieron erigir a distancia de cuatro o seis leguas de las poblaciones rurales, en los límites del terreno ocupado por las estancias, una línea defensiva de puestos fortificados con cercos de palo a pique. Así nació la frontera stricto sensu (Roulet, 2005: 3).

Assim como no caso de Santa Fé e Tucumán, vários relatos registram a precarização das relações entre brancos e índios também, na campanha bonaerense nas primeiras décadas do XVIII, em boa medida, como dissemos, em decorrência da acentuada diminuição dos rebanhos “cimarrones” que tinham sido tradicionalmente apropriados por membros das duas sociedades. Observam-se então, tentativas oficiais de conter o abate de animais, pelo que o cabildo de Buenos Aires institui limitações para a prática das “vacarias”.¹⁴ Diante desta realidade, as populações “criollas” avançaram suas propriedades na região da campanha, enquanto os indígenas, intensificam os “malones”,¹⁵ assaltando os assentamento brancos a fim de obter, por esta via, os cobiçados animais.

Ao registrar os acontecimentos que preparam a fundação das missões, os inacianos se referem a ataques feitos aos estabelecimentos espanhóis e às incursões de castigo e retaliação que a isto se seguem no ano de 1737.¹⁶ Tal situação ajuda a compreender a atitude, referida pelas mesmas fontes, de

¹⁴ Em 1700 estabeleceu-se uma licença por quatro anos para as vacarias, em 1709 a autorização foi de um ano e, em 1715, de três anos; em 1718 ocorreria a última vacaria de gado “xucro” autorizada em Buenos Aires (Barba, 2007, p. 214).

¹⁵ Este termo costuma ser aplicado às incursões violentas e inesperadas, em geral evitando o confronto aberto, feitas pelos índios aos assentamentos e propriedades dos brancos. Embora o imaginário da sociedade ocidental tenha associado tais iniciativas ao saque para obter gado e cativeis, os “malones” nem sempre foram iguais entre si ou buscaram o mesmo propósito. Eles podiam ser verdadeiras empresas de caráter econômico destinadas a obter artigos de consumo dos grupos envolvidos, ou peças que sustentassem os circuitos econômicos dos quais participavam. Mas podiam ser também, empreendimentos que buscavam consolidar a posição dos chefes e dos guerreiros, ou instituir novas chefaturas.

¹⁶ Lozano, 1994; Cardiel, 1748/1960; Sanchez-Labrador, 1772/1930; Falkner, 1774/1974.

os índios recorrerem ao governador Miguel Salcedo solicitando assistência diante das represálias dos “criollos”.¹⁷ Salcedo lhes propôs, em troca de paz e proteção, que eles se “reduzissem a povos” com os jesuítas.

Os pampas como já se disse, tinham experiências prévias no trato com os brancos, trabalhando como “jornaleiros” em suas propriedades e freqüentando o comércio da cidade. Segundo a Anua de 1735-1743 de Pedro Lozano, até então, apesar de “su continuo trato com los españoles”, a eles aborrecia a doutrina cristã, tanto quanto os brancos que a seguiam. Por isto, qualquer incidente podia quebrar a incerta paz entre eles:

(...) jamás se aficionaron con la ley Cristiana, al contrario, constantemente quedaron desafectos a Ella, sea esto a causa de las malas costumbres, observadas por ellos en algunos cristianos depravados (...) o sea que la santidad de nuestras leyes parecería intolerable a esta gente tan viciosa. Por estas razones se contentaban los pampas con su vida brutal, perseverando en ella (...) (Lozano, 1994: 585).

A despeito de se mostrarem, como se pode ver, bastante seletivos nas formas pelas quais conduziram sua relação com a sociedade colonial, os pampas aparecem, em mais de um relato, como a referida carta do Padre Lozano, solicitando a proteção das autoridades diante dos eventos de 1737: “Ultimamente (...) redujo a pueblo a los Pampas (...) que Vivian en sus comarcas sin Pueblo ninguno, sin gobierno, como Gitanos (...) Obligóles (...) el miedo de los Españoles que acababan de hacer una gran matanza en otros Indios sus parientes (...)” (Cardiel, 1748/1930). Percebe-se aí que a violência crescente atingia indistintamente os grupos indígenas, mesmo aqueles que mantinham (voláteis) acordos de paz com os brancos, e estivessem eles ou não envolvidos nos comportamentos que se queria castigar. Por isto,

Consultáronse entre si sus caciques, y hallaron ser el arbitrio más acertado (...) entregarse por completo al español, el cual aunque ofendido,

¹⁷ Efetivamente, os pampas pedem proteção contra os espanhóis e também contra seus inimigos “serranos”. Devemos lembrar que a nova mobilidade dos grupos indígenas e a importância que o gado assumiu em sua cultura, tiveram significativos impactos sobre seus padrões de territorialidade, acentuando disputas antigas e introduzindo novas.

estaría inclinado a perdonar, y los defendería eficazmente contra sus demás enemigos. Así es que se encaminaron a la ciudad rogando primero al gobernador (...) Don Miguel de Salcedo y después al comandante Don Juan Martins, que ratificasen con ellos la antigua paz y amistad (Lozano, 1994: 589).

Miguel de Salcedo entregará a tarefa de reduzir e pacificar os índios, aos padres da Companhia. Embora ao longo deste século algumas vozes procedentes das instâncias diretivas do império tenham passado a defender o incentivo ao comércio com os índios como a melhor forma de relacionamento com eles, os jesuítas eram defensores da prática missionária. Como afirma Carlos Page, os membros do clero, sobretudo o regular, estavam convencidos de “que llevar la Palabra de Dios a los aborígenes y europeizarlos en sus costumbres, era un bien para esta gente que miraban con compasión y desde una superioridad humana”. Ao lado disto, recorda o mesmo autor, buscavam ainda “crear fronteras de paz y evitar guerras, o bien concentrar personas que protegieran las ciudades hispanas, a la vez que sus vecinos se repartían sus tierras” (Page, 2013). Finalmente, é possível aventarmos ainda, que os jesuítas, além da ampliação do seu território de missão, tenham visto na atenção ao que lhes solicitava o governador a oportunidade de melhorar suas relações com as autoridades civis, crescentemente tensionadas em virtude da política regalista da monarquia bourbônica.

A anua do Padre Lozano, uma vez que se refere ao período de tempo que transcorre entre 1735 e 1743, acompanha os primeiros anos da fundação de *Madre de los Pampas*. Assim como a *Carta y Relación* de 1747 de Jose Cardiel, ela apresenta-se otimista quanto aos resultados que se poderiam obter na catequese e civilização dos índios, confiança que contribuiu para que em 1746 se tivesse dado início ao assentamento que reuniria os “serranos”: *Nuestra Señora del Pilar*,¹⁸ nas proximidades da atual Mar del Plata.¹⁹ Con-

¹⁸ Os encaminhamentos que originaram *Pilar* indicam uma clara diferença quanto ao ocorreria com os pampas. O que vemos aqui são “embaixadas” que, com a intermediação dos jesuítas, buscavam os caciques serranos para lhe propor que aceitem os padres em seu território. As primeiras negociações começam em 1741 e se concluem em 1746. Participaram do início da missão, os caciques Marique e Chuyantuya com 24 toldos de seguidores.

¹⁹ Um terceiro e último povoado, que duraria apenas alguns meses, foi fundado em finais

tudo, as notícias alentadoras bem cedo dariam lugar a queixas e lamentos sobre o comportamento dos índios, em nada anunciantes de que junto a eles pudessem prosperar “templos vivos de Deus”, tal como esperavam os jesuítas (Lozano, 1994: 589). Informações subseqüentes coligidas pelos padres, passariam a indicar a falta de comprometimento dos nativos, e sua recusa em colaborar nos afazeres que garantiriam as mínimas condições materiais de existência das missões. E, menos ainda, com as rotinas que fizessem dos povoados um espaço de inserção na vida “en policia” civil e cristã. Em pouco tempo eles passaram a se queixar da desídia dos índios e do descaso que manifestavam para com a catequese, narrando que os nativos se furtavam de realizar tarefas como edificar e manter as construções, ou trabalhar na lavoura, e tampouco queriam participar das atividades que, em última análise, eram a justificativa das missões, isto é, a instrução e os ritos religiosos.

Em agosto de 1745 Fray Jose Peralta, bispo de Buenos Aires, escrevia que o resultado da missão dos pampas não correspondia ao que se havia esperado dela, e que a semente do Evangelho caíra “entre pedras e espinhos”. Após cinco anos de doutrinação, os resultados da catequese eram escassos e os índios se mantinham, “menos sujetos e disciplinados” do que seria esperado resultar do trabalho dos jesuítas.²⁰

José Sanchez Labrador, por seu turno, afirmou retrospectivamente ser,

(...) muy poco el fruto de sus instrucciones en unos indios que (...) con su continua inquietude y desasosiego olvidaban en pocos días lo que se les había enseñado, y en solo dos meses de ausencia que daban como tablas rasas, en que no se divisaba ya, ni en bosquejo, la Doctrina christiana (Sanchez Labrador, 1772/1930: 105).

Desta sorte, diante do que as fontes indicam ser o desinteresse dos índios para com as missões, podemos nos inquirir sobre o que pretendiam eles ao

de 1750, pouco mais ao sul, para abrigar os “toelches” ou “patagones”: *Nuestra Señora de los Desamparados*. Seu estabelecimento foi negociado com os caciques Chanal, Sacachu e Taycho-co e um único missionário, o Pe. Lorenzo Balda, dirigi-o ao longo dos poucos meses que durou.

²⁰ Carta Ao Rey de 12 agosto de 1745 do Bispo José Peralta e Carta ao Rei de 30 de agosto de Bernardo Nudorfer, respectivamente. Apud: p. 245.

buscar (ou ao aceitar) a presença dos padres e instalação dos “pueblos”.

“No sé de alguno que tenga por motivo de vivir con nosotros, el querer salvar su alma”

As narrativas sobre os acontecimentos que redundaram na constituição e abandono das “missões austrais” revelam um processo muito complexo em que estiveram presentes variados interesses e negociações, assim como diferentes formas de transgressão das alianças estabelecidas. Elas permitem verificar um feixe de relações, por vezes opondo e afastando, por outras aproximando os anseios de brancos e índios. Da mesma forma, indicam a necessidade de evitarmos estabelecer generalizações sobre o tema, uma vez que interesses e práticas podiam variar ao sabor das circunstâncias, interesses e sujeitos envolvidos.

Podemos dizer que os indígenas aceitaram as missões por mais de um motivo. Numa perspectiva mais imediata eles foram movidos pelas dificuldades em lidar com as ações punitivas espanholas numa relação de forças lhes era desfavorável.²¹ Isto é, diante da impossibilidade de sustentar continuadas hostilidades, as formas pelas quais os padres conduziam suas relações com eles devem ter parecido uma alternativa tolerável. Todavia, embora tenham aceito que a mediação com os brancos ocorresse através dos jesuítas e das suas reduções, os nativos não parecem ter reconhecido na “policia cristã” uma forma superior de vida.

Além disto, podemos crer que o acercamento dos nativos às reduções foi estimulado por outras vantagens que eles buscaram explorar. Por meio das missões encontravam, por exemplo, acesso a produtos ocidentais que co-biçavam, seja na forma de “regalos” ou de “pagos”, seja na de intercâmbios. Os serranos, diz Cardiel, gostam que estejamos em suas terras, “por la yerba, tabaco, sal, abalorios y otras mil cosas que les damos, y porque o Español no lês haga guerra” (Cardiel, 1747/1953: 208). Em várias fontes encontramos

²¹ A Carta Ânua de 1735-1743 sugere que os padres suspeitavam, desde o início, da motivação dos índios. Segundo se lê neste texto, os caciques que procuraram Manuel de Salcedo foram levados pelos jesuítas ao Colégio de Buenos Aires e insistenteamente inquiridos. “Con esta ocasión se les hizo ver que la admisión de la Fe Cristiana debía ser una cosa completamente libre, (...) y que no se atreviesen a pedir el bautismo por puro miedo, que estén persuadidos que nadie los obligaría por fuerza, hacerse bautizar” (Lozano, 1994: 592-593).

queixas de que os índios nada faziam sem serem recompensados. O mesmo Cardiel, por exemplo, ajuíza que:

Son notablemente pedigueños: vienen a pedir con soberbia, como si todo se les debiese de justicia: se enojan fácilmente en no dándole cuanto piden, y luego dicen: como quieres que me haga Cristiano se no me das todo lo que pido? No agradecen lo que se da, antes bien continuamente están murmurando que no se les da nada, por más que se les dé (1747/1953: 209).

A avaliação do Padre Pedro Francisco Xavier de Charlevoix, feita é certo, a partir de um conhecimento indireto, é muito próxima a de seu colega. Em sua *Historia do Paraguay* (1757) lemos que os indígenas da pampa argentina seriam “los más interessados de todos los hombres. Nunca se contentan si no les dan algo; y cuanto más le dan, más piden” (Apud Moncaut, 1981: 29).

Como podemos observar, para os índios a entrega de bens parecia ser menos um obséquio que uma obrigação por parte dos brancos. Estes por sua vez, compreendiam a especial significação que os nativos emprestavam a tais situações, utilizando-a na condução de tratos e negociações. Os jesuítas, por exemplo, costumavam levar consigo presentes a serem distribuídos para ganhar a sua boa vontade. Assim também, “para más aficionarles al rezó y cosas espirituales, les regalaban con algunas cosillas que ellos estimaban” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 86).

Além de “pedigueños”, os padres avaliavam que os índios não eram minimamente afetos ao trabalho, não querendo colaborar “ni [en] aquellas obras que eran comunes y utiles para toda reducción sino lês daba muy buena paga”. Assim, “siendo su trabajo muy poco”, os padres se viram obrigados a buscar obreiros em Buenos Aires, aos quais se pagava por jornada (Sanchez Labrador, 1772/1930: 87). Esta informação do padre Sanchez Labrador remete a duas questões importantes para a compreensão do contexto em que transcorriam as missões austrais. A primeira delas se refere a que os jesuítas não puderam aí colocar em prática o ideal de relativa auto-suficiência e autonomia que distinguiu as reduções do Paraguai. Estes povoados, ao contrário, oferecem um panorama mais caleidoscópico, em que atuam vários outros sujeitos, além dos padres e seus catecúmenos.

O outro dado importante diz respeito a pouca adesão dos índios pampas às missões. Além da ausência de solidariedade de que se queixa o autor do relato acima citado, a falta de vínculos com a redução pode ser ainda observada em outros âmbitos. Segundo Sanchez Labrador (1772/1930: 91): “cuando se les caía el techo de la casa. Le componían pero pagándoles el misionero el trabajo y manteniéndoles de yerba (...) y tabaco; de otro modo ni trabajavan por si mismos, ni para el bien de su pueblo”. Podemos assim sugerir que os esforços de transformação da espacialidade, de câmbio nas formas tradicionais de habitação e de sua ressocialização, não haviam ganho a adesão dos índios.

Apesar disto, havia, como vimos afirmando, atrativos que os moviam para as reduções. É o caso das possibilidades de comércio abertas por elas, como expressou este mesmo religioso, por exemplo, ao afirmar que os caciques Chuyantuya e Manrique permaneceram com seus 24 toldos em Pilar, “El tiempo que duro la yerba (...), el tabaco y otros gêneros que ellos apeteцен y que compram a trueque (...) de plumas (...), ponchos, pieles de lobo marino y riendas del caballo” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 101). Sobre isto, Hernández Asensio (2003: 96) conclui que os povoados se constituíram em “lugar de encuentro e intercâmbio, en el cual se realizaban numerosas transacciones entre los indígenas pampeanos e aquellos otros llegados de la cordillera”. Ainda segundo ele, a década de 40 assinala justamente a consolidação do papel dos indígenas pampeanos como intermediários no comércio de produtos entre o mundo hispano-criollo e o dos povos da cordilheira. Sua conclusão parece estar amparada na queixa de Matias Strobel, que narra sobre a movimentação em Pilar, de “pulperos pampas” (Juancho Manchado, Juancho Serrano e Juancho Patricio) em novembro de 1748, que, pela sexta vez, estariam introduzindo bebidas no povoado em troca de ponchos (Apud Sanchez-Labrador, 1772/1930: 243).

Por tudo isto fica claro que os jesuítas tiveram poucas condições de mediar os contatos dos habitantes dos povoados com os colonos, ou mesmo com outros indígenas, que frequentavam-nos trabalhando por “jornal”, muito diferentemente do que ocorrerá nas reduções do Paraguai.²² Como exemplo

²² A historiografia sobre este tema vem demonstrando claramente que, ainda que os padres buscassem afastar os índios de contatos que eles entendiam ser fonte de “maus exemplos”, os guaranis e suas missões de fato nunca estiveram isolados da sociedade do entorno. Não apenas os povoados eram alvo de visitas de autoridades, como os índios saíam deles para participar de

disto, encontramos comerciantes que até mesmo se instalavam nas proximidades dos povoados para introduzir aguardentes entre seus moradores. Conta um deles que os índios, ao terem notícia “de que habia por alli cerca, ó lejos Pulperos Españoles, los buscaban, y dejaban a los Misioneros (...) para contratar con los Ministros del Diablo. (...) El año de 48 fueron unos pulperos á poner su Taberna á distancia de 3 leguas de (...) Pilar. Lo mismo hicieron el año 750”. Quando não os havia por perto, os índios “gastaban el tiempo en idas y venidas a Buenos Aires, y a los lugares en que había algún Pulpero” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 104-105).

Os jesuítas por sua vez, provavelmente não deixavam de perceber esta teia de interesses que traziam e também afastavam os índios dos “pueblos”, as quais estavam longe de serem motivações de natureza espiritual, embora esperassem, com seu trabalho, justamente a transformação dos “selvagens”. Segundo expressou um deles, “la conveniencia de comprar algunas cosas que desean, les mantiene con los misioneros, pues no sé de alguno que tenga por motivo de vivir con nosotros, el querer salvar su alma” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 164).

Ao longo dos poucos anos em que duraram as missões austrais, as expectativas iniciais dos jesuítas foram sendo testadas pela realidade. Sobre os mais diversos aspectos ficava claro que os indígenas nelas permaneciam (ou não) de acordo com necessidades e interesses que, no mais das vezes, não eram coincidentes aos dos padres. Não é difícil constatar sua escassa “aderência” aos povoados, situação que os jesuítas atribuem ao “gênio andariego” destes a quem aborrecia “verse detenidos em un lugar” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 90).

Os documentos indicam uma forte e constante movimentação dos nativos se aproximando ou deixando as reduções em diversas oportunidades. Tais deserções podiam ser permanentes ou momentâneas, individuais ou coletivas e havia mais de uma explicação para elas. Expedições de caça que

várias formas de trabalho para as quais eram chamados pelos governadores de Buenos Aires e do Paraguai. Eles também se dirigiam ao trabalho nos ervais e na criação de gado. Ver: Neumann, 1996. Contudo, estas formas de relação com o exterior das reduções eram bastante mediadas pelos sacerdotes. De outro lado, ainda que tenhamos que ler com cautela os relatos sobre a ordem e estabilidade das missões guaranis, nas missões austrais a regra parece ser a dificuldade dos jesuítas em minimamente controlar ocorrências desta natureza.

duravam dias e semanas, por exemplo, eram motivo de intermitentes saídas das reduções; ou elas podiam atender a medidas profiláticas: segundo contam os padres Querini e Strobel, em 1742, diante de um surto de varíola, os pampas deixaram seu povoado, ficando nele apenas 57 sujeitos, entre adultos e crianças (Apud Moncaut, 1981: 61-62). As retiradas podiam estar ligadas a conflitos que estalavam entre os próprios indígenas, os quais os padres associavam a violência desatada pela embriaguês. Quando Don Felipe Yahatí, um dos cinco caciques²³ que haviam participado do compromisso de fundação da missão dos pampas a abandonou junto com seus “vassalos”, explicou-se o fato pelo temor do principal de que no povoado ele estaria a mercê de um ataque dos espanhóis.²⁴

Em alguns momentos as notas tomadas pelos padres fazem crer que os índios usavam as missões como assentamentos temporários, em que permaneciam apenas enquanto havia provisões a serem distribuídas. Em uma destas oportunidades, em Pilar, “Falto la provision á los Misioneros á mediado de Febrero de 1748 y todos los Indios levantaron sus toldos, dejando solos á los Padres” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 101).

Entretanto, se retirar-se do povoado era a maneira de responder à falta de “dones”, as famílias não viam problemas em regressar quando os mantimentos voltavam a estar disponíveis: “Por el mes de abril recibieron los Misioneros otra provision, y bolvio (...) el cacique Chuyantuya con solos nueve toldos. Duro la estabilidad 4 meses, hasta que vio que ya no tenian que dar a los Misioneros” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 101). Quando o Padre Strobel, designado para *Nuestra Señora del Pilar*, chegou em novembro de 1747 com um socorro de gêneros, não apenas retornaram os dois caciques com seu 18 toldos, como a notícia se espalhou de forma a que se agregaram ao

²³ Yahatí era, segundo Pedro de Lozano (1994: 598), cacique dos “pampas serranos”. Ao lado dele participaram da fundação de *Immaculada Concepción* quatro caciques “pampas carayhet”: Don Lorenzo Machado, Don José Acazuzo, Don Lorenzo Massiel e Don Pedro Milán.

²⁴ “Sucedío (...) que dos pampas fueron tratados pésimamente por los vecinos de *Buenos Aires*, contando ellos, al volver a la reducción, los maltratamientos, sufridos por los españoles. Al oír esto el cacique catecúmeno Don Felipe Yahati, se trastornó de tal manera, que ya no se tenía por seguro, en caso de que no volviera con sus vasallos a sus serranos; y lo puso a la obra (...). Al marcharse, se comprometió, hacer lo posible, para que los pampas serranos no hostilizasen la reducción. Era una maravilla que los demás, en su pánico, no siguiesen su ejemplo, para escamparse también” (Lozano, 1994: 598).

povoado, em dezembro, outros 37 toldos de índios patagões. A situação não foi duradoura, de forma que ao longo do ano de 1748 os grupos novamente se dispersaram e, em janeiro de 1749, apenas 7 toldos permaneciam em Pilar.

Um objeto de queixas constantes dos padres residia na desídia dos catecúmenos para com as funções sagradas, o que era matéria dos mais fortes lamentos: os índios das missões rejeitavam o batismo e se recusavam a participar dos ofícios religiosos. A assistência à catequese se dava mediante coação, necessitando os padres recorrer ao auxílio dos soldados que faziam a defesa do “pueblo” para obrigar os adultos a participar da instrução religiosa. Eles chegavam mesmo a debochar dos eclesiásticos, preferindo “dar oídos ás patrañas de sus Echiceros y Viejas” e afirmado que “los Padres lés enseñaban fabulas y sueños de los españoles” (Sanchez Labrador, 1772/1930: 110).

Claramente os jesuítas não conseguiram isolar ou desterrar os líderes religiosos tradicionais que permaneciam nos povoados como referencial das práticas religiosas e curativas. Os índios seguiam buscando a solução de seus males junto aos xamãs, ou aceitando a intercessão destes ao lado da que lhes proporcionavam os padres:

La perdición de muchos de los indios puelches nacía de la pertinacia endejarse curar de sus hechiceros. Muchos enfermos eran de genios dóciles y se inclinaban a recibir el Santo bautismo (...) Pero los pervertían los hechiceros, de quien esperaban la salud de cuerpo, fundados en los embustes que les oían (...) Otros bellacos (y era lo común) se hacían curar del hechicero a la media noche (...) (Sanchez Labrador, 1772/1930: 163)

Isto é, a presença dos padres em seus territórios e a estada nos “pueblos” eram consentidas pelos índios de forma interessada e segundo os benefícios que poderiam daí decorrer. Não estava implicado nisto, contudo, aceitar as normas dos jesuítas nos marcos que estes pretendiam instituir. Desta maneira, criadas para serem instrumentos dos poderes coloniais, as missões austrais parecem ter servido mais aos desígnios dos índios.

A primeira das missões do sul a ser abandonada foi *Madre de los Desamparados*, em inícios de 1751. Depois, em agosto, numa carta expedida desde a redução de *Pilar*, o padre Matias Strobel lamentava ao seu colega, Sebastián Garau, que apenas esperava a chegada de uma escolta que fizesse

a retirada do povoado, uma vez que não tinha como -sem o apoio de destacamentos de soldados- enfrentar o assédio dos seguidores do cacique Bravo que se opunham a presença dos padres no território.²⁵ Em setembro os habitantes da missão de *Pilar del Volcán* retiram-se para buscar refúgio em *Concepcion de los Pampas*. Esta contudo, também enfrentava problemas, especialmente pela pressão das autoridades da cidade para que fosse transferida à uma localidade mais afastada onde, esperava-se, o povoado não oportunizasse a proximidade de indígenas considerados perigosos e traiçoeiros. Uma ação da milícia “espanhola” contra José Yahatí, cacique serrano, corregedor do povoado de *Pilar*, que se dirigiu para *Concepcion de los Pampas* em busca de abrigo, conduziu a um desenlace de grande violência. Os padres Pedro Juan Reus e Agustín Rodríguez perderam a confiança dos índios remanescentes na redução, enquanto os parentes de Yahatí prepararam sua vingança e passaram a atacar o “Pueblo”. A chegada de socorro enviada pelo governador, permitiu que o grupo assediado pudesse deixar o povoado em fevereiro de 1753, marcando o final da “missão austral”.

Conclusões

Desde o século XVI a monarquia espanhola direcionou para os missionários a tarefa de avançar as fronteiras da colonização no contato com as sociedades nativas. Embora seja uma simplificação perigosa afirmar que os Bourbons adotaram uma única política indígena, podemos dizer que, em muitos casos, eles continuaram delegando aos padres a tarefa de pacificação e submissão destes grupos.²⁶ No caso dos territórios da campanha de Buenos Aires, esta foi, como vimos, a tentativa colocada em vigor na década de 1740, quando o grau de conflitividade nas relações entre índios e brancos havia se acentuado decisivamente.

Embora tenham sucumbido em meio aos ataques de grupos indígenas

²⁵ “Por la mucha distancia y gastos excesivos el señor Gobernador (...) no nos quiere dar soldados de destacamento fijo, y sin soldados no podemos mantenernos entre las fuerzas del cacique Bravo y sus aliados los cuales vendrán en esta luna, (...); estoy esperando cada día unos 60 soldados de los vecinos de Buenos Aires a los cuales nos envía el señor Gobernador para que nos sirva de escolta para retirarnos con toda la hacienda y trastes de esta Misión” (apud: Moncault, 1981: 98).

²⁶ Para os jesuítas, isto durou até o decreto de sua expulsão em 1767.

contrários a elas, as missões “entre pampas e serranos” possibilitam que ajuizemos como eram multifacetadas as relações que mantinham entre si os vários agentes desta história, e como os “pueblos” em questão podem ser vistos como um micro-cosmo dos complexos assentamentos de fronteira. Por um lado, as interações estabelecidas entre os indígenas e os brancos nesta área até então, são um poderoso alerta quanto às interpretações que sugerem que a oposição e a guerra sejam categorias suficientes para pensar as relações que aí se desenrolam. Contribuem assim, para revisarmos concepções tradicionais sobre o significado das fronteiras e dos fenômenos que nela operam, reconhecendo que, para além de linhas de separação, elas podem vir a ser espaços de mediação entre sociedades e culturas distintas.

A experiência dos jesuítas no trato com as populações nativas, permitia que eles compreendessem que os presentes, a comida e a proteção eram poderosos motores a atrair os índios para as missões. As oportunidades que se abriam para manter contato com os brancos, seus produtos e sua tecnologia, parecem ter sido conveniências que jogaram papel importante quanto as motivações dos índios. Não necessariamente contudo, eles estavam dispostos a abraçar o que os missionários entendiam como modelo de “vida sociável”.

Podemos nos perguntar a que espaço cultural pertenciam os povoados. Como frentes avançadas da fronteira colonial, as missões seriam território “branco” submetido ao império dos costumes e da jurisdição colonial? Ao que se pode depreender das narrativas jesuíticas com as quais aqui lidamos, não parece que tenha sido assim. Na percepção daqueles que por elas circularam, os povoados parecem ter sido um espaço intermediário entre o desconhecido mundo indígena da “tierra adentro” e os assentamentos onde se encontravam os “cristãos”.

Os povoados missionários se constituíam assim, em uma “dobra” entre dois mundos, localizados que estavam em um espaço que era percorrido pelos mais diversos sujeitos sociais: “índios selvagens” em busca de gado, “índios amigos” em busca de negócios, padres em busca de almas, marginais em busca de refúgio e atrevidos em busca de oportunidades. Eram um espaço em que se comunicavam “índios amigos” e brancos (missionários, autoridades e soldados) e que servia de “passarela” para a atuação de outros sujeitos como os “índios inimigos” que se acercavam para “embaixadas com os padres”, intérpretes e renegados que os acompanhavam, comerciantes e outros. Efeti-

vamente, uma fronteira permeável permitia que, tanto quanto as mercadorias, pessoas circulassem de um lado ao outro da fronteira. Os “índio independentes” cruzavam os limites concebidos para separá-los da sociedade espanhola e os espanhóis cruzavam as linhas divisórias que pretendiam apartá-los dos “selvagens”. Alguns eram constrangidos a tanto; outros faziam e refaziam este percurso livremente, e em torno dele organizavam suas vidas e negócios. Em ambos casos os efectos podiam ser os mesmos: “lo desearan o no, los índios independientes y los españoles aprendían algo sobre las costumbres del otro, desarrollaban fuertes vínculos informales y descubrían compatibilidades entre sociedades que algunos de sus compatriotas (así como ciertos historiadores) consideraban incompatibles” (Weber, 2007: 331).

Bibliografía

- Barba, F. E. (2007). Crecimiento ganadero y ocupación de tierras públicas, causas de conflictividad en la frontera bonaerense. *Andes*, 18, 213-232.
- Cardiel, J. (1748/1930). *Diario de viaje y Misión al Río Sauce realizado en 1748*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Coni.
- Cardiel, J. (1747/1953). Carta y Relación de las misiones de la Provincia del Paraguay. In: Furlong, G. *Jose Cardiel y su carta relación..* Escritores Coloniales Rioplatenses II. Buenos Aires: Librería del Plata, pp. 115-216.
- Del Valle, I. (2009). *Escribiendo desde las márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*. México: Siglo XXI.
- Falkner, T. S. J. (1774/1974). *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de América del Sur*. Buenos Aires: Hachette.
- Hernández Asensio, R. (2003). Caciques, jesuítas y chamanes en la frontera sur de Buenos Aires (1740-1753). *Anuario de Estudios Americanos* 60(1), 77-108.
- Lozano, P. de. (1994). *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguai. Año 1735-1743*. Traducción de Carlos Leonhardt. S.J. Buenos Aires, 1928. Filme 4683. Tradução digitada, São Leopoldo: Instituto Anchietano de Pesquisas/UNISINOS.
- Mandrini, R. & Ortelli, S. (2003). Una frontera permeable. Los indígenas pampeanos y el mundo rioplatense en el S. XVIII. Em H. Gutiérrez, M. R. C. Naxara & M. A. de S. Lopes (orgs.). *Fronteira: paisagens, personagens, identidades*. Franca: UNESP; Olho D’Água.

- Mandrini, R. (2007). La historiografía argentina, los pueblos originarios y la incomodidad de los historiadores. *Quinto Sol*, 11, 19-38.
- Martins, M. C. B. (2010). As missões e a fronteira. En I. Neutzling (org.). *A experiência missioneira: território, cultura e identidade*. São Leopoldo: Casa Leiria.
- Moncaut, C. A. (1981). *Historia de un pueblo desaparecido a orillas del río Salado bonaerense. Reducción de Nra Sra de la Concepción de los Pampas, 1740-1753*. Buenos Aires: Departamento Impresiones del Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires.
- Neumann, E. (1996). *O Trabalho Guarani Missionário no Rio da Prata Colonial (1640- 1750)*. Porto Alegre: Martins Livreiro.
- Page, C. A. (2013). El proyecto jesuitico para la exploración y ocupación de las costas patagónicas en el siglo XVIII. *Temas Americanistas* 31, 23-49 <http://institucional.us.es/tamericanistas/uploads/TA30/ARTICULO%20DEFINITIVO%20Carlos%20Paige.pdf>.
- Restall, M. (2006). *Sete mitos da conquista espanhola*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Roulet, F. (2005). Fronteras de papel. El periplo semántico de una palabra en la documentación relativa a la frontera sur rioplatense de los siglos XVIII y XIX. *TEFROS*, 4(2). <HTTP://www.tefros.com.ar>.
- Sanchez Labrador, J. (1772/1930). *Los indios pampa-tehuelches-patagones*. Monografía inédita prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff SJ. Buenos Aires: Viani y Zona Editores.
- Weber, D. J. (2007). *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de Ilustración*. Barcelona: Crítica.

Las guerras coloniales en la historiografía uruguaya de orientación nacionalista

Tomás Sansón Corbo

Advertencia

Los historiadores que contribuyeron a la “creación imaginaria” del Estado nación uruguayo elaboraron un conjunto de mitemas referenciales con fines cohesivos y aglutinadores. Articularon, además, un relato de cuño maniqueo que incluía un repertorio de alteridades -de “otros”, de “distintos”- coadyuvantes al fortalecimiento de la conciencia histórica. Las guerras y conflictos platenses desempeñaron en tal operativa un rol trascendente. En este artículo pretendemos analizar las visiones y valoraciones que sobre esos conflictos realizaron Francisco Bauzá (1849-1899) y Pablo Blanco Acevedo (1880-1935), principales exponentes de la historiografía oficial de matriz nacionalista, autores de dos obras emblemáticas como la *Historia de la dominación española en el Uruguay* y *El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*, respectivamente.

1. La historiografía uruguaya de orientación nacionalista

La indagatoria histórica comenzó a desarrollarse en Uruguay a mediados del siglo XIX influida por corrientes europeas (Positivismo y Romanticismo), historiadores argentinos de orientación unitaria, requerimientos sociales y necesidades éticas. Estos factores condicionaron una fuerte heteronomía de la disciplina y gestaron una “historia oficial” que se trasformó en hegemónica y ejerció una acción ralentizadora, postergando la constitución de un campo específico.

El discurso historiográfico propiamente dicho empezó a configurarse timidamente a partir de la década de 1870. Fue entonces cuando un pequeño

pero destacado grupo de intelectuales comenzó a otear el pretérito buscando respuestas para sus interrogantes. Hurgaron en los tiempos formativos de la sociedad oriental para definir una estructura imaginaria de la entidad estatal emergida de las luchas revolucionarias. A estos primigenios historiadores correspondió la tarea de articular un relato de carácter nacionalista.

La creación de religantes identitarios (héroes, acontecimientos gloriosos, símbolos patrióticos) implicó necesariamente el establecimiento de alteridades a nivel sincrónico -“fronteras” geográficas y simbólicas (costumbres, mentalidades, ideologías)- y diacrónico -zanjar con rotundidad la línea divisoria entre un antes y un después de la dominación europea-. El sociolecto encrático¹ operó de forma coherente y al unísono en la tarea de construir referentes anclados en el pasado, a efectos de generar lazos cohesionadores que dieran a los “ciudadanos” espíritu de cuerpo y sentido de pertenencia.

Francisco Bauzá fue uno de los primeros -con Carlos María Ramírez, José Pedro Ramírez y Clemente Fregeiro, entre otros- en crear un relato coherente y ordenado sobre el pasado oriental. Lo hizo tempranamente, con motivo de una polémica entablada con Juan Carlos Gómez² a propósito de los orígenes y viabilidad del país (1879). A partir de la interpretación elaborada por Bauzá y los intelectuales de su generación, se articuló una teoría general de la historia uruguaya: la *tesis independentista clásica*.³

A comienzos del siglo XX, durante el “período batllista”, se redefinieron los rasgos de la identidad colectiva de los uruguayos: una sociedad hiperintegrada, partidocrática, excepcional en el contexto latinoamericano, respetuosa del sistema democrático-representativo de gobierno (Cf. Caetano, 1992). En la década de 1920, la del “Centenario” de la independencia, este modelo tuvo su apogeo y

¹ Discurso funcional y operativo a los intereses de los sectores socialmente hegemónicos, pretende imponer sus contenidos a través de los medios con que cuenta el Estado (sistema educativo, prensa, museos e instituciones públicas en general) (cf. Barthes, 1996, 1994).

² Este, con motivo de la inauguración de un monumento conmemorativo de la independencia, sostuvo en la prensa porteña que la misma se basaba en una interpretación tergiversada de los documentos de la Asamblea de la Florida.

³ Esta tesis constituye “la línea dominante de nuestra historiografía tradicional”, es “el núcleo organizativo central, el que estructura y da sentido a otras postulaciones también claramente mayoritarias sobre nuestras guerras civiles, la función de los partidos, las relaciones externas del país” (Real De Azua, 1991: 53).

comenzó a trasmitirse y reproducirse en el sistema educativo. Se efectivizó plenamente el carácter heroico de José Artigas (figura epónima, indiscutida y traspartidaria) y se definió el 25 de agosto de 1825 como fecha de la independencia nacional. Diversos historiadores contribuyeron al enriquecimiento de los mitos fundacionales. Pablo Blanco Acevedo fue uno de los más significativos, mejoró la *tesis* con aportes que, posteriormente, Juan Pivel Devoto⁴ llevó a su apogeo.

Los agentes de la “historia oficial” tuvieron, en cuanto “historiadores del Estado”, un importante *peso funcional* que les posibilitó normalizar el acceso y permanencia al campo en formación.⁵ Lo hicieron funcionar en su beneficio. Enquistados en el aparato gubernativo, administraron el *capital* que detentaban y establecieron un monopolio en la legitimación del saber y de la actividad historiográfica. Tendieron a la conservación y a la reproducción, mediante definiciones dogmáticas, autoconstituyéndose como un “cuerpo sacerdotal”, guardián de la ortodoxia. Articularon un relato sólido, aparentemente sin fisuras, destinado a formar la conciencia nacional. Sus axiomas en

⁴ Juan Pivel Devoto fue uno de los historiadores más importantes del siglo XX. Carlos Real de Azúa lo consideró “el más férreo y apasionado defensor de la tesis independentista ortodoxa” (1991: 57). Desempeñó funciones políticas y administrativas, roles que integró armónicamente durante toda su actividad pública. En 1940 fue designado Director del Museo Histórico Nacional. Este cargo le permitió concretar su sueño de reunir y compilar los documentos y materiales imprescindibles para obtener un conocimiento más acabado y cierto del pasado nacional; estuvo cuatro décadas al frente del mismo, fue su cuartel general y un verdadero centro de investigación histórica. Se consideraba a sí mismo un servidor del Estado y de la Patria, nacionalista a ultranza en un sentido vocacional: vivió como un sacerdote dedicado a un culto que daba sentido a su existencia. Reconoció a Francisco Bauzá como “maestro”, al punto de organizar un plan de lecturas a partir de la *Reseña Preliminar de la Historia de la dominación española en el Uruguay*. Su producción historiográfica es muy abundante: se ocupó del artiguismo, los problemas limítrofes, la historia económica y política, el proceso emancipador, la consolidación del Estado y de la nacionalidad. Sus obras más destacadas son: *Historia de los partidos políticos en Uruguay* (1942), *Historia de la República Oriental del Uruguay* (en coautoría con su esposa, Alcira Ranieri, 1945) y *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811* (1952). Procuró “reconciliar” la historia nacional y tender puentes entre blancos y colorados, colectividades políticas que habían estado enfrentadas durante el siglo XIX en sangrientas guerras civiles.

⁵ La situación comenzó a cambiar en la década de 1940. La creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República en 1945 y del Instituto de Profesores Artigas en 1949, contribuyó a profesionalizar el ejercicio de la disciplina viabilizando la formación técnica y metodológica. La titulación académica se convirtió en requisito de reconocimiento profesional. Este mecanismo de validación endógena favoreció la autonomía del conocimiento histórico y, por ende, la definición de su campo específico.

torno al período hispánico, la gesta artiguista y la revolución emancipadora adquirieron dimensión canónica.

2. Visiones y valoraciones historiográficas sobre las guerras platenses durante el período colonial

El discurso histórico de carácter nacionalista en cualquiera de sus géneros (de investigación, didascálico, ensayístico, biográfico), supone la construcción de *ficciones orientadoras* (Shumway, 1993), articuladoras de un conjunto de mitemas referenciales de carácter identitario. Requiere, además, de una constelación de alteridades que retroalimenten las formulaciones identitarias; lo “propio” se define en oposición a lo “ajeno”, de acuerdo a una dialéctica de reflejo y oposición.

Los autores canónicos caracterizaron el “ser nacional” en función de un conjunto de alteridades endógenas (demonizadas e invisibilizadas como los indígenas) y exógenas (otros Estados). Expusieron la idea de una historia de neto predominio de la “raza blanca”, europea, sobre las demás (mestiza, negra, india), en la construcción de la nación. La territorialización pretérita del Estado nación implicó la construcción de un “adentro” y un “afuera”; el *limes* actuó como continente de personas, sentimientos y procesos de carácter autónomo y autóctono.

Fue a partir de una concepción esencialista de la nación -prefigurada desde los tiempos prehispánicos, y concebida desde una perspectiva estratégico-dis cursiva alterizadora- que Bauzá y Blanco, entre otros, interpretaron el fenómeno de las guerras en el período colonial. Presentaron a los indígenas como los “otros” de adentro y, en una perspectiva de larga duración, a los portugueses primero y a los brasileros después, como los de “afuera” (extranjeros potencialmente peligrosos que deseaban extender sus fronteras hasta el Río de la Plata).

2.1. Los cuadros bélicos de Francisco Bauzá

Francisco Bauzá⁶ fue un destacado intelectual⁷ que actuó en política

⁶ Nació en Montevideo el 7 de octubre de 1849 y murió en la misma ciudad el 4 de diciembre de 1899. Recibió de su familia una fuerte tradición de adhesión y respeto por la Iglesia. Ingresó a los 20 años en la Facultad de Derecho pero la abandonó rápidamente por no compartir el racionalismo dominante. Desde muy joven se dedicó a la actividad política y periodística. Militó en filas del Partido Colorado; fue diputado, senador, ministro y representante diplomático ante los gobiernos de Brasil y Argentina.

⁷ Publicó artículos y ensayos sobre temas muy variados: *Estudios teórico-prácticos sobre*

y periodismo. Es considerado el fundador de la historiografía uruguaya. Su interés por la historia respondió tanto a la necesidad de canalizar sus inquietudes y potencialidades intelectuales como a los requerimientos del quehacer político. Recurrió al pretérito para defender principios, debatir en el Parlamento, luchar por la consolidación de la nacionalidad y definir una identidad colectiva.

Escribió la *Historia de la dominación española en Uruguay* (Bauza, 1929), un profundo y completo estudio sobre la evolución del territorio de Uruguay desde los orígenes de la conquista hasta el fin del ciclo artiguista. Presentó una concepción esencialista de la nación.⁸

La obra está precedida por una “Reseña preliminar” (estado de los conocimientos sobre historia americana y uruguaya), una “Introducción” (panorama general de la historia nacional hasta 1820) y se estructura en tres tomos, cada uno dedicado a un período concreto de la formación histórica del país: el primero estudia los primitivos habitantes del territorio, el proceso de descubrimiento y conquista, el rol que jugaron los jesuitas en las misiones y la injerencia portuguesa en el Río de la Plata; el segundo aborda específicamente el gobierno colonial, desde su establecimiento con la fundación de Montevideo hasta el momento del resquebrajamiento del orden hispánico; el tercero está consagrado a la decadencia del gobierno español y al proceso revolucionario oriental. La temática dominante es de carácter político-militar, aunque no están ausentes cuestiones vinculadas a la economía, sociedad y religión. La exposición e interpretación de las guerras coloniales responde a la preceptiva teórica y al plan general de la obra.

Para Francisco Bauzá, la historia de la protonación oriental se articuló en función de tres categorías de conflictos, concebidos y expuestos al modo de cuadros bélicos (composiciones narrativas cargadas de personajes y situaciones de combate, animadas con trazos dinámicos y plenos de “color”): a) las

la institución del Banco Nacional (1874), *Ensayo sobre la formación de la clase media* (1876), *Estudios literarios* (1885), *Estudios constitucionales* (1887).

⁸ Bauzá propone como verdad indiscutida que el territorio de la Banda Oriental adquirió, desde los tiempos prehispánicos, una suerte de “independencia” expresada en la defensa realizada por la “nación charrúa” de sus “fronteras”; la protonación oriental tuvo vida propia en el seno del virreinato del Río de la Plata porque constituía una entidad político-territorial con fuertes elementos unificadores; José Artigas catalizó las tendencias autonomistas devenidas en independentistas.

luchas entre españoles e indígenas durante la conquista; b) los conflictos propiamente coloniales, protagonizados por las potencias imperiales -España, Portugal e Inglaterra- que pugnaban por la hegemonía en el Río de la Plata; y c) la revolución emancipadora acaudillada por Artigas, que implicó la lucha sucesiva -y a veces superpuesta- de los orientales contra españoles, porteños y portugueses.

La metodología analítica del autor implica analizar minuciosamente las causas de cada tipo de conflicto, referir sumariamente las peculiaridades de las fuerzas enfrentadas (características y personalidad de los jefes, cuantificación de efectivos y de recursos bélicos), describir las alternativas de los combates y explicar el desenlace del mismo (especificando consecuencias político-militares, número de muertos y heridos).

La reconstrucción de los acontecimientos está sustentada en un amplio abanico heurístico y en una rigurosa crítica documental. Una de las oportunidades en que se aprecia con más claridad la preceptiva metodológica de Bauzá es en la evocación de la batalla del Cerrito (31 de diciembre de 1812): al espeacular en torno a la cifra de combatientes concluye, a partir de la contraposición de datos obtenidos de distintas fuentes, que debieron ser entre 1600 y 1800; estableció el promedio a partir de cuatro documentos a los que asigna un alto grado de verosimilitud debido a que sus autores fueron testigos presenciales del suceso. El historiador identifica sus fuentes y explica en una nota (Bauza, 1929: t.III, p. 138) el procedimiento heurístico utilizado. De esta forma el lector tiene acceso a los documentos y puede formarse una opinión más cabal de los hechos estudiados.

El estilo es eminentemente descriptivo y de carácter pintoresquista. Campea, en la mayoría de los casos, la impronta romántica del *color local* (Fueter, 1953). El lector tiene la sensación de trasladarse al pasado y visualizar las escenas y acontecimientos referidos. Al estudiar, por ejemplo, los sucesivos enfrentamientos entre indios y españoles, utiliza estrategias narrativas tan cargadas de detalles que dan la sensación de apreciar los combates con una nitidez y vivacidad de carácter cinematográfico.

La historia de Bauzá tiene un marcado carácter localista. Proyecta las fronteras del Estado nación de su presente a la época colonial (e incluso al período prehispánico), en un claro ejercicio de territorialización retrospectiva. En ocasiones prescinde de eventos acaecidos en otros espacios regionales que no tuvieron

relación directa con la “historia uruguaya”. Tal concepción lo llevó a identificar en colectivos concretos -indígenas, españoles y orientales, en rigurosa secuencia cronológica- la defensa del “suelo patrio”.

En el primero de los cuadros bélicos, Bauzá refiere las “guerras” entre los nativos y los españoles (1929: t. I, pp. 125-143, 215-217). Están presentadas como un conflicto entre la “civilización cristiana”, representada por los españoles, y la barbarie indígena, personalizada en los charrúas.

Es notorio el forzado encorsetamiento narrativo ejercido por el autor para interpretar los acontecimientos en función de las proposiciones articuladoras de la trama. Describe pormenorizadamente —y de forma quasi etnográfica— las características de los primitivos habitantes del territorio y del escenario sobre el que habrían de desarrollarse los hechos. Pretende convencer al lector de que, desde los tiempos primitivos, el Uruguay había sido una nación independiente: cuando arribaron los españoles la “nación charrúa” defendió sus “fronteras” y su libertad de forma indoblegable.

La descripción de los combates es sumaria y acompaña el doble proceso de descubrimiento y conquista. Bauzá reparte méritos entre ambos contendientes y otorga particular importancia a los planes y estrategias trazados por los respectivos jefes antes de los combates. Elogia tanto los procedimientos civilizados y cristianos utilizados por Hernandarias para asentar el dominio español, como la astucia del cacique Zapicán en los enfrentamientos con Ortiz de Zárate. Reconoce que los “indígenas uruguayos” agotaron “el ingenio para hacer cuanto les fue posible por defender el país” (1929: t. I, p. 216), mostraron gran valentía y capacidad guerrera pero necesariamente sucumbieron ante la superioridad técnica de los europeos.

Una vez consolidada la presencia española en el Río de la Plata, Bauzá centra su atención en la situación de tensión permanente con Portugal por el dominio de la Banda Oriental y la hegemonía regional.

Se reconstruyen en diversos “cuadros” cada una de las situaciones bélicas que enfrentaron a lusitanos y españoles durante 300 años. Bauzá no las refiere como “guerras” diversas, tampoco plantea la posibilidad de una guerra triseccular; su enfoque sugiere la existencia de una situación conflictiva de carácter estructural -que enfrentó a ambos reinos aun antes del descubrimiento de América en el marco de la competencia por el dominio de las rutas a Oriente y del comercio internacional- jalonada por momentos de suma ten-

sión política, diplomática y militar. El desarrollo del proceso está centrado en las vicisitudes de Colonia del Sacramento.

Abundan las disquisiciones en torno a los factores histórico-institucionales y geográficos que permiten entender la mentalidad y formas de proceder de las autoridades de ambas potencias en relación a sus colonias y durante los conflictos que las enfrentaron. A través de esta suerte de estudio “caracterológico” se pretende entender y explicar las características de los conflictos, sus desenlaces y las estrategias operativas implementadas.⁹

Los portugueses son considerados una amenaza perenne. La alterización lusitana no implica una demonización irracional. Bauzá visualiza -en una suerte de metáfora estratigráfica- una impronta portuguesa sustantiva entre las “capas sedimentarias” del ser nacional. Esta se reflejó en el “rol civilizador” que tempranamente desempeñó la Colonia del Sacramento; la dinamización del comercio; el acicate que representó la amenaza militar para tomar el territorio oriental y provocar, por ejemplo, la ocupación española de la bahía de Montevideo por parte de Bruno Mauricio de Zabala y la posterior fundación de la ciudad homónima.¹⁰

Las guerras luso-españolas informan la trama de la historia colonial que, para Bauzá, es la historia del Uruguay, una nación prefigurada y en proceso de construcción durante el período. Son glosadas y descriptas con cierta ajenidad pues, en rigor, no constituyen *per se* eventos que involucren en “primera persona” a la protonación oriental. Por tal motivo, la impronta narrativa tiene el carácter de crónica de acontecimientos engarzados en el orden natural de los eventos europeos que enfrentaron a las dos potencias y que tenían su correlato en el Río de la Plata.

Con el análisis de las invasiones inglesas y los combates acaecidos entre 1806 y 1807, la perspectiva es distinta: la evocación de sus causas, desarrollo y consecuencias está cargada del nervio patriótico de quien se consideraba escriba de la nación. La reconstrucción de las alternativas bélicas tiene como

⁹ Por ejemplo, la habilidad diplomática lusitana que llegó a ocluir en diversas ocasiones los logros obtenidos por el poderío militar hispano (Bauzá, 1929: t. I, pp. 174-176, 321 y ss.).

¹⁰ Se trata de un razonamiento isotópico que atraviesa en forma transversal la obra y alcanza su punto más alto cuando se afirma que los virreyes del Río de la Plata, desde su instalación en 1776, no tuvieron una actitud positiva hacia la Banda Oriental: cuando tomaban alguna medida que la favorecía era para asegurar la frontera con los portugueses.

telón de fondo la decadencia del imperio español y ubica en el centro de la escena al “pueblo uruguayo”, principal protagonista de la expulsión de los extranjeros que habían hollado el “suelo patrio”.

Las invasiones son referidas con minuciosidad en el extenso libro VII del tomo II de la obra, correspondiente al *Gobierno de Ruiz Huidobro*. Los hechos empiezan a aparecer como en cámara lenta para tomar, paulatinamente, dinámica de vértigo. El foco narrativo está centrado en los eventos protagonizados por los orientales -particularmente los preparativos y realización de la reconquista de Buenos Aires- con el propósito de exaltar su heroísmo:

La expedición para la reconquista se levantaba, costeaba y equipaba en el Uruguay por el pueblo, sin distinción de clases y fortunas. Desde el más acaudalado hasta el más pobre, concurrían con su persona o sus bienes al logro de aquel esfuerzo, que debía permitir a un país poblado por poco más de 30.000 habitantes, la movilización al exterior de un contingente expedicionario de 1.400 hombres, protegido por una escuadra de 22 naves de todo porte, sin menoscabo de la guarnición militar de Montevideo, cuyos claros se llenaban con voluntarios provenientes en mucha parte de las primeras familias de la ciudad, o de los más fuertes hacendados de campaña (Bauzá, 1929: t. I, p. 389).

Nótese la nominación de “Uruguay”, directa y sin tapujos, para el territorio y pueblo que habitaba en el espacio conocido como “Banda Oriental”. No se trata de un detalle menor: el carácter performativo del discurso histórico-nacionalista articulado por Bauzá -y asumido por los historiadores posteriores afiliados a la *tesis independentista clásica*- constituía una estrategia narrativa de carácter isotópico, tendiente a convencer al lector de la preexistencia de la nación y la inexorabilidad de su destino independentista.

La glorificación de las fuerzas “uruguayas” tiene su contraparte en la explicitación de las actitudes negativas de las autoridades y “pueblo” de Buenos Aires, que no reconocieron ni agradecieron la ayuda prestada por el “pueblo” de Montevideo.

Las acciones militares victoriosas, el esfuerzo mancomunado y la solidaridad en las derrotas hicieron que se manifestara

entre los uruguayos el pundonor nacional, hasta entonces latente a la espera de hechos gloriosos y concretos con que vincularse. Las incidencias alternativamente felices o desgraciadas de aquella primera guerra hecha por cuenta propia contra una nación europea, les dio la tradición común y la personería que necesitaban para ser un pueblo. (...) Además, el cambio de ideas con los ingleses, provocado por las publicaciones que ellos derramaron y la enorme introducción que hicieron de mercaderías aptas para satisfacer las exigencias de la comodidad y el regalo, reveló a los criollos, que si por el valor militar podían defenderse del enemigo, por la posición topográfica estaban llamados a constituirse en un emporio comercial (Bauzá, 1929: t.I, p. 13).

Los combates con los ingleses constituyeron el bautismo de fuego del “pueblo uruguayo”, que tomó conciencia de su capacidad para autogobernarse y defenderse cuando la metrópoli no podía prestar socorro.

El último cuadro bélico pintado por Bauzá corresponde a la revolución emancipadora acaudillada por Artigas entre 1811 y 1820. Esta no fue producto del acaso, sino resultado de un largo proceso durante el cual el “pueblo uruguayo” adquirió “el credo y la veneración de la Patria” (Bauzá, 1929: t. I, p. 291). Estaba preparada por el sentimiento autonomista e independiente de los orientales, fue causada por la acción coadyuvante de varios factores políticos y sociales que erosionaron el poder español (autoritarismo de los gobernadores, restricciones comerciales, lentitud en la administración de justicia, venta de cargos de alcaldes y regidores que ofendía el orgullo de los cabildos locales, la prueba de fuerza que significaron las invasiones inglesas para Montevideo). La revolución oriental no fue solamente una insurrección emancipadora, sino también un movimiento de corte autonomista y republicano que enfrentó al centralismo porteño.

Bauzá centra su atención en los aspectos político-institucionales del proceso y reserva para los eventos militares una consideración de segundo orden, lo que no implica desvalorizarlos, simplemente los relativiza frente a lo que considera el principal aporte del artiguismo: haber planteado la idea republicana y abogar por una organización federal.

Analiza en dos ocasiones la estrategia artiguista: con motivo de referir la planificación y ejecución del combate de Las Piedras y al estudiar la lucha contra los portugueses a partir de 1816.

Si bien se aprecia la intención de contextualizar la revolución, el foco de análisis está centrado en el ejército de Artigas y en la defensa del suelo patrio. Particular relieve se asigna a la descripción de la batalla de Las Piedras, “memorable función bélica del 18 de mayo de 1811” (Bauzá, 1929: t. II, p. 69), primera victoria importante de la revolución rioplatense. La habilidad estratégica de Artigas, su inteligencia para mover sus recursos y dar golpes decisivos en el momento justo son los mayores méritos del conductor, pero a no engañarse: Bauzá no concibe la historia como producto de la clarividencia del gran personaje sino que asigna un rol destacado al “pueblo”, un conglomerado policiasista unido por el común amor a la patria, odio al “godo” y deseo de independencia.

En la etapa final de la guerra contra los portugueses los “uruguayos” hicieron “el último esfuerzo en defensa de su territorio” (Bauzá, 1929: t. I, p. 37). Resulta evidente el manejo de dos categorías fundamentales que ya habían sido esbozadas: la existencia de un pueblo denominado sin tapujos “uruguayo”, y una base territorial sobre la que se asienta. El pueblo, el territorio y la organización política encabezada por Artigas constituyan de hecho una nación que luchaba por su libertad y dignidad contra fuerzas muy superiores.

Una de las isotopías manifiestas en el tercer tomo, donde se relatan los avatares del ciclo artiguista, es la heroicidad del caudillo y su pueblo. Para ello Bauzá explicita repetidas veces las enormes dificultades logísticas que debieron enfrentar las fuerzas patriotas: escasez de efectivos, armamento anticuado, reiteradas conspiraciones de la oligarquía porteña que, en acuerdo con los lusitanos, pretendía neutralizar la influencia del federalismo artiguista en las provincias del litoral.

Entre los revolucionarios existió un sentimiento de amor al terruño que Bauzá no titubeó en denominar “Patria”. Reiteradamente llama “patriotas” a los “uruguayos”. La exaltación de Artigas no es solamente la de un personaje, sino también la de una idea: el republicanismo. El largo proceso de la revolución no fue solamente para lograr la independencia de España, también constituyó una lucha para definir el modo de gobierno que regiría el futuro de las provincias.

Artigas fue finalmente vencido por los portugueses, luego de una guerra larga y cruenta. Se refugió en Paraguay, donde permaneció por espacio de 30 años hasta el momento de su muerte (1850). Su derrota no fue solamente un

revés militar: implicó la frustración de un proyecto político de corte republicano y federal.

2.2 Las invasiones inglesas en la trama ciudadana de Pablo Blanco Acevedo

La tesis creada por Francisco Bauzá fue asumida y desarrollada por Pablo Blanco Acevedo. Blanco nació el 23 de agosto de 1880 en la ciudad de Montevideo, en el seno de una familia patricia. Fue político, periodista, jurista e historiador de destacada actuación durante el denominado “período batllista” (tres primeras décadas del siglo XX).¹¹ Formó una importante biblioteca y archivo de historia nacional y americana.¹²

Publicó diversos libros y artículos históricos relacionados con el problema de la fecha de la independencia y la nacionalidad oriental, entre ellos *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (1929), obra que lo consagró como historiador.¹³ Adoptó, en líneas generales, las interpretaciones de Bauzá. Ubicó el origen del sentimiento de nacionalidad en la época colonial, particularmente en el recinto amurallado de Montevideo. Las instituciones coloniales montevideanas, si bien respondían a la legislación general de Indias, “se moldearon con un carácter regional” (Blanco Acevedo, 1975: t. I, p. XXXVI) y respondieron a las necesidades de una sociedad que, por reacción a los embates autoritarios y centralizadores de la capital virreinal, fue adquiriendo un perfil propio que la identificaba y distinguía.

¹¹ Abogado, prácticamente no ejerció su profesión pues se dedicó a la actividad política, la docencia universitaria y, fundamentalmente, la investigación histórica. Militó en el Partido Colorado en la fracción “vierista”, fue diputado en 1914 y en 1916, integrante de la Convención Nacional Constituyente, ministro de Instrucción Pública entre 1922 y 1924.

¹² Fue donada, después de su muerte, al Museo Histórico Nacional. Se trata de un repositorio muy importante compuesto de 3491 volúmenes, su archivo particular y una colección de manuscritos que consta de 146 volúmenes con un total de 15.729 fojas que fueron reunidos por Blanco entre 1904 y 1935, en su mayoría provienen de archivos particulares (Cf. Pivel Devoto, 1958: 6). Contiene una importante mapoteca y una colección de objetos que constituyen un pequeño museo colonial.

¹³ Editó además *Historia de la República Oriental del Uruguay* (1901), obra con fines didácticos que estudia desde la época prehispánica hasta fines del siglo XIX; *La mediación de Inglaterra en la Convención de Paz de 1828* (1928); *El federalismo de Artigas y la independencia nacional* (póstumo, 1939).

El libro presenta una estructura cronológica lineal que recorre la historia del territorio oriental del Uruguay desde la época prehispánica hasta las repercusiones en Montevideo de los acontecimientos bonaerense de 1810. Está organizado en dos partes claramente definidas: la primera pasa revista a la situación de la Banda Oriental bajo el dominio español y a las instituciones de gobierno; la segunda aborda el problema de la “lucha de puertos”, categoría referida a la rivalidad comercial entre Montevideo y Buenos Aires. La dualidad planteada resulta funcional al plan general y a la demostración del esquema proposicional, pues a partir de ella se infiere (por oposición) una definición nacional e identitaria.

El corpus heurístico seleccionado y el manejo crítico de las piezas documentales revelan una fuerte impronta de cuño jurídico.

El enfoque de las guerras coloniales responde a la proposición urbano-céntrica de Blanco: prioriza el estudio de las invasiones inglesas, evento que contribuyó a consolidar el espíritu autonomista montevideano, ya gestado y bastante maduro a comienzos del siglo XIX. Forzosamente refiere los otros conflictos que pautaron el período hispánico, pero de manera sucinta.

Las luchas entre españoles e indígenas son interpretadas desde una perspectiva esencialista. Presenta a los charrúas (etnia hegemónica) como los “habitantes primitivos del Uruguay” (Blanco Acevedo, 1975: t. I, p. 5). La “nacionalización” (Blanco Acevedo, 1975: t. I, p. 8) de los charrúas -una raza particular, claramente diferenciada de los guaraníes, querandíes, pampas y puelches- y su identificación con el territorio, determinaron que realizaran una defensa heroica del mismo. Exalta su coraje y valor reflejados en una resistencia encarnizada a la “invasión” española: “la historia de la conquista del territorio uruguayo, en sus aspectos principales, es la historia de las luchas entre el conquistador y el aborigen uruguayo” (Blanco Acevedo, 1975: t. I, p. 12). Blanco no se preocupa por reconstruir minuciosamente los combates y enfrentamientos; describe elípticamente las estrategias y recursos utilizados en función del desarrollo cultural que ostentaban y ubica cronológicamente los fugaces enfrentamientos de los que quedó registro (Blanco Acevedo, 1975: t. I, pp. 10-22).

Mayor atención otorga al largo conflicto entre españoles y portugueses (Blanco Acevedo, 1975: t. I, p. 40-70). El centro del análisis está en Colonia del Sacramento y las luchas por su posesión. En realidad, Colonia es solo

el emergente de un conflicto más amplio y profundo, pautado por la lucha secular entre los dos imperios por la hegemonía política y comercial a nivel internacional. Los portugueses son presentados como usurpadores que aspiraban a ocupar ilegítimamente un territorio que le correspondía a España.

Blanco no se preocupa por describir combates, focaliza el análisis en la historia de las relaciones internacionales entre las dos potencias. Estudia la sucesión de tratados entre ambas -desde el de Tordesillas (1494) hasta el de San Ildefonso (1777)- y sus implicancias político-territoriales y económicas (que generalmente perjudicaban a España en virtud de la estolidez de sus negociadores). Priorizó los aspectos jurídicos por sobre los estrictamente militares.

La guerra contra los ingleses está presentada como el acontecimiento bélico más importante. Para comprender su significación es necesario tener en cuenta el contexto narrativo en que aparece: eje de la segunda parte del libro, destinado a relevar las instancias del proceso de separación absoluta entre Montevideo y Buenos Aires y las causas de la revolución rioplatense. La trama se inicia con un capítulo dedicado a la *lucha de puertos* (elemento fundamental para descifrar las razones por las cuales surgieron en el Río de la Plata dos naciones diferentes) y continúa con el estudio de las invasiones (capítulos II a V) (Blanco Acevedo, 1975: t. II, pp. 36-175). El examen es minucioso y reúne cantidad de detalles relativos a la preparación de las operaciones militares, número de efectivos y recursos bélicos que no están presentes en las referencias a otros conflictos.

Particular dinamismo adquiere la descripción de las batallas por la reconquista de Buenos Aires. Está expuesta a modo de crónica circunstanciada en la que se presentan los hechos día por día y, en ocasiones, indicando hasta la hora en que acaecieron. Carece del vértigo “cinematográfico” o de las notas pintoresquistas y emotivas que Bauzá imprimió a sus relatos. No ahorra epítetos para encomiar la bravura de los montevideanos. El enfoque de las invasiones tiene la cadencia propia de una novela en la que se rescatan la valentía, probidad y heroísmo de los personajes que la animan. El largo relato de las batallas atrapa al lector que, a pesar de conocer su desenlace, se identifica con los criollos (una suerte de “protopatriotas”) que luchaban en defensa del solar nativo contra los invasores extranjeros.

Hay un énfasis particular en las implicancias políticas y comerciales de

las invasiones, particularmente lo relacionado con sus efectos en la “lucha de puertos” y las actitudes asumidas por los protagonistas del conflicto. El evento contribuyó a aumentar los enconos entre ambas ciudades debido a la competencia por la obtención de preeminencias y honores de la Corona y el destino de las mercancías inglesas.

Se atribuye particular relevancia a la ocupación británica de Montevideo. Los invasores ganaron, con tacto y consideración, la simpatía de la población y el respeto del Cabildo. Provocaron un fuerte impacto al introducir propaganda contraria a España (a través del diario *La Estrella del Sur*) y practicar la religión anglicana. Hubo florecimiento económico en virtud de la libertad de comercio implantada por los ingleses (Blanco Acevedo, 1975: t. II, p. 152).

Una de las consecuencias más importantes fue la discusión doctrinaria entre monopolio y librecambio, posiciones sustentadas por Buenos Aires y Montevideo respectivamente (Blanco Acevedo, 1975: t. II, pp. 179 y ss.). Esta polémica surgió por los problemas suscitados con las mercaderías inglesas que quedaron en Montevideo y el pretendido impuesto de “círculo” que quisieron imponer las autoridades porteñas.

Blanco analiza pormenorizadamente los acontecimientos que permiten exaltar el papel de las autoridades y efectivos militares de Montevideo y disminuir los méritos de los de Buenos Aires. Reprocha a los bonaerenses que, en ocasión de la ocupación de Montevideo, retacearon de forma mezquina recursos humanos y materiales (Blanco Acevedo, 1975: t. II, p. 98 y ss.).

Las invasiones permitieron galvanizar el sentimiento de nacionalidad (en virtud de unir en el dolor y en el rencor a los habitantes de Montevideo) y sentaron las bases para la revolución emancipadora en cuanto concientizaron a los “pueblos” de Montevideo y Buenos Aires de sus posibilidades defensivas, capacidad de autogobierno y ventajas del comercio libre.

Conclusión

Francisco Bauzá y Pablo Blanco Acevedo fueron los historiadores que dedicaron mayor atención al estudio de los conflictos bélicos platenses durante el coloniaje. Lo hicieron en el contexto general de su concepción nacionalista de la historia uruguaya y al servicio de la *tesis independentista clásica*, fundada por el primero y profundizada por el segundo. “Imaginaron” la “nación oriental” y la objetivaron en el territorio de la República Oriental del Uruguay, organizaron

una narración localista, autosustentable y prescindente de factores exógenos. Expusieron las guerras coloniales en clave dicotómica y alterizadora, en función de una interpretación “patriótica” destinada a fortalecer la identidad nacional uruguaya. Sus consideraciones fueron reformuladas en la historiografía didascálica, y trasmitidas en el sistema educativo a muchas generaciones de uruguayos.

Si bien la historiografía oficial de orientación nacionalista llegó a su culminación a mediados del siglo XX con los aportes de Juan Pivel Devoto (1910-1997),¹⁴ el fenómeno de las guerras coloniales pasó a desempeñar un rol secundario en las obras que, a partir de entonces, refirieron de forma directa o subrepticia el período hispánico. Otros asuntos, fundamentalmente de carácter político, económico y comercial, comenzaron a ocupar el interés de la corriente nacionalista (decadente a partir de la década de 1950) y de las tendencias emergentes a partir de 1950: la “Nueva Historia” (Juan Oddone, José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, entre otros) y la historiografía marxista (Lucía Sala, Julio Rodríguez, Nelson de la Torre).

Bibliografía

- Barthes, R. (1996). *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI Editores.
- Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Real De Azua, C. (1991). *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca.
- Caetano, G. (1992). Notas para una revisión histórica sobre la cuestión nacional en el Uruguay. *Revista de Historia*, 3, 59-78.
- Shumway, N. (1993). *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emece.
- Bauza, F. (1929). *Historia de la dominación española en el Uruguay*.

¹⁴ El propio Pivel, en su emblemática obra *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811* (1952), sentenció en relación a las invasiones inglesas: “Estaría fuera de los límites de esta síntesis, historiar los acontecimientos de carácter militar y político ocurridos con motivo de las invasiones inglesas y en particular los que se relacionan con la dominación de la plaza de Montevideo por los invasores entre el 3 de febrero de 1807, en que la tomaron por asalto, y el 9 de setiembre del mismo año en que hicieron abandono de ella. Francisco Bauzá y Pablo Blanco Acevedo han estudiado y narrado pormenorizadamente esos hechos, de los cuales nos interés señalar aquellos aspectos relacionados con el proceso histórico que esquematizamos” (Pivel Devoto, 1959: 180-181).

- Montevideo: Talleres Gráficos “El Demócrata”. Tres tomos.
- Fueter, E. (1953). *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires: Editorial Nova. Tomo II.
- Pivel Devoto, J. (1958). Prólogo. En *Catálogo descriptivo (VII). Colección de manuscritos*. Montevideo: Monteverde.
- Pivel Devoto, J. (1959). *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*. Montevideo: Editorial Medina.
- Blanco Acevedo, P. (1975). *El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*. Colección de Clásicos Uruguayos. Montevideo: Biblioteca Artigas.

Las estatuas del Almirante Brown y la “construcción” de la Nación Argentina

Diego Téllez Alarcia

Introducción. El almirante Guillermo Brown y la Argentina

Guillermo Brown (Foxford 1777, Buenos Aires 1857) fue un marino de origen irlandés emigrado al Río de la Plata en la época de las convulsiones derivadas de la rebelión de mayo de 1810. Situado pronto en el bando independentista, se convirtió en el almirante de una precaria flota que, a pesar de su inferioridad, fue capaz de derrotar a las fuerzas realistas en Martín García y, posteriormente, en Montevideo. Fueron estas victorias claves para la consolidación de la emancipación no solo en Argentina sino en todas las colonias, ya que permitieron la marcha de San Martín a través de los Andes y, por tanto, la liberación del virreinato del Perú.

Fue Brown, además, un engranaje clave en otros momentos trascendentales de la historia de Argentina. Tal es el caso de la guerra con el imperio del Brasil, en la que se destacó obteniendo algunas victorias como las de los Pozos o el Juncal. Por ello, desde su fallecimiento, su figura se convirtió en una presa suculenta para diversos sectores sociales y políticos que inventaron en torno suyo todo un mito (Téllez Alarcia, 2010), sirviéndose de él -como de tantos otros símbolos- para construir una identidad nacional argentina (Chiaramonte & Souto, 2005). Este largo proceso histórico que arrancó presuntamente en la época de la independencia, no alcanzó su éxito definitivo precisamente hasta la segunda mitad del s. XIX (Quijada, Bernand & Schneider, 2000).

Entendemos el concepto “mito” en la misma línea que el profesor Ricardo García Cárcel:

Este término tiene un doble significado. Por una parte, personajes, hechos o ideas con valor de referentes colectivos, emocionales y sentimentales, capaces de generar adhesiones globales, de constituirse en espejos de conductas, de despertar añoranzas o advocaciones en el presente; por otra, construcciones distorsionadas de la realidad, fruto de manipulaciones políticas y de instrumentalizaciones del más diverso signo. El valor referencial inherente al mito y la arqueología corrupta del mismo suelen ir unidos. Los mitos nacen, mueren y resucitan en función siempre de una lógica histórica e ideológica. Tras la aparente espontaneidad sublimadora suele haber una discriminación en la selección de las especies-mitos que tiene muy poco de natural (García Cárcel, 2007: 14).

El mito de Brown se materializa, como en el caso de tantos otros próceres, en un discurso histórico cuyos canales de divulgación y formas de expresión son diversos. La palabra escrita, desde luego. Mitre, el gran constructor de la conciencia nacional argentina,¹ general, político, pero sobre todo historiador, es el primero en diseñar al Brown mítico en su *Oración Fúnebre*, pronunciada a pocos días de la muerte del almirante, en 1857.² En otros trabajos ya nos hemos ocupado de este tema (Téllez Alarcia, 2007; 2009: 580-588). Aquí nos interesa especialmente otro de los lenguajes para propagar la alegoría browniana: la escultura.

La escultura y la construcción de los Estados nación

Es innegable que la escultura fue para las sociedades liberal-burguesas del siglo XIX un medio inmejorable para plasmar su ideario político.³ Ya

¹ Fernando Devoto (2002) habla de un “relato fundador” de Bartolomé Mitre basado en sus obras sobre San Martín y Belgrano, en las que formula una historia nacional para el país, obras sucesivamente reimprimidas entre 1857 y 1887. Véase también Halperín Donghi, 1996.

² También al incluirlo en la *Galería de celebridades argentinas*: Téllez Alarcia, 2010: 116-133.

³ Todas las artes en general lo fueron: Gutiérrez Viñuales, 2003.

había sido enormemente útil a la Iglesia desde hacía siglos, así como a los monarcas absolutistas que habían intuido el poder de estos “monolitos a la memoria” para legitimar su poder ante el pueblo y escenificarlo apropiadamente. Con el colapso del imperio colonial hispano y la dilución del Antiguo Régimen en general, se daba un cambio cualitativo de hondo calado: “la religión de la patria sustituiría a la imaginería colonial” (Zárate Toscano, 2003: 418).

Y es que “en las viejas monarquías absolutistas el poder se ejercía, literalmente, por la gracia de Dios”, pero “en las nuevas sociedades desacralizadas posteriores a las revoluciones burguesas este tipo de legitimidad dinástico-sagrada perdió gran parte de su fuerza operativa y hubo de ser substituida por otra”. Esa otra fuente de legitimidad era el concepto de *nación*, “un nuevo sujeto colectivo de carácter tan totalizador y sagrado como la misma divinidad y de definición al menos tan difícil como ésta” (Pérez Vejo, 2005).

Para inventar un sentimiento nacional era preciso reinterpretar los distintos “lugares de memoria” colectivos o, directamente, crearlos. Según Pierre Nora (1997) “un lugar de memoria es una entidad polirreferencial que puede desdoblarse en una multiplicidad de mitos culturales que son apropiados para diferentes propósitos ideológicos o políticos. Estos lugares de memoria podían ser desde sitios geográficos hasta figuras históricas, pasando por esculturas conmemorativas y edificios, objetos artísticos y literarios, emblemas, conmemoraciones y símbolos”. Su denominador común es codificar y representar la conciencia histórica.

Como bien destaca Zárate, “los lugares de la memoria fueron utilizados como un mecanismo para construir la historia de una nueva nación, ya que facilitaron la difusión de todos aquellos elementos culturales que contribuyeran a la conformación de una identidad. Y las esculturas conmemorativas desempeñaron un papel fundamental en dicha construcción” (Zárate Toscano, 2003: 419). Eso no significa que el proceso fuera homogéneo ya que tampoco el Estado lo era: “En el transcurso de esos años, desfilaron por la silla presidencial los representantes de distintas facciones políticas, a veces etiquetadas como partidos. Éstos enfrentaron no sólo su ideología, sino también sus bastiones, o personajes representativos, y sus fechas conmemorativas” (Zárate Toscano, 2003: 418). En cualquier caso la escultura sirvió a todos ellos y nos dejó, tanto en las realidades como en los proyectos fallidos, testimonios magníficos de

en qué consistió ese proceso de creación de conciencias nacionales.

En este sentido Argentina no fue una excepción. Decenas de estatuas poblaron las avenidas y plazas públicas de sus ciudades. El almirante Brown fue uno de sus motivos iconográficos. ¿Fueron las estatuas de Brown meras celebraciones estéticas o estuvieron cargadas de elementos simbólicos de hondo interés político?

Los primeros intentos: las no-estatuas de Brown

El proceso político de construcción nacional argentina fue lento y complejo. Las rivalidades entre Buenos Aires y las provincias, materializadas en la guerra civil entre federales y unitarios, retrasaron ostensiblemente la proliferación de símbolos nacionales a gran escala. Es a partir de la presidencia de Mitre que estos comenzaron a asomarse a algunos espacios públicos como la Plaza de Mayo o la de San Martín, con las estatuas de los dos próceres por anotonmasia: Belgrano y San Martín. Mitre también contribuía inmediatamente, con la historia de ambos, a fosilizar en el ideario colectivo ese “lugar de memoria”.⁴ Se abría por tanto la veda.

Brown fue uno de los primeros candidatos a ampliar esa primera oleada simbólica. El propio Mitre había apostado por él en 1857, al redactar la ya mencionada *Oración Fúnebre*. Brown aparecía allí como el paladín de la marina argentina, el hombre que resumía “todas nuestras glorias marítimas” y que “en la vida, valía para nosotros una flota”. Un ejemplo a seguir para las futuras generaciones. Con todo, era pronto aún para homenajes más trascendentales. Habrá que esperar hasta 1870. En este año tenemos noticia de una primera tentativa para erigirle un monumento. Se trata de una solicitud presentada el 7 de septiembre al Senado de la Nación. Sus términos eran los siguientes:

Al Honorable Sr. Presidente del Senado Nacional:

Los abajo firmados reunidos en comisión ante Vuestra Ilustrísima en el debido respeto exponen:

Que una vez terminados los trabajos que se practican al frente de la Ca-

⁴ En este sentido fue importante la publicación de la *Galería de celebridades argentinas*, Buenos Aires, 1857-58, un proyecto editorial coordinado por Mitre.

pitanía del Puerto quedará un espacio suficiente y a propósito para la erección de un monumento que recuerde algunos hechos gloriosos de nuestra historia o la colocación de una estatua conmemorativa de algunos de sus héroes.

Uno de éstos, el ilustre Almirante Brown, a quien la patria debe tantos y tan señalados servicios, es más que acreedor a esa distinción y comprendiéndolo así los que suscribimos hemos emprendido la tarea de erigirle una en el puerto indicado, el más aparente por su proximidad al teatro de las principales hazañas obtenidas por aquel héroe.

Podemos asegurar a Vuestra Ilustrísima que no hemos hallado una sola persona que no simpatice admitiéndose en el pensamiento y que no haya ofrecido en cooperación, pero como ella no bastaría para su realización ocurrimos solicitando la de Vuestra Ilustrísima como solicitaremos la de las demás autoridades de la Nación y de la Provincia tan interesadas en que se cumpla este acto de merecida justicia.

Esperando hallarlo tan cumplido como digno es el objeto a que es destinado nos suscribimos respetuosamente de Vuestra Ilustrísima.⁵

La respuesta de la institución fue, no obstante, descorazonadora. “No ha lugar” se anota en el expediente:

Respecto de la solicitud de los que quieren hacer monumento en homenaje a la memoria del Almirante Brown, la Comisión cree que no es la época oportuna para votar estos fondos: tiempo llegará que la Nación haga público este homenaje a la memoria de este ilustre guerrero de la Independencia. En ese sentido es que la Comisión desecha “no ha lugar”.⁶

Entre los componentes de la “comisión de vecinos” que firmaba el documento aparecen los nombres de señalados marinos, por lo que cabe inferir que la inspiración de la tentativa provino de este sector social. Parece con-

⁵ Archivo General de la Nación (en adelante A.G.N.). Argentina, Sala X-42-6-3.

⁶ *República Argentina. Congreso Nacional. Cámara de Senadores. Sesiones de 1873*, Buenos Aires, 1930, p. 159.

firmarlo el hecho de que la siguiente intentona, ya en 1877, sea directamente liderada por la marina, ya sin ambages.

El 4 de noviembre de 1877 aparecía en el periódico bonaerense *La Tribuna* un artículo publicado por la autodenominada “Comisión fundadora de la Estatua de Brown” con el siguiente tenor:

Monumento a Brown:

Honrar la memoria de Brown, el glorioso soldado de nuestras grandes luchas marítimas, es un deber de justicia y de política.

Brown tiene derecho a esa reparación póstuma porque su vida fue consagrada en su edad más robusta a la defensa de la independencia de la tierra argentina.

Ganó con su sangre el pedazo de suelo en que se erigía un monumento a su gloria, monumento que debiera ser fundido en los cañones del Juncal y de la Colonia.

Es un deber de justicia nacional que urge cumplir.

Y es también un deber político porque en estos momentos en que se trata de reorganizar nuestro poder naval, hacen falta reparaciones de ese género, ejemplos de ese tamaño, para despertar en el corazón de nuestros jóvenes marinos los nobles estímulos de la gloria.⁷

Se trata de una proclama instando al pueblo argentino a colaborar económicamente con un proyecto de erección de un monumento al Almirante en Buenos Aires, a través de suscripciones. La Comisión estaba mayoritariamente compuesta por marinos. La presidía el almirante Cordero y en ella también participaban destacados miembros de la comunidad irlandesa y el propio Mitre.

Sus trabajos se iniciaron inmediatamente. Se crearon comités locales para organizar la recogida de fondos. También se movilizó a los sacerdotes irlandeses para que estimularan las donaciones entre los miembros de esta comunidad. El diario *The Southern Cross*, voz pública de la minoría irlandesa, se postuló abiertamente a favor de la iniciativa y ofreció desinteresadamente sus páginas. Incluso se llegaron a vender ejemplares de una obra teatral de

⁷ *La Tribuna*, 4 de noviembre de 1877.

Florencio Escardó para obtener recursos. Durante algo más de año y medio logró reunir una cantidad considerable de dinero: 22.762 pesos.⁸

El punto máximo de su actividad coincidió con el festejo del primer centenario del nacimiento de San Martín, en 1878. Aprovechando las celebraciones programadas para conmemorar la efeméride, la Comisión de la Estatua de Brown intentó destacarse entre las diversas corporaciones implicadas. Se trataba de establecer una analogía entre el “centauro de los Andes” y el “tritón del Plata” que legitimara a los ojos de la sociedad el anhelo de la comisión. Por ello participaron en el desfile con la mismísima espada del Almirante, que hicieron desfilar junto a cadetes de la Escuela naval y algunos veteranos combatientes ex camaradas de Brown:

La Comisión fundadora de la estatua del almirante Brown, llevará el orden siguiente:

Romperá la marcha una guardia de cincuenta marinos, seguidos por los inválidos de la escuadra.

La espada del almirante Brown llevada por dos oficiales de mar.

La bandera del Juncal con las condecoraciones de Brown, conducida por un capitán de marina y dos aspirantes, llevando los cordones seis miembros de la Comisión de la estatua.

La Comisión de la estatua con sus miembros honorarios.

Los jefes y oficiales francos de la escuadra.

La escuela naval.

Cien marineros y diputaciones de los buques de la armada nacional.⁹

A pesar de estos esfuerzos, la coyuntura económica torpedea el intento de la Comisión. El *Southern Cross* así lo indica: “el momento no es, ciertamente, el más propicio con el gobierno decretando cada día nuevas tasas y una docena o más de listas de suscripción abiertas”.¹⁰ Impuestos y otras suscripciones detraen recursos. La Comisión está abocada al fracaso.

⁸ Archivo del Banco de la Provincia de Buenos Aires, *Depósitos Comerciales-Moneda Corriente*, Libro 10, folio 865, signatura 101-7-15 y Libro 16, folio 85, signatura 101-7-21.

⁹ Diario *La Nación*, 23 de febrero de 1878.

¹⁰ *The Southern Cross*, 2 de noviembre de 1877.

Pese a no llevarse a cabo, ambas iniciativas —la de 1870 y la de 1877— tenían un objetivo oculto en común: el fortalecimiento simbólico de la posición de la marina dentro de la sociedad argentina. Para ello se ofrecía a su máximo paladín, Brown, completamente mitificado, como un lugar colectivo de memoria. Y se pretendía materializar tal anhelo a través de un monumento.

La primera estatua: Adrogué (1886)

A pesar de los fracasos en la década de los 70, el proyecto de erigir una estatua conmemorativa al almirante Brown permaneció vivo en la mente de algunos de los hombres que integraron la Comisión. Muy especialmente en la de Esteban Adrogué, un hombre de negocios que se declaraba admirador del marino y que había estado presente en la tentativa de 1877. Adrogué era célebre por haber creado el partido de Almirante Brown al sur de Buenos Aires, y por haber fundado en él una ciudad que tenía intención de bautizar con el mismo nombre. Sin embargo, los colonos allí asentados porfiaban en llamar a la población con el apellido del fundador: Adrogué. Así se la conoce todavía en la actualidad.

Pues bien, D. Esteban dio a conocer su intención de perseverar en la cuestión del monumento ya en 1883:

La Estatua del Almirante Brown

Sabrán nuestros lectores que el pueblo que lleva el nombre del ilustre Almirante Brown, uno de los más florecientes de los situados a lo largo de la vía férrea del Sur, y de los que más sorprendente ejemplo presentan de rápido crecimiento, se organizó hace tiempo, a iniciativa del Sr. Esteban Adrogué, fundador del pueblo, y con la cooperación de influyentes vecinos, una comisión que se propuso honrar la memoria del héroe del Juncal, erigiéndole una estatua en la plaza principal de la localidad.¹¹

Así las cosas, se optó por Francisco Cafferata como escultor. Cafferata era un escultor docente que había nacido en Buenos Aires el 28 de febrero de 1861. En 1883 era, lógicamente, más una joven promesa que una realidad consolidada. En Argentina había recibido lecciones de Julio Laguens. Luego

¹¹ Diario *La Nación*, 8 de diciembre de 1883.

se había trasladado a Florencia, donde estudió con Urano Lucchesi y Augusto Pasaglia. En 1882 su obra *El Esclavo* obtuvo el Primer Premio en la Exposición Continental. Este fue el mayor reconocimiento que recibió en su corta carrera y le valió, probablemente, junto a su condición de ser argentino, el prestigio suficiente como para recibir el encargo de Adrogué y sus asociados. Murió trágicamente, no mucho después de la inauguración de la estatua de Brown en Adrogué, el 28 de noviembre de 1890.¹²

Los fondos necesarios para la erección del monumento a Brown se habían recogido a través de suscripciones. En el último momento, el pedestal -que debía hacerse en mármol de Carrara- disparó el precio de la obra, obligando a recurrir a expedientes de urgencia para cubrir el desfase presupuestario. Así, Adrogué logró que el Senado le concediese un subsidio de 4000 pesos y que la anterior Comisión destinase los fondos que ya había acumulado entre 1877 y 1879 a la estatua de Cafferata.

Monumento a Brown en Adrogué

Esta se inauguró finalmente el 2 de febrero de 1886, en la esperable catarsis colectiva de exaltación nacional:

El día martes 2 de febrero de 1886, fue el señalado por el destino para que la posteridad, que pesa el mérito de las acciones de los hombres, en la balanza de justicia, discerniera su premio a la memoria del intrépido Almirante Guillermo Brown.

El pueblo que lleva su nombre se había vestido con todas las galas, entusiasmo y regocijo que correspondía al evocar su memoria, como la de sus valientes compañeros, que habían trazado las más brillantes páginas en nuestra historia naval.

La misma naturaleza se asoció a tan fausto acontecimiento; fue un día

¹² *Historia General del Arte en la Argentina*, Tomo VI, Academia Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, 1989, p. 237. Esta misma obra afirma que a Cafferata se le pagó, también, con algunas tierras: “Característico de la Argentina de entonces es el hecho de que el artista recibió en pago de su trabajo cierto número de hectáreas de terreno. En los cinco años siguientes, la labor desarrollada por Cafferata fue considerable: retratos, bustos de próceres, cabezas de mulatos, figuras históricas, alegorías, desnudos infantiles (*Giotto niño*), todo ello, ejecutado en el aprendido estilo académico, señaló sus progresos”, p. 206.

sereno y amablemente templado.

El tren que partió de Constitución a la 1.15 p.m. condujo los más de los invitados y comitiva oficial, salvo al señor Ministro de Guerra y Marina, nunca bien lamentado, Dr. Carlos Pellegrini, quien residía en la localidad.

A la derecha de la gran avenida, frente a la estatua, se había construido un amplio tablado cuadrangular, todo toldado y adornado con cenefas y banderas nacionales, en el que se instaló la Comitiva Oficial Nacional, como los representantes del Gobierno de la Provincia y gran número de invitados.

El Primer Batallón del Primer Regimiento de Infantería al mando del Teniente Coronel Don Alberto Capdevilla, hacía los honores juntamente con 150 marineros de la dotación del acorazado “Brown”, comandados por el Capitán Lira, rodeaban el pedestal, haciendo toda esta fuerza la guardia de honor.

La estatua estaba totalmente cubierta por una gran bandera argentina. Una enorme concurrencia rodeaba el palco oficial, como los alrededores de la plaza, ávida por escuchar a los oradores que tomaban parte en acto tal solemne.

Abrió éste el Sr. Esteban Adrogué, pronunciando un breve discurso, en el que expresó en primer término (...)

El Dr. Pellegrini, con voz clara y entonación viril, lee un discurso, que es una bellísima pieza oratoria del que más adelante transcribimos algunos párrafos, y descubre la estatua; sucediéndose momentos de delirante entusiasmo, de vítores y aplausos (Adrogué, 1911: 141).

Parecían colmarse las ambiciones de los protagonistas de los proyectos de los años setenta. ¿Pero de todos ellos? El *Southern Cross* nos muestra hasta qué punto esto no fue así:

Estatua del Almirante Brown

El martes que viene una estatua será erigida en memoria del Almirante Brown, en un lugar llamado Adrogué, una estación en la línea del Sur. Por qué esta esquina remota ha sido elegida como lugar para una estatua del gran almirante no podemos decirlo, a menos que haya sido para

incrementar el tráfico de la línea Sur de ferrocarril y traer peregrinos y viajeros a un lugar que era hasta ahora desconocido (...) ¿Por qué entonces ha sido relegada a una esquina remota su estatua mientras las estatuas de mediocridades insignificantes tales como Belgrano o Lavalle están situadas en la plaza de esta ciudad?¹³

Para la comunidad irlandesa era una ofensa el lugar insignificante que se daba a “su” héroe. Pero no solo eso:

Extraño, apenas hubo desde el principio al final de la ceremonia una sola referencia al país de nacimiento de Brown. La bandera británica contra la que Brown luchó fue profusamente expuesta, mientras que la verde y oro no estuvo en ningún lugar. Un intento fue hecho una vez por la banda para tocar el “Día de San Patricio” pero fue inmediatamente suprimido en un arranque de entusiasmo anti-irlandés. Varios oradores hablaron de Brown como si hubiese venido de la Gran nación británica.¹⁴

Es insólito -y muy significativo- que oficialmente se identificara a Brown con la “gran nación británica”. Este hecho nos habla bien a las claras de cuáles eran los intereses y las deudas de la clase política bonaerense a esas alturas del siglo. Veremos cuán pronto cambia este discurso.

La estatua bonaerense (1919)

Erigida la estatua en Adrogué, la cuestión de levantar un monumento gemelo en Buenos Aires quedó en suspenso un tiempo. Sin embargo, no se olvidó por completo. Cíclicamente vemos aparecer la vieja aspiración en momentos claves como en 1897. Tan solo 10 años después de la inauguración de la estatua en Adrogué, el Senado de la Nación aprobaba una ley -la 3.515, promulgada el 22 de septiembre de 1897- por la que se decidía la construcción del mismo, a la par que se hacían sendas estatuas a otros dos próceres: Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia:

¹³ *The Southern Cross*, 29 de enero de 1886.

¹⁴ *The Southern Cross*, 5 de febrero de 1886.

Ley número 3.515.

Estatuas Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia y Guillermo Brown.

Artículo 1º. El Poder Ejecutivo mandará erigir, en alguna de las plazas públicas de la Capital, las estatuas de Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia.

Artículo 2º. Mandará erigir también una estatua al Almirante Guillermo Brown en el local que se le destine.

Artículo 3º: Los gastos que demande la erección de los monumentos expresados en los artículos anteriores, serán cubiertos con el producido de la suscripción popular que promoverá una Comisión de ciudadanos y otra de señoras argentinas nombradas por el Poder Ejecutivo.

Artículo 4º: en caso que la suscripción popular no alcance a cubrir el costo de los monumentos, el Poder Ejecutivo contribuirá con la cantidad que represente el déficit, a cuyo efecto se le autoriza para invertir la suma de 190.000 pesos moneda nacional de curso legal.

Artículo 5º: La erección de los monumentos a que se refiere esta ley, se llevará a cabo bajo la dirección de una Comisión de ciudadanos nombrados por el Poder Ejecutivo que tendrá las siguientes funciones:

Aprobar los modelos y presupuestos de los monumentos

Contratar la construcción de la obra.

Administrar los fondos provenientes de la suscripción popular y los que sean entregados por el tesoro de la Nación.

Artículo 6º: Los gastos que demande la ejecución de esta ley, se pagarán de rentas generales y se imputarán a la misma.

Artículo 7º: comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la sala de sesiones del Congreso Argentino en Buenos Aires, a 22 de septiembre de 1897.¹⁵

Fuese por razones económicas o por desidia, el empeño quedó nuevamente en nada. Hubo que esperar otro decenio hasta ver nuevas tentativas. En esta ocasión la excusa fue la conmemoración del Centenario de la Revolución de 1810. Esta efeméride se convirtió en la excusa perfecta para toda una serie

¹⁵ *República Argentina. Congreso Nacional. Cámara de Senadores. Sesiones de 1897*, Buenos Aires, 1897, p. 826.

de actos de reafirmación nacional, entre los que se encontró la sempiterna erección del monumento a Brown:

Una nueva ley, la Nº 6.286, sancionada el 8 de febrero de 1909, volvió a disponer con motivo del entonces próximo Centenario de Mayo, la erección de una serie de monumentos a Moreno, Rivadavia, al General D. Carlos de Alvear y al Almirante Brown, la que dio comienzo a su tarea (Arguindeguy & Bamio, 1996: 83-84).¹⁶

El texto de la ley era, desde luego, sumamente ambicioso, e incluía una gran variedad de festejos y actividades, desde el consabido levantamiento de monumentos hasta la construcción de una “escuela agrícola regional modelo en Yapeyú, lugar de nacimiento del general San Martín”, pasando por la compra de la casa del General en Boulogne-sur-Mer o la creación de un “polígono modelo de tiro con plazas de ejercicios físicos y frente monumental en la ciudad de Bahía Blanca”. También se convocaron concursos, se organizaron exposiciones, etc. Sin embargo la estatua de Brown no pudo materializarse.

A raíz de este nuevo fracaso, la comunidad irlandesa -en un momento de efervescencia en su propia patria que acabaría, no lo olvidemos, con la independencia de Irlanda en 1922- decide tomar la iniciativa para llevar a buen puerto tan soñado anhelo. El *Southern Cross* describe la génesis de todo el asunto:

Un encuentro público, al cual todos los irlandeses e hiberno-argentinos estaban invitados a asistir, tuvo lugar en el Club Católico de esta ciudad en 1909, con el propósito de discutir sobre la conveniencia de erigir un monumento al Almirante Brown y fue unánimemente resuelto que deberían iniciarse preparativos para este propósito. También fue unánimemente resuelto que las inscripciones para el monumento debían ser en español y en gaélico exclusivamente.¹⁷

¹⁶ En la misma línea se expresa el *Southern Cross*: “that decree, as so many other, was forgotten in the archives of Government House, until the occasion arrived to celebrate the centenary of the 1810 revolution, when they sanctioned another law, Nº 6.286, ordering the construction of various works and monuments in commemoration of the great event, including the three monuments already decreed by the law of 1897”, 8 de Julio de 1919.

¹⁷ *The Southern Cross*, 4 de julio de 1919.

Algunos días después el mismo rotativo ofrece nuevos detalles sobre el embrión de este intento definitivo:

Cuando se creó la comisión oficial para llevar adelante todos los trabajos mencionados, encontraron que los fondos autorizados para la misma no eran suficientes en absoluto, para concluir el programa. Se ordenó la construcción de una modesta estatua a Moreno, pero Rivadavia y Brown fueron excluidos de tal honor por falta de medios financieros. Fue entonces cuando los irlandeses y sus descendientes residentes en Argentina resolvieron cooperar en la celebración del centenario y asumir la construcción de un monumento a Brown, el héroe de su raza. Con este objetivo a la vista se tuvo una reunión pública en la ciudad, durante los festejos de 1910, con el objetivo de proseguir con su patriótico objeto.¹⁸ Indicando, a continuación, la propia composición del comité:

Presidente: Dr. Santiago G. O'Farrell.

Vicepresidente: Admiral E. O'Connor.

Tesorero: D. Patricio Ham.

Secretarios: Juan J. Moor, and Eduardo Kenny (junior).

Vocales: Dr. Miguel Murphy, Presbyters E. Flannery, Santiago Ussher, L. E. Macdonell, Messrs. E. Morgan, E. Tormey, Patricio J. Dowling, Daniel Morgan, Juan Nelson, C. Duggan, J. E. Bowen, E. P. Maguire, G. Tormey, S. F. Gaban, Tomas P. Moore.

Poco tiempo después la comisión fue constituida: el Rev. E. Flannery y E. Morgan renunciaron y los señores P. Ham, Eduardo Tormey, Rev. L. E. Macdonell y E. Kenny (junior) fallecieron.

El escultor seleccionado para tan alto honor fue Alejandro Chiapasco, un discípulo del famoso maestro italiano Celandra, y quien había presentado el mejor modelo para la estatua de Brown a la comisión oficial del Centenario de la Revolución:

En cumplimiento de su encargo, la comisión contactó el eminente escultor d. Alejandro Chiapasco, pupilo y recomendado por Celandra, el

¹⁸ *The Southern Cross*, 8 de julio de 1919.

famoso artista italiano, quien ha presentado el mejor modelo para el monumento a Brown en la Comisión Oficial del Centenario.

Inmediatamente se firmó el contrato por valor de 76.000 pesos, aunque posteriormente esta cifra ascendió a 79.750 por el precio de los materiales empleados y a 82.000, finalmente, por otros costes sobrevenidos:

Cuando todas las formalidades habituales se concluyeron, se firmó un contrato con el señor Chiapasco para la construcción definitiva del monumento por una suma redonda de 76.000 unidades de la moneda corriente (...). Por cuenta del elevado costo del material, la comisión decidió elevar la estimación original a 79.750 unidades de moneda corriente, y una vez añadidos algunos gastos finales, el monumento costará alrededor de 82.000 unidades de moneda corriente.¹⁹

Las suscripciones populares generaron casi la mitad de los ingresos, pero en esta ocasión el gobierno nacional sí se comprometió vigorosamente con el empeño y destinó 40.000 pesos de su presupuesto, en dos cuotas de 20.000:

El gobierno de la Nación contribuyó con la suma de 40.000 unidades de moneda corriente y pagó en dos cuotas de 20.000 cada una. Un estado de cuentas ha sido rendido al poder ejecutivo recibiendo el siguiente descargo:

Contaduría General de la Nación
Buenos Aires, Noviembre 28 de 1918.

Al Señor Dr. Santiago G. O'Farrell.
Calle Sarmiento 2040

Tengo el placer de informarle que de acuerdo con la resolución N° 2.543/917 este departamento general ha remitido el ítem de 40.000 unidades de moneda corriente, cantidad recibida por Usted como presidente de la Comisión Pro-Monumento Almirante Brown, como ayuda para la terminación de dicho trabajo escultórico.

Suyo.

¹⁹ *The Southern Cross*, 8 de julio de 1919.

J. B. Brivio.

M. A. Reynolds, secretario.²⁰

Los trabajos se llevaron adelante, no obstante, con enorme lentitud. En primer lugar, se esperó “que la inauguración tuviese lugar en 1916, pero la Guerra sobre vino e impidió el cumplimiento de muchos Buenos trabajos”.²¹ Efectivamente “el trabajo ha sido llevado adelante lentamente: fue necesario recoger los fondos y obtener del gobierno el pago de las cuotas aprobadas para llegar a la cantidad estimada. Entonces las dificultades causadas por la guerra en Europa dilataron todavía más la prosecución del trabajo”.²²

La obra tuvo que esperar hasta 1919 para verse, a la postre, rematada. Como bien se encargaba de recordar el *Southern Cross*, era este un anhelo antiguo que colmaba las aspiraciones de su comunidad, pero también un alto honor. Máxime teniendo en cuenta que el día de la inauguración sería declarado feriado por el Poder Ejecutivo:

Esta es la primera vez en la historia argentina que un feriado nacional ha sido proclamado en memoria de un irlandés. Es un elevado honor para Irlanda y la raza irlandesa, y esperamos que toda la comunidad hiberno-argentina, tanto como se pueda, desde el campo a la ciudad, estará bien representada en la inauguración del martes próximo. Ecos de este destacado evento llegarán a oídos de todo el mundo, allá donde un irlandés se halle. Otra cosa, el monumento a inaugurarse el martes próximo es el primer monumento público jamás erigido a un irlandés en la República Argentina.²³

El presidente de la Nación, D. Hipólito Irigoyen, asistiría al evento y sería el encargado de retirar el velo que cubriese la estatua en el momento cumbre. El espectáculo estaba completo, ¿pero cuáles eran sus objetivos?

²⁰ *The Southern Cross*, 8 de julio de 1919.

²¹ *The Southern Cross*, 4 de julio de 1919.

²² *The Southern Cross*, 8 de julio de 1919.

²³ *The Southern Cross*, 4 de julio de 1919.

Evidentemente el primero era la sempiterna mitificación de Brown como paradigma del marino argentino, cuya quintaesencia había sido la valentía y el coraje. Sin embargo, se añadían otros a este objetivo primario. Uno de los más destacados, el hermanamiento entre los pueblos argentino e irlandés. No tan lejanos estaban los tiempos en que los políticos argentinos habían identificado a Brown, por obvio interés, con la bandera británica, calificándolo de Nelson o Wellington argentino y prohibiendo que se tocase el “*Saint Patrick's Day*” durante la inauguración del monumento de Adrogué. Bien distintos eran los tiempos que corrían en 1919.

Conclusión

Como se ha visto, tanto en 1886 como en 1919 asistimos al empleo de la escultura con fines de legitimación política. Fueron unos u otros los elementos simbólicos, en ambos casos tenían un fin claro: justificar una nueva concepción del poder. Distintos grupos utilizaron el mito browniano para posicionarse mejor en el conglomerado socio-político argentino. Intentaron crear, por tanto, un “lugar de memoria” colectivo, y trataron de divulgarlo a través de una “pedagogía del mármol”.

Brown, su mito y sus estatuas, ejemplifican lo sucedido con muchos otros personajes. El análisis de su caso contribuye a mejorar nuestra comprensión de ese apasionante período histórico y sus elaboraciones simbólicas, así como sus verdaderas intenciones. No pocas cosas de nuestras sociedades actuales son directamente deudoras de aquellas manipulaciones. Desvelarlas tal vez nos ayude no solo a comprenderlas, sino también a superarlas.

Bibliografía

- Adrogué, C. (1911). *Notas históricas de las comunas de Lomas Zamora y Almirante Brown (Adrogué)*. Buenos Aires.
- Chiaramonte, J. C. & Souto, N. (2005). De la ciudad a la nación: Las vicisitudes de la organización política argentina y los fundamentos de la conciencia nacional. En F. Colom González (ed.). *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, 2 vols. Frankfurt-Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires:

- García Cárcel, R. (2007). *El sueño de la nación indomable*. Madrid: Temas de hoy.
- Gutiérrez Viñuales, R. (2003). El papel de las artes en la construcción de las identidades nacionales de Iberoamérica. *Historia Mexicana*, 210, LIII (2), 341-390.
- Halperin Donghi, T. (1996). Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina. *Anuario del IEHS*, 11.
- Nora, P. (dir.) (1997). *Les lieux de la mémoire*. 3 vols. París: Gallinard.
- Pérez Vejo, T. (2005). Imágenes, historia y nación. La construcción de un imaginario histórico en la pintura española del s. XIX. En F. Colom González (ed.). *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. 2 vols. Frankfurt-Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Quijada, M., Bernand C. & Schneider, A. (2000). *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Téllez Alarcia, D. (2007). La construcción mítica del Almirante Brown. La elasticidad de los símbolos patrios (1857-1957). En *Actas de las Jornadas Internacionales “Historia y memoria de la dirigencia política contemporánea”*. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
- Téllez Alarcia, D. (2009). Mitos, nación y dictadura en Argentina. El Almirante Brown en la obra de Marcos Aguinis. En *Anais do 5º Congreso Brasileño de Hispanistas e do I Congresso Internacional da Associação Brasileira de Hispanistas, 2-5 setembro de 2008*. Belo Horizonte.
- Téllez Alarcia, D. (2010). *Una estatua para el “Nelson del Plata”. El mito Browniano y la construcción de la identidad nacional argentina*. Cádiz: Fundación Municipal de Cultura.
- Zárate Toscano, V. (2003). El papel de la estatua conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el s. XIX. *Historia Mexicana*, 210, LIII (2).
- Arguindeguy, P. E. & Bamio, J. R. (1996). *Guillermo Brown. Iconografía*. Buenos Aires: Instituto Bromniano.

Los autores

Víctor Hugo Abril

Possui graduação pela Universidade Gama Filho (2007), especialização em História do Brasil pela Universidade Federal Fluminense (2008), mestrado em História pela Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro (2010). Atualmente (2011), sob a orientação da Profa. Dra. Maria Fernanda Bicalho, desenvolve uma tese de doutorado sobre os governadores interinos no Rio de Janeiro (1705-1750), no Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal Fluminense, financiado pela CAPES.

E-mail: victorhugo.abril@uol.com.br

Maria Cristina Bohn Martins

Profesora Titular de la Universidad do Vale do Rio dos Sinos UNISINOS. Está vinculada a la enseñanza de grado y de postgrado. Beca de CNPq. Coordinadora del Grupo de Investigación (CNPq) *Jesuítas nas Américas*, es miembro del Grupo *História das Américas: fontes e historiografia*. Magister de la Universidad do Vale do Rio dos Sinos (1984), Doctora en Historia por la PUC/RS (1999), con su tesis *A festa guarani das reduções: perdas, permanências e transformações*. Tiene experiencia en el área de Historia de América, actuando en temas ligados a las sociedades indígenas y coloniales, dinámicas de frontera, las instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas del mundo colonial y del período independiente.

E-mail: mcris@unisinos.br

Carlos María Birocco

Profesor titular regular en la Universidad de Morón y doctorando de la

Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado dos libros sobre historia regional y varios artículos en libros y en revistas nacionales e internacionales sobre distintas temáticas, entre las que se destacan la evolución de la propiedad de la tierra, la justicia rural y el régimen municipal en el Buenos Aires colonial.

E-mail: cbiroc@yahoo.com.ar

Marcelo Díaz Buschiazzo

Licenciado en Ciencias Militares (Estrategia), Profesor de Historia de los Conflictos Armados. May.(R) Ejército (Uruguay). Cursa la licenciatura en C. Antropológicas, Arqueología Investigación (UdelaR-Uruguay). Coordinador General del Proyecto de Arqueología Militar “Campos de Honor”. Autor: *Acciones militares del Cuerpo de Patricios de Buenos Aires en la Banda Oriental (1807-1811)*, Mapa Histórico. Coautor: *Batallas que hicieron Historia* (El País, 2005), *Las Batallas de Artigas (1811)*. Ha dictado conferencias sobre Historia Militar, Arqueología militar y Fortificaciones en Uruguay, Brasil, Argentina y España.

E-mail: diazmarcelo@hotmail.com

Fernando Dores Costa

Doctorado en Sociología y Economía histórica. Investiga temas de historia social portuguesa de los siglos XVII, XVIII e XIX. En los últimos años, indagó sobre la historia social del ejército, desde las prácticas de reclutamiento y las resistencias al estilo militar. Autor de *A Guerra da Restauração-1641-1668* (Livros Horizonte, 2004), *D. João VI* (em parceria, 2006; edição brasileira, São Paulo, 2008), e *Insubmissão. A aversão ao serviço militar em Portugal no século XVIII* (2010). Actualmente es investigador del Centro de Estudios de História Contemporânea del Instituto Universitário de Lisboa.

E-mail: fernando.dorescosta@gmail.com

Daniel Fessler

Magister en Ciencias Humanas (opción Historia rioplatense) por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Uruguay). Integrante del equipo de Investigación *Guerra, orden social e identidades colectivas en la Banda Oriental 1816 - 1824* en el Depar-

tamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y C.E. de la Universidad de la República.

E-mail: danfessler@gmail.com

Juan Carlos Luzuriaga

Licenciado en Historia por la Universidad de la República y profesor de Historia de los Conflictos Armados en el Instituto Militar de Estudios Superiores. Se desempeña como coordinador del Grupo de Estudios de Fútbol del Uruguay (GREFU), en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Udelar. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Las Batallas de Artigas – 1811-1820* (coautor, Montevideo, 2011); *El Football del Novecientos* (Montevideo, 2009); *Las Campañas de Cevallos: Defensa del Atlántico Sur; 1762-1777*, (Madrid, 2008).

E-mail: luzuriaga50@hotmail.com

Mário Maestri

Brasileño e italiano, estudió historia en la UFRGS (1970) Brasil, y en la Universidad de Chile (1971-3). Realizó un postgrado en Historia en UCL, de Bélgica, con disertación de maestría sobre África (1977) y su doctorado sobre la esclavitud (1980). Trabajó en FURG, UFRJ, UFRGS e PUCRS. Desde 1996 dicta clases en el programa de PPGH de la UPF. Orientó más de treinta disertaciones y tesis de doctorado en el área de la esclavitud, de la inmigración colonial-campesina y sobre historia del Plata. Dirige la colección Malungo – con más de 25 títulos sobre la esclavitud. Publicó más de treinta y cinco libros en Brasil, Italia, Bélgica y Francia.

E-mail: maestri@via-rs.net

Juan Marchena Fernández

Doctor en Historia Latinoamericana. Catedrático de Historia de América en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y Director del Área de Historia de América y de los programas de Master y Doctorado. Autor de más de cien trabajos de investigación publicados en España, Europa, Estados Unidos y América Latina. Autor en algunas de las principales obras de referencia de historia Latinoamericana: *Historia de América Latina* de UNESCO, *Historia Andina*, *Historia de España de Menéndez Pidal* e *Historia de América La-*

tina. Crítica. Pertenece a numerosos consejos académicos y de redacción de prestigiosas revistas de investigación internacionales del JCR. Investigador principal en diversos proyectos de excelencia e I+D+I. Doctorado Honoris Causa por las Universidades Andina Simón Bolívar (Quito), Cartagena (Colombia), Catamarca (Argentina) y Universidade Nova de Lisboa. Miembro de varias Academias de Historia. Director del proyecto de investigación *Apogeo y Crisis de la Real Armada, 1750-1823*, Junta de Andalucía, 2009-2013.

E-mail: jmarfern@upo.es

Bruno Mendes Tulux

Magister en História de la Universidade Federal da Grande Dourados (Brasil). Licenciado en História de la Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (Brasil). Professor en la rede privada de ensino em Campo Grande, Mato Grosso do Sul.

E-mail: brunotulux@hotmail.com

Maria de Jesus Nauk

Doctora en Historia de la Universidade Federal Fluminense (Brasil) y Profesora del Curso de Graduação e Programa de Pós-Graduação em História de la Universidade Federal Da Grande Dourados. Autora de artículos y libros, entre los que se destacan *O governo local na fronteira oeste: a rivalidade entre Cuiabá e Vila Bela no século XVIII*. Es organizadora del “Dicionário de História de Mato Grosso - período colonial”.

E-mail: jnauk@hotmail.com

Helen Osório

Professora associada del Departamento de História y del Programa de Pós-Graduação em História, Universidade Federal do Rio Grande do Sul (Brasil); Doctora em Historia, UFF; Investigadora del CNPq. Es autora, entre otros, de *O império português no sul da América: estancieiros, lavradores e comerciantes*, 2007; *Guerra y comercio en la frontera hispano-portuguesa meridional - Capitanía del Río Grande, 1790-1822*. In: Fradkin, Raul. (Org.). *Conflictos, negociaciones y comercio durante las guerras de independencia latinoamericanas*, 2010.

E-mail: hosorio@via-rs.net

Paulo Cesar Possamai

Doctor en Historia Social por la Universidad de San Pablo (Brasil). Es profesor del curso de grado y post grado en Historia en la Universidad Federal de Pelotas (Rio Grande do Sul – Brasil). Actualmente trabaja en una investigación de post doctorado que se propone realizar un estudio comparativo entre las condiciones de vida de las tropas portuguesas y españolas en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII. Dicho trabajo está radicado también en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

E-mail: paulocpossamai@gmail.com

Emir Reitano

Profesor (1989) y Doctor en Historia (2004) egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor Titular de la Cátedra de Historia Americana Colonial en dicha Universidad. Profesor Invitado en la Universidad Torcuato Di Tella. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Autor del libro *La inmigración antes de la inmigración. Los portugueses de Buenos Aires en vísperas de la Revolución de Mayo* (2010); editor junto a Alejandra Mailhe del libro “*Pensar Portugal. Reflexiones sobre el legado cultural del mundo luso en Sudamérica*” (2008) y autor de diversos artículos y trabajos referidos a la Historia Americana Colonial publicados en Argentina, Chile, Estados Unidos, Uruguay, México, España y Portugal.

E-mail: ereitano@lpsat.com

Otávio Ribeiro Chaves

Posee uma Maestría en Historia Social de la Universidade Federal da Bahia (2000) (Brasil) y un Doctorado en Historia Social de la Universidade Federal do Paraná (2008) (Brasil). Actualmente es Profesor Adjunto en la Universidade do Estado de Mato Grosso. Tiene experiencia en el área de Historia, con énfasis en Historia del Brasil Colonial, centrando su investigación principalmente em los siguientes temas: Modos de Governabilidade na América Portuguesa (século XVIII); Povoamento, Militarização e Escravidão na Fronteira Oeste do Império Português. Es miembro del Grupo de investigación “*Fronteira Oeste: Poder, Economia e Sociedade*” - registrado en CNPq”.

E-mail: otavioribeirochaves@gmail.com

Tomás Sansón Corbo

Licenciado en Historia por la Universidad de la República (Uruguay, 1990) y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina, 2000). Es docente en Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República (Uruguay) y miembro activo del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII). Responsable del proyecto *Historia comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX. Surgimiento y consolidación de los estudios, la investigación histórica y los imaginarios sociales en Uruguay y Argentina*. Ha publicado *La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial* (Montevideo, 2006) y *El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX)*. (La Plata, 2011), entre otros libros y artículos.

E-mail: slbt@hotmail.com

Diego Téllez Alarcía

Doctor en Humanidades. En la actualidad es profesor del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Rioja (España). Ha obtenido por sus investigaciones varios premios, entre los que destacan el Premio de Investigación Pablo de Olavide, el Premio Jóvenes Investigadores de la Fundación Española de Historia Moderna y el Premio Iberoamericano de Ciencias Sociales Cortes de Cádiz. Entre sus libros sobresalen: *La Manzana de la Discordia*: (2006), *D. Ricardo Wall. Aut Caesar aut nullus* (2008), *Absolutismo e Ilustración en la España del siglo XVIII* (2010), *Una estatua para el Nelson del Plata* (2010) y *El Ministerio Wall* (2012).

E-mail: diego.tellez@aurea.unirioja.es

El libro comienza su introducción con un trabajo de Juan Marchena quien indaga en larga duración las repercusiones que tuvieron los conflictos hispanolusitanos de la península en el plano americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este trabajo permite adentrarnos en el otro plano del libro que analiza la guerra en la frontera; en primer lugar hacia el sur rioplatense y luego, en un segundo bloque, se traslada el análisis hacia la frontera norte de la región platina.

El trabajo ubica al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa área de frontera hispanolusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispanolusitanas en el área rioplatense observa que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó definitivamente signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar exactamente el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta región las relaciones entre súbditos de ambas coronas se dio de forma demasiado particular. Estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, muy alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas coronas.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento, entendiendo a la frontera como ese lugar permeable abierto en el que interactúan todas las sociedades: la hispanocriolla, la portuguesa y la indígena, generando dentro de este mundo un complejo mosaico étnico en donde las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, el bloque sobre historiografía, memoria e identidad cierra el libro dejando abierto el debate en la temática planteada.